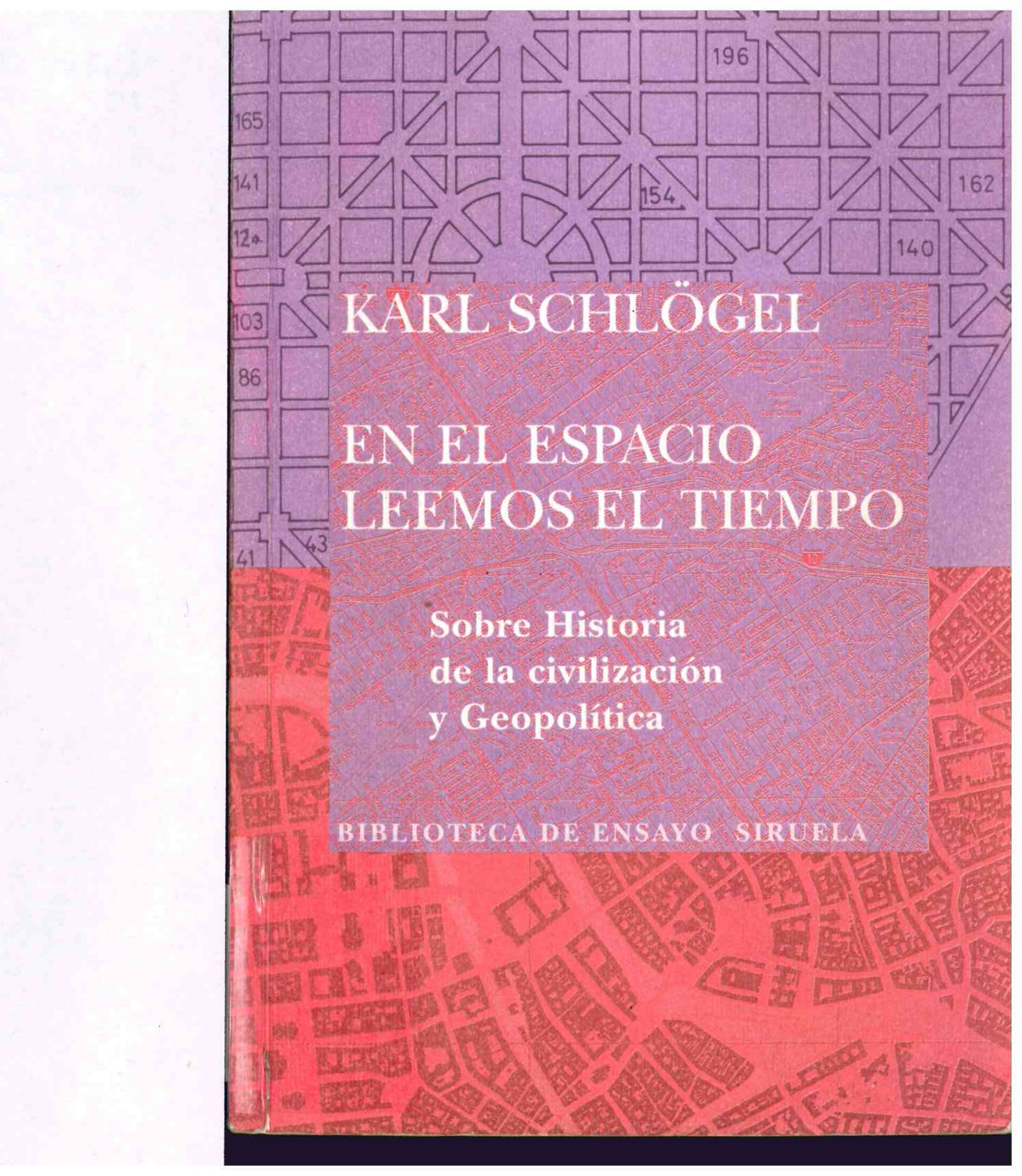


KARL SCHLÖGEL
EN EL ESPACIO LEEMOS EL TIEMPO
Sobre Historia de la civilización y Geopolítica
BIBLIOTECA DE ENSAYO SIRUELA



Karl Schlögel

En el espacio leemos el tiempo

Sobre Historia de la civilización y Geopolítica

Traducción del alemán de José Luis Arántegui

Biblioteca de Ensayo 55 (Serie Mayor) Ediciones Siruela

Título original: *Im Raume lesen wir die Zeit. Über Zivilisationsgeschichte und Geopolitik*
Colección dirigida por Ignacio Gómez de Liaño
Diseño gráfico: Gloria Gauger

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
Printed and made in Spain

Índice

Introducción 13

En el espacio leemos el tiempo

I. El retorno del espacio 23
El barco de Alexander von Humboldt. Del arte de marear 25
Drama didáctico I: La caída del muro de Berlín (1989) 31
Drama didáctico II: *Ground Zero*. 11 de septiembre de 2001 35
«Atrofia espacial». Desvanecimiento del espacio 40
Horror vacui. El miedo a la simultaneidad 52
El caso alemán: el espacio como obsesión 56
Spartial turn, al fin 64
Ciberia: nuevo espacio, nueva Geopolítica 75

II. Leer mapas 83
Tiempos de mapas. La época, contenida en mapas 85
Qué indican los mapas. Conocimiento e interés 92
Lenguaje de mapa, lenguas de los mapas 100
Guerra y ojo 111
Sarajevo: conocer el terreno, sobrevivir 113
Planta del gueto de Kovno 120
Filoatlas. Vías de escape 125
Pasajes: el camino de Benjamin a la *Bibliothèque Nationale* 130
De fronteras, *Razorlike* y otras cosas 138
Imágenes del mundo, imágenes de mapas: otra fenomenología del espíritu 148
Paisajes del paraíso, y otros 153
Portulanos. Apartarse de la costa. Hacia nuevas costas 160
«*Discours du méridien*»: Descartes y Cassini 165

El mapa de Jefferson: la matriz de la democracia estadounidense 175
Mapping an Empire: la construcción geográfica de la India, 1765-1843 187
Mapas monocromos: el Estado nacional 197
Comercio mundial. La fuerza de la burguesía 209
Jan Vermeer: *Interior con geógrafo* (1669) 218
Dar nombre al mundo 223
Sándor Radó: el informador y el amor a la cartografía 227
Mental Maps / Paisajes en la cabeza: San Francisco, «el lugar de uno», «el Este» de los alemanes, etc. 240
El gesto del estratega. Escenas en la mesa de mapas 246
El *flâneur*: forma de movimiento, forma de conocimiento 257

III. Trabajo visual **263**
Trabajo visual. Confiarse a los ojos. «En el espacio leemos el tiempo» 265
Lugar de los hechos: Dallas, Texas, 22 de noviembre de 1963, 12:30 270
Pavimento del *trottoir*. Superficies, jeroglíficos 272
Paisajes, relieves 277
Lugares calientes, lugares fríos 287
Leer ciudades, leer planos 299
Edificios, plantas: «Hotel Lux», la «Casa junto al Moscova» y otros 309
Proust, interiores 317
Directorios de Berlín 324
El conocimiento del lugar, subversivo 342
Itinerarios: actas de civilización 347
Huella dactilar, relieve del cuerpo 358
Biografía, *curriculum vitae* 362
Manual para viajeros de Karl Baedeker, o la construcción de Centroeuropa 366
American Space. La poesía del *highway* 374
Espacio ruso: ensayo de una hermenéutica 388

IV. Europa diáfana **403**
El rastro de Diaghilev en Europa 405
Topografía del terror 424
El cementerio de Europa 428
La puerta de Birkenau 440
Flechas: cambio de lugar, imagen de movimiento 446
Europa medida de nuevo 455
Herodoto en Moscú, Benjamin en Los Ángeles 467

Notas **495**

Bibliografía **521**

Créditos de las ilustraciones **548**

Agradecimientos **549**

Índice onomástico **551**

Para Helmut Fleischer,
mi amigo y maestro en filosofía

Introducción

La historia no se desenvuelve sólo en el tiempo, también en el espacio. Ya nuestra lengua no deja duda acerca de que espacio y tiempo se corresponden indisolublemente. Los sucesos «tienen lugar» en algún sitio. La historia tiene «escenarios». Hablamos de «lugar de los hechos». Nombres de capitales pueden convertirse en rúbrica de épocas e imperios enteros. Hablamos de «campos de batalla de la historia» y de «campo de acción», de esfuerzos «del pueblo llano» o relaciones en un «plano de igualdad» y también de «altos mandos» y «alturas del poder», de «vía crucis de sufrimientos» como de «horizontes de expectativas». El espacio resuena en las metáforas del «panorama político» con su «derecha», su «centro» y su «izquierda». Aun en la abstracción de un metalenguaje nos vemos remitidos a «tópicos» o a la «posición» histórica y social de las ideas. Esos enunciados son tan elementales y parecen entenderse por sí solos hasta tal punto que rápidamente se desechan juzgándolos «lugar común» o ni siquiera se los encuentra merecedores de comentario alguno. Pero a veces lo nuevo comienza por una conversación acerca de algo que por mucho tiempo se ha venido entendiendo obvio, o aun por el mero recuerdo de algo caído en el olvido: en el presente caso, lo espacial de toda historia humana.

Al escribir historia se sigue habitualmente el orden del tiempo; el patrón fundamental de la historiografía es la crónica, la secuencia temporal de acontecimientos. Ese predominio de lo temporal en la narración histórica como en el pensamiento filosófico ha adquirido poco menos que un derecho consuetudinario que se acepta tácitamente sin preguntar más, como ya señalaran Reinhart Koselleck y Otto Friedrich Bollnow. La carencia de dimensión espacial no llama ya la atención. Pero luego hay momentos históricos en que se diría que una venda cae de los ojos. De golpe se hace claro que «ser y tiempo» no abarcan la entera dimensión de la existencia humana, que Fernand Braudel tenía razón cuando titulaba al espacio «enemigo número 1»: la historia humana como lucha contra el *horror*

vacui, esfuerzo incesantemente encaminado a domeñar el espacio, dominarlo, y finalmente apropiárselo. El presente libro pretende averiguar qué ocurre cuando se piensa y describe también en términos espaciales y locales procesos históricos. Hacerlo así es tomar en serio la unidad de acción, tiempo y lugar, y pretende llegar a hacerse una idea de aquello que los estadounidenses llaman con tino y concisión incomparables *Spacing History*. En lo que sigue, el mundo que nos encontremos se leerá a modo de libro de historia grande y singular en que el ser humano ha inscrito sus jeroglíficos. Pero si ya Hans Blumenberg era cauto sobremanera al utilizar la metáfora «legibilidad del mundo», y señalaba que no se trataba de leerlo a modo de libro, ello vale aún más para el presente ensayo: no es tanto leer textos cuanto salir al mundo y moverse en él en la forma paradigmática y primaria de explorar y descubrir. De ahí que esa frase de Friedrich Ratzel, «en el espacio leemos el tiempo», parezca el lema más preciso que quepa pensar para las incursiones e intentos de descifrar e interpretar la historia del mundo emprendidos en el presente libro.

En calidad de historiador que por lo demás trabaja en temas de historia de la Europa oriental, rusa para ser más preciso, quizás deba su autor indicar razones por las que se ocupa así de cuestiones de historiografía más generales, teóricas y metodológicas. Es el caso que una forma expositiva que gire en torno al lugar histórico ha resultado ser la más adecuada para figurarme y hacerme presente la historia. Así fue en mis estudios sobre Moscú, la modernidad en Petersburgo o el Berlín ruso de entreguerras, así como en numerosos ensayos sobre ciudades de la Europa central y oriental. El lugar siempre se acreditó el más adecuado escenario y marco de referencia para hacerse presente una época en toda su complejidad. El lugar mismo ya parecía salir fiador de la complejidad. Tenía derecho de veto frente a esa parcelación y segmentación del objeto favorecida por la división en disciplinas y por la del trabajo de investigación. El lugar mantenía en pie al contexto, y directamente exigía reproducir en lo intelectual esa yuxtaposición y sincronía de asincrónicos. Referir al lugar conllevaba siempre el callado alegato en pro de una *histoire totale*, al menos a título de ideal e imagen de la meta, aunque seguramente en la realización no se lograra. De ahí se desprendían también registros y modos narrativos de exposición: responsables en conjunto de la unidad temática, o tópica precisamente, de esa «sincronía de asincrónicos», de la copresencia de los actores. Eso conllevaba grandes dificultades, había que descubrir otras

fuentes y hacer accesibles desde nuevos costados algunas ya conocidas; pero también franqueaba formas expositivas totalmente nuevas. Escribir historia topográficamente centrada se deriva primariamente del objeto, no del propósito de dotar a una historia «árida» de una pizca de colorido o sabor local. Pero no se escribe un libro por evitar malentendidos, ni tampoco para entenderse uno. Se trata en primer término de probar posibilidades historiográficas, de pasar revista de medios expositivos buscando aquellos que permitan escribir historia a la altura de la época, es decir, del siglo XX con todos sus horrores, discontinuidades, rupturas y cataclismos.

Este libro consta de historias, exploraciones y reflexiones, pero aun así no es una recopilación. Todas giran en torno a una idea: ¿qué pasa si se piensa conjuntamente historia y lugar? Todas responden a la cuestión que atraviesa el libro como hilo conductor: ¿qué ganamos en percepción y perspicacia histórica si nos tomamos en serio por fin (de nuevo) espacios y lugares? Si las introducciones son como itinerarios, descripciones de ruta por tanto, ¿adónde lleva el viaje de este libro? Son unos cincuenta estudios, que se podría llamar paradas, incursiones, tentativas, ejercicios. Tienen algo de entradas de marinos que tantean salientes, islas, cabos. Aun la marcha de la exposición en lo formal tiene que ver con la clave en que interpreta el movimiento. Semeja antes tantear y rondar que caminar resuelto de A a B. Se funda en la inteligencia, ya vieja, de que a menudo se entera uno mejor dando un rodeo que yendo por lo derecho. Aunque desde luego, ni que decir tiene, hay un rumbo escondido que se expresa en los cuatro epígrafes principales, a manera casi de jornadas.

El retorno del espacio. Pese a tanto hablar de «fin de la historia» y tanto presumir el «desvanecimiento del espacio», vivimos de lleno en una historia en marcha, acaso una que rompe a diluviar sobre nosotros, y en medio de un derrumbamiento de ese espacio a cuya estabilidad, y acaso aun «eternidad», tanto nos habíamos acostumbrado durante medio siglo de Guerra Fría. Ese espacio, el conflicto Este-Oeste, ya no existe. Algo ha tocado a su fin. De nuevo nos vemos practicando «exploración del terreno», como se llamara en su día a la Geografía [*Erdkunde*], aunque no en su rancio significado por cuanto ya no existe tampoco esa antigua Geografía antaño competente en lo tocante a la «naturaleza muerta». La sentencia de Schiller, «con crudeza chocan los contrarios en el espacio», vuelve por sus fueros, entra un buen chorro de materialismo en discursos tanto tiempo

dando vueltas a simulacros y virtualidades. Ante nuestros ojos surge un espacio nuevo, un orden nuevo del mundo, mientras conceptos y lenguaje en que captarlo siguen sin preparar. Es época propicia para recobrar una tradición teórica extinta en Alemania, contaminada por el discurso nazi. «Espacio» no es idéntico con el discurso nazi sobre «espacio vital», «pueblo sin espacio», «espacio oriental» y demás. Hay una genealogía del pensamiento espacial más vieja que un nazismo con el que nada tiene que ver. Viene señalada por los nombres de Alexander von Humboldt, Carl Ritter, Friedrich Ratzel y Walter Benjamin, que rara vez, desde luego, se nombran juntos de un tirón. Es la situación histórica posterior a 1989 y al 11 de septiembre de 2001 la que se ha ocupado de que se vean más nítidos y se piensen de modo nuevo los aspectos espaciales de lo político. Quien así lo quiera, puede llamar a eso *spatial turn*; pero hay algo más importante que trabajar en una historia aparte, otra más, la del espacio: renovar la manera de contar historia. Enriquecida con la percepción de espacio y tiempo, la narración histórica dejará atrás las estrecheces culturalistas de todo tipo para poner rumbo a una historia de la civilización y reanudar, despachado hace ya mucho el antiguo determinismo geográfico, un pensamiento vuelto a entornos y contextos espaciales complejos de lo político. Es más: ya hace mucho se atisba que espacialidad y espacialización de la historia humana se convertirán en el quid de la reorganización y nueva configuración de antiguas disciplinas desde la Geografía a la Semiótica, de la Historia al Arte, de la Literatura a la Política. Las fuentes del *spatial turn* manan en abundancia y la corriente que nutren es poderosa, más poderosa que diques y barreras entre disciplinas.

Leer mapas. No es éste un capítulo sobre historia de la cartografía, sino una serie de estudios y ejercicios en torno a qué logran los mapas, y qué no, en tanto formas de representar espacio. Aquí los mapas figuran otra «fenomenología del espíritu», «tiempo contenido» en mapas. Para los historiadores son de ordinario meros recursos auxiliares, mientras en verdad son mucho más: imágenes, réplicas, proyecciones de mundo para las que rige todo cuanto de ordinario rige para textos históricos: los criterios de la crítica de fuentes e ideologías. Los mapas son réplicas de poder, e instrumentos de poder. Cada época tiene su propia imagen de que es un mapa, su propia retórica cartográfica, su propia narrativa cartográfica. No hay nada que no quepa reproducir y replicar cartográficamente: guerra, asedio, huida, rutas de peregrinación, dominios imperiales, ámbito de vigencia de valores culturales... Pero la mayor ventaja de la representación cartográfica, replicar yuxtaposición y simultaneidad, también es patentemente su limitación: los mapas no dejan de ser estáticos, a lo sumo pueden insinuar movimiento. Los mapas no sólo replican, construyen y proyectan espacios, y así hacen de espacios territorios por vez primera. Aquí se repasan fugazmente algunos ejemplos: la medición de Francia por Cassini en tiempos de la Ilustración, la medición de la India británica, la construcción territorial de Estados Unidos o la formación del Estado nacional moderno. Otros estudios sobre espionaje y cartografía, arte cartográfico y cartografía en el arte, paisajes imaginarios o uso estratégico de mapas por los poderosos muestran cuán entretejidos están con las imágenes cartográficas todos los aspectos de la vida.

Trabajo visual. No padecemos de falta de imágenes, sino de una inundación de imágenes. El ojo tiene antes que pertrecharse, disponerse, ponerse en situación de poder aún discernir y leer. Así es que no se trata de un alegato en pro del uso de los sentidos, sino de la cuestión de cómo se los puede agudizar para la percepción histórica. Se podría hacer una carrera de Historia que fuera a trechos adiestramiento de sentidos y *training* de la vista: con ciudades y paisajes por documentos. Saber cómo hacer ver no es cuestión de un par de trucos literarios o teóricos, presupone para empezar el esfuerzo de mirar. Todo recibe entonces otro aspecto y empieza a hablarnos: aceras, paisajes, relieve, planos de ciudad, perfiles de edificios. Todo cuanto en otro caso se usa sólo como recurso auxiliar, guías de itinerarios, listines telefónicos y directorios, ganan una fuerza expresiva totalmente nueva tan pronto se los trata y se les interroga como a documentos *sui generis*. Nos abren espacios de ciudades arruinadas y despliegan ante nosotros movimientos grandes y complejos que hace ya mucho se paró o se pararon: coreografías del trato humano, guiones de socialización humana. Asombrados tomamos conocimiento de que hay relación entre triángulos geodésicos y huellas dactilares, entre medición de la superficie terrestre y medición del cuerpo, aspectos por igual de una empresa de dominio y apropiación. En tres estudios posteriores –construcción de Centroeuropa en el *Baedeker*, poesía del *highway* estadounidense y el mito del espacio ruso– se pretende señalar hasta dónde puede llegarse con estudios fenomenológicos de ese género, y qué no pueden dar.

Europa diáfana. La última sección recopila estudios referentes a Europa. Estamos solamente en los comienzos de un modo de escribir historia que deja atrás el marco de la historiografía del Estado nacional y concibe Europa como un todo. Europa vuelve a ser medida, retrospectivamente y en lo presente. La europeización del horizonte histórico es mucho más dificultosa de lo que permiten conjeturar retóricas baratas que tienen a Europa por lugar común. Hay que empaparse de Europa entera, no sólo de aquellas partes de que vienen siendo hechura hasta hoy disciplinas y campos profesionales. Y ahí no se trata ya de conocer, sino de familiarizarse con formas, estilos y usos transnacionales y cómo se han modelado en concreto en cada caso. Europa es más que la suma de historias y culturas nacionales. Europa es ante todo escenario de una cantidad inabarcable de historias entrelazadas; hacerlas transparentes y diáfanas exigirá el esfuerzo de más de una generación de historiadores. Europa diáfana contiene un par de historias y excursos que insinúan de qué se trata: de una historia de condensación y difusión cultural (el caso Diaghilev), del trazado que diera a Europa el huracán de violencia que descargó en la topografía y los mundos de los campos de concentración desde Dachau a Workuta, o en los torrentes de fugitivos y desarraigados; de los cementerios europeos a fuer de imagen insuperablemente exacta del vivir y morir en Europa. Europa no es sólo una idea, una recopilación de valores, sino un lugar. Y los nombres del horror de la historia europea no son metáforas, sino nombres de lugares en que Europa se vino abajo o se irguió de nuevo, según. El capítulo final sobre Herodoto en Moscú y Walter Benjamin en Los Ángeles es una fantasía con miras sistemáticas. ¿Qué se pondrían a hacer los maestros de una percepción histórica de tantas y tan grandes dimensiones, de una exposición histórica de tal riqueza y complejidad como la suya, puestos en los lugares históricos del siglo XX o del XXI? ¿Qué podría aprenderse de ellos, pero también de literatura, arte y cinematografía, de cara a encontrar un lenguaje a la altura de la época? Quizás cupiera hallar respuestas a la pregunta de cómo escribir uno grandes narraciones tras el fin de la gran narrativa.

El libro no ofrece ninguna teoría compacta, ni instrucciones de uso para el estudio de la historia, y tampoco lo pretende. No se trata de un compendio abreviado de historia de la cartografía ni de una introducción a Semiótica o Geografía de la cultura, sino de búsquedas y ejercicios, por ver hasta dónde lleva confiar de nuevo en los sentidos propios y agudizarlos sistemáticamente. No es meta de esta exposición ser exhaustiva, y a más de uno decepcionará que no aparezcan ni Carl Schmitt ni Georg Simmel, como tampoco Aby Warburg ni Ernst Cassirer. Tampoco está su meta en proclamar un nuevo paradigma. A veces menos es más. En este caso se trata lisa y llanamente de aumentar la atención, de la experiencia de que un mundo visto espacialmente es más rico, complejo, multidimensional. Una vez probada ya no hay vuelta. Fue una experiencia afortunada toparse en el curso de estas investigaciones con avezados compañeros de viaje, movidos o moviéndose por perspectivas y conclusiones pasmosamente similares e idénticas en parte. La lectura de contemporáneos, lo mismo se trate de David Harvey, Edward Soja, Derek Gregory, Paul Carter, Matthew H. Edney o Allan Pred, fue la mejor prueba de que nos hallamos hace mucho en pleno *spatial turn.* Algo de esos afortunados encuentros se le ofrece al lector mediante citas por extenso y la configuración del texto, que no ve en montaje o *collage* defecto sino cantera: donde seguir uno por su cuenta sus propias excavaciones.

Berlín, mayo de 2003
Karl Schlögel

En el espacio leemos el tiempo

I
El retorno del espacio

El barco de Alexander von Humboldt
Del arte de marear

Cuando Alexander von Humboldt con su compañero Alexandre Aimé Goujaud Bonpland se hizo a la mar en La Coruña en junio de 1799, rumbo a Suramérica, sus miradas guardaron la memorable visión de aquel momento, las costas del Viejo Mundo que iban a dar a la mar y se esfumaban de su horizonte. Era un momento estremecedor en que se mezclaban sentimiento, apego a lo familiar, temor a lo nuevo y enteramente distinto. Pasar a las Indias seguía siendo sumamente arriesgado, no rutina con previsto desenlace sino aventura en que uno podría perecer. Humboldt volvía a vivir ese momento que antes vivieran generaciones enteras de marinos, atravesar un umbral allende el cual no hay regreso, nada está resuelto, y sólo tiene una oportunidad quien mantenga despiertos sus sentidos. Alexander von Humboldt no era ningún aventurero, sino hombre de curiosidad insaciable, casi animal, y de una capacidad de trabajo punto menos que inagotable. Todo estaba bien preparado y cavilado, el barco, repleto hasta el último camarote de papeles científicos, atlas e instrumentos de medición; iban dispuestos a estudiar por mucho tiempo y entre las mayores fatigas una porción nueva de mundo, abarcarla y medirla por primera vez. La expedición volvió al cabo de más de cinco años de viaje por siete países de Suramérica, Cuba y Norteamérica. Valorar las colecciones, observaciones y mediciones que trajo consigo dio quehacer a los científicos durante todo el siglo XIX, y, en parte, hasta hoy[1].

No nos embarcamos aquí en nada parecido: ni en investigar un Nuevo Mundo medido hace mucho, ni en una expedición en que podamos naufragar con el barco que nos lleva, ni por un botín de 34.000 páginas manuscritas e incontables objetos, desde minerales hasta animales disecados. Lo que nos interesa es qué papel desempeña el espacio en la historia y cómo ha venido a ser que se nos haya escurrido entre las manos.

Pero tampoco es del todo azar que se nos haya venido a la cabeza para empezar nuestro trabajo la partida de Alexander von Humboldt a su viaje suramericano. La suya tiene que haber sido una curiosidad indomable que

quería salir más allá del mundo consabido y familiar, tan fuerte como para arrostrar aun los mayores peligros: imagen de una empresa francamente monumental que hoy vuelve a seducir a un mundo científico en trance de perder, y sobre todo olvidar, su unidad interna en la estela de la especialización y división del trabajo. E imagen, al cabo, de devoción a la cosa, de una entrega al objeto de estudio que incluye arriesgar el entero patrimonio privado, el cuerpo y el alma, y de la que hoy se puede sospechar sólo haría sonreír discretamente. De no hacerse ver en Alexander von Humboldt también ese auténtico animal de tiro dispuesto en todo momento y situación a anotar lo esencial y dibujar con precisión, se reconocería en él de inmediato al romántico henchido de todo el entusiasmo y desmesura de la época romántica. No es sólo del erudito universal, enciclopedia ambulante y academia en una pieza, de lo que hemos de ocuparnos, sino de una actitud ante el mundo, de su afinidad con él y la energía con que esa atención suya se concreta en las formas más diversas. Sin que pareciera conocer límites: trabajaba con microscopio y con instrumentos astronómicos, extractaba sobre el terreno documentos de civilizaciones precolombinas, observaba las poblaciones de monos en la jungla y se sumía en las relaciones de los misioneros, adelantado de la Etnología y la Antropología, hacía dibujos y se sometía a las tediosas tareas del topógrafo y el cartógrafo, y todo en condiciones extremas, con la humedad de la selva tropical, sin los recursos que más tarde habían de hacer posible y soportable el trabajo en lugares inhóspitos de ese género[2]. Alexander von Humboldt encarna una figura del conocimiento en que todavía se aúna cuanto más tarde ha seguido cursos separados, en disciplinas –Mineralogía, Geografía, Etnología, Lingüística, Botánica, Zoología, Historia–, en especialidades –estadística, topografía, cartografía y descripción del paisaje, densas descripciones de situación y estudios históricos– y en formas distintas de organización: él encarna al científico entendido como erudito al tiempo que empresario y organizador, todo en la misma persona. Figura una ciencia en que la teoría aún podía ser a la vez sin ningún problema empiria y reflexión, visión y sistematización, estudio de campo e investigación de archivo. Alexander von Humboldt es uno de los puntales de una Ciencia de riqueza incontrolable y poco menos que ilimitada, una que parece tener aún todo por delante: en parte alguna retorno o retroceso, por doquier embarques, nuevas singladuras, exploraciones, descubrimientos. Naturalmente, tras casi dos mil años de progresos en todas las ramas científicas, y



Eduard Ender, *Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland en la selva virgen, ca.* 1850, óleo sobre lienzo.

«Imagen de una empresa francamente monumental que hoy vuelve a seducir a un mundo científico en trance de perder, y sobre todo olvidar, su unidad interna en la estela de la especialización y división del trabajo.»

tras un desarrollo que ha llevado a la ciencia a la condición de «subsistema social», no puede darse ningún retorno a Humboldt sin más. Evocar la figura del sabio universal despierta más bien extrañeza; uno se ha vuelto modesto tras tanto progreso que se ha demostrado camino a la catástrofe. Y aun así, en esa figura sigue habiendo algo paradigmático: la amplitud de horizonte, la disposición a salir ahí fuera y hacerse por uno mismo una imagen de cosas de las que aún no hay ninguna, la inmediatez de la impresión por la que dejarse estremecer de pies a cabeza, el valor de confiar en los propios ojos, la disposición a emprender el gran viaje aun cuando todavía no esté todo aclarado y en regla «definitivamente». Hay algo que recuperar en esa audacia de romper y en el sentimiento correspondiente de que algo se juega en ello. Hay que hurtarse al menos por un momento a cuanto de miedo y de disciplinario hay en las disciplinas, a fin de poder echar un vistazo al todo, a la selva y no sólo a los árboles, al mundo y no sólo a sus partes[3].

Con este libro que ahora encaramos nos pasa un poco como a Alexander von Humboldt y a Bonpland en ese momento de perder de vista las costas europeas sin tener ante sí otro que el ancho mar, donde a uno pueden entrarle mareos de tanto vacío y lejanías. Nos gustaría recuperar el impulso a salir al mundo. Es la hora. El espacio se ha olvidado, ya no lo hay. Presuntamente se ha desvanecido, consumido por una vertiginosa aceleración. Ya no hay espacio entre rutinas que funcionan, o a lo sumo, cuando por un instante se interrumpen: una catástrofe, una detención forzosa fuera de programa. Entonces, de repente, lo hay: como escena, lugar de los hechos, escenario de la catástrofe. Por un instante vuelve entonces el conocimiento de que el mundo tiene agujeros negros y pese a toda aceleración hay una geografía que desempeña un papel hoy como ayer. Hay cosas de las que no se habla porque se entienden solas, en todo caso mientras estén ahí calladas o simplemente funcionen. Entre tales obviedades se cuenta el espacio. Ni siquiera hay un lenguaje para él. Es un hecho de nuestra vida cotidiana, pero no existe en el lenguaje de la teoría. Está ausente, reconstruido y recubierto de historia, sucesos, estructuras y procesos en que todo es importante, excepto esto: que todos tienen lugar, escenario de la acción, lugar de los hechos. El espacio parece colonizado por las ciencias sociales. Ahora se trata de dejarle volver en su ser con toda su enormidad.

El mundo espacial está ocupado por intérpretes y administradores de textos. El mundo parece metamorfoseado en un gran texto único, y de la

«legibilidad del mundo» de Hans Blumenberg la mayoría se ha quedado sólo con la letra, no con el espíritu. Percatarse del mundo significa dejar atrás la fijación exclusiva en el texto y desechar la cómoda ilusión de que aquél sea un gran texto único que hasta cierto punto podríamos descrifrar sin más, desde el escritorio o la mesa del café. Los paisajes no son textos, como tampoco las ciudades. Los textos pueden leerse, a las ciudades hay que ir. Hay que mirar en torno. No puede leerse un lugar, hay que buscarlo para darse una vuelta. Edificios y plazas son sus reproducciones; los interiores, la novela en que aparecen. Se trata de relaciones espaciales, de distancias, cercanía y lejanía, medida, proporción, volumen, figura. Espacio y lugar plantean ciertas exigencias; por menos, no se dejan tener. Quieren ser franqueados. Y de ellos no se debe decir palabra que no esté fehacientemente acreditada sobre el terreno y en el lugar de autos: lo que no funciona sin adiestrar la mirada, sin estudios de campo, sin trabajo sobre el terreno. Y eso significa también que no funciona sin cerrar por un instante los libros, apartar de ellos los ojos y confiar en éstos directamente, sin cubrirse, al descubierto. Entonces resulta rápidamente que hay otros caminos por andar si uno quiere llegar al mundo. Pero ¿cuáles, por cuáles?

Adoptamos la forma de moverse de quien pretende orientarse en el espacio. Como queremos proceder, avanzar, nos ponemos en pie. Hacemos un plan de viaje, un esbozo, un itinerario. No se trata de la línea ortodrómica. No estamos construyendo un edificio. No es una indicación de cómo alcanzar la meta, sino un método de moverse sin perder la orientación en terreno abierto por todos los costados. No nos apoyamos en deducciones a partir de un concepto que antecede a todo, avanzamos tanteando: de ciudad en ciudad, de una lengua de tierra en otra, de isla en isla, de ensenada en ensenada como por antiguos portulanos. Puede ser bueno engañarnos, que tras la próxima lengua de tierra no surja el puerto sino horizonte sin fin, haber echado mal las cuentas, en distancias y en dificultades. No está excluido encallar e irnos a pique. Avanzaremos con ayuda de mapas y nos toparemos con que lo dicen todo, o lo callan, para arribar acaso alguna vez a una realidad de la que estamos convencidos es cosa distinta de su representación y de los discursos que sobre ella se sostienen. Quien usa correctamente los mapas alcanza alguna vez el mundo para el que están hechos.

Así como no es éste un libro de mapas y cartografía, tampoco intenta competir con la reproducción de grandes obras cartográficas, las únicas en

que se puede desplegar la magia que esconden. Carecería de toda perspectiva querer medirse con ellas. Quien las haya tenido en sus manos alguna vez sabe que, en cuanto obras de arte, de ciencia y de técnica, sólo se les causa perjuicio cuando se las intenta forzar en reproducciones y copias reducidas. Para comprenderlas hay que contemplarlas, tal como se va al museo para contemplar un Rembrandt. El presente texto gira en torno a otro modo de andar a vueltas con mapas, de tratar y de mirar los mapas y el mundo que reflejan. No en torno a la ilustración sino a la reflexión, no en torno a interpretar imágenes, sino a cómo agudizar y aun producir una mirada y una atención nuevas a todo cuanto ni está en los textos ni puede estar, lisa y llanamente porque el mundo, algo que se olvidó hace mucho, no consiste en textos. Éste no es un libro para los ojos, sino para cabezas que tengan los ojos para ver o al menos quieran trabajar con ellos. En lo fundamental, gira en torno a un solo pensamiento, a saber, que sólo podemos hacernos con una imagen adecuada del mundo si empezamos a pensar otra vez juntamente espacio, tiempo y acción. Como ese pensamiento elemental está olvidado o desterrado hace bastante tiempo, vale la pena ponerlo de nuevo en circulación. Él es también brújula y compás del movimiento de búsqueda que ahora comienza.

Drama didáctico I: La caída del muro de Berlín (1989)

En algún momento de un siglo XX a punto de concluir nos habíamos aprendido lo de que la historia había llegado a su fin; luego vino 1989, no obstante, y aquello que pareciera tan revelador y tan plausible ya no valía. También nos habíamos aprendido que el espacio se había desvanecido y que la Geografía no desempeñaba ya ningún papel. Así, algo que normalmente habría precisado con toda probabilidad discusiones prolongadas y argumentaciones prolijas se aclaró sin grandes comentarios ni fundamentaciones tras las sacudidas de 1989. No sólo se había disuelto un Imperio sino también un espacio, el que se llamara «bloque del Este». No había acontecido sólo una revolución política, sino también una «revolución espacial» que no había dejado intacto aspecto alguno de la vida. 1989 fue la fecha que señaló el final de la posguerra, y el muro de Berlín el lugar en que tocó a su fin. Ante los ojos de unos contemporáneos ya jubilosos de esperanza, ya angustiados, transcurrió un drama didáctico por el que les habrían envidiado otras generaciones. Ellos fueron testigos oculares de cómo pasa el mundo de un estado a otro, de un antes a un después. Casi medio siglo había vivido Europa en estado de división, entre fronteras surgidas de las dislocaciones de la Segunda Guerra Mundial y las tensiones de la Guerra Fría. La que discurrió por más de medio siglo a través de la Europa de Yalta no tenía precedente ni respaldo alguno, no era frontera étnica, cultural, idiomática o histórica, y desde luego, tampoco «natural». Ninguna cordillera, ninguna corriente, ningún corte lingüístico discurría desde el este de Lübeck hasta Trieste: sino un telón de acero primero improvisado y reformado luego cada vez mejor hasta culminar en la construcción del muro de Berlín. En adelante no hubo Europa alguna, sino el Este y el Oeste. Donde una vez se hablara de Centroeuropa había ahora puestos avanzados del campo socialista y del capitalista. Las metrópolis de Centroeuropa se habían tornado en ciudades provincianas en las periferias orientales u occidentales del mundo dividido. Había que tener alguna razón especial para salir de una y pasar a otra, si es que no era totalmente

imposible o prohibido. Mantener las relaciones de vecindad con quienes se habían convertido en extranjeros requería la mayor tenacidad para vencer las trabas burocráticas, conseguir el visado o el bono de hotel. Era más sencillo ir de Berlín Este a Pyonyang que al sector occidental, por más que se tratara de la misma ciudad. Las viejas vecindades entre Budapest y Viena, Helsinki y San Petersburgo, Praga y Núremberg, ya no tenían vigencia desde que unas estaban en el Pacto de Varsovia y las otras en la OTAN. Por más de una generación la vecindad inmediata quedó fuera de alcance; en el mejor de los casos, servían como lugar de encuentro, congresos internacionales o playas de terceros neutrales. Ese mundo dividido podía reconocerse y distinguirse a primera vista: en una parte había anuncios que le asaltaban a uno dondequiera que estuviese, o que se fuese; en el otro, le salían al paso los vacíos de lienzos desnudos que en todo caso adornaban de tanto en tanto algún cartel o una bandera del Primero de Mayo. Aquí había propaganda, allá, publicidad. Aquí, colas, allí, aglomeraciones atropelladas ante las superofertas del catálogo. Aquí, el peso abrumador de los días siempre laborables, allí, la insoportable levedad del ser. Cada hemisferio, su iconografía, sus reglas de lenguaje, sus códigos, hasta en los gestos; pagado de sí, triunfador y jactancioso el uno, más bien desmañado, reservado y avergonzado el otro. Cada hemisferio, su diseño, su esbozo de una vida medianamente feliz, sus países de ensueño y sus vacaciones soñadas[4]. Y cada uno su propia experiencia de qué sean dicha y, sobre todo, desdicha. En el «bloque del Este» se había experimentado la nula perspectiva de la revuelta: 1953, 1856, 1968, 1976; en «el Oeste» se había seguido adelante y hacia arriba, de algún modo. El muro de Berlín no era sólo símbolo perfecto, sino perfecta ejecución de una frontera perfecta. Transgredirla, aun cuando se intentaba en mitad de una ciudad, era mortífero; se disparaba como a conejo en campo abierto o a fugitivo en campo de concentración. El muro discurría bajo tierra atravesando por medio túneles de metro, conducciones y alcantarillas, por tierra atravesando calles, edificios y cementerios, sobre la tierra atravesando un cielo en que también había pasillos. En ese muro había esclusas en que uno era penosa y materialmente sondeado, radiografiado e investigado, en que se le quitaba material impreso, en que se producía un estado de amenaza y angustia que había de convertirse en equipaje básico de cuantos cruzaban la frontera en la Europa de la Guerra Fría. Ahora, cuando ya apenas se recuerda la frontera de antaño, ya casi hace falta imaginación o actividades arqueológicas

para figurarse aquella Europa que había llegado a ser una situación de normalidad. Para quienes crecieron a la sombra del muro hay lugares que designarán por siempre ese asombroso cosmos de la Europa de Yalta: los pasos fronterizos de Marienborn o el laberinto de las estaciones de metro y ferrocarril de Berlín-Friedrichstrasse, la sala de espera de los consulados en que se intentaba conseguir un visado, y el hedor específico que allí reinaba, y la entera economía mental que se fundaba en la tensión de un mundo escindido: incluido el «¡pues vete allá enfrente!» que histéricos berlineses del Oeste gritaban a los estudiantes revoltosos.

1989 cambió toda la situación. Junto con instituciones y legitimidad del socialismo real se derrumbó también la entera geografía del poder. Las capitales del bloque del Este se convirtieron en grandes escenarios en que el derrocamiento del antiguo poder sucedía ante los ojos de todos. Cada país tenía sus escenarios principales o laterales preferidos, por lo general, plazas o lugares simbólicos en que se medían las fuerzas y se ponía en escena el cambio de poder. Los medios de comunicación pusieron lo suyo en difundir y sincronizar diversos cursos de acción. Así se vino a que casi todos los europeos tengan una imagen concreta del año 1989; una que incluye siempre *dramatis personae*: Mijail Gorbachov, Lech Walesa, Václav Havel. Y donde siempre hay un «lugar del suceso»: la calle de la torre de la televisión en Vilna, la Casa Blanca de Moscú, o ese otro inolvidable, la gran plaza de Bucarest ante el palacio de gobierno desde cuyas balaustradas hubieron de ponerse a salvo Nicolás y Elena Ceausescu en un helicóptero. Así es que la caída del poder no es mera figura ideológica, sino literalmente corporal, como su ruptura y fragmentación: se bloquean las transmisiones de noticias, fallan las conexiones, se acuartela a las tropas, se abandonan las torres de vigilancia, alguien escala una fortificación fronteriza que pierde de una vez por todas su credibilidad. Un paso lleva al otro donde sólo se admite el libre juego de fuerzas: y en el corto verano de la anarquía eso es más importante, con mucho, que todas las llamadas «reformas democráticas» para las que no hay fuerza, poder ni competencia. Desatado y desanclado de las antiguas relaciones de poder, todo se redistribuye de modo nuevo, se disuelven coaliciones agotadas, se montan nuevas. Las fuerzas civiles que hasta entonces se habían mantenido al margen o en la clandestinidad se adelantan hasta el centro de la escena, el escritor se convierte en presidente y su sala de recibir ya no está en el café Vltava sino en el Burg. Redactores de *samizdat* y panfletos en la clandestinidad

sacan el mayor periódico del país. De las plazas públicas desaparecen los monumentos de déspotas mediocres, por doquier se da nombre nuevo a las calles. Cambio de denominación, de código, la toma del monopolio de la definición está en su apogeo. Nombres nuevos señalan la toma de posesión, la apropiación de calles, de edificios y espacios públicos, con toda clase de complicaciones subsecuentes. Desaparecen las fortificaciones fronterizas, ahora cuentan otras fronteras: entre pobres y ricos, o el *digital gap*. Ciudades que habían sido fronterizas, avanzadas del frente, recobran de pronto lugar de centros fácilmente accesibles por cualquier costado. Provincias que se habían quedado en la espalda de Europa vuelven a estar francas. Por todas partes tráfico en auge, en particular entre metrópolis largamente descuidadas, mientras otras se quedan aparte sin saber cómo seguir adelante. El espacio europeo se reordena. Las regiones siguen a su gravitación natural y a antiguas líneas de fuerza. Se comprueba qué fuertes son los lazos en torno al Báltico aun tras una larga división. Se demuestra con qué rapidez se vuelve a encontrar a sí misma Centroeuropa. Y quien mira bien reconoce que no son las fronteras de ayer lo que marca el compás de aceleración o retardo, sino las fronteras entre los nuevos *metropolitan corridors* por que circulan *global flows* y aquellas provincias remotas por que pasan de largo los flujos de energía, dinero, personas e ideas. No en todas partes se ha alcanzado la transformación de la gran frontera, del telón de acero en fronteras pequeñas. En algunos lugares se hizo de la frontera línea de demarcación, y de ésta, un frente. En muchos otros la red no se ha reanudado, sino desgarrado. Europa, escenario de deportaciones, depuraciones violentas, crueldades y guerra; Europa, campo de batalla tras medio siglo sin guerra abierta. Ahí está patentemente la otra cara del derrumbamiento del sueño de poder de la posguerra. Mientras que el derrumbamiento ha tocado a su fin, la reconstrucción del espacio europeo sigue aún sobradamente indefinida y en pleno proceso. La Europa nueva es un espacio social, político y geográfico: algo así no puede «hacerse», crece –o no–. En eso, a despecho de ideas bienintencionadas pero inútiles, con decretos y uniones no hay nada que hacer.

Drama didáctico II: *Ground Zero*. 11 de septiembre de 2001

El 11 de septiembre de 2001 nos ha hecho recordar un espacio que habíamos olvidado largo tiempo atrás, uno cuyo sometimiento se cuenta sin embargo entre los supuestos de nuestra civilización. Recuerdo de lo obvio. Recuerdo del océano que había de ser cruzado, que lo fue día tras día por millones de seres, que ya no puede serlo si el espacio aéreo se cierra. Todos habitamos un espacio global producido a lo largo de décadas. Que ahora ha sufrido un desgarro. Resulta que el espacio puede desgarrarse si se rompen «nervios» o líneas de tráfico. Se demuestra que aun en tiempos de ciberespacio no se han vuelto superfluos conocimiento del lugar y exploración del terreno.

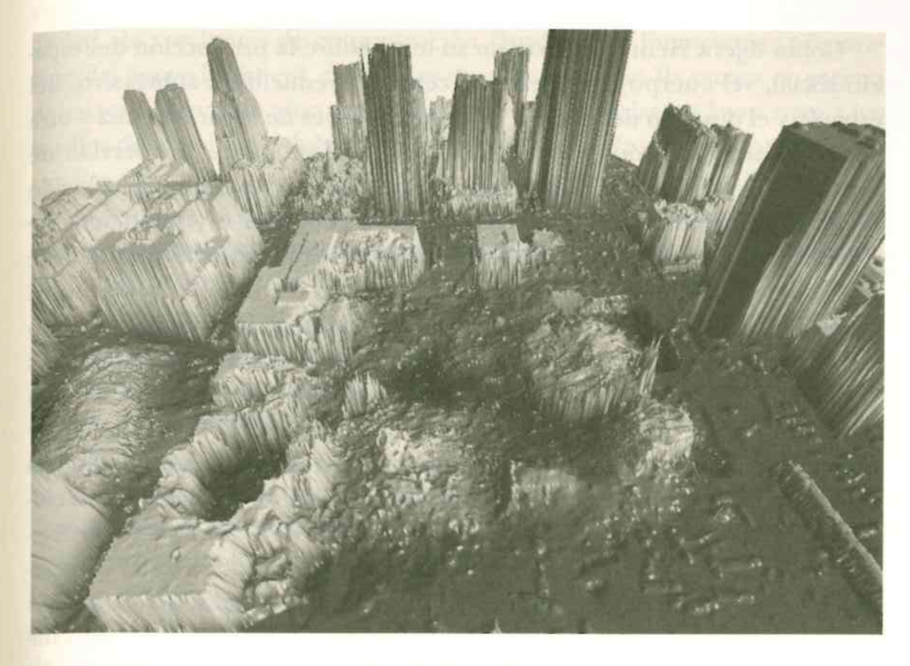
Acaso sea más que un azar que la primera guerra del siglo XXI haya vuelto allá donde hace casi cien años el oficial y geógrafo británico sir Halford Mackinder barruntara el «eje de la historia universal»: en esa «*Heartland*» que se le antojaba Asia central, cuyo dominio, a su parecer, daría entrada al del mundo entero. Es como si no acabáramos de creer imágenes que sin embargo hemos visto con nuestros ojos. De ahí que miremos incrédulos y fascinados desde el borde del cráter a la montaña de escombros de que aún se alzan nubes de polvo y humo. De ahí que al mirar desde el avión busquemos ese lugar brillantemente iluminado al sur de Manhattan. Así se marcan a fuego lugares en la memoria, así se erigen los puntos de referencia de la memoria colectiva, así se configura el horizonte que dará la medida a generaciones venideras. El que recordarán por siempre testigos oculares y espectadores: restos de fachadas aún en pie como un decorado teatral o una obra de arquitectura deconstructiva; todo el inventario de protección civil, tiendas de campaña, camillas, instalaciones de desinfección, máscaras y mascarillas contra el polvo y el gas.

Nueva York ahora: la ciudad sin torres gemelas, al menos por ahora. Brooklyn Bridge: el puente de los fugitivos de Manhattan, ya no sólo la maravilla universal de John Roebling. Wall Street, la calle del muro ya no metáfora, sino lugar en que por un segundo quedó cortada la circulación

de la riqueza abstracta. Washington Square y Union Square: ya no gratas plazas urbanas sino mausoleos en movimiento, lugares para el recuerdo con un mar de velas ardidas hasta el cabo y derretidas. Nueva York: la ciudad en que se da un nuevo tipo de héroe y un alcalde que expresa lo ocurrido con más tino que un poeta[5]. Se nos recuerda que no todo es simulación y efecto mediático, que se aplastan cuerpos y se destruyen casas, no sólo símbolos; caemos en la cuenta de que hay océano y de que no es indiferente que un país esté rodeado de océanos; advertimos que aun en el *global space* hay nudos y vías no sólo virtuales, que también pueden dañarse y cortarse en realidad.

El mapa no consigna aquí sólo un lugar físico, sino también parada y suspensión de obviedades en que descansa nuestra cotidianeidad, y señala el fin de las rutinas sobre cuyo funcionamiento callado descansa nuestra civilización. *Ground Zero* es el punto en que se hizo parar y caer algo, el punto desde donde se mide el mundo en que vivimos en adelante. Donde frentes y guerras de posiciones, fronteras y soberanías nacionales no desempeñan apenas papel alguno, pero tanto más espacios imaginarios en que desempeñan el suyo movimientos de vuelo, huida e infiltración, la formación de redes, las etapas de la vida de los actores y activistas. Surge un mundo nuevo con nuevos centros, zonas de peligro, fracturas y fronteras. Que ahora no discurren ya entre Estados, sino a través de ellos, entre quienes pueden seguir el juego global y quienes no, y quedan fuera.

El 11 de septiembre no sólo ha hecho desplomarse a las torres del World Trade Center. Al menos por un instante ha hecho visible el espacio en cuyo centro estaban. En tiempo histórico fue sólo un segundo, pero bastó. Lo que fue alcanzado eran torres, no sólo símbolos. Capitalismo no es sólo el nombre de un sistema, sino un sistema que tiene lugar. Y sus bancos, sus analistas, su estructura inabarcablemente compleja, sus nudos neurálgicos, sus venas y arterias. Todo depende de que estén en situación de funcionar flujos y corrientes de información que convergen en puntos determinados. Quien pretenda destruir éstos no ataca al Capitalismo, mera abstracción, sino al capitalismo cristalizado en sedes centrales, bolsas, bancos y empresas. Producir aun la más abstracta riqueza necesita seres humanos que trabajen con dedicación e inteligencia y persigan la felicidad. Quien pretenda alcanzar de lleno al capitalismo o a Occidente por fuerza ha de alcanzar a seres humanos, a plantas concretas de edificios concretos que limpian cristaleros y atienden camareros. Así, quien quiere



***Ground Zero*, o escombros del World Trade Center, en un modelo digital tridimensional.**

«Era el distrito central de la gran ciudad de Nueva York y con ello el centro del mundo moderno, al menos del occidental.»

herir a un sistema ha de herir a los seres humanos en que consiste. Los cuerpos que se lanzan desde las ventanas son los fragmentos del sistema.

Como dijera Henri Lefèbvre en su texto sobre la producción del espacio social, «el cuerpo es el genuino centro, irreducible y subversivo, del espacio y el discurso del poder»[6]. Las indicaciones de lugar que una y otra vez recibíamos cegados, «la manzana sur de Manhattan», no servían de ilustración, eran localización exacta y necesaria y no un toque de colorido local. Eran primerísimo plano del corazón económico y financiero de Estados Unidos y del entero mundo occidental. Era el distrito central de la gran ciudad de Nueva York y con ello el centro del mundo moderno, al menos del occidental. Nueva York no es sólo símbolo, sino ciudad, y como tal, vulnerable, que puede ser alcanzada[7]. Que se vulnere un símbolo es cosa de la que puede tomarse nota sin más; admitir que una ciudad como Nueva York sea indefendible por principio y vulnerable en cualquier momento es cuestión de vida o muerte. Nueva York y ciudades como ella sólo funcionan en tanto ciudades abiertas. Cerrada, amurallada, como ciudadela, es inconcebible, y sería sinónimo del final de la forma de vida occidental. Intuir eso, y no pánico o histeria, es lo que subyace a todas las reacciones a ese ataque: que la vida sucumbiría a una clausura de los túneles que conectan Manhattan con el resto de la ciudad, que el cierre de las estaciones de metro dejaría morir lentamente al distrito sur de Manhattan. La sociedad estadounidense no resistiría social ni culturalmente, aun si fuera factible técnicamente, lo que se conoce como *racial profiling*, la comprobación de identidad de todo estadounidense o turista con la menor traza de árabe. La interrupción del correo, las negativas a distribuir o recibir cartas tras los atentados con antrax, la paralización de todos esos procesos sobre cuyo silencioso funcionamiento descansa nuestra civilización da un atisbo de lo vulnerable de nuestras estructuras, sumamente sensibles.

La suspensión momentánea de tráfico aéreo sobre Estados Unidos, de extrapolarse a un período más prolongado, llevaría al derrumbamiento del espacio aéreo en que Estados Unidos ocupa un lugar central, a suspender todos esos movimientos que les unen con el resto del mundo. Significaría, nada menos, que por un momento Norteamérica se había vuelto inalcanzable y otra vez una gran isla continental. De un solo golpe, y ejecutado con medios simples, se había deshecho la red costosamente trenzada. Los contornos del Nuevo Mundo tal como estaban dibujados en los globos terrestres antes de Colón hacían una reaparición sorprendente.

El enemigo era nuevo, y uno de sus rasgos nuevos era que no operase desde un territorio estatal fijo, sino surgido de las corrientes del mundo global, de corrientes de comunicación (Internet) o financieras (preparación del apoyo logístico), de medios de comunicación (la puesta en escena del ataque, precisa y ajustada a ellos, que hizo trabajar en favor suyo a los medios del enemigo), del tráfico (viajes a Estados Unidos y entre ellos), de canales educativos internacionales y, en fin, de la magnitud y el anonimato de las grandes metrópolis. Desterritorialización del enemigo y sus operaciones, vulnerabilidad de una sociedad abierta abocada a hacer permeables y aun desechar las fronteras: ambas cosas van juntas. Se alzaba un nuevo escenario, se perfilaba una ampliación de las zonas de guerra, un campo de batalla de un género totalmente nuevo.

De una parte, los centros neurálgicos del capitalismo global, lugares y monumentos simbólicos de Occidente, canales y corredores abiertos, las grandes praderas incontrolables y las junglas ingobernables de las metrópolis modernas. De la otra, retaguardias situadas en el sistema de cuevas de Tora Bora o en los suburbios y barrios pobres de Islamabad; vastos territorios, meras ruinas ya de un Estado, abandonados a merced de los señores de la guerra; rutas del contrabando de instrumentos de alta tecnología, armas o drogas. Y todo entrelazado por un sistema global de comunicaciones capaz de sacar una historia en vivo para el mundo entero aun del último combate en el valle más apartado del Hindokush. Las fronteras ya no discurren entre Estados, los atraviesan. Las fracturas no discurren entre el mundo árabe-islámico y el occidental, sino entre los centros enardecidos de un islamismo radicalizado y un mundo ocupado en mantener su estabilidad[8].

Fronteras, centros y escenarios se desplazan y apenas nada recuerda el curso de las fronteras y las zonas de tensión de hace un decenio. Los mapas que *nolens volens* nos hemos modelado nosotros muestran el arco de tensión de las nuevas zonas de lucha: alcanza desde las gargantas del Lower Manhattan hasta el altiplano de Kandahar. El campo de batalla es inabarcable: alcanza desde los suburbios de miles de creyentes a los que nada distingue hasta los aeropuertos totalmente climatizados que alguien puede volver infiernos. Desde el *Ground Zero* se mide el mundo de nuevo. La tesis del desvanecimiento del espacio era tan insensata como la del fin de la historia. Patentemente, se precisa una y otra vez de grandes acontecimientos para recordar cosas que una vez se entendieran por sí solas pero en determinadas condiciones han podido «caer en el olvido».

«Atrofia espacial». Desvanecimiento del espacio

La tesis de que el espacio se esté desvaneciendo se funda ante todo en la revolución de las técnicas informáticas durante los dos o tres decenios últimos. Incomparablemente más potentes que cualquiera de los medios precedentes –vapores, telégrafo, teléfono, radio o televisión–, nuevas tecnologías como Internet, correo electrónico, fax o teléfono móvil no cooperan a una mera contracción del espacio, así afirma esa argumentación, sino más propiamente a que se esté consumiendo hasta desvanecerse[9]. Se ha desarrollado toda una literatura en torno a esos tópicos, el «desvanecimiento del espacio» o la «inmovilidad vertiginosa» de que habla Paul Virilio: «La idea de que las telecomunicaciones "contraen la distancia" hace que [el ciberespacio, K. S.] parezca análogo de otras mejoras en transporte y comunicaciones. Sin embargo, eso no atina en lo esencial de las telecomunicaciones avanzadas, que precisamente no está en disminuir ese "rozamiento" que es la distancia, sino en quitarle todo significado. Si el tiempo que se precisa para comunicarse a diez mil millas no es discernible del requerido a una milla, se ha llegado a la convergencia de "espacio-tiempo" en alguna magnitud fundamental. Y como toda relación geográfica se basa implícita o explícitamente en ese rozamiento que la distancia genera, resulta forzosamente que negarlo en todas sus formas pone en cuestión la base en que la Geografía descansaba hasta ahora como en algo obvio»[10]. Pero aun esta concepción va demasiado lejos para los teóricos del ciberespacio. Pues no hay duda, ciertamente, de que «las tecnologías de información y comunicación interrumpen abruptamente la lógica de la sociedad moderna, pero no la dejan simplemente inválida. La Geografía sigue desempeñando un papel, a título de principio organizador y constituyente de relaciones sociales; no se la puede eliminar totalmente... No es admisible pasar por alto que los seres humanos siguen viviendo en un mundo material y necesitan alimento, vivienda y trato humano»[11]. Según esto, la revolución de los medios lleva más bien a que el espacio geográfico se amplíe o se estratifique, no a que se desvanezca: «Al geográfico se superpone un espacio virtual que permite así a personas y organizaciones reaccionar con más flexibilidad al espacio geográfico real. Creemos que esas formas de acumulación y movilidad espaciales, acrecentadas y flexibles, indican que vivimos una era en que la lógica espacial es ya modernidad tardía, una era en que se construye un nexo socioespacial nuevo»[12].

De todos modos, ese argumento u opinión de que el espacio se desvanece es más antiguo que las recientes revoluciones tecnológicas, y se apoya en estratos más densos, con mucho, que ese progreso técnico que quiere hacer constar, con toda razón. La cuestión gira en torno a una forma de pensar, un hábito, una *façon de parler*. Una en que el horizonte temporal y la narrativa histórica imperan sin más, como si ello fuera obvio. Su materia prima es el habla, el texto, el discurso. Reinhardt Koselleck ha hablado de una primacía del tiempo sobre el espacio aceptada espontáneamente, como cosa comprensible de suyo. «Puesta ante la alternativa formal tiempo o espacio, una abrumadora mayoría de historiadores optaría por una hegemonía teórica del tiempo sin más que una débil fundamentación teórica»[13]. Y Edward Soja coloca en el centro de su proyecto de geografía posmoderna la tesis del desvanecimiento del espacio, como reflejo inverso del triunfo de un historicismo que sólo ahora toca a su fin: «Mi meta es espacializar la narrativa histórica (*to spatialize the historical narrative*), vincular la *durée* con una Geografía Humana duradera y crítica... hacer que análisis y teoría social contemporáneos tomen conciencia de una perspectiva espacial crítica. Al menos durante el siglo pasado, tiempo e historia han tomado posesión de un puesto privilegiado en la conciencia práctica y teórica del marxismo occidental y la teoría crítica. Comprender cómo se hace historia fue la más importante fuente de conocimiento emancipatorio y conciencia política práctica, receptáculo amplio y variable de interpretaciones críticas de la vida y práctica sociales. Aun así, hoy son consecuencias del espacio antes que del tiempo las que nos están ocultas, antes "hacer geografía" que hacer historia lo que el mundo práctico y teórico pone ante nuestros ojos. Ahí está, apremiante, el requisito y promesa de la geografía posmoderna». Según Edward Soja, en adelante la cuestión está en «intentar deconstruir y recomponer de nuevo la rígida narrativa histórica, escapar de la prisión que es la temporalidad del lenguaje y de la teoría crítica convencional de un historicismo similarmente carcelario, para dejar espacio a intuiciones de una Geografía Humana comprensiva, a una hermenéutica espacial. Con ello se cortaría el flujo de lo secuencial una y otra vez y se desviaría a recu-

perar y componer simultaneidades y yuxtaposiciones de mapas, con que sería posible subirse a la narración casi en cualquier punto a voluntad sin perder de vista el planteamiento general del trabajo, que podría parafrasearse así: crear accesos críticos a la vinculación de tiempo y espacio, historia y geografía, época y región, sucesión y simultaneidad»[14].

La obsesión del siglo XIX fue el historicismo, el tiempo: *durée*, no *espace*. El historicismo concebía el cambio en términos de consecución temporal, no de yuxtaposición. Desplegó la imaginación social, a veces hasta la hipertrofia, en tanto la geográfica siguió en todo momento entumecida y en una posición periférica. Soja habla incluso de sometimiento del espacio por el pensamiento social crítico.

También Nicolaus Sombart remite a un estrato situado mucho más hondo si se trata de describir y luego explicar abreviaturas textuales y temporales de nuestras interpretaciones en ciencias del espíritu e historia de la cultura: «Nuestra hermenéutica se cuenta entre las ciencias del espíritu. En otras palabras, se refiere a textos y a su cronología a la manera de Maimónides, del Talmud, del protestantismo; interpreta el mundo como un libro, conforme a una secuencia de páginas; en el orden de sus letras intenta descifrar un sentido secreto que supone oculto tras ellas. Todo gira siempre en torno al "desvelamiento". En torno a la interpretación del sentido de un fenómeno cultural que es siempre cifra, en que siempre hay que seguir indagando "más atrás". El mundo de la vida, con toda su concreción sensible, no se toma en serio. Es sólo apariencia que oculta al ser. La *démarche* científica tiene por meta dar con indicios de algún engaño al que pillar con las manos en la masa. El "desvelamiento" se torna en "desenmascaramiento", ése es el gesto de la crítica cultural moderna. Donde presentar pruebas quiere decir por lo general aducir pasajes textuales. La interpretación se aferra a la letra. La topología de esa hermenéutica carece de lugar... Frente a ella se alzaría una hermenéutica de las ciencias de la cultura que piensa en cuerpos, referida al espacio, tridimensional, morfológica, geográfica. El mundo del ser humano es el planeta con sus continentes y océanos; su historia y su destino terreno están ligados a lugares y espacios concretos. La tópica de esa hermenéutica es topografía. Cada lugar ha de ser entendido más allá de la iconografía a él asignada. No son épocas y transcursos temporales lo decisivo, sino cuerpos sociales y círculos culturales. Se buscan patrones de sentido en terrenos y referencias espaciales y geográficas, se percibe el fenómeno *in situ*, como forma y figura que es. No hay, desligados del mundo sensible, unas ciencias y un mundo del espíritu que sólo existen en un espectral mundo de espíritus como el de los textos canónicos. Todo es localizable. Podría hablarse de hermenéutica topográfica. El patrón fundamental a que se incorporan todos los datos del continuo histórico-social son los cuatro cuadrantes de la rosa de los vientos con los rumbos del cielo, Este y Oeste, Norte y Sur; en el centro, con los dos pies en la tierra, la cabeza bien alta, el ser humano en la tridimensionalidad de su cuerpo, desde el que se define arriba y abajo, delante y detrás, derecha e izquierda. Ninguna pregunta por el sentido de algo puede encontrar respuesta sino en estas coordenadas en que no vale "indagar" ni "desenmascarar", donde cabe hallar respuestas en la medida en que se le reconozca decisivo sistema de asignaciones simbólicas que determina a una cultura y su fisonomía»[15].

¿Y dónde está entonces la cuestión?: «¿Es que al final todo está en que la topografía cultural de que aquí se habla se ha hecho tan obvia a nuestros hábitos de pensamiento y tradiciones intelectuales que cualquier comprensión del mundo en cualquier grado del conocimiento, desde el mundo de la vida cotidiana a una "visión del mundo" de fundamento filosófico o científico, pasando por la comprensión de contextos políticos o históricos, cualquier crítica de ideología o cultura, lo adviertan o no, de un modo u otro, siempre se despliegan en un mismo sistema de coordenadas, el de localización espacial-geográfica, corporal y antropomórfica...?»[16]

Hubo un tiempo en que esas cuestiones aún llegaban a plantearse, en que el dominio del tiempo sobre el espacio aún no era algo que se entendiera de suyo, en que espacio y tiempo, Geografía e Historia, aún estaban en una relación compensada. Antes de poder contar la historia del triunfo del historicismo, que al mismo tiempo lo es de un destierro, es forzoso regresar al punto de partida. No es preciso retroceder hasta la Antigüedad, en cuya historiografía siempre se describe un mundo complejo donde viajes, descripciones del país, observaciones del clima, sucesos, mito e historia real, actos cotidianos lo mismo que acciones decisivas o de Estado, coexisten sin necesidad de explicaciones. Tucídides o Jenofonte, Herodoto o Estrabón, Plutarco o Tácito, siempre se parte de una unidad de tiempo, lugar y acción. Otro tanto vale, si bien de diferente modo, de los cronistas medievales, las descripciones de viajes a Tierra Santa y aun parte de la primera literatura de los descubrimientos. Con los comienzos de la moderna manera de escribir historia se escinde en el siglo XVIII lo que originaria-

mente se aunaba en una misma mano o una sola persona. «La contraposición de las categorías espacio y tiempo en Historia y en Ciencias de la naturaleza es moderna. De la antigua "*historia*" como ciencia general de la experiencia formaban parte así la doctrina de la naturaleza y la Geografía en sentido estricto como la cronología»[17]. Con el desarrollo de las disciplinas los caminos se separaron –en el *Laocoonte* de Lessing, donde se dice en 1776 que espacio y cuerpos son asunto del pintor, tiempo y acciones, del escritor; o en Kant, donde la Historia se define como disciplina de la sucesión, y la Geografía, como historia de la yuxtaposición[18]–, pero aún entraban ambos en un mismo campo visual.

A comienzos del XIX, sin embargo, la Geografía ya había ido a dar a una posición en que se veía forzada a justificarse. «Desde entonces la Geografía ha venido a parar en una precaria posición intermedia, tener que ser parte de las puras ciencias naturales así como de las sociales y del espíritu, en tanto Geografía humana, cultural, etcétera»; sólo se puede «entender correctamente como ciencia interdisciplinar, mientras que la Historia de aquel entonces, consciente y pagada de sí, la degradaba por lo general al rango de ciencia auxiliar»[19]. No queda claro en los textos de Carl Ritter, escritos en la primera mitad del XIX, si se trata de escaramuzas para cubrir la retirada de una disciplina que ha pasado a la defensiva y quisiera aún ampararse en la unidad de la ciencia, o bien de fundamentar de nuevo la relación entre Historia y Geografía, una vez rota su ingenua comprensión mutua. En cualquier caso, el gran mérito de Carl Ritter, pero también de los hermanos Humboldt como más adelante de Friedrich Ratzel y Karl Lamprecht, está en «haber hecho tema de la complexión espaciotemporal de las historias empíricas»[20]. Carl Ritter formuló toda la riqueza de una Geografía sabedora de su carácter histórico en su conferencia «*Über das historische Element in der geographischen Wissenschaft* [Sobre el componente histórico en la ciencia geográfica]», pronunciada el 10 de enero de 1833. Ahí se refiere a la «unidad natural» de lo histórico y lo geográfico en los autores de la Antigüedad clásica.

«Pues la coexistencia simultánea de las cosas, yuxtaposición puramente pensada, a efectos de realidad no es manejable sin su sucesión. Así, la ciencia de las relaciones espaciales que se cumplen en la Tierra puede prescindir de medida temporal o relación cronológica tan escasamente como puede la ciencia de las relaciones temporales que se cumplen en la Tierra prescindir de un escenario en que forzosamente han de desarrollarse. La



Carl Ritter (1779-1859). Óleo de A. Bemert.

«Desde entonces la Geografía ha venido a parar en una precaria posición intermedia.»

Historia lo necesita para desplegarse, en sus configuraciones siempre tendrá que dar cabida por doquier a un componente geográfico, expreso o no, y otro tanto en sus exposiciones escritas; ya sea que lo anticipe en un gran panorama desde el comienzo mismo, como Tucídides o Johannes Müller en sus historias, ya se entreteja al hilo de sus exposiciones como en Herodoto, Tácito y otros maestros, o en fin, se pase por alto como aún ocurre en otros, y se mantenga sólo en el tono o la coloración del conjunto. En una filosofía de la Historia como la concibieran antes de estos tiempos Bacon y Leibniz, la esbozara luego Herder y se haya intentado llevar adelante por diversos modos recientemente, por fuerza se tendría que dejar espacio cada vez más significativo a ese componente geográfico, a las relaciones espaciales del globo terrestre[21]». Sin embargo, el peso principal de su argumentación recae sobre lo histórico de la ciencia geográfica y la crítica de una visión «meramente de mapa, sin vida»[22]: «Pero, asimismo, la ciencia geográfica tampoco puede prescindir del componente histórico si pretende ser doctrina viva de las relaciones espaciales terrestres y no artefacto abstracto, no un compendio en que ciertamente se ofrecen marco y andamiaje desde los que escrutar un amplio paisaje, pero no el cumplimiento mismo del espacio en sus relaciones esenciales, en su regularidad interna y externa... De ahí que desde siempre algo, sentimiento oscuro o necesidad claramente sabida, hayan llevado a colocar a las ciencias geográficas a renglón seguido de las históricas». De los geógrafos antiguos, Hecateo, Dicearco, Estrabón y los géografos árabes y chinos, dice Ritter a título de reconocimiento que «configuraron su Geografía de un modo casi enteramente histórico»[23]. Critica Ritter una Geografía meramente física que nada sabe de Historia, «el empobrecimiento y en cierta medida parálisis que sufre de inmediato la vida de la ciencia geográfica cada vez que en esos débiles intentos de compendio se desprende, por depurarse, de toda riqueza que pudiera proceder de lo histórico»; y proyecta una que perciba y analice su objeto en el cambio y el desarrollo. Señala cómo el efecto de procesos de origen natural se va restringiendo merced al trabajo y la actividad humana. «Es imposible ignorar que las fuerzas de la Naturaleza tuvieron que ir cediendo más y más influencia decisiva a los rasgos personales del desarrollo de los distintos pueblos, en la misma medida en que éstos daban pasos adelante... La humanidad civilizada, como el individuo humano, se desprende cada vez más de esas cadenas de la naturaleza y de su lugar de residencia que le condicionan de manera inmediata. Así, idénticas relaciones

naturales e idénticos emplazamientos telúricos en el espacio efectivamente existente no ejercen idéntica influencia en todo tiempo»[24]. En tanto Ritter no pierde de vista en ningún momento la fuerza del trabajo humano para configurar la naturaleza en el planeta, «establecimiento educativo del género humano», el pensamiento social en trance de surgir –Fourier, Marx o Comte– emprenderá raudo el camino a un antropocentrismo que corta o deja atrás toda vinculación con las fuerzas de atracción del entorno natural. A diferencia de ese ignorar lo espacial en las ciencias sociales emergentes, Ritter despliega por su parte una historia de la producción de espacios sociales, como lo formularían más de un siglo después Henri Lefèbvre y otros. Habla así por ejemplo de la transformación de los Alpes, de barrera natural en paso transitable, al hilo del desarrollo de los medios de circulación y transporte. Costas y mares pierden su función de freno y separación: «Antes eran costas, mares y océanos tan sólo obstáculos en el orbe del planeta... en el presente los mares no separan como antaño países y continentes; son ellos quienes vinculan a los pueblos y anudan sus destinos, y aun con la mayor seguridad desde que la navegación ha madurado en arte consumado, y ha venido a ser medio de enlace entre los pueblos cultos un transporte más rápido y fácil merced a las fuerzas que animan a los elementos líquidos, los que cubren parte mayor con mucho de la superficie del planeta (3/5 frente a 2/5)... el progreso de la navegación transoceánica incluso ha hecho otra la posición con respecto a tiempos pasados de las partes terrestres, de los continentes y otras islas». Merced a tales «revoluciones espaciales», dice Ritter, Santa Elena se ha convertido en una «isla vecina a nuestro continente», el viaje de Europa al cabo de Buena Esperanza, en rutina, y el viaje hasta la China se ha acortado desde el siglo XVIII a la mitad, cuatro meses. «Así el océano Atlántico se ha transformado prácticamente en un exiguo brazo de mar o un gran canal gracias a ello [al progreso de la navegación, K. S.].» Abrir al tráfico el sistema fluvial ha hecho accesible el interior de los continentes, y «la física hasta ahora inamovible de la rígida corteza terrestre» ha dejado de ser efectiva[25]. El progreso técnico ha cambiado relaciones, desplazado centros y periferias. Trasladado al Atlántico su centro, y en múltiples relaciones con Asia, Europa ha proyectado «su centro cultural de antaño a las comarcas litorales, ha vuelto afueras sus adentros y se ha hundido por contra repetidamente en desiertos centrales». Indias Orientales y Occidentales parecen «casi departamentos marítimos del mundo europeo con que están en contacto ininterrumpido, en ince-

sante tráfico en ambos sentidos, sin atender a las amplias distancias». Se han convertido en «regiones hermanadas» del planeta[26]. Pero Carl Ritter va aún más lejos, al tender un puente entre «ciencias de la Tierra» y «del espíritu» y establecer relación entre «la acción espacial conjunta del entero sistema natural en cada fenómeno local» y las «producciones teosóficas, filosóficas y poéticas», al tiempo que pone límite firme a las deducciones monocausales, y llega casi a insinuar un programa que hoy se suscribe con el nombre de «Geocultura». Así, «la poesía osiánica en las desnudas planicies del áspero y nuboso páramo escocés se corresponde con el carácter diferenciado de su tierra natal, como el canto del bosque de los canadienses, la canción negra en los arrozales de Yoliba, el canto del oso de los pobladores de Kamchatka, el canto de pesca de los pueblos insulares, todas voces singulares de un tono, de un desarrollo anímico e intelectual predominantes que la acción conjunta del sistema natural que les rodea, la impresión total de su elemento natural de que forman parte han troquelado en los pueblos naturales, desde los que otra vez se alza y resuena luego»[27].

Visto desde ese rico programa de una Geografía segura de sí en torno a 1830, el desarrollo posterior semeja un continuo descenso, o mejor, marginalización de una disciplina entera. En cualquier caso los pesos se desplazan. Paralelamente llega a su desenlace la incontenible ascensión del historicismo, que es a la vez la historia de la expulsión y marginalización de lo espacial. Una que no gira tanto en torno a una hostilidad y una imposición de hegemonía francas, manifiestas y declaradas, sino ante todo a un desvanecerse en silencio, un «*silencing spatiality*» (Edward Soja), a un desinterés en trance de volverse constitutivo. Las relaciones espaciales ya sólo son a modo de *container*, *black box*, escenario pasivo para actores históricos. Mientras la historia y sus actores se ponen en escena a sí mismos con el mayor derroche y aparato y la mayor fidelidad en los detalles, la escena como tal sigue muerta. No tiene ni historia ni tiempo propios. En lo que no dejan de tener parte de culpa la Geografía y los científicos del espacio que han naturalizado y en ocasiones aun petrificado y «geologizado» las relaciones espaciales, sin tener una mirada siquiera para el hecho de que había influencias e injerencias humanas, no sólo un *making of history*, sino también un *making of geography*.

En Hegel todo concepto y tradición firmes se hacen fluidos, se licúan en componentes y trances de un proceso, el movimiento por sí solo del

espíritu absoluto. Con todo, aun su dialéctica del proceso histórico estaba referida a un lugar, un territorio: el Estado burgués nacional alias reino de Prusia. En el vuelco marxista de esa dialéctica el capital es promovido a motor de la historia universal, a título de absoluto que se pone a sí mismo y refiere allende sí mismo; y nadie habría celebrado con más entusiasmo que Marx la misión histórica del capital en la producción de un mundo en figura de mercado mundial. Cierto que Marx dejó a deber a los lectores una exposición por extenso del capítulo anunciado sobre el «mercado mundial», pero sus observaciones dispersas apuntan a que disponía de una comprensión extremadamente fina de los condicionantes naturales de la génesis del modo capitalista de producción; todo habla en favor de que tenía vívidamente en su cabeza el proceso de producción de un específico espacio capitalista e imperialista. En el conjunto de su obra domina desde luego el proceso de producción y plusvalía, de autoconciencia y autodestrucción, que incluye la producción de aquella clase que habría de conducir a la salida del capitalismo. En el marxismo que siguió a Marx, sin que se le pueda hacer responsable de ello, el proceso de formación social y de clase, la ejecución de «leyes históricas» y el sujeto revolucionario ascendido a colectivo singular alcanzan plenamente el lugar central de «el» marxismo. El discurso crítico y la vulgata materialista siempre habían apostado por la mutabilidad de ser humano, sociedad y naturaleza, y se habían revuelto contra universalizaciones abstractas y ahistóricas tales como «naturaleza humana», «la esencia de la sociedad» y similares, denunciando cualquier alusión que recordara constantes antropológicas o «condiciones naturales» como determinista, ahistórica, y en su consecuencia política, fatalista. Todo ello llevó a convertir calladamente lo espacial en tabú, o como lo llamó Edward Soja, a una «*creation of critical silence*»[28].

En Lenin, quien verdaderamente no perdía de vista un momento la topografía social de metrópolis y periferias europeas, también predomina «el» imperialismo en toda su expansiva extensión, pero en realidad no convierte centro y periferia en tema; ni siquiera referido a Rusia, la tierra extensa *par excellence* y el lugar de un vivo discurso sobre la relación mutua entre geografía e historia, desde Piotr Chadaiev hasta Piotr Kropotkin. Cierto que aparecen en su discurso «ciudad» y «campo», pero nunca desarrollados espacialmente, sino enajenados siempre en conceptos como «proletariado», «burguesía» y «campesinado». Así, no hay propiamente en Lenin aldea, gran país ni Rusia alguna, sólo el lugar abstracto de una abs-

tracta configuración de clases. En parte alguna aparecen *horror vacui*, miedo al espacio y angustia de perderse en el inmenso Imperio ruso con más claridad que en ese callar de la infinitud del espacio ruso. Dominio significa aquí desde el principio dominio sobre los campesinos, sobre la aldea, sobre el espacio inmensurable en que se pierden los enclaves urbanos. La sistemática eliminación de la Geografía en el pensamiento productivista y terrorista de la época de Stalin, o la mera tolerancia en figura de «Geografía económica» sólo son otro indicio de que aquél ni siquiera en sueños podía permitirse pensar en mirar cara a cara las relaciones reales, o habría estado perdido. El régimen del terror es también intento desesperado de no capitular ante la extensión, de someterla a cualquier precio.

También en otros grandes pensadores de la época venidos a figuras de las que hacen historia, Émile Durkheim, Max Weber, Georg Simmel, dominan procesos, estructuras, formaciones tipológicas, aparatos, colectivos singulares, metáforas de producción, desarrollo de abajo arriba, la ilusión evolucionista de la época, a veces revolucionariamente pasada de revoluciones.

Y con todo, por lo que tiene de tajante y unilateral no es sostenible la tesis de Edward Soja, una *despacialization* que recorre el pensamiento de los siglos XIX y XX. El mismo siglo que hizo del historicismo lugar común produjo también oposición al mismo, y su figura opuesta, una conciencia agudizada del espacio con todo lo que conlleva: acuñación del moderno Estado nacional y territorial, producción de *mental maps* que lo respalden –desde la aparición de las modernas fronteras estatales hasta la edición obligatoria de un atlas nacional, establecimiento del mercado mundial e interiorización de todos los emblemas de poder de una civilización y una cultura mundiales, sometimiento y cartografiado del mundo por los poderes coloniales, descomunal necesidad de medios para someter, medir y cartografiar, impregnación cultural de territorios ultramarinos adquiridos por la violencia, apertura al tráfico del mundo entero mediante vapores, expresos de Oriente, transiberianos y transcontinentales de la Union Pacific–. Ferrocarril, comercio, tráfico, y por último aunque no en importancia, ejércitos y flotas: cabe conjeturar que nunca en la historia se había dado tan gran necesidad de *mastering space*, vencer, dominar, esclarecer e investigar el espacio, y a escala mundial. Por eso a la instauración de los espacios de los modernos Estados nacionales y la red de dominio de potencias europeas sobre el mundo entero le sigue como una sombra un movimiento de reflexión cuyo núcleo constituyen, en lo científico, el nacimiento de la Geografía moderna, y en lo político, el de la moderna Geopolítica. No es azar que se concentre en torno a 1900 la entrada en escena de los adelantados de la Geografía moderna, quienes por su parte habían de crear significadas escuelas nacionales: Friedrich Ratzel, Paul Vidal de la Blache, Frederick Jackson Turner, Piotr Semionov-Tian-Schanskiy. No es azar que en esa época se viniera a institucionalizar la Geografía y fundar sociedades geográficas casi al mismo tiempo en todos los países adelantados, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Rusia o Japón. Y no es azar que arrastrada por el torbellino de la gran política tome forma una disciplina con sus figuras principales, Mackinder, Mahan, lord Curzon, Karl Haushofer o Rudolf Kiellén. Así, el imperialismo del siglo XIX y comienzos del XX no sólo trajo desespacialización y deslocalización, sino también una agresiva conciencia territorial.

Algo queda de cierto en la crítica de Edward Soja y otros a la «desespacialización»: que las cuestiones tocantes al espacio han sido desterradas o desplazadas del pensamiento social e histórico, de suerte que el balance de resultados que sociólogos críticos como Allan Pred, Pierre Bourdieu, Henri Lefèbvre o Anthony Giddens ofrecían al finalizar el siglo XX tenía su parte de acierto: «[...] la mayoría de teorías sociales han descuidado tomar suficientemente en serio no sólo la condición temporal de las conductas sociales, sino también sus cualidades espaciales. A primera vista nada parece más banal y sin alcance que afirmar que el comportamiento social tiene lugar en el espacio y en el tiempo. Pero ni tiempo ni espacio se han incorporado al centro de la teoría social, antes bien han sido tratados como "entorno" en que aquel comportamiento se incluye»[29]. Y una vez más, en palabras de Anthony Giddens, «a excepción de los trabajos geográficos más recientes... los científicos sociales han descuidado remodelar su pensamiento en esos *modi*, espacio y tiempo, en que está constituido todo sistema social. En cambio quisiera reafirmarme en mi posición de que investigar ese problema no es un tipo especial o un campo particular de la ciencia social que uno puede tomarse en serio o dejar estar. Antes bien se trata del corazón de la teoría social, y debiera contemplarse como asunto de extraordinaria importancia a la hora de llevar a cabo investigación empírica en ciencias sociales»[30].

Horror vacui
El miedo a la simultaneidad

La narrativa histórica sigue el orden del tiempo. Su prototipo es la crónica. Al armazón del tiempo cabe incorporar aun el mayor caos. Todo se deja inscribir ahí, florecer del Renacimiento, decadencia de la nobleza, epidemias devastadoras, matanzas y guerras mundiales. Hay una dirección: del presente hacia atrás, al pasado, o adelante, hacia el futuro. Nos podemos remitir a los predecesores, a generaciones precedentes. Hallamos un asidero en el movimiento. Sólo precisamos seguir al tiempo: día por día, mes por mes, año por año, milenio por milenio. Nos elevamos a la seguridad del sucederse, y la historia que contamos llega a una conclusión aun cuando no llega a ningún *happy end*. No podemos decir lo mismo del espacio. No hay asidero a que atenerse. Abierto a todos los costados, de nosotros depende por entero en qué dirección ir. En un instante percibimos lo que nos rodea: todo cuanto hay en torno, simultáneo y yuxtapuesto. Todo lo que está junto aparece de una vez, al mismo tiempo, simultáneo. El mundo como totalidad, complejo, entorno. Quien tiene que tratar o escribir de lugares siempre ve varias cosas al mismo tiempo. Porque somos seres espaciales también vemos espacialmente. «Algo» siempre tiene superficie, hondura, color, movimiento, olor. Todo divulga algo: lejanía, cercanía, prisa, lentitud, palpable certidumbre, excitación o sosiego. Si contemplamos una plaza, siempre es punto de intersección de movimientos en diversas direcciones. Podemos seguir cada uno de ellos, consecutivamente. Pero el lugar de la incidencia en que se encuentran está definido por la simultaneidad de apariencia, de la aparición en escena, de la coincidencia. Separarlos, sólo podemos al precio de destruir aquello que el lugar, la plaza, el nudo, son. Podemos poner algo entre paréntesis, por así decir, desligar analíticamente un aspecto, pero eso es sólo un movimiento pasajero que se desvanece. Lo que es, y queda, y constituye, es ese ser con, ser entre, la simultánea copresencia de diferentes.

En el fondo este problema alcanza a la descripción de todo objeto, pero sólo aquí salta a la vista y cobra peso. Uno puede contar historias que

se despliegan, se desarrollan, tienen principio y final. Pero no puede contar un espacio, tan sólo darlo a ver. Describir un lugar ha de corresponderse por fuerza con lo yuxtapuesto, no con lo sucesivo. Uno lo hace por escrito y sucesivamente, cierto, porque también pensamos y formulamos sucesivamente, pero alfa y omega de ese suceder vuelve a ser siempre la simultaneidad de apariencia sobre el terreno.

Antes de advertir qué se mueve y qué se está desarrollando, advertimos qué es. Sin que hubiéramos de hacer nada para ello, estamos en este mundo que nos rodea y sustenta; y que desde el principio nos desborda con sus requerimientos porque es «de vez» más de lo que podemos percibir y elaborar «de vez». Nos perdemos en el espacio, abierto por todos los costados, y somos contenidos por él, pues nos rodea. Es, aun sin nosotros. Y se torna en nuestro en la medida en que obremos a nuestro alrededor y nos lo apropiemos; un alrededor en que no sólo nos topamos con límites, los trazamos, en que no sólo nos orientamos por lugares, los hacemos, como hacemos nuestro espacio del mundo que nos apropiamos, que «espacializamos». Si es que no queremos perdernos en el espacio hemos de hacerlo propio, marcarlo. Aunque uno sea escéptico ante toda «lógica» de cualquier género, es bien visible que la narrativa histórica sigue otra «lógica» que la espacial: no consecutiva, lateral; no lineal, estereoscópica. Los espacios no son teleológicos, no siguen teleología alguna. Cierto que no vale exagerar las contraposiciones, pues si bien se mira resulta que espacio y tiempo, concebidos de modo complejo y no reduccionista, antes son paralelos y complementarios; sólo que en la práctica historiográfica o sociográfica se le da mayor significación al eje temporal. La polémica contra una historiografía reducida a relatos magistrales no puede permitirse perder de vista que el tiempo, tanto da presente o pasado, no es menos imposible de abarcar de una mirada ni menos caótico que el espacio. Pero con todo, liberar a la narración histórica de la «cárcel de una temporalidad exclusiva» (Edward Soja) es la liberación más acuciante y también la más difícil. El esfuerzo necesario puede parafrasearse así: espacializar la narración histórica y desarrollar una hermenéutica de lo espacial. Problema que aparece agudizado en el punto que Soja cita una y otra vez de *El Aleph* de Jorge Luis Borges, donde todo gira en torno al problema de la simultaneidad cuando uno se hace presente la historia espacialmente. En ese contexto habla Soja de *linguistic despair*: «Aquello que uno ve es ineludiblemente simultáneo, pero el lenguaje dicta una secuencia por pasos, el

discurrir lineal de afirmaciones en forma de proposiciones dictado por la más espacial de todas las coerciones de la tierra, a saber, la imposibilidad de que dos objetos (o palabras) ocupen exactamente el mismo lugar (o puesto en la página). Todo cuanto podemos hacer es, una vez más, componer y yuxtaponer con tino sin dejar de acentuar y hacer protesta de lo espacial frente a la prepotencia del tiempo. Al cabo, la interpretación de la Geografía posmoderna no es más que un comienzo»[31].

Las consecuencias que esto tiene para la exposición histórica, para la historiografía por tanto, son imprevisibles, si uno lee por ejemplo reflexiones semejantes en *The Look of Things* (1974) de John Berger. Donde se despliega una estética que se diría inspirada o iluminada por el espacio. «Oímos hablar mucho de la crisis de la novela moderna. Lo que eso significa fundamentalmente es un cambio en el modo de narrar. No es posible ya seguir contando una historia en línea recta y desplegarla por pasos en el tiempo. Y ello porque estamos demasiado al tanto de lo que pasa por las líneas del relato, derecho y sin desviarse, de largo. Eso significa tener claro que ahí no hay ningún punto en calidad de parte infinitamente pequeña de una recta, de centro de líneas que concurran en estrella. Ese conocimiento es resultado de que tomamos en cuenta directamente y sin desviarnos simultaneidad y extensión en todas direcciones de acontecimientos y posibilidades. Hay muchas razones para ello: el alcance de los modernos medios de comunicación, el ámbito del poder moderno, el grado de responsabilidad política personal con que se ha de cargar por sucesos ocurridos en cualquier parte del mundo, el desarrollo y la tasa de explotación en él. Todas esas cosas desempeñan un papel. Hoy profetizar es asunto geográfico más que histórico; es el espacio, no el tiempo, aquello cuyas consecuencias no conocemos. Para profetizar hoy tiene uno que conocer hombres (y mujeres) como los hay por todo el mundo con toda su desigualdad. Cualquier narrativa contemporánea que niegue lo acuciante de esa dimensión es incompleta y consigue los rasgos simplificadores de una fábula»[32].

Una espacialización de la percepción histórica que parece irrefutable trae secuelas también para la narrativa, y así, para la historiografía. Percibir el mundo estereoscópicamente o no es algo que forzosamente ha de marcar una diferencia: por algo dibujar mapas es la primera forma de esbozo, de manuscrito. En la hoja blanca dibujamos puntos, líneas, direcciones, cosificaciones y corporeizaciones. Un movimiento infinito. Dibujar campos, intersecciones o líneas que intervienen en la formación de la red es una de las formas principales de hacerse presente el espacio (otra, no menos significativa, es el itinerario, la descripción de viaje). Como no hay principio ni fin, se plantea la pregunta de dónde empezar y dónde acabar. En el fondo uno puede empezarlo o terminarlo por cualquier punto discrecional, pero eso no significa que hacerlo sea discrecional: es forzoso haber encontrado ese punto. En tanto las consecuencias para la historiografía siguen siendo cuestión abierta, no lo son en otro campo: la cartografía. Los mapas son desde siempre el medio para hacerse presente el espacio, para fijar lo simultáneo y yuxtapuesto sobre lo que tan difícil es hablar sincrónicamente. Probablemente los mapas sean la forma más importante de las que el ser humano se ha creado para escapar del *horror vacui*, una red de líneas y puntos que tiende sobre el mundo para proporcionarse alguna orientación. Sólo quien puede hallar un punto, un asidero en el espacio, no está ya perdido. Parece que Fernand Braudel llamaba a veces al espacio «enemigo número uno». Quizás los mapas sean la forma en que, si ya no abatido, al menos queda cautivo y domado.

El caso alemán: el espacio como obsesión

Tiene su razón particular que en Alemania se haya tachado al espacio del vocabulario del discurso científico, al menos durante un tiempo. El espacio y cuanto tuviera alguna relación eran algo obsoleto, tabú y casi sospechoso después de 1945. Quien usara el término se declaraba alguien de ayer, el eterno nostálgico a cuyo parecer todo tiempo pasado fue mejor. El tono insinuaba o aun delataba literalmente de qué leche mamara. «Espacio» arrastraba tras de sí toda una cadena de asociaciones e imágenes: «necesidad de espacio», «pueblo sin espacio», «el espacio oriental», «dominio del espacio», «espacio fronterizo», «espacio de asentamiento», «espacio vital»... Olía a revisionismo, y había buenas razones para estar alerta. El nacionalsocialismo había absorbido o al menos contaminado todo el vocabulario. «Espacio vital», «espacio oriental», «espacio macroeconómico»... el vocabulario geográfico, geoeconómico y geopolítico del nacionalsocialismo remite a nuevas dimensiones espaciales e implica expansión territorial, militar y económica. Con el comienzo del «Tercer Imperio» se vino a una culminación de diferentes discursos en torno al espacio que ligados a intereses diferentes surgieron ya durante el Imperio anterior y la república de Weimar[33]. «Tras todo lo sucedido, el espacio y las disciplinas que de él se ocupaban habían perdido su inocencia»[34]. Sí, pero eso había pasado también con todos los demás conceptos, honor, nación, patria, deber, comunidad o pueblo: no hay ni uno que no quedara dañado e inutilizable para muchos años por la reglamentación y empleo criminal del lenguaje de la Alemania nacionalsocialista. Pero tan cierto como que el «abuso» no había hecho inutilizables esos términos, ni insensatas las cuestiones de la patria o el honor, tampoco era posible retroceder sin más miramientos a un sentido «originario» y «propio». Si uno no quería componendas con tal contaminación del lenguaje pero sí poner en uso nuevamente los conceptos, no le quedaba sino recordar, examinarlos críticamente, y desvincularlos de asociaciones y combinaciones establecidas en el curso de la historia.

En ese empeño por hacer visible un mundo de conceptos y una tradición intelectual contaminados por el nacionalsocialismo y sus crímenes, el primer hallazgo es la visión aterradora de hasta qué punto ese mundo de ideas e imágenes y el entero proyecto nacionalsocialista venían configurados y dispuestos efectivamente en términos de espacio y visibilidad. Sólo así se alcanza a comprender algo de su ímpetu y capacidad de impregnación. Sus visiones tenían una dimensión concreta y espacial. Como todo movimiento histórico de peso, no era sólo fenómeno ideológico ni se agotaba en levantar una mera agitación, se vinculaba a una imaginación, a una auténtica «visión» del mundo, de ese que «la comunidad del pueblo» debía tratar de alcanzar y construir; y la mayoría de los alemanes la compartió y sustentó, al menos de entrada. Contenía imágenes implícitas de qué aspecto debían ofrecer ciudades y pueblos, qué configuración el «espacio de trabajo», representaciones ideales de plazas públicas e interiores, de quién pertenecía a la «comunidad del pueblo» y quién había de ser apartado y expulsado. El nacionalsocialismo tenía una representación visible de Europa, donde los «engendros de la civilización urbana» debían ser aniquilados y los paisajes troquelados por «la belleza del trabajo». Contenía paisajes del trabajo industrial como del turismo de «A la fuerza por la alegría», y planes acerca de cómo atenuar la polarización entre centro y periferia. La «comunidad del pueblo» como decorador colectivo de su espacio circundante. Esa visión de una Europa transformada a lo nacionalsocialista incluía también el sueño de un espacio interminablemente extenso, de un «Oriente», de «Rusia como una India ante nuestras mismas puertas» (Adolf Hitler). Incluía espacios muy distantes conectados por autopistas transcontinentales, líneas de vapores, trenes de alta velocidad. Incluía a la raza germánica a título de fuerza que modela el mundo y le hace llegar a una unidad nueva: lo opuesto a las aborrecibles y amorfas aglomeraciones de las modernas metrópolis, al caos y la anarquía de hervideros urbanos que son incubadoras de epidemias, enfermedades, elevada mortalidad en los patios de atrás de los «mares de acero» y las «junglas de asfalto». También el paisaje armonioso en que el hombre, miembro de un pueblo, ha reencontrado unidad con la naturaleza, y la imagen de un cuerpo sano frente a la débil figura neurasténica del ciudadano van incluidas en ese «complejo patria». Hay algo así como un espacio del pueblo que se diferencia de los espacios amenazantes del Este pero también de los del Oeste: ancho es el Este, sin límites, de suerte que el ser humano está a su

merced, por él rondan pueblos esteparios, pueblos nómadas a caballo; desde allí amenazan peligros. Hay una retaguardia que para los voluntarios de la Guerra Mundial, obviamente, son cuarteles de invierno llenos de sospechosos, de civiles, no guerreros, no de fiar, los que estuvieron en situación de retroceder y apuñalarles por la espalda. Hay la «profundidad del espacio oriental-asiático» y cuanto se alza frente a ella: la Marca Oriental, el muro oriental, los asentamientos alemanes en el Este, «el impulso alemán hacia el Este». Y hay, quintasencia de lo ajeno y lo que no forma parte, lo no alemán, no germano, no ario, en figura de lo eslavo pero ante todo lo judío. «El judío» figura lo ajeno sin más, con todas las connotaciones concebibles: movilidad, carencia de vínculos, de domicilio, de tierra, de límites, de lugar, de forma, desarraigo, ubicuidad, modernidad, mundaneidad, mundialidad, globalidad.

Al final no son las cualidades del espacio las que dan el tono, sino las de sangre o raza. Por mucho que a ojos del nacionalsocialismo suelo, arraigo y persistencia en el suelo del país o del pueblo son condición de desarrollo, en última instancia sin embargo es el poder de la sangre el que decide la figura de la tierra. Donde la raza fuerte ponga manos a la obra, le es dado transformar la figura de la superficie terrestre. Con más fuerza incluso que «fronteras naturales» o la «naturaleza eterna», el tono lo da el lema «*race not space*». Europa, dice Hitler en 1939, es un «concepto racial», no geográfico. No vale pasar por alto los conflictos de ahí resultantes entre las acciones del Tercer Imperio, a las que se dan razones raciales y biopolíticas, y compañeros de viaje de los nazis que pensaban en términos espaciales y geopolíticos. La biopolítica tenía un componente espacial, por así decir geopolítico; ella fue quien se ocupó de que la Europa del Este se convirtiera en aparcadero final de naciones y pueblos enteros, de que ahí se situara el ojo del huracán al rediseñar el mapa etnográfico de Europa, de que ahí se establecieran los espacios de deportación y los campos de exterminio[35].

Y con todo, el espacio tenía atributos que le predestinaban a escenario principal de tales intervenciones etnicoquirúrgicas: la parcelación etnográfica de Centroeuropa oriental, donde los alemanes allende las fronteras del Imperio ocuparon hasta el final un puesto especial en desplazamientos y expulsiones. En la idea de «reunir la sangre valiosa» en una Alemania nacionalsocialista culminaba una línea de ideas más antigua, con mucho, que en cualquier caso tuvo un tiempo de transcurso y una

curva de trayectoria ascendente. Podría llamarse «ideologización del espacio». Como todo proceso de ideologización, representa una transición desde determinadas suposiciones corrientes y fundamentadas en su momento, sobre el papel de la Geografía y el medio geográfico en la historia, a la instrumentalización y politización de algunas de ellas. Es el camino que en muy poco tiempo lleva de una antropogeografía en muchos aspectos radicalmente nueva e innovadora a una geopolítica fácilmente instrumentalizable, tras la que muy pronto se cobijaría el racismo de la biopolítica nacionalsocialista. Entre una y otra hay transiciones, pero también una cesura radical. Hay elementos teóricos e ideológicos de la Antropogeografía recogidos por la Geopolítica, al menos a título retórico[36]. Y aun así, hay una discontinuidad que no cabe pensar más aguda. No hay camino que lleve de Friedrich Ratzel a Adolf Hitler, tan poco como de Friedrich Nietzsche a Heinrich Himmler[37]. Friedrich Ratzel, biólogo y zoólogo por formación, aprovechó la teoría de la evolución de Darwin para dinamizar y humanizar una Geografía paralizada y tendente a reducirse a Geología. Los planes de un «gran espacio» de los nazis respondían al imperativo de una nueva ordenación racial y étnica de Europa. Relaciones espaciales eran para ellos ante todo relaciones étnicas y raciales, mezclas y parcelaciones de pueblos en que pensaban meter mano a las bravas y decididos a llegar hasta el final, en forma de depuración y homogeneización a gran escala que incluía desplazamientos, reasentamientos, muertes en masa y genocidios[38]. Europa, para Hitler, precisamente no era un concepto geográfico, sino racial.

No cabe duda de que la constelación histórica desempeñó un papel central en la evolución de la Antropogeografía a la Geopolítica, a través de esa Geografía constituida en disciplina científica prácticamente nueva aun antes de la Primera Guerra Mundial, en la era de la expansión colonial, para poder satisfacer las crecidas exigencias de dominio e intervención imperiales; tanto da si de Inglaterra, donde se fundó la Sociedad Geográfica, de Francia, donde la Geografía llegó a su florecimiento, o de Alemania, donde el comienzo de la disciplina se fecha igualmente en torno a 1900[39]. Junto a muchas otras disciplinas, en Alemania la Geografía fue a dar en el torbellino de la derrota y todo lo que con ella se entendía: pérdida de importancia de la disciplina tradicional, traumas y ofensas asociados a unos tratados de Versalles que parecían ofender lo mismo al pueblo que a la inteligencia. Versalles estaba asociado para Alemania con fronteras nue-

vas, pérdidas territoriales, y surgimiento de una germaneidad que había visto menoscabada su posición en la jerarquía de los Imperios desplomados. Una «germaneidad allende las fronteras», «dispersa», tan pronto «acosada y cercada» como «dispersa y descuartizada» en asentamientos e «islas lingüísticas». La política de revisión de los tratados, que fue algo así como un consenso de partidos a lo largo de toda la época de Weimar, incluía automáticamente la defensa de los intereses de esos alemanes extranjeros, o por ser más precisos, «alemanes de nación» de otra nacionalidad; y más adelante, en el curso de una rabiosa proclamación de ruptura con el sistema de Versalles por parte de la Alemania nazi, pasó a incluir también la resuelta instrumentalización de esos grupos a modo de quinta columna, de palanca con que desquiciar el sistema de seguridad europeo: primero en Austria, luego en territorios fronterizos de Checoslovaquia, en Memel, en el «resto de Checoslovaquia», y como siguiente y último punto, en la Alta Silesia y Dantzig, donde comenzó la Segunda Guerra Mundial. Los grupos de alemanes de nación allende las fronteras del Imperio funcionaron como vehículo de la política revisionista. Sus derechos y competencias como minorías fueron instrumentalizados y territorializados. La ciencia auxiliar en tal operación habla de «suelo cultural alemán» y «suelo de pueblo alemán» y produce esa conjunción de «pueblo y territorio», de «sangre y suelo», en adelante rayana en indisoluble. Teñir de étnico Geografía, territorios y espacios culturales es el gran trabajo de intoxicación que rindió la ciencia alemana entre 1918 y 1939: antropólogos, etnólogos, arqueólogos o lingüistas con diferentes papeles y participaciones, cierto, pero en igual medida. Todo estaba listo cuando entró en acción el empuje nacionalsocialista. Estudio de poblaciones y geopolítica se pasaron a Hitler con armas y bagajes, pues éste sólo hizo aquello que los más no se habían atrevido a soñar siquiera. En la descomposición de las disciplinas tradicionales es mero residuo y derivado que también se pusieran a punto descubrimientos o innovaciones de método: comienzos de una sociología de la estratificación étnica y cultural, investigaciones sobre interpenetración de culturas y clases sociales, y aumento de complejidad como mandaba el objeto, las sociedades de Centroeuropa oriental en el período de entreguerras. Mientras que la hipertrofia del problema del espacio en el pensamiento alemán en torno a 1900, en plena era del colonialismo e imperialismo europeo, no ha de verse como caso especial, sí es específica la sobrecarga étnica de las ambiciones imperiales en el ámbito



Frente oriental de ciudades de alemanes extranjeros.

«Los grupos de alemanes de nación allende las fronteras del Imperio funcionaron como vehículo de la política revisionista.»

del Imperio alemán abatido en 1918. La «exportación de la cuestión social» en figura de colonialismo era un método extendido para arreglárselas con el llamado «problema de superpoblación» (Wilhelm Liebknecht), pero aun así, tras 1918, tras la derrota y «los dictados de Versalles», «despedazado el Imperio alemán» y «recortado el espacio vital alemán», esa exigencia de revisar fronteras que la mayoría de la población compartía con la mayoría de los partidos parecía casi orgánicamente ligada a la «conquista de espacio vital» y el arranque del «pueblo sin espacio» en un movimiento tan popular como agresivo. Un espacio vital que según estaban las cosas sólo cabía conseguir en la Europa oriental, ante todo en la Gran Rusia. Donde ya se habían dado experiencias de colonización a lo grande durante la Primera Guerra Mundial y tras el hundimiento del Imperio ruso: en las minas de carbón de la cuenca del Don, en los balnearios mundanos de Crimea, en esa Ucrania con el inevitable epíteto del «granero» a cuestas, en las extensiones del «gran Oriente» con sus muchas poblaciones y su ajetreo de seres humanos que presuntamente aguardaban febriles a la cultura alemana[40].

Pero el «Imperio del Gran Oriente» se había hecho pedazos. En Rusia había habido una revolución, y en Berlín también. Hacia el Oeste el camino estaba cerrado. Habría que intentarlo otra vez en el Este. En el centro del revisionismo alemán se encuentra desde 1918 un programa espacial encaminado al Este. En espacio se compensará lo perdido. El discurso sobre el espacio en Alemania, hipertrofiado a partir de 1918 y sobre todo de 1933, es primero compensatorio, pero luego imperial y expansionista principalmente. En su centro siempre se halla una «nueva ordenación del espacio europeo oriental» que va desde la remodelación de formas de propiedad agraria hasta la planificación urbana, del reasentamiento de poblaciones a los planes de una nueva infraestructura de tráfico, desde la construcción de oleoductos hasta el aumento de las cifras de circulación de los trenes que llevaron a los campos de aniquilación a los judíos de toda Europa. En el centro del «plan general del Este» se encuentra la «nueva ordenación etnográfica». Es ante todo un programa biopolítico, y sólo luego geopolítico. Espacializar el nacionalsocialismo, extender a Europa el señorío nacionalsocialista es idéntico a alejar, depurar, liquidar pueblos y grupos que no se correspondan con su programa racial. El programa espacial está troquelado por uno de repoblación, deportación y genocidio. Tras Hitler no se halla Friedrich Ratzel, y sólo por un tiempo su compañero de viaje el general Karl Haushofer, sino el proyecto de una Europa de la raza de señores. De la geografía al antiguo estilo a la moderna antropogeografía, de ésta a teñir de étnico lo político, y de ahí al racismo que desgarraría a Europa, sólo hay un paso diminuto que sin embargo lo cambia todo.

Giros que hagan aparecer bajo una nueva luz todo cuanto hasta entonces fuera familiar no se pueden decretar. Se verifican cuando las cosas han llegado hasta ese punto, ni antes ni después. Esto depende menos de un cierto fatalismo que de la peculiaridad de esos giros, a los que se conoce en la lógica de la investigación y la vida interna de las ciencias como cambios de paradigma. Lo que puede decirse de un cambio de paradigma es que, en el instante en que se verifica o se hace efectivo, «opera» de tal modo que se diría haber estado el nuevo siempre ahí, sólo que la mayoría no lo había visto. Su rasgo fundamental es plausibilidad, obviedad y rotundidad. Todo lo artificioso y sofisticado queda eliminado. El tiempo de hacer pruebas ha pasado. Cuando el cambio se ha cumplido parece como si siempre hubiera tenido que ser así, y nunca hubiera podido ser de otra manera. Un nuevo punto de partida para explicar e interpretar, una nueva clave, una desvalorización pero no de valores, sino de patrones interpretativos y reglas de lenguaje. Su rasgo principal es ausencia de esfuerzo o coerción, fuerza interpretativa, evidencia. Una vez se ha llegado hasta ahí, un monopolio de la interpretación se ha terminado, erosionado, depuesto, y otro es puesto en su lugar, sin que se pueda señalar ninguna huella de las pasadas confrontaciones y luchas. Un capítulo está cerrado, otro se ha abierto. El ángulo de visión ha cambiado, quizás el objeto siga siendo el mismo pero aparece en otra perspectiva, bajo otra luz, y con ello totalmente nuevo, como si se percibiera entonces correctamente por primera vez. Es diferente lo que ahora se hunde, cae en la penumbra, a un lado, en la oscuridad, en una peculiar caída de tensión en que todo está resuelto. La otra cara de tales evidencias nuevas son nuevas oscuridades, con las que se carga fácilmente, desde luego, porque la perspectiva de nuevo conocimiento es infinitamente atractiva y seductora. Algo semejante pasa cada dos años o dos decenios. El hecho de que sobrevenga es una prueba de que el pensamiento está vivo, quizás una prueba de que nosotros lo estamos y de que todo sigue adelante. En tales giros se cumple el cambio de

piel del saber, el crepúsculo y el amanecer del conocimiento. Una vez que se han verificado es como si siempre hubiera sido así. Se puede observar ese proceso también en otras esferas, fuera de las ciencias: en la aparición de un lenguaje nuevo y seguro de sí mismo, de una nueva manera de llevar el pincel, de un sonido totalmente nuevo.

Una vez que se ha llegado a ese punto, queda eliminado todo recuerdo de los dificultosos comienzos, de las peripecias desesperadas, de los errores. Y eso querrá decir algo, puesto que lo habitual es que todo lo nuevo empiece como movimiento de búsqueda, como inseguridad e incertidumbre. El principal aliado de esa búsqueda que se va haciendo progresivamente más segura de cuál sea su objeto es la circunstancia de que el patrón interpretativo predominante ha envejecido, en el sentido de que ha perdido en capacidad de explicación e interpretación, de que ha adoptado rasgos de artificialidad y de perpetuación en el tiempo, a veces, a cualquier precio. Por el contrario, trabaja para el nuevo paradigma todo cuanto se efectúa a espaldas del patrón interpretativo dominante y no puede ignorarse impunemente a la larga. La transición de la evidencia fulminante y deslumbrante a esa banalidad que alberga en sí todo lo que tiene éxito y se convierte en rutina es muy tenue. Pero la victoria está ganada cuando se ha cumplido ese paso de lo sensacional a la banalidad, cuando un conocimiento individualmente deslumbrante que parece casual se ha convertido en explicación universal y superficial. Hay giros de lenguaje muy extendidos para describir ese momento en que a todos «se les cae la venda de los ojos» y a todos se les hace claro como una consigna que «el rey está desnudo». Cuando todos afirman que siempre habrían podido llegar a verlo así, la victoria del nuevo paradigma es ya inevitable, y ya ha pasado. La banalización es la otra cara del triunfo y el comienzo de una nueva decadencia. El patrón de cómo triunfa el nuevo en un cambio de paradigmas incluye que esté cumplido mucho antes de que se hable de él. Algo semejante no sale simplemente de la nada, ocurre cuando se da una determinada constelación. Y ahí no sirve de nada señalar predecesores que ya habían pensado y preparado todo eso. Quizás su trabajo fuera muy sacrificado y digno de reconocimiento, pero fue en vano. Se les reservará una nota en los anales de la ciencia, pero no como a quienes hacen época, sino como predecesores que no dejaron huella, o una totalmente apócrifa que sólo los iniciados pueden reconstruir en mente. Es como las aguas que se vuelven a hundir en el suelo y siguen corriendo un tramo subterráneo por

algún tiempo, inadvertidas, y en algún momento salen otra vez a la superficie, si es que llegan a hacerlo. Puede ser que haya muchos de esos arroyos, manantiales y corrientes pero no lleguen a encontrarse; pueden correr paralelos sin saber nada unos de otros. Las chispas intelectuales pueden saltar paralelamente, los descubrimientos, hacerse por duplicado. Pero si uno y otro no se reúnen y no se consigue esa masa crítica que algo necesita para descargar, para abrir una puerta o hacer que otra se cierre para siempre, mientras sea así será débil e ineficaz y se perderá en la arena incluso el más ingenioso pensamiento. Quizás en algún momento un arqueólogo del saber encontrará su rastro perdido, desenterrará ese curioso fósil y lo guardará.

Es mucho lo que habla en favor de que hoy ya ha madurado ese momento en que mucho se reúne y se encamina todo por la vía de un *spatial turn*: la experiencia penetrante y estremecedora de cambios radicales en tiempo y espacio durante el siglo XX, la proliferación de procesos de globalización, el creciente predominio de nuevas tecnologías, la producción sincrónica de asincrónicos en el más estrecho espacio, sin olvidar las revoluciones espaciales ocurridas en los dos últimos decenios, 1989 y 2001. Esa aceleración se torna en catalizador que activa y pone en marcha conocimientos largo tiempo silenciados e inoperantes. Conocimientos que de golpe descargan y producen esa masa crítica que no admite retroceso desde el punto ya alcanzado. Ahora se da voz a cuanto fuera ignorado o silenciado, ramas tradicionales enteras convergen a la vez en un gran capullo. Se topa uno con bibliotecas enteras. Lo que una vez fuera pensamiento en vacío sin aire y sin lugar se torna de pronto en lugar y contexto en que se entrelazan muchos y se refuerzan todos. El nudo está trenzado. Así concurren tradiciones que a menudo nada sabían una de otra; pongamos las reflexiones fundamentales del antropólogo norteamericano Yi-Fu Tuan sobre *Place and Space* con la obra de Otto Bollnow *Mensch und Raum*, aún por entero en la tradición ontológica alemana[41]. *La production d'espace social* de Henri Lefèbvre abandona el marco de la tradición neomarxista y abre un nuevo capítulo en el pensamiento espacial de relaciones sociales, conectando así con concepciones y áreas de trabajo configuradas en las ciencias literarias o históricas: en el círculo de los «Anales» o en la *Poética del espacio* de Gaston Bachelard[42]. El proceso de análisis de neomarxismo y teoría social crítica en Europa y en Estados Unidos parece haber sido especialmente fructífero a la hora de liberar un pensamiento social reflejado e

iluminado espacialmente. Con todo, pensadores como Edward Soja, David Harvey, Derek Gregory, Allan Pred y otros sólo han llegado a ser figuras de peso en un entorno en trance de disolución, permeable a la reflexión y aun necesitado de ella: sociedades del capitalismo y la modernidad tardíos en que cerrado el capítulo de las clases trabajadoras y el trabajo industrial tradicionales se abrían horizontes aún oscuros. La crisis de la sociedad industrial, pero ante todo de centros urbanos y metrópolis, era patentemente materia prima a la espera de alguien que la hiciera tema. Así, sólo a primera vista parecen aislados los trabajos de Henri Lefèbvre, Yi-Fu Tuan, Edward Soja y David Harvey, que se remontan todos por igual a los años setenta; golondrinas que en verdad sí hacen verano en un mundo enfrentado a la crisis de las grandes ciudades y las secuelas de tremendas destrucciones ambientales[43]. La rama de un marxismo occidental renovado viene a encontrarse con un movimiento surgido de contexto totalmente diferente, los *urban studies* en Europa y en Norteamérica, a su vez insertos en una conciencia nueva y en plena propagación acerca del peligro que corre el mundo de la vida cotidiana por causa de factores que son obra humana[44]. De ese haz forma parte asimismo el nuevo interés por los cuerpos, en su calidad de punto final e irrebasable de individualidad y subjetividad[45]. Por último, las disciplinas se habían vuelto más abiertas y dispuestas al diálogo: Antropología[46] o Semiótica[47], ciencias literarias[48] o históricas[49], ciencias de la información o de la tierra y el espacio[50], en todas por igual pedía la palabra una nueva disposición a arrancarse del aislamiento de unas ciencias sometidas a la división del trabajo sin más culpable que ellas mismas, y aún más de las coerciones y automatismos de la empresa científica. Todo eso tenía lugar ante un telón de fondo de desestabilización y disolución de unas relaciones estables por casi medio siglo, la entera época de posguerra, en un escenario en que los fenómenos más impresionantes fueron precisamente las revoluciones espaciales de los años 1989 y 2001, y la aceleración del movimiento de globalización.

Cabe conjeturar sin embargo que tal disposición nueva no habría traído consecuencias, ni alcanzado esa masa crítica necesaria para encarrilar algo por nuevas vías, de no haberse dado la provocación consistente en la mera subsistencia de un historicismo descolorido e igualmente caído con los años en patentes dificultades para legitimarse. El historicismo tuvo su gran momento, pero incluso él estaba sentenciado a ocupar un lugar en la historia, no sobre ella. «El ascenso de un historicismo desespacializador,

cuya existencia no tenía otro sentido que ser examinada y demostrarse, coincide con la segunda modernización del capitalismo y la irrupción de una época de oligopolios en Estado y economía. Ese historicismo ha ocluido (*occluded*), devaluado y despolitizado el espacio en tanto objeto del discurso social crítico, y con tal éxito que aun la posibilidad de una práctica espacial emancipatoria se ha esfumado de la vista durante casi un siglo»[51].

La crisis del historicismo, de la que no es la menor expresión el discurso acerca del «fin de los grandes relatos», tiene una consecuencia inmediata en el planteamiento de nuestra cuestión. La forma tradicional de escribir historia favorece la duración, la *durée*, el tiempo, y más que en cualquier parte en el gran relato. La narrativa histórica ha contribuido esencialmente a acallar el espacio, que en la secuencia temporal no cabe traer a palabra e intuición sino haciéndolo presente en la yuxtaposición. Esa conmoción de una forma de narrar hasta aquí incuestionada ha relajado algo la dictadura del tiempo, ha conmocionado un tanto *the prison house of temporality* y creado espacio para probar otras formas y modos en que uno pueda hacerse presente algo. La crisis del historicismo afloja la presión de la especialidad, la autocensura de facultades, abre el campo donde confluye en adelante cuanto permaneciera hasta ahora separado, fragmentado, para sí, y con ello, inoperante. Como propiamente no hay genealogía ni desde luego lógica del nuevo pensamiento espacial, es forzoso renunciar a buscar sucesión histórica alguna, y aun a cualquier panorama de influencias mutuas, y sólo cabe enumerar en forma relativamente esquemática elementos o ramas principales. Más o menos rezaría así:

En Francia, la tradición fundada con la escuela de los «Anales» no sólo no se había visto interrumpida, había seguido caracterizándose por una presencia intensa, casi se diría deslumbrante. En palabras de Edward Soja, «sólo en Francia se había mantenido una tradición sobrevivida a la desespacialización de mediados de siglo, y con ella, vivo el pensamiento espacial»[52]. En ella se cuentan nombres como Saint-Simon, Fourier, Proudhon, Elisée Reclus o Vidal de la Blache, entre otros. Quienes hicieron escuela, sin embargo, fueron los clásicos de los «Anales», pongamos *La Méditerranée* de Fernand Braudel, a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta del siglo XX. Ahí tenía uno delante una obra tan fresca y poco manida en lo metódico como madura ya en el contenido. El pensamiento espacial recibió en los años sesenta el inesperado aflujo de una disidencia

marxista decepcionada pero no resignada. Fue el filósofo marxista Henri Lefèbvre quien partiendo de una crítica de la economía política en Marx formuló un alegato en pro de espacializar las relaciones de producción o concebirlas en términos espaciales. El título de su obra *La production d'espace social* puede resumir su entera crítica posmarxista; y eso que se trataba de uno de los intérpretes ortodoxos punteros hasta su salida del PCF, de firmes lealtades a la URSS y el PCUS. La relación «capital» se concibe en esa obra despliegue antagónico de relaciones espaciales abiertamente físicas y corporales, o poco menos. Ese análisis espacial del capital se amplía más tarde al proceso histórico y se extiende su campo de aplicación a otras épocas. Con todo, en el centro de los empeños de Lefèbvre sigue estando el capital o, dicho en términos espaciales, el mundo esencialmente urbano de la modernidad. El giro con que Lefèbvre sale de una economía política abstracta a una crítica inmanente de la producción del espacio social «capitalismo» fue de gran significación para el pensamiento social, la Geografía y la discusión acerca del futuro de las ciudades. Para el primero significaba que «la dialéctica vuelve a estar en el orden del día... Para percatarse del espacio, para reconocer qué está "teniendo lugar" ahí y con qué uso, hay que recuperar la dialéctica; el análisis traerá a primer plano las contradicciones del espacio»[53]. La intervención de Henri Lefèbvre se convirtió en un elemento clave del desarrollo de un nuevo «materialismo histórico-geográfico»[54].

También trajo abundantes consecuencias en una disciplina que patentemente se había apartado de la discusión en torno a la modernidad: la Geografía. Fue el marxista y geógrafo británico David Harvey quien tendió el puente de la teoría social a la Geografía, de la crítica del capital al análisis de espacios geográficos. Al añadir una buena dosis de Marx a la Geografía clásica, formuló todos los temas que solía eludir con grandes rodeos la Geografía: renta inmobiliaria y aprovechamiento del suelo, capital fijo y variable, formas de entorno construido, asentamientos industriales y rutas de transporte, urbanización y evolución de las formas urbanas de vida, difusión de procesos de modernización, jerarquías funcionales de asentamientos, el entero mosaico de desigualdades regionales en el desarrollo del bienestar de las naciones, formación y transformación de paisajes, configuración de centros y periferias, tensión entre global y local, todo se convirtió de golpe en asunto de una Geografía renovada, «crítica». La capacidad de absorción de ese torbellino de innovación e intervención fue

grande, como se desprende simplemente de los nombres que de entonces a esta parte han practicado un análisis social a la par que espacial: Manuel Castells, Andre Gunder Frank, Immanuel Wallerstein, Samir Amin y otros. En adelante, lo social y lo espacial estaban ligados indisolublemente y sin problemas, lo que formulaba así Derek Gregory: «El análisis de estructuras espaciales no es derivado y segundo respecto al de estructuras sociales, tal como sugieren los planteamientos estructuralistas: antes bien se condicionan mutuamente. De ahí que las estructuras espaciales no sean meramente el ámbito en que se expresan conflictos de clase, sino también el campo en que llegan a constituirse las relaciones de clase, y en parte por medio de él; algún concepto de espacio ha de tener forzosamente un puesto en la conceptualización de formaciones sociales determinadas... las estructuras espaciales no se pueden teorizar sin las sociales, y viceversa, como tampoco las sociales pueden llegar a ser prácticas sin las espaciales, y viceversa»[55]. Las repercusiones de esa intervención teórica fueron de extraordinaria significación. «La imaginación geográfica ha despertado de un largo sueño, pero su visión sigue siendo limitada y borrosa»[56].

De los análisis de Lefèbvre de la relación «capital» en tanto relación espacial y su correspondiente crítica no había ni un paso a análisis concretos de relaciones espaciales creadas por el capital, concrétamente en figura de ciudad. En opinión de David Harvey, «el capital se representa a sí mismo en figura de paisaje físico generado como fiel retrato suyo, como valor de uso con que llevar adelante su acumulación progresiva: el paisaje geográfico, resultado del famoso pasado triunfal de desarrollo capitalista. Pero a la vez expresión del poder del trabajo muerto sobre el vivo: y en cuanto tal, algo que encadena y estorba al proceso de acumulación con trabas físicas concretas... de ahí que el desarrollo capitalista tenga que caminar por un filo de navaja entre asegurar el valor de cambio de pasadas inversiones de capital y abrir nuevas posibilidades de acumulación. Bajo el capitalismo hay una lucha eterna en que el capital construye un paisaje físico correspondiente a sus necesidades en un determinado punto del tiempo. El movimiento de flujo y reflujo de inversiones en el entorno construido sólo admite entenderse en términos de ese proceso»[57]. O en palabras de Edward Soja: «La ciudad, el entorno urbano construido, está encastrada en el inquieto paisaje geográfico del capital, y troquelada como parte de una espacialización social compleja y contradictoria que a un tiempo promueve y paraliza, crea espacio y lo encadena, ofrece soluciones

para revocarlas a poco. La historia del capitalismo, de urbanización e industrialización, crisis y reconstrucción, acumulación y lucha de clases, se convierte necesaria y nuclearmente en tópico central de una Geografía histórica centrada en lugares. En el caso de Harvey la comprensión repentina de esa necesidad puso fin a las vacilaciones y abrió una nueva fase en el análisis marxista de lo urbano»[58].

Este giro impreso a los *urban studies*, o que lleva a salir de una comprensión demasiado estrecha de los mismos, es tanto más notable y cargado de consecuencias por cuanto aquí se trata de mucho más que un estrecho campo de trabajo académico. *Urban studies* significa estudiar las formas más complejas de civilización humana en tanto proceso social, cultural y económico, de producción, distribución y circulación, de planificación y construcción urbana, de arquitectura, cultura, recreo, transporte, asistencia y educación, etc. Con certeza había sido el incremento y aceleración del proceso de urbanización el que había hecho de los *urban studies* encrucijada de muchas disciplinas dispares, pero también fue preciso que hubiera crecido en cada una de ellas la disposición a salir de la cortedad de miras y la ceguera profesional ligadas a especialización y división del trabajo. Otro tanto vale y en mayor medida para las «cuestiones ambientales», que crecidas en «cuestiones de supervivencia» o aun como simple adorno sólo podían abordarse por varias disciplinas juntas.

Simultaneidad y similitud de orientación en movimientos intelectuales diversos han sido siempre indicador francamente bueno de que «algo se mueve»: así, que en literatura por ejemplo el trabajo adelantado de Gaston Bachelard sobre la *Poética del espacio* halle por fin gran resonancia varios decenios después[59]; que por doquier se prueben principios y puntos de partida desde donde rebasar un acceso a los textos intertextual y fijado al texto de manera demasiado exclusiva, y que se dejen ver inicios de una topografía de la literatura; o en fin que un antropólogo que proclama al siglo XXI «siglo de la Antropología», y llama a estudiar las nuevas civilizaciones y culturas, declare que «hemos de aprender de nuevo a pensar el espacio»[60], requerimiento que ya dirigieran antes a las ciencias sociales Anthony Giddens y Pierre Bourdieu[61]. De golpe, cuestiones relativas a la representación del espacio han empezado a interesar a la vez a todo un gran círculo que rebasa a los meros estudios históricos de mapas para hacer del cartografiado de culturas motivo central de *cultural studies*. Y todo, sin ningún centro que lo dirigiera, ni a instancias de ninguna supe-

rioridad en ninguna otra parte, sin pensador magistral ni plan modelo: que sea así ha de significar forzosamente que algo se mueve.

Esto vale aun cuando se entienda el discurso acerca de ese *turn* sin dramatismo alguno, y aun desdramatizándolo. Y ocasiones no es que falten desde que sincrónica y paralelamente se habla de *linguistic turn, iconic turn* y *anthropological turn*. La inflación del término tiene de bueno que mina o ironiza cualquier pretensión de singularidad y exclusividad. Y eso esta bien. *Turns*, giros o vuelcos no inventan ni descubren de nuevo el mundo, desplazan puntos de vista y acceso que hasta entonces no permitían verle facetas poco o nada iluminadas. Son indicadores de una ampliación de modos históricos de percepción, no «lo totalmente nuevo» o «distinto». Así es que nunca puede haber suficientes cuando la cuestión gira en torno al despliegue de una realidad histórica y compleja. De ahí que *spatial turn* quiera decir nada más acrecentada atención a la faceta espacial del mundo histórico; nada más, pero nada menos.

En el despliegue de la espacialidad de la existencia o la historia humana, uno de los aspectos es el descubrimiento de la multiplicidad, de la pluralidad de espacios. Tampoco puede ser de otro modo. Si no, «están ahí» a modo de escenarios pasivos, muertos; si, antes bien, los espacios se constituyen históricamente y pueden tener génesis, constitución y decadencia, y aun final, se desprende también que hay muchos. Hay los de la naturaleza, esos espacios en cierto modo «suprahistóricos» que han llevado a cabo millones o miríadas de años y en que apenas deja huella notable la actividad humana. Hay los históricos en que las generaciones llevan a efecto una época o un Estado, más o menos constituidos por grandes colectivos, espacios abarcables a una mirada de conjunto en que el tiempo, medido en siglos o milenios, ha dejado huella. Y hay en fin el espacio vital constituido por un individuo y que casi se diría encajado en aquel marco mayor, histórico y suprahistórico. La pluralización de espacios tiene de suyo algo que confunde, lo que Marc Augé llama «sobredosis de espacio» con que nos han obsequiado modernidad y posmodernidad[62]. Que de entrada aumenta la incapacidad para ver en conjunto, pero aun así devuelve a nuestras representaciones del mundo, en otro caso condenadas a la simplificación, un atisbo de la complejidad que el mundo es. Podría decirse sumariamente que hay tantos espacios como ámbitos de temas, objetos, medios o actores históricos. La pluralización de espacios ya se expresaba en usos lingüísticos que se han vuelto obvios con el tiempo, que

atraviesan disciplinas, ambientes y esferas culturales sin atender a tales divisiones. Se habla de espacios del recuerdo y de la memoria, de espacios políticos e históricos, de paisajes históricos, de espacios literarios. En muchos casos el término «espacio» sin más se ha vuelto sinónimo del viejo «espacio vital», desacreditado por razones conocidas, y del «mundo vital», término libre de tales cargas y no menos plástico.

Si todo esto no engaña, llegamos a un punto en que la cuestión de la «espacialización» ha quedado vista para sentencia por razones muy diversas y en campos muy distintos. Hemos enumerado algunos indicios principales para hacer «objetiva» nuestra impresión y dejarnos claro si en el *spatial turn* del que estamos hablando se trata de un proceso comprobable empíricamente, o sólo de una manía ideológica o *idée fixe*, que mejor sería dejar estar hasta que remitiera por sí sola.

El provisional resultado final de las indagaciones aquí emprendidas es completamente simple: con unas cuantas comprobaciones nada espectaculares ni sensacionales hemos vuelto allá de donde partimos, cierto es que ya no «ingenuamente» y «sin más», sino «entendiendo». Quizás ahora entendamos mejor que determinados giros de lenguaje, como el lenguaje entero, ofrecen los inequívocos indicios de que hay que tomarse en serio al lenguaje: es quien mantiene firme e indisoluble la unidad de espacio y tiempo. Es claro que sólo un acto de violencia puede romper esa consumada amalgama lingüística de la dimensión espaciotemporal, que no tiene por qué ser aparatosa siempre ni en todas condiciones. Pero en formas de pensar y hablar se echa de ver si adoptan esa unidad o la contravienen. Sobre el telón de fondo de una historia de separación disciplinaria de espacio y tiempo, recobrar esa unidad es parte de una tarea de reconciliación y restauración. Son a veces las palabras del común, los *common places*, quienes guardan verdades elementales mejor que las disciplinas eruditas, que sólo quieren sacar lo que meten.

Lo que empezara con conjeturas acerca del *spatial turn* termina en hablar de simplezas obvias. Sólo hay que confiar en el lenguaje, tomarle en serio; pues con cada sílaba atestigua lo indisoluble de espacio y tiempo: «espacio de tiempo», una expresión de las más hermosas en nuestra lengua, entre las que se cuenta también «espacio vital», espacio del vivir. Vivimos en horizontes de experiencias y expectativas. Salimos al mundo. Hablamos del camino de una vida, de *curriculum vitae*. Escribimos biografías indicando fechas de nacimiento y muerte, pero también lugares. No

nos arreglamos sin indicaciones de lugar cuando queremos describir una época. Aun cuando solamente queremos hablar de pasado, presente o futuro en general utilizamos indicaciones espaciales: retrocedemos al pasado, vivimos en el aquí y ahora, o seguimos adelante hacia el futuro. Las más abstractas caracterizaciones siguen haciéndonos necesario el uso de términos espaciales: una idea nos resulta cercana o lejana, cuando hablamos de relaciones de dominio distinguimos arriba y abajo, superior e inferior, y no nos apañamos sin distinguir entre dentro y fuera. Si queremos dar una imagen del mundo precisamos representarnos un centro, un medio, comoquiera se defina, dondequiera se asiente. Todo nuestro saber de historia está apegado a lugares. Hablamos, *pars pro toto*, del número 10 de Downing Street, del Kremlin o la Casa Blanca. Las fechas históricas coinciden con lugares de los hechos; la batalla de Alejandro en Iso, el paso del Rubicón, Waterloo, Stalingrado, o el cruce de avenidas de Dallas donde sucedió el atentado contra Kennedy. Nos «orientamos». No nos arreglamos sin imágenes de un escenario, donde todo ha ocurrido. *History takes place*, la historia tiene lugar. Si hablamos de culturas pensamos en lugares en que cristalizan: en «París, capital del siglo XIX», en el «Nuevo Mundo» que ha tomado figura en los rascacielos de Manhattan, en los raíles que van a dar a las puertas de Auschwitz-Birkenau. Hablamos de espacios públicos y esferas privadas. Al leer a Proust o a Tolstoi tenemos los interiores del tiempo perdido ante los ojos. Por tener, tenemos aun nolugares, que no tienen ya lugar, que han vuelto a desvanecerse, derruidos, de que nada queda fuera de su recuerdo. No hay historia en Ninguna Parte. Todo tiene principio y fin. Toda historia su sitio.

Explicar cómo puede algo haber ido a caer en el olvido es más difícil que comprender por qué ocurre así. *Spatial turn* no es sino hablar de lo que se da a entender solo, o en palabras de Yi-Fu Tuan: «Y ahí, en la confianza en el proyecto humano, radica el fin último de este ensayo: aumentar la carga de una conciencia despierta»[63].

Ciberia: nuevo espacio, nueva Geopolítica

«¿Está muerta la Geopolítica?», se preguntan los editores de un volumen en que se trata de esbozar una «Geopolítica crítica», Gearóid Ó Tuathail y Simon Dalby; y se contestan al punto con un resuelto «no»: «A primera vista, el final de la Guerra Fría, el creciente influjo de la "globalización" y las determinantes consecuencias de las nuevas tecnologías de la información parecen haber clavado una estaca en el corazón de la Geopolítica»[64]. Fin de la historia, nueva invisibilidad, lucha de culturas, las consignas de la nueva época parecen adecuadas a la nueva situación. «En muchos análisis se ha declarado muerta a la Geopolítica»[65]. Para esos autores la cuestión está en una nueva Geopolítica crítica donde a su entender ya no se separan tradición precrítica y «clásica», ante todo la Geopolítica alemana. La desenvoltura de tal afirmación, si es que no inadvertencia, pudiera ser incluso una gran ventaja. A su modo de ver la Geopolítica se desliga de su estrecha vinculación al espacio geográfico; a estos defensores de la Geopolítica crítica se les queda estrecha aun la holgada formulación de tareas de la Geopolítica que expusiera la *Zeitschrift für Geopolitik* en sus tesis fundacionales, fomentar «la conciencia espacial en la acción política». La Geopolítica no tiene que ver primordialmente con espacios geográficos, sino ante todo con constructos y conceptos políticos referentes al modelado y dominio del espacio. Desvincularse así del espacio en estrecho sentido geográfico corta toda conexión con la antigua Geopolítica y abre nuevo capítulo. Al parecer de sus adelantados intelectuales, la Geopolítica crítica es ante todo un «fenómeno cultural». Analiza «la imagi-nación del Estado, sus mitos fundacionales y su doctrina nacionalista de exclusión». Se ocupa de procesos elementales como formación de identidad, autodiferenciación de naciones y formas de representación correspondientes. Investiga actos de creación de «*nation-space and nation-time*», proyecciones de la «*community* imaginaria», «homogeneización del *nation-space*» y «pedagogización de la historia». Se ocupa de cómo se hace visual ese espacio, de cómo, en particular, se capta e ilustra en atlas nacionales. Indaga cómo se

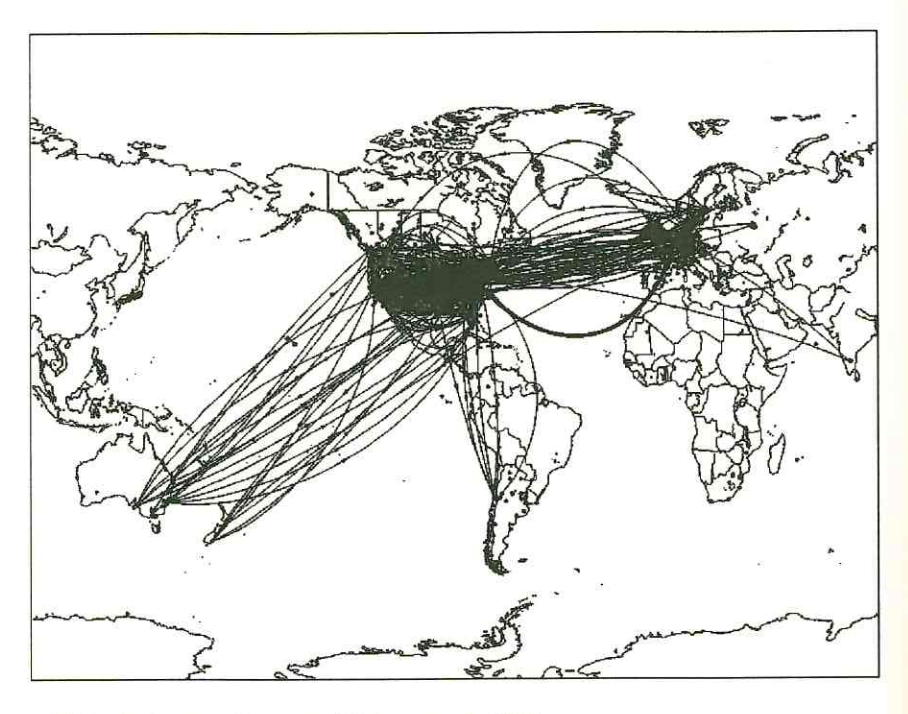
tornan territorios en unidades y espacios culturales, y seres humanos, en pueblo o nación. Por consiguiente, se interesa en especial por procesos y proyectos de autodiferenciación, trazados de fronteras culturales, y por mapas semánticos (*maps of meaning*) no menos que por los estatales. En lo fundamental, la nueva Geopolítica sólo habla de geopolíticas porque parte de la pluralidad de identidades culturales, y al transformar todo en cultura, en puridad disuelve el concepto de Geopolítica en sentido estricto. Podría hablarse de culturalización de la política y despolitización de la acción geoestratégica. En los horizontes de tales análisis geopolíticos críticos entra francamente de todo: representaciones de lo propio y lo ajeno en medios de comunicación, análisis de caricaturas políticas, imágenes del extranjero en literatura, análisis de contenido de películas, etc. La Geopolítica crítica mantiene abiertos sus supuestos y hace cuestión de sí misma, destruyendo así toda ilusión de neutralidad valorativa. Sólo en un aspecto recuerda aún al análisis geopolítico en sentido estricto: la reflexión teórica sobre condiciones histórico-espaciales de la acción política. Lo nuevo está en entenderlas, una vez más, en un holgado sentido histórico-cultural, no geográfico. Se pregunta de qué modo fomentan o estorban al proceso de territorialización e «imagi-nación» cosas tales como, por ejemplo, técnicas de medición y visualización como Cartografía o Geografía, establecimiento de redes técnico-territoriales como ferrocarril, telégrafo o autopistas, instituciones integrales como las uniones aduaneras, o innovaciones técnicas[66]. Así pues, podría decirse primeramente que en la nueva Geopolítica lo nuevo es la culturalización de lo político y de los espacios políticos. Ello trae significativas consecuencias. Así entendida, la Geopolítica alemana pasa a incluir no sólo las representaciones organicistas del espacio de un Ratzel o la idelogía continental de un Haushofer, sino también una serie de ideas extendidas entre la población acerca de epidemias y plagas que se piensa introducidas desde el Este, o de la plausibilidad de medidas de desinfección y cuarentena, o del definitivo «alejamiento del espacio vital alemán» de determinados grupos de población. Y la Geopolítica de la Guerra Fría en que se vino a repartir el mundo no sólo incluye entonces una confrontación global política y militar entre «democracia y falta de libertad», sino que también pasan a desempeñar un papel en la «lucha entre sistemas» imágenes de autoidentificación como «Oeste» u «Occidente», de atraso y confort, y hasta el fetichismo de la masculinidad de anuncios de Marlboro o películas de Schwarzenegger. Y las bombas de

Oklahoma que saltaron por los aires en el Medio Oeste, en el *heartland* de Estados Unidos, causando un baño de sangre, también son entonces Geopolítica que cambió el espacio de la acción política y la imagen de unos Estados Unidos invulnerables. Por no hablar de las implicaciones geopolíticas del 11 de septiembre de 2001.

Pues esa Geopolítica, con todo, no saca su novedad sólo de ampliar la dimensión geopolítica en «geocultural», sino también de introducir en la reflexión teórica la situación de la producción de espacio social en la época del ciberespacio, situación nueva y en cierto modo definitiva. «Ciberia» es el nuevo espacio que ha empezado a tenderse sobre los espacios históricos con que estábamos familiarizados. La nueva Geopolítica sólo es posible, o se provoca, colocándose en ese nuevo espacio.

Los rasgos de esa *terra incognita* de nombre Ciberia ya han sido elaborados en los últimos años por los adelantados del saber ciberespacial.

Revolucionar los medios de comunicación ha hecho surgir una nueva morfología social con nuevas prácticas espaciales. Como mejor admite describirse es como sociedad reticular, consistente en nudos y conexiones que permiten y controlan flujos decisivos de información: computadores, fax, satélites, Internet. «Conmutadores que conecten redes son los instrumentos privilegiados del poder», dice Manuel Castells. «Quien los maneja tiene el poder en sus manos»[67]. El antiguo régimen espacial no se cancela del todo, pero sí se transforma y traslada. En lo esencial venía definido por el espacio del Estado, el territorio del Estado nacional. Éste era «señor del espacio», el agente que sustentaba y organizaba apertura, dominio y penetración del espacio. Las nuevas redes globales y el personal correspondiente, diseñadores, programadores, ingenieros, fabricantes y concesionarios de licencias, devalúan y erosionan la morfología social tradicional. «La nacionalidad de las corporaciones significa cada vez menos a medida que corporaciones antes centralizadas se reestructuran en organizaciones reticulares de ámbito global»[68]. El espacio geográfico «real» hasta ahora dominante pasa a ser uno entre otros, en opinión de Bruno Latour: «La idea de red nos ayuda a sacudirnos la tiranía de los geógrafos al definir el espacio, y nos proporciona una representación del mismo que no es ni espacio social ni "real", la tradicional Geografía del "espacio real" es tan sólo una red entre muchas otras»[69]. Así como al clásico Estado nacional y territorial corresponde una técnica determinada, corpórea, sólida, localizada, tal como canales, carreteras, teléfonos o vapores, al contexto político posmo-



Flujo de datos en Internet (13 de mayo de 1993).

«La digitalización produce una nueva espacialidad. El tránsito de geo-grafía a info-grafía parece haberse consumado.»

derno corrresponde una infraestructura reticular. Ese nuevo paisaje de informaciones, medios de comunicación y redes, el paisaje de Ciberia, conoce también un tipo nuevo de actores: *digerati*, letrados de la nueva época que saben moverse en él; *digital nations* constituidas sobre la base de la red y no sobre la pertenencia al Estado; *info-insurrectionists*, inforrebeldes que consideran los nuevos medios su campo de operaciones y como tal lo aprovechan; un paisaje con vías informáticas y autopistas telemáticas. Hacen aparición nuevas desproporciones y desigualdades, nuevas tensiones y antagonismos: ya no telón de acero sino *digital divide*, ya no primer mundo, segundo y tercero, sino zonas del mundo entrelazadas en alto grado y otras que caen fuera de la red. La digitalización produce una nueva espacialidad. El tránsito de geo-grafía a info-grafía parece haberse consumado. Tal como el mundo antiguo estuvo centrado en torno al Mediterráneo, el medieval, orientado hacia Jerusalén, Roma o La Meca, y el del colonialismo e imperialismo, hacia Lisboa, Londres y París, el digitalizado se orienta al punto de máxima densidad en el espacio transatlántico-norteamericano: Nueva York. La nueva infografía reproduce también las nuevas relaciones de poder, de infopoder[70]. Ya no se apoya en armas tradicionales, incluidas las nucleares, sino en la posibilidad de desarrollo de tecnologías de información. El poder de los «*Bit-States*» ya no está ligado a territorios, algo que valía aún para las potencias atómicas. El ciberespacio es «territorio» constituido y cohesionado por información digital. No se para en fronteras de estados nacionales soberanos, las pone fundamentalmente en cuestión. En conexión con el mundo entero traspasa los límites de toda vinculación local. Ciberia es lo que un día fueran los estados nacionales, *imagined community, digital nation*[71]. «Sus ciudadanos son jóvenes, formados, pudientes. Ocupan instituciones e industrias conectadas en redes, universidades, empresas de computadores y telecomunicaciones, Wall Street e instituciones financieras, medios de comunicación... predominantemente masculinos, si bien enormes cantidades de mujeres empujan y los abren cada vez más. Los miembros de una nación digital no son representativos del conjunto de la población: son más ricos, con mejor formación y de piel blanca en porcentaje superior al promedio. Ganan bastante y tienen bastante tiempo. Su formación es a menudo poco convencional y nunca termina, tienen acceso casi sin restricciones a la masa de información disponible en el mundo»[72]. Los nuevos procesos no respetan fronteras territoriales ni políticas. Ya no están ligados a lugares preexisten-

tes. De ahí que discurran hacia una desterritorialización, si es que no desvanecimiento del espacio. Vueltas insignificantes, las fronteras tradicionales se disuelven. En esta perspectiva el estado nacional es casi una ficción nostálgica. El enemigo se desterritorializa, los peligros ya no son localizables, amenazas terroristas, proliferación de medios de aniquilación en masa ya no son localizables, o en todo caso, no por *task forces* a la antigua que se ocupan de localizaciones fijas, de emplazamientos fijos y silos de cohetes atómicos. Las nuevas amenazas desterritorializadas son tan inasibles como vulnerables los puntos neurálgicos del mundo global y abierto: aeropuertos y líneas aéreas, redes de computadores, sistemas de datos, grandes ciudades y rascacielos. Quien quiera emprenderla con esas amenazas habrá de seguir su rastro en el mundo del ciberespacio. El «espíritu de la frontera» ha de acreditarse hoy en las líneas prescritas del ciberespacio. Quien quiera emprender la lucha tiene que seguir allí al retador, como notó el ministro de Defensa Donald Rumsfeld tras el 11 de septiembre de 2001. Los verdaderos herederos de sir Halford Mackinder en Geopolítica son hoy los activistas de la red[73]. Cuando los procesos esenciales que determinan nuestra vida discurren como hoy allende o a través de las fronteras de los antiguos Estados territoriales –imperios y reinos multiétnicos o Estados nacionales modernos–, cambia el escenario entero del *theatrum mundi*. Las barreras entre Estados territoriales, y aun las continentales, se vienen abajo reventadas por corrientes globales de información, tráfico y finanzas. La gobalización produce simultaneidad de asincrónicos en el más estrecho espacio merced a la radical disminución de las distancias. Aquello que estuvo separado por continentes, «metrópolis adelantadas» y «colonias atrasadas», centro dinámico y periferia estacionaria, se ha aproximado y forma un tapiz entretejido de culturas, civilizaciones y tiempos diferentes. Conectando con las tesis de Michel Foucault[74], Charles M. Maier opina que la nuestra será una época de simultaneidad y espacio, y con las de Homi Bhabha –según las cuales han venido a ser cuna de cultura los espacios transnacionales de emigrantes, fugitivos y hombres de negocios, y ya no las culturas nacionales[75]–, que la desaparición de la territorialidad en la era de la globalización tendrá profundas implicaciones: «Desvanecimiento de la territorialidad significa que en lugar del espacio son cultura o civilización las que se convierten en centro de conflictos locales o internacionales. Sea por emigración directa, sea por competencia económica, los habitantes pudientes y formados de Occidente se verán forzados a vivir en la inmediata vecindad de seres humanos con otras tradiciones culturales sin el amparo de territorio mediante alguno. Aun cuando se vayan lejos y no sólo al otro extremo de la ciudad, la ruptura de la espacialidad les hace vecindario potencial. Pero sin el amparo de un territorio ¿estamos sentenciados, tal es la tesis, a vivir en un conflicto permanente de civilizaciones y culturas?»[76]

La fantasía, incluida la «imaginación geográfica», está ocupada mucho más con ciberespacios emergentes que en explorar zonas que se extienden al margen y más allá de éstos; sabemos mucho menos de las regiones descolgadas de la civilización. Figurarse cómo funcionan sociedades en la red resulta mucho más fácil que hacerlo con mundos cuyo sentido ya no se capta desde dentro. Allende los nuevos centros mundiales surgen nuevos desiertos, nuevas provincias del mundo. El discurso acerca de la globalización, por tanto de la conexión entre lo global y lo local, procesos de ámbito mundial y condiciones locales, es como la tríada de Hegel, tesis, antítesis, síntesis: tiene algo de apaciguador, de reconciliador, cuando lo cierto es que todo apunta a que la segunda oleada de globalización entrará con rupturas catastróficas, de la misma manera y sin embargo distinta por completo a la ruptura de 1914-1917, cuando el sistema mundial se rompió por «el eslabón más débil».

II
Leer mapas

Tiempos de mapas
La época, contenida en mapas

Es cierto que la mayoría de los mapas ya están atrasados cuando aparecen. Pero cuando de verdad se cumple esto es en tiempos de cambio acelerado. El plano de Berlín de 1989, «edición actualizada» que aún consignaba el curso del muro con los vitales pasos fronterizos, ya era de allí a poco pasto de anticuarios, y no es que sirviera de mucho a quien pretendiera situarse en el trazado vial de la ciudad reunificada. Quien se hubiera confiado en 1994 a un plano de 1990 del Metro de Moscú se habría perdido. Muchas estaciones habían recibido otro nombre: en lugar de «Plaza Cherchinski», de nuevo «Lubianka»; en lugar de «Avenida Marx», de nuevo «Ojotni Riad» [Fila de Cazadores], y en lugar de «Kirovskaya» de nuevo «Krasnaia vorota» [Puerta Roja]. Pero esas renominaciones, que podían añadirse a los planos urbanos simplemente con una entrada nueva o un adhesivo, eran minucias comparadas con los cambios resultantes de la disolución de Estados y sistemas federales enteros. En los prospectos de vacaciones de agencias de viaje que se habían especializado en Yugoslavia, la costa dálmata, Istria y Montenegro, seguía habiendo Yugoslavia por más que políticamente hubiera dejado de existir y playas y calas pertenecieran hacía tiempo a Estados distintos. En los mapas de carreteras aparecía marcada con trazo grueso la línea del *autoput* por la que año tras año cientos de miles de trabajadores turcos de la República Federal y Austria habían emprendido el viaje de vacaciones a casa; y con todo detalle: pasos fronterizos, gasolineras, bares, moteles y salidas. Pero las guerras de Yugoslavia la habían convertido en una autopista vacía y fantasmal donde muy pronto empezó a crecer la yerba entre el hormigón de sus calzadas. Nada coincidía ya con atlas que se suponían precisos, fiables y panorámicos. Era otra la forma de escribir los topónimos, lo eran en ocasiones hasta los nombres. Donde una vez se pudiera pasar sin problema había que contar ahora con dificultades y trabas. Podía ser que los puentes señalados en el mapa hubieran sido volados, y carreteras que fueran enlace sin problemas quizás estuvieran minadas. Sólo algo seguía

igual, la distancia en kilómetros: que poco significa cuando lugares vecinos se han vuelto inaccesibles.

La demanda de mapas en tiempos de ruptura como 1989 es inhabitualmente grande. Los cartógrafos apenas pueden seguir el ritmo de los cambios. Los locutores de noticiarios nocturnos tienen que familiarizarse con más y más nombres nuevos. El mercado de mapas se dispara cuando poblaciones enteras quieren ponerse en camino por el ancho mundo tras la apertura de fronteras. La necesidad de itinerarios en todas sus formas, desde el clásico Baedeker hasta los GIS (Geographisches Informationssystem) con su *website* correspondiente, pasando por el guía turístico, es grande cuando se exploran nuevos caminos. Uno tiene que familiarizarse y arreglárselas en ciudades en que se hacen nuevos contactos y negocios. Cuanto mayores las sacudidas y más lejos arrojan, mayor la necesidad de ayudas para orientarse. Cuanto mayores las posibilidades de darse una vuelta por cualquier parte del mundo y aun establecerse, tanto mayor la necesidad de indicadores e informaciones. Algo que rige para toda época de ruptura, no sólo para aquellas de que hemos venido a ser testigos.

En tiempos de rupturas históricas se muestra en forma únicamente más concentrada y reconocible a simple vista algo que rige en general: que grandes transformaciones históricas, nuevos descubrimientos, formación de Estados y derrumbamiento de imperios, grandes conquistas y enfrentamientos militares, que despliegue de culturas y civilización o desarrollos a largo plazo como el de la propia Tierra, todos «sedimentan» y cuajan en la reproducción cartográfica. Así como épocas de ruptura histórica lo son de revisión cartográfica, de nuevos trazados, y en sentido eminente tiempos de mapas, así también el tiempo histórico en general es captable y captado cartográficamente. Cada paso en la transformación o en la percepción y reconocimiento del mundo transformado sedimenta en representación cartográfica de uno u otro modo, no siempre de inmediato, ni siempre en forma «lógica» y «consecuente». Algo en que desempeña su papel el que cada época tenga su propia medida. Al confeccionar mapas geológicos apenas desempeña alguno una diferencia de unos cuantos milenios, mientras que al preparar mapas meteorológicos una de pocas horas determina su precisión y capacidad predictiva, que significa también su utilidad.

Puede hablarse de una época de *boom* cartográfico en que la revisión de mapas es algo comprobable a simple vista. El mismo año del descubrimiento de América, 1492, se acababa la célebre «manzana terrestre» de

Martin Behaim, suma de todo conocimiento geográfico y destreza cartográfica de la época. No sólo es el globo terrestre más antiguo que haya llegado hasta nosotros, sino que muestra el mundo justo antes del regreso de Colón de su primera travesía del Atlántico. Aún sigue a la imagen ptolemaica del mundo, aunque incorpora informaciones sobre Asia oriental desconocidas hasta los viajes de Marco Polo. Eurasia casi se extiende sobre el globo entero, de suerte que Europa y Asia casi se tocan Atlántico mediante; es decir, enteramente la idea de Colón, que zarpó hacia el Oeste para alcanzar las Indias[77]. Fue el descubrimiento de Colón lo que haría desechar la vieja imagen del mundo y desataría una oleada de nuevos mapas: la carta de Juan de la Cosa de 1500, primer mapa general del Nuevo Mundo en Europa; la de Alberto Cantino, que ya muestra al mundo dividido conforme al tratado de Tordesillas de 1494, y la célebre de Martin Waldseemüller de 1507, que, inspirada por las noticias de Américo Vespuccio en el *Novus Orbis*, dio nombre al nuevo continente[78]. Todos los viajes de descubrimiento y circunnavegaciones del globo que siguieron, como la de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano de 1519 a 1522, no sólo hicieron surgir una industria cartográfica en toda regla: revolucionaron la imagen de la Tierra y del Universo en su totalidad. Poco a poco se llenaron las manchas en blanco, provistas de nombres y consignadas en el globo: se fueron precisando en el Extremo Oriente las fronteras de los dominios portugués y español, los contornos del paso de Magallanes y el cabo de Buena Esperanza, o los de la *Terra Australis*, ciertamente no hasta la segunda mitad del XVIII gracias al capitán James Cook[79]. Al analizar el desarrollo del mapa a fines del siglo XV y comienzos del XVI, Norman Thrower ha hablado de «*Age of Atlases*». Los cartógrafos más célebres de la historia, Abraham Ortelius de Amberes, Mercator de Duisburgo, Hondius y Janssonius, Blaeu y Visscher, trabajaron en esa época, y casi todos se concentran en los Países Bajos y el Bajo Rin[80]. Después sólo ha vuelto a haber una explosión comparable de cambios en la imagen cartográfica, entre el descubrimiento de Australia y la apertura de los espacios interiores del continente negro y Asia central en el siglo XIX[81].

Estrechamente emparentadas con las revisiones provocadas por descubrimientos geográficos están las desatadas por rupturas o derrumbamientos políticos. Guerras, revoluciones y campañas significan siempre coyunturas sumamente favorables para los cartógrafos. Los movimientos de ejércitos son inconcebibles sin conocimiento del terreno y de las condicio-

nes logísticas y de transporte, en particular en los tiempos modernos. La estrategia precisa inspecciones y visiones de conjunto. Cuando se trata de reparto de territorios siempre hay que sacar a relucir mapas de los archivos. Los cartógrafos se sientan a la mesa de negociaciones en que se trata y establece el curso de las futuras fronteras. Todo tratado de paz trae anejos mapas en que se dejan sentados metro por metro, jalón por jalón, las nuevas situaciones y ámbitos de atribuciones. Pero donde de verdad rige esto es en la época del moderno Estado nacional, territorial *par excellence*. Soberanía y plenos poderes se demuestran en las fronteras, así se trate sólo de un par de kilómetros cuadrados, más que en potencia económica o esplendor cultural. Todos los acuerdos de paz que han llegado a ser canónicos en derecho internacional y han configurado el mundo están secundados o ilustrados por mapas: la paz de Westfalia, con que toca a su fin la época de las guerras de religión y se establece firmemente el principio *cuius regio, eius religio*; la paz de Hubertusburg, con que tocó a su fin la guerra de sucesión española y se selló el reparto de Norteamérica; las conclusiones del Congreso de Viena de 1815, que tras las turbulencias de la era napoleónica definieron las fronteras en Europa casi para un siglo, en particular las de los imperios de las «tres águilas negras»; los tratados de paz de París –los de Versalles, Trianon, Sèvres, St. Germain– al final de la Gran Guerra, que hicieron surgir en Europa un mundo de Estados totalmente nuevo; las conclusiones de la conferencia de Munich de 1938, donde se sancionó la «fragmentación» de Checoslovaquia, o el protocolo secreto anejo al «pacto de no agresión» de 1939, al que se adjuntaban los mapas relativos a las futuras «zonas de influencia» de Alemania y la Unión Soviética en Polonia. No hay guerra que empiece sin mapas, ni guerra que acabe sin ellos. Los mapas de los tratados de paz sancionan el nuevo *statu quo*, y cuanto más complicadas las nuevas relaciones, tanto más costosos los mapas a plantear y más fanática la voluntad de regular y dejar sentado hasta el último detalle. Es probable que nunca se haya vuelto a confeccionar y difundir tantos mapas como en Europa tras el fin de los grandes imperios en 1918: mapas de fronteras, de minorías, de comunidades religiosas, de tráfico, de territorios plebiscitarios en litigio. Y tampoco hay tratado de paz que no concluya con una gran destrucción de mapas. A aquellos en que estaban fijadas las antiguas relaciones, a los viejos mapas imperiales en que se enseñara a generaciones de párvulos de quién eran súbditos, no les quedaba otro camino en el momento de la revolución y el nuevo estado de

cosas sino el del basurero, el molino de papel o, en el mejor de los casos, el del librero de viejo o el anticuario. El reverso de los mapas retirados de la circulación puede aprovecharse como superficie en blanco para imprimir mapas nuevos o simplemente para tomar notas. Mapas viejos en situaciones nuevas no son sólo inútiles, sino quizás aun sospechosos.

El final de los imperios es la gran hora de los atlas nacionales. Por fin cada nación tiene su mapa, cada sociedad, su topografía, con la que siempre soñara. Por fin ciudades y lugares pueden llevar los nombres que siempre tuvieron, o debieran haber tenido pero se les vedó, los orgullosos nombres de la nación propia. Por fin sus calles y plazas pueden ostentar los nombres que hace mucho debieran: los de héroes locales y nacionales. Por fin el país tiene permitido lucir sus propios colores. Así se repinta en tiempos de ruptura, revolución nacional y liberación todo un mundo de Estados.

Toda gran ruptura es derrumbamiento y nueva formación de espacios, sociales, políticos y culturales. El mundo tiene que medirse de nuevo, cartografiarse, denominarse, y así, redefinirse. Tocan a su fin monopolios de definición de grandes territorios y espacios, se establecen nuevos. Es una grey variopinta la que se reparte el descubrimiento y sometimiento de la nueva «tierra virgen»: aventureros y eruditos, fracasados y osados emprendedores, naturales descubridores y oportunistas, y entre ellos, no en el último lugar, «expertos en pueblos», antropólogos, geógrafos y cartógrafos. Donde pone pie el hombre blanco deja huella y la dibuja en mapas: las fuentes del Nilo y las cataratas que se habrán de llamar Victoria, o la cumbre de ese Chomulungma al que un día se había de llamar por el apellido de sir Everest. La carrera por colmar las lagunas en blanco y tomar posesión de los últimos pedazos de superficie terrestre por repartir terminó en un *rush* que también lo fue entre mapas[82]. Cien años más tarde, en tiempos de la descolonización, aquellos que trazaran los poderes coloniales se retiraron de la circulación y se alzaron nuevos, correspondientes a las metas, honores y autoestimas propios.

Pero tan tornadizos como son en guerras, revoluciones y derrumbamientos de Estados los nombres de países, colores de territorios y cursos de fronteras, son pertinaces y duraderas las líneas que la práctica del vivir ha hecho surgir en las cabezas. Así, puede ocurrir que a los niños en las escuelas se les esté enseñando ya con nuevos atlas y enciclopedias mientras la generación de sus padres sigue rodando por ahí llevando en la cabeza aquellos mapas con los que creció. Las imágenes de los mapas se cuentan

entre las «visualizaciones» político-espaciales más penetrantes que cabe concebir, pues en efecto solían ser expresión de relaciones duraderas firmemente establecidas. Esas imágenes perviven en las cabezas lo que vivan las generaciones. No se implantan ni se extirpan por decreto. No quedan aniquiladas porque se concluya un tratado o se cuelgue un mapa nuevo en la pared de las escuelas. Así los ciudadanos de la segunda república polaca siguieron viviendo en contextos de experiencia austríacos, alemanes o rusos largo tiempo después de ser ciudadanos de la República tanto tiempo añorada y al fin renacida. Otro tanto acaeció a los ciudadanos del Estado soviético, que una vez fueran súbditos del Imperio ruso, y así acaece hoy a los ciudadanos de los Estados herederos de la URSS que una vez pertenecieron a un gran Estado sin fronteras. En las cabezas los mapas no se trazan de nuevo, se remodelan con el curso de la vida y se extinguen con ella. Así puede ser que el horizonte del mundo colonial en que aún crecieran los padres sólo se extinga definitivamente en los nietos[83].

Los mapas tienen su propio ritmo de decadencia y envejecimiento. Al respecto ha dicho Mark Monmonier que «el contenido informativo de un mapa es perecedero como la leche, de ahí que se recomiende ver la fecha antes de usarlos»[84]. Nos remiten así a una circunstancia de significación mucho más fundamental: nos las habemos ahí con la historicidad de las representaciones espaciales, a su vez simple «expresión» de la historicidad de los espacios en ellos representados. Condición que nos conduce a un aspecto central y dramático: que entendidos como documento histórico los mapas nos hablan del drama del surgimiento y desaparición de lugares, espacios e imágenes espaciales; que presentan siempre, y no sólo en los desenlaces dramáticos de viejas situaciones, tiempo contenido en planos, contornos y sombreados. No son sólo representaciones del presente, con mapas puede uno hacer visibles pasados. Y aun a veces son lo único a que puede asirse el ser humano arrollado por el tiempo vertiginoso. En ellos se pone a salvo y se fijan perfiles de otro modo extintos y olvidados.

Y con todo, los mapas no son sólo copia pasiva, impresión o expresión de un tiempo, sino construcción, proyecto y proyección en el futuro[85]. Dicen algo de poder, expansión, agresión y dominio, de apetitos, ambiciones y pasiones. Si quiere realmente convencer y arrastrar, todo gran proyecto, visión o esbozo de futuro es también espacial. Es inconcebible hablar del paraíso terrenal sin las fuentes y arroyos por que manan leche y miel. La promesa de un porvenir dichoso sin el lugar en que debe hacerse

realidad no es creíble sin una perspectiva de la *City Upon the Hill*. Quien quiere pintar visible el futuro no descuida situarlo en algún escenario concreto. Así, hay mapas de reinos de este mundo aún por surgir, de ciudades por erigir y de casas que serán más cómodas y hermosas que cuantas se haya construido nunca.

Siempre que un mundo llega a su fin y se inicia uno nuevo es tiempo de mapas. Tales épocas señalan el tránsito de un orden espacial a otro. En tiempos de sociedad y producción en masa eso se despliega ante los ojos de todos, y a la inversa: sin masas, sin publicidad, ya no funciona. Los medios de masas, tanto da periódico, mapa escolar o pantalla televisiva, se tornan en gran muro en que se proyectan las cambiantes imágenes del orden del mundo: puede ser la Europa de los grandes imperios y colonias, la marcha de los ejércitos en las guerras mundiales, la multicolor puesta en escena de Estados nacionales, el reparto del mundo en la Guerra Fría o también, hoy, los nudos que mantienen trabado el mundo global.

Los mapas son custodios de tiempos, pasados, presentes, futuros, depende. Por lo regular sólo lo advertimos cuando un tiempo llega a su fin, los mapas se quedan viejos, y los nuevos están por dibujar.

Qué indican los mapas
Conocimiento e interés

No hay nada, o casi nada, que no quepa representar y se represente en un mapa. Tenemos los habituales mapas de carreteras que nos indican cómo alcanzar B desde A, y mapas que hacen visibles viejos linderos de fincas. Se puede cartografiar distribución de rentas y frecuencia de infecciones o epidemias, probabilidad de terremotos y densidad de asesinatos. Hay mapas que consignan temperaturas de superficie y dirección de corrientes atmosféricas, tipos de vegetación y tasas de alfabetización. En mapas se discierne con facilidad los centros donde se condensa la mayor densidad de población y esas zonas blancas en que vagan perdidos puntos que representan mil habitantes. En mapas se muestra radiación nuclear en territorios, rutas de tráfico de armas o drogas, difusión de religiones a lo largo de siglos y disminución de esperanza de vida en determinadas regiones. Basta pulsar en sitios de la Red dedicados a atlas y mapas y seguir algunos de los enlaces indicados para comprobar que los títulos son miles y miles, desde atlas de guerra nuclear pasando por atlas universales del vino hasta atlas del ADN. En el catálogo de mapas se ofrece de todo. Esto indica dos cosas: primero, que todo cuanto sucede no sólo sucede en el tiempo sino también en el espacio, que todo tiene lugar, que los mapas son representaciones del mundo y podemos encontrarle alguna correspondencia espacial en forma de mapa a cualquier cosa, a la poesía dedicada al espacio como a los espacios dedicados a poesía, al crecimiento del ciberespacio como a la erradicación de la peste. Con mapas se pueden hacer visibles pasados, reproducir un presente y esbozar el futuro, esto es, una cartografía de estratos temporales, tanto de los «suprahistóricos» de que se ocupan Geografía y Geología como de épocas y sucesos con que se ocupa por lo general el historiador. Pero el uso extensivo de los términos «mapa», «atlas», «*map*» o «*chart*», que casi se dirían inflacionarios y aun se emplean por «obra de consulta, enciclopedia o antología», significa en segundo lugar que atlas y mapas han sido promovidos a metáfora de un modo de exposición a que se atribuye patentemente una aptitud particular para producir visibilidad y visión de conjunto[86].

No parece carente de perspectivas la idea de introducir algún orden y dirección en semejante abundancia. Significado primario y el terreno de origen del mapa es naturalmente el espacio geográfico: partes de la Tierra, océanos, países, montañas, ríos y ciudades. Nos pone a la vista la figura de la superficie terrestre, su conformación geológica, hidrológica, climática u orográfica. Podemos escoger plano: panorámico, del globo entero, o plano corto: planta de ciudades, disposición de una red viaria o linderos de parcelas.

El sentido traslaticio más cercano es la visión de conjunto de la figura política de la Tierra, esto es, la división en Estados y sistemas de gobierno, organizaciones políticas y alianzas, con sus fronteras, capitales y zonas de conflicto.

Se puede prolongar sin esfuerzo este esquema. Cabe conjeturar que a continuación seguiría la reproducción de distribuciones de pueblos y lenguas, grandes religiones y credos. Acaso también de formas de Estado y gobierno, de materias primas y principales ramas económicas, así como de rutas y vías de comunicación principales.

Es fluido ese paso del significado fundamental al traslaticio de mapas y atlas, de figurar espacio geográfico a plasmar otros aspectos de representación espacial, política, economía, cultura, lengua, etcétera. En lo fundamental, no hay límites impuestos al desarrollo de los llamados mapas temáticos. Si todo aspecto de la vida humana tiene dimensión espacial, y si el espacio se presenta como complejo de infinitos aspectos, entonces hay tantos mapas como aspectos de la vida humana. No hay nada que no se pueda espacializar: vías aéreas y rutas de la droga, campos de batalla y de concentración, formaciones tectónicas y difusión de la novela burguesa, centros del arte gótico y ciudades mayas crecidas de la jungla, la red de calzadas romanas y los barrios chinos de las grandes ciudades, el curso de una vida y campos de batalla, las alcantarillas de Londres y los pasillos aéreos a Berlín Oeste, las rutas escolares de los niños y el plan Schlieffen, paisajes de ensueño para turistas y topografía de la violencia. Es importante recordar esa plétora de mapas temáticos porque sólo en ellos se hace visible de verdad la capacidad del medio, su registro poco menos que inagotable de formas de representación compleja. Nos percatamos entonces de que esa cartografía que en las facultades se entiende y denomina habitualmente «ciencia auxiliar», y como tal ha de estar ante todo al servicio de las principales, es decir, la Historia, aún tiene por delante la tarea de desvincularse

y emanciparse conscientemente. Así como hay junto a una narrativa literaria una sociológica o antropológica, hay también una cartográfica. Hace mucho que llegó la hora de la disolución de relaciones jerárquicas entre disciplinas, de la asociación libre y nueva de cuantas tengan algo que decir. Condición para entrar en conversaciones es superar una idea de la Cartografía en que ésta no deja de tener alguna culpa, la de una disciplina a caballo entre Geografía y Matemática, o exclusivamente científico-natural, imagen que hace casi imposible contemplarla como medio de una «hermenéutica topográfica» (Nicolaus Sombart).

Como los mapas no tratan sólo de aquellos espacios en que viven seres humanos, sino también de otros que éstos han «hecho» o «admitido», hay muchas conexiones entre historiografía y cartografía, entre las retóricas de una y otra. Y aun puede hablarse de paralelismo, aunque resulte asombroso a primera vista. Tampoco puede ser de otro modo: los mapas tienen autor o autoría; están ligados a un lugar y un momento; presentan puntos de vista y ángulos de visión; no son valorativamente neutrales, están envueltos en problemas de objetividad, subjetividad y partidismo justamente como las ciencias históricas; son producciones científicas e ideológicas; los cartógrafos han de plantearse forzosamente importancia y pertinencia de su quehacer no menos que quienes cuentan o escriben una historia; la cartografía participa del complejo ideológico, del poder; en suma, es producto histórico que ha de rendir cuentas de su actividad, alcance y efectos no menos que cualquier otra disciplina de las ciencias humanas.

Los mapas tienen autor, individual o colectivo. Tienen una caligrafía específica, y no es azar que las grandes innovaciones en la representación cartográfica del mundo estén asociadas a los nombres de grandes cartógrafos. Algo que vale de Claudio Ptolomeo, el bibliotecario de Alejandría en el siglo II antes de Cristo, o de su gran predecesor Eratóstenes, tanto como de Abraham Cresques y Gerardus Mercator en los siglos XV y XVII. Sus nombres no sólo aparecen en el contexto de una cartografía estrechamente entendida, son rúbricas de revoluciones en la imagen del mundo, de rupturas cargadas de consecuencias en el desarrollo de las imágenes que los seres humanos se han hecho del mundo, de la posición de la Tierra en el Cosmos, de Europa respecto a otros continentes, etcétera. Sus mapas o los que se les atribuyen han llegado a ser textos fundamentales de la civilización occidental.

Con todo, no existe la Cartografía, sino muchas cartografías que se han desarrollado independientemente: los mapas de los isleños del Pacífico,

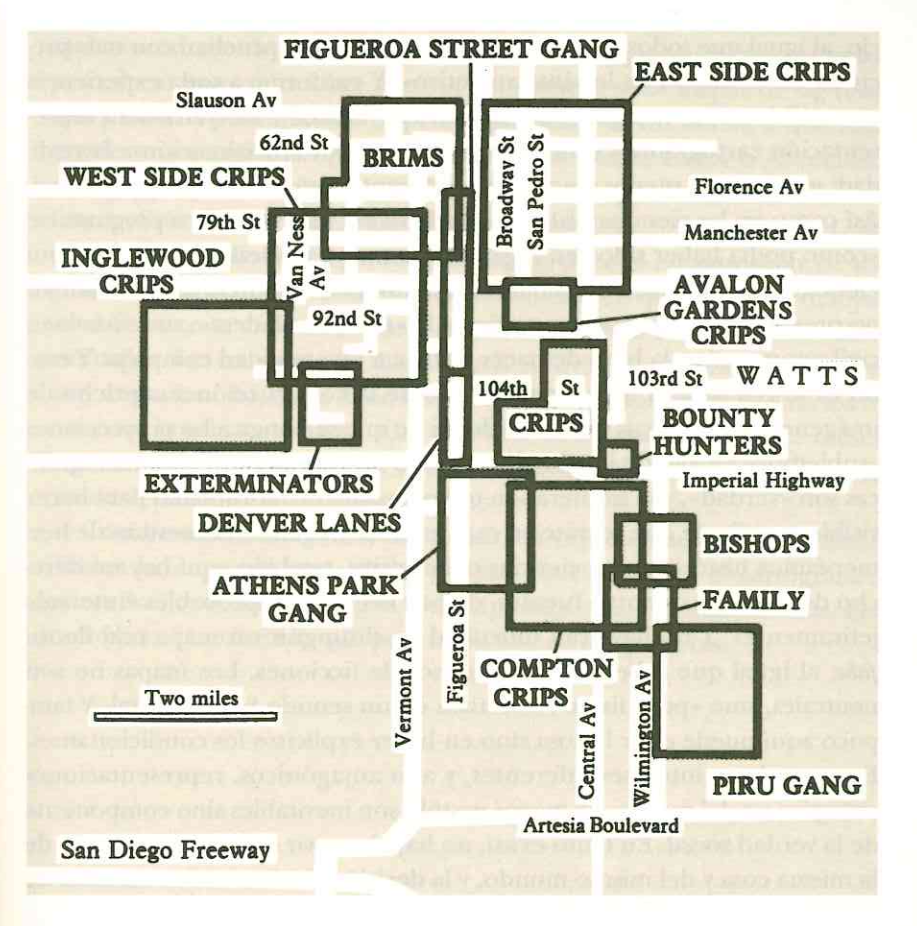
los célebres mapas tejidos de los habitantes de las Marshall, que permiten orientarse en la mar; los grandiosos mapas de las antiguas culturas americanas que se encontraron Colón y Cortés; los mapas de los esquimales, o los de las primeras dinastías chinas con su increíble precisión en los detalles y sus refinadísimos métodos proyectivos. No hay más criterios para identificar la autoría de obras cartográficas que para cualquier otro «documento» histórico.

Los mapas están ligados a un lugar y un tiempo, no se ciernen en un abstracto espacio vacío, se hallan en determinado contexto histórico y cultural. Identificar mapas, asignarles persona y fecha, no sólo se cuenta entre los deportes intelectuales más excitantes, es también un paso analítico inexcusable para interpretar y ordenar esos «documentos» exhaustivamente y con sentido. De los conocimientos e intereses introducidos en los mapas vale decir que no son intemporales ni supratemporales, sino que están constituidos históricamente; algo que no reduce el valor de sus afirmaciones, antes bien nos proporciona la clave para desplegar el entero registro interpretativo y analítico. Cada mapa tiene su tiempo y su lugar, su ángulo de visión, su perspectiva, y leídos correctamente nos proporcionan una clave para ver o entender no sólo el mundo figurado sino también orientación y propósitos de quienes se hicieron tal imagen del mundo. Así, una historia de la representación espacial, de la cartografía, siempre lo es también de su proceso de constitución. Así se hace transparente no sólo la historia de la Cartografía, sino la de sus condiciones históricas de posibilidad, la de un progreso pagado a menudo con retrocesos en otros aspectos.

Desde los comienzos de la Cartografía hasta hoy la inteligencia humana ha dejado atrás un camino impresionante y gigantesco en la figuración y representación del mundo espacial ¡Qué aumento en conocimiento del mundo no habrá entre el plano detallado de un jardín o una mina nubia como los encontrados en Egipto, o entre los mapas acadios que en torno al 2300 a. C. muestran el nacimiento del Éufrates en las montañas armenias y la ciudad de Babilonia, y las mediciones por satélite de la superficie terrestre en que puede identificarse hasta una sombra cualquiera proyectada sobre ella! ¡Qué progreso descomunal desde esas conjeturas audaces en los mapas de Ptolomeo sobre la existencia en el otro extremo del mundo de una India y una India Ulterior, o sobre el Japón, y la precisión con que hoy se capta hasta el último atolón del Pacífico! Y no menos asombroso que tal progreso y crecimiento de saber es la evolución de las imágenes del

mundo depositadas en los mapas: mapas para el viaje al más allá en el antiguo Egipto; mapas de Tierra Santa con Jerusalén en el centro del mundo; mapas con la Europa de los peregrinos en que los lugares más importantes son Roma, Jerusalén y Santiago de Compostela; el mundo medido en la red cartesiana de la Ilustración; el mundo visto desde las alturas de la civilización occidental que se dispone a enviar misiones al resto del mundo; el mundo como *one world* de corrientes migratorias o financieras, «planeta azul» en víspera de catástrofes globales. Hay tantas imágenes del mundo como épocas, y tantas de mapas como del mundo: el camino parece llevar de cosmogonías míticas a cosmologías cada vez más susceptibles de prueba y verificación empírica, y al cabo llevan a descubrir tanto el espacio abstracto como el histórico humano, empíricamente mensurable.

El único mundo también cambia de aspecto en los mapas que de él se hacen según el ángulo de visión y la posición desde la que se mira. La Standard Oil tiene de la superficie terrestre otra imagen que los meteorólogos. A los satélites del Pentágono les interesan otros detalles que a los *teams* de arqueólogos que organizan sus excavaciones en Crimea. Esos grupos de fugitivos afganos que quisieran alcanzar Europa necesitan otros mapas de Asia que los aviadictos de la Aldea Global que pasan volando por encima. Un mismo barrio se ve de distinto modo desde la perspectiva de la Madre Teresa que desde el mercado inmobiliario. Los mapas del pensamiento humano se basan en otras mediciones que las cartas marinas de acceso a los puertos de Rotterdam o Sidney. Hay mapas en que figuran los monumentos dignos de verse y otros en que aparecen consignados los *shopping malls*. Algunos mapas hacen visible lo invisible, cementerios abandonados, templos apartados, aldeas perdidas. Otros advierten de fronteras que no debemos transgredir. Algunos escogen un plano largo, una escala grande, y hacen así invisible aquello que uno sólo puede ver si se mantiene en plano corto, a pequeña escala. Quien se decide por dar realce y señalar a lo uno también se decide por no dárselo ni señalar a lo otro. Las imágenes de los mapas descansan sobre decisiones, prejuicios, elección. Todas las cuestiones clásicas de las ciencias históricas se plantean también a la representación cartográfica, a la narrativa cartográfica. Alzar mapas, *mapping* en su sentido más amplio y por tanto también en el figurado, está incluido en el discurso cartográfico-espacial. Qué sea lo tratado ahí, cómo se hace presente el espacio, se descubre con un análisis penetrante que dé voz a los intereses históricos, técnicos y de oficio, y a cuantos puedan caber



***Street-gangs* y sus territorios en Los Ángeles, 1972.**

«El único mundo también cambia de aspecto en los mapas que de él se hacen según el ángulo de visión y la posición desde la que se mira.»

en un discurso. Tomarán la palabra entonces lo subjetivo, lo individual, lo que entra a título de constituyente en tales imágenes de mapas y del espacio, al igual que todos esos límites que se discuten y prueban con más precisión en el campo de lo «intersubjetivo». Y conforme a toda experiencia un análisis así no va a parar en discutir «la verdad» o la «verdadera representación cartográfica» sino una mayor o menor aproximación a la realidad; una postura menos esencialista, por tanto, y más descriptiva y gradual. Así como en las ciencias históricas pudiera ser más fructífero preguntarse «cómo podía haber sido» en lugar de «cómo ha sido en verdad» (Helmut Fleischer), así también en la narrativa cartográfica pudiera llevar más lejos no preguntarse qué representación es la «real y verdadera», sino más bien cuál aporta más a la hora de hacer justicia a una realidad compleja. Y esto no es ni por asomo un alegato en pro de la construcción a capricho de imágenes cartográficas y del mundo, ni de que se ponga a las proyecciones «subjetivas» en pie de igualdad. No todas las representaciones cartográficas son «verdad», y ni siquiera son todas igualmente apropiadas para hacer visible aquello de que se trate en cada caso. Como en toda cuestión de hermenéutica histórica o en ciencias del espíritu, también aquí hay un derecho de veto que ostentan fuentes, datos y hechos comprobables «intersubjetivamente». Y no hay gran dificultad en distinguir un mapa real de un *fake*, al igual que cabe discernir hechos de ficciones. Los mapas no son neutrales, sino «partidistas», selectivos en un sentido fundamental. Y tampoco aquí puede estar la cosa sino en hacer explícitos los condicionantes. En tanto haya intereses diferentes, y aun antagónicos, representaciones antagónicas del mundo en mapas no sólo son inevitables sino componente de la verdad social. En tanto es así, no hay sino vivir con muchos mapas de la misma cosa y del mismo mundo, y la decisión final se vuelve cuestión de puntos de vista e interés de cada cual, como también quizás de temperamento o gusto individual. Por ser uno de los medios de visualización del mundo con mayor penetración, los mapas desempeñan papel destacado en la lucha por la hegemonía cultural e intelectual. Eso no significa que tengan que hacerlo en forma explícita o como propaganda manifiesta, antes al contrario, registro y caligrafía de los cartógrafos son tan amplios y variados como los del carácter humano: van de lo apremiante e importuno a lo contenido y reservado, de lo neutral y discreto al alarde jactancioso, de lo calmado a lo aterrador. Sólo hay que ojear mapas alguna vez: los de aerolíneas, que sugieren al pasajero que puede alcanzar cualquier punto

de la tierra precisamente con esa compañía; los de la antigua URSS, que coloreada de rojo chillón y a título de «un sexto de la Tierra» parece menos «reducto de la Revolución» que amenaza que se cierne con todo el peso de su extensión sobre el resto del mundo; o los mapas de *big companies* y bancos para quienes la presencia global es un hecho a que nadie puede ya sustraerse en parte alguna, sea en Tokio, Lagos o Asunción; o esas imágenes del Kremlin y la Plaza Roja, que para la generación de la Guerra Fría serán por siempre lugares de desfiles y cohetes. Y luego están esos mapas que flotan suspensos por encima de todo antagonismo, de toda dualidad política o de visiones del mundo, esos en que nada hay dibujado salvo finos contornos de costas y el sombreado aun más tenue de valles y montañas. Las imágenes de mapas pueden invitar pero también amedrentar y angustiar. Así, no se debe hablar sólo de la responsabilidad de los físicos y sus bombas atómicas, sino también de los cartógrafos que indican dónde hacerlas explotar; de la ruta de escape que señalen o silencien puede depender todo en un caso serio.

Como textos o imágenes, los mapas son representaciones de realidad. Hablan la lengua de sus autores y callan aquello de que el cartógrafo no quiere hablar o no sabe cómo. Un mapa dice más que mil palabras. Pero también calla más de lo que podría decirse en mil palabras.

Lenguaje de mapa, lenguas de los mapas

¿Cómo hacer hablar a los mapas? Como señala Derek Gregory, los modelos geográficos y cartográficos son «*pictures of the world*», que significa a la vez algo menos y acaso algo más que la expresión alemana «*Weltbild*»[87]. La situación clásica de dar voz a mapas mudos es familiar a cualquiera, de los pupitres de la escuela o el aula de conferencias y también de la televisión: interpretar superficies, líneas, signos y símbolos. Un contemporáneo del gran geógrafo Carl Ritter, quien siempre fue enemigo de «dar a mirar mapas sin vida»[88], describe muy gráficamente esa situación de hacerse presente el mundo mediante mapas: «En otra de las aulas da clase magistral en un cuidado lenguaje un caballero de gran estatura y pulidos gestos, de rostro enérgico y frente despejada. Ese hombre ha inventado la Geografía. Es Carl Ritter. Hasta él consistía en saber listas de nombres; merced a él se ha tornado en ciencia, y acaso en la más interesante del mundo. Entre sus manos la Tierra ha cobrado vida espiritual multiplicada. El árbol habla, la hoja enseña, y piedras, extrañas bestias, mares y pueblos extraños despiertan pensamientos y ayudan a la investigación».

«Cualquiera que pase al dar las doce por la plaza de la Ópera puede ver a ese hombre alto en su frac negro camino a la universidad. Ritter infunde vida a la Tierra ante su auditorio de tan interesante manera como no fue capaz el idealismo en sus mayores derroches. La maneja en la tarima como una ligera pelota. Con un trozo de tiza esboza en la pizarra en cuatro trazos característicos algún remoto paisaje mientras no deja de citar fuentes de las literaturas más antiguas o recientes, a hindúes, griegos o ingleses. Uno oye pasar guerras y migraciones que aquí animan el paisaje, ve rondar a los animales de esas comarcas, aparecen los humanos con sus peculiaridades, astros, niebla y vientos dejan su marca en el paisaje, todo un mundo de color, vivo, matizado de luces y de sombras ha nacido de nuevo en un cuarto de hora. Pasa la esponja, el camino sigue, una nueva parte de la Tierra desfila ante nuestros ojos»[89].

Carl Ritter es aquí actor en sentido amplio: dibuja, lee, pasea de un lado a otro, gesticula, interpreta, en pocas palabras, recurre a todos los modos expresivos y todos los «medios de comunicación» a disposición de un hombre culto para hacer presente el mundo ante un auditorio. Él es quien lee, interpreta, dinamiza los mapas, todo en él parece pendiente de que el mapa rompa a hablar. Pero ¿cómo se plantea el lenguaje del mapa mismo?

Cada objeto tiene el suyo: lenguaje de la economía, de la arquitectura o de las artes plásticas. El mapa habla de espacio, y como hay muchos, geográfico, político, cultural, vale asimismo partir de muchos lenguajes o idiomas de mapa. El problema fundamental de la cartografía radica como es sabido en figurar relaciones espaciales, tridimensionales por tanto, en una superficie, en dos dimensiones. Proceso fundamental e impresionante tras el que puede imaginarse sin dificultad cuánto desarrollo de la humanidad y cuánta capacidad de abstracción se esconden. Con el lenguaje cartográfico se logra nada menos que figurar la dimensión espacial del mundo. Donde figurar simultaneidad es propiedad y logro fundamental, sin que tampoco quepa otra cosa que figurar simultáneamente, esto es, todo cuanto en un momento dado puede captar una mirada y se encuentra en un punto, lugar o espacio. Esa cualidad fundamental de la representación cartográfica tiene una limitación cualitativa: es estática, no puede dar figura a ninguna secuencia ni relación temporal, a lo sumo insinuarla o simbolizarla.

La historia de la representación cartográfica gira en torno a desarrollar reglas fundamentales de representación y manejarse con sus límites. Cierto que quedan lejos los tiempos de una figuración esquemática y casi petrificada desde que el desarrollo de nuevos medios ha puesto a los mapas en movimiento. «Los sistemas multimedia no sólo superan a la presentación estática y permiten figurar de modo visible e informativo fenómenos dinámicos como guerras o investigaciones científicas, también favorecen la integración de mapas, diagramas, imágenes, texto y sonido en un producto multimedia de muchos estratos»[90]. Los sistemas de información geográfica (GIS) han influido fuertemente en el desarrollo de los mapas y retroactivamente sobre los tradicionales mapas en papel. A esos mapas interactivos se les puede preguntar prácticamente por todo, tasas de nacimiento, cifras de mortalidad, tasas de divorcio, grado de educación, etc., algo que nunca habría podido lograr la rotulación de mapas al estilo clásico. Y no obstante subsisten coerciones inherentes a la «lógica gráfica»

que no pueden despreciarse impunemente. En el lenguaje en que se entienden y hacen entender los cartógrafos rige lo que en el lenguaje en general, que sigue reglas de gramática, retórica o semántica. Comoquiera que hablen, serenos y juiciosos o agresivos y difamatorios en exageraciones propagandísticas, algo les resulta tan imposible como a sus colegas historiadores, moverse allende las reglas de «sintaxis» y «gramática» cartográficas.

El lenguaje de la cartografía comparte con los de otras profesiones dichas y quebrantos[91]. Se trata de lenguaje de personas, autores, personalidades, que pueden ser también muy a menudo autores colectivos. Hablan el lenguaje de la época. Tienen su caligrafía o su «toque» personal. Algunos autores lo ponen todo en la claridad, y a menudo pueden aburrir; otros, en exagerar y surtir efecto. Como en todas partes, hay grandes simplificadores y hay detallistas que de tanto árbol ya no ven el bosque. Los mapas tienen sus «glosarios». Los idiomas de los mapas hay que aprenderlos. Pues hay también un analfabetismo cartográfico que por lo general pasa inadvertido y sin consecuencias. Los mapas son selectivos y partidistas. Y, como con otros textos, puede hacerse con ellos de todo, o casi todo; por ejemplo sacarlos de contexto y así manipularlos. Siguen un código definido y juegan con una semántica definida. Como toda obra humana son construcciones ideológicas y productos históricos. Siguen sus propias iconografías: «El mapa es un supersigno sumamente complejo»[92]. Hay atlas propagandísticos y polémicos, y otros a los que se puede llamar objetivos porque satisfacen las reglas de crítica de fuentes, lógica y univocidad. Los hay cuidadosamente dibujados y chapuceros con defectos indignantes. Hay mapas que siguen una tendencia política, «tendenciosos» que toman partido, «comprometidos», es decir, con las mismas sombras que abundan por igual a diestro y siniestro en la historiografía. Ni siquiera los mapas puramente territoriales están «libres de valores», y hasta la coloración contiene afirmaciones que precisarían comentario.

Sintaxis, gramática y vocabulario de la Cartografía. «Los mapas tienen tres componentes fundamentales: escala, proyección y signos convencionales», escribe Mark Monmonier en su investigación crítica de la cartografía *How to Lie With Maps*[93]. La escala designa la relación entre distancia real y figurada, 1:100, 1:1.000, 1:10.000, etc.; es decir, que un centímetro del mapa corresponde a un kilómetro en la realidad. Sólo la utilización de la escala permite la figuración, pues todo lo demás iría a dar en una copia 1:1, así

pues, en replicar el mundo, lo que a veces también han propuesto teóricos radicales. Esto tiene implicaciones significativas. «En una proyección cartográfica no puede haber nada parecido a una "figura correcta", aunque sólo fuera porque los mapas tienen "cortes" en los bordes»[94]. Las proyecciones figuran «la superficie terrestre, curva y tridimensional, en un plano bidimensional, de ahí que puedan deformar considerablemente la escala. Mientras el globo puede considerarse modelo sin deformación en que la escala es constante en todo punto y dirección, en los mapas planos se estiran algunas distancias y se encogen otras, de modo que la escala puede variar de lugar a lugar y a menudo incluso en direcciones distintas»[95]. «Para cada plano de proyección puede escoger el cartógrafo entre gran cantidad de tramas o retículas, cada una con sus correspondientes rasgos proyectivos totalmente definidos. Algunas proyecciones son [aplicaciones] equivalentes y permiten al cartógrafo mantener correctamente las proporciones en superficies. De tal modo, si Suramérica es en la superficie terrestre ocho veces mayor que Groenlandia en una proyección de ese tipo aparecerá asimismo ocho veces mayor». Pero sigue siendo decisivo que «ningún mapa plano, bidimensional, puede figurar simultáneamente sin deformación de superficie, ángulos, contornos, distancias y direcciones»[96]. «Las proyecciones deforman cinco relaciones geográficas: superficie, ángulo, forma, distancia y dirección. Así hay por ejemplo proyecciones que son localmente conformes, fieles a los ángulos pero no a las superficies, y otras que a las superficies, pero no a los ángulos. Toda proyección distorsiona considerablemente la forma de grandes estructuras espaciales»[97]. Así, los mapas [en coordenadas] rectangulares le quitan al mundo sus arrugas: «Hacen que cada grado en longitud y latitud aparezca recto y no curvo, y dan al globo la engañosa apariencia de ángulos rectos y bordes claramente marcados»[98].

En el curso de los siglos se ha probado toda una serie de proyecciones, entre las que se impuso en lo fundamental la desarrollada en el año 1569 por el flamenco Gerhard Kremer, llamado Mercator (1512-1594), que contemplaba el mundo como cilindro de suerte que los grados de longitud se sucedían paralelos en lugar de converger en los polos. Así, las zonas polares pasaban a abarcar tanto como las ecuatoriales, y masas terrestres más moderadas crecían a costa de las tropicales. En torno a esa proyección hubo luchas en que estaban envueltas visiones del mundo, y así, en clara contraposición con ella, se plantea el mapa del marxista Peters, que repro-

duce las masas reales de tierra, con el resultado de que aumenta significativamente la superficie del «Tercer mundo», donde se incluyen África, Asia y Suramérica. La figuración cartográfica exige ciertamente un compromiso, pues «conformidad y equivalencia, fidelidad a los ángulos y a la superficie se excluyen mutuamente»[99].

Tercer elemento son los símbolos gráficos. «Los símbolos gráficos hacen visibles en el mapa puntos de referencia escogidos, lugares y otras informaciones espaciales; con escala y proyección constituyen el tercer componente fundamental de los mapas. Al describir y diferenciar lugares y otros puntos sirven a modo de código gráfico para introducir y recuperar datos en un sistema geográfico de referencia bidimensional.» Por lo regular esos signos son puntos, líneas y superficies; casi siempre, puntos por localidades o sitios de interés, líneas, por ríos o calles, y superficies, por áreas de ciudades, parques o territorios de un Estado. Los signos deben ser unívocos, esclarecedores y fácilmente reconocibles. «Para interpretar diferencias geográficas los mapas necesitan signos contrastantes», que varían en tamaño, forma, color, matiz, luminosidad, saturación o densidad[100]. Con puntos se pueden fijar densidades, con flechas o similares, indicar direcciones. Pero de ese «lenguaje de signos» también forman parte abreviaturas, nombres propios o coloración.

Tras el desarrollo de cada una de esas formas de representación espacial, esto es, de escala, proyección y símbolos cartográficos, hay una historia larga y fascinante del ingenio humano. Toda historia de la cartografía es también genealogía del lenguaje cartográfico[101].

Generalización cartográfica, narrativa cartográfica. «Los mapas son representaciones selectivas de realidad, y han de serlo forzosamente»[102]. Un mapa que represente todo no representa nada y es una insensatez, no sería sino caos y confusión. Los mapas sólo llegan a enunciar algo dando realce a esto y desechando aquello. «Para garantizar legibilidad a los mapas son forzosas simplificaciones geométricas, pues a menudo los símbolos requieren en el mapa más espacio del que por escala les corresponde»[103]. Calles, ríos o fronteras no se incorporan al mapa a 1:1 sino reducidos, simplificados; ello significa que se suprimen ciertas cosas como aceras, casas o pasarelas, mientras se incorporan otras que en la realidad no existen en forma corpórea o no necesariamente, pongamos una frontera de país, Estado o lengua. Monmonier dice provocadora y atinadamente: «Un buen mapa

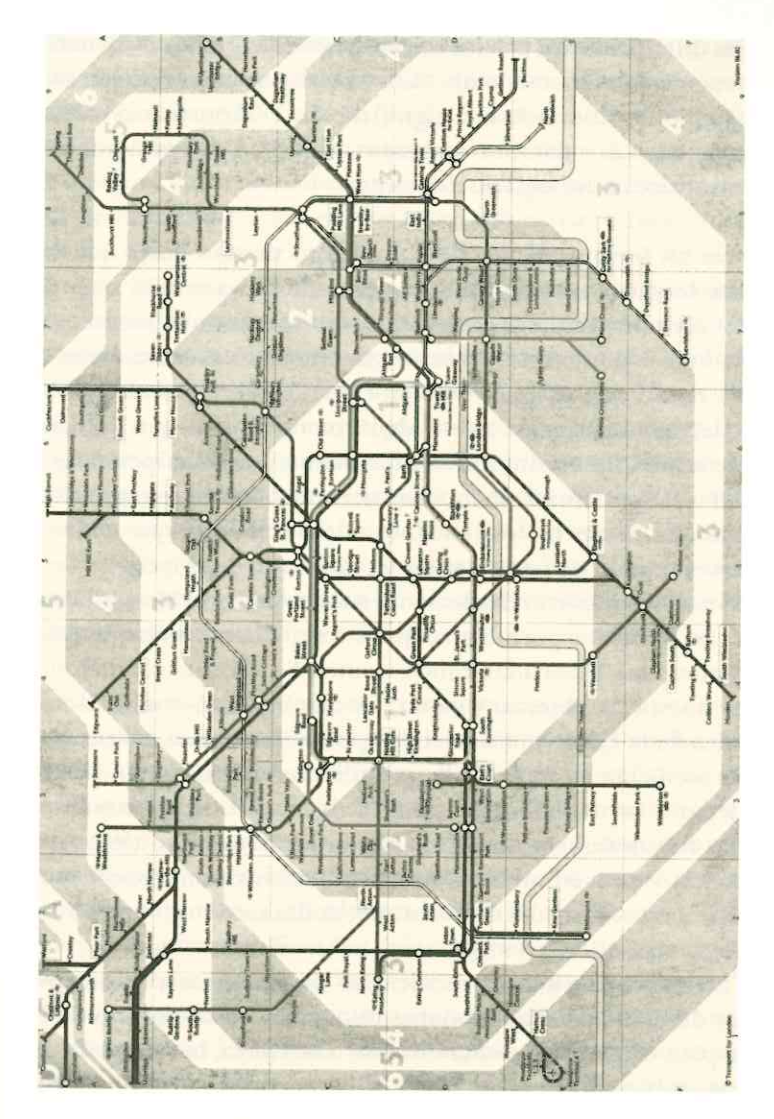
adorna o silencia la verdad para ponerle fácil al usuario reconocer lo más importante. La realidad tridimensional es mucho más compleja y rica en detalles, demasiado para poderse figurar completa sin que se pierda la visión de conjunto en un modelo gráfico bidimensional y a escala fiel. Un mapa que no se propusiera ninguna generalización (simplificación) sería incluso totalmente inútil»[104]. Por tal razón resulta inadecuada para trazar mapas «la reproducción más precisa» de todas, la fotográfica: contiene demasiadas respuestas a preguntas que no se plantean. Jeremy Black dice: «Los mapas generalizan, abstraen, exageran, simplifican y clasifican, y cada una de esas operaciones conduce a errores específicos. No sólo la verdad es más compleja, también lo es el hecho mismo de la complejidad. El defecto capital de un mapa, transmitir inexactitudes, es grave por razones tanto analíticas como pedagógicas»[105].

Cinco formas distintas de generalización son cuestión específica en cartografía: escoger, simplificar, desechar, igualar y tipificar. En todas ellas la cuestión gira en torno a reducir la plétora de detalles, graduar, hacer visible, estilizar, simplificar. De un meandro resulta un trazo curvo; de una carretera llena de curvas, una raya; de una yuxtaposición de líneas que se entrecruzan, carretera, tren y río, una yuxtaposición ordenada. De muchos puntos en un trayecto lleno de curvas sale una relación sencilla, casi una línea ortodrómica entre A y B. No cabe sino escoger, establecer prioridades, y correspondientemente desechar, resumir, reducir. Aun mapas que cumplen la norma deforman inevitablemente. Los mapas muestran distancias planimétricas, esto es, en horizontal. No se contemplan diferencias de altura. De ahí que el mapa planimétrico ofrezca entre dos puntos a diferente altitud una distancia inferior no sólo a la verdadera distancia por tierra, sino incluso a la distancia tridimensional de las ortodrómicas. «La distancia planimétrica entre A y B no sólo es más corta que la distancia por tierra entre A y B, sino aun más corta que la correspondiente distancia por las líneas ortodrómicas. Los mapas planimétricos deforman las relaciones naturales de distancia al proyectar todos los puntos del terreno sobre una superficie horizontal»[106].

Mapas que hayan de ser utilizables se ven forzosamente remitidos a generalizar, esquematizar, estilizar. Se las han de arreglar con un mínimo de texto aclaratorio. Deben decir a primera vista aquello de que se trate, pues se precisa mucho tiempo para leer rótulos. Sirven a una finalidad, orientarse, y organizan la imagen del mapa conforme a la necesidad espe-

cífica. Los planos del Metro no deben mostrar cuanto se halla en las inmediaciones de las estaciones. Aquí la cosa ni siquiera está en indicar distancias, sino posición relativa, red de enlaces, vecindad y accesibilidad. El plano del Metro vive precisamente de desechar por sistema la «geografía real». Coloca en lugar central la geografía del movimiento de avance efectivo. «Justo por renunciar a la exactitud geométrica los mapas esquemáticos toman en cuenta particularmente bien la necesidad fundamental del usuario: orientarse. Con su ayuda puede uno contestarse sin problemas preguntas como "¿dónde me encuentro en la red de transporte, dónde, mi destino, dónde me tengo que bajar, y en qué línea, cómo se llaman las cabeceras de línea, y cuántas estaciones tienen que pasar para bajarme?". La forma está subordinada a la función, y un mapa "preciso" en el sentido corriente no sería tan adecuado»[107]. Ejemplo clásico de ese rasgo fundamental del trabajo cartográfico es el mapa del Metro de Londres. Hasta 1931 había mapas que daban exactamente las distancias con numerosos detalles complementarios. Resultaba una fuente de confusión. El diseñador del nuevo plano del Metro, Henry Beck, comprendió el primero que a los millones de pasajeros que usaban a diario el *subway* londinense nada les iba en una representación exacta de los perfiles de la ciudad, tan sólo en la rapidez con que pudieran alcanzar su destino. Los suburbios fueron así «acercados» a la ciudad de modo que súbitamente ya no estaban fuera de Londres, se habían convertido en parte de la circulación londinense. Así, en cierto modo el plano se convirtió en invitación a la ciudad en lugar de testimonio de distanciamiento y resignación ante lo gigantesco del *Great London*. Estaciones, trazados de líneas, tipografía, colores, todo debía ser tan visible a primera vista que uno pudiera verlo al pasar. Si bien ese plano es casi caricatura de la topografía urbana «real», o precisamente por serlo, sigue intacto hasta hoy, y se convirtió en modelo de todos los planos de Metro que le siguieron. Es un mapa estilizado y esquemático que a la vez sigue los principios cartográficos de un modo casi ideal.

Como ya se ha apuntado, en la configuración de mapas no sólo es fundamental la generalización geométrica, sino ante todo la temática o de contenido. La cuestión es «qué debe indicarse», con lo que también queda dicho casi siempre qué no será indicado. Algo tan inevitable como que el historiador se decida por una línea principal y descuide las demás a la hora de redactar una exposición histórica; o que un sociólogo o etnólogo se decida por centrar su investigación en esto, y así, contra aquello otro.



***Tube map*. Plano general de la red del Metro de Londres.**

«El plano del Metro vive precisamente de desechar por sistema la "geografía real".»

Donde la única cuestión pertinente es si los concernidos lo tienen claro y rinden cuentas al respecto, o no. «Los mapas generales reflejan casi siempre un juicio de valor sobre la significación e importancia cartográfica relativa de marcas y detalles representables»[108]. Por consiguiente, cada mapa introduce en un espacio diferente.

Génesis del lenguaje. Hubo de pasar largo tiempo hasta que estuvo a punto ese lenguaje de los mapas que entretanto ha venido a ser de comprensión común y más o menos unificado internacionalmente. En él ha cristalizado la experiencia de muchas generaciones. Generaciones de mercaderes y comerciantes que resumían experiencias y observaciones de sus viajes y dejaban constancia así de algún modo, con lo que ponían la primera piedra del itinerario, forma fundamental de descripción de viajes y topografías. Experiencias de muchas generaciones de peregrinos, los del helenismo, los islámicos, los cristianos o los hinduistas, que midieron con sus pasos el mundo de parte a parte y redactaron descripciones de sus viajes. Los marinos trazaron desde comienzos de la Edad Moderna cartas de marear, los llamados portulanos, que consignaban puntos de referencia importantes, islas, ensenadas, cabos, vientos. Se necesitaban métodos enteramente nuevos de observar y medir, los que hicieron posible la medición sistemática de la Tierra iniciada en la época renacentista e ilustrada, a partir de la medición de Francia emprendida en el siglo XVIII por Cassini, hasta llegar a la medición topográfica del entero subcontinente indio: para ello fue necesario desarrollar el entero conjunto de aparatos de observación y procedimientos e instrumentos de medición junto con observaciones continuadas de la naturaleza durante largo tiempo (brújula, astrolabio, teodolito, triangulación, plomada, cronómetro, y muchos otros). Lo uno lleva a lo otro: mediciones barométricas, puesta a punto de registros de fauna y flora, de mapas catastrales, sacar partido de la mongolfiera para echar una mirada distante a la Tierra, la fotografía por satélite. Tras cada emblema que hoy nos parece obvio y canónico hay una larga historia de experiencia, estilización y pruebas: así por ejemplo la introducción de contornos para formas del terreno, el sombreado para indicar diferencias de altura, el entero espectro de elaborados matices que se fueron ofreciendo con las diferentes técnicas, calcografía, punta fría o litografía, y que desde la invención de la imprenta se pudieron precisar y mantener. El desarrollo del lenguaje cartográfico es en sentido literal obra

de muchas culturas y círculos culturales que, separados por grandes distancias temporales o geográficas, habían desarrollado sus propios idiomas e imaginerías cartográficos y sus propios sistemas de navegación –los mayas, el Imperio del Centro, los esquimales, el Islam, el mundo helénico-judío-cristiano–, y aun así habían estado en contacto e influido unos en otros merced a múltiples procesos de intercambio. La revolución cartográfica en la Europa del Renacimiento no hubiera sido posible sin el redescubrimiento de Ptolomeo vía Bizancio; el conocimiento del mundo asiático se hubiera visto radicalmente restringido sin la experiencia de los marinos árabes; como la transmisión de la brújula y diversos procedimientos de medición probados en China que llegaron a Europa con Marco Polo, son los ejemplos más conocidos de transferencia de «saber cartográfico». Acontecimientos como la unificación del tiempo y el acuerdo sobre el Meridiano Cero en la conferencia internacional de 1884 en Washington DC, así como la unificación del sistema de medidas o la resolución de 1891 de establecer como obra del siglo un «*International Map of the World*» fueron sólo conclusión provisional de un proceso de formación de un lenguaje cartográfico global del que hoy nos servimos como de algo obvio.

Qué callan los mapas. Los mapas físicos parecen hallarse por encima de toda duda y más allá de todo matiz o valoración ideológicos. En cualquier caso, estos últimos parecen tenerlo más difícil que en mapas que figuren Estados o procesos políticos o económicos. Aquéllos muestran diferencias de altitud, valles, montañas medianas, montañas altas, marismas, depresiones, pantanos o pólderes. Pero incluso tales mapas «puramente naturales» son ya paisajes culturales que incluyen sistemas de desecación o control de aguas, diques y similares. Si se hace desaparecer del paisaje ese carácter antropógeno, o en todo caso influido por seres humanos, surge un cuadro bien distinto. El siglo XX fue durante grandes tramos un siglo muy determinista, y una de sus ideologías fue la naturalización de procesos y desarrollos sociales. Dar realce a crestas, desfiladeros o estrechos es recurso que celebró precisamente su jubilosa resurrección en la ideología de las «fronteras naturales» con que se llevaron adelante o se rechazaron no pocas pretensiones territoriales. De ahí que aun los mapas «naturales», es decir, físicos o geológicos, se merezcan una mirada crítica[109].

Los mapas turísticos, otro caso de mapas inocentes y apolíticos, muestran con qué rapidez se alcanza la costa o la montaña, dónde está la salida

más próxima a un hotel o motel. Michelín, Shell, Esso, que producen sus propios mapas y atlas no poco influyentes, muestran un territorio de velocidad y cómodos caminos con sus correspondientes áreas de servicio hacia lugares dignos de visitarse. Incluso las más simples imágenes de mapa tienen gran poder: implantan en las cabezas imágenes de qué es central y qué periférico, y establecen jerarquías, aun cuando sean casi siempre inocuas.

La «naturaleza pura» siempre se ha convertido en ideología militante o poco menos allá donde se inspeccionaban y cartografiaban territorios recién descubiertos, franqueados y sometidos. Continentes enteros, como Norteamérica en los siglos XVI y XVII o el África negra en el XIX, aparecen «vírgenes», «despoblados», como «tabula rasa». Los mapas infantiles y escolares de finales de la época colonial estaban poblados de elefantes, leones, antílopes y chimpancés; humanos, raramente. En esos mapas el espacio extraeuroepo sólo llega a aparecer propiamente en tanto en cuanto esté siendo colonizado y poblado por blancos. Son las ciudades y bases de apoyo por ellos fundadas las que se consignan, no las que ya hubiera; es a ríos y maravillas naturales a lo que se da nombre. El idioma del mapa es ahí el del cartógrafo en un sentido totalmente explícito: es el silenciamiento de un mapa previo que se borra. Y es dramático y excitante seguir el nuevo trazado de los mapas tras el fin del dominio colonial y su cartografía. El mero hecho de que los mapas del mundo se hayan mantenido por regla general en inglés, y en inglés consignen nombres de ciudades y países, ya podría bastar a insinuar silenciamiento, uno de que han hecho tema Geografía y Cartografía poscoloniales, y así, que se oyera hablar de ello. Quizás la experiencia más importante sea entonces ésta: que no hay tal cosa como «el lenguaje de los mapas», sino muchos y diversos. También en Cartografía tiene el mundo muchas caras, conque por fuerza ha de hablar en muchas lenguas si quiere hacerse entender.

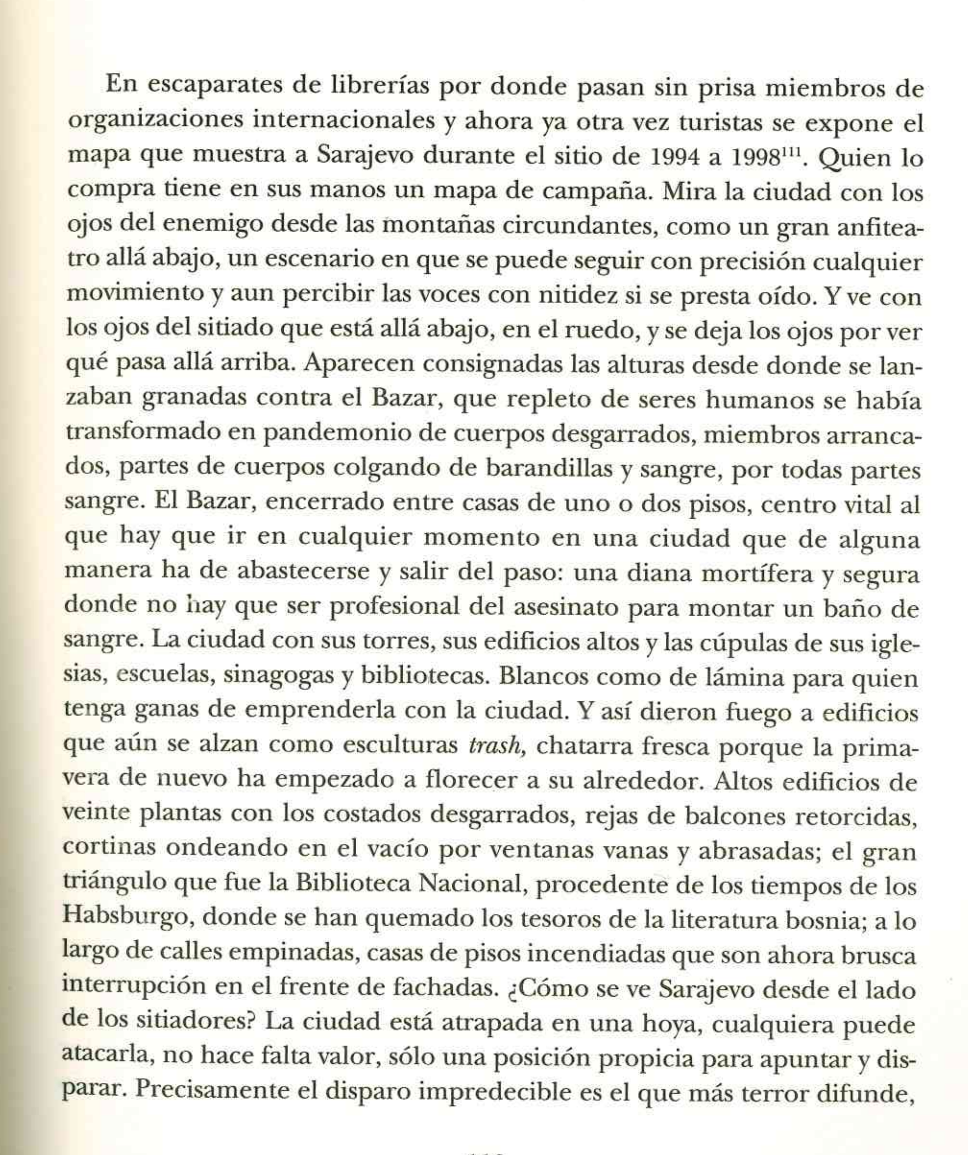
Guerra y ojo

«Se podría escribir un capítulo específico acerca de la significación del ojo humano en esta guerra. ¡En verdad que sí! Se tendría ahí uno de los comentarios más dignos de lectura entre los incontables escritos de ocasión aparecidos en las librerías con el título "La guerra y...": la guerra y el ojo. En concreto, aquellos soldados procedentes de grandes ciudades, que se encontraban como en su casa a mediodía bajo la luz eléctrica a medianoche, ya no sabían qué importante papel tiene el ojo como herramienta sensorial. Ya sólo lo usaban ante todo para leer y escribir. Para andar por las seguras calles de las ciudades apenas les era necesario. En cualquier caso, no era preciso forzarlo. Pero ¡cuántos no habrán tenido que volver a agudizarlo como animales del bosque allá fuera, en la guerra! Esos sentidos agudos del indio que oíamos elogiar de chavales en relatos de taparrabos, salvajes matadores de hombres y nómadas de los bosques, le salieron de golpe a más de uno vestido de caqui. Sí, aun de noche valía a menudo lo de tener vista de lechuza, y oído de turón por añadidura. En particular en los puestos de observación elevados muchos se han dejado los ojos oteando. En Curlandia esos puestos se encontraban a veces preparados, en las torres de vigilancia de incendios que hay allí en casi todo paraje poblado. Desde ellas se ve antes algún fuego forestal que arrolle humeante a su paso esa comarca escasamente poblada, en que no hay voz que dé la alarma rápidamente ni siquiera con ese rumor de mil lenguas. Donde faltaban esas torres se habilitaba rápidamente una atalaya con planchas y maderos. Palo arriba se arrastraba el vigía hasta su palomar para escrutar los movimientos del enemigo desde tales castillos en al aire. Más de uno ha vivido así semanas y meses, mirando y escuchando como un águila en su nido allá en lo alto, vecino del Sol, hermano de las nubes. Y se ha visto como otro Linceo, el torrero del *Fausto*, recitándose a menudo sus versos para matar el aburrimiento, "nacido para ver, para mirar dotado"...»[110]



Fotografía por satélite de Bagdad antes de los ataques aéreos de los aliados.

«Más de uno ha vivido así semanas y meses, mirando y escuchando como un águila en su nido allá en lo alto, vecino del Sol, hermano de las nubes.»



Sarajevo: conocer el terreno, sobrevivir

En escaparates de librerías por donde pasan sin prisa miembros de organizaciones internacionales y ahora ya otra vez turistas se expone el mapa que muestra a Sarajevo durante el sitio de 1994 a 1998[111]. Quien lo compra tiene en sus manos un mapa de campaña. Mira la ciudad con los ojos del enemigo desde las montañas circundantes, como un gran anfiteatro allá abajo, un escenario en que se puede seguir con precisión cualquier movimiento y aun percibir las voces con nitidez si se presta oído. Y ve con los ojos del sitiado que está allá abajo, en el ruedo, y se deja los ojos por ver qué pasa allá arriba. Aparecen consignadas las alturas desde donde se lanzaban granadas contra el Bazar, que repleto de seres humanos se había transformado en pandemonio de cuerpos desgarrados, miembros arrancados, partes de cuerpos colgando de barandillas y sangre, por todas partes sangre. El Bazar, encerrado entre casas de uno o dos pisos, centro vital al que hay que ir en cualquier momento en una ciudad que de alguna manera ha de abastecerse y salir del paso: una diana mortífera y segura donde no hay que ser profesional del asesinato para montar un baño de sangre. La ciudad con sus torres, sus edificios altos y las cúpulas de sus iglesias, escuelas, sinagogas y bibliotecas. Blancos como de lámina para quien tenga ganas de emprenderla con la ciudad. Y así dieron fuego a edificios que aún se alzan como esculturas *trash,* chatarra fresca porque la primavera de nuevo ha empezado a florecer a su alrededor. Altos edificios de veinte plantas con los costados desgarrados, rejas de balcones retorcidas, cortinas ondeando en el vacío por ventanas vanas y abrasadas; el gran triángulo que fue la Biblioteca Nacional, procedente de los tiempos de los Habsburgo, donde se han quemado los tesoros de la literatura bosnia; a lo largo de calles empinadas, casas de pisos incendiadas que son ahora brusca interrupción en el frente de fachadas. ¿Cómo se ve Sarajevo desde el lado de los sitiadores? La ciudad está atrapada en una hoya, cualquiera puede atacarla, no hace falta valor, sólo una posición propicia para apuntar y disparar. Precisamente el disparo impredecible es el que más terror difunde,

pues ése dice «ya no hay lugar seguro, ni mucho ni poco». Todo el espacio de la ciudad está expuesto a los ataques de su sitiador. El sitiador de Sarajevo es el conocedor de la ciudad *par excellence.* Ha vivido aquí, ha ido a la escuela, conoce cada rincón, cada calle, cada atajo, cada puerta trasera. Conoce hasta el ritmo de la ciudad, el diagrama de movimientos, los intervalos a que circulan tranvías, trenes y autobuses. Los disparos vienen de unos tiradores íntimamente familiarizados con la ciudad. Sólo así se puede aceptar con tal frecuencia y tino. Se apunta a la ciudad desde las colinas más altas, desde peñones o emplazamientos particularmente propicios, como el cementerio judío o la emisora de televisión. Desde allí la gran arteria de conexión por donde rodaba el tranvía desde el casco antiguo a la ciudad nueva y el aeropuerto está ahí mismo, franca, como en un mapa trazado con particular esmero: sólo hay que seguirla con el dedo y apuntar. Desde allí se tiene campo de tiro despejado hasta el centro de la ciudad vieja. Alminares, torres, cúpulas, en pocas palabras, esa silueta tan familiar es el mejor punto de referencia, la orientación más fiable para alcanzar los puntos neurálgicos que sostienen al organismo de la ciudad: cruces, mercados, estaciones de autobús, hoteles. Quien domina las colinas domina el espacio aéreo sobre la ciudad y con ello tiene el control.

Los sitiados tienen que verse con los ojos de los sitiadores si quieren sobrevivir. Tienen que conocer con exactitud la visual que une tiradores de precisión y centro de la ciudad para cruzarla aprisa o en quiebros bruscos. Tienen que saber qué ve el enemigo para decidir por dónde andar con alguna seguridad: por la sombra de edificios, por una de las aceras de la calle, invisible para él, por debajo del puente. Hay que acomodar el curso de los movimientos propios a la velocidad de reacción de los tiradores. Las plazas abiertas, una vez corazón de la ciudad, son ahora trampas mortíferas y hay que evitarlas a cualquier precio, mientras las cavernas urbanas, bodegas, cuartos de calderas, el sistema de túneles de la ciudad moderna, se han convertido en el lugar más seguro donde la ciudad aún dispone sobre sí misma. En el plazo de un año se ha cumplido una vez más una situación extrema del siglo XX: la transformación de una sociedad urbana en pobladores de catacumbas y cavernas. Mientras los sitiadores dominan el espacio aéreo y así controlan la ciudad, el subsuelo pertenece a los sitiados. Aquí son inatacables, y si logran sostener el sitio hasta que llegue ayuda del exterior, también invencibles. El Sarajevo del sitiador tiene su topografía: el monte Iman, la torre de la televisión, el cementerio



El cerco de Sarajevo.

«Los disparos vienen de unos tiradores íntimamente familiarizados con la ciudad. Sólo así se puede acertar con tal frecuencia y tino.»

judío, Optja y otros puntos. El Sarajevo de los sitiados, la suya: hospitales, iglesias, túneles. Permanecerán imborrables en las cabezas de los habitantes. No necesitan mapa alguno, son avezados conocedores del terreno minado y el estado de excepción. Los mapas de Sarajevo se han trazado *post festum*. A los sitiados de antaño, en el conocimiento topográfico le iba la vida, la supervivencia. La población de toda una ciudad se convirtió en especialista en topografía urbana y exploración del terreno.

Subdisciplina esta que un antiguo manual para oficiales de Estado Mayor en ciernes describe así: «Por el término "terreno" [*Terrain*] se entiende una parte de la superficie terrestre con todos los objetos inmóviles que en ella se encuentren. El terreno constituye el escenario estratégico e influye en alto grado en movimiento, disposición y combate de la tropa; de ahí que el conocimiento del terreno sea sumamente importante, e imprescindible por supuesto en toda empresa militar. Así, la topografía militar [*Terrainlehre*] es aquella ciencia que nos enseña a reconocer correctamente el terreno, saber situarse (orientación), juzgar correctamente su adecuación a fines militares, y transmitir los resultados de palabra, por escrito o mediante dibujo, de tal modo que cualquiera pudiera hacerse una idea clara, así como a leer y juzgar correctamente la representación hecha por otros»[112]. Conocer el terreno es *conditio sine qua non* de la confrontación militar. No decide él solo el desenlace cuando dos fuerzas se miden, también depende de calidad del armamento, inteligencia, falta de escrúpulos, valor y más cosas, pero un conocimiento deficiente del terreno puede resultar mortífero. «El uso de mapas en combate requiere saber leerlos con toda exactitud»[113].

De ahí que explorar, medir e inspeccionar el terreno con miras a una confrontación militar sea una de las situaciones fundamentales de que nace la cartografía. Otras son comercio, descubrimientos, singladuras, peregrinaciones o medición de fincas y parcelas.

El vínculo entre guerra y cartografía viene dado por muchas cosas y confirmado por otras tantas. Un choque de fuerzas militares «tiene lugar», es decir, hay un escenario que desempeña un papel, un terreno que es forzoso dominar, minar, ocupar o someter si se pretende derrotar al enemigo. Los enfrentamientos militares tienen un transcurso y un epílogo; precisan transporte de grandes contingentes, ni se plantean siquiera sin logística, esto es, sin «dominar el espacio». El entero vocabulario de la confrontación militar es espacial y local: la cuestión gira en torno a puntos

estratégicos, terrenos, puestos avanzados, frentes, líneas de enlace, posiciones, glacis, retaguardia, marchas, despliegues, etc.

En casi todas partes geografía y cartografía civiles han surgido de las militares, o sus conexiones son sobremanera notorias e importantes. Las transiciones son fluidas. Yves Lacoste ha señalado el papel de los militares como adelantados de la cartografía[114]. La medición del continente norteamericano siguió a la ocupación de tierras por los blancos, que fue expulsión y aun exterminio de las poblaciones originarias por la fuerza de las armas. Muchas mediciones de territorio, como la de Escocia o la costa sur de Inglaterra, vinieron ocasionadas por algún conflicto militar: en un caso, la batalla de Culloden en 1746; en el otro, el peligro napoleónico. El dominio de la India no es concebible sin la medición del subcontinente. Como guerras de masas que han sido, las modernas no habrían sido posibles sin millones de mapas; el *Map Service* estadounidense produjo él solo en la Segunda Guerra Mundial unos 500 millones de mapas. Reflejar el curso de una batalla o reconstruir combates en la prensa de masas no sería posible sin ilustraciones cartográficas. Las confrontaciones militares han dado impulso significativo al desarrollo de la cartografía. Así, la guerra civil estadounidense, o la francoalemana. La academia militar de West Point también hizo buen trecho en el desarrollo de la cartografía civil, mientras a la recíproca se ha hecho intervenir una y otra vez para generar conocimiento cartográfico de importancia bélica a instituciones civiles, como por ejemplo la sección cartográfica de la Biblioteca Pública de Nueva York[115]. Helmuth von Moltke (1800-1891), jefe del alto Estado Mayor prusiano, estaba fuertemente marcado por Carl Ritter; obtuvo su formación cartográfica en la oficina topográfica del cuartel general, y puso pie en tierra de nadie con su alzado de mapas de Constantinopla y el Bósforo[116]. «No hay caudillo de ejército alguno que no haya pasado por la escuela de la topografía»[117]. La tradición cartográfica, particularmente marcada en algunos países, tiene a menudo trasfondo militar; así, la fuerte tradición cartográfica de Hungría no se comprende sin la reconquista de la depresión panónica en guerras con los turcos que se prolongaron siglos[118]. Algo similar vale de la cartografía militar ruso-soviética y su función de adelantada de la cartografía civil.

Que un mapa militar sea fiable es cuestión de vida o muerte. Van en ello miles de vidas humanas, el triunfo o la derrota. De ahí que los mapas militares, en particular de fortificaciones, puentes, terrenos y pasos fronterizos, hayan sido considerados secretos de Estado y custodiados como

tales. Las colecciones de mapas se guardaban en dependencias de alta seguridad, sometidas al más estrico secreto. «Una sola carpeta de mapas que se pierda entera o parcialmente, y ahí están las tropas traicionadas y vendidas»[119]. Hacerlos llegar a otras manos podía traer consigo denuncias de alta traición y pena de muerte. Falsificaciones o desinformación cartográfica fueron siempre un medio esencial de lucha. En Estados totalitarios como la Unión Soviética de Stalin la cartografía era oficio de alto riesgo, por no decir peligro de muerte; uno que fácilmente podía desembocar fácilmente en sospechas de sabotaje o espionaje. Durante decenios trazar mapas fue en la URSS asunto reservado del Estado. Mapas y planos de costas, curso de ríos, tendidos de ferrocarriles y tranvías, determinados edificios, puentes, centrales eléctricas, diques o fronteras desaparecieron de la circulación y el uso público. Fotografiar o alzar planos de determinados objetos de importancia militar era y es aún en las sociedades «occidentales» algo no permitido o no deseado. Aun en la época de la fotografía de alta resolución por satélite tales prohibiciones y ordenanzas siguen intactas.

Los mapas desempeñaron gran papel en la guerra psicológica durante la Guerra Fría. Del lado soviético se produjeron sistemáticamente planos falsos de ciudades en que faltaban calles y edificios; del estadounidense, los planos más exactos por aquel entonces de grandes ciudades soviéticas. Así se vino al paulatino desvanecimiento y desaparición de representaciones cartográficas exactas, y correspondientemente a algo que podría llamarse desvanecimiento de la memoria topográfica de una sociedad entera, que ya no tenía ninguna imagen viva y adecuada de sí, de sus fronteras, sus ejes y lugares principales. Todo visitante de la Unión Soviética en sus últimos tiempos ha podido notar en sí mismo esa pérdida de una adecuada representación cartográfica. Por no haber, ni había planos urbanos correctos e indicativos siquiera a medias. Los planos colocados en los vagones de ferrocarril mostraban el territorio que uno estaba atravesando, pero no en su totalidad, sino únicamente un corredor a lo largo de las estaciones por que pasaba el tren; algo que provocaba una visión peculiarmente estrecha como de túnel o pasillo precisamente en la «vasta Rusia». Y con todo, la militarización de la cartografía, esto es, la representación de la superficie terrestre mirando a las posibilidades de golpes y contragolpes militares y al mantenimiento del secreto, sólo es al cabo la concepción adecuada a una sociedad que se figura en estado de sitio permanente y sin fin.

Aquello que comenzara antaño como reconocimiento del terreno, por cerciorarse de las condiciones de una confrontación política mundial en que iba la propia supervivencia, terminó por así decir en una cartografía de la paranoia. Indicio de una progresiva pérdida de realidad que sería a su vez una de las razones para el final derrumbamiento del sistema.

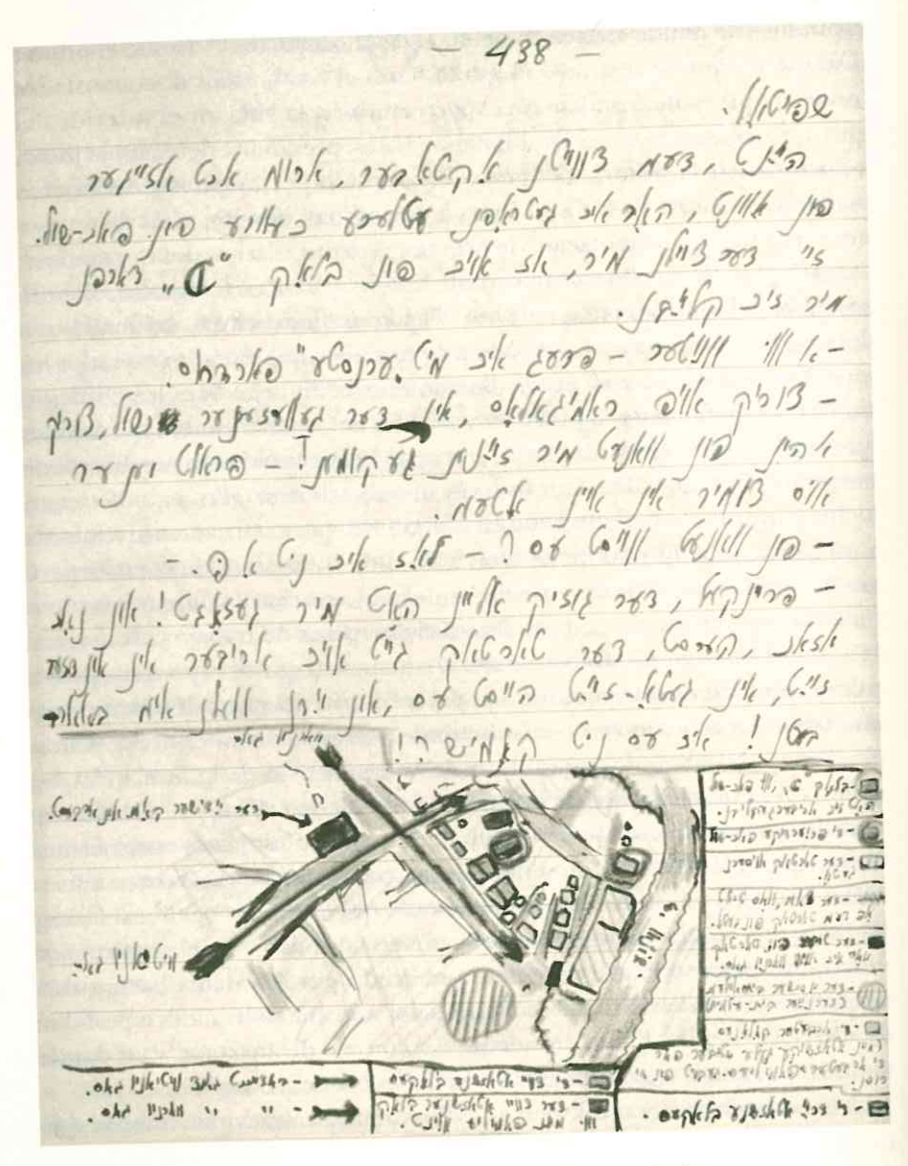
Planta del gueto de Kovno

En la planta de ciudades y edificios toma uno conciencia de cómo pudieron haber sido. El trazado de una planta da fe: aquí estaba, aquí pasó. Esto sirve particularmente para lugares y emplazamientos de los que nada más queda. Uno de ellos es Vilijampole, un barrio de Kaunas, hoy segunda ciudad de Lituania por tamaño. En la época de entreguerras, cuando Vilna estaba ocupada por Polonia, Kaunas fue capital provisional del país, conocida también por su nombre polaco, Kovno; el alemán era Kauen. Vilijampole se encuentra al otro lado del Neris, que poco más lejos aguas abajo desemboca en el Niemen (el Memel). Se llega a Vilijampole dejando atrás el centro de la ciudad, dominado por iglesias barrocas, los restos de un burgo y, sobre todo, los modernos edificios de gobierno de los años veinte y treinta, y atravesando un puente nada vistoso. Allí no hay nada espectacular que ver, sólo lo habitual: naves de fábricas, jardines de infancia construidos aprisa y casas de madera en cantidad asombrosa, a menudo con un pequeño jardín delante. Le recuerdan a uno viejas fotografías de antes de la guerra. Por lo que se sabe de Vilijampole, sin embargo, no pueden estar construidas antes de 1944. Pues el 8 de julio de 1944, cuando el Ejército Rojo estaba sobre Kaunas, los alemanes quemaron el barrio entero para borrar las huellas del gueto de Kovno y sacar de sus escondrijos a resistentes que se habían escondido en sótanos y subterráneos. Una fotografía de agosto de 1944 muestra los restos del gueto; una extensa área quemada en que únicamente quedan en pie los muros de las chimeneas, que habían resistido al fuego.

Nada había quedado de Slobodka, como también se llamaba a Vilijampole antes de la guerra, aquel barrio en que vivía la población pobre, lituana y judía, con numerosas sinagogas y escuelas judías afamadas en toda Lituania. Nada había quedado de la comunidad judía, grande y orgullosa, que fue liquidada o deportada sobre el terreno; nada, de los tesoros de una rica cultura. Hubo una excepción: la documentación de su ruina que confeccionaron los propios amenazados de muerte, salvada para la posteridad en

escondites de donde se sacó tras el final de la ocupación[120]. Desde el primer instante en que se instituyó el gueto hasta el final, están documentados todos los pasos de los alemanes, pero también la vida en el interior del gueto. El llamamiento del Dr. Elkhanan Elkes, presidente del consejo judío, a documentar la historia del gueto fue seguido por muchos y de muchas maneras, en forma de fotos tomadas a escondidas, dibujos, actas de reuniones y sesiones, documentación de órdenes verbales, diarios, notas, y también mapas y planos. En ello tomaron parte artistas, pintores, fotógrafos, científicos de diversas disciplinas, gente sencilla y resistentes activos. Así surgió una documentación preparada a lo largo de tres años que atañe a casi todos los aspectos de la vida en el gueto. Fue enterrada en cajas bajo los edificios. Consta, primeramente, de una recopilación de ordenanzas y disposiciones que abarca desde agosto de 1941 a marzo de 1943, reunidas en una libreta de notas con el título «Y esto son las leyes, al estilo alemán». En segundo lugar, incluye un anuario titulado *Slobodka Ghetto 1942*, que externamente recuerda a un álbum infantil y contiene una crónica de los sucesos de ese año pero también aniversarios de las crueldades del año anterior. Incluye además testimonios documentales como sellos oficiales, pases de trabajo y distintivos. El anuario contiene asimismo numerosos mapas en que se representa paso a paso y con todo detalle la reducción del territorio del gueto. Y lo tercero es una tablilla conmemorativa artísticamente presentada con el título «Cifras que hay que contar», las estadísticas de la liquidación de la población del gueto. A este núcleo duro de documentos se añaden dibujos realizados sistemática y regularmente por la mano de artistas profesionales como Esther Lurie, Jacob Lifschitz y Peter «Fritz» Gadiel, judío alemán con formación en la Bauhaus; las mil fotos aproximadamente que tomó el ingeniero Georg Kadisch, movilizado como técnico que era en la ciudad y en el gueto; y por último, un extenso diario del gueto publicado por Abraham Tory, quien despachaba correspondencia y comunicaciones con los alemanes en calidad de secretario del Dr. Elkes, presidente del consejo de ancianos, y en donde se describe casi sin lagunas la evolución del gueto de Kovno[121].

En ese archivo increíble y maravillosamente salvado hay mapas que permiten una localización exacta de los sucesos. El mapa del «gueto judío de Vilijampole el 15 de agosto de 1941» muestra el gueto con sus límites, en un principio sin otra indicación que las visuales. Un mapa de octubre de 1942 lo muestra con los tres distritos policiales en diferentes colores, así como los edificios importantes –evidentemente, el edificio del consejo



Plano del gueto de Kovno, del diario de Ilyia Gerber.

«La documentación de su ruina que confeccionaron los propios amenazados de muerte.»

judío, hospital, bomberos y policía del gueto, entre otros–. Una foto de Georg Kadish muestra a dos miembros de la policía del gueto inclinados sobre el plano del barrio. Otro plano, producido por el taller de pintura y dibujo, ofrece una imagen exacta de las calles con las correspondientes señas postales. Se corresponde con las actas de una reunión del consejo de vivienda de la comunidad judía del gueto, sesión de 31 de diciembre de 1942, en que se sentó acta calle por calle de número de viviendas y de habitaciones, superficie media y número de habitantes: en ese momento, 16.489 personas. En el mapa del anuario se registra la progresiva reducción de territorio: en agosto de 1941, cuando se cerró el gueto y se unieron mediante un pequeño puente peatonal sus dos partes, el Gran Gueto junto al Neris y el Pequeño; a 4 de octubre de 1941, cuando se liquidó el Pequeño Gueto luego que los alemanes mataran a sus moradores, incluidos los pacientes del hospital de enfermedades infecciosas; a 1 de mayo de 1942, cuando se cerró una parte del gueto. Pero también aparecen mapas en otros documentos; así, en el diario de Ilia Gerber, quien a 27 de septiembre de 1942 traza sobre el terreno un croquis de la escuela profesional de carpintería que, cercada con alambradas, se incorporó al gueto. También se encuentran mapas, es obvio, de los partisanos que paraban en los bosques de Rudniki y Augustov, en los alrededores de Kovno, y a los que habían podido unirse unos pocos escabullidos del gueto.

Los mapas definen el escenario, los diarios relatan los sucesos, fotos y dibujos retienen en imágenes hombres y situaciones. Todos, dibujo, fotografía o mapa, se miran como documento. Nada es superfluo. Georg Kadish fotografió la ejecución pública de Nahum Meck –muchas de las fotos, con la cámara oculta a través de un ojal–, el trabajo en escuelas y talleres, los coches cargados con los mil cachivaches de la mudanza, la partida de las brigadas de trabajo, el puente de madera que unía a los dos guetos, y finalmente las deportaciones por millares a campos de trabajo en Estonia, en octubre de 1943, y una imagen desde la ribera de enfrente del gueto en llamas, incendiado por las SS el 8 de julio de 1944.

El resultado es la autodescripción de la ruina de la judería de Kovno y milagrosa salvación de unos pocos. Comenzado el ataque alemán a la Unión Soviética a 22 de junio de 1941, Lituania se convirtió en primer escenario de la «solución final». Ya en febrero de 1942, así informan Stahlecker y Jäger, habían sido eliminados 136.421 judíos en Lituania. Entre la retirada del Ejército Rojo y la entrada de los alemanes sobrevinieron *progroms* espantosos en

Kaunas, en el curso de los cuales fueron liquidados en plena calle por fascistas lituanos unos mil judíos. Ya en las primeras semanas de julio comienzan las deportaciones; los 30.000 judíos aproximadamente de toda Kaunas tienen que trasladarse a Vilijampole antes del 15 de agosto, fecha en que se cierra el gueto. La situación en el suburbio abarrotado, donde no hay hospitales y ni siquiera agua corriente o alcantarillado, es horrible. El primer mapa deja constancia de la concentración en Slobodka/Vilijampole de la entera comunidad judía de Kaunas, grande e importante. Del territorio clausurado surge una pseudociudad con todo lo que se precisa para controlar a un gran número de humanos y hacerlos desaparecer gradualmente: policía, cárcel, administración de fincas, bomberos, inspección de higiene, hospital de infecciosos, orquesta, escuela, talleres, incluso jardines y patatales. Día tras día, millares de trabajadores abandonan el gueto en columnas para trabajar en la ciudad o el aeródromo de Aleksotas. Se lleva a cabo una «reduccción» gradual de la población del gueto mediante «pequeñas intervenciones», o «grandes»; esto es, ejecutada en los cercanos fuertes VI y IX, procedentes de los tiempos zaristas. La reducción del territorio mantiene la mortífera presión de la superpoblación en el gueto, de donde una y otra vez son sacados contingentes para ejecutarlos en las inmediaciones o deportarlos: a Estonia y Letonia, y por último, en julio de 1944, también a Stutthof y Dachau. Cuando el Ejército Rojo alcanzó la ciudad el 1 de agosto, de los 37.000 judíos aproximadamente que había habido en Kovno en 1941 sobrevivían unos 500 escondidos en la ciudad o en los bosques, y unos 2.500 en campos de concentración en Alemania. De los judíos que vivieran en Lituania antes de la guerra, en torno a 235.000, habían sobrevivido únicamente entre 8.000 y 9.000. Fotografías de las jornadas de agosto de 1944 muestran a supervivientes que vagan por el terreno calcinado. Tamara Lazerson escribe en su diario diez semanas después de la liberación, a 12 de octubre de 1944: «El gueto ha dejado huellas terribles cuando se lo tragaron las llamas. Donde una vez se alzaron orgullosos edificios, no queda uno. Sólo se levantan aún angustiosas chimeneas desnudas hacia el cielo, y atestiguan que esto es un cementerio. Se alzan al cielo y piden venganza por la injusticia que les han hecho».

La planta del gueto de Kovno es sólo uno de los muchos monumentos dedicados a tantos que desaparecieron sin dejar rastro. Sobre quienes podría decirse lo que aparece grabado en el cementerio Piskariovskoie de Leningrado, «Nadie será olvidado, nada será olvidado». Y se podría añadir: ninguno de los lugares en que ocurrió.

Filoatlas. Vías de escape

Para Walter Laqueur, que en noviembre de 1938 escapó a la «Gerusalemme» del Lloyd Triestino.

En 1938 aparecía en Berlín el *Philo-Atlas. Handbuch für die judische Auswanderung. Mit 20 mehrfarbigen Karten, über 25 Tabellen und Übersichten, über 600 Stichworten auf 280 Textspalten* [Filoatlas. Prontuario de la emigración judía. Con 20 mapas a color, más de 25 tablas y diagramas, y más de 600 entradas en 280 columnas[122]]. De ese atlas notable y a su manera único en su género se puede decir lo que de muchos mapas: en el momento de su aparición también él estaba ya atrasado. En el mapa político aún aparece Checoslovaquia, que había sido borrada a lo largo de ese año. Algo que no dejaba de tener cierta importancia para los usuarios que quisieran informarse de caminos para salir de la Alemania de Hitler. Checoslovaquia, que había sido un importante asilo para fugitivos y viajeros que dejaban Alemania, ya no existía. Sobre las funciones del prontuario escribe el editor: «El Filoatlas, obra de consulta, mapas y tablas simultáneamente, es en la serie de *Philo-Lexika* un Filodiccionario específicamente judío que responde marcadamente a las condiciones de la época. El movimiento de emigración judía en nuestros días ha transfigurado completamente la vida judía y dado mayor radio de acción al trabajo social judío. El individuo judío se encuentra ante tareas y decisiones que exigen una gran dosis de conocimientos accesorios, tanto genéricos como específicamente judíos. El Filoatlas debe ayudar a responder a incontables preguntas recientemente surgidas; ha de ser informador para quienes emigran, guía para quienes inmigran, y eslabón entre las personas de fuera y las de aquí».

Las entradas, ordenadas alfabéticamente, parecen de entrada arbitrarias y podrían estar contenidas en otras obras de consulta. Así, figuran por ejemplo «auto», «requisitos de entrada», «ferrocarril», «avión», «geografía», «puerto», «capital», «industria», «vida judía», «mapas», «clima», «agri-

cultura», «derecho», «comunicaciones» y «economía». Pero enseguida se echa de ver que todas las definiciones que pueden encontrarse igualmente en una información habitual para viajeros adquieren muy otro significado desde el punto de vista de la emigración. En la entrada correspondiente a este término, «*Auswanderung*», tal perspectiva se hace clara de inmediato. Dice así: «Por lo general, emigrar significa cambio completo de todas las situaciones habituales: clima y alimentación, lengua y costumbres, perspectivas profesionales y relaciones políticas suelen ser totalmente divergentes de las acostumbradas aun cuando se trata de una emigración en el interior de Europa. Por eso emigrar plantea unas descomunales exigencias a la capacidad de adaptación, física, intelectual y anímica; la mayoría de las veces, sólo personas jóvenes están a su altura».

En esa perspectiva todo adquiere otro sentido. Las disposiciones relativas a requisitos de entrada en un país no son simplemente un pesado procedimiento burocrático, sino formalidades de que depende la supervivencia. El funcionamiento de trenes y enlaces marítimos, así como las posibilidades de acceso a ciudades portuarias, quieren decir algo bien distinto que en tiempos de paz, en que uno se hace cábalas sobre cómo organizarse las vacaciones; más bien cómo escapar a tiempo del área de competencias de las autoridades nazis, o no. Las informaciones sobre capitales no sirven para ilustrar al turista, sino para transmitir aquellas direcciones en que se obtienen los documentos importantes para sobrevivir, visados, pasaportes, permisos de tránsito, declaraciones juradas, etcétera. Las informaciones sobre las industrias más pujantes en cada país no sirven como suelen para abrir vías de contactos comerciales, sino información acerca de dónde podrían encontrar trabajo centroeuropeos con las cualificaciones laborales correspondientes. Así, se trata de un compendio de lo imprescindible. Bajo la letra A encontramos las entradas «cesión de bienes», «declaración jurada», «aclimatación», «certificaciones médicas», «obligación de comparecencia», «inscripción policial», «permiso de trabajo», «permiso de residencia», «asesorías de emigración», «extradición», «emigración», «acreditación». Un alfabeto de la necesidad en que se esboza una nueva topografía. Donde todo gira en torno a las reglamentaciones cada vez más asfixiantes en Alemania y la cuestión de adónde acogerse mejor.

En la entrada «asesorías de emigración, particulares, oficiales» se encuentran como direcciones importantes: Berlín W9, Linkstrasse 15, I; Bremen, Dechanatstrasse 15, II; Breslau, Friedrichstrasse 3, I; Colonia,

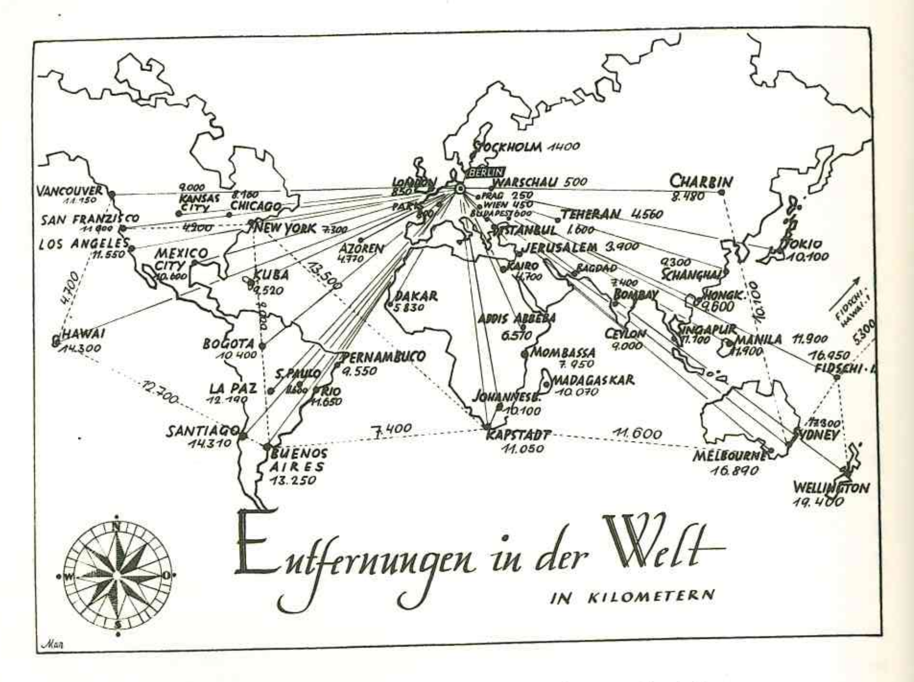
Ubierring, 25; Dresde A, I Schlossstrasse I; Frankfurt a.M, Braubachstrasse 27, I; Hamburgo 36, Kaiser-Wilhelmstrasse 110; Karlsruhe, Karlstrasse 38; Königsberg, Prinzenstrasse 5; Leipzig N 22, Friedrich-Karl-Strasse 22; Munich, Kanalstrasse 28, II; Stuttgart, Danziger Freiheit (Casa de la germanidad); Viena I, Herrengasse 25 (Oficina austríaca de migraciones).

Los países, enumerados por orden alfabético, adquieren más o menos importancia atendiendo a que acojan todavía o no a quienes están dispuestos a emigrar. Entre ellos figuran algunos que en menos de uno o dos años serán ocupados por el Ejército alemán. Y otros en que se dará el caso de no haber luego escapatoria. Muchas de las ciudades que aún figuran como puntos de salvación –por ejemplo Riga, o Kaunas– serán pronto destino de deportaciones.

En la entrada «profesión» sólo se considera significativo qué oficios tienen mayor demanda y difusión en los países que se contemplen como de posible acogida. Las peores oportunidades las tienen las profesiones liberales; y se contempla también si se piensa en establecerse en las capitales, donde hay exceso de oferta de profesionales, o en ciudades de provincias, donde hay carencia.

La entrada «electricidad» informa de cosas tan prácticas como la adaptación de todos los aparatos domésticos a otros ámbitos culturales; «desinfección» trata las complicadas cuestiones que se plantean cuando los europeos se ven trasladados de la noche a la mañana a mundos completamente ajenos, a Ecuador, el Pacífico, el Extremo Oriente o el Oriente Próximo. Parece inagotable el catálogo de enfermedades que son de esperar –como que ésa es la parte más extensa del *Filolexikon*–: lepra, tifus exantemático, chagas, bilharzia, beriberi, enfermedad del sueño, fiebre amarilla, malaria, pie de Madrás, etc. Se da realce a aquellos lugares desde los cuales aún se puede abandonar Europa, una auténtica topografía de la fuga: Bremen, Lisboa, Rotterdam, Trieste. Se informa de procedimientos tan burocráticos e ineludibles como el «impuesto sobre evasiones», los «patrimonios trasladables» o la «acreditación de efectivo»: «suma de dinero en divisa extranjera que ha de presentarse al desembarcar a los funcionarios, pero no es preciso dejar en depósito. Tales funcionarios de inmigración dan fe de que el inmigrante trae consigo suficientes medios de existencia». Se encuentra una tabla de «divisas a acreditar, depósito de desembarco y costes de subsistencia en ultramar».

Los mapas del atlas están trazados con esmero y pulcramente colorea-



Distancias en el mundo (en kilómetros), tomado del Filoatlas. Prontuario de emigración judía, Berlín 1938.

«En ese atlas no desempeñan papel importante monumentos ni lugares pintorescos, sino disposiciones sobre visados y pasaportes; no los lugares de partida, sino los puertos de salvación.»

dos: los colores del mapamundi político, la no pertenencia a la esfera de influencia alemana y las disposiciones de derecho internacional en múltiples gradaciones deciden si se parte o no. A los forzados a emigrar de la noche a la mañana el mapa climático de la Tierra les informa sobre temperaturas y humedad atmósferica en el Ecuador, de fijo novedad y experiencia chocante para nativos centroeuropeos que vivían desde hacía muchas generaciones en las moderadas latitudes de Breslau, Viena o Berlín. Aparece representado el entero mundo colonial, los grandes continentes norte y suramericano, y Sudáfrica incluso con dos planos urbanos de Ciudad del Cabo y Johannesburgo. En un mapamundi se consignan las distancias desde Berlín a los nuevos lugares de destino de la fuga: a Wellington, 16.400 kilómetros, a Ciudad del Cabo, 11.050, a Buenos Aires, 13.250, a Cuba, 9.520, a Shanghai, 9.300. Es un mapa de despedidas para siempre.

En ese atlas no desempeñan papel importante monumentos ni lugares pintorescos, sino disposiciones sobre visados y pasaportes; no los lugares de partida, sino los puertos de salvación; se da información sobre el clima para poder empezar una segunda vida, no para escoger el lugar con temperaturas más agradables. Es un verdadero Baedeker de la fuga, un genuino Baedeker del siglo XX. Sólo se conocen planos de orientación y mapas de fuga semejantes en los equipajes de los emigrantes rusos tras la revolución de Octubre.

El prontuario de 1938 ayudó a muchos a llevar a cabo los procedimientos necesarios para abandonar la antigua patria. No figuran en el Filoatlas los caminos a seguir luego de cerradas las fronteras, suspendida la emigración legal. Y ahí se demuestra que el Filoatlas, enciclopédicamente exhaustivo y docto, aún forma parte por entero del «Mundo de ayer» (Stefan Zweig). Por su boca habla la firme creencia de que todo irá por los cauces ordinarios. Por su boca habla la confianza en un orden; creer en él sería la perdición de las víctimas.

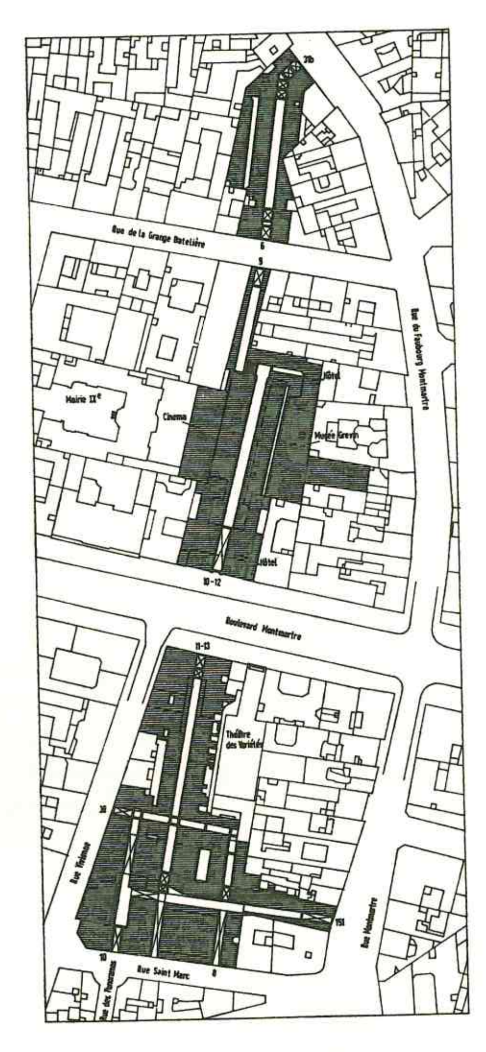
Pasajes: el camino de Benjamin a la *Bibliothèque Nationale*

De la *Infancia en Berlín hacia 1900* a ese boceto monumental que son los *Pasajes* Walter Benjamin se demuestra pensador de imaginación espacial[123]. Desde aquellos días de infancia en que el muchacho ya garrapateaba en el cuaderno su espacio de experiencia hasta la reconstrucción del espacio de una época, «París, capital del siglo XIX», se demuestra vinculado al lugar, serle fiel hasta la muerte, sucumbir con él. En carta a Alfred Cohn, quien ya vivía en la nueva sede del Instituto de Investigación Social, Nueva York, escribe Benjamin en enero de 1936: «Por el momento no abandonaré París para largo tiempo, como no sea que las circunstancias políticas me obliguen, porque sigo estando abocado a la *Bibliothèque Nationale* por el trabajo en mi nuevo libro»[124]. El estallido de la guerra redujo a nada los planes de emigración. El 15 de septiembre de 1939, como otros emigrantes que se hallaban en Francia, fue internado en calidad «extranjero hostil». El 16 de noviembre de 1939 salió en libertad y volvió a París. Cuando los alemanes ocuparon París trató de ganar España por la frontera francesa. El 26 de septiembre de 1940 se suicidó en Port-Bou para escapar a la temida extradición que lo pusiera en manos de los alemanes. El trabajo para cuya finalización se creía obligado a permanecer en París era la obra conocida como *Pasajes*, cuyo manuscrito quedó escondido en la *Bibliothèque Nationale* y se encontró intacto tras la guerra[125]. Benjamin había trabajado en ella con interrupciones a lo largo de trece años, desde 1927 hasta su muerte en 1940; las últimas anotaciones proceden de Año Nuevo de este último año[126].

Como se sabe, en el quehacer creador de Benjamin esta obra que quedó en boceto fue centro del que creció buen número de sus estudios más importantes; así el ensayo sobre *La obra de arte en la era de su reproducibilidad técnica*, el texto sobre Baudelaire, y *Sobre el concepto de Historia*. El editor del fragmento resume así el propósito del *opus magnum* de Benjamin: «De haberse concluido, los *Pasajes* habrían expuesto nada menos que una filosofía material de la historia del siglo XIX»[127]. O por citar las palabras del

propio Benjamin en la *exposée*, todo el texto gira en torno a una misma meta, «unir a la práctica de los métodos marxistas una acrecentada visibilidad. Primera etapa en ese camino será dar entrada al principio del montaje al escribir Historia. Y así, levantar las grandes construcciones con materiales mínimos preparados y perfilados con nitidez. Como también, sí, descubrir en el análisis del más pequeño elemento aislado el cristal entero del acontecimiento total». Los pasajes son sólo un tema en el conjunto del proyecto, que también cuenta de calles y almacenes, de panoramas, de la Exposición mundial y el alumbrado público, de moda, anuncios y prostitución, de coleccionistas, del *flâneur* y del jugador. En el esquema y luego en las recopilaciones de extractos Benjamin despliega lo que Rolf Tiedemann llama, apoyándose en esa idea de Benjamin, «la idea de una fisionomía materialista»: «La fisionomía infiere lo interno de lo externo, descifra el todo a partir del detalle, presenta lo general en lo particular. Nominalista, parte de Eso de Ahí, de lo corpóreo; inductiva, opera en la esfera de lo visible»; o en palabras del propio Benjamin, «lo que hay que presentar no es cómo surge de lo económico la cultura, sino cómo se expresa en la cultura la economía»[128].

Todo cuanto Benjamin precisaba para formular unos «Prolegómenos a una fisionomía materialista[129]» se encarnaba en «París». Todo cuanto se encarnaba en el «París, capital del siglo XIX» lo encontró en el París de su presente, al menos en ruinas o en vestigios. El París del presente era el lugar de la vigilia, lo único que puede poner en marcha el trabajo del recuerdo. Y todo cuanto necesitaba para reconstruir en formas sensibles el París perdido lo encontraba reunido en un lugar: la *Bibliothèque Nationale*. La vinculación de Benjamin con el lugar es triple: lugar de la inspiración (o el despertar), lugar del recuerdo (las huellas de la capital del siglo XIX en decadencia) y lugar en que llevar a cabo el trabajo de evocación (los fondos de la *Bibliothèque Nationale*). Los tres planos piden la palabra una y otra vez en Benjamin, y de manera totalmente explícita, nada de «inconsciencia» o alambicadas restricciones mentales. Benjamin dependía del lugar como ningún otro pensador, de él sacaba su fuerza, en él su mirada fisionómica volvía a cebarse, cobrar fuerzas y confirmarse una y otra vez. La obra de los pasajes debía alcanzar «la extrema concreción de una época». Sin el contacto con las superficies a interpretar, sin darse esas vueltas que luego fijaba en observaciones y formulaciones cristalinas, sin la experiencia de lo espacial y corpóreo que la visión de un lugar alberga, no



Pasaje del Panorama, Pasaje Jouffroy, Pasaje Verdeau, en 1930.

«La vinculación de Benjamin con el lugar es triple: lugar de la inspiración, lugar del recuerdo y lugar en que llevar a cabo el trabajo de evocación.»

habría llegado a esa «fisionomía materialista»; o por decirlo más atinadamente aún con palabras de Benjamin: «Escribir historia significa dar a unas fechas su fisonomía»[130].

Es incuestionable que Benjamin tenía necesidad de la ciudad de París para desarrollar una filosofía de la historia del siglo XIX, o menos pomposamente, para captar una época en imágenes e ideas. En favor de ello hablan no sólo los numerosos viajes y estancias, primero voluntarios y luego forzados, sino también la reflexión de Benjamin acerca de la fuerza inspiradora de la ciudad como entorno del pensamiento. El pasaje no es sólo una antigüedad, sino visión viva que lo acercó a la idea del pasaje como totalidad concreta en el siglo XIX. De su paso por uno de ellos en su París, en el presente, escribe así: «Aquí en los pasajes habita el último dinosaurio de Europa, el consumidor. En los muros de estas cavernas medra la mercancía, en una impensada flora donde se traban los lazos más irregulares en las más insólitas formas, como tejidos en torno a los labios de una herida. Todo un mundo de afinidades secretas: palmeras con aspiradores, Venus de Milo con calentadores, prótesis y escritorios se encuentran aquí como tras una larga separación»[131]. Por último la desaparición del Pasaje de la Ópera, que tan importante papel desempeñara en los textos de Aragon, fue el punto de partida para investigar el lento desvanecerse de ese siglo XIX cuya capital figuraba París. Benjamin había escogido París como punto de observación de sus excavaciones y búsquedas. Una y otra vez da noticia de lo privilegiado de ese lugar para observar y descubrir: «Esa esquina del bulevar Saint-Germain (el cruce con la *rue du Four*) se ha acreditado como puesto particularmente estratégico»[132]. El auténtico punto de observación, la verdadera excavación y el taller donde se reúnen, ordenan, limpian, preparan y recomponen los hallazgos es evidente: la *Bibliothèque Nationale*. No se puede subrayar bastante la importancia de ese yacimiento y taller arqueológico a un tiempo. Que no está sólo en los textos raros que sólo allí cabe leer, sino también de la *Bibliohèque* misma como hallazgo, en calidad de lugar desde el que se tienden puentes a otra época. Una y otra vez escribe a sus amigos de Nueva York que lo primero que quisiera enseñarles en caso de que vayan a visitarle es su pupitre. La *Bibliothèque Nationale* es París en miniatura. A comienzos de 1934 escribe a Greta Adorno: «Como la *Bibliothèque Nationale* no presta, casi siempre me paso el día sentado en la sala de lectura»[133]. A Theodor W. Adorno, a quien sin duda quería también poner al tanto de sus condiciones de vida y de trabajo, le

escribe asimismo en 1934: «Si apareciera usted por aquí, una de mis ocupaciones más serias sería franquearle la *Bibliothèque Nationale* por algunos costados que a nadie se adecuarían mejor que a usted. De hecho alberga una de las salas de lectura más notables de la Tierra, y uno trabaja allí como en un escenario de ópera. Sólo hay que lamentar que a las seis ya cierra, una norma que viene de los tiempos en que a esa hora empezaba el teatro. Vuelve a haber vida en los *Pasajes*, y es usted quien ha alentado esa débil chispa, que no arde con más vida que la que yo tenga. Desde que he vuelto a salir de casa, la verdad es que me paso allí el día entero en la sala de lectura, y hasta me he hecho un poco, por fin, con las mil trabas del reglamento»[134]. Y de nuevo en otra carta a Adorno de 18 de marzo: «Tengo la esperanza de poder llevarle un día a mi pupitre de la *Bibliothèque*»[135]. A 18 de julio de 1935 escribe a Alfred Cohn: «Como la cosa se está acabando, me he abierto otros dos campos de operaciones. Uno es el *Cabinet des Estampes*, donde trato de cotejar las imágenes que de objetos y situaciones me había hecho por los libros, y el otro, el infierno de la Biblioteca, para el que al fin he conseguido permiso, uno de los pocos éxitos que me puedo apuntar en este terreno. Es extraordinariamente difícil de conseguir»[136]. Informa a Kraft en carta de 30 de enero de 1936: «En cuanto saco tiempo para mi libro lo dedico al estudio del *Cabinet des Estampes*, donde me he topado al mayor retratista de todo París, Charles Meryon, contemporáneo de Baudelaire. Sus grabados se cuentan entre las estampas más asombrosas que jamás haya traído a la luz una ciudad; es una pérdida monstruosa que no se pudiera realizar el plan original, acompañarlas con explicaciones de Baudelaire, por una ventolera que le dio a Meryon»[137]. Con certeza la biblioteca ocupa lugar tan destacado porque en un sentido elemental y trivial es el lugar donde hallar y trabajar los materiales necesarios –«la mayoría se encuentra en estanterías rara vez utilizadas de los fondos de la *Bibliothèque Nationale*»[138]–; pero Benjamin no la ve mero depósito, sino lugar de exploración de la ciudad decaída, lugar del *flâneur*. En la *Bibliothèque Nationale* Benjamin no es otro que el *flâneur* virtual. «Este escrito que trata de pasajes de París se empezó bajo un cielo azul sin nubes, alzado en bóveda a lo alto sobre las hojas y aun así cubierto de hojas por millones, millones de hojas que cubrían con sus sombras el aire fresco del esfuerzo, el aliento extenuado de la búsqueda, la tempestad impetuosa de un empeño nuevo y la brisa perezosa de la curiosidad, cubiertos de polvo de hojas varias veces centenario. El pintado cielo de verano que desde las

arcadas se asomaba a la sala de lectura de la Biblioteca Nacional de París tendió su manto de ensueño y penumbra sobre la comprensión primera, y al despuntar ante los ojos de esa recién nacida no se hallaban en él los dioses del Olimpo, no Hefesto, Hermes ni Hera, no Artemisa ni Atenea, sino ante todo los Dióscuros»: así, la biblioteca es incluso lugar de comunicación con los ausentes, sus amigos Adorno y Horkheimer[139].

En en ese espacio donde Benjamin saca a la luz el material desde el descomunal yacimiento. Aquí practica la lectura de la realidad: «Esa expresión, "el gran libro de la naturaleza", apunta a que lo real puede leerse como texto. Y así nos las habemos aquí con la realidad del siglo diecinueve. Hojeamos el libro del acontecer»[140]. La biblioteca es el espacio donde desentierra aquellas imágenes que le parecen imprescindibles en una visión nueva de la historia, aquellas con que «compulsa» sus textos. «Una cosa sí es novedad: que tomo notas de material gráfico para mis estudios. El libro, lo sé desde hace algún tiempo, admite los documentos ilustrados más significativos, y no quiero privarle de esa posibilidad por adelantado»[141]. En ese espacio «ya sólo» falta al material ser ordenado por mano del autor, con que se pliega a una historia como por sí solo. Pues así, con ese «ya sólo», describía Benjamin qué era escribir historia, una *histoire raisonnée*. «Método de este trabajo: montaje literario. No tengo nada que decir, sólo mostrar»[142].

La concreción corpórea, la imaginación espacial de Benjamin no se muestran sin embargo sólo en ese trabajo de los «Pasajes», sino desde sus comienzos. Hay en su pensar y su escribir un fuerte componente espacial, lo espacial siempre está ahí. Viajó mucho y ponía énfasis en ello. Los viajes eran adentrarse en perspectivas con miras a explorar. Y a la vuelta siempre se traía a casa algo aprovechable. Ese abanico de imágenes que arma de París se encuentra también en una larga serie de ciudades, aunque de menor formato en la mayoría de ellas: Berlín, París, Nápoles, Moscú. Ya «Calle de sentido único» se ocupaba de París, fue «mi primer intento de enfrentarme cara a cara con esta ciudad. Lo continúo en un segundo trabajo que se llama "Pasajes parisinos"»[143]. Que gira en torno a «conseguir para una época la concreción extrema que allí» –en *Calle de sentido único*– «aparece de vez en cuando en un juguete, un edificio, una situación vital»[144]. En esos fragmentos ya se emplea esa descripción precisa que propiamente es despliegue de una «totalidad concreta» en un objeto o gesto determinado.

La *Infancia en Berlín hacia 1900* es en este aspecto importante ejercicio o trabajo preparatorio, una obra maestra de hermenéutica topográfica. Ello

se desprende ya de sus «capítulos», preponderantemente tópicos, lugares: parque zoológico, panorama imperial, Genthiner Ecke en Steglitz, el comedor, el mercado de la plaza de Magdeburgo, Blumeshof 12, el carrusel, armarios, costureros, isla de los pavos, Glienicke. Se despliega una topografía cultural de la ciudad cuando escribe: «En mi niñez yo estaba preso en el Oeste, antiguo y nuevo. Mi tribu vivía en aquel entonces en ambos barrios, con una actitud en que se mezclaban acritud y orgullo, y de ambos hacía un gueto que consideraba patrimonio. En ese barrio de propietarios seguía encerrado yo sin conocer otra cosa... A veces mamá me llevaba de compras las tardes de invierno. Era un Berlín oscuro, desconocido, que se difuminaba en luz de gas a mi alrededor. Nosotros seguíamos en el territorio del antiguo Oeste, con sus calles de trazados menos pretenciosos y más reducidos de lo que se preferiría luego»[145].

La obra de los *Pasajes* es inconcebible sin la figura que mide con sus pasos el espacio urbano, el *flâneur*, y sin la forma de moverse que le es propia, el callejeo. Es a Franz Hessel a quien Benjamin debía lo mejor de su inspiración a cuenta de ese personaje. Benjamin siempre hizo tema de ese modo de conocer radicado en el movimiento, en cierto modo el aspecto epistemológico del *flâneur*. Así, en *Calle de sentido único* escribe: «La fuerza del camino es otra si va uno viendo que si pasa volando por encima en aeroplano. Así también es otra la fuerza del texto si lo lee uno que si lo transcribe. Quien vuela sólo ve cómo el camino se arrastra por el paisaje, cómo va siguiendo las mismas leyes de cuanto le rodea. Sólo quien anda el camino se encuentra con todo su señorío y nota con qué dominio va y viene por ese paraje, para el aviador lisa y llanamente un plano desenrollado, cómo ordena lejanías, panoramas, claros y perspectivas en cada uno de sus giros, cómo despliega una voz de mando soldados en un frente»[146].

Sí, es algo que sólo se aprende mediante prolongado ejercicio y experiencia: perderse uno por una ciudad de suerte que logre verla. «No saber manejarse en una ciudad no significa mucho. Pero perderse en una ciudad como se pierde uno en un bosque, eso requiere escuela. Ahí los nombres de calles tienen que hablarle al que vaga como chasquidos de ramas secas, y callejuelas en el corazón de la ciudad le reflejan claras como ibones las horas del día. Yo aprendí tarde ese arte; ha colmado ese sueño de que fueron las primeras huellas laberintos en las hojas de mi cuaderno. No, no las primeras, pues antes aún estaba aquello que les ha sobrevivido. El camino en el laberinto, al que no podía faltar su Ariadna, llevaba a través del puente Bendler, cuya suave pendiente fue el flanco vencido de mi primera colina. No lejos de su pilar se hallaba el objetivo: el Federico Guillermo y la reina Luisa. En torno a sus redondos pedestales se alineaban los arriates como conjurados por mágicas curvas que un arroyo trazara ante ellos en la arena»[147].

Benjamin desarrolla sistemáticamente y por extenso las cualidades hermenéuticas y exploradoras de esa figura en «*El retorno del* flâneur». Éste es un «sacerdote del *genius loci*», detective de formas, es quien sabe de umbrales, quien barrunta y reconoce las más sutiles transiciones. No sólo es un saber específico y casi enciclopédico de los parajes urbanos que le distingue pongamos del viajero a la caza de monumentos, sino ante todo un don de captación bien definido, casi un instinto. Benjamin emplea el término «husmear»: «Y daría todo cuanto sabe de lugares natales o retiros de artistas o residencias principescas por husmear olores de un solo umbral o sentir el tacto de una sola baldosa como los que se lleva de ahí el primer perro faldero que pase»[148].

Callejear demuestra no sólo manera de moverse, sino de percibir y conocer. En su *Diario de Moscú* Benjamin deja constancia de una experiencia importante: «No se conoce un objeto hasta haberlo experimentado en todas las dimensiones posibles. Tiene que haber llegado uno a una plaza desde los cuatro puntos cardinales para hacerla suya, y también, claro, haberla dejado por los cuatro. De lo contrario se la encuentra uno de improviso tres o cuatro veces hasta que se hace a tropezársela. Un paso más, y uno ya la busca, la aprovecha para orientarse. Así ocurre con las casas. Qué escondan, sólo llega a saberlo uno cuando va buscando a lo largo de toda una serie una muy determinada»[149]. Con ese callejeo en tanto modo de experiencia y conocimiento se corresponde la forma de exposición. En los *Pasajes* puede uno cambiar de un escenario a otro, «darse una vuelta» por el texto. Su principio constructivo es yuxtaposición y simultaneidad. Ello hace que la lectura de los *Pasajes* y obras afines no tenga que comenzar forzosamente por el principio. Uno se puede subir al texto en el punto que prefiera, a mitad de trayecto, o en el final. Ese texto es el «conjunto de experiencia París», reproducido, o por ser más preciso, sus arcadas: en su estudio sobre los *Pasajes* Susan Buck-Morss ha reconstruido también el camino de Benjamin hasta su pupitre en la *Bibliothèque Nationale*. No era otra cosa que la ruta diaria a través del campo de ruinas que una vez fuera escenario de su siglo XIX.

De fronteras,
Razorlike y otras cosas

Las fronteras son la univocidad concebible. Separan dentro y fuera. Discurren entre aquende y allende. Son el *limes* que separa mundo civilizado de barbarie. Le dicen a uno quién forma parte de él y quién no. Las fronteras son la más importante experiencia de espacio, al igual que su contrario, la ausencia de fronteras. Proclaman que aquí termina algo, que aquí empieza algo. Organizan territorios que en otro caso serían sólo espacio informe y vacío. Dan figura. No podemos vivir sin fronteras. Sin fronteras estaríamos perdidos. Y aun así «frontera» se asocia casi siempre a constricción, restricción, estar restringido. «Frontera» es palabra codificada por falta de libertad, barrera, estrechez, mientras «cruzar fronteras», «sin fronteras» o «derribar fronteras» contienen una plusvalía semántica y están cargadas de connotaciones positivas. Aún no se ha compuesto nunca un canto de alabanza a las fronteras, por más que esté claro que no puede haber cultura sin respetar las fronteras y sin una cultura de la frontera.

Todos tenemos a la vista tales fronteras de univocidad. El muro de Berlín, esa frontera sin peros ni hipótesis que valgan, frontera en su estado más puro que ha separado Este y Oeste y cuya fuerza simbólica está acreditada de muchas maneras: no se transgredía impunemente. Se disparaba a quien sin atender a los derechos de soberanía trataba de escapar o simplemente se pasaba de la raya. Una señalada construcción que había efectuado la separación de una ciudad en dos partes con precisión casi quirúrgica. Como trazada a lápiz sobre el plano. Con un glacis artificial, sistemas de iluminación y aviso, y una dotación de mantenimiento, mejora y servicio que se contaba por millares de personas, provistas de toda clase de dispositivos de control y filtrado. Era un mecanismo de seguridad, de estrangulamiento, de flujo y tránsito controlado. Sigue habiendo tales fronteras dondequiera que un conflicto se haya desarrollado en toda su virulencia y planteado a largo plazo. Ese tipo de dispositivos se utiliza siempre que alguna oposición se ha vuelto insuperable y ambas partes tienen que hacerse fuertes cuando el estado de excepción se ha vuelto cotidiano. No

tienen por qué ser siempre murallas chinas o muros urbanos construidos a la perfección y con elevada dotación técnica. En un siglo en que la hostilidad entre Estados sumamente inestables se ha vuelto fenómeno de masas, la fortificación de fronteras adopta por lo general figura más móvil y moderna, casi ubicua. Junto a muros que separan partidos o Estados rivales y en conflicto efectivo –Este y Oeste en Berlín, turcos y griegos en Chipre/Nicosia, la moderna instalación fronteriza entre Estados Unidos y México–, hay también la frontera movediza, ambulante, la *task force* en figura de alambrada. Es menos costosa, se puede desplegar en cualquier parte y momento, y también, según las necesidades, replegarse al reducirse las tensiones. Fronteras aseguradas con alambradas señalan más bien líneas de conflicto y lucha. Tales fronteras pueden transformarse de un día para otro: de líneas de demarcación pueden surgir líneas de lucha y de éstas las de un frente; o viceversa, del trazado de unos frentes pueden surgir alguna vez parcelas y labrantíos en que ya no se note que una vez pasó por allí la frontera, entre bueno y malo, derecha e izquierda, libertad o su contrario.

El caso habitual de frontera es la línea que delimita diferentes territorios estatales y ámbitos de soberanía. Tales líneas marcan dominio y vigencia de pretensiones de soberanía. Las fronteras perfilan territorios, áreas estatales, ámbitos de dominio. Por lo regular basta marcar el curso de la frontera con jalones de trecho en trecho, acaso una torre de vigilancia en cada comarca, o alguna verja. Pero la mayoría de fronteras en el mundo son fronteras invisibles, fronteras verdes, discurren antes en nuestros mapas internos, en nuestras cabezas, se manifiestan en nuestras lealtades y sentimientos de pertenencia. La mayoría de fronteras en el mundo son invisibles: discurren a través de los mares y separan las aguas libres de las territoriales, atraviesan desiertos y agrestes paisajes de montaña donde ni un hito marca territorio. Las fronteras, algo extraordinariamente firme, son a la vez lo pensado, lo invisible, lo que existe sólo en nuestra cabeza, en nuestras convenciones y por ellas.

Llevando las cosas al extremo, la frontera está en los mapas como manifestación de univocidad y claridad, en particular aquellas que trazadas a tiralíneas fijaron las *paper partitions* del mundo colonial. Marcaban esferas de influencia y pretensiones de dominio, no territorios configurados por alguna estructuración interna del país. Por lo general fueron acordadas lejos del cacao, cómodamente reunidos en conferencias internacionales.

Son chantajes, extorsiones impuestas desde fuera, y tampoco puramente abstractas y geométricas, sino aprovechando tal vez el curso de este o aquel río, tal vez atendiendo a estos o aquellos recursos, pero esbozando siempre una territorialidad que nada tiene que ver con la de sociedades fundadas en el linaje o en clanes, ni con la de pueblos nómadas. Son límites basados en delimitaciones. Sobre la territorialidad de sociedades basadas en linajes se extendió la de los poderes coloniales. Sobre la cartografía tribal se desplegó la cartografía imperial. Como la cuadrícula de Estados Unidos se tendió sobre los cazaderos de las diversas tribus y linajes indios, así ocurrió también en el resto del mundo dondequiera que el hombre blanco estableció su dominio. Tales fronteras siguieron intactas, incuestionadas, «muertas», en tanto no se articularon autónomamente esas «sociedades» forzadas en su interior. Cuando tal ocurrió en la oleada de movimientos anticolonialistas de liberación, un sistema completamente distinto de coordenadas de exclusión-inclusión, pertenencia y extranjería, se hizo visible y se aireó en conflictos violentos que declaraban «artificiales» las fronteras impuestas y las convertían en instituciones sin objeto: en una cadena interminable de luchas por establecer otros trazados de fronteras que sigue aún hoy sin apaciguar. Allí donde hubo resistencia, donde hubo que contar con la idiosincrasia y el libre arbitrio de pueblos y sociedades, no fueron posibles *paper partitions* puras. Allí las regulaciones de fronteras tenían y pretendían alguna consistencia y sentido, tomar en consideración «situaciones establecidas», tradiciones históricas, mezclas lingüísticas y culturales.

Los desplazamientos de poder en el siglo XX, violentos y cumplidos mediante una violencia sin parangón, vienen secundados y señalados por desplazamientos de fronteras. También aquí desempeñaron gran papel *paper partitions* más o menos acertadas e inteligentes. El siglo XX europeo abunda en marcados desplazamientos de fronteras, para la mayoría de los cuales hay incluso un *copyright* que puede señalarse con precisión, o un artífice que se podía permitir hacerse ilusiones con su autoría y que de hecho ha entrado en los libros de historia. Frontera tal son por ejemplo las líneas Curzon, trazadas en 1920 conforme a las situaciones étnicas de Polonia y la URSS sin éxito alguno, y que sólo se harían realidad tras la Segunda Guerra Mundial. Frontera tal es la del «Oder-Neisse», tras la que se halla el trabajo de los gabinetes cartográficos de los ministerios de Asuntos Exteriores y las grandes conferencias internacionales desde Teherán a

Potsdam, pasando por Yalta. Entre tales fronteras hay que contar también en lo esencial el trabajo cartográfico de las conferencias de paz de París: Versalles, Trianon, St. Germain, Sèvres. Y no es azar que geógrafos y cartógrafos tuvieran destacada representación en las correspondientes delegaciones. Con fronteras inequívocas fundamentadas científicamente deberían desaparecer zonas de fricción y puntos y áreas de conflicto: ilusión manifiesta, pues por lo general no fueron las fronteras sino las fuerzas que se hallaban tras ellas quienes las convirtieron en objeto de hostilidad y de una lucha sañuda y mortífera.

La frontera territorial, precisamente la más simple de las líneas, el trazo sin sombreado alguno, tuvo que capitular ante la realidad. Como trazo en el mapa, la frontera es reducción de complejidad inexcusable y a la vez irrenunciable sin la que no funcionan los mapas. Sólo quien calla algo puede hacer que algo resalte. Quien quiera mostrar todo, no muestra nada. *Definitio est negatio.* Las fronteras territoriales y estatales son sólo una forma de frontera entre muchas, y decisivas sólo desde un determinado punto de vista, soberanía, derecho civil, pago de impuestos, obligación de servicio militar, etc. A menudo decisiva para seguir vivo, ciertamente. Como todo el mundo sabe, es asunto pertinente, importante y aun decisivo para la supervivencia a qué Estado pertenece uno. Y sin embargo la frontera estatal y territorial sólo es una entre muchas otras, y la cartografía de fronteras también ha de tomarlo en cuenta. Hay tantas formas diferentes de fronteras como sujetos que incluyan y delimiten o espacios que incluyan o excluyan, y así, infinitamente muchas. Los mapas lingüísticos nos muestran el trazado de fronteras lingüísticas, islas lingüísticas y comunidades lingüísticas. Los mapas de población nos ponen a la vista líneas fronterizas y zonas de contacto entre comunidades étnicas. En mapas confesionales y de religiones vemos el curso de las fronteras de difusión de convicciones confesionales y religiosas. Mapas de población, mapas de religiones, mapas culturales, mapas económicos, mapas de «panoramas políticos», cada mapa tiene sus propias fronteras. Los mapas físicos establecen el curso de líneas tectónicas, fronteras de cuencas fluviales, etc. Y es cuestión de decisión a qué se dé realce, qué se haga visible. Trazar y representar fronteras se topa con la máxima dificultad allí donde territorio estatal, etnia, lengua y cultura no se superponen: y, fuera de los Estados nacionales puros de Europa occidental, como Francia e Inglaterra, eso era la regla casi por doquier.

Como siempre, la vida es más compleja que las formas de representación de que uno dispone. Y basta pararse a pensar un momento para poder señalar de qué poco o qué selectivamente son capaces las formas de representación corrientes frente al estado de cosas. Donde el cartógrafo marca una frontera con un grueso trazo que separa un Estado de otro, discurre en realidad un paisaje en que ni siquiera se ven jalones fronterizos: una transición imperceptible, la frontera como pura construcción nacida de una cabeza. Los mapas de batallas en que se consignan las tropas enfrentadas acaso concuerden atendiendo a distancia e indicaciones del terreno, pero de aquello que decide el curso de la batalla, el mapa no dice nada: nada muestra de la logística, de la inteligencia estratégica de la dirección militar, nada de la moral de lucha que decidirá victoria o derrota. Los mapas lingüísticos, así sean los más minuciosos –y hay auténticas maravillas–, nada dicen de ese acento o esos desplazamientos fonéticos que en zonas fronterizas llevan casi imperceptiblemente de una lengua a otra. Y los mapas habituales nada dicen desde luego de los que albergan las cabezas, donde constan lealtades y pertenencias que van más allá de cualquier representación cartográfica. Que se encuentran antes en historias familiares, novelas e interpretaciones de sueños. Pero también puede venir un día en que estén vistos para sentencia y desafíen a guardias y fronteras. Existe casi siempre una conexión entre los mapas secretos y los desplazamientos de fronteras guardados en las cabezas y aquellos que han llegado a hacerse notar históricamente. Todo país que haya ganado forma estatal, en luchas de independencia o en una revolución, tenía ya figura en los sueños y en las cabezas largo tiempo atrás. Entre novelistas y cartógrafos de una nación hay siempre relaciones íntimas. A veces afloran y se hacen reconocibles de golpe.

Fronteras y trazado de fronteras tienen historia propia. Formas de dominio ha habido que nada supieron de fronteras fijas. Había un centro, una corte desde la que se regía y se recaudaban tributos, pero las fronteras como tales son invención posterior, en lo fundamental, hallazgo y conquista del Estado territorial nacional y luego de colonialismo e imperialismo[150]. Son las masas quienes conciben fronteras. La idea de que los Estados vienen definidos por fronteras se instala en las cabezas de los seres humanos pasando por los mapas de escuela de los Estados nacionales europeos, en las cabezas de quienes en adelante se han convertido en ciudadanos de su nación. El moderno ciudadano de un Estado lleva las fronteras en la cabeza. Y muchas fronteras poco menos que indiscutidas se fijaron plebiscitariamente en la época de las masas y la democracia de masas, como muestran las numerosas votaciones en terrenos en litigio tras los acuerdos de paz de París. El moderno ciudadano estatal se identifica con su Estado, y ello significa ante todo con sus fronteras exteriores.

El trazo es inadecuado de suyo para exponer la transición, para el sombreado, para representar lealtades que se debilitan y de nuevo se fortalecen. La compacta coloración de los mapas sugiere una homogeneidad que no hay en territorios fronterizos y de transición. Ni el más refinado de los cartógrafos alcanza superponiendo colores y líneas la complejidad orgánica de lenguas y estilos que se entremezclan. Líneas, trazos, sombreados, todo son indicios, indicaciones, abreviaturas, signos del «como-si». Son construcciones conceptuales para dominar la complejidad, para poner orden. Necesitamos reducir, construir, ordenar, precisamente cuando queremos hacernos presente y representarnos lo complejo, lo no construido, lo inabarcable de una mirada, el caos.

Y aun así, tras todo lo dicho sería insensato discutir que hay frontera y fronteras. La frontera entre Estados Unidos y México no sólo parece trazada a tiralíneas, se trazó con tiralíneas, y sin embargo es frontera unánimemente aceptada a que nunca se achacaría algo de violento, impuesto y forzado, por más que no venga respaldada por ningún río, mar o cordillera. El Rin separa en su curso alto Alemania y Francia. El Danubio forma la frontera en Rumanía y Bulgaria. El Sáhara separa el Magreb del África negra. El Bósforo, que une Mar Negro y Mediterráneo, separa Europa de Asia. El Mississippi, después las *Rocky Mountains* y más tarde el Pacífico fueron en determinada época línea extrema del Lejano Oeste. En alguna parte del Oder cambiamos del área lingüística germana a la eslava. En la montaña se habla de fronteras de arbolado. Al describir la orografía de un paisaje consignamos fronteras resultantes de sedimentaciones, isotermas, oscilaciones térmicas, difusión de especies de plantas o animales. Definimos el área de difusión de culturas desaparecidas mediante yacimientos arqueológicos y las líneas que los unen. Casi podría describirse a la época de los descubrimientos como época en que se desplazaron las fronteras de la *terra cognita*, en sentido espacial literal y también en sentido traslaticio. Ríos y corrientes sirvieron a menudo y por largo tiempo como fronteras. Las cordilleras hacían de barreras y por tal se entendían. Las costas eran líneas fronterizas, pero también la línea trazada del Polo Norte al Polo Sur

que en el tratado de Tordesillas repartió el mundo conocido entre la corona española [castellana] y la portuguesa, reparto, como se sabe, con consecuencias de largo alcance en la historia del mundo. Pero la frontera discurre también entre ciudad vieja y ciudad nueva, entre *downtown* y suburbios, entre gueto negro y barrio residencial blanco. Hay fronteras que no aparecen consignadas en parte alguna y aun así respetan todos. Y las hay a que se rehúsa reconocimiento y cuya legitimidad se desafía. Hay que atravesar una frontera si se quiere desaparecer. En pasos de fronteras pueden anunciarse conmociones seculares. Con fronteras se señalan los «espacios sagrados» de templos y ciudades prohibidas. En muchas metrópolis son a menudo unos cuantos bloques, nada más, y ya se cambia de «un mundo a otro». Tales fronteras invisibles pueden volverse reales, entre zonas y áreas de lucha en guerras civiles en una ciudad. Incluso pueden discurrir fronteras a través de casas y edificios, o haberlas en los recintos de la vida privada e íntima, como muestran el serrallo oriental o la casa bereber de Pierre Bourdieu. Principalmente es la frontera entre lo público y lo privado una de las más delicadas y sutiles, al tiempo que sólida: en sus desplazamientos puede leerse la integridad o la erosión de culturas enteras. La frontera entre dentro y fuera subyace al misterio de todo umbral. La incertidumbre que aflora en el trato con fronteras resulta de esa riqueza y multivocidad de significados y referencias: la frontera que incluye, excluye; lo que separa, une; lo que toca es siempre a la vez distancia. No podemos sustraernos a esa paradoja.

Una y otra vez vuelve a hacerse de ello tema, una y otra vez se le da vueltas y vuelve a tratarse. La versión más corriente es la lucha entre partidarios de la tesis de «fronteras naturales» y partidarios de la tesis de que en las fronteras se trata de «un hecho en primer término social, y sólo después espacial». Los contendientes clásicos en este asunto son Friedrich Ratzel por una parte y Georg Simmel por la otra[151]. Se podría entender ésta como querella entre dos disciplinas, Geografía y Sociología. Pero, al tratarse de una disputa en el tiempo y en los discursos del tiempo, la disputa misma se llegó a cargar ideológicamente, y se vino a hacer del naturalismo y naturalización de Ratzel algo al mismo tiempo reaccionario e inmovilista, en tanto el concepto sociológico de espacio de Simmel figuraba la concepción moderna y dinámica. Es más, se situó a la Antropogeografía de Ratzel en las inmediaciones de un naturalismo biológico propio de nacionalsocialistas posteriores, mientras se caracterizaba a la Sociología de Simmel como

rasgo de su judaísmo y del presunto carácter desarraigado y sin lugar de éste. La ideologización de la cuestión de las fronteras, en calidad de «naturales» en Ratzel y de «hecho sociológico» en Simmel, su estilización hasta convertirla en confrontación entre un «sentimiento del espacio genuinamente alemán» y «lo desarraigado del judaísmo» es indicio del campo de tensión de la época que necesita a su vez ser explicado y resuelto.

En lo que atañe al asunto mismo, sólo ayuda a salir del atolladero una consideración histórica. Sería del todo insensato negar que las condiciones naturales, el curso de ríos, costas o macizos montañosos, desempeñan un papel en el desarrollo de acciones y formaciones históricas; como lo sería igualmente ver en las fronteras y su trazado algo eternamente dado y por encima de la historia. Toda frontera tiene su génesis, su época de vigencia y eficacia, y su época de descomposición. Las fronteras «se hacen». Las hay más y menos duraderas, más y menos estables, más y menos elásticas. Al decir que toda frontera tiene historia se está diciendo también que las fronteras son históricas. Esto es una visión intranquilizadora y angustiosa, naturalmente: se vuelve fluido todo aquello que es firme y da marco de referencia y orden a la vida en común. Que las fronteras se vuelvan fluidas es angustioso, como todo lo relativista y relativizador. Se vive más cómodo entre cosas firmes y fronteras eternas. Hacerse históricas las fronteras podría ser igualmente prospecto de uso y legitimación de revisionismo e irredentismo o proclamación de enmudecidas fronteras legítimas y reconocidas que conjurara intranquilidad, caos y guerra civil; o podría ser cuestionamiento expreso de rutinas y reglas tácitas. Las fronteras son condición vital de una vida humana ordenada, y transgresión de fronteras, antes de convertirse en término de moda, algo más peligroso y arriesgado.

Vista a cámara rápida, la entera historia europea es una ininterrumpida historia de desplazamientos de poder y de fronteras, de proclamación de líneas fronterizas largamente respetadas, de una dinámica incesante de revisión ora pacífica, ora violenta. En amplios períodos la historiografía es reconstrucción de esos movimientos de desarrollo y revisión. La historiografía trabaja especialmente el curso de las fronteras. Está especializada en sus desplazamientos, que toma por los más precisos indicadores de la dinámica de avances y retrocesos. La frontera es el lugar privilegiado para escribir historia espaciotemporalmente fundada. Aquí se nota la ausencia de intensidad en los impulsos, contundencia en los avances y consistencia en las innovaciones, o aun lo baldío de los avances. Aquí se muestra qué

deviene históricamente poderoso, y qué no es perdurable y justo por eso queda anulado de nuevo. Alexander Kulischer lo llamaba flujo y reflujo del movimiento histórico, y para él la eterna mudanza era agente principal del movimiento histórico[152].

Aún hay otro aspecto en que las fronteras son lugares preferidos: ahí se pueden estudiar procesos de mezcla, transferencia y amalgama de que surge algo nuevo. La frontera ofrece un conocimiento de una cualidad particular. En la periferia se ve de otra manera y otra cosa que en el centro, un centro que a menudo se satisface a sí mismo. Quizás eso encaje con que muchos nuevos desarrollos comiencen en la periferia, en la frontera exterior, y el núcleo de nuevos imperios se forme en la frontera exterior de los antiguos. Propiedad esta de la periferia y la frontera de que ciertamente puede hacerse de nuevo ideología, hacer de la periferia nuevo centro y estilizar la marginalidad en «peculiaridad»: la frontera como lugar natal de lo original y los originales, de lo híbrido considerado superior.

Maestro en explicar una sociedad entera a partir de la frontera es Frederick Jackson Turner[153], quien es mucho más que el autor de una tesis provocativa. Uno entiende después por qué ha sido tan importante para tantos europeos la experiencia estadounidense del espacio: ahí se era testigo de la formación *in nuce* de una sociedad. Ahí se podía seguir con ojos desorbitados, casi a cámara rápida, cómo una sociedad recorría a ritmo acelerado pero paso por paso todas las fases de desarrollo que en Europa ya habían desaparecido en la oscuridad de las épocas históricas y había que sacar a la luz con un fatigoso trabajo de reconstrucción de las ciencias del espíritu: la transformación del espacio en territorio y del territorio en Estado soberano. Aventura en el espacio que aun era más aventura en el tiempo. Algo parecido vale de Rusia, que igualmente quería o debía convertirse en escenario en que se formara de un salto toda una sociedad. La territorialización de una experiencia histórica o social, la construcción de una sociedad *coram publico* constituía la fascinación del «sueño americano». Frederick Jackson Turner se percataba plenamente de lo condicionado, de lo histórico de su punto de vista: sus consideraciones acerca de la *frontier* en la formación de la sociedad estadounidense sólo eran posibles desde el momento en que *frontier* y movimiento hacia el Oeste habían llegado a su fin; en concreto, en el mismo momento en que el director de la oficina del censo estadounidense constataba que ya no había propiamente ningún territorio de frontera (1890). Turner proporcionó con su ensayo

una clave de la historia estadounidense. Puede reconocerse ahí qué implica «*Grenze*» –ya se trate de *front, frontier, border, boundary*, etc.[154]–. Turner la lee hacia atrás, la descifra, la despliega. Aquello que para el común entendimiento sólo es línea lo transforma él en sección, superficie de corte en que despliega el *epos* estadounidense.

En el análisis de Turner se hacen visibles los elementos –demográfico, jurídico, social, institucional, geografía de comunicaciones o mentalidad– que han conformado a Estados Unidos. «Estados Unidos está ahí como una página en blanco en la historia de la sociedad.» Se recorren todas las fases, todas tienen su toque personal, su vía típica. Mientras en el Este todo es transformación de instituciones originariamente europeas, coloniales, despliegue de formas preexistentes, el Oeste troquela la experiencia arquetípica que produce lo nuevo y genuinamente estadounidense. «El desarrollo social de Estados Unidos ha arrancado siempre de lo nuevo surgido en la frontera. Ese infatigable renacer a que nada desvía de su camino, esa fluidez de la vida estadounidense, la expansión hacia el Oeste con sus nuevas posibilidades, el constante contacto con la simplicidad de una sociedad primitiva forma las fuerzas que dominan en el carácter estadounidense. El único punto de vista adecuado a la historia de esta nación no es la costa atlántica, sino el Gran Oeste... la frontera es la línea de máxima rapidez y eficacia en el proceso de convertirse en estadounidense. Lo salvaje se enseñorea del colono: se encuentra a un europeo a quien le preocupan traje, habilidades, trabajo, maneras de y hábitos de pensamiento. Lo saca de su vagón de tren y lo sienta en una canoa de abedul... donde se encuentra unas condiciones que le vienen dadas, que ha de aceptar por fuerza o perecer, y así encuentra el camino a los claros de los indios y sigue sus sendas. Paso a paso él cambia lo salvaje, pero el resultado no es la vieja Europa, ni siquiera el desarrollo de los gérmenes germánicos. El hecho es que ha surgido algo nuevo que es estadounidense»[155]. La *frontier* estadounidense puede enseñarle a uno algo que atañe también a otras fronteras, por doquier: que no son algo estático sino dinámico, indicador especialmente bueno del alcance de las energías ocultas detrás[156].

Imágenes del mundo, imágenes de mapas: otra fenomenología del espíritu

«La historia de las representaciones del espacio, que se revocan unas a otras, está bien estudiada y no hay que repetirla aquí», escribe Reinhardt Koselleck[157]. Esto es atinado si se mira sólo al espacio europeo occidental. Rige mucho menos en el estudio de las representaciones del espacio de sociedades y pueblos extraeuropeos. Según eso, cada época histórica tiene sus propias representaciones del espacio, cada época se hace de él su propia imagen. En los mapas se manifiestan el conocimiento y la representación que una época se hace del espacio. Los mapas cuentan historia en forma de figuraciones y construcciones espaciales. Se diría que en ellas la imagen del mundo vuelve en sí. La historia de la cartografía pasa por su fase mítica-mitológica, la religiosa, la de las Luces y la de expansión imperial y fantasía imperialista, hasta las imágenes de su autodestrucción. Y aun lanza ya una mirada a su espalda sobre el planeta azul, desde la remota lejanía, desde el cosmos, como de despedida[158]. Atraviesa los períodos y metamorfosis más diferentes, tal vez no en una sucesión lógica, tal vez no en una secreta teleología del progreso del conocimiento, sino unida a rupturas, pérdidas y «retrocesos», como muestra una mirada a la Edad Media en que se perdió la avanzada cartografía de un Estrabón o un Ptolomeo[159]. Representación del espacio e imágenes en los mapas se han estudiado por largo tiempo exclusivamente desde el punto de vista de su «cientificidad» y su fidelidad empírica a la realidad, atendiendo a la cuestión de hasta qué punto «corresponden al mundo real», hasta qué punto «reproducen correctamente». Con esa perspectiva cientificista podía apañarse algo así como un progreso del conocimiento con sus correspondientes desviaciones y «regresiones». En tiempos más recientes se vino a ver en ellas unas imágenes «más complejas», no sólo «copias» sino también construcciones de imágenes del mundo, formación de representaciones mentales que los hombres se hacen del mundo. Así vistos, se hace posible una segunda mirada a los mapas: desde el punto de vista de los significados que asignan, adscriben y consignan los cartógrafos y un público que necesita y lee

mapas. Modo de mirar que gira así más bien en torno a la faceta activa del trazado de mapas y la representación del espacio, y a la cuestión de qué papel desempeñaron en el mundo histórico.

La necesidad que tienen los seres humanos de figurarse y fijar el entorno en que viven es patentemente tan antigua como ellos. El mapa más antiguo que se conoce de un lugar poblado es el llamado mapa de Bedolina, en el Norte de Italia, de una época que puede situarse entre el 2000 y el 1500 a. C. La pintura rupestre muestra seres humanos, animales, casas, formas rectangulares y líneas irregulares. También se han hallado en otras partes dibujos en piedra que figuran lugares. De Egipto conocemos el plano detallado de un jardín grabado en madera y arcilla en torno al 1500 a. C., planos y mapas de minas de oro nubias, cartas estelares y mapas ya estilizados para el viaje al más allá. Los egipcios ponían a menudo tales mapas en los sarcófagos para el viaje al reino de los muertos. A causa de las inundaciones anuales y las nuevas mediciones resultantes, Egipto era un campo de prácticas para la elaboración de mapas catastrales. Tampoco en el caso egipcio está claro qué fue antes, la necesidad práctica de orientarse en concreto o la metafísica de un orden mítico espiritual en la vida del cosmos. ¿Qué es más característico de la representación egipcia del espacio, los mapas de las minas de oro nubias y los catastrales, o los de sarcófagos que se suponía debían guiar a los muertos a través del reino de los muertos? Recuerdan a las formas estilizadas de la moderna cartografía por computador. Un mapa fechado en torno al 1500 a. C. muestra canales, una muralla con portones, casas, vanos de puertas y un parque. Un mapa acadio fechado en torno al 2300 a. C. que sitúa el Este en el margen superior del mapa muestra al Éufrates que nace en las montañas armenias y corre hacia el golfo Pérsico, así como Babilonia y otros lugares. Un tercero presenta un mapa del mundo que toma como punto de orientación Asiria: Babilonia ocupa el centro; del Norte llegan las corrientes de Éufrates y Tigris; además de Babilonia aparecen consignadas otras ciudades[160].

Junto a la temprana existencia de mapas, la presencia por doquier de representaciones del espacio hace patente su carácter de «necesidad antropológica fundamental». Se encuentran mapas en forma de *stick charts* hechos con palmas entretejidas entre los habitantes de las islas Marshall: los mejillones indican islas, las largas ramas combadas, corrientes. Se trata de cartas de navegación que permiten localizar islas y atolones. Casi se diría que fijan el conocimiento secreto de un pueblo marinero, ilegible e

inaccesible a los extraños. Tales cartas de navegación las hubo también en la América precolombina, pues cuando Cristóbal Colón llegó en octubre de 1492 a Guanahaní, más tarde San Salvador, supo por iniciados de la existencia de una isla más al sur, Cuba. Treinta años más tarde, en el año de 1520, Hernán Cortés se hizo con un mapa dibujado con gran precisión. Lo consignado en él se recogió en mapas europeos, mientras los originales mejicanos se quemaron más adelante y no se han conservado. El códice Mendoza, que se conserva en la Bodleian Library, es uno de esos casos. El mapa representa la ciudad de México-Tenochtitlán, donde vivían unos 150.000 seres humanos en el momento de su descubrimiento por los europeos.

También se encuentran mapas de las tribus indias norteamericanas. Consignan ríos, senderos, poblados y cuerpos celestes. Coetánea de la Antigüedad mediterránea, se encuentra también una cartografía avanzada en el Este y Sudeste asiáticos. Los cartógrafos se sirven de los materiales más diversos, como seda o piedra. Incluyen ríos y asentamientos consignados en relieves. Hay mapas de provincias en particular pero también del cielo y las estrellas. A menudo se consignan nombres de los lugares. Desde muy pronto se establecen directrices oficiales para la confección de mapas y se emplea un sistema de coordenadas rectangulares. China produjo el primer mapa impreso, en torno a 1155 d. C., que muestra una parte de la Gran Muralla y China Occidental; está orientado al Norte. China inventó antes que Europa e independientemente de ella la brújula, tan importante, y otros instrumentos náuticos importantes para la navegación y los descubrimientos. De Japón conocemos representaciones isométricas de Kioto que se antojan un plano urbano moderno en que figuran recintos de templos, lugares sagrados, trazado de calles y alcantarillados.

Son de todos conocidos los logros cartográficos del mundo islámico. Los árabes no sólo recogieron muy pronto la herencia de la Antigüedad con sentido crítico –ya en el siglo IX se tradujo al árabe el *Almagesto* y la *Geografía* de Ptolomeo–, sino que también recogieron conocimientos cartográficos chinos e hindúes, y aprendieron técnicas de fabricación de papel, impresión de libros y navegación. Como se apunta en la leyenda de Simbad el Marino, puede que fueran los viajeros y descubridores más significados del mundo. Tras sus imponentes logros cartográficos se hallan sus logros como descubridores. A bordo de sus *dhaus* navegaron hasta el sur de África y las costas de la India y el Sureste asiático. Disponían de instrumentos náuticos, brújula, rosa de los vientos y una forma primeriza de portulanos. Les empujaba el comercio y la difusión de las doctrinas del Profeta. De ellos proviene el más antiguo globo del mundo, fabricado en Persia en 1279, mapas del mundo, del valle del Nilo y otros mapas regionales, planos de asedio de puertos y ciudades, planos de ciudades, itinerarios e incluso planos a vista de pájaro[161]. Es a través del mundo islámico como regresó a la Europa cristiana un conocimiento geográfico de los antiguos en gran parte perdido, y en buena medida precisamente por allí donde islam y cristiandad se enfrentaban más fecundamente, la Península Ibérica; y no por azar a través de quienes hacían de mediadores en el comercio entre ambos mundos, los judíos españoles. No es azar que esa zona fronteriza y de intercambio islámico-judeo-cristiana se convirtiera en centro de la moderna cartografía europea y punto de partida de las singladuras y descubrimientos europeos modernos.

Así pues, puede observarse una «necesidad primigenia de orientación en el espacio» que atraviesa todas las culturas; no ha habido sólo «el» camino de la conquista cartográfica del mundo, sino muchos modos de hacérselo presente. Con certeza, en el principio estuvo la necesidad práctica de orientación en viajes de comercio y singladuras. Planos de canteras y minas daban información sobre yacimientos de metales valiosos. Mapas catastrales e itinerarios como los del *Corpus Agrimensorum* romano, o ese croquis de caminos de la costa norte del Mar Negro grabado en un escudo romano, pero también el mapa de Jerusalén contenido en el mosaico de Madaba, en Jordania, fechado en torno al 590 a. C., dan información sobre distancias y sobre suelo y terreno para la tasación de impuestos, funciones ambas de extraordinaria importancia para medir y administrar el Imperio romano. Pero la mayor importancia de los mapas está en permitir orientarse en viajes comerciales y de descubrimiento, y así, fueron también los avances de mercaderes y descubridores los que más adelante removieron y desarrollaron de forma más duradera la imagen que los seres humanos se habían hecho del mundo[162]. Cada descubrimiento altera nuestro conocimiento del «aspecto del mundo» y lleva a revisiones, pero a la vez ocurre que conocimiento alguna vez alcanzado vuelve a derrumbarse y perderse.

En tanto figuran el mundo desde un ángulo de visión determinado y se interesan por un determinado «objeto», los mapas son a la vez documentos de poder y dominio: gire el mundo en torno a Babilonia, a Roma o al Imperio del Centro, la figuración cartográfica siempre implica una decisión acerca de centro y periferia, poder y marginalidad[163].

Mirada en sí misma e inmanentemente, toda imagen del mundo y de un mapa es cerrada, conclusa y concluyente, tiene su plausibilidad propia, y corresponde a una consideración histórica de la cartografía tomarla en consideración, dejarla estar y concederle su propia vigencia, en lugar de mirar a las limitaciones y fantasiosos «errores medievales» desde las alturas del *Geographical Information System* (GIS) o la cartografía por satélite. Con ello se da entrada, desde luego, a un relativismo sin el que no es viable de ninguna manera dotar de su carácter histórico a imágenes del mundo o de mapas. En tanto en cuanto esto sea cierto, cosmogonías y cosmologías son modos de aclararse y explicarse tanto como lo es la medición de la Tierra por satélite, y el *mappa mundi* de Hereford tiene tanta validez como el primer mapa de Francia que la conclusión de la primera gran medición científica de Cassini hizo posible.

El desarrollo de las imágenes del mundo y el de las imágenes de los mapas están ligados al desarrollo tecnológico y a cánones de conocimiento del mundo que la técnica ha hecho posibles, y así, ligados al estado de las técnicas de medición, a la construcción de nuevos instrumentos, la obtención de datos pertinentes, el descubrimiento de la brújula, el teodolito o la fotografía por satélite. El catalejo que haría visibles nuevos planetas desencajó de sus goznes una imagen del mundo. El cronómetro, con cuya ayuda se pudo medir por fin con exactitud distancias en mar abierto, transformó un océano interminable e incalculable en superficie abarcable y mensurable de parte a parte, en que los movimientos no se sucedieron ya guiados por el principio de «ensayo y error» sino que admitían reproducirse de forma controlada y ajustada a un fin. También de eso surgió un mundo nuevo. Vistas así, las imágenes de los mapas también figuran el poder de la inteligencia humana, son formulaciones del genio del ser humano a la hora de dominar y hacer franco el mundo espacial en que vivimos. Sólo para un modo de ver muy limitado es la cartografía una «ciencia auxiliar». En verdad es una de las muchas formas de conocimiento humano. Leer imágenes de mapas es nada menos que otra «fenomenología del espíritu».

Paisajes del paraíso, y otros

El nacimiento de Europa tiene lugar también en la imagen cartográfica que la Antigüedad esbozara y dejara trazada. Tiene lugar aquí algo así como una reproducción figurada del origen, de ese espacio en que hubo de tener lugar en tiempos míticos el legendario rapto de Europa. En el centro se halla el Mediterráneo oriental donde chocan los tres continentes, África, Asia y Europa. El Mediterráneo, centro de un mundo-isla rodeado por un océano que fluye a su alrededor: esa figura fundamental marca hasta hoy a los mapas escolares; el territorio originario, rodeado de ese campo que se extiende hasta los márgenes, la *oikoumene* que poco a poco avanza, se amplía, se precisa.

Oikoumene. El mundo de la Antigüedad se vincula patentemente a las culturas superiores de Egipto y Mesopotamia, así en conocimiento del mundo como en recursos intelectuales de la teoría. Los griegos, antes filósofos que geógrafos, recogieron el conocimiento existente a la sazón y lo interpretaron audazmente. Surgen así en torno al 550 a. C. los mapas de Anaximandro de Mileto, mejorados cincuenta años después por Hecateo de Mileto. Dividían el mundo en dos partes: Europa, y Asia con África-Libia, que encierran al mar Mediterráneo. Tales de Mileto desarrolló un método de proyección nuevo. Las discusiones de la Antigüedad giraban en torno a la división del mundo en tres continentes. Herodoto, el historiador viajero del siglo V a. C., y más tarde el ejército de Alejandro en torno al 320 a. C, ampliaron y precisaron enormemente los conocimientos geográficos, en que hizo no poco la introducción de *bematisty*, es decir, hodómetros. Demócrito consideraba al mundo habitado, la *oikoumene*, extendido principalmente en dirección Este-Oeste. El progreso realizado por los griegos en cuanto a la forma espacial de la Tierra, y así, en Cartografía, vino sobre todo de haber alcanzado la idea de una figura esférica para la Tierra, proceso que arrancó con los pitagóricos y ganó fuerza con Platón y sus sucesores. Aristóteles (muerto en el 322 a. C.) proponía una división del globo en cinco climas, y veía a la *oikoumene* delimitada por un Norte ártico

y un Sur trópico, líneas que más tarde la cartografía moderna identificaría con las situadas a 66 ½° y 23 ½° de latitud Norte respectivamente. También suponía Aristóteles que hubiera en el Sur una franja correspondiente al «mundo habitado», los antípodas, si bien inhabitados[164]. Ese conocimiento de la Antigüedad fue sistematizado por Eratóstenes, bibliotecario de Alejandría (276-196 a. C.). Éste, a quien se tiene por padre de la Geografía científica, calculó por vez primera el perímetro de la Tierra. Aceptada la forma esférica, el siguiente paso era la medición. A la de su perímetro hecha por Eratóstenes siguieron otras de Eudoxo de Cnido, Dicearco y Aristarco de Samos[165]. Eratóstenes calculó el perímetro correctamente, en lo fundamental, y repartió los continentes de una nueva manera. Hizo progresos en la medición de la longitud del Mediterráneo, y amplió nuestros conocimientos cartográficos, ante todo del Norte de Europa y el Sur de Asia, evaluando y sacando partido a los relatos de viajeros. Por lo demás, Eratóstenes parte de la idea de que la Tierra está en buena parte cubierta por las aguas. Geógrafos y cartógrafos posteriores le tomaron como punto de partida. Así, Crato de Melos (en torno al 200 a. C.) construyó por vez primera un globo terráqueo en que aparecían cuatro continentes de tamaño aproximadamente igual, dos en el Norte y dos en el Sur, rodeados por el Océano. Tres de ellos, empero, eran a la sazón casi desconocidos. Esa imagen subsistiría durante siglos. Se considera a Hiparco de Nicea, contemporáneo de Crato, inventor del método de proyección en mapas. Trazaba una red de grados iguales de longitud y latitud que se cortaban en ángulos rectos. Mirando al perímetro de la Tierra, Hiparco aprovechó la proporción de 360° por cada 700 estadios y fijó en esa red la posición de los lugares. Adoptada por primera vez una red sistemática para aplicarla a la Tierra, también era posible ya la proyección cartográfica. Parece que Hiparco inventó asimismo el astrolabio, instrumento para calcular y medir posiciones y trayectorias de estrellas y planetas[166]. En el siglo II a. C. Claudio Ptolomeo, bibliotecario de Alejandría como Eratóstenes, formuló los fundamentos de la Cartografía que habrían de tener vigencia durante siglos. Ptolomeo no se apoyó en la medición de Eratóstenes del perímetro terrestre sino en la del astrónomo griego Posidonio, con lo que vino a hallar un perímetro más restringido, equivalente a unos tres cuartos del real; error que se arrastraría a lo largo del tiempo no menos que las ganancias en conocimiento cierto que alcanzara Ptolomeo. Su *Geografía* contiene indicaciones sobre proyección cartográfica; propuestas de división del gran

mapa del mundo en mapas regionales, 26 en conjunto, de los que 12 corresponderían a Asia, 10 a Europa y 4 a África; una relación de unos 8.000 lugares a consignar, y por último, longitudes y latitudes en grados, donde quince grados corresponden a una hora. El primer meridiano discurre a través de las islas que hoy se llaman Canarias, y el mapa se extiende hasta China. Aunque el mapa se trazó fundado en cálculos astronómicos, por otro lado se consignaron lugares sobre la base de relatos de viajeros. No sabemos si Ptolomeo era cartógrafo o bien se trata sólo de un nombre colectivo para todo un corpus de obras cartográficas, como ocurre en la tradición médica con Hipócrates. Con todos esos progresos en la concepción espacial de la Tierra, Ptolomeo fue geocentrista y decisivo para una tradición que había de ser la dominante hasta Copérnico[167].

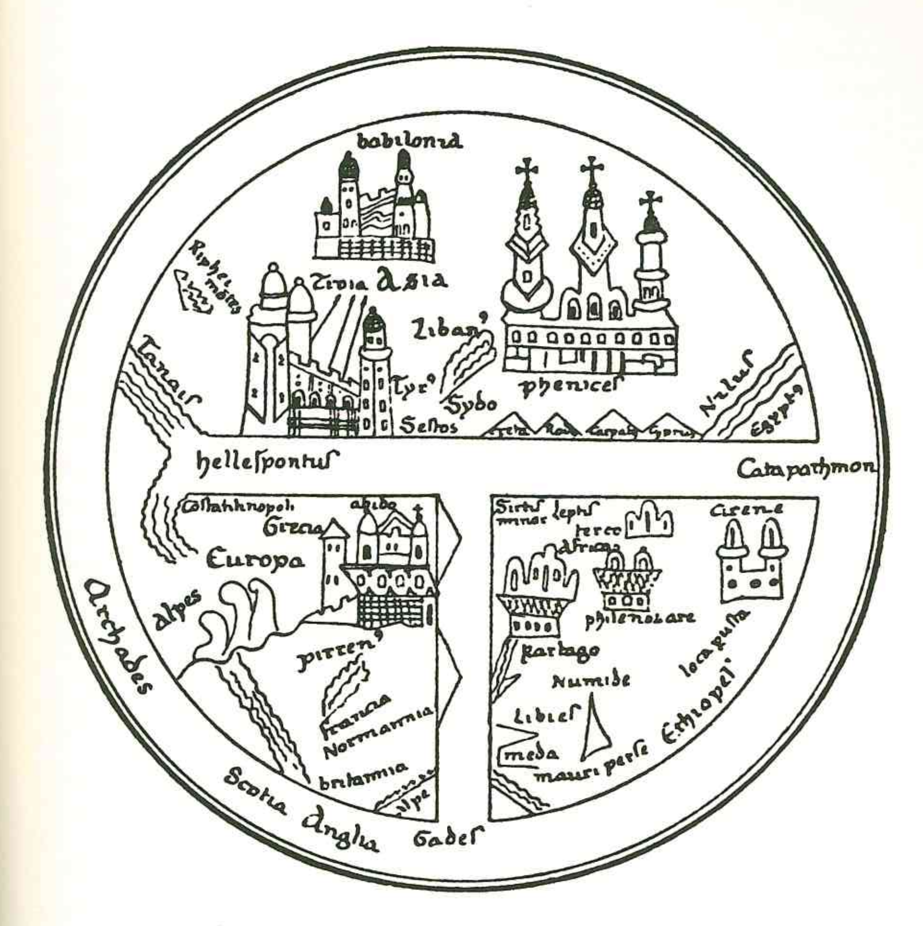
Conquistadores de Alejandría y herederos de la cultura alejandrina, los romanos tomaron con la ciudad el conocimiento del mundo almacenado en ella: figura esférica de la Tierra, medición de su perímetro, método de proyección cartográfica, mapas a diferentes escalas, mapas del mundo que abarcaban Europa, Asia y África... El sentido práctico que se atribuye a los romanos se dejó sentir también en el terreno de la concepción cartográfica del mundo conocido. Algunos mapas romanos han llegado hasta nosotros: por ejemplo, el de Agripa, que muestra por primera vez los tres continentes, Europa, Asia y África-Libia. Pero del mundo romano existen sobre todo, dos mil años antes de la *United States Public Land Survey*, mapas catastrales. Miden el terreno en lo que se conoce como *Corpus Agrimensorum* y se archivaban en registros catastrales oficiales. Además, existen planos de ciudades, un compendio de registros hidrológicos consignados, itinerarios, y ese célebre dibujo de la ribera del Mar Negro que contiene incluso nombres de lugares e indicaciones de distancias. Donde mejor representado queda el mundo de la cartografía romana es en lo que se denomina *Tabula Peutingeriana*, llegada hasta nosotros en una copia del siglo XIII basada por su parte en un original del siglo IV y en unos conocimientos encarnados en la gran figura de Estrabón (63 a. C.-24 d. C.)[168].

El conocimiento espacial y las representaciones cartográficas de la Antigüedad no sólo son de suyo dignas de atención, sino también porque los «progresos del conocimiento» llevados a cabo entre el 2500 a. C. y el 400 d. C. se perdieron casi por completo tras el final del Imperio romano, retroceso que duró hasta que aquel saber de la Antigüedad comenzó a circular de nuevo tras casi mil años y por vías asombrosas; historia de una regresión,

cuando historia, por lo demás, suele asociarse con progresión ininterrumpida.

El Paraíso cartografiado. Caminos a Jerusalén. La descomposición del Imperio romano viene acompañada por la decadencia del arte cartográfico. Del siglo V al X se encuentran pocos mapas. Entre ellos se cuentan el mapa en forma de mosaico confeccionado por un artista bizantino en una iglesia de la ciudad siria de Madaba en torno al 590 d. C. Muestra el Asia Occidental, el delta del Nilo y el Mar Negro. La posición de Jerusalén aparece consignada con precisión. Otro de esos mapas es la ya mencionada *Tabula Peutingeriana*, así llamada por un humanista de Augsburgo del siglo XVI, Conrad Peutinger. Se trata de un gran pergamino manuscrito de un pie de altura y veinte de longitud. Dividido en doce secciones, se han conservado once, que muestran el orbe terrestre desde el Oeste de Inglaterra hasta la India pasando por el Mediterráneo. Cabe conjeturar que la *Tabula Peutingeriana* se funde en un itinerario romano. En parte se indican distancias, caminos y cordilleras, y aun aparecen edificios y personas; el mar figura en gris azulado; Roma, simbolizada por una figura que sostiene un globo terrestre, un escudo y una lanza. Las calzadas principales del Imperio parten todas de Roma.

Aunque en la biblioteca de Carlomagno tiene que haber habido planos bastante detallados de Roma y Constantinopla, el arte de los mapas decayó tras el final del Imperio romano. No había una concepción fija y conclusa acerca de si la Tierra fuera esfera o disco. Ni se trataba tanto de informaciones geográficas como de presentar el mundo en correspondencia con las representaciones que de él se hacía la Cristiandad temprana. La concepción más extendida era la que hacía de la Tierra un disco circular, presentado en los llamados mapas radiales con el esquema T-O, que se retrotrae a un escrito de san Isidoro de Sevilla. Esbozan un mapa del mundo que presenta el orbe terrestre rodeado por la corriente del Océano *–mare oceanum–*, representado por la letra «O». Inscrita en ella estaba la «T», que repartía el mundo en las tres partes conocidas, Europa, África y Asia. El trazo vertical representaba al Mediterráneo, en tanto el horizontal señalaba los grandes ríos, Don (*Tanais fluvius*) y Nilo (*Nilus fluvius*). El transversal podía figurar igualmente el Mar Negro con el Bósforo y el Mediterráneo oriental. A oriente, sobre ese mismo travesaño de la T, se encuentra a menudo una imagen del Jardín del Edén, conforme a las palabras bíblicas «Y plantó Dios, el Eterno, un jardín en Edén, al oriente...»



Mapamundi T-O, de un códice de Leipzig del siglo XI.

«Esbozan un mapa del mundo que presenta el orbe terrestre rodeado por la corriente del Océano *–mare oceanum.*»

(Génesis 2,8). El Paraíso recibe así un puesto de honor central en el mapa del mundo. Aparecen además cuatro ríos que fluyen desde el Jardín de Edén: Pisón, Guijón, Tigris [Gidekel] y Éufrates [Prat]. En el cruce de los dos brazos, horizontal y vertical, se representa el centro del mundo. Allí se encuentra el punto medio de la Cristiandad, la ciudad santa de Jerusalén: «Así habla el Señor: ésta es Jerusalén. En medio de las naciones la había Yo colocado, con países alrededor...» (Ezequiel 5,8)[169]. En esta presentación se prolonga por una parte la representación que la Antigüedad se hacía del mundo, con Asia y África separadas por el Nilo, y Europa de África, por el Bósforo y el Mar Negro, mientras por otra parte lo nuevo, fruto de la Biblia y el Nuevo Testamento, está en el emplazamiento del Jardín de Edén y la Jerusalén sagrada, así como en la identificación de los continentes con los hijos de Noé, Jafet-Europa, Sem-Asia y Cam-África: no la *oikoumene* sino la Tierra Santa es lo que define el espacio[170].

Esta visión se mantiene hasta la Baja Edad Media, y sólo se romperá y descompondrá paulatinamente merced a los portulanos de marinos y mercaderes y al redescubrimiento de la herencia de la Antigüedad a través del islam. La mezcla de ideas bíblicas y conocimiento empírico de mapas se hace máximamente clara en algunas obras cartográficas célebres de la Edad Media, por ejemplo los *mappae mundi* o mapas del mundo circulares de Hereford (1276) y Ebsdorf (1339), que datan de finales del siglo XIII y principios del XIV. Es muy probable que ambos mapas colgaran en su día tras sendos altares de la catedral de Hereford y del monasterio de Ebsdorf. El mapamundi de Ebsdorf quedó destruido en la Segunda Guerra Mundial, el de Hereford aún existe. Emparentados ambos con los mapas radiales T-O y otros mapas de la Antigüedad, incluyen conocimientos de itinerarios, y así, se puede conjeturar que representan óptimamente el conocimiento geográfico de la Edad Media. El mapa de Hereford, que sigue el esquema T-O, está enriquecido además con nombres de ciudades, París, Roma o Antioquía. Son visibles dos pasos de los Alpes, escenas bíblicas pintadas con viveza y fábulas mitológicas, así como unos monstruos y engendros peregrinos patentemente pensados para infundir temor en el espectador. También el mapamundi de Ebsdorf, algo más reciente, que tenía un diámetro de tres metros, operaba con una mezcla de mitología bíblica y localizaciones empíricamente comprobables que pudieran haber servido como «contenido informativo» para peregrinos o cruzados por ejemplo. Oriente se figuraba además por medio de una cabeza de Cristo, mientras

Jerusalén se encontraba en el centro del mapa. Las crónicas de Hartmann Schedel (*Liber Chronicarum*), ya en 1493, aún no aspiran ante todo a conocimiento geográfico en sentido actual, presentan un bestiario de monstruos, enanos y ángeles exterminadores. Es patente que la obra gira en torno al más allá antes que al más acá físico o de la Física. La figuración artística es más importante que la exactitud de lo consignado. El anclaje de Cristo en el mapa en su calidad de juez universal es tan importante como en el tímpano en la iglesia. Las indicaciones puramente geográficas ni siquiera estaban permitidas. El mundo perfecto de los cielos corona al incompleto de lo terreno. La Biblia era la inspiración más importante de la cartografía y dejó su cuño. La cuestión giraba en torno a la geografía del Paraíso y la Tierra Santa. En las grandes obras cartográficas del *Theatrum Orbis Terrarum* de Ortelius, publicadas en Amberes ya en 1570, aún son claramente legibles lenguaje y horizonte de la Biblia y el Nuevo Testamento. La obra cartográfica *Parergon* incluye junto a secciones dedicadas a la marcha de Alejandro Magno o el viaje de Ulises otras que lo están a los viajes de los Padres de la Iglesia y san Pablo. Paisajes de la Biblia y de la Antigüedad se sitúan juntos sin forzarlos en absoluto. En la época se entremezcla todo con desenfreno, podría decirse también con total libertad. En el ejército de Alejandro aparecen representados barcos de una hechura como la que se gastaba en el siglo XVI; hasta bien entrado ese siglo los atlas siguieron siendo asunto religioso, y uno podía ser enviado a la pira por causa de un mapa. En la época de transición a la primera Edad Moderna, la vida del cartógrafo no estaba libre de riesgos. En fecha tan avanzada como 1535, Melchor y Gaspar Trechsel aún sacaron una edición de Ptolomeo comentada por Miguel Servet. A requerimiento de Juan Calvino, el atlas fue condenado al fuego, pues Palestina no aparecía como aquella tierra que mana leche y miel. El cartógrafo Servetus fue quemado en 1553 por hereje[171].

Portulanos
Apartarse de la costa
Hacia nuevas costas

Desde el siglo XIII aparece un tipo nuevo de mapa: el mapa pisano de 1290 o el portulano de Abraham Cresques, judío mallorquín, en que aparece representado el mundo desde el Atlántico hasta la China[172]. Literalmente, portulano es aquel mapa que permite o facilita hallar un puerto. Son descripciones de costas con indicaciones de rumbo, descripciones de entradas complicadas, lugares peligrosos como bajíos y escollos, e indicaciones sobre puertos seguros y fondeaderos, descripción de islas y cabos conocidos, una especie de cuaderno de bitácora para navegación de costa, basadas originariamente en anotaciones particulares de marinos y pilotos. «Una red de rectas que se cruzan (de ordinario llamadas rumbos) partiendo de 16 puntos equidistantes a lo largo de un círculo «oculto». A menudo las rectas exceden del perímetro, y tampoco es raro encontrar en uno u otro punto de corte rosas de los vientos adornadas»[173]. Las líneas sirven para orientarse igual que una retícula cuadrangular. «Los portulanos son los primeros mapas dibujados a escala en la Europa de finales de la Edad Media y comienzos de la Moderna»[174]. Portulanos e isolanos se concentran en perfiles de costa, ríos y desembocaduras; las líneas de costa son más importantes que el territorio mismo. Su aparición depende estrechamente de la aparición de la brújula, y de la navegación mejorada que ésta hace posible. Por lo regular están dibujados sobre pergamino de piel de cordero, o de gacela, como el célebre mapa de Ibrahim al Mursí, de 1461. Con sus puntos de orientación y sus indicaciones de vientos dominantes, estas cartas de marear han tenido una gran influencia en el desarrollo del mapa porque al fijar el conocimiento cartográfico lo hicieron perdurable y reproducible a discreción.

En el despuntar de la cartografía europea a finales de la Edad Media, sin embargo, cooperaron múltiples factores: redescubrimiento de la cartografía ptolemaica, invención de la imprenta y viajes europeos de descubrimiento. Los mapas de Ptolomeo eran superiores con mucho a los *mappae mundi*. Llegaron a Europa por dos vías: en el equipaje de los doctos que huyeron a Europa occidental tras la conquista de Constantinopla por los

turcos, e indirectamente a través de la recepción islámica de la Antigüedad y su vinculación práctica con la cartografía y descubrimientos de los árabes. En adelante, la invención de la imprenta permitió a la cartografía reproducciones exactas. Ahora ya había descripciones idénticas y mapas congruentes, sea el de san Isidoro, impreso en 1472 en Augsburgo, el atlas de Ptolomeo, en 1477 en Bolonia, el mapa xilográfico de Ptolomeo, en 1486 en Ulm, o la Crónica de Núremberg de 1493, de Hartmann Schedel. En adelante los mapas se habían convertido en reproducibles, idénticos y en cierto modo «objetivables», ya fueran simples xilografías, venecianos a dos tintas, lotaringios a tres o calcografías coloreadas a mano. La edición de Ulm del atlas de Ptolomeo ofrecía un mapa, en principio reproducible a discreción, con una red de meridianos y paralelos numerados desde cuyos márgenes soplan doce vientos y en que aparecen consignados ríos, montañas y mares. Sólo una vez fijado cartográficamente está verdaderamente descubierto un lugar, porque sólo entonces se puede poner rumbo a él reiteradamente, quien fuere y cuando fuere[175]. El primer descubrimiento no se verificaba hasta que un segundo podía repetirlo: sólo entonces quedaba el espacio conceptualmente apropiado y disponible.

Y por último, se sumó a todo ello la actividad autónoma del descubridor, ya se tratara de marinos árabes o europeos. Los árabes fueron señalados marinos y cartógrafos. El mapa del médico Ibrahim al Mursí, que procedía de Murcia, mostraba en el año 1491 [1461] con precisión los territorios islámicos en el Norte de África y las fortificaciones a lo largo del Danubio incluyendo las de la diócesis de Esztergom. Al Oeste, en el reinado de Enrique de Portugal los portugueses emprendieron la navegación a lo largo de la costa occidental de África, descubriendo las Azores y Cabo Verde. Colón, cartógrafo él mismo, descubrió América en 1492, y en 1497 Vasco de Gama encontró la ruta marítima de la India con ayuda de un piloto árabe musulmán.

La «Manzana terráquea» de Behaim, de 1492, propiamente concebida para recreo del público de Núremberg, refleja en el año del descubrimiento del «Nuevo Mundo» el estado más avanzado del conocimiento antes de su descubrimiento. Muestra el mundo exactamente en vísperas del regreso de Colón del Nuevo Mundo. Una manzana ptolemaica aún, ciertamente, con información nueva y abundante sobre el Asia oriental que había de agradecerse a los viajes de descubrimiento de Marco Polo. Eurasia se extiende casi sobre el globo entero, de suerte que Europa y Asia

parecen encontrarse Atlántico mediante; esto es, ofrece exactamente la misma imagen que llevaba en la cabeza Colón, quien en su viaje hacia el Oeste creyó haber alcanzado la India. El globo de Behaim está coloreado con océanos azules y un Mar Rojo rojo, pintado con barcos de fantasía y monstruos marinos, signos zodiacales y pendones. Pero la primera carta general verdadera del Nuevo Mundo es un mapa al estilo de los portulanos confeccionado por Juan de la Cosa en 1500 y hoy el tesoro más valioso del Museo Naval de Madrid. Otro mapa importante que muestra el Nuevo Mundo es el de Cantino de 1502, que Alberto Cantino llevó de contrabando a Ferrara para informar al duque de Ferrara sobre los nuevos descubrimientos y el reparto del mundo entre España [Castilla] y Portugal sellado en el tratado de Tordesillas de 1494; hoy se guarda en la Biblioteca de los Este en Módena. Ambos mapas están aún dibujados a mano; los primeros mapamundi impresos proceden de Giovanni Contarine y Francesco Rosselli, de Florencia, en el año 1506[176].

Sólo paulatinamente se hizo claro que se había descubierto un nuevo mundo. En el instante en que se fijaron cartográficamente por vez primera los perfiles de las costas de la América recién descubierta se cumplió el segundo descubrimiento, quizás el descubrimiento propiamente dicho. Antes, todo pudiera haber sido impresión, azar; ahora se había presentado «testimonio», casi podría decirse que se había creado un espacio nuevo. Ello acaeció por primera vez en la carta de Juan de la Cosa de 1500, se confirmó en la de Cantino de 1502, y luego se multiplicó mediante la imprenta, para hacerse ya irrefutable en el célebre mapa de Martin Waldseemüller de 1507 en que aparece por primera vez el nombre de América, en homenaje al marino Amerigo Vespucci. Waldseemüller, extraordinariamente impresionado por el *Novus Orbi* de Vespucci de 1499, aún intentaría en 1513 rectificar su mapa, sabedor ya de la verdadera historia del descubrimiento, pero era demasiado tarde: el nombre de América ya rodaba por el mundo. El mapa de Vespucci se colocó a continuación del mapa del Viejo Mundo de Ptolomeo. En adelante las cosas se siguieron en cadena. El conocimiento del Nuevo Mundo se difundió aprisa. América aparece ya consignada en el mapa turco de Piri-Reis, y enseguida en mapas chinos. A ulteriores descubrimientos siguieron nuevos cartografiados: Núñez de Balboa llegó en 1513 al Mar del Sur, la circunnavegación de la Tierra de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano entre 1519 y 1522 trajo consigo nuevos trabajos cartográficos relativos a las costas de África, India y las islas del Sureste asiático. Tan sólo el gran continente de los Mares del Sur, la *Terra Australis*, no sería descubierto hasta la segunda mitad del siglo XVIII por James Cook.

Época de descubrimientos es época de cartografía. Si esto vale ya del período del XIII al XV y los portulanos, cuando de verdad rige es tras el descubrimiento de América. El siglo XVI es la época de los artífices de globos terráqueos y constructores de instrumentos, de dibujantes de mapas y autores de atlas. Apenas hay artista significado del Renacimiento que no se ocupara de mapas. Todos dibujaron mapas, planos y vistas de ciudades o planos de asedio: así, Leonardo da Vinci, Alberto Durero o Hans Holbein el Joven, autor de un mapa del mundo impreso en Basilea en 1532. Gerardus Mercator o Gerhard Kremer, autor no sólo del célebre mapa del mundo que lleva su nombre sino de muchos mapas de Europa, fue consumado grabador y en muchos aspectos innovador del diseño cartográfico. Los problemas de mapas entraron en los discursos literarios y públicos, por ejemplo en ese pasaje de Shakespeare que alude a la circunnavegación del mundo que llevara a cabo Drake: «*He does smile his face into more lynes than are in the Mappe with the augmentation of the Indies*»[177]. Floreció un género nuevo, el atlas. Cartógrafo pasó a ser oficio bien visto y en verdad representativo de la nueva época, de humanismo y Renacimiento. Con una formación muy notable, los cartógrafos habían asistido a las universidades europeas desde Lovaina a Bolonia, y se veían remitidos a materiales del mundo entero en cuanto recopiladores de información esencial («estadística») para trazar sus mapas: relaciones de viajes, mapas tradicionales, datos geográficos y demás. El más significado cartógrafo contemporáneo de Mercator, Abraham Ortelius, creador del *Theatrum orbis Terrarum*, era un auténtico *polimatés*, relacionado con todos los eruditos y gran viajero que hablaba con fluidez flamenco, latín, griego, italiano, francés, español, alemán e inglés, y mantenía correspondencia con personas de toda Europa, desde Lovaina a Danzig, desde Oxford a Venecia. La época que va de 1570 a 1612 es «*the Age of Atlasses*». No sólo aparecen los trabajos cartográficos de Mercator y Ortelius, también los de Hondius, Janssonius, Blaeu y Visscher. Junto a globos y atlas florecen las vistas de ciudades, que además no sólo muestran ciudades europeas sino también del Nuevo Mundo, como el Cuzco y México. Las vistas de ciudades editadas por Georg Braun y Frans Hogenberg en Colonia entre 1572 y 1618, *Civitates orbis Terrarum*, constituyen la documentación visual más importante con que contamos de ciudades europeas en la época, como en los casos de Londres o Brujas. Repertorio y vocabulario del cartó-

grafo se amplían: se introducen nuevos signos para alturas, edificios, asentamientos y aguas que se harían canónicos en el lenguaje cartográfico. La confección de mapas, globos y atlas se convierte en negocio rentable y aun sumamente provechoso; el *Theatrum orbis Terrarum* de Abraham Ortelius de 1570 fue un éxito gigantesco, entre 1570 y 1612 aparecieron más de 40 ediciones y numerosas traducciones, al holandés, alemán, francés, español, italiano e inglés. A menudo la confección de mapas y atlas se hallaba en manos de unas pocas familias, además emparentadas entre sí, como en el caso de los Mercator, Hondius y Janssonius. Nos hallamos aquí ante la formación de un mercado de productos cartográficos tales como mapas, vistas de ciudades y globos terráqueos. Con el correr de los tiempos se fue desplazando el centro de la producción cartográfica: de los puertos y ciudades marítimas italianas, baleares y españolas al área flamenca, holandesa y bajorrenana; del espacio en que tradiciones y conocimiento árabes, judíos y cristianos estuvieran prodigiosamente entrelazados con los comienzos de las travesías europeas, al Noroeste europeo, que en adelante había de ser la puerta de Europa al Nuevo Mundo. La producción europea de mapas a finales del XV y comienzos del XVI se concentra visiblemente en el valle del Rin. Waldseemüller era de Saint-Die; Mercator, de Duisburgo; Ortelius, de Amberes; Hondius, Janssonius, Blaeu, Visscher, Van Keule y otros, de Amsterdam; Sebastian Munster, de Basilea. Algunos proceden de centros del Norte de Italia como Venecia o Florencia; y también algunas ciudades imperiales desempeñaron papel notable: Etzlaub, autor de la *Romkarte* [mapa de Roma], era de Núremberg, y Konrad Fürst, de Zurich[178]. La producción de mapas sigue los pasos de los descubridores y es parte del gran desplazamiento del centro dinámico del proceso de civilización desde el área mediterránea y norditaliana a la bajorrenana y atlántica. Aquello que comenzara en los portulanos a título de cauto atrevimiento en aguas costeras y luego cada vez más abiertas culminaba en los primeros mapas del mundo en que se plasmaba definitivamente la despedida del Viejo Mundo en su papel de único concebible y el descubrimiento del Nuevo, y radicalmente transformado; unos mapas en que cualquiera podía hacérselo presente en cualquier momento, accesibles a círculos cada vez más amplios: mapas impresos que cada quien podía llevarse a casa. Así, imagen del mundo e imagen cartográfica dejaron de ser cosa de pocos –magos, astrónomos y astrólogos, doctos y clérigos– para convertirse en asunto de más, de muchos más.

***«Discours du méridien»*: Descartes y Cassini**

En tanto no esté medido, el espacio es descomunal, salvaje, indisciplinado, indómito, vacío, inmensurable. Sólo medido es doméstico, domesticado, franco, disciplinado, entrado a razón, razonable, razonado. Sólo territorializado es el espacio dominable y dominado, espacio de dominio. La época de la Ilustración experimentó cierta insatisfacción con la comprensión cartográfica. Era demasiado imprecisa, «acientífica». Había que acabar con una situación en que a falta de información precisa sencillamente se ilustraban los mapas con escenas y animales de fábula; algo en que ya se regocijara Jonathan Swift:

> Geógrafos que en mapas africanos
> con cuadros de salvajes llenan vanos,
> y meten en desiertas soledades
> elefantes a falta de ciudades[179].

Contemporáneos como Güssefeld, cartógrafo de Núremberg, sabían perfectamente de dónde provenía esa carencia: «Con los obstáculos casi insuperables que se cruzan en el camino, clima, rudeza de los pueblos, grandes desiertos, ausencia de grandes ríos navegables y otras circunstancias semejantes, no es de extrañar que fuera de las costas y territorios adyacentes sepamos poco o nada de África. Hasta ahora todos los conocimientos acerca de las tierras interiores son de oídas. De ahí que sea forzoso esperar pacientemente a ver si los esfuerzos de los británicos por descubrir el interior son en el futuro más afortunados que hasta ahora»[180]. Pero Cartografía y Geografía debían llegar finalmente a ser «críticas». En su tratado de 1717 *The Construction of Maps and Globes* el erudito inglés John Green había cotejado los mapas existentes y criticado que «tales investigaciones se vean considerablemente retrasadas desde hace mucho por causa de los atlas de geógrafos descuidados. No es admisible que en adelante sigan publicándose semejantes mapas falseados y libros defectuosos que perjudi-



La Méridienne de París. Carte de Cassini, París 1720.

«Sólo territorializado es el espacio dominable
y dominado, espacio de dominio.»

can a la Geografía y la exponen a la vergüenza pública». Green se queja de que los cartógrafos nunca mencionen fuentes ni informadores, las líneas de costa nunca se dibujen exactamente, no figuren los caminos y las ciudades estén a menudo mal situadas[181]. Aquí se anuncia un tono nuevo. Cartógrafos y geógrafos quieren equipararse a los filósofos de los tiempos modernos: no aceptar indicaciones sin demostrar ni más base que la creencia, sino en todo indagar críticamente. En su *Discours de la méthode* René Descartes había hecho tema aun de la reflexión del conocimiento sobre sí mismo. Geógrafos y cartógrafos de la Edad Moderna y la Ilustración siguieron su ejemplo. Jacques Cassini, uno de los miembros de la gran dinastía de los Cassini que había llevado a cabo la primera medición de un territorio, expone sus procedimientos en el «*Discours du méridien*» de 1749. El resultado, la «*Carte géometrique de la France*», se convirtió junto con la Enciclopedia en una de las mayores empresas científicas y organizativas del siglo XVIII. El alzado del mapa de Francia se convirtió en una divisoria histórica, y se vendría a hablar de un «*avant la carte*» y un «*après la carte*»[182]. Los pensadores de la Ilustración abordaron el tratamiento del espacio con los medios de que disponían: abstracción y racionalidad. No cejaron hasta haber borrado del mapa la última de las manchas en blanco. Ni ondulación ni altura, ni río ni matorral, ni puente ni monumento que no hubiera de encontrar su sitio en el marco de una topografía que sabe cómo fundamentar cada paso al medir y localizar, cómo reproducirlo en mente y repetirlo en cualquier momento. La Ilustración echa en falta y ansía un espacio ilustrado, un espacio de las luces del que haya sido borrado todo lugar oscuro.

Ya se habían dado diversas incursiones en el terreno de la medición cartográfica y topográfica de un país; así, Christopher Saxton y John Noden en Inglaterra o Willbrord Snell a finales del XVI. En 1681 John Adams presentó a la *Royal Academy* la propuesta de medir Inglaterra entera apoyándose en mediciones astronómicas y triangulación. Pero la medición efectiva de un país entero no comenzó hasta la llegada a Francia en 1669 del astrónomo italiano Giovanni Domenico Cassini (1625-1712), oriundo de Bolonia. La iniciativa de la medición partió de Jean-Baptist Colbert (1619-1683), y no fue azar que se tratara de Francia: Francia encabezaba la producción de mapas topográficos en el XVII. Siguiendo al «espíritu de la época», la monarquía absoluta veía en la medición del territorio un presupuesto importante para mejorar la estructura económica y administrativa de Francia,

adecuado para llegar a ser el Estado centralizado más moderno de Europa, sede de un sistema mercantil y una administración racional capaces de desplegar todos los recursos del país. Ciertamente, Luis XIV hubo de sentirse un tanto engañado al mirar el mapa y comprobar que esa medición le había costado más territorio que cualquiera de sus guerras[183]. Desde sus mismos comienzos las mediciones topográficas fueron por su preparación proyectos de gran envergadura desde el punto de vista económico, organizativo, logístico y científico, que exigían considerables desembolsos y se prolongaban durante generaciones; muchos de sus organizadores murieron antes de finalizarse el proyecto, como Colbert, Picard o varios miembros de la familia Cassini; cualquier guerra podía suspender o interrumpir definitivamente el proyecto con sus turbulencias. Exigían planes casi de Estado Mayor. Sólo un Estado con poder organizativo y una voluntad fuerte estaba en situación de hacer algo así en esa época. La monarquía francesa tenía ambas cosas para crear el territorio del Estado nacional en ciernes. Cierto es que fue precisa la coincidencia de varios factores: requisitos científicos y técnicos cumplidos, situación intelectual de la época y voluntad política del poder. Espíritu ilustrado, Academia y Rey Sol convergen aquí en uno de los más esplendorosos proyectos de la moderna historia de la ciencia. Cuatro generaciones de la familia Cassini trabajaron a lo largo de más de cien años en la primera topografía veraz de un país y crearon con ello el prototipo de medición empleado luego para la de otros países, por ejemplo Irlanda, y al cabo la del mundo, por ejemplo en el *Great Trigonometrical Survey of India*. Cuando apareció el mapa topográfico de Francia en el año 1793, no sólo había llegado a su fin una acción «capital y de Estado», también se había consumado una obra maestra de ciencia y organización. John Goss la describe como sigue: «En su versión definitiva el mapa de Cassini consistía en 182 hojas (con formato 55,5 por 88,0 cm) a escala 1: 86.400. Era el proyecto cartográfico más ambicioso hasta entonces llevado a efecto en país alguno. La obra podía obtenerse en forma de atlas, formato folio, en un volumen o en varios, y contaba con un prólogo, «*Avertissement, ou introduction à la carte générale et particulière de la France*». Pero también podía conseguirse enmarcada, o como mapa plegable con una funda; esta modalidad, con aspecto de libro, era muy apreciada, pues de ese modo podía uno llevar consigo mapas que cubrieran la mayor parte del territorio en un formato manejable. Hechura que imitaba a la del plano de Vivier de París y sus alrededores, del año 1678, que se distinguía

por su estampa clara y despejada de toda imagen superflua en los márgenes. Caminos y calles principales aparecían realzados, había pequeños planos urbanos de las ciudades grandes, y disponía de diversos signos convencionales para pequeños asentamientos. Se indicaban puntos notables como iglesias, abadías, monasterios, palacios, molinos, etc., y los bosques aparecían cuidadosamente dibujados. También se indicaban apellidos de los feudos de la nobleza local así como de otros dignatarios. «Es uno de los documentos más importantes en la historia de la cartografía»[184]. Al parecer de J. W. Konvitz, lo fundamental en el éxito de esa empresa de medición está en haberse concluido: «Muchos admiran aún hoy la calidad de la impresión y estudian con fruición los rasgos característicos que Francia ya mostraba hace doscientos años. En conjunto, el mapa es uno de los triunfos más conocidos del siglo XVIII. Para sus contemporáneos, sin embargo, su fama no se fundaba en las cualidades estéticas sino en su carácter científico. Pocos compraban hojas cartográficas, y aun menos la edición entera, aunque muchos sabían de su existencia. Gentes que en su vida se habían echado a la cara siquiera una parte del mapa de Cassini sabían sin embargo que Francia se había cartografiado con una precisión jamás conocida hasta entonces. El mapa era prueba de la conquista del espacio mediante la medición... acaso su influjo más perdurable en la Cartografía estuviera en ser prueba de que empresa tan amplia podía llevarse a cabo con éxito»[185].

¿Cómo hay que imaginarse esa acción «capital y de Estado» ligada al nombre de la familia Cassini? John Goss resume así el proyecto: para empezar, hubo que medir el meridiano en París para poder establecer en firme el grado de longitud y de latitud. Entre 1668 y 1669 se pusieron a prueba diversos métodos de medición en los aledaños de París. Jean Picard midió una «línea fundamental», aproximadamente en dirección Norte-Sur, entre dos puntos del camino de París a Fontainebleau cercanos al molino de Villejuif y el pabellón de Juvisy; a su lado, Cassini utilizaba un instrumento de nueva construcción. Picard midió entre 1669 y 1670 trece triángulos partiendo de una línea fundamental de 5.663 toesas (que vienen a ser 11.037 metros, pues una toesa corresponde a 1,95 metros aproximadamente)». Medido el meridiano, la Academia de Ciencias decidió aplicar los nuevos métodos y técnicas a elaborar un nuevo mapa de Francia completo.

Como primer paso para una nueva medición de Francia entera debían medirse de nuevo las costas, y a partir de ahí conectar entre sí las regiones

medidas. A lo que Picard añadió la propuesta de «determinar primero largo y ancho del país y emprender luego alzados detallados apoyándose en la triangulación de Francia entera. Debería discurrir desde Dunquerque en el Norte a Perpiñán en el Sur una cadena de triángulos siguiendo aproximadamente el meridiano de París. Así podría medirse el grado de latitud con más precisión aún, y además engancharse a ella otras cadenas que siguieran las fronteras terrestres y marítimas»[186]. No le fue dado a Jean Picard poner en práctica el plan. Murió en 1682, y ocupó su puesto Jean-Baptiste Cassini. Tras una serie de retrasos se reemprendieron los trabajos de medición a lo largo del meridiano de París en el año 1700. En 1701 se alcanzó un punto de la frontera española cercano a Collioure. La Guerra de Sucesión española obligó a suspender de nuevo los trabajos de medición por largo tiempo. No se reemprendieron hasta 1718. En 1720 apareció el informe final de Cassini con el título «*De la grandeur et de la figure de la terre*». En él se ponderaba la exactitud de todos los mapas de Francia ya existentes. En 1733 se reanudaron los trabajos a cargo de Jacques Cassini junto con su hijo César-François Cassini de Thury. «La columna dorsal de la nueva triangulación era el meridiano de París corregido, a lo largo del cual se erigieron a Oriente y Occidente puntos geodésicos a intervalos de 60.000 toesas. Tal es el origen de la proyección cartográfica asociada aún hoy al apellido Cassini... donde están garantizadas la fidelidad de escala a lo largo de perpendiculares al meridiano así como la fidelidad de distancias a lo largo de una circunferencia que pasando por la posición corte al meridiano en ángulo recto... En junio de 1733 Cassini y sus auxiliares comenzaron la medición de una línea perpendicular al meridiano de París. Cuando el terreno no ofreciera objetos apropiados de referencia se erigía cada diez kilómetros una pirámide de metro y medio de ancho y unos 2,40 metros de altura, u otra estructura específica. Particular dificultad ofrecían siempre los bosques, pues las densas arboledas estorbaban la visión del punto de referencia. Para eludir esa dificultad los topógrafos siguieron el curso del Loire. De ese modo reunían de paso datos importantes para ingenieros que trabajaban en la regulación del caudal con diques y canales. Cassini alcanzó finalmente la costa del canal de la Mancha en Saint-Malo y conectó con las triangulaciones comenzadas por Picard»[187]. En relación con estos trabajos se enviaron dos expediciones con la misión de medir el arco de meridiano en las cercanías del ecuador, en Quito, y en el Norte de Europa, en el golfo de Botnia, cuyas mediciones

conllevaron la confirmación empírica de la teoría de Newton acerca del achatamiento del esferoide terrestre por los polos.

«Entretanto proseguía en Francia la medición de Cassini, que en la costa nordoccidental alcanzó Brest en 1735, de donde arrancó en 1736 otra línea hacia el Oeste. La nueva medición mostró entre otras cosas que los mapas en circulación de la costa atlántica francesa, editados por *Le Neptune François*, dejaban mucho que desear. Para remediarlo se comenzó en 1737 una segunda triangulación, que discurría por Cherburgo y Nantes hasta Bayona. Simultáneamente otro equipo medía la costa del canal de la Mancha hasta Dunquerque. Ambos equipos comenzaron en 1738 la triangulación de la frontera meridional desde Bayona en el golfo de Vizcaya hasta el cabo de Antibes en la costa del Mediterráneo, y a continuación se repartieron nuevamente el trabajo: uno volvió a medir el meridiano de París y concluyó el trabajo en 1740, el otro se hizo cargo de la frontera oriental comenzando por Niza, y alcanzó Metz en el verano de 1740. Normandía y Bretaña ya habían sido medidas en 1739, de suerte que en adelante, tras ocho años de minuciosos trabajos, una red ininterrumpida de cuatrocientos triángulos construidos a partir de 18 líneas fundamentales cubría el entero territorio de Francia. El gran marco de referencia que Picard había requerido con tanto énfasis unos decenios atrás estaba acabado, y constituía el fundamento para un gran mapa de conjunto a gran escala. Al terminar sus trabajos en 1744, los Cassini podían referir sus mediciones a ochocientos triángulos a lo largo de 19 líneas fundamentales»[188]. En 1744 se editó un mapa general de Francia en una sola hoja donde aparecían consignadas las líneas de triangulación, al que siguió más adelante un mapa más detallado en 18 hojas. No acaba ahí la historia de la topografía en Francia. Cassini de Thury prosiguió sus trabajos con una medición de detalle más fina que no se acabaría hasta cuarenta años más tarde. El resultado fue ese mapa de 182 hojas de que se hablaba al principio.

Más tarde se engarzarían entre sí las triangulaciones nacionales; así, entre Francia y Holanda por tierra, y entre Francia e Inglaterra a través del Canal. El proyecto de los Cassini hizo escuela por todo el mundo en los decenios siguientes, en que se midió topográficamente Inglaterra, Austria, Escandinavia, Rusia, Suiza, y asimismo los territorios alemanes.

No se hubiera concluido con éxito ese proyecto de no haberlo sustentado su propia época, la de la Ilustración, y un largo período precursor, el del Renacimiento y humanismo. Por fuerza ha de tener que ver con ese

cambio del espacio y la conciencia espacial relacionado con los descubrimientos el hecho de que las mediciones reiteradas hayan venido a ser algo así como lugar común y todos los eruditos significados de la época se ocuparan en algún momento de problemas cartográficos: Nicolás Copérnico, autor del *De revolutionibus orbium coelestium* (1543) era asimismo el cartógrafo de Lituania y Prusia. Se puede conjeturar que procedan de Galileo Galilei los primeros mapas lunares. Observaciones del cielo y mediciones de la tierra se remitían unas a otras, y las técnicas astronómicas fueron presupuesto para la observación y medición de la Tierra. Con sus observaciones y medidas de los cielos Johannes Kepler y Tycho Brahe pusieron la piedra angular del establecimiento preciso del grado de longitud. Sir Isaac Newton ejerció gran influencia en el desarrollo de la cartografía terrestre merced a su teoría del achatamiento de la Tierra por los polos. Edmond Halley (1656-1742), conocido a título de director del observatorio de Greenwich y astrónomo, fue asimismo un adelantado en muchos terrenos de la cartografía: de él procede el primer mapa meteorológico en que se consignan vientos y corrientes de aire. Desarrolló los primeros mapas hidrográficos del estuario del Támesis y la costa de Sussex. Comenzó a establecer un mapa de mareas y organizó la primera expedición marítima de finalidad exclusivamente científica, medir el grado de longitud y el funcionamiento efectivo del compás.

Todo gran descubridor fue también de algún modo alguien que medía y describía la Tierra. Eso vale de James Cook, quien recibiera una formación de *marine surveyor* y en el curso de su viaje por el Pacífico se convirtió en cartógrafo y astrónomo, así como del capitán John Smith en la bahía de Chesapeake.

Los hombres de Estado reconocieron el papel de la medición para el afianzamiento de dominio y administración. Richelieu era un apasionado de la Geografía a quien interesaban particularmente las «fronteras naturales» de Francia. También los revolucionarios norteamericanos, que tenían ante sí la empresa de hacer franco el Nuevo Mundo, estaban interesados de parte a parte en cuestiones de topografía y cartografiado. Benjamin Franklin, de quien existe un mapa de la Corriente del Golfo fechado en 1755, se interesaba apasionadamente por cuestiones cartográficas, lo mismo que Georges Washington. Para las potencias coloniales, la medición de los territorios recién ganados eran presupuesto fundamental de un sometimiento y expolio duraderos, así se tratara de Nueva Inglaterra, la Nueva Francia o el «Indostán».

Posterior elemento imprescindible en ese salto adelante en la medición del mundo fue la mejora de técnicas e instrumentos de medición. Merced al «cronómetro número cuatro», exacto y apto para la navegación, que John Harrison (1693-1776) creara con el trabajo de toda su vida, se hizo posible resolver un problema ancestral: determinar con precisión el grado geográfico de longitud, imprescindible para la navegación marítima[189]. Merced a la invención del teodolito por Jesse Ramsden (1735-1800) se hicieron posibles mediciones exactas de distancias, y así, la triangulación. El gran teodolito de 1784 consistía en varias partes: «Un anillo horizontal de casi un metro de diámetro, dividido en sectores de diez minutos cada uno, dos microscopios roscados para lecturas goniométricas con una precisión de décima de segundo, y un catalejo de alza ajustable en el plano del instrumento». El conjunto pesaba unos 90 kilos y se montó sobre un vehículo especialmente construido para el caso. En años siguientes se desarrolló un aparato algo menos voluminoso y así más móvil que intervino en las mediciones de la India y Estados Unidos. Finalmente se implantó el procedimiento de triangulación a gran escala. Desde el siglo XVI venía siendo desarrollado paulatinamente por Regnier Gemma Frisius, Sebastian Münster, Philipp Apian y Tycho Brahe así como por la ingeniería militar italiana. «Al triangular se mide primeramente una línea que se llama fundamental y sirve de base para construir una red de triángulos. Todas las demás distancias pueden deducirse luego por puro cálculo, mediante trigonometría. Usando torres de iglesias o dispositivos construidos al efecto como referencias los topógrafos pueden extender la red de triángulos a grandes distancias»[190].

Al cabo uno de los resultados de la Revolución francesa fue la reforma de pesos y medidas, la unificación de las mezcolanzas regionales y locales de un sinfín de unidades de medida diferentes. La homogeneización de éstas es presupuesto imprescindible para homogeneizar el espacio mediante medición. La Academia había establecido en 1791 que un metro correspondía a una diezmillonésima parte del cuadrante de meridiano terrestre. Esto llevó a introducir una *natural scale* en la cartografía que adoptarían poco a poco más y más Estados.

Con el surgimiento de una red de academias científicas, observatorios e institutos científicos, con la institución de unidades de medida y patrones hidrográficos, por ejemplo en la *East India Company*, medir el mundo se convirtió en oficio independiente, y en negocio independiente. El aparato

científico para la medición del mundo comenzaba a tomar figura. Se había puesto en marcha la transformación del espacio en territorio.

Las mediciones topográficas trabajaron primeramente en homogeneizar los correspondientes espacios de soberanía e hicieron surgir así al moderno Estado territorial (nacional). En algún momento saldría de esos estados territoriales homogeneizados la totalidad homogénea de *one world* medido de parte a parte. El mundo medido, del que había sido borrado todo lo equívoco, aproximado e informe, en el que todo había hallado su sitio definido con precisión, realización casi ideal de lo que se articulara en el *Discour de la méthode* de René Descartes como sueño de racionalidad del mundo, de cognoscibilidad del mundo. El *esprit géométrique* de Bernard de Fontenelles había venido a ser lugar común de la época. Pensamiento científico y procedimiento cartográfico vienen a aunarse prácticamente en Alberto de Halle cuando escribe «un teórico de la Naturaleza procede como un topógrafo al comenzar un mapa, en que ha fijado algunos lugares sin poder indicar de momento la posición de otros entre aquéllos»[191]. Linneo llama en 1782 «*mappae naturae*» a su sistema de clasificación, y Efraim Chambers, en 1728, «mapa del conocimiento» a su sistematización de las diferentes ramas del conocimiento humano. Al cabo, la medición cartográfica exacta de la Tierra se había convertido en modelo para la medición del conocimiento humano.

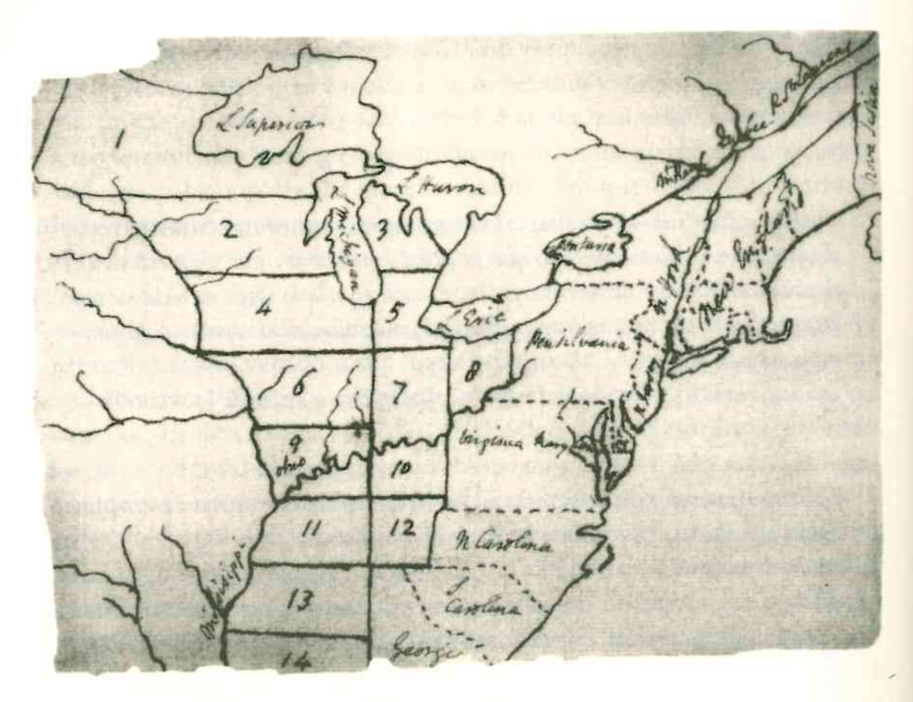
El mapa de Jefferson: la matriz de la democracia estadounidense

Esa red territorial, no el águila ni las barras y estrellas, es nuestro verdadero emblema nacional. Creo que se le debe grabar a cada niño estadounidense en el instante de su concepción, de modo que a lo largo de toda su vida se figure el modo en que hay que proceder no sólo con el espacio sino con el movimiento.

John Brinckerhoff Jackson[192].

El mapa llamado de Jefferson y Hartley, copia del esbozo de ampliación de Estados Unidos que dibujara durante su estancia en París en 1783 uno de los padres fundadores de Estados Unidos, Thomas Jefferson, se ha convertido en arquetipo de nuestra representación del territorio de los Estados Unidos de América. Ése es un dibujo sobre *tabula rasa*. El territorio de Estados Unidos está casi recortado en el continente norteamericano. Los trazos como de tiralíneas que discurren en la dirección de meridianos y paralelos son las fronteras. Sin consideración alguna con el relieve natural, con ríos o cordilleras. Eso es el arquetipo del espacio artificial, construido, hecho. Tales trazados de frontera nos son conocidos de las *paper partitions* del África colonial. Allí aparecen a título de delimitación de dominio y expolio, trazada por un poder externo y extranjero. Pero en el caso estadounidense, sin embargo, están trazadas por los propios fundadores del Estado. Aun cuando hoy, más de 200 años después de la fundación de Estados Unidos y del dibujo de Jefferson, nos hemos acostumbrado a la regularidad de las líneas y nos parecen casi «naturales», sigue subsistiendo aun así un componente de sorpresa e irritación ante el atrevimiento de ese mapa. Contemplado de cerca, proclama que la historia de Estados Unidos admite presentarse como historia de la territorialidad estadounidense o de la producción del espacio estadounidense.

«Estados Unidos fue una invención, un diseño nuevo para dominar determinadas tareas fundamentales de sociedad, política y economía»[193].



El mapa de 1783 llamado «de Jefferson y Hartley».

«Ése es un dibujo sobre *tabula rasa.*»

El mapa de Jefferson es un documento que abre camino y permite sacar abundantes conclusiones.

Procede de la época en que los 13 estados fundacionales que formaban el núcleo de Estados Unidos se habían consolidado, pero el proceso de tumultuosa expansión hacia el interior del continente no se había detenido, al contrario: la ampliación de Estados Unidos volvía a estar en el orden del día a cada nuevo empujón de los colonos hacia el Oeste. Estados Unidos se convirtió así en un «experimento geopolítico» sin parangón: ¿sería posible salvaguardar la idea de Estados Unidos, que tenía su centro en la costa atlántica, en años de vertiginosa expansión, incluso por el continente entero? ¿Cómo aunar la democracia, tal como se había establecido en los Estados fundacionales, con una expansión progresiva y acelerada que no se detendría hasta haber alcanzado la costa del Pacífico? ¿Qué figura adoptaría Estados Unidos con el Canadá británico al Norte, los españoles al Sur, y Francia en la desembocadura del Mississippi? ¿Cuál, un continente, aunque no negro ciertamente, franco sólo a partir de las desembocaduras de los ríos, con una cultura peculiar en el Sur, un Norte británico, un Oeste español y, sobre todo, perteneciente hasta poco antes a unos aborígenes que ahora estaban allí para convertirse en *alien residents* en su propia tierra o ser erradicados? Todo estaba aún en el aire.

Tenemos que liberarnos de la imagen que conocemos. Pues nunca hemos visto sino la imagen de lo consumado, y ronda siempre a toda consumación una especie de teleología. Pero también podría haber sido todo de otra manera: una Norteamérica de muchos Estados, de muchas colonias. El mapa de Jefferson es una opción entre muchas, un proyecto frente a otros. Un croquis de construcción de la gran máquina. ¿Qué aspecto tenían que ofrecer los nuevos Estados, de suerte que con ello ampliaran y enriquecieran a Estados Unidos, y alimentaran su espíritu revolucionario en lugar de reprimirlo? Esas preguntas se planteaban a finales del decenio de 1770 y comienzos del siguiente. El territorio del Noroeste, es decir, entre Pennsylvania, Ohio y el Mississippi y los lagos canadienses, había sido cedido a Inglaterra por parte francesa en 1763, y por aquélla a Estados Unidos en 1783. Ese *Old Northwest* se lo habían disputado durante el siglo XVIII Francia y Gran Bretaña, y hasta 1815 no se expulsó de él definitivamente a tropas y comerciantes de pieles británicos. Luego que los Estados adyacentes depusieron en el gobierno federal sus pretensiones territoriales, el Noroeste quedó políticamente organizado, es decir, «territorializado» en

1784 por la ordenanza del Noroeste. Esa ordenación del territorio, esa territorialización del espacio hasta entonces abierto se planteaba acuciantemente. El plano de Jefferson procede de la primera fase de desarrollo de Estados Unidos, es decir, del período que va de la declaración de independencia de julio de 1776 hasta la plena ratificación de la nueva constitución en mayo de 1790. Con la retirada de franceses y británicos se convirtieron en «territorios libres» grandes áreas más allá de los 13 Estados de la costa atlántica, más allá de los Apalaches, en el Noroeste, y sus padres fundadores tuvieron que ponerse a cavilar cómo debía desarrollarse la ampliación de Estados Unidos. Robert H. Wiebe lo resume así: «Al Norte como al Sur, al Este como al Oeste, en la ciudad y en el campo, fue el espacio lo que ejerció el mayor influjo en la conformación de la sociedad estadounidense entre el decenio de 1780 y el de 1850. Teorías del espacio, del sentido del espacio, esbozos espaciales, adaptación al espacio, eso fue lo que fijó antes que cualquier otra cosa los cambios fundamentales que tuvieron lugar en esos años»[194]. Samuel Vinton, diputado por Ohio, lo expresaba así: «Ha llegado a verse en la formación de Estados nuevos y su aceptación en la Unión una cuestión de la máxima importancia, y es forzoso que así siga siendo cada vez que se plantee. Pocas cuestiones de las que debe tratar el Congreso son de significación tan vital y decisiva para la Confederación... es éste un proceso que confiere nueva identidad a la República y necesariamente ha de influir en la estabilidad y el destino último de la Unión»[195]. ¿Cómo se da forma a Estados aptos para funcionar y qué aspecto han de tener, de modo que la federación estadounidense pueda preservarlos y protegerlos de ir a dar en el amorfismo de un territorio demasiado grande? Una comisión presidida por George Washington a la que se encargó la elaboración de propuestas presentó en marzo de 1784 un informe en que se establece número, forma y fronteras de los nuevos Estados así como procedimiento de incorporación a la federación. El informe gira en torno al tamaño y forma óptima de los nuevos Estados, a «recortar» del continente e incorporar a la Unión, y a la regulación de las relaciones entre centro y periferia, fuerzas centrífugas y centrípetas que pudieran reforzar o socavar la consistencia de la Unión. Una de las cuestiones planteadas es la compensación de poder entre Estados desiguales por tamaño y densidad de población. «La conformación de los nuevos Estados» es para sus redactores tema permanente y acuciante, donde importa no ver en Estados y fronteras estatales algo fijo y acabado, dado de una vez por todas, sino algo

plástico, moldeable, variable, siempre hacedero. Así, Benjamin Franklin decía por ejemplo que «por mi parte no estaría en contra de medidas semejantes siempre que parecieren practicables... Estados pequeños se dejan gobernar más fácilmente y mejor que grandes. De ahí que en una división por igual sería menester empequeñecer a Pennsylvania necesariamente, y no me opondría yo a que cediera una parte a Nueva Jersey y otra a Delaware»[196]. Se trata de encontrar aquella forma y tamaño que corresponda al máximo a ese equilibrio de poder. Es patente el temor a que los nuevos Estados participen en el logro del bien común menos que los antiguos Estados fundacionales.

Resultado de esas preocupadas reflexiones fue la *Ordinance for the Government of the Territory of the United States North West of the River Ohio*, que establece los procedimientos para la ampliación ordinaria de la Unión. Los Estados deberán llevar a cabo su ingreso en tres pasos. Primero, el Congreso establecerá una especie de administración provisional del territorio. Tan pronto la población alcance los 5.000 adultos varones libres, y éste es el segundo paso, los ciudadanos elaborarán una Constitución del nuevo Estado y la pondrán en vigor de inmediato, en tanto el gobierno federal designa un gobernador; de ese gobierno provisional se enviará luego diputados al Congreso. Y tercero, tan pronto el territorio cuente con 60.000 ciudadanos residentes será acogido en la Unión como miembro de pleno derecho. Punto central en esa «ordenanza del Noroeste» era la cuestión del «diseño geográfico», de la hechura geográfica del nuevo Estado. ¿Cuántos Estados nuevos debería haber? ¿Debían regir patrones establecidos por la administración central respecto a tamaño, forma y atributos geográficos, o más bien debía ésta abstenerse? ¿Debían definirse los territorios estatales paso a paso, o de una vez en un plan geopolítico conjunto? Jefferson abogaba por la creación y admisión de 14 Estados nuevos, Madison por contra advertía de los peligros de tal «multiplicación de las piezas de la maquinaria», porque en su opinión Estados Unidos no podría soportar sin daño semejante crecimiento. R. Meining resume el logro histórico de la ordenanza del Noroeste de esta manera: «La ordenanza de 1787 definió el procedimiento para la formación de Estados de la República bajo supervisión del gobierno central... se establecieron procedimientos fundamentales atinentes a instituciones gubernativas, pero aún quedaba por decidir caso por caso cuestiones geopolíticas importantes: cómo dividir esas imponentes áreas en unidades que encajaran en la Federación, con

qué tamaño, forma, tipos de frontera, qué situación respecto a los rasgos geográficos más importantes. La discusiones de 1784 en el comité de Jefferson referentes al "territorio Oeste" se ocuparon por extenso de ese problema. Los primeros esbozos de Jefferson muestran una serie de Estados con una extensión de dos grados de latitud cada uno y encajados en el marco general del Oeste en la forma geométrica más sencilla posible. Conforme a la situación existente, se pronuncia por Estados no mayores de 30.000 millas cuadradas ("no tan grandes como Pennsylvania") que considera los más adecuados al carácter de la sociedad estadounidense. En general se estaba de acuerdo en que los nuevos Estados debían tener un tamaño "moderado", quedando ese adjetivo abierto a una amplia interpretación»[197].

La ordenanza del Noroeste no sólo tuvo por consecuencia que se formaran cinco Estados nuevos, Ohio en 1803, Indiana en 1816, Illinois en 1818, Michigan en 1837 y Wisconsin en 1848, y que con ello quedara señalado el camino para la futura ampliación de la Federación, sino que también creó el modelo de «construcción interna del país», de establecimiento de un modelo más o menos unitario y uniforme de administración y vertebración institucional que llegaba hasta disponer la planta de ciudades pequeñas y pueblos. El mapa de Jefferson era en verdad un proyecto geopolítico, versión territorial o espacial del proyecto social de los padres fundadores de Estados Unidos. No sólo salta a la vista la simplicidad, racionalidad y carácter lineal de la organización territorial, sino también que se derivan de un proyecto político: el ideal de un equilibro entre Estados que han de ser en cierta medida uniformes y de igual poder para generar un máximo de estabilidad, de una relación entre centro y periferia que obstaculice acumulaciones unilaterales de poder. Debía alcanzarse una medida intermedia ideal, aunque probada, de extensión territorial y cantidad de población, ni demasiado grande ni demasiado pequeña. El diseño geográfico es la versión espacial del concepto de sociedad. La construcción del Estado, el hallazgo de la forma política llamada Estados Unidos tiene lugar en ese proceso de asentamiento y apropiación. En esa «invención de Estados Unidos» van de la mano conformación de instituciones y del territorio estatal.

América puso a prueba no sólo una nueva forma de sociedad sino también una forma nueva de territorialidad. Ya se había anunciado a gran escala en el contexto del descubrimiento del Nuevo Mundo. Con la bula

papal «alejandrina» de 1493 y el tratado de Tordesillas de 1493 hizo su aparición una definición marcadamente abstracta de relaciones sociales[198]. El tratado de Tordesillas garantizaba a los españoles [castellanos] el poder sobre tierras de gentiles a partir de cien leguas al oeste de las Azores. «Esa línea era en verdad un meridiano trazado de polo a polo. Por primera vez en la historia se había usado un sistema geométrico abstracto para definir el control sobre un territorio gigantesco, global»[199]. Los descubridores del Nuevo Mundo concebían el espacio terrestre en un sentido más abstracto y geométrico: las referencias espaciales primarias eran meridianos, paralelos, distancias y tiempos, ya no experiencias o acontecimientos como aún había sido característico de las representaciones del espacio cristianas o de la Antigüedad. Y tampoco las coordenadas de los mapas chinos o las líneas de los mapas de Ptolomeo tenían nada que ver con los meridianos y paralelos de la cartografía moderna[200]. El Viejo Mundo había pensado en espacios sociales, sagrados, míticos, o en los espacios comunales de la ciudad, abarcables con la mirada. El lazo de unión era la fe común, el negocio común, un espacio vital tradicional, no el territorio. El Nuevo Mundo era otra cosa: «El Viejo Mundo veía en la territorialidad antes de nada algo definido socialmente, pero eso habría de cambiar enseguida. La toma de conciencia del Nuevo Mundo aceleró una abstracción del espacio, pues las dos Américas pusieron a las potencias europeas frente a un espacio gigantesco, distante, desconocido y de nuevo género. Ello significaba que los europeos con su técnica limitada y su limitado poder político aún podían insistir en "despejar" el espacio y formar territorios, organizarlos y modelarlos en todos los planos geográficos hasta un grado inalcanzable en el Viejo Mundo. Y de nuevo es importante aquí ver que esa percepción y ese aprovechamiento del espacio no aparecieron de repente, se pusieron en juego una y otra vez y fueron cobrando fuerza. Aunque los descubrimientos, ciertamente, dieran un enérgico impulso al proceso»[201].

Pero con todo, al principio aún se contempló al Nuevo Mundo con los ojos del Viejo. Conquistadores y descubridores del Nuevo Mundo no supieron por largo tiempo decir adiós al horizonte del Viejo Mundo. La costa norteamericana frontera a Europa se piensa en conceptos tomados del espacio y la experiencia de la costa europea: Amsterdam se torna en Nueva Amsterdam, Escocia, en Nueva Escocia, York, en Nueva York. Por largo tiempo no se pudo pensar aún el Nuevo Mundo más allá de los términos del Viejo. La patente extendida a sir Walter Raleigh en 1584 le otor-

gaba poder sobre los territorios y países «con sus ciudades, burgos, villas y aldeas», como si tal hubiera en el Nuevo Mundo. En la nomenclatura se duplica el continente de procedencia, eso crea de momento un nuevo sentimiento de hogar.

Pero esto ya no ocurriría sin cierta ruptura. En los primeros pasos por el nuevo continente ya se insinúa un nuevo modo de proceder que podría llamarse «geométrico». La ordenanza del Noroeste de 1787 se convirtió en modelo principal de territorialización del espacio estadounidense. Eran sus rasgos linealidad, visibilidad de conjunto, racionalidad, transparencia, «*convenience*». La desmembración territorial se convirtió en una maquinaria de división y apropiación de tierra. Ésos fueron los presupuestos para dejar franca la tierra, para la «construcción interna», si se quiere usar estos conceptos de tiempos de los movimientos europeos de asentamiento allá por los siglos XIII y XIV. De ese modo se depuró, se vació el espacio, se crearon relaciones e instituciones impersonales, abstractas. La frontera desapareció en Estados Unidos a más tardar en 1890. Ya no había más tierra «vacía». Los aborígenes americanos se habían tornado en extranjeros tolerados en su propia tierra. «Esos indios eran allí naciones "extranjeras" asentadas... el continente norteamericano era su país. Era un problema para el que no tenía solución el nacionalismo de un país nuevo. Con sus pretensiones de soberanía exclusiva y control del territorio, los nacionalismos ni siquiera tenían un vocabulario en que pudiera desarrollarse discusión alguna. No había concepto ni categoría para los "extranjeros" que vivían allí, quienes por su parte no se sentían en absoluto ni parte de Estados Unidos ni dependientes de ellos, y no pensaban en absoluto en convertirse en parte de la nueva nación estadounidense»[202].

Los postulados de la *Northwest Ordinance* de 1787 no atañían sólo al «diseño geográfico» a grandes rasgos –número de Estados, fronteras, etc.–, se extendían hasta el plano del microcosmos social y comunitario. Conllevaban dos innovaciones territoriales. «Primeramente, el territorio del Noroeste debería subdividirse siguiendo la dirección de paralelos y meridianos, que allá donde fuera posible deberían señalar las fronteras estatales y prácticamente en todo el territorio ciudades y parcelas privadas. Ese sistema topográfico rectangular se aplicaría en años siguientes a casi todo el Oeste, y el territorio del Noroeste se aprovecharía para formar entre dos y cinco Estados... Todos ellos, con poderes en adelante para subdividir y modificar su territorio y mantener así en un plano geográficamente inferior la misma relación dinámica entre población y territorio»[203].

El primer Estado que salió del proceso de constitución e ingreso en la Unión fue Ohio, incorporado el 1 de marzo de 1803[204]. Precisamente por ser tan normalizado el procedimiento permitía experimentar sobre el terreno de manera inteligente con las situaciones dadas. No estaba decidido de antemano dónde debieran hallarse las capitales ni qué ciudades hubieran de entrar en consideración a ese respecto. En ocasiones la capital del Estado cambió varias veces. Esa búsqueda y experimentación con la forma óptima de Estado puede estudiarse muy bien en el caso de Indiana. Vino a ser su capital una ciudad de nueva planta y situada en el centro del Estado, Indianápolis, planeada como ciudad ideal en el tablero de dibujo por un discípulo de L'Enfant, el arquitecto jefe de la capital de Estados Unidos, Washington DC. La planta de Indianápolis muestra todos los elementos de la ciudad planeada, construida, pero tan simbólicamente significativa como deliberadamente práctica: con sus avenidas principales, sus mercados y las correspondientes plazas, su Capitolio estatal –pues cada capital estatal es a la vez un pequeño Washington–, el tribunal de justicia, la cárcel y las iglesias de las distintas confesiones[205]. «Si bien el nuevo Estado, Indiana, no era un espacio indiferenciado, una *tabula rasa*, en cuanto espacio político reflejaba exactamente el mismo modelo abstracto, "república estadounidense". Lo consecuente de ese boceto quedaba subrayado por la superficie relativamente uniforme de la mayor parte del territorio, de suerte que tan sólo algunas adaptaciones de poca monta al terreno y los cursos de agua deformaban la implacable simetría geométrica de Estado, condado, distrito y capital. Tomando ese esquema por base, el rígido sistema de medición de distritos absolutamente cuadriculados troqueló aquí, como por lo demás en casi todo el Oeste, el entero territorio federal»[206]. En las décadas siguientes el sistema hizo escuela y probó sus virtudes pragmáticas y realistas adaptándose a situaciones extraordinariamente diversas, por ejemplo en la «absorción» del gran territorio de Luisiana, atravesado en diagonal en la cadena de Estados en dirección Este-Oeste, o en la conformación de Estados como Nuevo México y California. La formación de Estados nuevos demostró ser instrumento elástico no sólo para establecer una tensión compensada y funcional entre Estados y nación, sino también como marco de desarrollo de formaciones sociales regionales. Con cada incorporación de un Estado nuevo la Federación en

expansión ponía a prueba al mismo tiempo su propia integridad. La ampliación de Estados Unidos no fue un proceso mecánico o automático, sino casi de reflexión y autogobierno, un proceso casi paralelo en el Sur y en el Norte que se movía entre compromisos y porcentajes, rivalidad y coexistencia, en una competencia productiva. Entró en juego así la gran ventaja del federalismo, poder adaptarse a cada situación dada. «El federalismo es uno de los medios para arreglárselas con la diversidad geopolítica. Esencia del federalismo es conjugar unidades geopolíticas diferentes y diferenciables, y con ello, salvaguardar su fundamental integridad»[207].

Pero la *Northwest Ordinance* era también instrumento, palanca, gran maquinaria para tratar con suelo y terreno, para transformar la tierra en propiedad privada, las praderas de los americanos nativos en parcelas, para poner en circulación terreno y suelo, para capitalizar recursos naturales, en pocas palabras: para crear el capitalismo estadounidense. «La ordenanza del Noroeste de 1787 se liberó de muchas complicaciones del derecho consuetudinario de propiedad inglés... Una vez que el gobierno nacional llevó a cabo su primera venta de parcelas, salió de escena... hablando en general, cualquiera podía comprar tierra que deseara, vender tierra que deseara vender, legarla en últimas voluntades, por partes y en partes, como mejor le placiera. La tierra se había vuelto mercancía y recurso productivo a disposición y bajo control privados, una parte elemental del sistema que circula en el mundo como capitalismo norteamericano»[208]. *Land Ordinance* y *Land Survey* se convirtieron en palanca decisiva para transformar tierra en terreno y suelo, y con ello en mercancía. Puede calificarse el proceso de parcelación gigantesca y sin precedente histórico de un continente entero, de privatización y apropiación transcontinental de la superficie terrestre por una sociedad entera, de toma de posesión del Nuevo Mundo por los retoños del Viejo.

La geometrización de tierras, la transformación de espacio en territorio, corresponde con su transformación general y aceptada en mercancías. «El carácter formal, la regularidad, simetría y divisibilidad de tal sistema lo hacían particularmente atractivo para los intelectuales de la época, inclinados a la filosofía, y la herencia de Jefferson consistió en dejar tras de sí un nuevo sistema de medición fundado en un sistema decimal. Pero lo más importante fue que ello permitía un sistema rectangular unitario y aceptado para sacar tierras al mercado con toda rapidez, como hecho de encargo para fines especulativos. Una perfecta normalización de unidades,

definidas y registradas racional y exactamente, hacía de compra y venta de tierras una transacción simple, rápida y segura; junto con una idea simplificada de propiedad, ello hizo de las tierras mercancía desvinculada en gran medida de condicionamientos sociales, como no fueran las medidas estrictamente monetarias»[209]. Con esa monetarización general de las tierras, el país se puso literalmente en movimiento. «En el año 1806 se midieron y sacaron a la venta mucho más aprisa tierras federales en numerosas oficinas regionales, con gran comodidad, en unidades de medio sector (320 acres) a dos dólares por acre, con un crédito a plazo de cuatro años. Esto aceleró el curso de las cosas, y como el gobierno federal disponía de una reserva gigantesca de tierras, estaba claro que sacarlas al mercado sería fundamental en las próximas décadas»[210]. Quien quiera puede hacerse con su parcela de superficie terrestre: nunca una sociedad entera se había convertido en propietaria de tierras hasta ese extremo. En esa época ser estadounidense era tanto como haberse convertido en propietario. La propiedad estaba tan ampliamente difundida como nunca hasta entonces. Una nación entera como clase propietaria. Una sociedad con ausencia casi total de los extremos, terratenientes y desheredados, latifundios feudales y pobreza de antaño, cuyas miserias habían horrorizado a la Europa moderna y anunciado las sacudidas resultantes de la «cuestión social». Lo que llevó a efecto la *Northwest Ordinance* es mucho más que un modelo para una lograda distribución territorial del continente: es el *grid*, la red, la malla tendida sobre el continente que hace en adelante determinable y denominable cualquier punto. Ya no hay manchas en blanco. En adelante, Estados Unidos entero tiene señas postales o puede tenerlas; son el instrumento de la apropiación, división y distribución, de territorialización y parcelación. En adelante hay fronteras y límites en lo ilimitado: fronteras de la unión, fronteras estatales, fronteras de condado, fronteras municipales, fronteras vecinales, donde hasta entonces no hubiera sino amplio espacio, praderas o cazaderos. El *grid* se convierte en marca e instrumento de transformación de un paisaje natural en cultural e histórico. Con su ayuda se establecen canales, *turnpikes*, *highways* y sobre todo tendidos del ferrocarril. El mapa es un programa de apertura; sólo con su ayuda se llega a hacer accesible el espacio. Es la clave con que se hace transparente la gran naturaleza salvaje. Es prospecto de instrucciones para el reparto del territorio, y así, para la creación de la clase propietaria que transformará la faz de Estados Unidos; una clase como no la ha habido nunca en ninguna parte, una

clase más allá de las antiguas clases, la *middle class*, el sujeto revolucionario *par excellence*. El plan de Jefferson es como el microscopio a través del cual se hace visible Estados Unidos. En él toma cuerpo el entero ímpetu de un Estados Unidos parcelado, valorado, puesto en movimiento, en circulación, cuya ahora aún está por sonar. El suelo en apariencia inconmovible de una sociedad de ciudadanos bien fundada e instituida a la que nada sería capaz de sacar de su apacible calma. Con ello queda todo bien atado: el poder está al alcance y cercano; no lejano como un zar siempre distante e inalcanzable. El poder es accesible, tangible, casi un vecino. Junto al gran Capitolio, que la mayoría sólo conoce como concepto, existe el pequeño Capitolio en la capital de cada Estado, casi siempre en su centro: en Indianápolis, Columbia, St. Paul, Phoenix o Des Moines. Los Estados se disponen espacialmente de modo que el poder siempre se pueda alcanzar en una jornada de viaje. Ciudades y municipios, de modo que uno siempre se las pueda arreglar en ellos allá donde se encuentren. Por doquier funcionan según idénticos principios, al igual que por doquier hay la *Main Street*, el tribunal de Justicia, la oficina de Correos, la cárcel y el hotel más importante en la plaza. Lo que a primera vista parece uniformidad es en verdad generación de un espacio homogéneo en que florece la diferencia y todo paso a dar es fácil, simple y rápido. Uno está siempre informado y orientado de antemano y se mueve sin tener que pensar en el perfil básico de ciudad, sea Boston, Nueva York o Des Moines. Esa facilidad, esa levedad del ser permite la concentración de todas las energías en aquello de que ante todo se trata, en Estados Unidos como en ninguna otra parte: el trabajo. Todo está en movimiento, todo es de una inaudita facilidad, todo accesible, y al mismo tiempo hay apego, peso, interés que se funda en la propiedad. Se dan menos que en cualquier otra parte quiméricos fantasiosos y rebeldes irreductibles, porque cada quien tiene su casa. Aun la especulación más audaz tiene alguna retaguardia. La sociedad civil es inconmovible porque siempre dispone de una última posibilidad de retirada, por más que pueda estar expuesta a las oscilaciones de la coyuntura. El mapa de Jefferson es muchas cosas en una: diseño geográfico del Estado bien instituido, pero aun más, si se sigue su refinamiento sobre el terreno, matriz de la propiedad privada y matriz de la sociedad civil estadounidense y de su difusión general.

Mapping an Empire: la construcción geográfica de la India, 1765-1843

Así como la Enciclopedia y la medición de Francia por los Cassini se cuentan entre los grandes logros de la época de la Ilustración, la medición del subcontinente indio se cuenta entre los grandes logros del Imperio británico. Sin Enciclopedia no habría mundo moderno, sin la medición de la India, nada de lo que se denomina imperialismo moderno o dominio de Europa sobre el resto del mundo. El espacio en que se halla la India estuvo siempre ahí, y fue lugar de nacimiento de una de las civilizaciones más antiguas y ricas del mundo, pero la India que ha entrado en el horizonte de Europa y del mundo, al menos de los siglos XIX y XX, es un producto histórico. La India es «*British India*», la India como la veían los británicos, la India a ojos de los señores coloniales británicos, «su India». Los británicos hicieron por vez primera de una multiplicidad de paisajes y territorios aquello que vino a ser «la India», y lo es hasta hoy, aun tras ganar su independencia y tras el reparto del «subcontinente indio» en India, Pakistán y Bangladesh. Fueron los británicos quienes construyeron esa India a la que se referían más que nadie los militantes independentistas y nacionalistas hindúes. «India», punto de referencia que una vez fuera creado, comenzó luego a llevar vida propia. «Mediciones y mapas juntos hicieron unidad geográfica bien perfilada y documentada de una región exótica y ampliamente desconocida. El espacio imperial de la India fue a un tiempo espacio de retórica y simbolismo, racionalidad y ciencia, dominio y escisión, inclusión y exclusión. Sus fronteras espaciales horizontales, que incluían, separaban, y de ese modo daban significación política a un espacio por lo demás homogéneo, se amalgaman inseparablemente con las fronteras verticales, las jerarquías sociales del Imperio. Ya podía el Imperio definir alcance y amplitud de los mapas, que de todos modos su cartografiado definía la naturaleza del Imperio»[211].

La impresionante historia de la medición de la India por los británicos ha sido reconstruida por Matthew H. Edney en su grandioso estudio *Mapping an Empire. The Geographical Construction of British India, 1765-1843*. Junto

al de Paul Carter referente a la ocupación de Australia, es el estudio más significativo de la creación de espacio imperial, de territorio imperial, de cómo el imponer unas representaciones espaciales es parte integrante del establecimiento y consolidación de un dominio; uno de esos estudios en que puede llegar a hacerse claro el logro secular y aun así ambiguo de la Ilustración: tranformar el territorio físico en espacio abstracto al que ya no podemos renunciar desde que hay una «historia universal». Desde entonces ya no hay vuelta atrás. La India está en los mapas del mundo, íntegra, evidente de suyo, como si siempre hubiera sido así. Con ese trabajo Matthew H. Edney se convirtió en adelantado de la *Spatial History*, y cuanto se expondrá a continuación no es otra cosa que un intento de reseñar los argumentos y resultados principales de su trabajo[212].

Quien quiera dominar territorios tiene que conocerlos. De ahí que los comienzos de la dominación británica en el subcontinente indio lo sean asimismo de la producción de conocimiento sistemático. El *Empire of Knowledge* secunda la creación del Imperio. La *East India Company* era más que una mera sociedad comercial, a su modo era también una empresa de exploración e investigación. En primera línea del frente de exploración y apertura de territorios estaban los geógrafos que estudiaban paisajes, investigaban y clasificaban poblaciones, emprendían investigaciones geológicas o reunían fauna y flora en jardines botánicos dispuestos de manera nueva y las preparaban para su ulterior investigación. Geógrafos que en aquel tiempo podían ser también etnólogos, botánicos y zoólogos eran quienes consiguieron los conocimientos esenciales y produjeron la imagen que la compañía tenía de ese nuevo campo de acción y transacción. Los mapas que ponían a punto los geógrafos devolvían la imagen del *Empire*. «Los mapas debían incluso definir el Imperio y salir fiadores de su integridad territorial y su existencia fundamental. Existe el Imperio porque se puede captar en un mapa; qué es el Imperio, se encuentra en sus mapas»[213].

Pasó un tiempo hasta que esa «India» tomó figura en mapas y se traspuso a todas las cabezas; esa India de la que dice el primer ministro británico Clement Attlee al recordar sus tiempos de escuela: «En la pared de la escuela colgaba un gran mapa con grandes áreas en rojo. Era una visión embriagadora para un jovencito... creíamos en nuestra gran misión imperial. Y la embajada fundamental que los mapas transmitían era sencilla: eso es territorio británico, y si no, podría serlo; es espacio imperial, gobernado

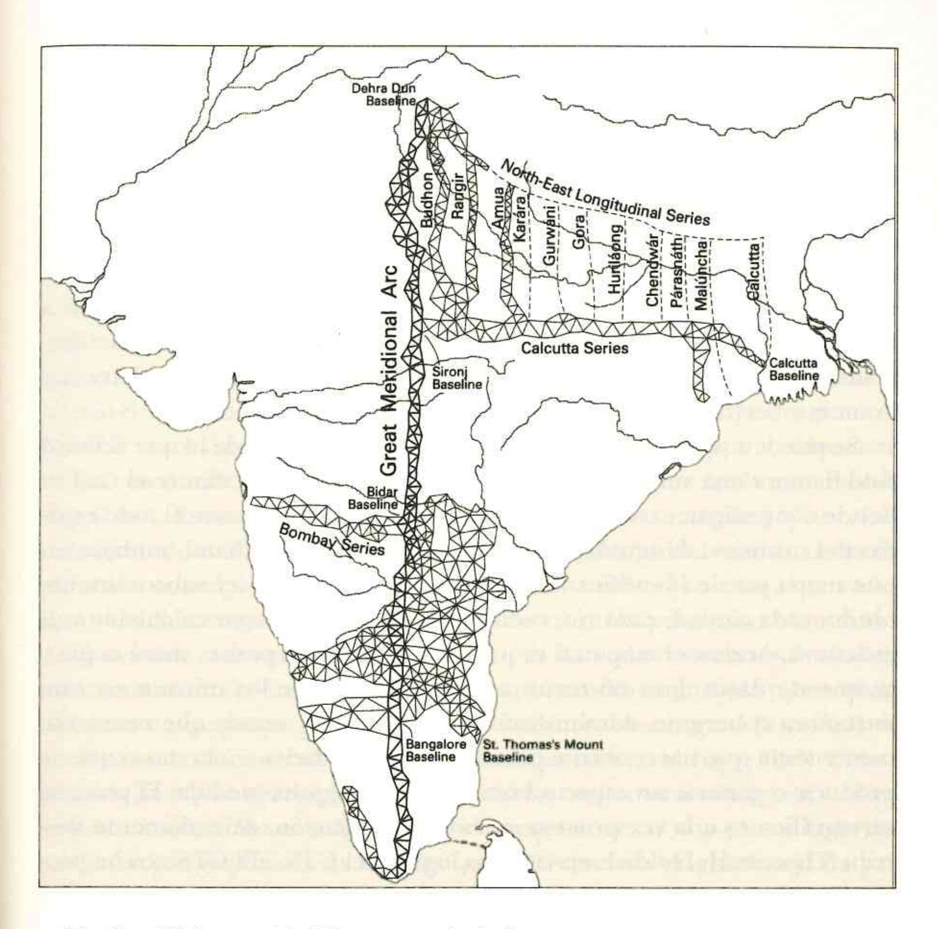
por nosotros»[214]. Aquello era la India «vista de una vez». Con un mapa así «se tenía a la India en el bolsillo». Podía contemplarse en cualquier momento, y como mejor, desde Londres; distante miles de millas marinas, cierto, pero donde los archivos del Imperio sin embargo reunían el conocimiento de la India que subyace a cada uno de esos mapas.

Fue un camino sumamente largo, desde una India difusa, aún no tal, hasta la India que pudo cobrar forma y contorno firmes y grabarse en mentes humanas. Antes de aquélla hubo muchas otras «Indias»: las diversas imágenes que los europeos tuvieron de Asia desde la Antigüedad hasta la época de los descubrimientos. El Indo fue antaño frontera extrema de la *oikoumene*, del mundo habitado y conocido que concebía la Antigüedad. Esa imagen y esos conocimientos desaparecieron por largo tiempo antes de que se participaran a los europeos del Renacimiento a través de Ptolomeo y Estrabón. En los siglos XV y XVI se sabía de Catay y Cipango, la China y el Japón. Se conocía Ceilán. Tras los viajes de descubrimiento hubo una India aquende el Ganges y otra allende, con la que se pensaba en Indochina y las islas de Indonesia. Los mapas europeos posteriores a 1500 muestran una «India» que se extiende hasta la futura «Indochina». Por largo tiempo aún se siguió hablando de la India Cercana y la Lejana. En el primer mapa de la India, la *Carte de l'Inde* de Jean B. d'Anville fechada en 1752, la India es una zona que alcanza hasta el Mar de la China. Por largo tiempo la India fue también idéntica al área bajo dominio mongol y englobaba ante todo territorios al Oeste del Indo, el Punjab, el Hindukush, y a veces hasta Afganistán; así por ejemplo en el mapa de Hermann Moll referente a la «Parte occidental de la India o Imperio del Gran Mogol», de 1717. En algún momento del siglo XVIII se llegó a la síntesis de las diversas Indias: la de los mongoles y la que había hecho franca la *East India Company*. Las dos se amalgamaron en una nueva. El nacimiento de la India moderna o de la imagen moderna de la India cristaliza en los mapas de Rennell entre 1782 y 1788. Éstos produjeron «India» para el público británico y europeo «*as a meaningful, still ambiguous geographical entity*»[215]. Las oscilaciones en la designación, Indostán, país de los hindúes, Imperio mogol, Bengala y otras, acaban por amalgamarse en una imagen nueva. A partir de un determinado punto temporal es cosa que se entiende por sí misma qué hay que entender por «India», a tal punto que aun adversarios del *Empire* como nacionalistas e independentistas hindúes recogen nombre y concepto. «En una perspectiva imperialista el triunfo del *Empire* bri-

tánico consiste en haber sustituido una multiplicidad de componentes culturales y políticos por un Estado que abarcaba entera a una India única con fronteras geográficas. La unidad geográfica de la India, en pocas palabras, es creación de la concepción cartográfica de su *Empire* por los británicos... Los británicos se hicieron dueños intelectuales del paisaje hindú. Y lo hicieron con la plena conciencia y toda la precisión de la Ilustración europea»[216]. Fueron los británicos y sus cartógrafos quienes consignaron por primera vez en sus mapas aldeas, fuertes, caminos, canalizaciones, fronteras, ríos, colinas y selvas, prepararon y midieron catastros y dieron a la tierra nuevos nombres.

La medición de la India halla su expresión más completa en la Gran Medición Trigonométrica, el *Great Trigonometrical Survey of India* (GTS). En ella encuentra su expresión más completa el ideal de la Ilustración europea, medir y captar el mundo en un proceso empíricamente exacto y racionalmente controlado. El GTS fue una gran empresa intelectual, logística, organizativa, técnica y financiera, una auténtica acción «capital y de Estado», aun cuando la impulsara inicialmente y por largo tiempo la *East India Company*. La GTS atravesó varias fases de realización. Una y otra vez fue a dar al borde del fracaso. Su éxito no se midió por el éxito de un individuo, se cumplió con el trabajo de muchas generaciones. Se basó en la acumulación de descomunales cantidades de datos que hubieron de ser compilados y cotejados fatigosamente por primera vez, una acumulación que sólo pudo darse por concluida cuando los archivos del conocimiento estuvieron llenos. En ellos cristaliza la observación sistemática sobre el terreno pero también el trabajo de astrónomos y otros investigadores de ciencias fundamentales prolongado durante años. El conocimiento del *Empire* debía entrar en los mapas del *Empire*. El GTS está ligado a vida y obra de tres hombres y al menos tres generaciones: desde James Rennell, quien comenzó los trabajos entre 1765 y 1771 y a quien se denomina «padre de la Geografía india», pasando por William Lambton, bajo cuya dirección comenzó la gran triangulación de 1799-1800 y quien puso la base científica de toda la empresa, hasta la finalización del trabajo en el año 1843 bajo la dirección de George Everest, quien había trabajado como ayudante de Lambton y le sucedió en el puesto de «*Surveyor of India*».

George Everest, a quien se honraría a título póstumo dando su nombre a la montaña más alta de la Tierra, había hecho terminar el gran arco, con un recorrido de 2.250 kilómetros, a los pies del Himalaya cerca de Dhra



***The Great Trigonometrical Survey*: estado de la medición trigonométrica de la India en el año de 1862.**

«[La medición de la India halla su expresión más completa en la Gran Medición Trigonométrica, el *Great Trigonometrical Survey of India* (GTS).] En ella encuentra su expresión más completa el ideal de la Ilustración europea, medir y captar el mundo en un proceso empíricamente exacto y racionalmente controlado.»

Dun. Entre el mapa de Rennell de 1765 y el final de los trabajos de medición en 1843 bajo la dirección de Everest se extiende un trabajo cuyos méritos aún se dejan sentir en la conmovida emoción de un contemporáneo, el gobernador general lord Hasting, en 1817: «No hay otra base sólida en que se funde la Geografía si no es la triangulación. Los primeros triángulos tendidos por este gigantesco país establecen más allá de todo error una multiplicidad de puntos, y los espacios que abarcan, una vez consignados los detalles por los topógrafos subordinados proporcionarán al mundo un mapa sin parangón, ni en exactitud, ni en detalle, ni en la reunión de esfuerzos que fue precisa para establecerlo. Qué significación otorgan a tales obras economistas y hombres de Estado, pero asimismo las clases ilustradas de Europa, viene confirmado por la tenacidad que Inglaterra y Francia muestran desde hace muchos años en tales empresas»[217].

Se puede sospechar que el GTS es la mejor expresión de lo que Edward Said llamara una vez «un acto de violencia geográfica mediante el cual se tiende a investigar, cartografiar y finalmente poner bajo control todo espacio del mundo». Al igual que en el panóptico de Bentham, también en este mapa puede identificarse cada lugar; cada punto del subcontinente hindú, cada ciudad, cada río, cada fuerte obtiene un lugar calculable con exactitud. Acabar el mapa no es proceso meramente pasivo, mera copia y acopio de datos; gira en torno a la ordenación de los mismos en una estructura coherente, administrativa y disciplinaria, matriz que necesariamente tenía que hacer abstracción de particularidades concretas si quería producir o generar un espacio homogéneo en alguna medida. El proceso cartográfico es a la vez proceso de homogeneización. Atinadamente describe Thomas H. Holdich en 1916 los logros del GTS: «El GTS nos ha proporcionado un marco o una anatomía de la India, y en ese marco se ha integrado una gigantesca colección de mapas geográficos, políticos, militares y catastrales. Sea cual fuere el destino de la India en lo venidero, será siempre testimonio eterno de la capacidad científica de la nación británica. Y eso no podrá extinguirse en tanto haya muros que la protejan»[218].

¿Cómo hay que imaginarse la Gran Medición Trigonométrica?: «En torno a 1820, la medición trigonométrica era piedra de toque de un "mapa científico". GTS es abreviatura de un proceso en que convergen muchos procedimientos distintos, muy distantes a menudo del ideal epistemológico del cartógrafo. En lo fundamental no hubo un GTS unitario, sino más bien diferentes procesos y procedimientos que sólo mucho más tarde, en

1878, se compendiaron en una organización coherente. Entre 1765 y 1771 se vino a efectuar la primera medición regional. James Rennel trabajó como antaño se había trabajado en Europa, esencialmente compilando mapas. Con sus ayudantes reunía mapas y medía distancias y direcciones a lo largo de los caminos y rutas más importantes de Bengala. También medía longitud y latitud de lugares clave –*control points*– de suerte que pudiera acomodar progresivamente sus mediciones locales en la red de coordenadas de longitud y latitud. La triangulación, comenzada por su sucesor William Lambton, fue más allá de observar y medir sobre el terreno, al poder definir los lugares exactamente mediante observaciones y cálculos astronómicos. Si se podía determinar longitud y latitud de un lugar se podía consignar ya con exactitud cualquier otro. Determinar el grado de longitud, problema capital durante siglos, era ya perfectamente posible en el siglo XVIII, bien guiándose por las lunas de Júpiter, bien merced al cronómetro de John Harrison. Así, por ejemplo, las longitudes de Bombay y Katmandú se obtuvieron a partir de las lunas de Júpiter. Los topógrafos del GTS tuvieron que hacer concordar las determinaciones de posición conseguidas mediante cálculos astronómicos con las observaciones y mediciones sobre el terreno, cuya forma principal en las colonias británicas hasta bien entrado el siglo XX fue la llamada *route survey*. Incluía la determinación de dirección y distancias por medio de brújula y *perambulator*, una rueda que proporcionaba con el número de sus giros la medida de la distancia o la indicación del tiempo empleado en el viaje. Todo ello se registraba en un diario que contenía tablas con cuatro columnas: indicaciones de direcciones y distancias, y observaciones a uno y otro lado del camino. Son exposiciones lineales que abarcan una exigua franja de paisaje, a modo de corredor. También aquí había dificultades por cuanto medidas e indicaciones de tiempo eran imprecisas debido a que el aparato no medía la distancia en línea recta, sino la dejada efectivamente atrás, y al haber de sortearse obstáculos las distancias resultaban alteradas. Era forzoso encontrar un lenguaje único para los muchos datos y materiales compilados. La ventaja de la trigonometría estaba justamente en que permitía mediciones exactas y «construía» un espacio estructurado con rigor en que se podía insertar los diversos datos y observaciones. Al ser todos los puntos igualmente importantes en una triangulación, se produce un espacio homogéneo y uniforme. El mapa se vuelve cada vez más exacto, cada vez van apareciendo más lugares, y más lugares quedan a su alcance. El

mapa se vuelve cada vez más un instrumento de penetración y dominio. Era una imponente tarea de planeamiento y logística: había que hacer indagaciones previas, era difícil hallar el punto de observación adecuado en colinas y torres. Por esas razones se erigieron cada vez con más frecuencia torres de observación y medición. Así es que llevaba días y semanas establecer las condiciones idóneas de observación; el mejor momento era de noche –Everest las realizó a veces con antorchas– o en la época del monzón, a la vez, empero, la más insana. Establecer el «*Great Arche*» desde la punta meridional del subcontinente hasta las estribaciones del Himalaya fue una gran empresa en todos los aspectos. Los datos tenían que reunirse y almacenarse, que no era simple con aquellas condiciones climáticas y arquitectónicas: de ahí que el mejor sitio para un depósito máximamente seguro y fiable del conocimiento reunido fueran los archivos de Londres. Perfectamente se puede considerar a los protocolos del GTS allí almacenados formas previas de la moderna Sociología. Luego se hizo preciso un elenco de astrónomos, geómetras, trianguladores, botánicos y zoólogos con buena formación. Clima, calor y enfermedades tropicales hacían difícil el trabajo a los participantes en el *Survey*. Cartógrafos destacados del equipo central murieron o regresaron inválidos: Robert Colebrooke en 1808, Mackenzie en 1820, Lambton en 1823. George Everest viajaba regularmente a Ciudad del Cabo o a casa para recuperarse. Era preciso formar un equipo adiestrado que hablara el mismo «lenguaje cartográfico» y estuviera de acuerdo en los principios fundamentales, el «marco de referencia» a que había de incorporarse todo. Era preciso elaborar reglas para normalizar recogida y valoración de datos. Era precisa por último una infraestructura y una administración que siguieran siendo aptas a lo largo de decenios. Y por último, el proceso mismo de medición era sumamente complejo: había que preparar el terreno para observar y medir, sondearlo y levantar las torres de observación, crear condiciones de trabajo en terreno agreste e inaccesible, abrir una trocha a través del continente. La ocupación de cumbres y colinas por las tropas de la medición trigonométrica figura simbólicamente la estratégica ocupación imperial del subcontinente.

La Geografía del dominio se apoyaba en puntos desde donde fuera posible tener perspectiva e inspeccionar el terreno. Las tropas topográficas tenían que trabajar siempre con escolta armada; las mediciones desataron diversos alborotos, hubo resistencias, se destruyeron instrumentos. Los

topógrafos eran algo así como el chivo expiatorio del dominio británico. Las tropas del servicio topográfico marchaban con banderas desplegadas, la bandera era un signo de autoridad y soberanía británica; a menudo contaban hasta 300 hombres. Pero más importante era que la población del subcontinente quería que llegara a los ingleses la menor cantidad posible de información porque con ella no harían sino intensificar dominio y explotación. Se defendían sobre el terreno de indagaciones, de preguntas, de talas de árboles que estorbaban a las observaciones. A menudo los aldeanos trataban de impedir armados con bastones la erección de torres de medición en las colinas circundantes. A los nativos no se les daba nada de las denominaciones coloniales y seguían con sus nombres de ríos y lugares, daba igual qué pusiera en los mapas británicos[219]. Había algo así como una doble soberanía en la designación de lugares y parajes, que en los mapas se efectuaba en inglés, se sobreentiende.

Por más que se ganara a nativos para la empresa, por más «eurasiáticos» a quienes se formara, el cartografiado de la India siguió siendo asunto de los británicos y la élite colonial, cosa de extranjeros. La mirada científica de los británicos desconfiaba de los hindúes y sus tradiciones, «acientíficos», «mitológicos» y «obscurantistas». Como afirmara Macaulay en una frase malfamada, toda la literatura de la India y el mundo árabe junta pesaba menos que una estantería de libros europeos. Era un problema gigantesco extraer el conocimiento del continente, traducirlo y engastarlo en las redes racionales de clasificación del dominio colonial. Y aquí, con toda la pasmosa superioridad del conocimiento racional occidental y toda la «matriz británica», se demostró la completa dependencia del conocimiento colonial y sus cartógrafos respecto a informaciones que sólo podían obtener de los nativos, de hindúes. Los británicos tenían que formar forzosamente a topógrafos que compartieran su visión, su manera de percibir y clasificar. La formación de «equipos topográficos» es parte de la «misión civilizadora». La cartografía tiene un puesto en la trinidad de *British knowledge, British reason, British rule*. Se trataba de algo más que una medición geodésica y una determinación astronómica de posiciones, se trataba de un «completo panóptico geográfico» en el sentido de Bentham. «Por medio de sus representantes los británicos pudieron reducir la India a un espacio imperial en extremo coherente, geométricamente preciso y unitario, un espacio racional en el seno del cual pudo establecerse un sistemático trabajo de archivo del conocimiento de tierras y poblaciones de la

India. En todos sus aspectos geográficos la India se hizo accesible a los británicos científicamente. Correspondientemente, los británicos plantearon la Gran Medición Trigonométrica a título de proyecto público que no podían llevar a cabo los hindúes solos, y tan concreto y necesario como canalizaciones y rutas militares para componer en unidad la India y sus habitantes, para mejorar y definir su ordenación. Y la significación espacial de las mediciones trigonométricas estaba consignada en los mapas británicos. Ellos definieron la India»[220].

La conversión de los hindúes al pensamiento cartográfico racional, occidental, a la representación occidental de espacio y territorio, tenía sus límites inmanentes. Así como el dominio colonial fue siempre una doble soberanía, y como tal se reconocía implícita o explícitamente, así también la cartografía colonial fue siempre una cartografía doble. Los británicos habían reunido muchos datos, todo cuanto pudieron encontrar. Tenían a la India «en el bolsillo». Y entonces les pilló desprevenidos el levantamiento de 1857. Con ello comenzó un movimiento nuevo, al final del cual habría un mapa nuevo, un mapa tras el final de la India británica.

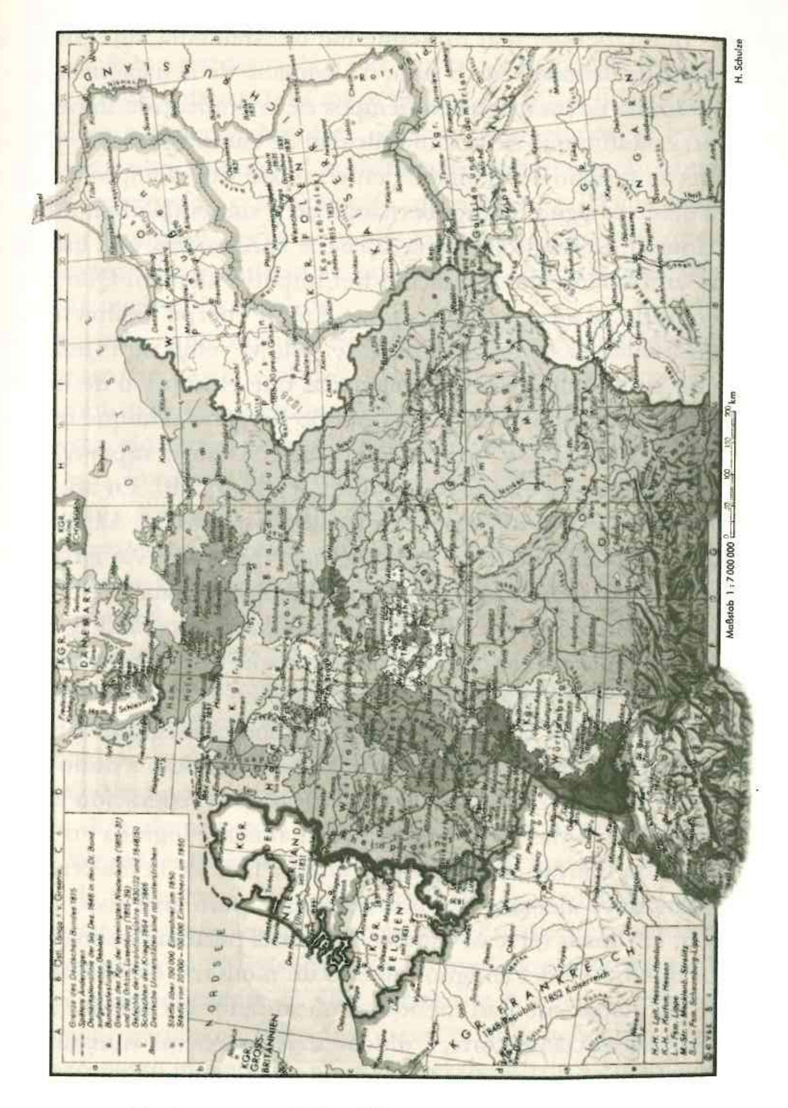
Mapas monocromos: el Estado nacional

Según Benedict Anderson las naciones son «*imagined communities*», y una de las imágenes en que se piensan, figuran y recobran a sí mismas es la imagen cartográfica del moderno Estado nacional[221]. En lo que se llama la primavera de los pueblos, aquellos que hasta entonces convivieran bajo el mismo techo de una serie de dinastías se separan y se componen en una unidad nueva. Descubren las diferencias, sondean la diferencia, definen fronteras. En la imagen cartográfica queda claro dónde acaba lo propio y comienza lo otro, lo extraño y ajeno. Las *imagined communities* admiten territorializarse. Un territorio común es fuerte indicio de existencia y poder de la comunidad imaginada. La nacionalización de la imagen del mapa es inevitable fenómeno concomitante de la conciencia nacional que despierta. En el siglo XIX aparecen casi simultáneamente en toda Europa atlas de un tipo nuevo: atlas nacionales. Se les ofrece a los cartógrafos una coyuntura excepcional. Por doquier, en Inglaterra, en Francia, en Estados Unidos, en Alemania, las nuevas obras cartográficas acreditan un nuevo sentimiento de pertenencia. En la mayoría de casos se funda una tradición nueva: vino al mundo el atlas escolar, histórico y nacional, que en adelante enseñaría a generaciones de escolares por millones, en ediciones renovadas año tras año, cómo se ha de ver el mundo «desde la posición nacional». Atlas históricos y mapas nacionales en las paredes de la escuela forman el horizonte en que la correspondiente generación nueva y joven se prepara para la vida. Los mapas escolares, murales o encuadernados, se convierten en medios elementales de socialización de una población que se ha vuelto letrada y en adelante amarrada al duro banco de un sistema escolar. En adelante la población, la nación, sabe qué aspecto tiene el mundo: por dónde discurren las fronteras de amigos y enemigos, dónde se hallan los focos de crisis, dónde se dieron batallas y se sufrieron derrotas, y dónde hay todavía algún lugar al sol que conseguir. «Cualquier escolar» sabe en adelante qué aspecto tiene el mundo y cómo está repartida la superficie de la Tierra. Ha venido a ser condición necesaria o poco menos

para ser contemporáneo saber cómo está repartido el mundo. Los nuevos mapas son medios de identificación. El mapa mural de la escuela es el medio primario de nacionalización de las masas.

En imágenes de mapa se despide la era nacional de una antigua situación. En parte alguna se puede ver esto de forma tan plástica, clara y aun crasa como en los mapas y atlas alemanes de la época de la unificación imperial, cuando surgieron las grandes obras cartográficas alemanas del nuevo tipo con que crecieron las generaciones siguientes: ante todo, el atlas histórico de Putzger y su versión mural. Esos mapas hicieron escuela, en el sentido literal y en el figurado; se remodelaban de nuevo año tras año, y de la historia así prescrita y reescrita durante cien años podría salir una historia verdadera de los alemanes a lo largo de más de cien años, como han señalado Armin Wolf y Jeremy Black[222]. Son mapas de partida hacia nuevas riberas, a la política mundial y en busca de «un lugar al sol»; mapas de la ofensa y la autocompasión a continuación de la Primera Guerra Mundial y los acuerdos de paz de Versalles; mapas de desquite y revisionismo, primero en Weimar y luego a comienzos del período nazi; mapas de destrucción y autodestrucción, primero en la Primera y sobre todo en la Segunda Guerra Mundial. Son representaciones espaciales de ascenso y descenso de la historia alemana en los siglos XIX y XX. Cada matiz, cada giro, queda fijado en ellos. Hay mapas de objetividad y serenidad, los hay de gran nerviosismo, histeria y agresividad.

Pero el mapa escolar histórico y nacional, situado en la cima de los tiempos, demuestra para empezar la superioridad de los modernos. No hay rastro en él de antiguas situaciones, de cómo quedó el mapa del Sacro Imperio Romano tras el fin de la guerra de los Treinta Años, o en vísperas de las guerras napoleónicas. Ha desaparecido el «tapete de retales» o el «traje de arlequín» que presentaban los mapas de «Centroeuropa en el año de 1648» o «Alemania en el siglo XVII». Los antiguos mapas muestran una Alemania de fragmentación, particularismo, provincianismo y egoísmo de unos «príncipes a granel». Esa antigua Alemania era débil por hallarse ocupada en sus intereses parciales y partidistas en lugar de dedicarse al gran todo y el asunto nacional; indefensa y sometida a unos vecinos que ya habían encontrado o fortalecido su unidad estatal, ante todo Francia. Esa Alemania era en extremo frágil y vulnerable porque cualquiera tenía entrada libre y podía inmiscuirse en asuntos alemanes. El tapete de retales mostraba «a primera vista» –y eso significaba que ya no



Centroeuropa, 1815 a 1866.

«Policromía es defecto, signo de ingobernabilidad y vulnerabilidad, no índice de regia riqueza.»

había más que saber– el mal fundamental de Alemania, aunque en ese momento aún se llamara «Sacro Imperio Romano de la nación alemana». Así, la policromía de los mapas en tiempos de la unificación imperial guillermina no es testimonio de la multiplicidad de culturas, paisajes y formas de dominio, sino signo de debilidad, enfermedad y descomposición. Policromía es defecto, signo de ingobernabilidad y vulnerabilidad, no índice de regia riqueza. Del todo diferente aparece la Alemania que han traído consigo la unificación y la fundación del Imperio alemán. Que ha cambiado el colorido, al menos en gran parte. En ese cuerpo finalmente unificado se perfilan los Estados fuertes, ante todo el reino de Prusia. Se ha separado de las grandes partes no alemanas que el Imperio de los Habsburgo había introducido en el Sacro Imperio Romano. Aunque reducido, ha ganado en simplicidad, se ha hecho supervisible y supervisable. El tapete de retales se ha eliminado o al menos reducido. En adelante la figura recuerda más a la de regiones y países históricos. La Alemania que ha ganado su unidad puede en adelante habérselas con sus iguales: con Estados que ya han venido a ser modernos Estados nacionales. Ahora otras cosas pasan a primer plano. No tanto las provincianas madrigueras de príncipes, sino aquellos elementos e impulsos que producen y hacen surgir un nuevo espacio homogéneo. Lo figurado en el mapa pasa a ser un proceso de unificación con un propósito al cabo conseguido a través de sus diferentes fases: disolución del Sacro Imperio Romano a título de fósil, fundación de la federación del Rin, fundación de la federación alemana, todo, fases preparatorias de la unificación finalmente lograda en 1871. Lo figurado son las fuerzas impulsoras y componentes de la fabricación del espacio económico alemán: la unión aduanera, pero ante todo la industrialización, las líneas férreas, canales, en pocas palabras, todos aquellos elementos que hacen del antiguo Imperio un moderno Estado industrial. Ahora en los mapas cuentan menos las encantadoras ciudades antiguas que fueran residencia de corte, y mucho más las nuevas ciudades industriales y los nudos comerciales. Las fronteras interiores pasan a segundo plano o apenas se perciben aún a modo de finos trazos, en tanto gana importancia y significación su trazado de cara al exterior, frente a otros imperios o a Estados nacionales adelantados. Particularmente claro queda esto en la disolución de la relación con Austria, amputada y confinada en sus fronteras tras imponerse la solución de la «Pequeña Alemania», y en la frontera con Francia, a quien se arrebataran Alsacia y Lorena, regiones

fronterizas y de transición, a raíz de la guerra en que se funda el Imperio alemán, la francoprusiana (en este sentido habría que incluir también aquí a la frontera danesa). El mapa de la Alemania unida es simplificado, supervisible y supervisable. Del «cuerpo desgarrado» se ha hecho un «cuerpo cerrado», potente. Las diferencias internas están atenuadas, las fronteras exteriores, contorneadas intensamente. Hacia dentro se ha alcanzado equilibrio, hacia fuera, distanciamiento. En atlas o murales, los mapas nacionales impulsan la homogeneización, la uniformidad del «tapete de retales» de antaño.

Es incuestionable que esa homogeneización cartográfica no era un puro constructo en su totalidad, y quizás ni siquiera en parte principal, sino un indicio de lo que estaba en marcha: el surgimiento y conformación de un territorio estatal común, preparado por el de otros ámbitos comunes, un espacio común lingüístico, de comunicaciones, económico, y también militar y defensivo. No hubiera sido posible fabricar la territorialidad del Imperio alemán sin esos poderosos ingredientes que normalmente son necesarios para inflamar y dar alas a cabeza y corazón de los humanos. De ese nuevo mapa de la nueva Alemania forman parte asimismo espacios mentales o intelectuales que no cristalizan tanto en mapas como en novelas y relatos, cuadros y esculturas conmemorativos, en los escenarios de sucesos históricos, choques trágicos y vivencias felices de la comunidad. La homogeneización del espacio nacional no es concebible sin esos espacios mentales o sin *lieux de mémoire*. Entre los que se cuentan cosas tan dispares como el «Rin alemán» y la catedral de Colonia, el Aquisgrán de Carlomagno, Weimar y Goethe, el ayuntamiento de Breslau, el claustro de la catedral de Estrasburgo, los rojos acantilados de Heligoland, el Wartburg de Lutero, la *Noche de luna* de Caspar David Friedrich, la ronda de Dresde de Pöppelmann, el *Mittellandkanal* y las fundiciones Krupp en la cuenca del Ruhr, y naturalmente, el *Atlas histórico* de Putzger, en el que millones de alemanes estuvieron llamados o sentenciados generación tras generación a hacerse su imagen del mundo y del puesto de Alemania en él.

En una época de escolarización y alfabetización general, educación en aumento y aparición de la prensa de masas, ninguno de aquéllos es ya concepto específico y realzado: antes bien uno que llega a hacerse familiar mediante lecturas, comercio o viajes. La producción del espacio nacional se da ahora en el espacio de la política, que cuenta con un parlamento nacional –en la *Paulskirche* de Frankfurt– o una dieta imperial en Berlín, el



Centroeuropa después de 1945.

«La homogeneización del espacio nacional no es concebible sin esos espacios mentales o sin *lieux de mémoire*. Entre los que se cuentan cosas tan dispares como el "Rin alemán" y la catedral de Colonia [...], y naturalmente, el *Atlas histórico* de Putzger, en el que millones de alemanes estuvieron llamados o sentenciados generación tras generación a hacerse su imagen del mundo y del puesto de Alemania en él.»

Reichstag; se da en elecciones de ámbito nacional a que se presentan partidos de ámbito nacional; se da en la creciente movilidad que acerca al puerto de Hamburgo y los Alpes bávaros; se da en choques de intereses y conflictos en que están en juego asuntos de alcance general que ya nada tienen que ver con las estrechas miras de las antiguas madrigueras provincianas: lucha cultural, leyes socialistas, política naval, y «un sitio al sol», acaso en África, acaso también en Asia. Una opinión pública nacional es la caja de resonancia en que se vienen a compensar y sintetizar experiencias y horizontes separados y fragmentados hasta entonces. La producción cartográfica de un espacio nacional es una faceta o una dimensión más en ese grandioso proceso de autoidentificación nacional. Desde donde también se lee y se cartografía de nuevo la historia entera. Para los alemanes vuelve a ser importante la época de Carlomagno y se evoca como imagen de horror la época de desgarro en la guerra de los Treinta Años, todo a un mismo tiempo. Cada nación tantea retrospectivamente en su propia historia y su entera geografía una vez más, buscando aquello que fuera particularmente valioso y particularmente grande. Así el pasado se convierte en superficie de proyección de fantasías nacionales que tienen menos que ver con la historia real y más con ofensas y manías de grandeza. Se inventan imperios que nunca ha habido y se trazan fronteras que son fantasmagorías. De la historia se traen a cuento pueblos que no son sino retroproyección de soñados deseos presentes, se componen y habilitan territorios que dicen más de ambiciones y apetitos del presente que de formas políticas pasadas. El Estado nacional se consumó cuando sus ciudadanos partieron a la guerra «por el emperador y la patria», ni que decir tiene, dispuestos a morir por la patria. En 1914 son formas monocromas las que entran en guerra. Aun el emperador sólo sabe ya de pueblos y no de Estados, de miembros de un mismo pueblo. Se es alemán, francés, inglés, ruso o italiano, o en otro caso, nada. En la paz civil general que una vez reinara entre los partidos había sido borrada hasta la menor de las diferencias, al menos por un momento breve. Fueron precisas las conmociones y el derrumbamiento del Imperio para que pudiera volver a primer plano con toda fuerza la diferencia interna.

En el caso alemán, desde el principio nunca estuvo inequívocamente claro qué designara el término «alemán»: ¿la lengua, la cultura, la pertenencia a un pueblo, comoquiera se entendiese esto, o aun simplemente la pertenencia civil al Imperio alemán, sin que importara la procedencia

étnica? En 1813 Ernst Moritz Arndt se expresaba así: «¿Qué es la patria alemana? Allá donde alcance la lengua alemana». Que llevó a toda clase de *overstretch* imperiales, pues entonces alemán era todo «desde el Mosa al Niemen, desde el Adigio al Belt», aun cuando hubiera venido a Prusia o al Imperio alemán mediante reparto u ocupación, por ejemplo, de Polonia. Ese inocuo nacionalismo lingüístico y cultural se volvía sin embargo virulento y peligroso donde lengua y cultura se amalgamaban con otra cosa, la pertenencia a un pueblo y más tarde a una raza, y donde se conjugaban indisoluble y mortíferamente «sangre y suelo»[223]. La imagen cartográfica refleja exactamente el giro de un nacionalismo lingüístico y cultural a uno étnico, y el salto cualitativo de éste al racismo, en particular, al antisemitismo y antieslavismo de fundamento biológico y racial. Las imágenes de mapa son precisas. En este caso, siguen con exactitud el proceso histórico de destrucción del Estado nacional por obra de imperialismo y racismo en la Alemania nacionalsocialista. Los cartógrafos nacionalsocialistas fueron capaces de cualquier cosa, menos una: producir algún mapa de un Estado nacional alemán que quedaba fuera de su campo de percepción y de sus propósitos. Por eso es totalmente consecuente que las grandes obras cartográficas que quiso producir el nacionalsocialismo en el momento culminante de su poderío y su dominio se fueran a pique. No sólo porque las bombas aliadas estorbaran el trabajo de los cartógrafos, sino porque el nacionalsocialismo ya no disponía de lenguaje alguno para exponer cartográficamente el Estado nacional.

Que había de entenderse por «alemán» algo distinto de la mera ciudadanía alemana había quedado claro ya en los últimos decenios del segundo Imperio. Nacionalistas y pangermanistas presionaban para expulsar o forzar a la asimilación a los miembros del Imperio de otra procedencia que la alemana, y eso significaba en la Prusia occidental y Posen más de un millón de personas, y en muchas zonas, la mayoría de la población; pero sobre todo veían en los alemanes de allende las fronteras, sobre todo en la Europa oriental, representantes o adalides de los intereses de los alemanes del Imperio. También en la propagación del imperialismo alemán en la primera de las guerras mundiales tuvo esto importancia inmediata, y las diversas concepciones de una Centroeuropa de cuño alemán y en clave alemana, por ejemplo en los trabajos de Friedrich Naumann o Partsch, nunca pudieron desprenderse por entero de un regusto a política de hegemonía y conquista. Ello quedó enteramente claro tras la derrota alemana y la paz de Versalles, que trajo consigo la separación de zonas de asentamiento alemán mayoritario, sobre todo en las fronteras. Para la visión predominante de las cosas, que había sufrido una ofensa grave y humillante en Versalles, alemanes eran no sólo los del Imperio sino ante todo los del extranjero, cuyo número se cifraba a veces según se echaran las cuentas por encima de los 10 millones, en que no era raro incluir aun estadounidenses o suramericanos de procedencia alemana. Allí donde viviera pueblo alemán, había también suelo alemán, tal era la visión ampliamente extendida en los años veinte y treinta; allí se producía la fusión de «sangre y suelo», y en una reformulación ulterior de ese concepto, bastaba ya la existencia de un solar del pueblo alemán para que se formara un «solar cultural», resultado de «la laboriosidad alemana» y la «inteligencia alemana». El concepto de territorio y con él las fronteras se disolvían en tanto que magnitudes fijas. Alemania estaba –en principio– allí donde vivieran seres humanos de lengua y cultura alemana. En la época de Weimar esto se volvió argumento para el específico tipo de revisionismo de Weimar; en la época nazi, en punto de partida para revulsiones etnográficas y territoriales de gran magnitud con miras a trazar de nuevo el «mapa etnográfico» de Europa. El hundimiento del segundo Imperio y las disposiciones de los tratados de Versalles se expresaban en un lenguaje de ofensa y daño. Alemania había sido «mutilada» y «cercada» en Versalles, se hallaba «tendida en tierra», «avasallada». Es la retórica de la vulneración, de la herida. De Alemania se hace cuerpo. La discusión de los alemanes sobre sí mismos en el momento de la derrota se torna en discurso cartográfico. Se habla de «fronteras sangrantes» y «desgarros en las fronteras» por obra de Versalles. Se habla de «capacidad de supervivencia de la Alemania desmembrada», de territorios «robados y arrancados», de «territorios violados» y «tierra alemana pasando necesidad» al otro lado de la frontera. El cartografiado de las zonas separadas mantiene vivos el dolor y la experiencia traumática, y se crece en sugestivas imágenes cartográficas del «desgarramiento del pueblo». Los alemanes esparcidos por toda la Europa oriental, ese área densamente punteada, marcan pérdida y desdicha. A ellos podrá apelar la Alemania de Hitler más adelante, cuando inicie a partir de 1938 su movimiento de «retorno al hogar del Imperio». Los mapas de la época de Weimar mantuvieron viva en la conciencia la distinción entre la gran Alemania y la mutilada, entre alemanes del Imperio y alemanes del exterior, y alimentaron así ese revisionismo que sólo espe-

raba el momento en que pudiera entrar en acción. Llegó. En los mapas de Weimar ya se perfila la transformación en cuestión étnica, el giro de lo alemán de lo territorial a lo popular o a una amalgama de ambas cosas. Mapas de la germaneidad, mapas étnicos, mapas del solar del pueblo o de la cultura, todo está ya listo a modo de indicador geopolítico. Y aun así, aquello que al sentir de muchos era revisión plenamente legítima invocando los Catorce Puntos de Wilson, y restablecimiento de un legítimo *statu quo ante*, sólo era en verdad la forma en que se preparaba algo totalmente nuevo, hasta entonces desconocido en Europa: la nueva ordenación de Europa sobre una base biológica y racial, impulsada y sustentada por un movimiento radical y resuelto a todo. La diferencia se hace clara en el prólogo a la edición corregida y aumentada del *Geopolitischen Geschichtsatlasses* [atlas histórico geopolítico] de Franz Braun y A. Hille-Ziegfeld en 1934. Tras la dedicatoria «al pueblo alemán y a sus caudillos» se lee lo siguiente: «La actitud fundamental del enérgico alzamiento nacional y su revolución en lo político-cultural, político-estatal y político-popular nos ha dado plenamente la razón. Apelábamos entonces a la viva exigencia de incorporar y reunir cuanto constituye la idiosincrasia del pueblo y su voluntad de vivir en una vida estatal y cultural que el alma del pueblo, que la totalidad del pueblo añoraba. Por eso reclamábamos, asimismo en el sentido de una verdadera comunidad del pueblo, el despertar de un sentido social y una formación del espíritu nacional de la que surja conciencia de Estado, del Estado del pueblo alemán. Dando por presupuesto que "pueblo" respecto a "Estado" no es otra cosa, algo más restringido: pues no es que el pueblo sirva al Estado, sino al revés, el Estado sirve al mantenimiento y beneficio del pueblo. El pueblo es una parte del orden divino del mundo»[224]. La «comunidad del pueblo» está en el centro, el Estado es lo elástico, plástico, móvil, lo subordinado.

El movimiento nazi no quería reinstaurar ninguna antigua frontera, sino un Imperio nuevo; no quería el *statu quo ante* previo a Versalles, sino una ordenación nueva. Su legitimación no estaba en «el suelo alemán», «el solar de la cultura alemana» o «la lengua alemana», sino en la superioridad de una raza imaginaria. De ahí que en lugar de mapas territoriales o estatales se encuentre uno mapas raciales a montón, del Imperio alemán digamos que con las razas nórdicas, bálticas, orientales, dináricas y occidentales. Nuevas divisiones en linajes y grupos de pueblos ocupan el puesto de divisiones políticas: renanos, silesios, lusacianos o suabos. Formas de pueblos y casas proponían una nueva distribución cultural. Pero precisamente los mapas raciales tampoco permiten derivar de ellos pretensiones territoriales, cuando esa raza imaginaria iba escasamente más allá de las fronteras orientales del Imperio alemán. Como conjetura Guntram Herb, ésa puede haber sido la razón de que el uso de los atlas raciales «no se admita en principio» en las escuelas[225]. Otro es el caso cuando se trata de la descripción de la «lucha eterna» entre arios y no arios, germanos y no germanos. Esa lucha imaginaria y fantástica se proyecta en el pasado en numerosos atlas de la época nazi[226]. De todos modos, a efectos prácticos no tuvieron importancia esas invenciones míticas, sino los cartografiados exactos de las situaciones étnicas en la Europa central y oriental. Aquí el dominio nazi pudo apoyarse en una tradición de investigación abundante y desarollada interdisciplinariamente a gran escala, en la que habían participado codo con codo Etnografía, Antropología, Historia de poblaciones, Demografía, Sociología y Lingüística. Merced a la intensa investigación durante el período de Weimar se estaba al tanto del «solar cerrado del pueblo alemán» con predominio de población alemana, de la «germaneidad dispersa» y los «enclaves alemanes en el mar eslavo», de los centros de la vida judía, de las relaciones y proporciones de mestizaje en las grandes ciudades como en provincias remotas de Europa oriental. Más tarde, luego que las Fuerzas de Defensa hubieron atravesado las fronteras, los mapas hicieron su servicio («sólo en horario de servicio»). Los «mapas de población alemana» formaban parte de los pertrechos para el ataque alemán, había que saber dónde podía contarse con una recepción amistosa, con colaboración o con resistencia. Los mapas etnográficos y de nacionalidades se contaban entre los pertrechos básicos. No había «mapa etnográfico de defensa» para el ataque a Francia, se comprende, pero sí para la invasión de Polonia[227]. Tales mapas eran imprescindibles si se pretendía dinamitar las complicadas y complejas parcelaciones étnicas y sociales y aprovecharlas en beneficio de la política propia. Había mapas para todos los casos particulares: alemanes volinios, cachubos [del Vístula], sorabos, ucranianos, lituanos y judíos. Ni cabía movimiento «de vuelta al hogar imperial» sin el cartografiado de la «germaneidad fragmentada», ni aniquilación de los judíos sin el cartografiado de la distribución de poblaciones judías en la Europa oriental. Los comandos de asalto pudieron apoyarse en los abundantes fondos cartográficos de numerosos institutos científicos, en investigaciones financiadas por la *Deutsche Forschungsgemeinschaft*

[sociedad alemana de investigación], en los mapas de la editorial Dahlem de Berlín y muchos otros. La Europa del Este estaba medida etnográficamente hacía tiempo; la dirección nazi, las fuerzas de defensa, los comandos de asalto, ninguno tuvo que hacer más que coger el mapa y leerlo.

En el momento de su máximo triunfo militar, julio de 1942, tras el ataque a la Unión Soviética y antes de la batalla de Stalingrado, el Departamento de Extranjero decidió llevar a cabo el proyecto cartográfico de un «Atlas histórico-geográfico de Europa». Cuando empezaron los trabajos, la batalla por Stalingrado estaba en su punto más feroz. Los bombardeos de Berlín forzaron la evacuación de los cartógrados al castillo de Grabow. El mapa en que debía presentarse la Europa transformada no sólo se vio superado por la realidad, como ocurre siempre a los mapas, sino que ni siquiera llegó a acabarse. Habría sido presumiblemente un mapa de la Europa aria, ornamento cartográfico de una forma de dominio como Europa no había conocido antes. El que sí se llevó a cabo fue el del desmembramiento del Imperio alemán, el mapa del «*finis Germaniae*»[228]. Fue forzoso dibujar de nuevo todos los mapas. Por largo tiempo éstos muestran una Alemania alcanzada de lleno, dividida, que había perdido su unidad política y territorial. Por medio siglo después de Yalta y Potsdam, Alemania formó parte de diferentes hemisferios y sistemas. Por más de una generación Alemania estuvo dividida en dos y aun en tres, partida por una nítida frontera, perteneciente a mundos distintos, coloreada con colores distintos. Tras la guerra, al menos en la parte occidental, se creció aún con los contornos de «Alemania en las fronteras de 1937» metidos en la cabeza por el atlas escolar de Diercke; pero también con los trazos que había dejado tras de sí en el mapa de Europa la red de campos de concentración y exterminio, y con los jalones que señalaban la expulsión y desplazamiento de los alemanes del Este de Europa.

Comercio mundial
La fuerza de la burguesía

No puede haber texto más a medida del mapa del mercado mundial en trance de aparición que aquel pasaje del *Manifiesto del Partido Comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels de 1847-1848: «El descubrimiento de América y la circunnavegación de África le procuraron terreno nuevo a la burguesía que despuntaba. El mercado chino y de las Indias orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de medios de cambio y mercancías dieron un auge nunca conocido a comercio, industria y navegación, y con ello, un rápido desarrollo al componente revolucionario de la sociedad feudal en decadencia... la gran industria ha establecido el mercado mundial que el descubrimiento de América preparara. El mercado mundial ha dado a comercio, navegación y comunicaciones por tierra un desarrollo inconmensurable. Que a su vez ha repercutido de nuevo en expansión de la industria, y allá donde alcanzaban industria, comercio, navegación y ferrocarriles se desarrollaba la burguesía en esa misma medida, multiplicaba sus capitales, y desplazaba al fondo del escenario a todas las clases heredadas de la Edad Media... La burguesía no puede existir sin una revolución permanente de los instrumentos de producción, y así, de las relaciones de producción, y así, del conjunto de relaciones sociales. Mantener inalterada la antigua manera de producir fue por contra condición primera de existencia de todas las clases industriosas hasta entonces. Permanentes vuelcos en la producción, ininterrumpida conmoción de toda situación social, eterna inseguridad y movimiento eternos distinguen a la época de la burguesía de todas las demás. Toda relación oxidada e inamovible con su cortejo de venerables imágenes e ideas se desatasca y se disuelve, toda relación recién establecida envejece antes de poder anquilosarse. Todo lo que sea estar, todo Estado o estamento establecido se evapora, todo lo sagrado se desacraliza, y al cabo los seres humanos se ven forzados a mirar su vida, su posición y sus relaciones mutuas con ojos desilusionados.

»La necesidad de dar salida cada vez más amplia a sus productos acucia a la burguesía por todo el globo terrestre. Por doquier ha de anidar, por doquier construir, por doquier establecer conexiones.

»Merced a su explotación del mercado mundial la burguesía ha configurado cosmopolíticamente producción y consumo de todos los países. Para gran aflicción de reaccionarios ha quitado el suelo bajo los pies a la industria nacional. Las más antiguas industrias nacionales han sido aniquiladas y lo son a diario. Son expulsadas por industrias nuevas cuya introducción se torna en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, industrias que ya no elaboran materias primas del país sino pertenecientes a las más remotas zonas, y cuyos productos no se consumen sólo en el país sino en todas partes del mundo al mismo tiempo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con creaciones del país, hacen su entrada necesidades nuevas que reclaman productos de los climas y países más remotos para apaciguarse. En lugar de la antigua autosuficiencia y clausura local y nacional hace su entrada un comercio por doquier, una dependencia mutua entre todas las naciones. Y otro tanto en la producción intelectual. Las producciones intelectuales de cada nación se tornan en bien común. Prejuicios y limitaciones nacionales se hacen más y más imposibles, y de las muchas literaturas nacionales y locales se forma una literatura mundial.

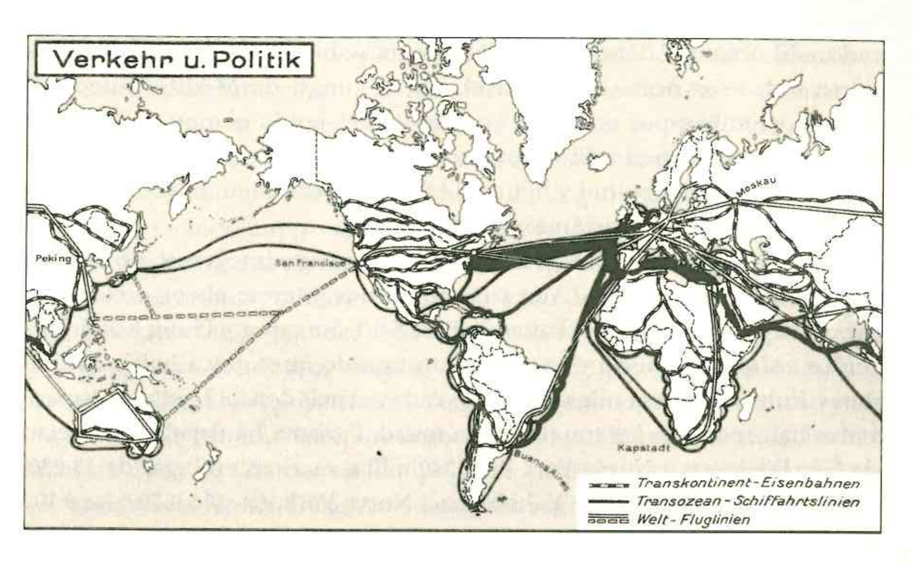
»La burguesía arrastra incluso a las naciones bárbaras a la civilización por su rauda mejora de todo instrumento de producción, por sus comunicaciones infinitamente más fáciles. Los precios baratos de sus existencias son la artillería pesada con que derrumba todas las Murallas Chinas, con que fuerza a capitular aun al más encarnizado odio de bárbaros al extranjero. Fuerza a toda nación a hacer suya la manera de producir de la burguesía si es que no quiere arruinarse, a introducirse por sí misma lo que se llama civilización, esto es, volverse burgués. En una palabra, se crea un mundo a su imagen y semejanza... En su dominio de clase, de un siglo apenas, ha creado fuerzas productivas más colosales y masivas que todas las generaciones pasadas juntas. Las fuerzas naturales, subyugadas; la química, aplicada a industria y agricultura; maquinarias, barcos a vapor, ferrocarriles, telégrafos eléctricos; continentes enteros roturados, ríos hechos navegables, poblaciones enteras surgidas del suelo como por ensalmo: quién se iba a figurar en siglos anteriores que tales fuerzas productivas dormitaran en el seno del trabajo social»[229].

La vena retórica con que Karl Marx y Friedrich Engels rinden homenaje en el *Manifiesto comunista* a la fuerza revolucionaria de la burguesía halla una correspondencia en la iconografía cartográfica del comercio mundial. Sólo se expresa de semejante manera quien publica un secreto a voces, alguien que da voz a lo que ha emergido irreversiblemente: la sensación y profunda convicción de su contemporaneidad. Sólo habla de semejante manera alguien para quien el despliegue de las «relaciones de capital» es al mismo tiempo producción de un espacio específico. Marx, analista de la producción de «riqueza abstracta», piensa las relaciones sociales tan en concreto como casi nadie. No fue el único en su tiempo, y acaso aprendiera esa sensibilidad suya del geógrafo Carl Ritter, a cuyas clases asistiera también el joven Marx en la universidad de Berlín. En lenguaje de geógrafos, eso mismo suena digamos así: «Antes eran costas, mares y océanos tan sólo obstáculos en el orbe del planeta... en el presente los mares no separan como antaño países y continentes; son ellos quienes vinculan a los pueblos y anudan sus destinos, y aun con la mayor seguridad desde que la navegación ha madurado en arte consumado, y ha venido a ser medio de enlace entre los pueblos cultos un transporte más rápido y fácil merced a las fuerzas que animan a los elementos líquidos, los que cubren parte mayor con mucho de la superficie del planeta (3/5 frente a 2/5)... el progreso de la navegación transoceánica incluso ha hecho otra que en pasados tiempos la posición de las partes terrestres, de continentes y otras islas»[230]. Así, la isla de Santa Elena, por ejemplo, se ha convertido en «isla vecina a nuestro continente». El viaje a la China se ha acortado de ocho meses a cuatro desde el siglo XVIII. «Así, el océano Atlántico se ha transformado prácticamente en un exiguo brazo de mar o un gran canal gracias a ello». Como gracias a los barcos a vapor ahora se es independiente del viento, se puede planear y decidir libremente. La «física hasta ahora inamovible de la rígida corteza terrestre» ha visto mermado su poder. «Alcanzar Australia es posible hoy día con más comodidad y en menos tiempo del que se precisa para llegar por ejemplo al centro de nuestro continente vecino, de donde partieron los primeros gérmenes de cultura, el interior de Asia». Indias occidentales y orientales se han vuelto «casi departamentos marítimos del mundo europeo «regiones hermanadas» del planeta»[231]. Y aún hay otra observación interesante para los contemporáneos de la globalización del siglo XXI: «Sí, y un punto situado en posición propicia del globo terrestre, una que por las condiciones físicas

locales intervenga en el tráfico de la época favoreciendo el desarrollo histórico, si escoge bien el momento puede ganar en poquísimos años, en un decenio, la mayor de las influencias en su archipiélago u océano correspondiente, más significativa que la de una superficie de muchas millas cuadradas, como les ocurriera antaño a Alejandría, Ormuz o Macao, como a La Habana, como hoy al puerto franco de Singapur»[232].

Rutas, universalismo. Los mapas del comercio mundial muestran las principales rutas comerciales alrededor del globo[233]. Unen un extremo del mundo al otro. Concurren en determinados lugares, se agavillan y ganan una peculiar realidad de avenidas marítimas. De esos mapas surge una geografía nueva: sus capitales son las ciudades portuarias: Nueva York, Londres, Rotterdam, Colombo, Yokohama, San Francisco, Valparaíso. Sus estrechos, allí donde todo el movimiento se estanca y aguarda permiso de paso, son las rutas marítimas naturales o artificiales. Son los puntos donde el tráfico se hace denso, puntos de encuentro en alta mar, estrechos y travesías peligrosas: Öresund-Gran Belt, el pasillo de Dover, Gibraltar, Mesina, Bósforo-Dardanelos, la ruta de Ormuz, Bab el Mandeb, la ruta de Malaca, del mar de la Sonda, de Macasar junto a Borneo, de Oingzu junto a Hong Kong, de Formosa, de Corea-Tsusima, la de Tsugaru al norte de Hokaido, la de Cook en Nueva Zelanda, la de Belle-Isle en Terranova, la de Cabot en la corriente de San Lorenzo, la de Florida, la del Yucatán, el paso de Windward, el de la Mona en Cuba, la de Magallanes. Los lugares sobre los que carga la mayor presión son los canales artificiales, el canal de Suez, el canal de Panamá, el del San Lorenzo al mar, el canal del Báltico al Mar del Norte. No son caminos, pero así les llamamos. «Desde todos los rumbos las rutas marítimas cruzan las zonas del mar mundial económicamente activas y con posibilidades. Con todo lo deshilachado de esas líneas, se puede reconocer sin embargo que la mayoría se agavillan en determinadas rutas, de modo que hay que hablar de rutas predilectas o de máxima abundancia de tráfico, o abreviando, de "vías principales" o "cinturones de tráfico"»[234].

El comercio hace mares interiores de los grandes mares, y de distantes lugares costeros ciudades vecinas. Así se entreteje el espacio del Pacífico: Los Ángeles y San Francisco de Yokohama y Auckland; en el océano Índico, Freemantle en Australia del cabo Guardafuí en África oriental, el cabo de Buena Esperanza de Bombay; el Atlántico Norte parece mostrar la densidad más elevada, y se ve pasar a los barcos rozándose casi literal-



Flujos de comercio internacional, 1930.

«De esos mapas surge una geografía nueva: sus capitales son las ciudades portuarias: Nueva York, Londres, Rotterdam, Colombo, Yokohama, San Francisco, Valparaíso.»

mente: Nueva York-Rotterdam, Bahamas-Southampton, Lisboa-Panamá. Los signos de los mapas ofrecen densidad, frecuencia y tonelaje desplazado. «El océano Atlántico es el mar de más abundante comercio y rutas entre todos los océanos. Se ha alzado al rango de Mediterráneo del mundo, mientras por contra el Pacífico sigue siendo el gran Océano *par excellence*, y surte en el tráfico comercial un efecto descentralizador a consecuencia de su magnitud y figura. Todo eso y más cuentan los mapas sin necesidad de interpretación textual extensa»[235].

Los lugares de transbordo son parte firmemente integrante de nuestro conocimiento del mundo. Aun cuando no nos interese el comercio mundial, sabemos de Gibraltar, Panamá, Port Said, Singapur y Hong Kong. Son nudos en que se anudó y entretejió un mundo que nunca había habido antes. Entre ellos se tiende un espacio cada vez más denso. Los canales excavados han reducido los trayectos a la mitad. Panamá ha dejado el trayecto de San Francisco a Nueva York en 5.340 millas marinas en lugar de 13.230; las 13.042 millas marinas de Yohohama a Nueva York, en sólo 9.700; las 8.100 millas marinas de Nueva York a Valparaíso, en 4.724, y acortado el trayecto de San Francisco a Liverpool de 13.507 millas marinas a 7.930. Gracias a Suez, el trayecto de Hamburgo a Al Quwait ha encogido de 13.968 millas marinas a 6.849, y de Odesa a Bombay, de 11.814 millas marinas a 4.174[236].

Cartas marinas y rutas marítimas comerciales son una única forma hecha visible en diagrama. La sentencia de Marx rige también para rutas por ferrocarril, *highways* transcontinentales y naturalmente rutas aéreas. Son lo que en adelante anuda firmemente al mundo y estrecha lazos. Nos sentamos en el sillón y sacamos del bolsillo para desplegarlo ante nosotros el folleto de la compañía aérea con los correspondientes mapas de ruta. Los diagramas de movimiento de pasajeros en las distintas rutas son documentos que atestiguan densidad y acortamiento. Se corresponden con la experiencia del pasajero aéreo: en las rutas trasatlánticas se ve una densidad muy alta de aviones a alcance visual en diferentes altitudes. Aquello que fueran las ciudades portuarias aún a comienzos del siglo XX lo son los aeropuertos internacionales a finales del siglo XX. Aquello que fueran las grandes navieras –Nordeutscher Lloyd, Hamburg-Amerika Linie y otras– para la sociedad de 1914 lo son United, Lufthansa, Sabena, Air France o Quantas para el público de finales del siglo XX. Si pensamos en «el mundo entero» pensamos en el aeropuerto JFK y Newark en Nueva York, O'Hare en Chicago y Denver, Orlando y Atlanta, Londres-Heathrow, Frankfurt-

Rhein-Main, Abu Dabhi, Hong Kong. Las rutas marítimas entre Inglaterra, Panamá, Gibraltar, Suez, Bombay, Auckland, Singapur, Hong Kong, Vancouver, eran las «*Highways of Empire*». Cabe medirlas estadísticamente en número de pasajeros, cifras de fletes y fardos, aceleración en el intercambio de personas e ideas. Esa red de rutas cuenta y contiene una historia entera, quizás una que está a punto de tocar a su fin. Es la unidad del mundo producida año a año, día a día, hora a hora, de la que podemos caernos puntualmente cuando hay problemas, pero tras la que no podemos retroceder ya. Los diagramas muestran la base sobre la que empezó a funcionar nuestro universo teórico, nuestra tácita suposición de que en este mundo rijan ciertas suposiciones y modos de ver más o menos compartidos por todos. Los diagramas dan forma visual a los pilares en que descansa la «cultura mundial». De esos flujos pende la forma de vida moderna: los surtidos de las tiendas de ultramarinos, los decorados orientalizantes de *Aida*, los carteles de neón de Chinatown, la tipografía característica de McDonald's o el *International Herald Tribune* en el quiosco, da igual dónde. Ellas constituyen la socialización mundial de que Marx hablara el primero.

Misión civilizadora: apropiación del mundo, colonización del mundo. La misión civilizadora del capital ha dejado sus huellas por doquier en el globo, es más, lo ha modelado de forma duradera y en extensas áreas. Europa ha dado nombre, el suyo, al mundo que descubrió e hizo franco. Por doquier en el Nuevo Mundo todo lo reencontró y lo reinstauró: Nueva Orléans, Nueva España, Nueva York, Novorosissk, Berlín-Texas. Por doquier en el Nuevo Mundo allanó las fortificaciones del enemigo y erigió las propias. Se figuró centro en los mapas del mundo, mientras no hubo otros. Arrancó de los nuevos continentes cuanto pudo extraer y expoliar de forma duradera. Trazó fronteras que nunca hubiera hasta entonces. Creó territorios donde antes no hubiera sino espacios. Marcó al mundo entero con instituciones y signos del suyo: iglesias, fortificaciones, cárceles y cuarteles, ciudades con plazas del mercado, calles y canalizaciones, instalaciones portuarias, inspecciones de aduanas y almacenes, edificios administrativos y policiales, escuelas y hospitales. Dondequiera vayamos hoy en el mundo, ya hemos estado allí. En el más remoto confín del mundo sobreviene un efecto de reconocimiento y *déjà-vu*: una catedral, una torre, un portón, un faro, un hotel, una estación. Y a la inversa, por doquier nos encontramos en medio de nuestras grandes ciudades a los enviados de remotos

países nuevos: frisos con los dones que los conquistadores han traído de ultramar, obeliscos y esfinges, obras de arte, gemas y taraceados de maderas preciosas, esculturas y plantas que el mundo exótico ha enviado al viejo continente. Los museos del Viejo Mundo son cámaras del tesoro del imperialismo. En las plazas más hermosas de las metrópolis rugen leones, se arrodillan esclavos y fieras. La riqueza del mundo se dio cita en los feriales de las exposiciones mundiales, en Londres, Chicago, París.

El imperialismo es también Geografía. Nos percatamos plenamente en el momento en que se acaba el callado consenso acerca de la misión civilizadora, y la misión se declara apropiación y sometimiento. Dondequiera vayamos hoy en el mundo encontramos huellas de Europa. Imperialismo es espacio global producido por el capitalismo. Imperialismo es la geografía del antagonismo entre centro y periferia, la geografía del intercambio desigual. Imperialismo es espacio de poder, dominio construido de los señores coloniales sobre los nativos, de los blancos sobre quienes no lo son, paisaje y topografía urbana del *apartheid.* Como todo «sistema» el colonialismo se organiza espacialmente. Tiene sus puntos de apoyo del poder, sus bases navales de apoyo, sus puntos de escape por si se fracasa, sus establecimientos de instrucción y amaestramiento de compradores nativos, sus mundos reservados y el mundo de los demás. Espacialmente, el colonialismo está en la costas, en las desembocaduras de los grandes ríos, más cerca del país de origen que del interior del continente de que toma propiedad. El colonialismo ocupa todos los antiguos centros de culto y dominio, les da nuevo nombre e interpretación, sobre su autoridad y su derrota erige su nueva hegemonía. El colonialismo es, de entrada, dominio de una impotencia extranjera que tiene que alcanzar máxima eficacia con mínimas fuerzas. El espacio colonial se basa en el dominio de puntos estratégicos, alturas, estrechos. El punto estratégico es lo que cuenta, no la superficie. La potencia de fuego, no el número. Todo universalismo tiene que ver con movimiento de penetración, erección de puntos de apoyo, enclaves, propagación.

Colonialismo es tanto como posibilidad sin fronteras en una *tabula rasa.* Aquí se puede planear, construir, desarrollar como sólo cabe, aparte de eso, en la hoja en blanco. Aquí no hay que andarse con contemplaciones, aquí no se necesita constreñirse. Máximo efecto, máximo expolio, máxima comodidad, eso es lo que cuenta. La colonia es el jardín de los placeres y las posibilidades que ya no hay en casa. El Occidente que se ha

hecho con colonias puede renunciar a las utopías. A través de la *porta orientalis* vuelve finalmente en sí. Las ciudades coloniales son racionales hasta las últimas consecuencias. Su estética se funda en el tablero de ajedrez, en el bloque. Tiene que tener cuanto necesita un enclave europeo: iglesias, *palazzi,* palacio del gobernador, bancos, industria de transformación, puerto y administración portuaria, club, burdel. Y tiene que tener lo que hay que tener para poder tener en un puño a todo un país ancho y ajeno desde un solo punto. Flamantes ciudades coloniales que resultan odiosas para la tierra adentro a la que deslumbran. Las ciudades coloniales son las bisagras de la periferia. Pero en muchos casos se crecen, se hacen autónomas, dejan de ser ciudades coloniales y comienzan a lucir con fuerza propia como metrópolis. Algo así ha pasado más de una vez: Nueva York, Boston, Tánger, Beirut, Odesa, Port Said, Bombay, Adén, y aun San Petersburgo, que es una fundación colonial rusa en las marismas germanofinesas. Tras la disolución del mundo colonial y el desplome del bloque socialista, sus sucesoras son las ciudades portuarias y nudos por los que fluyen las corrientes de la globalización[237].

Jan Vermeer:
Interior con geógrafo (1669)

Los coleccionistas son siempre una especie particular, pero los coleccionistas y vendedores de mapas lo son particularmente. A primera vista sólo son un subgénero del bibliófilo. Especialistas, como los cazadores de primeras ediciones. Como coleccionistas, son entendidos. Entienden algo de técnicas de impresión, sombreados, color, encuadernación y encolado. Una conversación con ellos lleva a dar la vuelta al mundo, y el menor de los mapas, a las mayores relaciones mundiales. Ahí lo que se busca es el rastro de dinastías y escuelas. Así pues, el habitual instinto de cazador, agudizado para cuanto tenga que ver con el ejemplar único, el aura que confiere «la hoja de papel», el respeto rayano en patológico ante la materialización del tiempo, el aroma de época. Tienen algo de bibliómanos. Pero eso da en el *quid*. Es otra cosa, a definir con más precisión. Tienen el mundo en casa. Guardan un secreto. En esa pasión suya se echa de ver por qué fueron secreto los mapas, vigilado más celosamente que el oro; se comprende por qué estaba prohibido exportarlos, por qué se los custodiaba como al tesoro más preciado, por qué en muchos Estados se los consideraba género de contrabando aun más que armas, drogas o pornografía. Se trata de algo explosivo. En el coleccionista de mapas hay algo de conjurado. O se está en ello, o no se está.

Podría pensarse que se trata de la ornamentación gráfica, de la belleza del trabajo. De hecho mapas y atlas son suntuosas escenografías. En Abraham Ortelius y Jan Blaeu se titulan *Theatrum mundi et orbis Terrarum.* En las portadas se cuelgan telones, se levantan tablados y escenarios, los personajes de la historia geográfica del mundo, océanos, continentes, climas, rosa de los vientos, todos tienen en el guión su entrada alegórica. Muchos de ellos tienen formatos considerables, no cuadritos, sino panoramas. ¡Cómo no perder la cabeza a la vista de los mapas de glaciares en relieve del *Atlas Suisse* publicados de 1796 a 1802[238]! Cualquiera entiende al punto de qué se habla si tiene abierto delante el legendario atlas Dufour de Suiza, de 1842 a 1876. Esos sombreados, ese hallazgo de las transiciones exactas, esa obra

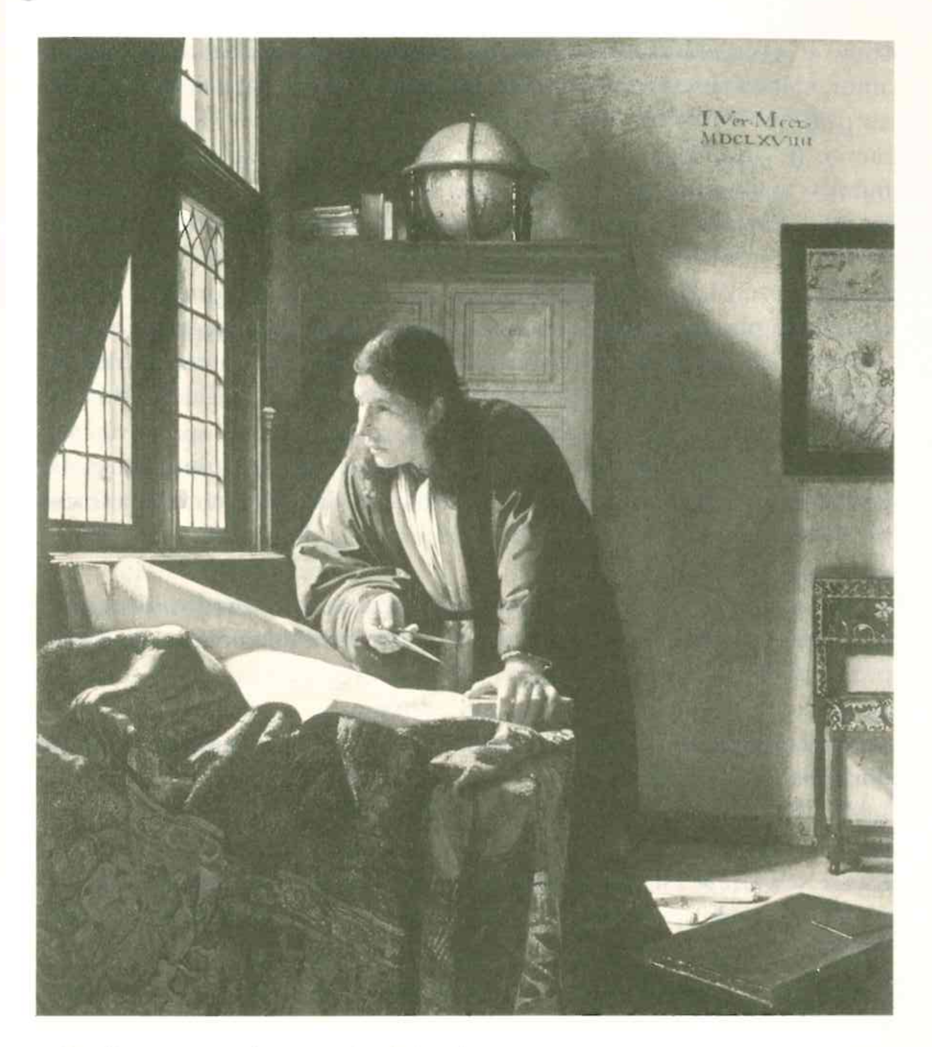
maestra. La mera descripción de sus cualidades nada devuelve del momento de excitación, de auténtico arrebato. «El atlas Dufour no fue tanto un adelantado que enseguida fuera a necesitar una revisión cuanto un modelo de precisión y presentación artística, y no sólo para los cartógrafos suizos, para la cartografía entera... sus láminas constituyeron el principio rector en lo sucesivo de muchos mapas a escalas muy distintas que se remiten por igual a los originales de Dufour. Rasgos tipográficos, contornos, edificios, caminos, fronteras y similares se imprimieron en negro; pendientes y pasos así como otras señas del terreno que no eran representables con líneas de contorno se reprodujeron con sombreados marrones, mientras se reservaban los negros para macizos rocosos y tajos abruptos. Con luz rasante los mapas ofrecen una imagen plástica del relieve. En vistas horizontales se emplearon tonos en bronce, y todos los cursos de agua muestran coloración azul. El resultado fue una cartografía de Suiza sumamente agradable en lo estético que todavía hoy se sigue empleando. Muchos la tienen por una de las obras de cartografía topográfica más logradas que se haya publicado nunca»[239]. Quienquiera haya visto alguna vez un portulano o aun lo haya tenido en sus manos entiende qué sucede: lo mismo que ante iluminaciones y miniaturas doradas en folios y pergaminos medievales. Un derroche infinito de trabajo y tiempo. Portulanos sin colorear, ¿hay algo de que emane más distinción que de esas formas y líneas limpias y sobrias, tan bellas como antiguos dibujos arquitectónicos del Renacimiento? Uno puede llegar a acalorarse a cuenta de las finezas en la técnica del buril o del dorado, o por las delicadezas de las viñetas.

Los iniciados saben que dibujar mapas es tentación que se permitieron grandes artistas. Y dieron lo mejor de sí, Leonardo, Durero, Holbein y muchos otros. Un nombre antiguo para mapa era *pictura*[240]. Los mapas valían por *pictures of the world.* A menudo se hacía de mapas pinturas murales, y podían emplearse también como tapices de lujo. A menudo el florecer de la cartografía lo es también del arte, y siempre testimonio del desarrollo cultural de un país. Los mapas son algo así como retratos de la Tierra, de su rostro o al menos de su espejo. Hay paralelos entre ambas cosas. Los mapas son siempre obra conjunta de artes, archivos de un conocimiento complejo: entran en ellos geodesia y clima, botánica y zoología, geometría y literatura. Trabajan con líneas geométricas y con la narrativa de las leyendas cartográficas. Muchos mapas vienen enmarcados entre historias en imágenes, una historia de imágenes en sucesión, forma temprana

de *cartoons* y *comics*. No está claro de antemano si los cartógrafos son antes geógrafos y luego artistas o primero artistas y luego geógrafos. Artistas hay que fueron cartógrafos y geógrafos, artistas agraciados como Hans Holbein el Joven, que pintó un mapa del mundo. Carl Ritter realizó unos dibujos maravillosos del valle del Elba junto a Aussig, de Grecia o del valle del Rin junto a Bingen. De las artes plásticas y la teoría del arte de Friedrich Schlegel tomó en préstamo para su disciplina el bajorrelieve en calidad de forma de transición entre escultura y pintura, y en 1803 creó un mapa de «Alemania a modo de bajorrelieve»[241]. Ello indica que hay en los mapas múltiples grados de transición entre información y presentación artística, entre reproducción y construcción. Y también recuerda que figurar el mundo fue tan importante como medirlo, y los medios de visualización, tan importantes como los de cálculo. Como en todos los coleccionistas, hay una pasión por la exhaustividad enciclopédica, y ésta en cuestión de mapas es lisa y llanamente inagotable: puesto que todo admite exponerse en forma cartográfica, el mundo de los mapas es infinito. Y como todo propietario de una buena biblioteca, el coleccionista de mapas juega un poco a ser Alejandría.

Ya para los antiguos mecenas y coleccionistas o para quienes encargaban los mapas la faceta estética y decorativa era de mayor importancia que la de información y visualización de relaciones espaciales y locales. John Dee, matemático y místico de la época isabelina, ya mencionaba en 1570 entre las razones por las que se adquieren mapas las siguientes: «Hay quienes decoran con ellos vestíbulos y salones, aposentos y galerías, despachos y bibliotecas; quienes se proveen de mapas para sus viajes a tierras lejanas, y aun hay quienes queriendo evocar viajes ajenos se hacen con mapas de tierras y mares y globos terráqueos»[242]. Ante tales obras de arte se acredita el verdadero conocedor. Se discute entonces de finezas y matices de las diversas escuelas, de las diferencias entre familias de mapas, de genoveses, venecianos, catalanes, holandeses y alemanes.

Pero la fascinación por los mapas no se extiende sólo ni ante todo a las obras de arte, sino a la belleza y fuerza expresiva de mapas y atlas corrientes. ¿Y qué tienen esas obras cartográficas, la mayoría producidas en grandes tiradas? Quizás la cosa esté en que los mapas son abreviaturas, mundos de un vistazo, archivos del conocimiento de época a primera vista. En ellos el conjunto del conocimiento de una época viene a hacerse visible. Uno tiene ante sí un fragmento de visión del mundo. La versión más exacta. Así



Jan Vermeer, *Interior con geógrafo* (1669).

«Los mapas se convierten en quintaesencia de unos modos de captar y conocer el mundo, pasan a ocupar el centro de la vida interior de la temprana modernidad.»

como el propietario de una edición prínceps establece vínculos con el autor, el impresor y la época, así el propietario de un mapa tiene el mundo en pequeño entre sus manos. Es un framento de poder virtual, un fragmento de autoridad competente, un fragmento de participación en el mundo fijado en el mapa. Con ellos se conecta uno al discurso de los mapas a través de los tiempos, transtemporal. Los mapas son formas, condensados, condensaciones, abreviaturas de conocimiento conjunto, de épocas. Son colecciones de miradas sobre el mundo, de proyecciones de mundo. El placer de los mapas es más que estímulo estético y más que respeto ante el conocimiento. Es probable que acierte un conocedor del negocio de los mapas cuando señala en cierta ocasión que «además, ciencia, cartografía y arte se asemejan hasta cierto punto en despertar un sentimiento de placer así en quien los produce como en quien los recibe; pero mientras en el arte ese placer, disfrutar, es finalidad inmediata y siempre la más esencial, a través de ciencia y cartografía deben transmitirse y participarse verdades»[243].

Los mapas se convierten en quintaesencia de unos modos de captar y conocer el mundo, pasan a ocupar el centro de la vida interior de la temprana modernidad. *Interior con geógrafo* de Jan Vermeer, de 1669, muestra al geógrafo en su cámara inclinado sobre los mapas: el hombre, el europeo capta el mundo, se hace una imagen de él, lo enmarca, le da un orden, lo domeña, lo fija, hace de él cuadro en el cuadro. Es tanto como disponer sobre el conocimiento del mundo, acaso sobre el mundo mismo, pero desde casa, entre las cuatro paredes propias. Así es como Blaeu presentaba a Luis XIV en 1663 su nuevo atlas del mundo en doce volúmenes: «La Geografía es ojo y luz de la historia... los mapas nos hacen posible contemplar ahí directamente ante nuestros ojos las cosas más distantes y remotas»[244]. Uno puede estar en el mundo y aun así seguir consigo. Vermeer ha captado ese componente de poder y libertad descomunales. Quizás ahí radique en último término la magia de los mapas.

Dar nombre al mundo

Sólo el mundo que tiene nombre es nuestro mundo. Las religiones marcan sus áreas de difusión con nombres de santos y mártires, las revoluciones que quieren hacerse perennes nombran ciudades por sus caudillos. El Estados Unidos revolucionario da a su capital el nombre de George Washington, la revolución rusa hace de Petrogrado Leningrado. Algo semejante pasa con gran regularidad, casi por norma. A la que ninguna tierra en el mundo fue nunca excepción. En naciones y países nuevos con una historia aún reciente ese papel de las denominaciones únicamente resalta más. Pero aun de la «Ciudad Eterna» sabemos que su nombre surgió del culto a una persona. No siempre sale bien. Se precisa una afortunada conjunción con que nombre y lugar entren en unión indisoluble. En nombres de ríos, en designaciones de países y continentes, de lugares y ciudades, se volverá luego objeto de investigación mitológica y amplias recuperaciones etimológicas. La historia está llena de designaciones y denominaciones artificiosas y nada duraderas en la práctica. Los nombres están como pegados encima casi arbitrariamente, y un cambio de dirección en los vientos (o huracanes) de la historia arrastra consigo los nombres. En la mayoría de los casos vuelve a escena entonces el antiguo, que se demuestra más tenaz y duradero.

Los nombres designan tomas de posesión, apropiaciones, son en todos caso marcas. El descubrimiento del Nuevo Mundo es a la vez una historia de denominación de dimensiones descomunales. Las dos Américas fueron renombradas de punta a punta o poco menos. De la América precolombina se hizo una América poscolombina. Generaciones de descubridores dejaron hacer a su fantasía y aún más recurrieron a los fondos de su formación para dar nombre a lo nuevo. Así se hizo del Nuevo Mundo panteón del Antiguo: sus dioses, santos y mártires, sus lugares santos, su historia de ideales naufragados y la relación de todas sus utopías. Puede leerse la imposición de nombres al Nuevo Mundo como una historia de fantasmas del Viejo, de sus espíritus y proyecciones. De San Francisco a San

Diego, de San Antonio a St. Paul, se invoca a todo el mundo sagrado. Se recompone una vez más el Viejo Mundo: Neu-Amsterdam, New Orleans, Memphis, Oxford, París-Texas. La promesa de felicidad de un mundo mejor se hace presente al menos en los nombres: en Filadelfia por ejemplo. Y algunos de los lugares mayores y más señalados son amalgamas de lo encontrado y lo nuevo, como si sólo fuera duradero lo que no tiene que ser implantado, ciudades con raíces indias como Chicago y Utah. Idéntico proceso se ha desarrollado dondequiera hayan tomado posesión del mundo europeos, de Argelia a Vladivostok, de Bombay a Hong Kong. Nadie ha descrito de forma tan impresionante como Paul Carter en *The Road to Botanny Bay* cómo un espacio nuevo no sólo se mide, sino que se clasifica y denomina, y sólo entonces llega a crearse «para nosotros», y a ser apropiado. Paul Carter describe la apropiación de Australia, el último de los continentes en ser descubierto, del que se hizo por así decir un campo experimental de la denominación científica y así permitió hacer realidad otro proyecto de la Ilustración. Leyéndole queda claro que no sólo había que cavilar y dar nombres, por así decir adheridos sobre los lugares de los aborígenes, sino que se trataba de algo más vasto: de un acto de clasificación meditada, sistemática y a gran escala de un mundo desconocido, y de su correspondiente inscripción en los mapas del conocimiento occidental. Paul Carter describe detalladamente ese proceso de *re-naming*, de colonización lingüística. «En unos setenta años tras la llegada de la primera flota se cartografió la costa australiana... se investigó el interior de Australia, se cubrieron los vacíos cartográficos, las huellas de los investigadores los cruzaron, paso a paso los cubrió una red de nombres; la franja costera australiana fue poco a poco roturada y marcada a fuego por linderos, las desembocaduras de sus ríos, preparadas para montar ciudades. Descubridores, investigadores y colonos estaban allí para hacer historia espacial. Se resolvieron por fijar direcciones, dar nombres, proyectar metas y ocupar la tierra». Trabajo duro. Sólo en los cuatro meses que pasó el capitán Cook en aguas australianas se midió y dio nombre a más de cien ensenadas, cabos e islas. «El "descubrimiento geográfico" es esencialmente un proceso lingüístico»[245].

Tan pronto están listos, esos mapas parecen obras eternas. Parece haberse hecho un trabajo titánico para siglos. Despachado. Pero entonces se echa de ver que los nombres pueden revisarse, que en un segundo histórico pueden ser retirados de la circulación, aniquilados, extinguidos, y

hacerse otra vez visibles nombres que parecieran olvidados para siempre. Tal sucedió en el momento del derrumbamiento del sistema colonial, cuando tras los mapas imperiales y coloniales reapareció otro mundo, uno que se reconocía en sus propios nombres. La historia de los nombres es siempre historia de dominio, historia de doble soberanía. Y quien supiera describir algo de las borraduras de nombres y denominaciones, de la rivalidad y la simultaneidad de nombres, sabría describir también un fragmento de época. La mayoría son épocas de transición, como aquella de 1989, cuando ciudades, calles y plazas vieron sus nombres cambiados a ritmo vertiginoso y las comisiones encargadas del asunto no podían mantener el paso de los cambios o recuperaciones de nombres. Así pudo pasar que una ciudad llevara simultáneamente tres nombres durante largo tiempo, San Petersburgo, Leningrado, y «Piter», Petrogrado. Todo el mundo sabe qué se quiere decir cuando se prefiere usar uno u otro. Es un código semántico en que pueden reconocerse actitudes, leer resentimientos u oposiciones. Cada nombre quiere decir algo distinto, la experiencia de otra generación: Leningrado, ni que decir tiene, la ciudad del cerco, la que recibió, hizo honor e inscribió en la historia su nombre por primera vez con plena propiedad en los 900 días cercada por un cinturón de acero; Petersburgo, por contra, evocación de la antigua capital imperial y «ventana a Europa». Nombres dobles o múltiples, sin embargo, también desempeñan gran papel en las zonas de mezcla étnica y cultural de la Europa central y oriental, las zonas de depuraciones y discriminaciones del siglo XX: Breslau-Wroclaw, Königsberg-Kaliningrad, Vilnius-Wilno-Wilna, Lviv-Lwow-Lemberg, Reichenberg-Liberec, Ossiek-Esseg, Rijeka-Fiume, Meran-Merano, Grosswardein-Nagyvarad-Oradea, Vyborg-Vipuri. Casi todas las zonas fronterizas europeas están codificadas de más de un modo, casi todo lugar o ciudad en esos parajes de transición y parcelación tiene doble y triple denominación. Eso es algo más que una indicación de modos de hablar políticamente correctos, antes bien huella de una historia demasiado compleja para que pudiera reducirse al denominador común de un solo nombre. El mundo histórico tiene muchos nombres, y quien quiera contar historias tiene que conocer nombres, tomarse en serio los nombres, así se trate de nombres de ríos o de ciudades, de nombres de barrios o nombres de calles. En los nombres resuena siempre la clave de un espacio histórico. Son enciclopedias (como los nombres de gremios y oficios que dieron nombre a los trazados de las calles en las ciudades medievales), tor-

tuosas crónicas de extintas erupciones (Boulevard Sebastopol, Strasse des 17.Juni). En los nombres la memoria se dota de un andamiaje de puntos de apoyo. Son larga duración venida a abreviatura. Son símbolos de violencia a que aún se adhiere por largo tiempo la huella de crimen y violencia (Sachsenhausen, Dachau, Kolyma). Pero aun lo que parece eterno y lo más unívoco es histórico, pasa, está en curso. En los nombres se muestra desarrollo, revisión en la permanencia. Acierta quien no ve en la onomástica una «ciencia auxiliar» sino el avezado compañero de viaje que nos ayuda a seguir las huellas de la historia. Casi se podría decir que quien cuenta una historia empieza por los nombres, forzosamente ha de empezar por los nombres. Toda historia comienza con el asombro ante los nombres.

Sándor Radó: el informador y el amor a la cartografía

Muchos han oído hablar de «Dora», el legendario agente que la víspera del 22 de junio de 1941 informó desde Suiza a la Unión Soviética de los preparativos del ataque alemán. Es sabido también que a Dora le fue como a Richard Sorge, quien desde Tokio había puesto a la Unión Soviética en conocimiento de la fecha de la invasión. Una de sus comunicaciones, a 21 febrero de 1941, decía así: «Al Director. Según las informaciones de un oficial suizo Alemania tiene actualmente 150 divisiones en el Este. En su opinión Alemania atacará a fines de mayo. Dora»[246]. O la de 17 de junio de 1941: «Al Director. En la frontera soviético-alemana se encuentran unas 100 divisiones de infantería, la tercera parte, motorizada. Además 10 divisiones acorazadas. En Rumanía particular concentración de tropas junto a Galati. Actualmente se prepara a divisiones de élite para acciones especiales, entre ellas la 5 y la 10 estacionadas en la Gobernación general [la Polonia ocupada]. Dora»[247]. Stalin no creyó ni a Dora ni a Sorge, ni a ningún otro. Muchos saben que en el curso posterior de la guerra, hasta el vuelco en la batalla de Kursk en 1943, «Dora» fue uno de los informadores más importantes en la Segunda Guerra Mundial. Pero casi nadie sabe que «Dora», por nombre civil Sándor Radó, era geógrafo y cartógrafo por tradición familiar, y en más de un sentido hizo historia en la cartografía. Cuando al final de su vida dice de sí que siempre ha sido geógrafo en cuerpo y alma no es por defenderse, por hacer desaparecer esa segunda vida suya mucho más célebre. En sus memorias escribe así: «Tras largas y duras pruebas pude finalmente volver a mi país en 1955, al cabo de 36 años de ausencia. Aquí hice realidad en el campo de la Geografía y la Cartografía muchos de mis objetivos científicos, con los que durante decenios sólo pude soñar»[248]. Su rango como geógrafo y cartógrafo ya viene acreditado en lo meramente formal por sus muchos títulos, honores y nombramientos como miembro de numerosas sociedades eruditas. Al final de su vida –murió en 1981 a los 82 años– se refiere con orgullo a las distinciones y condecoraciones recibidas de Estados Unidos, Polonia, la DDR y la URSS,

pero sobre todo a las recibidas del mundo académico: doctor *honoris causa* por la Universidad Lomonosov de Moscú, miembro de número u honorario de las sociedades geográficas de Francia, la DDR, la URSS, Estados Unidos, Gran Bretaña y Azerbayán. En Budapest, donde naciera en 1899 y adonde regresaría en 1955, había dejado atrás un amplio círculo de discípulos que, llegados entretanto a la madurez, recuerdan críticamente y aun así, sin excepciones, con gran respeto, a aquel mentor suyo que de todos modos algo parece que supo hacer. Para ellos era una figura de una época pasada, un *grandseigneur* de la época de la guerra y la revolución, estricto y sin consideraciones en sus exigencias de calidad, políglota que pasaba sin esfuerzo del húngaro al alemán, el ruso o el francés, de trato inhabitualmente estimulante pero también distante. Ese encantador caballero anciano con sus buenos modales y su traje informal sólo resultaba accesible a las señoras y a los niños[249].

Bajo esa luz Sándor Radó sólo sería una biografía interesante como las ha producido en demasiada abundancia el siglo XX. Su vida y obra sin embargo figuran algo más: la amalgama o al menos estrecha relación de política, geografía y cartografía en el siglo XX. Sólo penetrará el secreto de «Dora» quien haya estudiado a Sándor Radó. «Dora» figura al informador, al batidor que reconoce el terreno, al espía; Sándor Radó, la vida de un cosmopolita comunista y científico dotado. Lo que sabemos de él procede de sus memorias, de recuerdos y escritos conmemorativos y de homenaje de sus discípulos. Memorias que no tienen valor alguno, opina *nonchalant* István Klinghammer, discípulo de Radó en otro tiempo y hoy rector de la Universidad de Eötvös-Lorand en Budapest, mientras mira al Danubio desde los edificios nuevos del instituto cartográfico al sur de Buda. Pues Radó hizo llegar capítulo tras capítulo a la embajada soviética, de donde iban a Moscú y volvían en versión definitiva corregida y depurada[250]. Mientras cabe conjeturar que aún habremos de esperar para contar con unas memorias completas y sin censurar, si es que aún existen, la versión existente que apareció en 1974 en la editora militar de la DDR no carece sin embargo de todo valor. Nos ofrece una impresión de una personalidad cuyo retrato aún está por dibujar.

Tareas de inteligencia y cartografía. En sus memorias describe Sándor Radó la situación en que trabajaba su célula en Suiza en agosto de 1943. «Mi mujer no estaba en casa, había ido a llevar unos textos importantes a

los de la radio, que debían enviarlos a la central la noche siguiente. Mis hijos se habían ido hacía mucho a la escuela. Me senté al escritorio como solía a esas horas y me puse a terminar los mapas más recientes del frente oriental para periódicos suizos. La batalla en torno a Kursk tocaba a su fin, los fascistas se retiraban en desorden ante el avance de las tropas soviéticas. Era una noticia sensacional, y periódicos y editoriales pedían a diario mapas del frente del Este»[251]. ¿Cuál era la situación? Radó se había quedado con su familia en Suiza, en el «centro de Europa», en una isla rodeada por una Europa dominada por nacionalsocialistas y fascistas, en «la mayor cárcel del mundo», como también llama a Suiza en aquella época. Y aprovecha la situación de insularidad, de internacionalidad, la pervivencia de una opinión pública, el hecho de que Ginebra, sede de muchas organizaciones internacionales, siga siendo puesto privilegiado, para hacerse con información y establecer contactos en un país en que aún es posible moverse con relativa libertad. Reúne noticias sobre el enemigo, la Alemania nacionalsocialista, y las transmite a la URSS con ayuda de su célula, radiotelegrafistas y otras personas. Así informó en vano a la dirección soviética sobre la inminencia de la invasión, y así la mantuvo al corriente durante el entero curso de la guerra. Sus informaciones son de la máxima importancia, y apreciadas no sólo por los rusos sino también por estadounidenses y británicos en el seno de la coalición antihitleriana; que es también la razón por la que más tarde, tras su regreso a Budapest, Radó era invitado siempre a las recepciones de las embajadas estadounidense y británica. Pero Suiza es también lugar de recreo de alemanes: tienen empresas, turistas y pacientes, tienen relaciones políticas, soldados del frente oriental se reponen en sanatorios suizos de propietario alemán. Además hay redes progermanas con conexiones en el *establishment* suizo. Los alemanes presionan al gobierno suizo para que estrangule las «actividades antialemanas». Tan pronto los radiogoniómetros alemanes emplazados en Cranz, en la Prusia Oriental, rastrean los comunicados de «Dora», en julio de 1941, comienza la búsqueda de la fuente[252], que conduce al lago de Ginebra y a la casa de la *rue de Lausanne*, y es sólo cuestión de tiempo detectar el punto exacto de emisión. Tal es la situación. Apoyándose en las informaciones a que tiene acceso por la prensa y fuentes alemanas, Radó reconstruye las acciones bélicas de los alemanes en el frente oriental y transmite sus observaciones y análisis a la dirección el Ejército Rojo. Sin discusión, un conocimiento del máximo provecho para cualquiera de los

bandos que disponga de él por anticipado. La situación de Radó es la del cartógrafo en la clandestinidad: reúne informaciones, reproduce en mente el curso de la confrontación militar. Compone las informaciones. Así surge en Ginebra la imagen exacta del «teatro de operaciones», como se llama a la exposición cartográfica de la confrontación militar en la tradición antigua. Ginebra se convierte en punto de fuga del gran fresco de la batalla. Al reconstruir el curso de los frentes y las acciones militares son decisivos terreno, ciudades, ríos, fronteras, infraestructuras, ferrocarriles, puentes, topografía de la industria e igualmente informaciones que permitan sacar conclusiones acerca de fuerza de choque, potencia militar, movilidad, reservas, capacidades y muchas otras, por lo general ignoradas o apenas conocidas por los ajenos al ejército. Día tras día o mejor dicho noche tras noche Radó produce un cuadro del curso de los movimientos de ejércitos que encuadran a cientos de miles de hombres. Transmitiendo planes e intenciones de las Fuerzas de Defensa alemanas Dora-Radó proporciona al Ejército Rojo una ventaja decisiva. Emplazamientos y trazados de frente son vitales o mortíferos, según. Una información de ese género en relación con la batalla de Kursk, por ejemplo, dice así:

«14.7.1943. Al Director. Urgente.

De Teddy. Berlín 11 de julio.

–OKW despacha orden de reconocimiento aéreo. Observar día y noche movimientos de tropas soviéticas en las áreas Moscú-Tula y Kursk-Voronesh. Sin cumplir hasta ahora las esperanzas del OKW, que se desplacen fuertes contingentes soviéticos del área Moscú-Tula a Kursk. Si los alemanes no logran eso seguirán en el frente soviético las reservas previstas para el occidental y los Balcanes.

–II y IV ejércitos acorazados sufren pérdidas inesperadamente altas. La mitad de las divisiones acorazadas y motorizadas en ofensiva desde el 7 de julio necesitan reponer máquinas y dotaciones. Dora»[253].

Otra transmisión informa de las fortificaciones en la sección norte de la «Muralla Oriental» [*Ostwall*]:

«30.4.1943. Al Director.Urgente.

Muy importante. Plan "Ostwall".

De Teddy.

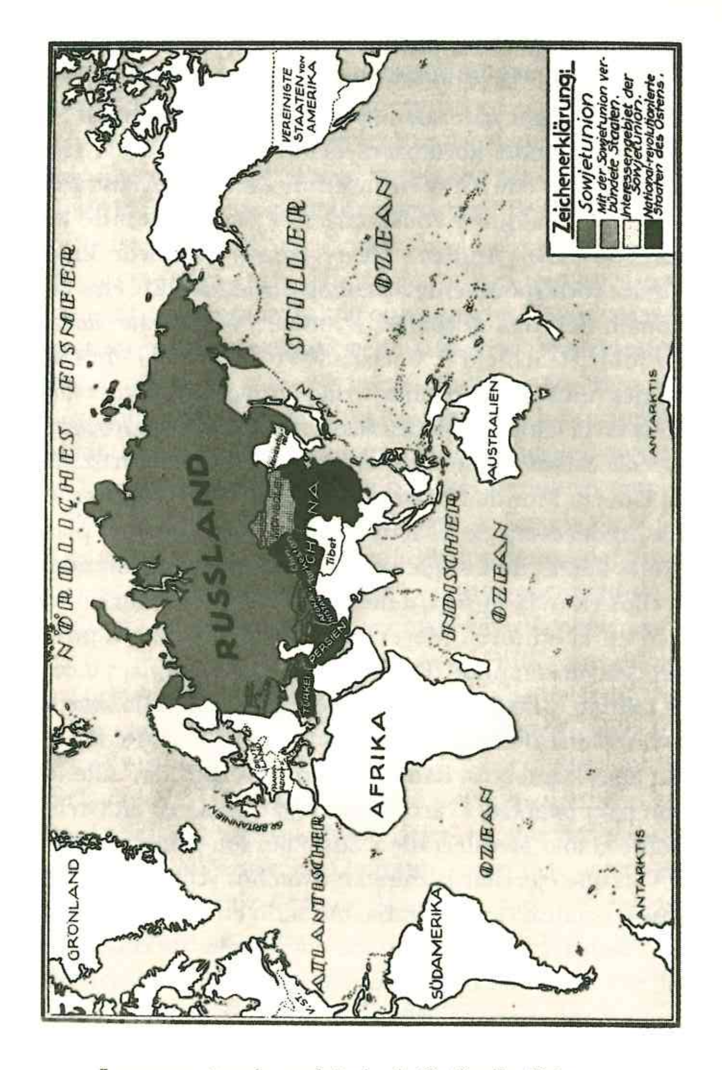
a) En la sección norte se construyen dos líneas: una primera antitanque, una segunda de defensa.

b)La antitanque va en primera línea por delante de la zona de defensa, está planeada a lo grande para acoger a una división de infantería. Las fortificaciones se escalonan en sólo 10 kilómetros por término medio... en primera línea del "Ostwall" y en la línea de defensa se construyen por todas partes búnkers de hormigón y madera y fosos antitanque»[254].

Dora-Radó observa y analiza desde su privilegiada atalaya suiza, al menos provisionalmente segura, lo que sucede en la Europa ocupada. Cartografía las relaciones de ocupación y resistencia, poder y contrapoder, Fuerzas de Defensa alemanas y ejércitos aliados, vida amenazada de muerte y final liberación. Valorando innumerables informaciones da figura a las relaciones de fuerzas, señala centros y periferias, frentes y rupturas, situaciones en retaguardia. No hay detalle que no sea importante; así, por ejemplo, interpreta un retrato de Mussolini tirado a una papelera como indicio fiable de su pronta caída. De la exactitud de sus informaciones y su grado de detalle depende el desenlace de batallas, vida o muerte o al menos disminución del número de bajas hasta el mínimo. Es el cartógrafo de una confrontación histórica universal. Se comprende por qué los mapas fueron desde siempre de importancia bélica y más preciados que los lingotes de oro apilados en las cámaras de los bancos, y por qué razón han sido siempre elemento principal de información o confusión. Él mismo es parte de la confrontación. Piensa su posición con las demás, la piensa inserta en ese mapa. Se ve en el centro del radiogoniómetro, de sus perseguidores nacionalsocialistas y sus cómplices suizos. Ve perfectamente y consigna cómo sus perseguidores van rodeándoles a él y a su célula, cómo el círculo se estrecha cada vez más, hasta que los goniómetros de corto alcance de la gendarmería suiza se plantan ante su puerta. Se convierte en cartógrafo de su propio cerco. Pero a fuer de conocedor del terreno, sin embargo, conoce también la vía de escape, por un túnel, a través de la frontera francosuiza, a la clandestinidad de la *Résistance*, y de allí por avión a El Cairo, Palestina y la URSS. Donde no recibiría el pago merecido por su cooperación a la lucha contra Hitler, ni condecoraciones ni fama, sino aquello con que se toparon demasiado a menudo viejos comunistas, combatientes españoles y judíos: el internamiento en el Gulag, que él conoció en Workuta y Uchta.

El geógrafo. Radó era geógrafo y cartógrafo de profesión. Pero más aún por pasión, pasión por una forma determinada de mirar y conocer el mundo que era la suya. A los seis años tuvo como tantos otros su primera

vivencia cartográfica con un mapa. En un libro que recibió como regalo de Navidad, *Dai Nippon*, leyó el reportaje de un profesor húngaro sobre el ferrocarril transiberiano. «En el envés de la tapa llevaba impreso por dentro un mapa en que una línea roja marcaba la ruta de Baratosi-Baloghs en Hungría al Japón, pasando por Siberia. Fue el primer mapa que vi en mi vida, y en él aparecía dibujado el Imperio ruso. El mapa de aquel país gigantesco se grabó en mi recuerdo para toda la vida. Y aun podría decir que decidió mi destino. En cualquier caso, desde entonces me interesaron apasionadamente la Geografía y la Historia»[255]. El despierto joven se metió en el torbellino de la revolución de los consejos obreros en Hungría, cuyo ejército necesitaba urgentemente mapas ya que todo el material cartográfico del ejército austrohúngaro se imprimía únicamente en Viena. Pero la revolución también tenía necesidad, aun más acuciante que de mapas, de cabezas, y así se convirtió en comisario político. Tras el triunfo de la contrarrevolución se convirtió en un emigrado más en Viena, donde comenzó sus estudios y asistió a clases y seminarios de Geografía y Cartografía de Brückner, famoso por sus trabajos sobre glaciares. En 1921 se encuentra en Moscú a título de delegado del III congreso del *Komintern*, y se procura mapas rusos con el objetivo de sacar a la luz el primer mapa de las repúblicas soviéticas. En 1922 empieza a estudiar en Jena y Leipzig. En 1924 publica en una renombrada editorial de Braunschweig, Wetermann, el primer mapa político de la Unión Soviética, donde se instala ese mismo año y prepara una guía de viajes de la URSS que aparecería en 1925 en alemán e inglés y había de servir de «Baedeker rojo» a toda una generación de *fellow travellers*[256]. Se trataba realmente de un adelantado de ese tipo de obras, ya que Radó mostraba por primera vez esa nueva criatura política llamada URSS, de que poco se sabía. Durante decenios los planos urbanos que contenía fueron los únicos disponibles de ciudades soviéticas. Y la guía se basaba además en comprobaciones propias: desde su despacho en el Kremlin Radó organizaba con regularidad cuestionarios con un *set* de preguntas de suerte que salían a la luz muchos datos nuevos. También aprendió sobre el terreno cómo interviene la aviación en labores de medición y cartografiado. Karl Haushofer, el «padre intelectual de la Geopolítica», comparó una vez por sus efectos la guía de la Unión Soviética de Radó a la película de Eisenstein *El acorazado Potemkin*, porque asimismo alcanzaba a extensas franjas de población que nada tenían que ver con el bolchevismo. Otro geógrafo cercano al nacionalsocialismo, Max Eckert-Greifendorff, repro-



La gran potencia proletaria: la Unión Soviética.

«Otro geógrafo cercano al nacionalsocialismo reprochaba a Radó que había hecho "aparecer la extensión del Imperio soviético aún más imponente de lo que ya es por naturaleza, por demostrar y acreditar así también en forma externa el poder abrumador del bolchevismo en la Tierra".»

chaba a Radó que al aplicar la proyección de Mercator a su mapa de Rusia había hecho «aparecer la extensión del Imperio soviético aún más imponente de lo que ya es por naturaleza, por demostrar y acreditar así también en forma externa el poder abrumador del bolchevismo en la Tierra»[257]. En cierto modo Radó se convirtió en inventor de la abreviatura URSS y en experto competente a quien consultar en la elaboración de los grandes atlas alemanes de Stieler, Andree y Meyer. Para el *Lexikon* de Meyer escribió Radó la entrada correspondiente a «Unión Soviética». En 1929 compone el primer volumen del *Atlas de política, economía y movimiento obrero* cuya portada diseñó John Heartfield[258]. Pocos años más tarde la obra aparece en japonés e inglés (en Victor Gollancz) con el título de *Atlas of today and tomorrow*, mientras en la Unión Soviética Radó participa en el proyecto del *Gran Atlas de la Unión Soviética*, que no aparecería ciertamente hasta después de la Segunda Guerra Mundial[259]. Durante un vuelo de Moscú a Berlín con Deruluft, la predecesora de la actual Lufthansa, esbozó el plan de unos mapas de rutas aéreas de los que sería un adelantado, aunque no lograra librarse de ellos en toda su vida, a menudo en vuelos semiclandestinos. En 1932 publicó en la editorial Meyer de Leipzig la primera guía de viajes aéreos aparecida en el mundo. Erhard Milch, para entonces nazi ya y mano derecha de Göring, y desde 1933 ministro encargado de la aviación comercial, quedó hondamente impresionado por el trabajo de Radó y escribió un prólogo. En años siguientes, Radó se echó a las espaldas miles de kilómetros en avión para establecer cartas de navegación aérea en Grecia, Siberia, Francia y sobre el mar Mediterráneo. Sus viajes son para el cartógrafo horas de prácticas en que ejercitar la mirada: «Muchos viajes aéreos significaban para mí clases prácticas de Geografía, mirando en vivo. Así por ejemplo en un vuelo de Basilea a Amsterdam pude contemplar de cerca todas las curvas del Rin, la Lorelei y Colonia con su catedral... en los años veinte, la época pionera de la aviación, cuando los aparatos aún no estaban provistos siquiera de radio, sólo se podía orientar uno por los nombres de las ciudades y pueblos, escritos con letras gigantescas en depósitos de gas en las afueras, en el tejado de un edificio alto o un campanario. Recuerdo un viaje de Moscú a Berlín en que nos perdimos sobre los bosques lituanos, y no nos quedó otra que seguir en vuelo rasante una línea de ferrocarril y leer el nombre de la estación más próxima»[260]. Para Willi Münzenberg, el despierto empresario y editor de la izquierda, compuso descripciones de líneas aéreas destinadas a los pasajeros, también eso una novedad en el tráfico

aéreo que por entonces empezaba a cobrar auge. Para dar de comer a su familia fundó a comienzos de los años treinta en Berlín una agencia de prensa cartográfica y geográfica, la primera en el mundo, pensada para proveer a la prensa diaria de ilustraciones cartográficas con fundamento científico de los acontecimientos en curso. Dio clases de Geografía económica en el *MASCH*, la escuela obrera marxista de Berlín[261]. Después de 1933, marchó primeramente a París, donde fundó la empresa Geopress. «En aquella época era única en su género en todo el mundo. Geopress publicaba mapas al día que localizaban acontecimientos políticos o económicos y transformaciones físico-geográficas de la Tierra... se demostró que había una enorme demanda de nuestros mapas. Entre los suscritos a Geopress se contaban órganos de prensa y bibliotecas de todos los continentes, universidades, institutos geográficos, departamentos oficiales variados, ministerios, estados mayores, embajadas, y hasta el depuesto emperador Guillermo II»[262]. El primer banco de pruebas fue la España de la Guerra Civil. La prensa mundial seguía el movimiento de los frentes del drama español, la demanda era extraordinaria. Radó era un profesional de alto nivel a quien se requería de todas partes, que entraba y salía como por su casa por las recepciones de la sociedad ginebrina y tenía sitio reservado en la biblioteca de la Sociedad de Naciones. Desde Suiza viajó a Italia, donde debía despachar un encargo del Ministerio del Aire italiano. Allí alcanzó a ver más de lo que era estrictamente necesario para dibujar un mapa: movimientos de la flota en Génova y Nápoles o soldados alemanes en ruta hacia España. Desde Suiza emprendió Radó viajes por muchos países de Europa y pudo hacerse así una visión de conjunto, tanto más por cuanto conocía Europa como el que mejor. Cuando Alemania atacó a Polonia el 1 de septiembre y comenzó la Segunda Guerra Mundial, Suiza se convirtió en «la mayor cárcel del mundo», en «faro de los ingleses», en lugar de refugio pronto enteramente encerrado. Hasta su huida a París en septiembre de 1944 permanece en Suiza, luego se sumerge en la clandestinidad en París. A la Geografía y la Cartografía vuelve sólo tras su regreso del Gulag: en Moscú reemprende en 1951 el trabajo en el atlas de Siberia y el gran atlas mundial. A partir de 1955 trabaja en Hungría para el departamento oficial encargado de medición y cartografiado y se convierte en director de la sección de Cartografía, en que permanece hasta su jubilación en 1976, y finalmente en director del Instituto de Geografía Económica de la Universidad de Budapest, donde publica un *Welthandbuch. Internationaler politischer und*

witschaftlicher Almanach[263]. Da importante impulso a la cartografía temática, establece en lo fundamental la disciplina de Geografía política, convierte a Budapest en centro y lugar de encuentro de la cartografía del Este y el Oeste –en especial de las dos Alemanias–, viaja a congresos internacionales en Estocolmo, Berlín y Londres y ejerce influencia sobre todo por su presencia: su ejemplo, su saber hacer, su aura.

Sensibilidad cartográfica. En los recuerdos de sus discípulos se habla de muchas cosas: su desenvoltura de hombre de mundo, su distante reserva en ciertos asuntos, un elitismo muy determinado, el hecho de que no hablara de sus años en la Unión Soviética, o no con cualquiera... Pero hay otras de las que todos acaban por hablar: que tenía buen olfato para lo que se avecinaba en cada momento, que siempre fue inflexible con la precisión y el detalle, aunque le interesaban más las cuestiones generales, ya fueran metódicas o temáticas. Tiene que haber sido un profesor excepcional, uno que exigía todo de sus colaboradores pero también les dejaba total libertad para resolver por sí mismos los problemas. Probablemente tenía eso que no se aprende, en todo caso, no en la escuela ni en la facultad de Geografía: sensibilidad cartográfica, esto es, el afán instintivo por pensar espacialmente las relaciones que se dan en el mundo, ya sean económicas, políticas o étnicas, y el interés por trasladarlas a formas de representación cartográfica, al lenguaje de los mapas. Radó tenía ese modo espacial de ver. Por dondequiera viajase, así cuentan sus colaboradores y discípulos, no había nada que no encontrara atención de su parte y entrada en sus libretas de notas, por así decir un auténtico sumario instruido al espacio, enciclopédico y a largo plazo. Anotaba nuevos trazados de fronteras marítimas, nuevos enlaces ferroviarios, túneles o puentes. Decía de sí que no tenía ninguna memoria visual, pero sí una topográfica muy pronunciada. Así como es capaz de recordar sin esfuerzo las direcciones, nada escasas, de todos sus domicilios a lo largo de una vida de mudanzas por Europa, así sabe o le parece valioso saber decir con precisión dónde se había hallado en su momento la oficina de Walter Schellenberg, jefe de los servicios de inteligencia nazis y en cierta medida su «cazador»: en la Berkaer Strasse 32-35, Wilmersdorf, Berlín. Se percataba perfectamente y a veces perdía la compostura al encontrar indicaciones de lugar erróneas o inexactas en cartas de lectores o reportajes, o ponía en la picota un análisis entero por lo mismo, por ejemplo con sus sarcasmos a cuenta de la localización de la

batalla de Kursk en Kura, en Georgia. Para él era oficio y pasión ponerse en camino, como para todos los grandes geógrafos y cartógrafos, que se hacen una imagen del mundo de primera mano y no sólo por lecturas. Los viajes aéreos son para él ejercicios de mirar y llevan a ideas nuevas acerca de cómo ampliar el repertorio de medios cartográficos, el lenguaje cartográfico. Viajes y observaciones sobre el terreno son para él parte esencial de la cosa, aseguran en cierta medida el materialismo de la percepción, lo concreto de relaciones, procesos o estructuras. Todo tiene un lugar, una extensión, puede pasearse, viajarse: los puertos desde los que la Italia fascista abastece a las tropas de Franco; los campos de Stalin en Siberia, que él conoce no sólo como puntos en los mapas sino por propia experiencia y a pesar suyo; los enlaces por todo el mundo del tráfico aéreo internacional en sus comienzos, o la difusión y hundimiento de la revolución de que tanto había esperado. Él conoce muchos de sus escenarios: Budapest, Viena, Berlín, Moscú, París, Ginebra, Moscú, y de nuevo Budapest.

De todos modos, lo que cabría plantear como requisito más importante de una «sensibilidad cartográfica», una que sólo se puede adquirir más allá de la escuela, es una percepción rica, polifacética. A él le interesa todo, todo puede traducirse a lenguaje de mapas. No es uno de esos idiotas especializados que en Geografía o en cualquier otra cosa lo saben todo de nada; su concepto de cartografía conlleva siempre la dimensión política, intelectual y cultual de los espacios, no una Geografía orientada a la imagen ideal de la Geodesia. Eso que hoy se llama *mapping* ya aparece plenamente formado en Radó. Un estudio sobre su figura no podría limitarse a investigar qué parte haya tenido en una concepción de la Geografía tan rica y compleja la tradición académica, viva aún la escuela de Leipzig en esa ciudad como en Viena y en Jena cuando Radó estuvo allí: también tendría que indagar en su biografía, en su experiencia del mundo.

Cartografía del siglo. El mapa de la guerra civil mundial. Como suele ocurrir, Radó se convirtió en innovador merced a su exclusión. Su condición de comunista privaba al joven Radó de toda oportunidad de hacer carrera académica habitual. Fue rechazado por la Universidad de Berlín tras su partida de Viena. En Jena pudo comenzar sus estudios por ser a la sazón ministro de cultura en Turingia Karl Korsch. Así, no cursó estudios en regla, pero en 1925 ofrecía la innovadora guía de viaje por la URSS que causó sensación, y poco después, el atlas del imperialismo y el movimiento obrero en que se

exponía visible la «lucha final»[264]. Aquí, todo gira en torno al desplome de los imperios multinacionales en la primera de las guerras mundiales, al surgimiento de un nuevo mundo de Estados, a las crisis sociales y conflictos étnicos en pleno despliegue, y también, no por último menos importante, al despuntar de los movimientos anticolonialistas, independentistas y de liberación. En ese atlas, que también en su diseño es documento de una cultura obrera fuerte y convencida de sí, se expresa la confianza entera que aún podía tenerse antes del ascenso de Hitler al poder, del triunfo de Stalin y los horrores de la guerra. Hay que leer juntas las obras cartográficas de Radó y su autobiografía, currículum y etapas vitales, biografía y geografía. Surge entonces un mapa del siglo XX y pasa a primer plano una cartografía de la guerra civil europea, una que acaso no merezca reconocimiento menor que esa «Dora» que llevaba adelante desde Ginebra su lucha solitaria y desesperada contra Hitler. Sus memorias se convierten así en una guía que nos conduce por la Europa de la Guerra Mundial. El lector vaga junto al autor por los escenarios de guerra y revolución. Esas memorias son a modo de *Who's who* de aquella Europa que se hizo pedazos y de la que Sándor Radó había de ser uno de los pocos supervivientes. De la familia judía pudiente en cuyo seno creciera, en un Budapest en pleno *boom* entre principios de siglo y la Gran Guerra, no quedó rastro. Salvo una hermana, todos fueron liquidados en Auschwitz. La casa paterna en la calle Huti, entre las rosas de las colinas de Buda, estaba ocupada por un alto cargo policial cuando regresó a Budapest al cabo de treinta años de ausencia. Como muchos otros en Hungría de su misma extracción social, crecidos aún bajo la monarquía con clases particulares de música y lengua, buenas maneras y vacaciones en el Adriático, tras el derrumbamiento del Imperio se alineó en las filas de la República de los Consejos. Muchos de sus conocidos entre las eminencias políticas de la Hungría estalinista de posguerra, como Ernö Gerö o Ferenc Münnich, son relaciones que proceden de aquella época. Cuando ha de marchar al exilio a Viena tiene justamente veinte años. Pero aun entonces podía uno entregarse a la agitación en favor de la República de los Consejos y a la vez asistir por las tardes a conciertos en el auditorio de la Sociedad musical. Durante toda su vida Radó mantuvo contacto con músicos y artistas, los directores Hermann Scherchen y Ernest Ansermet o los vanguardistas Gerhart Eisler y John Heartfield. Conoce a Ivan Morosov, quien había arrojado la bomba contra Alejandro III, y a Umberto Nobile, quien había sobrevolado el Polo en dirigible. Conoce a Louis Aragon y Elsa

Triolet. El escritorio en que trabaja proviene de la Bauhaus de Dessau. Está rodeado de candidatos a la muerte, diplomáticos soviéticos como Nicolai Krestinski o el periodista Mijail Kolzov, a quienes Stalin hará liquidar; traba conocimiento con emigrados y fugitivos como él mismo, Anna Seghers y Johannes R. Becher, conoce toda la escena multicolor que se ha dado cita en aquel Berlín, arca de revoluciones naufragadas. Está rodeado por candidatos a la muerte, Walter Krivitzki, Richard Sorge, Willi Münzenberg, Igor Hubermann. Por náufragos y desesperados como Ernst Toller, como Maxim Litvinov. Arthur Koestler colabora con él por un tiempo en su empresa parisina Inpress. Sándor Radó entra y sale como por su casa de las recepciones ginebrinas, sabe contar con más gracia que nadie anécdotas del Aga Kan y de las corbatas de Anthony Eden. En los pasillos del Kremlin charla con Lenin de cartografía e imperialismo, visita al excéntrico comisario del pueblo para asuntos exteriores, Georgi Chitscherin, en su domicilio del Hotel Metropol. Cambia de un escenario a otro de la guerra civil: 1919 en Hungría, 1921 en Moscú, 1922 en Turingia, 1929 en Berlín, 1936 en España, 1956 de nuevo Budapest. Siempre derrotas o dudosas victorias. Su existencia de conspirador durante su estancia ginebrina no le resulta nada extraordinario. Cambiar de ciudad y de casa, desvanecerse sin llamar la atención, cruzar fronteras, se habían vuelto algo parecido a una vida cotidiana desde que la Primera Guerra Mundial irrumpió en la normalidad de la vida burguesa: la guerra como experiencia central, generacional. En esa Europa desgarrada y potencialmente mortífera de punta a cabo, donde la existencia corre peligro constante, desempeñar bien un papel y dominar muchos se torna en principio de supervivencia. El de «Dora» en Ginebra no era el único que había representado en su vida, aunque sí el más importante. Muchos de sus conocidos más cercanos murieron en celdas de tortura de la Gestapo, muchos en los campos de Stalin. Nunca hablaba mucho de eso, pero de que era una tragedia para él que la revolución hubiese comenzado en la atrasada Rusia, de eso no dejaba lugar a duda alguna. Al morir en 1981 dejó tras de sí una rica obra cartográfica, incluidos los comienzos de un mapa del mundo encargado por las Naciones Unidas, y la relación de una vida enrevesada y enigmática. En ella nos señala etapas, escenarios, trazados de frentes en la gran confrontación del siglo XX. Es una suerte de introducción a un mapa de la guerra civil europea, a fin de reconocer paso a paso los frentes una vez más y acaso el camino que condujo a salir de aquélla.

Mental maps / Paisajes en la cabeza: San Francisco, «el lugar de uno», «el Este» de los alemanes, etc.

No se pueden medir paisajes que se llevan en la cabeza, en todo caso, no con los métodos de Astronomía o Trigonometría. No por eso son menos nítidos o importantes. Están compuestos de un material diferente pero que no por eso dejan menos huella, imágenes, olores o recuerdos. Se han marcado tanto que no puede ni rozarles el tiempo a que, por lo demás, todo sucumbe. A veces tales imágenes pasan al trasfondo, y aun puede que por mucho tiempo. Pero de pronto, en un momento de conmoción, pueden volver a estar ahí frescas como el primer día. No están impresas en ninguna parte, no se pueden leer en letras de molde, pero se han grabado hondo y en aquel a quien le va algo en ellas son «imborrables». Quien quiera llegar hasta ellas tiene que hacer hablar a los seres humanos, oír sus relatos. Aunque, en el fondo, su efecto y su existencia toda se muestra en el completo silencio. Están ahí como algo que se entiende de suyo, sólo se dan a conocer si se pregunta.

Hay paisajes así escondidos en novelas o cuadros a los que hasta ahora no se han atendido. Ya les son familiares a los párvulos que aprenden «dónde está su patria». Y así se troquela también la cartografía del vecindario, con amigos y enemigos. Se llama imaginarios, virtuales, a esos paisajes. Y es atinado si con ello se quiere decir que no están ligados a lugar concreto alguno, que uno puede evocarlos en cualquier momento, que son nuda fantasía. Pero que lo sean no significa que no les corresponda ninguna realidad ni surtan efecto alguno. Son el patrón de orientación más inadvertido que cabe concebir. Hay seres humanos que mueren por una *idée fixe*, por una convicción. Puede que no tengan nada, pero queda la fe, que mueve montañas. A menudo una vida entera no basta para volver a borrar una imagen que una vez se grabara a fuego. Son poderosas las imágenes, de deseo, de miedo. En cierta medida los mapas que se llevan en la cabeza son el mundo que uno se lleva consigo de un sitio a otro, el alimentador y procesador de imágenes. Los «*mental maps*» hablan de antemano de muchos espacios, no de uno. Hablar de *mental maps* implica tantos espacios como modos de ver, percibir o pasar por algo. Los *mental maps* son en el fondo el final de la idea de un solo espacio, una subjetivización radical de la representación espacial[265]. Pero ¿hasta dónde llevar esa subjetivación de la representación espacial sin sucumbir al «subjetivismo»? ¿A señorear cuántos espacios alcanzan las fuerzas de un ser humano sin perderse en ellos? Sólo quien haya llegado al cabo de esa radicalización, consistente en pluralizar y subjetivar hasta el final, se desprenderá de la falsa objetividad de los mapas y venteará algo de la riqueza de esos paisajes, descomunal y desconcertante. El espacio efectivo que así surge no es mínimo común denominador, no promedio ni suma de todos los espacios posibles, sino algo diferente. Uno podría reponerlos y recitarlos una y otra vez, de cabo a rabo, *ad infinitum*. El camino de casa a la escuela o el colegio está consignado con toda exactitud en los planos, pero todos sabemos que el de un niño a su colegio es algo bien distinto del mismo trayecto efectuado por un adulto. Para los nativos que se conocen sus bosques y praderas Norteamérica es otra cosa que para el ingeniero que construye túneles y puentes para la Union Pacific. El general que pone sitio a una ciudad y quiere tomarla tiene en su cabeza otro mapa que el turista que ha ido mirando monumentos. La mujer europea que anda por Damasco o Argel sabe dónde y cómo moverse en un territorio marcado por jalones invisibles. Hay tantos mapas como modos de percibir, y tantos modos de percibir como individuos. Sólo una vez atomizado y licuado de tal modo puede volver a componerse; tras ese paso, nunca vuelve a ser como antes.

¿Queda algo «del común» tras una tal atomización del espacio? Seguro, en tanto haya no sólo puros individuos sino asociaciones humanas a que aquéllos pertenecen, para bien o para mal: grupos étnicos, clases sociales, naciones políticas, grupos de edad, de intereses, blancos y negros, joven y viejo, hombre y mujer, rico y pobre, ciudad y campo, y así sucesivamente. Hablamos de paisajes de infancia y queremos decir paisajes y contornos como existieron en ese tiempo, y del mundo como se percibía en la infancia. Puede que se lean entresacados de memorias y álbumes de fotos y se reconstruyan lo mismo a partir de relatos que de estadísticas. Hay un horizonte de infancia o juventud en que se han fijado paisajes antes de los grandes cambios posteriores. Hay horizontes de generación: pongamos el de la guerra y el de la posguerra, con experiencias radicalmente divergentes que acaso pudieran igualmente ser reflejadas y hacerse accesibles. El horizonte de una generación no tiene por qué estar constituido primaria-

mente por grandes acontecimientos, puede ser también un *lifestyle* y las distancias que marca con la generación anterior[266].

Hablamos de paisajes del deseo y paisajes morales, de «*spaces of desir*» y «*moral landscapes*»[267]. Son errantes, cada época los cartografía de nuevo. En la era de la globalización están distribuidos por todo el mundo: Greenwich Village, Bangkok, el Castro District de San Francisco, las playas del Caribe y del África Oriental. Algo tendrá que ver con el asunto, con eros, placer y deseo, que la laberíntica topografía del Eros con todas sus *locations* haya llegado a ser la rama más desarrollada en las topografías mentales. No es azar que los paisajes de la diversión y el entretenimiento, de hedonismo, drogas, seducción y sexualidad figuren en *guides* específicas. También ellas transitorias y en trance, surgen y desaparecen: los secretos de Estambul y del serrallo, los barrios bajos de Tánger, el tráfico de Shangai antes de la guerra, Londres y Nueva York en los años sesenta y setenta. Nuevos territorios vienen a añadirse, por ejemplo la subcultura caliente de las metrópolis de la Europa central y oriental[268].

También relaciones de poder y dominio que orden jerárquico y aparato administrativo tuvieran por mundos vitales duraderos quedan elaboradas en *mental maps* y sedimentadas en «paisajes mentales». El largo hálito del Imperio alienta aún cuando hace mucho que sus puntales cayeron. Los órdenes imperiales eran dispositivos de larga duración, de *longue durée.* Entre ellos se cuentan, por ejemplo, personal, funcionarios, uniformes, hábitos o rutinas que se recuerdan tanto más nítidamente cuanto mayor sea el desorden que haya seguido a la ruptura del orden. Los imperios siguen viviendo en las cabezas aun cuando hace mucho tiempo que se derrumbaron. Órdenes imperiales, estatales, relaciones imperiales de dominio siguen viviendo largo tiempo en las cabezas aun cuando los seres humanos vivan ya de largo tiempo en órdenes postimperiales. Y aun podría decirse que los imperios sólo mueren con quienes crecieron como súbditos suyos.

Otra relación que cristaliza en paisajes mentales es el lugar de uno, de donde uno es, el más estrecho de los círculos en que los seres humanos entran al nacer y que casi siempre se convierte en magnitud independiente sólo después de haberlo perdido. De donde uno es, donde está en casa: acaso la experiencia más íntima y a la vez más pública. Que está toda en los detalles: el sofá del gato, la entrada donde se juntó la familia para la foto, el jardín, la escuela, el rótulo de la tienda donde vendían sobrecitos de gaseosas, acaso también el acento del dialecto.



Cartel indicador en Berlín, Mehringdamm esquina con la calle Gneisenau, años cincuenta.

«En el Este una cultura centenaria tocó a su fin tras todo lo ocurrido.»

Y por último el mundo político, donde las consignas del levantamiento popular húngaro, la imagen de los tanques en el Lenin Körut y la voz excitada de los locutores confluyen en una única impresión por siempre perdurable que se activa y se pone en movimiento sin esfuerzo alguno en cuanto se habla de Hungría o de los años cincuenta. Zonas enteras del mundo están consignadas así en nuestras cabezas: una Unión Soviética de gigantesca figura que cada Primero de Mayo hacía desfilar cohetes por una ominosa Plaza Roja donde gente de pie en un mausoleo se tragaba el desfile. Tales paisajes se disuelven alguna vez, cubiertos por otros en que otras experiencias sedimentan. La formación de tales horizontes está ligada a experiencias de peso, no se fabrican a capricho mapas en las cabezas. Giran siempre en torno a algo esencial, que marca un corte. Es forzoso que haya en juego pasiones, y algo de cierto alcance: una gran desdicha o una dicha de fábula, o una catástrofe. Las catástrofes son el marco ideal para fijar imágenes por siempre. Es como si se cortara el aliento o se parara la película. Las catástrofes, personales o colectivas, siempre dejan tras de sí erráticos paisajes de memoria.

De uno de ellos se habla siempre que se habla del «Este» o del «Este alemán». Un territorio de autosuperación y angustia al mismo tiempo: allí no hay frontera en que apoyarse, allí se construyen «muros del Este» que defiendan de perderse en el espacio infinito[269]. Muchas cosas coinciden en el Este: frente del Este, guerra en el Este, avance hacia el Este, bloque del Este. Al Este tierra quemada. Al Este los campos de exterminio construidos por los nazis. En el Este se desataron sin freno los comandos especiales. En el Este sucedió algo que no se había dado hasta entonces en el mundo civilizado. Allí hubo otra guerra distinta. Allí un cautiverio de guerra del que acaso no se volviera. En el Este una cultura centenaria tocó a su fin tras todo lo ocurrido. El Este es terreno de guerra, fuga y expulsión. La mayor parte de noticias e imágenes terribles vienen de allí. Allí se fue algo a pique: un antes de, algo que en las tinieblas de lo que vino luego parecía un mundo sagrado, catástrofe y mundo sagrado a una. Todo un mundo había dejado de existir, hundido en el Afuera de la historia, inalcanzable, sacrificado a lo largo de la desolación o reconstruido bajo nombres extranjeros. No hubo por mucho tiempo lengua alguna para aquello fuera de la jerga de la indefensión, una lengua de mutismo o de resentimiento. Lo más fiable y duradero eran las imágenes: imágenes de ciudades y paisajes, de casas en que uno había crecido, de escuelas a que había ido. La tierra

estaba perdida, pero no los mapas imaginarios en que todo había quedado consignado, a los que no podían tocar las nuevas fronteras.

Es claro que en «el Este» o «el Este alemán» no se trata sólo de Geografía, o quizás ni siquiera se trate de eso principalmente. Sino de tensiones culturales, de fobias e idiosincrasias, de complejos de superioridad e inferioridad, de angustias y proyecciones. El Este sólo es un nombre para un compuesto civilizatorio y psicológico complejo. Pero precisamente se trata también de territorios perdidos, de ciudades y espacios concretos. Los paisajes en las cabezas tienen vida propia. Tienen su propio tiempo de surgimiento y de decadencia. Pueden ser recuperados por la realidad, y lo son. Pero aun allí donde se hayan vuelto anacronismo muestran tan sólo que giran en torno a algo: espacios, lugares, aun si ya no existen o aun cuando acaso no hayan existido nunca.

El gesto del estratega
Escenas en la mesa de mapas

El poder tiene lugar en el espacio. La territorialización del poder se replica en mapas, ya se trate de bocetos de ciudad ideal en el Renacimiento y la Ilustración, de delimitar esferas de influencia de las superpotencias, o del ámbito de vigencia de disposiciones sobre inmigración. Los mapas replican el poder en figura. Y aun el conocimiento cartográfico es poder. Quien tiene mapas sabe más sobre la organización de un espacio. La mesa de mapas es casi un emblema de poder. Forma parte de los interiores de los poderosos. En ella la imaginación del poder se explaya en más poder aún, y a veces también la fantasía de los impotentes. Los mapas proporcionan una visión de conjunto que no se tiene en el trajín de la existencia terrena, y aun menos en el tumulto de la lucha. En la Antigüedad los estrategas –*strategos*: *Feldherr*– se sentaban en alturas que dominaban el campo para poder dirigir a sus ejércitos. No estaban en el tumulto, sino por encima. Eso implica un modo de ver muy específico, estratégico. Uno que mira casi siempre desde arriba, por encima de las cosas y más allá de ellas, interesado en los detalles tan sólo en la medida en que sean pertinentes al asunto, la victoria militar. Ese mirar se reproduce en cada batalla virtual que se ensaya en el cajón de arena o se sigue en el mapa mural. Está presente en cada acto de abolición o confirmación de poder sobre territorios. Firmar el mapa es un acto de Estado, de un trazo de pluma depende el destino de Estados, pueblos, incontables individuos. Podría escribirse una historia de las formas de esa firma que de un plumazo disuelve relaciones de poder y establece otras nuevas.

Aquí sólo se trata de unas pocas observaciones dedicadas al mapa y el poder, a la mirada desde arriba y la mesa de mapas, el trazado de fronteras y el trazo de la pluma, una pequeña antología de observaciones. Se las debemos a gente que «estaba allí», atenta, y se fijó y lo fijó. Algo que puede hacerse de muchas formas: desde la calcografía de Noel Lemires contemporánea de ese primer reparto de Polonia en 1772 que fija en formas alegóricas, hasta el baile del dictador de Charlie Chaplin con el globo terrestre en la cancillería; desde enfrentamientos a golpe de mapa a cuenta de la materialización de los Catorce Puntos de Wilson, en las conferencias de paz de París en ellos basadas al final de la Gran Guerra, hasta la rúbrica de Stalin en el mapa anejo al tratado de amistad y fronterizo de 28 de septiembre de 1939 que selló el reparto de Polonia. Quizás también la explosión de la bomba que el conde Stauffenberg colocó en el cuartel general de la Wolfschanze bajo la mesa donde Hitler se hacía en los mapas desplegados su composición de lugar acerca del curso de la guerra. Mapas y mesa de mapas son el centro en torno al cual gira el poder, donde sus pretensiones se hacen legibles.

Sus contemporáneos se ocuparon extraordinariamente del reparto de Polonia, a fuer de acto inaudito y sin precedente entre Estados europeos. Aunque no sin una larga historia previa, el reparto se había hecho realidad de golpe, desde la primera partición de 1772 hasta el reparto de toda la república aristocrática (1793 y 1795), documentado en mapas en que se consignan las partes resultantes. Hay cientos de variaciones de esa constelación, críticas y aquiescentes, pro y antipolacas, pero el programa icónico es siempre el mismo. En el centro, desplegado, el mapa de J. Kanter en que aparece representada la real república. Puede reconocerse perfectamente a las zonas rusa, austríaca y prusiana personificadas. Aparecen consignados los ríos más importantes, provincias y nombres de ciudades. Los monarcas de las potencias que efectúan el reparto señalan con su mano a las zonas por ellos pretendidas y arrebatadas. Una fanfarria de ángeles trompeteros proclama los derechos de las potencias. Mientras la emperatriz Catalina II, el emperador austríaco José II y el rey prusiano Federico II «fijan» bien fija su parte y no la sueltan, sus miradas se buscan. El consenso de los monarcas. Lugar destacado ocupa el presunto arquitecto de ese trapicheo histórico, el conde Nikolai Panin. Mientras señala asimismo al mapa en que posa la vista, con su mano derecha señala a los cielos. Ejecutado por un grabador anónimo, el conjunto se llama «La situación del reino de Polonia en el año 1772», aunque propiamente muestre el acto de su reparto. En ese grupo es la zarina quien tiene con certeza el puesto más cómodo y privilegiado. Toda la escena está enmarcada por un árbol, posiblemente un laurel. Pero la estampa muestra que los representantes de las tres potencias no tienen ninguna mala conciencia. No se esconden: el reparto como acto por razón de Estado, y en un momento en que no había aún «opinión pública».

Hay una escena jocosa y por eso mismo muy ilustrativa del entorno de las conferencias de paz de París en 1919 que ha llegado hasta nosotros. Charles Seymour, miembro de la delegación estadounidense, la describe así: «Una de las escenas más pintorescas de la conferencia tuvo lugar en el gabinete de mapas del señor Wilson: muestra al presidente por los suelos, a cuatro patas ante un gran mapa, con otros delegados en idéntica postura, y a Orlando que se arrastra como un oso por el suelo para ver mejor mientras Wilson da una breve y precisa conferencia sobre economía y geografía de la cuenca de Klagenfurt. Allí había mapas por todas partes. No todos de buena calidad. De algunos aportados por los participantes de Oriente Próximo opinaba Westermann que "darían que reír si se publicaran". Pero no había discusión en que no se invocara a los mapas»[270]. La nueva ordenación de Europa tras el desplome de los grandes imperios planteaba la cuestión de qué aspecto debía ofrecer el panorama de Estados europeos, y según qué principios debía constituirse. En la propuesta del presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson, los famosos «Catorce Puntos», se declaraba principio decisivo la autodeterminación nacional. El propio Wilson llegó a París con una gran comisión de historiadores, economistas, politólogos y geógrafos. Los mapas eran un medio decisivo para fijar las fronteras de los nuevos Estados. Sólo 17 de los 126 miembros que contaba la comisión eran cartógrafos. Casi siempre la cuestión giraba en torno a mapas lingüísticos y étnicos (*«race», «peoples», «nations»*). Director de la comisión era el renombrado geógrafo Isaiah Bowman, director de la *American Geographical Society*, de quien procede otra frase igualmente célebre, «un mapa dice más que mil palabras»[271]. Todos los participantes en las conferencias de paz llegaron a París con mapas, en parte dibujados antes de la guerra. Cada quien trataba de cimentar sus posiciones también cartográficamente. Al proyecto de Roman Dmowski *La question polonaise* de 1909 se adjuntaba un mapa. Los nacionalistas serbios habían esbozado otro para la futura organización de Europa y de Yugoslavia ya en septiembre de 1914. La revista de Tomás Masaryk *New Europe* trabajaba a lo grande con mapas etnográficos muy sugestivos. Más tarde entran en danza también los alemanes con sus mapas de poblaciones. Los mapas son aquí medio de prueba y demostración *par excellence*. El presidente Woodrow Wilson, a quien no se le alcanzaba de verdad lo embrollado de las relaciones en Europa central y oriental hasta estas conferencias, se mueve por el suelo de su gabinete cartográfico en medio de una marea de mapas irremediablemente inabarcable[272]. También en eso es un buen representante de la nueva situación: ya no hay nadie más que pueda disponer sobre Europa. Los imperios estaban como estaban, y la Europa de los dictadores aún no asomaba en el horizonte. Regular las cuestiones territoriales se delegó en gran medida en los gremios competentes, especializados, «científicos». Al mismo tiempo, los mapas se habían convertido en vehículo y medio de lucha en las opiniones públicas de cada nación. En adelante las cuestiones territoriales se visualizaban, convertidas en componente de las luchas por hacerse con las cabezas. Que podía desarrollarse demagógica o democráticamente, según.

De la Europa de los dictadores procede ya una escena que describe Paul Schmidt, traductor del imperial ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop. Tiene lugar en 1938, durante las conversaciones a cuenta del primer arbitraje de Viena en que se trata, junto a la desmembración de Checoslovaquia, también de la anexión a Hungría de una parte de Eslovaquia. Fino observador, Schmidt capta con precisión la arbitrariedad dictatorial en el trazado de fronteras cuando escribe en sus memorias: «En el espléndido marco del palacio de Belvedere, que antaño sirviera de residencia estival al príncipe Eugenio, en octubre de 1938 se reunía un tribunal de arbitraje germanoitaliano para regular las pretensiones territoriales húngaras en la Checoslovaquia restante. Cuando oigo hablar hoy de nuevos trazados de fronteras siempre me vuelve a la cabeza una escena en que participé el día de la proclamación de la primera sentencia de arbitraje en el palacio del príncipe Eugenio. En una salita redonda con muchas ventanas por donde la vista se iba a lo lejos sobre el parque de Belvedere y la ciudad de Viena, encima de una gran mesa redonda situada en el centro había un mapa de los territorios en litigio. Ante esa mesa estaban Ribbentrop y Ciano, rodeados por sendos grupos de colaboradores. Ambos ministros de Asuntos Exteriores, lapicero gordo en mano, se corregían según hablaban los nuevos trazados fronterizos que los expertos habían consignado en los fundamentos de la sentencia. "¡Como siga usted defendiendo así los intereses checos –clamaba Ciano–, ya verá cómo aún Hácha le va a dar alguna orden!", y agarrando el lapicero cambiaba con gruesos trazos la línea en favor de Hungría. "¡Decididamente, eso es ir demasiado lejos!", protestaba Ribbentrop, a quien el perito del departamento de extranjero acababa de susurrarle algo al oído, y otra vez dibujaba encima otra parte de la línea. Y así se pasaron discu-

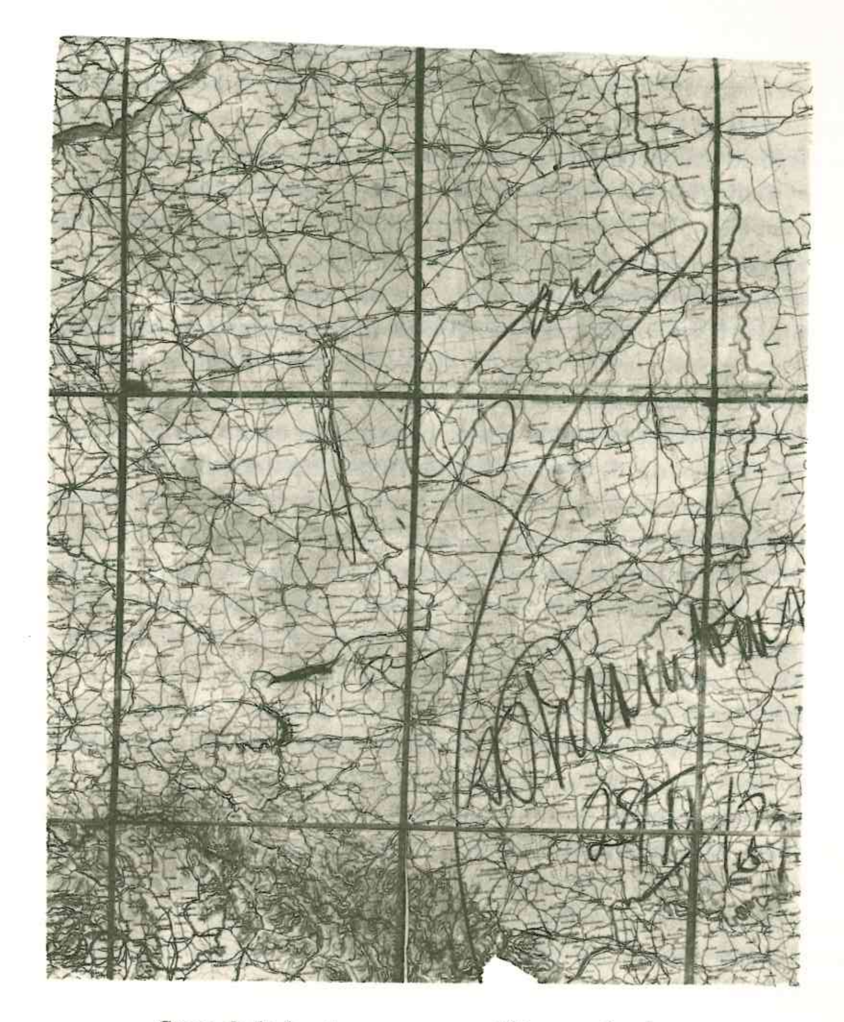
tiendo aún un buen rato ambos ministros de Exteriores, en un tira y afloja, borrando y retrazando; a los lapiceros se les estaba gastando la mina y los trazos eran cada vez más gordos... "La comisión de fronteras lo va a tener crudo para fijar una línea medianamente clara –me cuchicheó un colega–, en la realidad esas rayas serán sus buenos dos kilómetros de ancho". Vi pasar ante mis ojos un apacible paisaje con bosques y campos, cabañas, aldeas y caminos, que formaban un todo por naturaleza y aquí se hacían jirones a lapicerazos de ministros y caprichos humanos. Rara vez he notado con tal intensidad el contraste entre las medidas sobre fronteras que los estadistas toman a la ligera en salas suntuosas de históricos palacios y sus repercusiones en las comedidas vidas diarias del territorio afectado»[273].

Los trazados de frontera del arbitraje de Viena eran sólo un pequeño entremés antes de que se alzara el telón de «la nueva ordenación etnográfica de Europa» en que Hitler tenía puestos los ojos. En ese drama que en breve se desarrollaría hasta desembocar en depuración étnica y genocidio es documento fundamental el que se conoce como pacto Molotov-Ribbentrop, o también Hitler-Stalin, de 23 de agosto de 1939. Donde también hay testigos oculares y cronistas. El ya citado Dr. Paul Schmidt había volado el 22 de agosto con Ribbentrop a Moscú, donde debía firmarse ya al día siguiente un «pacto» que iba a dejar pasmado al mundo entero y el paso franco a la invasión de Polonia. Tras concluirse el acuerdo hubo brindis, de los que Stalin dedicó uno a Hitler: «Sé cuánto ama a su Caudillo el pueblo alemán. Y por eso, voy a brindar a su salud»[274]. La delegación alemana volaba de vuelta a Berlín el 24 de agosto a la una de la tarde; había estado 24 horas en Moscú, toda una marca de velocidad. Todo tenía que ir muy rápido, Hitler había fijado inicialmente el 26 de agosto como fecha para el ataque a Polonia. No había tiempo para deliberaciones. Las cuestiones problemáticas se resolvían por teléfono con Berlín. La escena que recogen las pocas fotos oficiales es siempre nocturna. Aquí, la descripción de otro participante: «El pacto de no agresión, que lleva fecha de 23 de agosto de 1939, se firmó a las dos de la madrugada del 24. A poco se admitió a los fotógrafos para dejar constancia del momento histórico. Entre ellos, el fotógrafo alemán Helmut Laux, quien más tarde me describía cómo había fotografiado a Ribbentrop y Stalin: cada uno con una copa de champán en la mano y bebiendo por el éxito del acuerdo. Stalin observó que no era buena idea publicar esa foto, pues podría transmitir una imagen falsa a los pueblos soviético y alemán. Ya se disponía Laux a abrir la tapa de su

máquina para darle el carrete a Stalin cuando éste le disuadió añadiendo que la palabra de un alemán le bastaba»[275]. De todos modos el trazado concreto de la frontera entre las zonas de influencia soviética y alemana no se fijó hasta un mes más tarde, en una reunión igualmente nocturna y asimismo rauda hasta rayar en atropellada. Como anexo al texto del acuerdo de fronteras y de amistad de 28 de septiembre de 1939, Ribbentrop y Stalin pusieron sus firmas en el mapa de reparto de Polonia. Escena que captó así Gustav Hilger: «A 25 de septiembre Stalin hizo llamar nuevamente al embajador para hacerle saber que en la regulación definitiva de la cuestión polaca era preciso evitar todo aquello que en el futuro pudiera tener por consecuencia fricciones entre Alemania y la Unión Soviética. Añadiendo que desde tal punto de vista "parecía descaminado admitir la existencia de un resto de Polonia independiente", Stalin propuso el siguiente cambio en la línea de demarcación prevista en el protocolo secreto anejo al tratado: que Lituania quedara incluida en la esfera de influencia soviética, a cambio de lo cual Alemania sería resarcida con el territorio polaco entre Vístula y Bug, que abarcaba el fértil voivodato de Lublin y parte del de Varsovia. En caso de estar Alemania de acuerdo, añadió Stalin, la Unión Soviética procedería de inmediato a solucionar el problema de los Estados bálticos conforme a lo acordado el 23 de agosto, en lo que esperaba el respaldo sin reservas del gobierno alemán. A fin de tratar de dicha propuesta de Stalin, el 27 de septiembre llegaba Ribbentrop a Moscú a las cinco de la tarde en una segunda visita»[276]. Las conversaciones comenzaron el 27 a última hora de la tarde, prosiguieron durante la tarde siguiente, y finalizaron a primeras horas de la mañana del 29 con la firma de un acuerdo de fronteras y de amistad que ha entrado en la historia con fecha del 28 de septiembre. Como punto esencial contiene un acuerdo sobre delimitación de esferas de influencia conforme a la propuesta de Stalin[277]. Respecto a la firma misma, relata Hilger: «Polonia estaba aniquilada y repartida. Estábamos delante cuando Stalin, con un grueso lápiz azul, trazó de propia mano en un mapa una línea que empezaba donde la frontera sur de Lituania topaba con la frontera oriental alemana, y desde allí hacia el Sur hasta la frontera checoslovaca. Basándose en esa línea tuvo que realizar más adelante la comisión de fronteras germanosoviética un trabajo extenuante que llevó a largas discusiones, puesto que los negociadores soviéticos eran esclavos de aquella raya azul aun cuando en la práctica llevaba a consecuencias insensatas, como partir pequeños pueblos y aldeas por la mitad,

sólo porque la línea procedía de la mismísima mano de Stalin»[278]. El general Köstring, agregado militar a la embajada alemana en Moscú que había confeccionado los documentos –aparece en una foto mirando con lupa un mapa–, describe así la escena: «Stalin mismo fijó entonces con un lápiz de color la frontera definitiva. Ese mapa es el que Ribbentrop me plantó delante instándome a que me pronunciara al respecto desde el punto de vista militar. Repliqué que con una escala tan pequeña no podía ni empezar a hacer nada, y le pedí un par de horas de aplazamiento para poder cotejar entretanto en mapas específicos el trazado de la frontera. Como le propusiera casi a continuación algunos cambios, Ribbentrop me aclaró que ya no podía tomarlos en consideración pues tenía que volver al Kremlin de inmediato. Esa línea dibujada a bulto por Stalin aún había de traerme muchas más dificultades cuando me convertí en presidente de la comisión de fronteras, pues verdaderamente el lápiz de un color de Stalin no se había andado con contemplaciones, ni de lo multicolor de los caminos ni de unidades económicas»[279]. También Andor Khenke, responsable de la elaboración del mapa del pacto, recuerda cómo se puso a punto la línea de demarcación. Describe cómo Ribbentrop, Stalin y Molotov «arrimados a una larga mesa verde cubierta de mapas» habían establecido el trazado exacto de la frontera. «Y a la vez, tenían que ser extremadamente cuidadosos, pues el mínimo error o incluso una línea demasiado gruesa podían desempeñar un gran papel en el subsiguiente jalonamiento efectivo de la frontera sobre el terreno». Tras firmar el mapa, Stalin preguntó jocoso «¿y mi firma, está suficientemente clara para vosotros?»[280]

La existencia del protocolo anejo estuvo rodeada de secreto y la URSS siguió negándola hasta su desaparición. Que aún existan mapas de ese acuerdo se ha de agradecer a quien fuera segundo secretario del departamento de Exteriores, Carl von Loesch. Traductor en el equipo de Ribbentrop, en 1945 desobedeció la orden de destruir documentación. Con ello salvó asimismo una película que contiene unos 9.725 documentos, incluido el protocolo secreto anejo al pacto de no agresión germanosoviético. Escondió la película en una lata de galletas que enterró en Turingia, donde cayó prisionero de fuerzas angloestadounidenses. En 1959 regresó a Alemania con otros documentos. Los del pacto incluyen cinco mapas soviéticos, y en una carpeta roja contienen un «Anexo. Mapas para la ratificación del tratado de amistad y fronteras entre la URSS y Alemania de 28 de septiembre de 1939 y del protocolo anejo entre la URSS y Alemania de



Curso de la frontera germanosoviética, según el protocolo secreto anejo al pacto de no agresión germanosoviético.

«Ribbentrop firmó el ejemplar destinado a los soviéticos con gruesos trazos en rojo y la fecha, "28-IX-39", mientras Stalin metió en el centro del mapa con grueso trazo azul su nombre, que va a dar en una rúbrica triunfal.»

4 de octubre de 1939». Los mapas están rotulados por Molotov y Von der Schulenburg en letras de molde. Otro material de importancia es un mapa de Polonia de procedencia alemana que indica el curso de la frontera germanosoviética, fechado a 31 de agosto de 1939. Está firmado por Ribbentrop y Stalin; hay dos copias, una para cada potencia signataria. Ribbentrop firmó el ejemplar destinado a los soviéticos con gruesos trazos en rojo y la fecha, «28-IX-39», mientras Stalin metió en el centro del mapa con grueso trazo azul su nombre, que va a dar en una rúbrica triunfal. Con trazos de color aparecen consignadas por Ribbentrop y Stalin unas correciones de frontera al oeste de Lemberg-Lwow en beneficio de Alemania. También ese cambio lo suscribió Stalin con una rúbrica algo más pequeña. No está claro si estas correciones de última hora fueron causadas por un error del cartógrafo o por acuerdos alcanzados durante la noche[281].

Un año más tarde vemos ya a la cúspide de la Fuerza de Defensa alemana inclinada sobre mapas en que se esboza y ensaya la «Operación Barbarroja». En la sala de mapas se puede ver al mariscal Keitel, jefe del Alto Mando, al general en jefe, capitán general Von Brauchitsch, a Hitler y al jefe del Estado Mayor, capitán general Halder, inclinados sobre la mesa de mapas en cuyos bordes se han dispuesto lámparas móviles. La frontera germanosoviética no aparece ya como línea de demarcación, sino frente inminente. Aquí ya puede leerse la frontera como escenario de despliegue y combate de la mayor concentración de tropas de la historia.

Los mapas sirven para orientarse y consecuentemente figuran la situación bélica, rápidamente variable, en un momento dado. Paul Schmidt, en marcha junto con la plana mayor de Ribbentrop en el tren especial reservado a éste, el «Heinrich», solía dar unas charlas exponiendo la situación para mantener al corriente a su jefe. «Llevaba un gran mapa del Estado Mayor enrollado bajo el brazo, y tenía encargado ilustrar acerca de la situación militar de última hora en el vagón de mando. Cuando me veía allí un poco desamparado ante el gran mapa y señalando fatigosamente las líneas de frente más recientes, a uno de mis conocidos del Estado Mayor, de los tiempos de la crisis de la cancillería, se le ablandaba el corazón y me lo dibujaba con gran habilidad en rojo y azul, con flechas audazmente rectas hacia delante o arqueadas donde el ataque había sido rechazado, todo muy fino y pulcro con las correspondientes aclaraciones... Qué le pareciera a Ribbentrop, lo ignoro; a mis colegas parecía impresionarles mucho cuando barría para casa con la palma de mi mano territorios enteros, y

estirando los dedos indicaba cuñas o figuraba plásticamente bolsas enemigas con el hueco de la mano. Después de eso todo el mundo me llamaba "Napoleón" durante unos cuantos días»[282].

El atentado contra Hitler en la Wolfschanze sucedió en una mesa de mapas. Ian Kershaw resume así el curso del atentado del 20 de julio de 1944: «La reunión tenía lugar en un barracón de madera en el interior del recinto fuertemente vigilado reservado a Hitler dentro del recinto I de la Wolfschanze, y acababa de empezar cuando entró Stauffenberg. Hitler estaba sentado en medio del lado largo de la mesa, muy cerca de la puerta y de frente a la ventana, y escuchaba al general Adolf Heusinger, jefe de operaciones del Estado Mayor, quien describía el rápido empeoramiento de la situación en el frente del Este. Hitler estrechó distraídamente la mano de Stauffenberg cuando Keitel se lo presentó y volvió a concentrarse en el informe de Heusinger. Stauffenberg había soliciado un sitio cerca de Hitler, para lo que le proporcionaban una buena razón su sordera parcial y su condición de mutilado. Se le había hecho sitio a la derecha de Hitler cerca del extremo de la mesa. John von Freyend, quien había traído a la sala la cartera de Stauffenberg, la colocó bajo la mesa, apoyada en la cara exterior de la robusta pata de madera... Hitler se había inclinado sobre la pesada mesa de roble, apoyado sobre el codo, la barbilla en la mano, y estudiaba en un mapa posiciones de reconocimiento aéreo cuando la bomba explotó en un relámpago de llamas azules y amarillas y un estruendo ensordecedor. Las ventanas fueron arrancadas de sus cercos. Se alzaron espesas nubes de humo y polvo. Por todas partes volaban añicos de cristal, astillas, papeles rotos y otros escombros salían disparados en todas direcciones. Por unos momentos reinó un caos infernal. En el instante de la explosión se encontraban 24 personas en el edificio. Algunas fueron lanzadas por los suelos o dando vueltas por los aires. Otras tenían la ropa o el pelo en llamas. Resonaban gritos de socorro. Siluetas humanas daban vueltas asustadas, se tropezaban, medio ciegas, con los tímpanos reventados, entre humo y escombros, y trataban desesperados de alcanzar el aire libre. Los pocos afortunados yacían tendidos entre los escombros. Algunos, gravemente heridos»[283]. También Paul Schmidt reproduce el escenario que le describió el doctor Morell inmediatamente después, y que por azar acababa de visitar Benito Mussolini: «La puerta de la sala de mapas, reventada, colgaba rota del muro frontero. La sala ofrecía una imagen de salvaje desolación, como lo que había visto yo a menudo en Berlín tras un ataque

aéreo, cuando una bomba inglesa había caído junto a un edificio y había "inflado" las habitaciones hasta reventarlas. Mesas y sillas hechas trizas y revueltas por los suelos, techumbres derrumbadas, ventanas que habían salido volando con sus cercos. La gran mesa de mapas ante la que yo había traducido tantos informes de situación para Antonescu sólo era ya un montón de tablas descuadernadas y patas astilladas. "Aquí ha sido", decía Hitler tranquilamente, mientras a Mussolini del susto casi se le salían los ojos de las órbitas. Se había quedado blanco con la noticia del atentado, pues le cogió totalmente desprevenido al bajar del tren. "Aquí, en esta silla, estaba yo", seguía explicando Hitler, llamativamente desentendido del asunto y como ausente. "Me había apoyado con el brazo derecho en la mesa, así, para mirar de cerca algo en el mapa, cuando de repente la mesa se me vino volando a la cara y se me llevó para arriba el brazo derecho"»[284]. La foto posterior a la explosión muestra también el que fuera lugar de ilimitado dominio sobre Europa: la mesa de mapas desgarrada, Europa desgarrada.

El *flâneur*: forma de movimiento, forma de conocimiento

Ante todo, quien investigue la vida del pueblo tiene que andar de viaje a menudo. Eso se entiende por sí solo. Pero es que yo entiendo andar en sentido literal, y eso ya no todos lo entienden obvio... así como en una obra histórica con fuentes documentales el historiador moderno exige no sólo estudios librescos sino también de archivo, así yo exijo de cualquier obra etnográfica alemana, como mínimo, estudios itinerantes. Donde eso significa que a uno le lleven sus pies para ver con sus ojos y oír con sus oídos.

Wilhelm Heinrich Riehl[285].

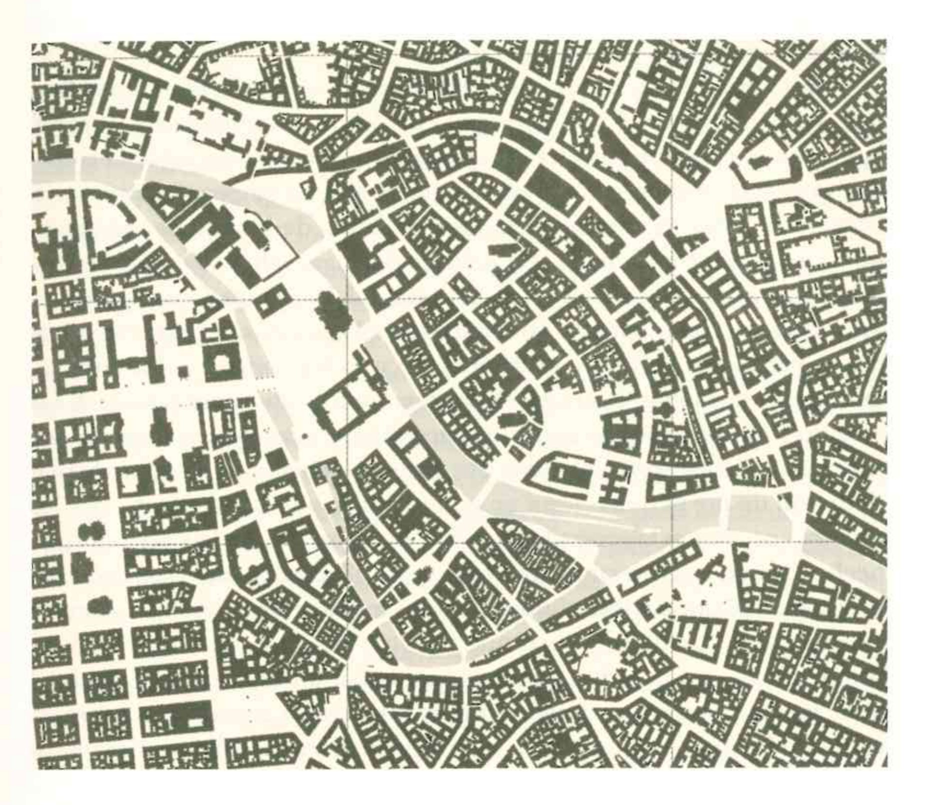
A cada forma de moverse corresponde una forma específica de conocer. El *flâneur* se deja hacer. No le interesa el adónde, sino el dónde. Camina paso por paso. Tiene su ritmo propio. Tan pronto rápido, tan pronto lento. Da vueltas, se va detrás de algo. No le importa llegar de vuelta allá de donde partió, si con eso ha visto algo que se le hubiera escapado de haber ido todo derecho. Su primera condición es el paseo ocioso. Su entorno natural, la ciudad, y su origen histórico, el paisaje de la moda y el lujo. No es porque sí que fuera su símbolo y la medida de su tiempo la tortuga sacada a pasear con una correa por un pasaje. Él tiene todo ante sí y a su alrededor. Se abandona a la «mascarada del espacio». «El espacio insinuante hace guiños al *flâneur*: bueno, ¿y qué puede ser eso que se cuenta de mí?»[286] Su forma de moverse es un «divagar que memoriza», en que percibe la ciudad y cuanto el asfalto oculta, en que la ciudad se vuelve «recurso mnemotécnico del paseante solitario»[287]. Un divagar que lleva al *flâneur* al laberinto cuando es extranjero en la ciudad, y cuando está en su terreno, «a un tiempo ya desvanecido». Sí, el *flâneur* se deja llevar, no se pone meta alguna. De entrada todo es para él simultáneo y similar. Hace falta un rato para que se ponga en movimiento en alguna dirección definida. Cae en una especie de trance. «Sobreviene una cierta embriaguez a quien anda largo tiempo sin rumbo por las calles. El andar cobra ímpetu

mayor a cada paso; cada vez se hace menor la tentación de almacenes, tabernas, mujeres que sonríen, cada vez más irresistible el magnetismo de la siguiente esquina, un macizo de árboles lejanos, un nombre de calle. Entonces le entra hambre. Él no quiere saber nada de las cien posibilidades de atajarlo. Como un animal ascético atraviesa por barrios desconocidos hasta que en el más profundo agotamiento, en una habitación extraña que es la suya, fríamente se admite y se permite caer desmayado en sí»[288].

No se puede decir lo mismo de otras formas de moverse: el fugitivo no tiene la calma ni los nervios para andar mirando. Tiene que seguir. Todas sus miras están en sobrevivir, su mirada se ha estrechado y por eso precisado, aguda como toda percepción selectiva y encaminada a una meta. Hasta que por fin estén en salvo, los fugitivos están ocupados hasta enloquecer con una sola cosa, encontrar el resquicio, el último puente, el último barco, el paso seguro. No es momento ni lugar para andarse con contemplaciones. Qué hubiera allí digno de notar sólo se encontrará más tarde, en memorias que informan a la posteridad. En momentos de pánico uno no se confía ni a su diario.

Así, hay tantos modos de mirar y de ver como modos hay de moverse: el del mercader, el *merchant adventurer;* el del descubridor y explorador de nuevas rutas y pasos; el del soldado que todo lo ve desde el punto de vista de frentes y terreno ganado, ataque y defensa, golpe y contragolpe; el del peregrino para quien todos sus caminos y trabajos son sólo pasos adelante en el camino de la realización personal; o el del turista que busca comodidades con que resarcirse de las privaciones de su vida laboral. Cada forma de moverse tiene su específica manera de ver, su privilegio, y presumiblemente también su lugar y su coyuntura histórica. Cada una produce un género y una retórica específicos: modos de escribir, informar, exponer, sistematizar, cada una tiene sus propios medios con que informarse y valerse.

También el *flâneur* tiene su sitio. No es concebible en los *highways* sobre Los Ángeles, como tampoco en las autopistas de Brasilia o en los espacios del poder totalitario. El *flâneur* evita toda dirección prestablecida. Es dueño de sí, sólo sigue a lo que le da en la nariz o le sale de ellas, se deja hacer, se salta un tramo que acaso le aburra y retrocede otro cuando algo le incita y quiere seguirlo. A distancia de todo, eso no significa que no sepa ahondar en aquello que le parezca importante. El *flâneur-voyageur* conoce el repertorio de cercanías y distancias que han desarrollado los especialis-



Planta del centro histórico de Berlín.

«Con dar vueltas no está todo hecho. Tengo que practicar una especie de formación del espíritu local, preocuparme por pasado y futuro de esta ciudad.»

tas en observación participante. Esa libertad que se toma, contenerse, está en contradicción con el afán general por avanzar y ascender. Se cruza en el camino de la «*main stream*» y su ritmo.

Franz Hessel abría su libro de 1929 *Spazieren in Berlin* [Paseos por Berlín], tan circunstancial por su origen como hito memorable en su resultado, con el capítulo titulado «El sospechoso», un estudio sobre la sospecha que despierta en otros y en sí alguien que ha empezado a moverse libremente sobre el terreno: al margen de rutas, de itinerarios, siguiendo sólo a lo que podría llamarse magnetismo del lugar. Allí se lee: «Andar despacio por calles animadas es un placer especial. Le salpica a uno la prisa de los demás, es como bañarse en rompientes. Pero mis queridos conciudadanos berlineses no lo ponen fácil como uno les obligue a desviarse, ni aunque lo haga con el mayor tacto. Siempre recibo miradas recelosas cuando trato de callejear entre los hacendosos. Creo que me toman por carterista... En este país uno tiene que tener un tengo que, o no puede permitirse ni un me permite. Aquí no va uno por donde, sino adónde. No, los nuestros no tienen las cosas fáciles»[289]. Pero «con dar vueltas no está todo hecho. Tengo que practicar una especie de formación del espíritu local, preocuparme por pasado y futuro de esta ciudad, esta ciudad que siempre está de paso, camino de convertirse en otra. Por eso es tan difícil descubrirla, y más para uno de casa»[290]. Hessel busca un punto inicial desde el que empezar, una altura desde la que se haga visible el presente entero, la ciudad, el lugar, y lo encuentra en los planes arquitectónicos del nuevo Berlín. Ahí se hace con un mirador sobre porvenir y presente. Eso le permite andar manteniendo las distancias con la ciudad existente, proponerse un punto de vista y sólo entonces dejarse ir al objeto. En que hay algo de sistema, ciertamente, digamos la secuencia de barrios, plazas y ejes importantes a mirar. Pero en lo fundamental el *flâneur* Hessel es dueño de sí, uno que se lo pone cómodo, desde luego, al tomar a la ciudad por escuela y dejarse enseñar. Callejear es algo con muchos requisitos: «La calle Tauentzien y el Kurfurstendamm tienen la alta misión cultural de enseñar al berlinés a callejear, a menos que esa actividad urbana quede relegada por completo. Pero quizás no sea aún demasiado tarde. Callejear es una especie de lectura de las calles, donde caras, escaparates y vitrinas, terrazas, vías, coches, árboles, todo se convierte con igual derecho en letras que juntas producen palabras, frases y párrafos de un libro siempre nuevo. Para callejear como es debido no vale tener en la cabeza nada

demasiado definido»[291]. Quien quiera ser «sacerdote del *genius loci*», como lo expresara Benjamin, tiene al menos que exponerse al «magnetismo del lugar», y correr los riesgos que se corren cuando no hay plan ni programa fijo. El camino del *flâneur* es antes rodeo que camino, y consigue su orientación más segura de lo indefinido. Ese «puñado de tímidos intentos de pasear por Berlín», como titula Hessel a su gran medición de Berlín, son en verdad un «viaje de descubrimiento del azar»[292], cierto que pilotado por el saber, la atención despierta, el interés del sujeto que callejea.

El requisito más importante es tiempo. Quien no tiene tiempo ya puede dejarlo. Sobra de tiempo aparece aquí como índice de verdadera riqueza. El *flâneur* se concede el lujo del diletantismo, la visión de conjunto, la síntesis. «El paso ocioso del *flâneur* es una manifestación en contra de la división el trabajo»[293]. Que le hace doblemente sospechoso en un mundo de especialización y competencias delimitadas. Pues en parte alguna tiene él puesto, no encaja en ninguna especialidad ni en patrón alguno. Como todos se sienten competentes sólo para lo particular, lo especializado, se viene por fuerza a hacer algo «exótico» de entretantos e intermedios. Cuya decadencia, la de las relaciones y contextos y su inapelable resurrección, son también la oportunidad que se le brinda al *flâneur*. No entendido como figura histórica ni cultural, sino como nombre de una aptitud definida, de un potencial determinado. Podría hablarse de una rehabilitación epistemológica del viajar con fines científicos, enteramente en el sentido de W. H. Riehl. Viajar como forma ambiciosa de acopiar «lo que venga», experiencia, acaso la más ambiciosa; viajar como forma aún significativa de exploración y averiguación. Importa recobrar la experiencia de la mirada sintética y el movimiento lento y sin finalidad, perdido con la hegemonía de la división del trabajo en las disciplinas científicas. Epistemológicamente, callejear es el nombre de un movimiento de reintegración sin el cual tampoco se las puede arreglar la ciencia. Sin forzar nada, el viaje queda rehabilitado en cuanto modo de experiencia y conocimiento concentrados. Viaje es lo contrario de esparcimiento. No se trata sólo de sus potenciales económicos, sino de los heurísticos. La retórica de la descripción de lugares y países probará ahí su capacidad integradora. Su forma fundamental la constituyen la descripción de viaje que avanza de lugar en lugar, la libreta de notas y la hoja de ruta: una narrativa que se mueve en el espacio, no en la sucesión del tiempo. El Baedeker, podría formularse chapuceramente, es la forma fundamental de narrativa espa-

cial. En él las ciudades son ese «recurso mnemotécnico» para hacerse presente historia y sociedad, tierras y gentes; en él lo interdisciplinar se da siempre por supuesto. En él ya hay de todo: demografía, comercio, historia, arte, sociología, economía, conocimiento teórico e informaciones sobre el estado de los retretes públicos. El Baedeker es la forma fundamental de *area studies*, o dicho de otro modo: los *area studies* son la forma científica, especializada, de ese conocimiento del mundo que millones de personas hacen suyo año tras año, siempre a la última según la última edición. No cabe pensar prueba más convincente de interés por el mundo en que vivimos.

Siempre se han dado intentos de concebir sistemáticamente el potencial de experiencia, conocimiento y reflexión que contiene el viaje de exploración, intentos de ponerlo en reglas para refinarlo y ante todo poder reproducirlo en forma de educación e instrucción, escuela o ciencia. De los primeros y a la vez más ambiciosos fueron aquellas incursiones de Wilhelm Heinrich Riehl con su «método de estudios itinerantes»[294]. Tanto sus tempranos trabajos como los posteriores de Hessel y Benjamin atestiguan que se trataba de una tendencia de época, aunar visión y reflexión. Que ya queda del todo claro si se mira el intento emprendido en los comienzos de la Unión Soviética con el nombre de «excursionística» («*ekskursionistika*»), descifrar la topografía cultural de ciudades y paisajes. Se trataba de fundar una tradición nueva, una depurada de mitos y leyendas, de apropiación deliberada del mundo cultural tal como se hacía visible en la iconografía del paisaje, en una historia y una geografía construidas. En sus comienzos trasluce el turbulento despliegue de un amplio movimiento histórico en un país desbaratado por la revolución. Es significativo que la excursionística, como corografía y urbanística en que se sustentaba, encarnadas en figuras como Nikolai P. Anziferov e Iván M. Grevs se cuenten entre las primeras víctimas de la sincronización estalinista y fueran destrozadas con saña mucho antes de que en el año 1937 el Gran Terror se extendiera a todo el país[295]. Mirando con más detenimiento, los furores del estalinismo en ese terreno no andaban tan descaminados: la imposición de un poder total tiene que arrancar todo conocimiento del terreno sobre el terreno, los asideros «mnemotécnicos» de una tradición y una memoria históricas, y a ser posible radicalmente, es decir, junto con las raíces.

III
Trabajo visual

Trabajo visual. Confiarse a los ojos
«En el espacio leemos el tiempo»

Ya ves, hijo mío, el tiempo aquí se torna espacio.
Richard Wagner, *Parsifal*

Mi generación ha crecido en la conjunción de «conocimiento e interés» (Jürgen Habermas). No le ha ido mal con ella, y aun mejor le habría ido de haber entendido «conocimiento» un tanto más en el sentido de Immanuel Kant, por ejemplo, ni concepto sin intuición, ni intuición sin concepto: «Conlleva nuestro natural que nunca la intuición pueda ser sino sensible, esto es, contenga sólo el modo en que podemos ser afectados por los objetos. Por contra, la capacidad de pensar el objeto de intuición sensible es entendimiento. Propiedades ambas de las que ninguna ha de preferirse a la otra. Sin sensibilidad no se daría objeto alguno para nosotros, sin entendimiento ninguno vendría a ser pensado. Pensamientos sin contenido son vanos, intuiciones sin concepto, ciegas. De ahí precisamente que tan necesario sea hacer sensibles sus conceptos (esto es, adjuntarles objeto en la intuición) como hacerse comprensibles sus intuiciones (esto es, subsumirse en conceptos)»[296]. Entendida plenamente en su sentido genuino, la *theoria* se manifiesta intuición. Pero en la concepción vulgar de la teoría crítica, que hizo escuela, el conocimiento era enemigo de la intuición. Algo que trajo consecuencias. Se puso a los sentidos bajo sospecha. Ante todo a la visión. Sólo se admitía aún al ojo en calidad de lector, de letrado. Algo que trajo venganzas. Las imágenes se abalanzaron sobre nosotros sin que supiéramos ni por dónde empezar con ellas. Había imágenes y hasta un diluvio de imágenes, pero ningún lenguaje para un mundo de imágenes porque eran sospechosas de suyo. En todo caso, de ellas respondía el sano entendimiento humano, «ese tipo tan casero» por decirlo como Hegel y Marx. No figurarse nada ni pasar por nada son condición de un pensar que corre demasiado. Y un pensar atropellado da a entender falta de ponderación y de experiencia. Sin esfuerzo y a menudo sin gran pér-

dida puede girar exclusivamente en torno a sí mismo. Toda una generación de catequistas del «Capital» a la que seguiría otra con otros discursos encontraba eso iluminador: el «camarada casero» era demasiado palurdo, incapaz aun de la satisfacción de compartir discurso. Hablaba de cosas que no había en el mundo del discurso: de olores, distancias, viajes. Cuando hablaba, eso sí, sonaba bonito, nada más. Pero el caso es que él no quería hablar bonito, sino decir algo, decir si algo era verdadero o falso, o por ser más precisos, si lo que teníamos que decir era adecuado a lo sucedido y ya pasado. El camarada casero ha vuelto, por la espalda. Vuelve en cuerpo, cuerpos entrenados o cuerpos heridos, en todo caso sensibles, sangrantes, autores de atentados suicidas que quieren hacer historia. Vuelve en imagen que ya no está en manos de uno figurarse. Vuelve en hombre y mujer, en *Black and White*, en particular y en molecular.

Habría sido buena cosa fiarnos de nuestros ojos. Que simplemente hubiéramos mirado las imágenes, sin apartar la vista con la apostilla de que se trataba sólo de fetiches, fetichizaciones, fenómenos y apariencia de algo que se ocultaba detrás: la esencia, la ley, el principio que guardaba la clave para entender las apariencias. Quien ve muertos se las ha de ver con muertos, no con un principio de muerte; quien ve torturados se las ha de ver con verdugos y no con el mal en sí; quien ve ruinas ha de seguir el rastro de la corrosión, de la descomposición que las trajo, no simplemente el de una ley suprahistórica del tiempo. No hemos resistido las imágenes y nos hemos escabullido allí donde todo pasa más mullido y llevadero: al cielo de los principios sobre el que se puede tener una tertulia eterna, discutir, tener sus batallitas. Pero las batallas en que uno arriesga el cuello y la cabeza no se encuentran en el cielo de las ideas. Por eso muchos libros son tan gordos y abarcan tanto, porque se dedican a dar rodeos, porque evitan llamar a las cosas por su nombre. De haber fiado más en nuestros ojos, sostenido la mirada al horror del siglo XX, habríamos puesto menos empeño en discursos evasivos. Resistir imágenes, mirarles a los ojos, es una actitud epistemológica valiente, y no una consigna de resistencia.

Se ha desarrollado toda una manera de hablar, una jerga en toda regla de discriminación de lo inmediato, de lo visual. De lo más difícil, contar una historia, se hizo algo risible o se lo desenmascaró como argucia literaria, mero coqueteo con el lector y no camino de conocimiento. Nos hemos atenido firmemente a conceptos porque no queríamos salir al vasto océano. Colón era más bien personaje de película de aventuras, cuando es

todo un personaje de la epistemología. Y el caso es que ¡si tuviéramos algo más de Colón o de Carl Ritter, y algo menos de inspectores y tenedores de libros...!

Otra fórmula de difamación reza así: «Eso es meramente individual, puramente subjetivo». Como si hubiera algo más sólido que lo experimentado subjetivamente y lo padecido individualmente. Fórmula esa en que a menudo no se expresa pasión por la objetividad, sino indiferencia, desvergüenza, mero desentenderse, arrogancia de retoños que no tuvieron nada que ver en aquello. Ese tono falso de posteridad –argumentar, debatir– proviene esencialmente de esa negación de la experiencia individual. Quienes «nacieron después» tienen poco o nada que ofrecer en experiencia, en todo caso son más pobres. Ése es el peor reproche que se le puede hacer a quienes trabajan con un siglo XX tan lleno de experiencias y sufrimientos. En otros tiempos, el peor reproche que se le podía hacer a uno era que «le faltaba un concepto claro». Mas para historiadores, que son ante todo y en primer término posteridad e hijos póstumos, que tienen su hogar en otra parte del tiempo, el principal reproche es mucho más grave: no tener experiencia directa de la época de que tratan. En el fondo, un historiador tiene que emplear toda una vida para llegar a encontrarse en otra época que le está cerrada. Toda una vida de estudio como preparación para el viaje a otra época.

La crítica de la subjetividad en nombre de intersubjetividad, objetividad y demás había declarado la guerra al sujeto que percibe y conoce, que también padece y obra. El sujeto sólo era lo «meramente subjetivo», una minusvalía por así decir, no del todo apto, en tanto la objetividad se había instalado soberbiamente como dueña y señora en el entresuelo, en las salas de mando del establecimiento científico desde donde miraba como en panóptico de Bentham a todos los demás salvo a sí misma, castigando, concediendo, clasificando, tasando, repartiendo recursos. Al esforzado relatar lo llama, despreciativamente, novela, y a la historia que aquél escribe, literatura, como si no hubiera criterios muy claros para distinguir ficción y hechos. Define prioridades, y así puede ocurrir que se rechace tal o cual interpretación por insuficientemente «reflexionada», que no significa aquí sino inaceptada en la *main stream* del sistema de referencias firmemente prescrito; así la *main stream* establece prioridades que dicen menos de conocimiento que de posiciones de poder. Uno sólo tiene una oportunidad cuando cambia el viento y quienes eternamente llegan tarde

pueden clamar «nosotros siempre habíamos estado en eso». Algo que trae consecuencias. Una vez desautorizada la autenticidad ya no queda lejos escamotear directamente cualquier investigación encaminada a «conocer la realidad». Verdad, realidad, praxis, parecen palabras de épocas hace mucho pasadas, sí, y aun chistes malos. Y una vez liquidadas la verdad y el interés, ya todo gira en torno a plantear cada quien sus *claims* en la competencia de discursos rivales. Toda mirada que se desliza sobre superficies, que las va palpando, es mirada que compara. Comparar agudiza y forma a la mirada. Se puede enseñar al ojo a comparar, llevarlo a un grado más alto de atención. Pero un comparar venido a fin en sí mismo sólo da frutos hueros. Más fundamental que comparar es rastrear contextos y aclarar dependencias mutuas. Historiadores que cierran los ojos son como arquitectos que vivieran en antiguas mansiones y predicaran las virtudes del bloque de quince plantas. Como todo ser humano, los historiadores viajan con el Baedeker en el bolsillo, pero se lo quieren prohibir a sus estudiantes como vehículo de conocimiento del mundo. El Baedeker que en la vida ayuda a ver el mundo sensatamente no vale en los estudios. Viajar es cosa de vacaciones, no de conocimiento. Así ocurre que más de un historiador tenga en sus ratos libres una perspicacia estética que pretende olvidar y prohibir en cuanto se pone a investigar o se sube a la tarima. Conceptodependencia, mono de concepto o necesidad de muletas conceptuales son otras tantas maneras de nombrar una *déformation profesionelle* muy extendida. Ver se ha escindido de la percepción histórica, se ha convertido en cosa de tiempo libre o vacaciones en que el historiador sí se permite fiarse de sus ojos. Un fenómeno concomitante es la atrofia de la capacidad de figuración, de la imaginación histórica. Es tarea sin perspectivas hacer ver a un ciego qué es ver. Es una auténtica tortura ir por la ciudad con gentes que no ven mientras en uno saltan las alarmas sin cesar. La ceguera es una fatalidad, no se debe hacer de ella virtud, a no ser que uno desarrolle a cambio los otros órganos. Y a la inversa, vale también que quien no disponga de lenguaje tiene que confiar tanto más en sus ojos. El iletrado se convierte en vidente. El *Diario de Moscú* de Benjamin muestra cómo tiene que trabajar quien no domina el lenguaje: con los ojos. Quizás por un instante, por un parpadeo solo, haya que dejar el libro a un lado y volverse a los otros jeroglíficos: la pirámide de Gizeh, las catedrales de la Edad Media, la *skyline* de Manhattan. Sólo ve quien sabe, cierto. Quien no sabe, tampoco ve. Hay que saber algo del oficio, de maestrías, de formas constructivas, de estilo. Pero de nada vale todo eso si uno desconfía de los ojos, si no da importancia y significación a la forma. Uno sólo comienza a interesarse por las cosas cuando las recibe, las percibe, las concibe en serio como objetivaciones de la mente, del trabajo humano, de la acción histórica. Sobreviene entonces una especie de licuefacción retrospectiva. Formas solidificadas tienen que volverse historia, pensarse retrospectivamente en trance de surgir, como si todo estuviera aún por decidir. Como dice esa expresión tan bella, hay que «dar la palabra» a los objetos. No hay abstracción que no tuviera algún cuerpo, ni cuerpo o jeroglífico que admita interpretarse sin la abstracción en él cristalizada: la «burocracia» de Max Weber tiene una figura, uno puede «ver» los conceptos de Max Weber o Karl Marx. Pero sólo los verá quien sepa algo de Max Weber. Todos los aspectos del modelo de Weber tienen una faceta corporal-espacial: especialización, división del trabajo, normalización, regularidad, centralización, jerarquía. Y esto no rige sólo para objetos que sean objetivaciones de arte o cultura; vale también de los más sutiles que cabe concebir: atmósferas, ambientes, estados de ánimo, lo más impalpable, lo menos concebible. También son consabidas las fórmulas de denuncia de los «ambientes» –«eso es pura ambientación»–, pero en verdad son capitulaciones del analítico ante lo sutil que se demuestra imposible de analizar[297]. Como siempre, se tienen por cosa de literatos, soñadores, gente que no percibe con precisión. Pero ésa es crítica de ceporros a cosas para las que ni siquiera tienen órgano de percepción, o no lo han educado y lo han dejado atrofiarse.

Ver es cosa que se puede aprender[298]. Sólo se ve si se queda uno quieto donde todo avanza; sólo se ve si uno está más lejos o ya está fuera. En esa diferencia con la *main stream* –retardarse o acelerarse, rezagarse o precipitarse– radica la potencia epistemológica crítica respecto a reacción conservadora y revolución insuperable. Tiene uno que saber echarse atrás y recostarse para ver. Tiene uno que saber estarse a pie firme en mitad de la corriente que se desliza para ver más claro.

Lugar de los hechos: Dallas, Texas, 22 de noviembre de 1963, 12:30

La foto del atentado de Dallas se sacó de una película. En los periódicos tenía tal grano que apenas podía reconocerse detalle. Se puede sospechar que también por eso fueran necesarios el redondel en torno al objeto, el presidente alcanzado, y la flecha, para llamar la atención al punto decisivo. La imagen dio la vuelta al mundo. Forma parte del horizonte icónico de toda una generación política. Rara vez un entorno más banal se ha convertido en escenario de un «acontecimiento histórico»: una ancha avenida flanqueada por tiendas y oficinas, en algún *downtown* de alguna ciudad de Estados Unidos. Se conjura a esa imagen una y otra vez, no logra descansar en paz. Alimentó especulaciones acerca de que hubiera disparado algún otro, no aquel cuyo ángulo de tiro se reconstruyó. La imagen, punto de partida de extensas especulaciones y teorías acerca de una conspiración. No de todos los sucesos de la historia universal hay imágenes, y menos de película. Algunas de éstas son el gesto de desamparo de Ceausescu en el balcón de Bucarest, en diciembre de 1989, y luego ante el tribunal en la celda de algún cuartel, o el linchamiento de dos israelíes en Gaza en el invierno del 2000, transmitido por televisión.

La imagen que se ha grabado en toda una generación muestra al coche del presidente que acaba de doblar la esquina de *Main Street* para entrar en *Houston Street* y de allí, en un giro de 120°, en *Elm Street.* Es siempre la misma situación, el mismo ángulo, sólo varía el grado de resolución de la imagen. De lejos se ve en el asiento trasero a Jackie Kennedy con un traje claro y un curioso sombrero redondo sobre su largo pelo, y a su lado al presidente que se agarra el cuello, alcanzado de muerte. De cerca, cuando ya se pierden los contornos, aún se logra ver la vacilación del instante del terror en el movimiento de la esposa del presidente. Se ve de lejos al agente de seguridad haciendo ademán de moverse desde la trasera hacia el presidente alcanzado, y a Jackie Kennedy que se aferra a esa parte del coche como buscando ayuda. El movimiento con retraso del guardaespaldas. Todo lo hemos visto una vez y otra: el traje de la esposa del presidente, al presidente desplomándose sobre sí mismo, el movimiento reflejo del guardaespaldas, los acompañantes mirando hacia atrás, el gobernador de Texas John Conally y su esposa. Luego se vienen a sumar otras imágenes: el edificio desde donde deben de haber partido los disparos, el *Schoolbook Depository Building* con las trayectorias de los disparos señaladas; el traslado del féretro del presidente y el armón sobre el Potomac camino del cementerio de Arlington, y por último el asesinato del presunto autor apresado tras el hecho, Lee Harvey Oswald, en el momento de su traslado, transmitido *live.* Se ve cómo éste, alcanzado ya por la bala de Jack Ruby, alza los brazos como queriendo aún protegerse. Las imágenes del asesinato del presidente en Dallas las compró y publicó *Life.* La película no se emitió hasta marzo de 1975, por la cadena ABC en el programa *Goodnight America.* Las imágenes hicieron del mundo entero testigo ocular *post festum.* Todo un mundo tomó asiento ante el escenario de atentado. Ni un detalle que no se discutiera y estableciera firmemente en los largos años de investigaciones y protocolos de la comisión Warren, en miles de artículos, libros y páginas de la red. Los escenarios marcan el horizonte de una generación, a veces más de una. La situación precipita en imagen, en unos cuantos chasquidos la época cristaliza. Todo tiene que ser como es: la capa de Jackie Kennedy, el movimiento del presidente que alcanzado se encoge, los cromados de la limusina, la arquitectura industrial de Dallas, Texas, encarnada en el *Schoolbook Depository Building.*

Pavimento del *trottoir*
Superficies, jeroglíficos

Constantin Paustovski, el grandioso memorialista del grandioso decenio de la Revolución rusa, era de la opinión de que se podía leer el paso de la historia universal en la superficie de las aceras. Él lo sabía, porque sabía hacerlo. Podía reconocer una ciudad por la descripción de una acera: «Hace algunos años me dieron a leer las notas de un escritor fallecido. Empecé a leer y vi enseguida que no se trataba de anotaciones sueltas como se suele encontrar en libretas y diarios, sino de un retrato cumplidamente coherente de una ciudad desconocida junto al mar... Cuanto más leía más claramente me venían a la memoria colores y olores olvidados, y algunas peculiaridades topográficas que me resultaban conocidas... en el libro también se daba noticia de los accesos al puerto. Las calles que bajan hasta el puerto, los sitios que desembocan en barcos y junto al ancho mar, no son tan intrascendentes en una descripción literaria como pudiera parecer a primera vista.

»El empedrado de las calles del puerto está tan pulido por los cascos de pesados caballos de tiro que brilla como plomo. Entre los adoquines han germinado granos de trigo y avena caídos. Los muros de contención caen a plomo, cubiertos de retamas. Se descuelgan como una cascada inmóvil compuesta de una maraña inextricable de ramas, hojas, espinas y flores amarillas...»[299]. Con muchas de esas descripciones de superficies recompone una ciudad, y surge un lugar histórico: en este caso, la antigua ciudad de Taganrog junto al mar de Azov.

Y con más precisión si cabe escribe sobre el adoquinado de Odesa: «Cuando se llevaba agua, claro, iba mirando al suelo y estudiaba obligatoriamente toda acera y adoquinado entre la calle Chernomorskaia y la Uspenskaia. Me di cuenta de que podía ser ocupación agradable y en algún aspecto incluso bastante provechosa; aceras y adoquines ofrecen cantidad de pequeñas marcas y signos que me daban ocasión a hacerme cábalas y sacar conclusiones. Los había agradables, intrascendentes y desagradables.

»Frecuentes y particularmente desagradables, y aun inquietantes, eran las gotas de sangre, a veces manchas enteras, y cartuchos de pistola Mauser que olían acre, a pólvora. Desagradables también eran monederos vacíos y documentación rasgada que me tropezaba más raramente.

»Agradables había pocos, pero eran diferentes. La mayoría, sorprendentes: flores marchitas, añicos de cristal, caparazones secos de cangrejo, cajetillas de cigarrillos egipcios, una cinta que había perdido alguna niña, anzuelos roñosos. Todo eso hablaba de una vida apacible. Entre esos indicios gratos se contaba también naturalmente la yerba que brotaba aquí o allá entre el empedrado, y las flores, nada aparatosas, casi siempre ya marchitas, así como guijarros de playa que la lluvia lavaba y limpiaba una y otra vez retenidos en las bocas de los desagües.

»Los que más a menudo se encontraba eran los intrascendentes: botones, perras chicas, agujas y colillas, pero nadie les prestaba atención»[300].

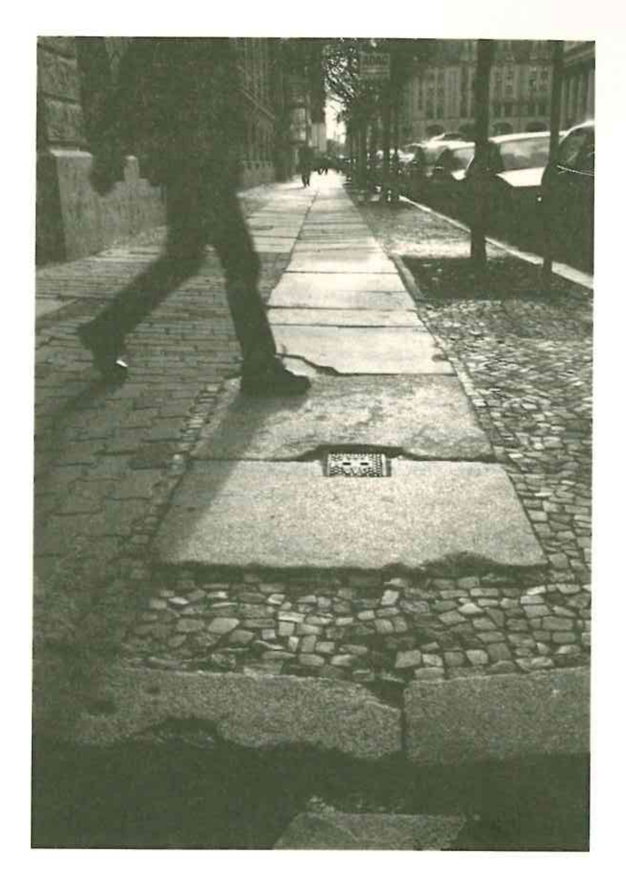
¡Cuántas observaciones de ese país de Paustovski no podrían añadirse! De baldosas y escalones de casas y palacios utilizados desde la Revolución pero nunca renovados. De rejas de balcones y balaustradas que habían resistido guerra, guerra civil, bloqueo, hambre y terror, a lo sumo repintadas cada dos años con un poco de color. Ejemplo particularmente llamativo son los escalones de la «Casa del Libro» en la perspectiva Nevski de San Petersburgo, originariamente construido para sede de Singer, la delegación de la empresa estadounidense en el Imperio ruso. Arriba, el globo aún testimonia su antigua función. Los peldaños prestan servicio desde los años 1902-1904 (arquitecto Pavel Siuzor). En 1919 fue nacionalizada y se convirtió, como «Casa del Libro», en la librería más importante de Petrogrado-Leningrado. Desde entonces son cientos de miles, millones quienes han subido por ellos año tras año, día tras día, al libro, a la luz de la ilustración. Los peldaños están completamente redondeados y pulidos por el trajín de millones de pares de pies, de manera que hoy casi se puede dejar resbalar uno por los peldaños gastados y suavemente combados que recuerdan a la superficie de una playa arenosa levemente ondulada por la marea. No se podrá contemplar ya por mucho tiempo esa huella, ahora que está en puertas la «reconstrucción» y «modernización» tanto tiempo aplazada. La renovación del pavimento en las aceras ante la «Casa del Libro» ya está decidida. San Petersburgo recobra su forma, y no es azar que empiece por renovar y cuidar sus superficies transitables[301].

Los pavimentos son siempre de algún material determinado. De los

contornos o de lejos. Que tiene su tiempo, que está gastado o nuevo. Que saca un tono u otro según le rueden por encima cascos o ruedas de hierro o de caucho. El estado de las aceras es el más seguro indicador del estado de una ciudad. Ellas son su piel, y como ésta, cuidada o descuidada, según. Se nota si le tienen echado el ojo y se gastan dinero en ella o se resignan a que se estropee, envejezca y se llene de arrugas. Aceras y pavimentos cuidados velan por que uno pueda ir a lo que importa: le quitan a uno el cuidado de mirar por donde anda. No se tropieza aunque no se mire al suelo. Pues todo es plano, previsible. Hay ciudades en que las aceras están levantadas, reventadas. Allí es fácil tener tropiezos. Y las hay donde están cuidadas como tarima. Las aceras muestran trazas, huellas del desgaste del tiempo. En cierta forma, son calcografías de la *longue durée.* Aunque también de momentos dramáticos. Huellas de tanques que rodaron por encima. Cartuchos olvidados. La mancha de sangre lavada desde hace mucho. El dibujo a tiza del perfil del muerto que sirvió a los criminalistas para tomar huellas e investigar el caso. En aceras yacen las flores depositadas como recuerdo, a modo de sucedáneo de mausoleo o de tumba. En aceras se ejecuta con frecuencia. La corrosión de un continente entero, el tiempo detenido puede leerse en el estado de las aceras. Los pavimentos de adoquín son la rúbrica de un mundo que pronto habrá desaparecido del todo. Habrá que viajar hasta el fin del mundo si se quiere volver poner la vista encima a tales superficies.[302]

Las superficies requieren mirar con detalle: hay que seguir su factura, su dibujo, estudiarlas, quizás palparlas, comprobar su resistencia o deslizarse por ellas. Describirlas es arte, en cualquier caso trabajo duro. Es más simple dejarlas estar, que lo superficial sea superficial, y «concentrarse en lo esencial». Lo esencial siempre es invisible, está detrás, y simplemente de ahí ya le viene algo de misterioso. Quien se ocupa de la esencia no para en la apariencia. Lo esencial no ofrece resistencia, no tiene piel. No puede destruirse porque no puede asirse ni captarse. Los conceptos pueden ser superados, nunca heridos. No son hermosos o repulsivos, sino claros o confusos, concluyentes o incongruentes. La superficie es lo primero que nos sale al encuentro. No podemos eludirla.

Nos movemos siempre entre superficies y por ellas. Por la superficie terrestre, esa con que se las ha de haber la Geología y hace de todos nosotros geognósticos, quien más, quien menos, a nada que vayamos con los ojos medio abiertos. Sobre la superficie de la Tierra escribió Carl Ritter:



Pavimento berlinés.

«Las superficies requieren mirar con detalle: hay que seguir su factura, su dibujo, estudiarlas, quizás palparlas, comprobar su resistencia o deslizarse por ellas. Describirlas es arte, en cualquier caso trabajo duro.»

«La Tierra es escenario de eventos naturales independientemente del ser humano, aun sin él y antes de él; no pueden haber partido de él las leyes de sus formaciones. Es a ella a quien una ciencia de la Tierra debe interrogar para buscarlas. Hay que observar los monumentos erigidos en ella por la Naturaleza y sus escrituras jeroglíficas, hay que describirlos y descifrar su construcción. Sus superficies, sus abismos, sus alturas tienen que medirse, ordenarse sus formas confome a sus caracteres esenciales, hay que escuchar a los observadores de todos los tiempos y pueblos y a los pueblos mismos, y entenderlos en lo que proclamaron y en lo que de ella se dio a conocer en ellos y por ellos»[303]. De esa tectónica de la superficie terrestre se asciende a la morfología del paisaje cultural, y de allí, quizás, a las formaciones más sutiles de arte, estilo, gusto, perfiles urbanos, jardines, fachadas, ornamentos, en pocas palabras: a los jeroglíficos de la cultura humana.

Paisajes, relieves

El avión ha hecho de todos nosotros espectadores de la superficie terrestre. Nos sentamos en nuestros asientos amarrados por los cinturones y miramos hacia abajo. Si hay buena visibilidad la Tierra se halla ante nosotros como en un atlas. Vemos las venas de los ríos. El contorno del litoral. La coloración del mar en las cercanías de la costa señala la desembocadura del río. Esos trazos finos son autopistas y tendidos ferroviarios. A los canales se les conoce por artificiales, por lineales; abandonan el curso natural del río. La Tierra es moteada. Amplios tramos de oscuras superficies boscosas se alternan con claras campiñas, tierra trabajada. En la tierra ocre que se extiende sin fin aparecen como trazados a compás los redondeles verde intenso de los regadíos. Alguien ha dibujado unos trazos a tiralíneas, son pistas de aeródromos. En una parte la tierra está desgarrada, blanca, como si se le salieran las entrañas a la superficie. Tiene que ser una cantera. En las superficies continentales no hay fronteras, ni territorios estatales, ni signos de soberanía, sólo el despliegue de la superficie terrestre: montañas que ascienden lentamente, blancas cumbres con negros abismos y gargantas; costas y la espuma blanca de las rompientes, se puede reconocer el enérgico movimiento aun a 10.000 metros de altura. Uno vuela sobre las dunas del Sáhara hasta que en algún momento viene el verde infinito de la selva virgen ecuatorial. En algún punto se abandona el abrupto perfil de las costas atlánticas para salir al Atlántico Norte, se aleja de Irlanda, de Islandia, se avista el paisaje glaciar de Groenlandia, si le ha tocado a uno asiento en el lado bueno, y en algún momento a la altura de Terranova gira sobre el paisaje grandioso y hendido del Labrador: se ha alcanzado el Nuevo Mundo. ¡Qué son 10.000 metros! Uno puede reconocer casi todos los detalles. La intensidad del oleaje en mar abierto, la estelas que deja tras de sí un gran petrolero, las desembocaduras de corrientes, la densidad creciente de tráfico naval ante los grandes puertos. Islas, golfos, fiordos, penínsulas. Uno puede reconocer detalles: construcciones de puentes, bocanas de puerto, embalses. Casi siempre decepcio-

nado de que lo grandioso resulte tan poco aparente: a uno se le puede pasar por alto Nueva York como esté pendiente sólo de la *skyline* de Manhattan. Donde mejor puede leerse el mundo desde arriba es donde los contrastes son intensos: tierra firme-mar, desierto-selva, tierras bajas-cordilleras, regadío-secano. El analfabeto cartográfico se arregla muy bien donde todo es unívoco, como en islas o costas. Los ojos han de estar algo más entrenados cuando se trata de transiciones: entre ciudad y campo, industria y agricultura, de latifundio y economía extensiva a pequeñas parcelas. Una gran vivencia es la diferencia ente volar de día o de noche. Sobrevolado de noche, un continente es como una radiografía. Europa luce, tan pequeñas son las distancias entre ciudades. Siberia, sobrevolada de noche, es tan negra como el continente negro.

Hace cien años una perspectiva así, una mirada semejante a la Tierra era casi inconcebible. De entonces a esta parte la mirada a la Tierra, la exploración geognóstica se ha convertido en vivencia e industria cotidiana. Desde el espionaje al control del tráfico por satélite, del negocio inmobiliario al turismo, hace mucho que no se apañarían sin la visión de la superficie terrestre desde lo alto. Desde arriba se ven los grandes plegamientos, las fallas geológicas, el relieve tectónico, el mundo como Dios lo creó. Ése es el mundo en que alientan millones de años, en que respiran vientos y tempestades que mantienen al mundo en movimiento: el «taller del clima» (Carl Ritter). En tal perspectiva uno ve las grietas, los cráteres, los plegamientos, las gargantas que son más viejas que todo cuanto haya hecho mano de hombre. Carl Ritter debió de llegar a imaginarse esa visión. Es en esa superficie donde está inscrito cuanto haya llevado a cabo mano de hombre. Aglomeraciones de las ciudades, vías de tráfico, encauzamientos de corrientes y ríos, zonas desertizadas y zonas roturadas, paisajes lunares de minas a cielo abierto. Volar da la distancia al objeto, volar enseña a ver el mundo pequeño. Volar también le señala a uno el desamparo del ser humano. Desde 10.000 metros de altura la vista le enseña a uno proporciones, medida, perspectiva, relatividad. Las creaciones del ser humano se quedan pequeñas en los *canyons* de las Montañas Rocosas y desaparecen en los plegamientos de la falla de San Andrés. Aterrizar en *Los Angeles International Airport* tiene algo de visión de los fuegos del infierno: una visión uniforme, rectangular, bien iluminada, fosforescente, grandiosa. Luces rojas de frenos a compás de los semáforos. La coreografía del Nuevo Mundo. El paisaje por que se abre paso el *Blade Runner*[304].

Desde el avión se pueden ver las relaciones naturales y un poco de lo que emprenden los humanos: *canyons*, gargantas, montaña y valle, llanuras, desiertos, deltas, allá o aquí un dique, un *highway*, una ciudad. Para ver el paisaje hay que acercarse más. Paisaje es lo que vemos cuando no estamos en un avión, sino en tierra. Paisaje, así reza el *Diccionario Grimm*, es lo que se puede percibir, ver, captar desde un punto determinado. «Como conjunto social interdependiente, comarca, *regio*, paisaje, enfrente»; paisaje es lo que se percibe de una mirada: «presentación artística en imágenes de un tal entorno»[305]: el todo, el paisaje no es territorio político, ni frontera, ni Estado, ni lo uno ni lo otro sino todo junto: flora, fauna, geografía, clima, cultura, ambiente... e incluso espíritu: el espíritu de un paisaje. Paisaje es lo integral, el total, lo simultáneo. Del paisaje forman parte lagos, bosques, llanuras, montes, colinas, valles, en pocas palabras: eventos naturales, «naturaleza que se da». Del paisaje forman parte ciudades, caminos, calles, mercados, puentes, en pocas palabras: obras humanas, lo histórico, lo cultural. Del paisaje forman parte un tono, un lenguaje, un dialecto, una luz, diversa con las estaciones, una temperatura, asimismo diversa con las estaciones. Paisaje es un medio, un condensado, un hábito. Habitualmente los humanos no crecen en lugares o ciudades, sino en medios: en paisajes. «Somos hijos de nuestro paisaje; él dicta nuestro comportamiento y aun nuestro pensamiento en la medida en que estemos abiertos a él. No alcanzo a figurarme señas mejores de identidad»[306]. Por ser centro y punto medio de la vida, es lo más combatido, refutado, confutado, peleado, susceptible de mitificaciones e ideologizaciones. Hay equivalentes o cuasiequivalentes de paisaje: *region, landscape,* país, lugar [*Heimat*]. El paisaje es más importante que el distrito administrativo, más marcado y denso que el Estado. Los seres humanos se definen por los paisajes de que provienen no menos que por el Estado del que son ciudadanos. De ahí que las imágenes de paisajes no sean sólo copias sino el mundo en pequeño, microcosmos. Por ser paisaje nombre de un todo, la historia del paisaje y en particular del paisaje cultural se ha convertido en designación del esfuerzo por reunir disciplinas escindidas e independizadas, de esa idea desechada de que tiene que caber contar la historia como totalidad, como *histoire totale.* «Paisaje» es término que aun con toda su plasticidad nunca pierde su forma, da igual de qué se esté tratando: de un pasiaje de ruinas o de memoria, de un paisaje humano o urbano. La cosa siempre gira en torno a un conjunto vuelto forma, al *ensemble.* Eso nada cambia en el significado originario del paisaje físico[307].

Caminamos o viajamos por paisajes. En sus mudanzas y en lo distintivo de sus rasgos se muestra la riqueza del mundo. El paisaje es el resultado más completo de trabajo humano y genio humano. El paisaje es la mayor obra de arte concebible que pueden llevar a cabo seres humanos, que fracasen en ello, la mayor catástrofe concebible. El paisaje es el material más duro en que se haya objetivado el ser humano –según Robert A. Dodghson la Geografía trata de «la materialidad de la vida social»– y a la vez la más sutil creación, de atmósfera y ambiente, sí, a que hayan contribuido poetas, filósofos, arquitectos y el pueblo en su sentido más amplio. De ahí que leer y descifrar paisajes sea casi como una clave de la historia de los pueblos y de la humanidad. Como no hay paisajes «vírgenes», naturales de suyo, toda historia del paisaje lo es de paisajes culturales. Hugo Hassinger califica a la Antropogeografía de «morfología del paisaje cultural»[308]. Donde todo gira en torno a la tectónica de lo social, al alcance del mundo construido, del reparto visible de poder e impotencia y de mucho más. Los historiadores son expertos en formas culturales, morfólogos, morfólogos culturales. Se interesan por superficies, y de ahí que si quieren seguir el rastro de procesos esenciales hayan de ser buenos fenomenólogos y fisionomistas. Leen paisajes como textos y retiran capa por capa como en un palimpsesto. James Duncan decía: «No importa dónde, se puede mirar paisajes como textos, constitutivos de discursos, que por medio de una sociosemiótica pueden interpretarse en conceptos relativos a su estructura narrativa, a sinécdoques o recurrencias. Esto vale para el Estados Unidos de finales del siglo XX tan exactamente como para la ciudad de Candía a comienzos del XIX. Naturalmente hay un gran abanico de formulaciones conceptuales atendiendo a distintos tiempos y espacios. Y no obtante el núcleo de ese método de interpretación será idéntico, a saber, dejar al descubierto los códigos polifónicos que hacen de un paisaje creación cultural, exponer las políticas de diseño e interpretación y llevar al paisaje al centro de los estudios de procesos sociales»[309].

Historiadores sensibles a la fuerza expresiva de los paisajes, ya se trate de antropogeógrafos, historiadores de la cultura, representantes de la geografía histórica, semióticos de la cultura o antropólogos se han aplicado a hacer legibles los paisajes y descifrarlos, desarrollando un método adecuado. El geógrafo Christopher I. Salter describe así el primer paso: «Por raro que pueda sonar, al escribir este ensayo [sobre Geografía cultural-K. S.] tengo que empezar exhortando a dejar a un lado los libros. Quien quiera



Fotografía de los Dolomitas tomada por satélite.

«Caminamos o viajamos por paisajes. En sus mudanzas y en lo distintivo de sus rasgos se muestra la riqueza del mundo.»

desarrollar sensibilidad al poder del paisaje y en consecuencia al de la geografía cultural tiene que librarse de lo impreso. Tiene que volverse a la fuente documental primaria más competente de que se dispone: el paisaje cultural mismo»[310].

Los paisajes culturales son como grandes textos. Fácilmente legibles algunos, otros requieren especialistas. Están escritos en muchos idiomas. De muchos se conoce a los autores, pero aun más son anónimos. Textos interrumpidos que dan quehacer a la posteridad con resolver el enigma asociado. Un capítulo sigue a otro. A veces la serie aparece rota y revuelta. De muchos textos se ha perdido el original y sólo existen como cita, indirectamente. Especialidades profesionales enteras se ocupan de reconstruir, descifrar e interpretar tales textos. Están redactados en lenguas que comprendemos bien, o en otras que no. Hay problemas estilísticos de orden. Entre muchos textos hay correspondencias, otros carecen de toda referencia mutua. Hay atractivas líneas de continuidad que llevan de una época a otra, y luego de nuevo interrupción total, una discontinuidad pasmosa. Las páginas vuelven a sobreescribirse una y otra vez. El aliciente del texto que es un paisaje cultural está en que consiste en una multiplicidad de textos que puede leerse o escucharse a la vez. Eso produce polisemia, polifonía, que a cada momento puede dar un giro. Pero en los discursos sobre paisaje cultural también queda completamente claro que el discurso sobre paisaje en cuanto «texto» es en realidad sólo una metáfora. Los paisajes, en cuanto entorno construido, son pesados, torpes, tienen una inercia y una gravitación totalmente peculiares. Reescribir, reformular, puntuar, es algo que se lleva a cabo en plazos de generaciones e intervalos de siglos.

Los paisajes son sistemas de signos[311]. Cada época ha dejado tras de sí sus jeroglíficos. Cada generación ha dejado tras de sí su fondo de símbolos para ella significativos. Es una historia de inscripción y borradura de signos, de choques de iconoclastias a vida o muerte. Cada nuevo comienzo presupone pérdida y liquidación. Son grandiosos los jeroglíficos ante los que aún nos encontramos hoy: las ciudades portuarias de los fenicios y las colonias griegas que de unas aguas hicieron «el mar de en medio», centro de la Antigüedad y cuna de Europa. Son grandiosas las huellas de la extinción que la emigración de los pueblos ha traído consigo. Hasta el día de hoy sigue viva la configuración de las ciudades-Estado del norte de Italia. Son grandiosas aun allí donde las primeras instalaciones industriales han quedado fuera de servicio y se han convertido en museo, en los tempranos

escenarios de la producción industrial. Todos, firmas y contraseñas del genio humano y el trabajo humano.

Los paisajes culturales son como formaciones geológicas. Cada generación deja tras de sí un estrato propio, unas más, otras menos. Cultura es sedimento. Un estrato sigue a otro, un aluvión a otro. Bajo nuestros pies yacen ruinas, sedimentos, escombros. Podemos hacer un corte, podemos ver, palpar como en un *canyon* los estratos de diferentes coloraciones. Como puede contemplarse la edad de la Tierra pueden contemplarse también las épocas[312]. Corte geológico o excavación arqueológica son los métodos preferidos. Así se llega a hallazgos, a reliquias, así se mide la magnitud de los estratos culturales, y así nos hacemos una imagen de la riqueza de nuestra cultura. Se trata de entrada de un procedimiento arqueológico. Ya sea investigar caminos, formas de casas, tipos de aldeas, relaciones jurídicas o difusión de cultos y estilos constructivos, se trata siempre de «estratos de formaciones territoriales»: «Los factores vivos constituyentes de espacio radican en diferentes estratos superpuestos. Desde donde mejor los vemos es desde el presente. Tomemos el superior y tratemos de retirarlo, y aparecerán de entrada zonas y límites entre zonas... Una vez retirado, nos hallamos ante el segundo, que por expresarlo en dos palabras podemos designar historia del territorio. Una capa de extraordinaria profundidad histórica, que retrocede al menos 700 años, y en ese espacio de tiempo ha hundido sus raíces muy hondo en la conciencia de los seres humanos»[313]. Lo que de ahí resulta es un cartografiado de estratos culturales, relaciones recíprocas, «provincias de la cultura». «Las imágenes cartográficas que surgen de ese modo de trabajar, inicialmente mero inventario, igualan por entero a las geológicas, ya se trate de situaciones de hoy o del pasado. En ellas aparecen estratos que históricamente se han sucedido, yuxtapuesto y entremezclado. Como el geólogo sabe transformar esa mezcolanza de nuevo en imagen intelectual de sucesión y así aclarar la historia de la Tierra, así el historiador leerá el discurrir histórico a partir de la imagen de una situación: ambos modos de pensar son paralelos»[314]. Hermann Aubin considera a la identificación de tales provincias culturales «clave» de la investigación histórico-geográfica, *non plus ultra* del trabajo en historia de la cultura. «De ese modo, inventariar el patrimonio cultural de un paisaje en determinada época hará aparecer diferentes estratos históricos»; y lo aclara tomando como ejemplos los restos de patrimonio cultural griego en el sur de Italia, de la Antigüedad grecolatina en suelo alemán, o el «gran

complejo de elementos culturales alemanes en el Este de Europa»[315]. El balance de Aubin reza así: «Aquello por que nos esforzamos en lo que he caracterizado como tercera época ya no es sólo una Geografía histórica, ni una descripción promedio de diferentes edades, sino una Geografía de la historia de que nos prometemos nuevas visiones de las condiciones y curso del suceder histórico. Distamos mucho de tener a los métodos cartográficos por una piedra filosofal. Pero de algo sí estamos convencidos, de que son adecuados para ampliar y profundizar sustancialmente nuestra imagen de la historia. Y eso aun cuando su único logro fuera poder esperar de ellos la concordancia de experiencias ya existentes: que informaran a unas disciplinas de los resultados de otras y las llevaran a converger en un trabajo comparativo en común, y ya con eso sería extraordinaria su importancia en una época como la nuestra, que pugna con todos sus medios por compendiar y ver en conjunto los hallazgos científicos»[316]. La esperanza de Aubin era tropezarse, en el desarrollo de esa arqueología y cartografiado de estratos culturales, con un plano más fundamental y de más larga duración que la territorialidad política. La tragedia de Aubin y de muchos de su generación está en haber creído hallarlo no tanto en las formaciones de la historia de la civilización como en la historia de tribus y linajes, o más tarde y más inequívocamente aún, en una historia de los pueblos de corte populista [*völkisch*][317]. Qué ocurrió cuando el nacionalsocialismo se las ingenió para configurar los paisajes en «espíritu del pueblo» puede leerse retrospectivamente en las utopías de planificación y reconstrucción del «plan general del Este». Por ejemplo, un colaborador de Konrad Meyer en el Estado Mayor escribe al respecto: «La configuración del paisaje se convierte en tarea cultural decisiva del momento presente. La actividad configuradora va más allá de las condiciones de vida físicas y orgánicas. Los alemanes se convertirán en el primer pueblo de Occidente en haber modelado en el paisaje también su entorno psíquico, y así, el primero en la historia en alcanzar una forma de vida en que un pueblo se autodetermina a sabiendas las condiciones locales de su bienestar corporal y psíquico conjuntamente... las reglas paisajísticas del Guía Imperial [*Reichsführer*] de las SS son un hito decisivo para la agricultura alemana y la cultura de la tierra alemana... El paisaje de los territorios del Este incorporados está abandonado en extensas áreas por la incapacidad cultural de un pueblo extranjero, desertizada y arrasada por la sobreexplotación. En grandes zonas ha adoptado rasgos esteparios en contra de las condiciones locales. Al hombre germano-alemán en cambio el trato con la naturaleza le resulta una necesidad vital... Si esos nuevos espacios vitales han de llegar a ser para sus pobladores su lugar, es requisito decisivo diseñar el paisaje planificada y ecológicamente. Ése es uno de los fundamentos para la consolidación de una población alemana. Así es que no basta trasladar a nuestro pueblo a esos territorios y aislar a la población extranjera. Más bien deben modelarse los espacios con un estilo que responda a nuestro modo de ser, con que el hombre germano-alemán se sienta en casa, se asiente allí y esté dispuesto a amar y defender su nuevo lugar»[318]. El resultado de esas violentas remodelaciones fue como es sabido despoblación, tierra quemada y al cabo también la aniquilación en el Este de Europa de una historia alemana urbana y rural de siglos de antigüedad.

Sobre analizar y retirar estratos históricos escribe Aubin: «Si miramos en conjunto el curso de la historia reconocemos una larga serie de culturas que se suceden y superponen. Así como en el suelo clásico de Ilión se fueron apilando construcciones estrato sobre estrato desde la Edad de Piedra hasta la acrópolis, tampoco nuestras costumbres descansan sino sobre escombros y restos de culturas ancestrales que se siguen en una continua mudanza, sea que pasaran a pueblos extranjeros, sea que los pueblos mismos se trasladaron, y así se hicieron sustento de antiguas culturas nuevos portadores»[319]. Qué podría y tendría que lograr tal forma de mirar lo señala Aubin en unas observaciones acerca de los puentes del Rin. Es casi un programa de tratamiento de un elemento del paisaje cultural tan prominente como los puentes: «Vencer grandes corrientes mediante puentes plantea exigencias tan extraordinarias al saber hacer técnico y los recursos económicos, presupone en su fundamento más hondo tal medida de concentración de la voluntad en un punto y de organización definida de fuerzas colectivas de todo tipo, que cada proceso particular, si se pudiera analizar suficientemente, arrojaría una luz esclarecedora del estado cultural general de su época y los motivos que la impulsaban. Si mira uno los puentes de un río desde ese punto de vista, su historia, su número y tipo, su finalidad, lo adelantado o tardío de su aprovechamiento de las posibilidades de la técnica del momento se convierten en valiosos testimonios de la vida que a la sazón se llevaba en los alrededores, y en un indicador así de su desarrollo como de las grandes personalidades que intervienen en la historia»[320].

De una historia que procediera con tal seriedad se podía esperar que supiera también trasplantar al suelo del materialismo histórico el discurso

acerca del «hálito espiritualizador que la antigua cultura cristiana difundió sobre muchos paisajes alemanes»[321]. En todo caso es mucho lo que habla en favor de que «el paisaje» es más rico, y el ocupante del puesto que ha dejado vacante la abdicación del «Sistema».

Lugares calientes, lugares fríos

Todo el mundo sabe que el centro de la ciudad construida no tiene por qué coincidir con el centro de la ciudad vivida. El centro de negocios en que late durante el día «el pulso» de la vida parece «como muerto» en una tarde de festivo o por las noches. La vida se ha desplazado a otro sitio. En los barrios administrativos, por lo general, en cuanto cierra el negocio político no se le ha perdido nada a casi nadie: algún paseante suelto, *security-personal*, limusinas que pasan por la calle, mucho espacio público vigilado por cámaras. Mientras que en plazas que no son sino estaciones de transbordo, distribuidores del tráfico urbano de pasajeros, ahí la ciudad zumba. La ciudad trepida. Todo es febril. Hay que estar atento para mantener el rumbo sin que los torrentes humanos le aparten a uno de su camino. Que depende: esas corrientes nocturnas se mantienen largo tiempo, puede que sólo se detengan cuando ya no funcionan los trenes, temprano, demasiado temprano, cuando el resto de la ciudad se está despertando para volver a zumbar otra vez.

La vida parece desarrollarse precisamente en esos lugares que Marc Augé ha llamado *non-lieux*, no lugares, y cada vez más[322]. Son más bien puntos de confluencia, provisionales, no son lugares fijos y definitivos que se han dado forma arquitectónica. Ni siquiera está claro si la necesitan, o sólo una vacía que deje espacio al encuentro. La plaza de arena desnuda en que tiene lugar el mercado es una forma así: se llena de tal modo que no queda un metro cuadrado libre cuando se montan los puestos o simplemente se extienden las mercancías por los suelos. El mercado, en su situación elemental de partida, no necesita ninguna clase de instalaciones, eso es obvio. Arcadas, zocos, soportales, tenderetes, quioscos, todo eso viene luego, y funda una tradición constructiva que se prolonga a través de miles de años. Estructuras provisionales en que miles y miles de seres humanos paran o van de aquí para allá son también estaciones, aeropuertos, aparcamientos, moteles, muelles, gasolineras, *drive-ins* o almacenes. Son estaciones de enlace bajo tierra o sobre ella, ante todo en los empalmes de tráfico

de cercanías y larga distancia, de vuelos domésticos e internacionales. Estaciones, puertos y aeropuertos son empalmes y distribuidores de esa clase. Todo el mundo sabe que allí «pasa algo» mientras en los centros de economía, política o cultura seguro que se está decidiendo, produciendo y procesando, organizando y fomentando la cultura. Pero ahí todo ha recibido ya una cierta forma, hasta puede que definitiva. Algo está concluido: la cultura ha conseguido sus propios terrenos de juego, sus reglas; política y diplomacia, sus sedes e instituciones; la producción, sus correspondientes espacios productivos y vías de distribución. «Las instituciones son fortificaciones», decía Karl Popper, «tienen que estar bien planeadas y pertrechadas»[323]. En los *non-lieux* todo es aún fluido, provisional, aún movimiento o en movimiento. Visto así, son precisamente los *non-lieux* los que son centrales, de donde parten los impulsos decisivos, donde entran en contacto las energías vitales y se produce calor por rozamiento que da corriente a ciudades, pueblos, espacios, y les abastece de energía.

Significado e importancia de lugares y no lugares pueden desplazarse. Hay lugares que pueden pasar a ser no lugares, y no lugares que pueden ascender a «verdaderos lugares». Hay centros errantes, centros que se devalúan, en ninguna sociedad tan aprisa como en las capitalistas y en ninguna capitalista tan aprisa como en la estadounidense, donde en otro tiempo, no, donde hace una generación había aún *down towns* florecientes que se convirtieron en centros de decadencia, miseria, enfermedad y muerte, pero a los que ha bastado un decenio para transformarse otra vez en centros urbanos intactos. En las ciudades pueden leerse los ciclos de las coyunturas, *booms and slumps*. «Si tenemos en mente analizar las zonas industriales y urbanas más viejas, los temas geográficos predominantes son entonces las diferentes fases de inversión y ciclos del capital que producen el abandono de lugares. Ellos han producido en el curso del tiempo un paisaje estratificado, con estratos diferentes de capital invertido y circulante en cada lugar de la región, donde cada estrato significa otra fase y otro lugar en el seno del ciclo de inversiones»[324]. El centro de negocios de antaño, gueto y vacío actual en el centro de la ciudad. Pero tampoco en los imponentes centros de ciudad en funcionamiento se decide lo que ocurre, únicamente se sanciona, aun cuando el centro produzca incansablemente la ilusión del *decision-making*: en verdad son impotentes, no depende de ellos hacia dónde van las cosas. Tampoco la distinción público-privado, tan fundamental en el análisis de espacios urbanos, es aquí de ayuda; pues la

cosa no gira en torno a esa diferencia, sino a lo diferencial de lugares *in statu nascendi*, al cuajar de lugares que aún son fluidos. *Places in the making*. De ahí que acaso sea más adecuado no distinguir entre lugares y no lugares, sino entre fluido y firme, entre lugares fríos y calientes. En Wilden se dice así[325]: «La sociedad caliente se hace valer esencialmente en el mundo exterior, en la naturaleza, en piedra, cera, sonido, papel, celuloide, cinta magnetofónica, redes de ferrocarril, calles, autopistas, en tanto "*the cool society is more nearly written in itself*", la sociedad fría es más bien una autodescripción»[326].

Budapest: Moskwa ter, Kõbanya, Nyugati pu, Blaha Lujzsa ter. *Fenomenología de los lugares calientes.*

Moskwa ter, la plaza de Moscú, es en Budapest una figura amorfa que a duras penas puede llamarse plaza. «Resulta» de alguna manera del cruce en Buda de varias calles grandes que llevan del puente Margarita a la espalda de Buda y hacia el interior. Forman sus bordes altos edificios de pisos de alquiler, un imponente edificio de Correos del anterior fin de siglo y un almacén de nueva construcción, de la cadena Mamut, de la época posterior a 1998. En Moskwa ter desemboca un Metro cuyos usuarios son empujados a la superficie en el centro mismo de la plaza a intervalos regulares por las escaleras mecánicas. Allí se cruzan varias líneas de tranvías, para muchos es también cabecera de línea, como para algunos autobuses. El tráfico confluye aquí, desde las calles del barrio, o viene del otro lado del Danubio, o irrumpe desde el subsuelo. Hay que abrirse paso por calles porque corre una marea de coches, entre carriles de autobús y raíles de tranvía. Cada paso es un peligro, a cada momento podría atropellarle a uno un tranvía. La clásica no plaza en que todo es no bonito: quiosco, vestíbulo de hormigón del Metro, una especie de torre de control, garitas para el personal de tráfico, postes donde cuelgan paneles con los itinerarios, todo podría demolerse de un día para otro sin que se perdiera nada.

Kõbanya es algo similar. Un final de línea en dirección al aeropuerto. Allí acaba la línea 3, que atraviesa Budapest de Norte a Sur y une con el centro los grandes barrios de bloques que se extienden ante la ciudad vieja. En horas punta los trenes llegan cada dos minutos y sueltan pasajeros a montón. Por las escaleras mecánicas peatones afanosos por llegar a sus transbordos acuden a chorros a los trenes de cercanías o a los autobuses de

los barrios dormitorio. Es una corriente impresionante: sale del metro y sigue, sin cambiar de dirección, escaleras arriba, escaleras abajo, al autobús o al tren. Miles, y miles, cientos de miles, cada día, hora tras hora. Las corrientes han de atravesar forzosamente por ese paso, ocupado a manera de puentes medievales –por ejemplo en Florencia, París, Erfurt– por puestos pequeños, negocios, parrillas, tabernas, una pequeña farmacia, puestos de periódicos, un minisupermercado. La plaza de donde salen autobuses y tranvías también está provista en abundancia, hay quioscos con todo lo imprescindible, periódicos, revistas, frutas y verduras, pequeños ultramarinos. Toda la arquitectura parece dispuesta para doblegar a esa corriente: un puente con estructura de acero, un pasillo acristalado.

Blaha Lujza ter y Nyugati pu son dos cruces principales y estaciones de transbordo en el subsuelo de Budapest, con salidas y subidas a las rondas interiores y de salida de la ciudad que aquí se juntan y se separan, a los trenes y a los metros. También son intercambiadores para cientos de miles de habitantes de Budapest día tras día. Pero aquí de otra manera. Bajo tierra está seco, aquí hay sitio. A los lados del pasaje subterráneo hay negocios para dar y tomar desde flores a cervezas y desde una tapa a un libro. Aquí un lugar de tránsito se convierte en zona de tiendas y ésta en espacio aprovechable como escenario. Una pista subterránea. Público hay: gente que viene del tren o va al tren y aún tiene algo de tiempo o algo por comprar. Y gente que necesita público, también: zíngaros del interior que se ganan el sustento como músicos, los inevitables *indios* condorpasa con sus ponchos de colores y las señoras que vocean las excelencias de sus flores de plástico, surtido especial traído de alguna parte. Todo distinto de esos finales de línea donde los hombres desaparecen en la oscuridad, aquí hay una claridad radiante, para empezar por razones de seguridad, y un sonido, un ruido, un corredor de rumores con voces, griterío, la mezcla sonora de un lugar caliente.

Hay lugares así en cada ciudad. Berlín-Parque Zoológico, las estaciones RER de París, los clásicos vestíbulos y empalmes de las estaciones de Londres, Charing Cross, Waterloo, Victoria, Blackfriars, y muchos otros, las estaciones de Moscú, de metro y de tren, donde cada fin de semana millones de personas puganan por irse a sus *dachas*. Como los aeropuertos, o los pasillos aéreos en que los aviones se dedican a dar vueltas a su altura de vuelo hasta que por fin pueden empezar el aterrizaje. Una hora con otros metido en una especie de carrusel, dando vueltas sobre Londres hasta que

por fin pone uno pie en Heathrow, eso también es condensación, calentamiento, conexión. Pero no tienen que ser forzosamente lugares de tráfico público. Lugares calientes hay dondequiera que pasa algo, que pasa mucho, que puede pasar mucho. En ese sentido son escenarios donde se cuece algo y se decide por adelantado lo que después se sancionará y legalizará en otros sitios, son protoespacios o incubadoras.

Empujar, ser empujado. Allí hay una cierta temperatura que surge dondequiera que se reúnen seres humanos en gran número, donde es necesario estar en tensión, coordinar los movimientos de manera que todo transcurra sin molestias ni apreturas. Como en la situación del transbordo: cuando hay una brusca caída de la tensión de la jornada, cuando la jornada laboral está cumplida, o también cuando uno se prepara a salir de la caverna resguardada de la vida privada a la jornada laboral, sometido a un tiempo general a que hay que plegarse. Ahí se pasa por la mañana temprano la primera conmoción del tiempo, se choca con el mundo en que ahora se está con otros, se entra en la órbita de que se vuelve a salir o a caerse por la tarde. En todo caso, un lugar de tensión creciente o menguante. Cada quien a su modo, que a su vez sin embargo también es el de muchos, tiene prisa o algo importante que hacer, y así surge una corriente en que no sólo se ve uno arrastrado, también arrastra con su impulso. Ahí todavía no se ha puesto uno del todo en marcha pero tampoco ha llegado. Ya no está del todo en casa pero tampoco fuera. En ese espacio intermedio cada quien lleva una existencia un poco anfibia. Día a día sobreviene ahí una salida al mundo, al mundo que no nos suelta y en que hemos de estar preparados para cualquier cosa. Ahí uno tiene la excitación aún por satisfacer, la expectativa de gozo en ciernes que aún podría merecer la pena, y esa fatiga que es peculiar felicidad del agotamiento: ese estado en que uno sabe que ya no le puede caer encima mucho más. Ahí salimos del espacio de tiempo individual, difuso, al espacio de tiempo público con su propio régimen. Tenemos que estar muy atentos para no tener ningún traspié: cuando arranca el vagón de repente, de repente el tiempo arranca a correr y tenemos que mantener el equilibrio, o bien cuando empiezan a frenarse y tenemos que prepararnos para bajar. No hay momento en todo el día en que nos encontremos a más seres humanos que en ese intermedio. Nunca vemos tantas caras ni nos miran tantos. Estaríamos perdidos si quisiéramos encontrarnos con ellos uno por uno, así es que nos desentendemos, desa-

rrollamos una indiferencia defensiva, ni siquiera percibimos para no tener que olvidar. Cada día pasamos por eso que Georg Simmel estableciera hace mucho en sus análisis de los estados de indiferencia y alerta en la vida urbana[327]. El entretanto es el reino del azar, y en secreto albergamos la esperanza de que nos toque, o nos preocupa que nos toque en el momento equivocado. Esos espacios son como llanuras que la caza recorre en apretada formación, como praderas en que cazadores y presas pueden tropezarse. Por un instante no tenemos responsabilidad alguna, sólo pasamos por allí. Por un instante estamos dispensados de todo vínculo y nos movemos en la gran corriente, nada más, donde todos los demás tampoco son sino partes de la misma. A cada momento empujando y empujados, entrando y saliendo. Es el lugar de la transacción, lugar entre conclusiones, y así, antes de lo serio. Espacio de expectativa, de decepción, de mirada que busca y se prende o se pierde, de acorazamiento ante el exceso de impresiones. Se cierra los ojos y se practica la paciencia hasta que pase el apretón. En esos espacios intermedios el aire está viciado, y cargado, pero también de tensión que surge de nuevo cada día. Seres humanos impermeables, no hay que tener sorpresas desagradables, pero en silencio también una muda disposición a dejarse ir a la aventura si se ofrece la ocasión. Esperanza de que ocurra algo inhabitual. En ese espacio de la rutina puede pasar de todo. Ahí rige la seducción de la anarquía y el escalofrío de que, ¡ay!, pudiera ir en serio.

Ese espacio vibrante se disuelve cuando la masa se ha esparcido en todas direcciones, la energía se ha distribuido, se ha llegado: a casa, al trabajo, a los lugares donde cada cual tiene su sitio, a que corresponde, donde todo adopta su curso ordenado y bien dispuesto. Aquí la energía se enfría hasta la temperatura promedio. Aquí trabajan las fuerzas sobrantes. Aquí todo encuentra su forma vinculante y llevadera. Si las ciudades modernas fueran sólo hormigueros y lugares de machaque ininterrumpido no tendrían un sistema que dirige y desvía las energías vitales, haciendo de la presión de los impulsos presión impulsora, y del éxtasis informe de vivir, empresas en debida forma. En el peor de los casos las ciudades son lugares donde desviar, derivar, fragmentar y hacer inocuas descomunales energías vitales; en el mejor, formas de acrecentarlas y cultivarlas. Por lo general tienen algo de las dos cosas. Merece la pena considerar las formas de vida urbana en común desde ese punto de vista, la domesticación del proceso de reproducción social. Donde se dan todas las grada-



Estación de metro de Gleisdreieck durante la huelga de marzo de 1920.

«Allí hay una cierta temperatura que surge dondequiera que se reúnen seres humanos en gran número, donde es necesario estar en tensión, coordinar los movimientos de manera que todo transcurra sin molestias ni apreturas.»

ciones: lucha por la supervivencia, domesticación de la vida, lucha por la vida, despliegue de la vida, una cultura de la vida desarrollada, destrucción y autodestrucción en formas fantaseadas. Fantasías y pesadillas urbanas.

En ese movimiento, o por ser más preciso, en esos movimientos se muestra la ciudad. Se excita, se retrae. Se concentra. Se deja ir. Vuelve en sí. Se desploma. La lírica urbana del expresionismo sólo recoge ese movimiento y lo exalta, pero no lo produce. Le viene dado. Se da sin la metáfora en que se crece. En ella gana una imagen de sí, es el lenguaje en que la ciudad habla de sí.

En un lugar caliente o no lugar sólo hay presencia. El no lugar es el lugar *in statu nascendi.* Energía fluyente, potencia antes de su cosificación, de su petrificación. Ahí la ciudad se reinventa día tras día, de un salto. Aún totalmente inacabada. Existe como barraca, tienda y quiosco. Como movimiento improvisado. El no lugar vive de calor, de energía, y deja de existir en el mismo momento en que la energía desaparece. Entonces el no lugar lo es literalmente: vacío, desierto, erial; acaso iluminado por un tubo de neón o adornado con un indicador. El no lugar se construye su entorno, y del entorno surge un conjunto. En el caso más afortunado la energía alimenta al nuevo conjunto, en el infortunado, la energía se retrae y deja un espacio vacío, un museo, un escenario que ha de ser «animado» con notable gasto para generar apariencia de vida. Allí donde una vez hubo zonas calientes se extiende hoy ciudad, terreno refrigerado que puede existir perfectamente sin impulso ni vibración. Son zonas enfriadas en que un impulso originario tomó forma. Ahí se ha cerrado un capítulo caliente de la historia, y ha empezado su conversión en cultura, en museo. Cultura es muerte de algo.

Zonas calientes. Las zonas históricamente calientes en que se prepara el tumulto y luego se retira son luego escenarios históricos de los que antes no sabíamos que alguna vez pudieran serlo. Caso clásico de transformación de periferia en centro, de no lugar en lugar, en escenario histórico. Las zonas calientes del siglo XX son conocidas: zonas en que chocaron las grandes potencias, fábricas en que la dialéctica de señor y siervo se volvió insufrible y cada vez más virulenta, zonas fronterizas en que se desplegaron ejércitos; campos convertidos en campos de batalla; campos en que se libran y se ganan batallas propagandísticas; campo de batalla, campos de carnicería; espacios de donde incesantemente se limpia, retira y transporta

seres humanos. Las fuerzas se miden en lugares que nos han marcado tanto como para convertirse en sinónimos de todo lo ocurrido: Verdún, Galitzia, Stalingrado. De un cruce de vías en la frontera de Galitzia con Silesia, de una insignificante *junction city* surge Auschwitz con sus subdepartamentos y subdivisiones del matar. Cuando la carnicería ha pasado, la mayoría de lugares históricos vuelven a hundirse en el papel de no lugares que sólo se merecen una estrella en las guías de viaje o una excursión de veteranos. Todos los lugares históricos del siglo XX están asociados más o menos con calentamiento: tempestades de acero, lucha callejera, entresaca, muerte. Tranquilamente puede tomarse en sentido literal lo de lugares calientes. Allí la vida una generación entera paró en nada, allí seres humanos fueron muertos y quemados por cientos de miles. ¿Por qué la historia de la guerra y el asesinato se mantiene tan en penumbra? Porque es difícil pensarse allí, en la sistemática carnicería de hombre por hombre, en la matanza, en el genocidio. Las estadísticas sí son factibles. Se ponen columnas de cifras donde propiamente se trata de seres humanos, se consigna lugar y día del tránsito, pero eso sólo es una fecha, no las condiciones de muerte de las que hay que saber algo más: implicados, lugar, procedimiento, curso de los acontecimientos, «cómo fue en realidad». «Auschwitz» ya es racionalización de procesos de muerte, símbolo, metáfora. Uno tiene que saber cómo se hizo para poder ir a lo que hay detrás, a que fue gente «como tú y como yo» quienes pudieron hacerlo. Campos de carnicería: uno tiene que saber cómo discurre una matanza para poder entender algo de la guerra. La guerra sólo es una fecha sin sentido, cuando en realidad es el más grande despliegue de fuerzas organizado de cuantos hace el género humano. Por eso uno no puede dejar de darle vueltas cuando se para a mirar cómo de los movimientos aislados de diez millones de hombres surge un movimiento coordinado, para tomar esta o aquella cabeza de puente, acaso sólo para hacerse dueños de ese trozo de costa o este puente. Uno puede revivir los lugares del calentamiento. Por ejemplo la revolución de Octubre. Tiene su sentido que sean las escenas de la película de Eisenstein las que dominen en nuestra imaginación. Aquí no se trata de un «proceso», sino de decisiones que se tomaron sobre el terreno y en un determinado punto del tiempo. Fueron precisas comunicaciones, y muchas cosas no habrían pasado si un tren no hubiera entrado en la estación de Finlandia. *Octubre* es una minuciosa reconstrucción de una situación caliente, de diez días que conmovieron al mundo, efectiva-

mente: diez días que no son mera fecha, sino núcleo interno de un acontecer en que todos los actores demuestran lo que pueden. Lo que no, se demostraría en una prolongada época posterior en que no sólo se necesitaba voluntad de lucha y decisión, sino respirar. O como 1933. La irrupción de los camaradas en el espacio parlamentario. Las escenas de angustia, de valor, en que está anticipado todo lo demás. O el campo de batalla como escenario. Uno tendría que partir de nuevo del campo concreto de una batalla para analizar y comprender la situación originaria. Aunque la guerra fue la experiencia dominante del siglo XX, no está presente en la conciencia a tal título. ¿Por qué, en realidad? Miedo al lugar de los hechos, a ser desbordado por él; eso se deja a poetas y autores de memorias. O como la fábrica, campo de batalla del trabajo, lugar del sacrificio de las fuerzas vitales. ¿Qué es una fábrica cuando se percibe como lugar de vida y no como ilustración de la industrialización, la lucha de clases, la urbanización o la emigración? Cabe conjeturar que el estudio de un solo núcleo caliente –una ciudad como Lodz, una fábrica como la de Ludwig Geyer– arrojaría más luz sobre la «industrialización» que todos los análisis de clase.

Tierra quemada, devastaciones. Donde el movimiento se ha disparado, donde se ha pasado de revoluciones, lo ha quemado y destruido todo. Por todas partes en Europa conocemos zonas de tierra quemada y de seres humanos quemados. Ahí han desaparecido ciudades enteras, se reconoce en que todo es nuevo. Ahí han desaparecido poblaciones enteras, se reconoce en las lindas fachadas restauradas tras las que no vive ninguno de quienes una vez vivieran. Ahí han desaparecido paisajes enteros. Se reconoce en que hay que contemplarlos en el Museo o en la literatura. Aun tiempos de paz pueden dejar tras de sí imágenes como de guerra. Watts, Detroit, Soweto, Gaza. Los centros de las ciudades estadounidenses –Detroit, el Bronx– ofrecieron durante un tiempo un aspecto grandioso de tan espantoso; paisajes lunares en el interior del mundo civilizado. Le recuerdan a uno las devastaciones y la depresión que siguió a la guerra de los Treinta Años[328].

Zonas, temperado. El logro propio del siglo XX en Europa: domeñar la guerra de todos contra todos. Distancia construida. Bienestar, individualidad. La guerra candente de todos contra todos, refrigerada. Podemos estudiar en vivo la historia europea de progreso y destrucción. El bloque de

viviendas, la casa de alquiler, el distrito residencial son la expresión consumada de una época burguesa que ha llegado a su fin. Cada cual ha encontrado su sitio, cada cual tiene techo, ha encontrado sus cuatro paredes, la individualización ha concluido. Eso es lo moderno sin peros y sin condicionales. La era burguesa es la era de guardar las distancias, del distanciamiento ordenado y general. Nuestras ciudades lo ofrecen de todas clases y precios: mansión rehabilitada, villa, palacete, *gated community*, bloque prefabricado de pisos, adosado, colonias en el extrarradio, urbanizaciones o casa de acogida para sin techo. Cada perturbación se deja sentir en la cancelación y supresión de las distancias: luego uno pasa a vivir de repente, a veces una vida entera, en campos provisionales de refugiados, con otros muchos en un mismo espacio. Se compra distancia y distanciamiento. Aunque se trate sólo de un espacio como una caja de zapatos, de una generalizada conversión de las viviendas en contenedores, lo decisivo es la distancia. En los terremotos sociales, a veces también en catástrofes naturales, como inundaciones, terremotos o incendios, se derrumba. Hasta hoy no hay forma de vida alguna que haya ido más lejos; y aun así, en conjunto los fundadores de ciudades siempre se han ido más lejos: a El Cairo, México, Lagos, Bangkok.

Capitalismo es el último de los nombres para calentamiento y enfriamiento. Caliente y frío, algo que tiene muchos nombres, nombres históricos para carreras fulgurantes e inimaginables pujanzas. Algo que ha puesto en movimiento a ciudades y hombres, lanzados a la gran migración. Que ha destruido el espacio antiguo y producido uno nuevo. Que deprecia, detiene y convierte en periferia. Que desecha a ciudades enteras y las echa de la carrera.

Observación a modo de conclusión: la contraposición de lugar y no lugar es esquemática, estatuaria. Mejor fuera hacerla fluida, que quiere decir histórica. Todo lugar fue alguna vez no lugar, todo lugar puede llegar a ser no lugar. Trabajo histórico con lugares quiere decir hacer presente el pasado en coordenadas espaciales. Cuando hablamos de historia universal [*Weltgeschichte*, del mundo] tenemos la vista puesta en el globo del mundo; cuando hablamos de historia intelectual, también nos figuramos el espacio en que se producen y difunden ideas. Hacer histórico significa hacer fluido algo atascado, coagulado. Los mundos construidos son resultados con una larga prehistoria, casi siempre oculta. Toda forma fija ha salido de trabajo vivo. Lo que está paralizado latió una vez. La capaci-

dad de la imaginación histórica se mostraría en hacer fluido lo fijado. Todo aquello en que nos apoyamos al hablar de modernidad, Estado o mundo tiene una génesis, fue una vez vida, movimiento: almacenes, fábricas, instituciones, administraciones, los recintos del poder, los palacios de la cultura, los raíles y las autopistas, los malecones de los puertos: productos de trabajo vivo. Cosificaciones, objetivaciones. Si miramos con detenimiento reconocemos en las construcciones de Pittsburgh y Chicago la objetivación del trabajo vivo de generaciones de inmigrantes. Dondequiera que nos movamos, nos rodean siempre coágulos de trabajo vivo. Cuando hablamos de muros o edificios hablamos en verdad de seres humanos. Cuando de ornamentos, siempre de fantasías o imágenes oníricas que allí cifraron seres humanos. Comprender algo quiere decir volver a hacerlo fluido, retrotraer en el pensamiento una forma fija al trance de su nacimiento. L. A. White lo formuló así: «*Culture is the organization of things in motion, a process of energy transformation*»[329]. Todo empieza a centellear ante los ojos. La ciudad empieza a bailar. El mar de casas se disuelve en movimiento. Estamos allí donde toda historia empieza.

Leer ciudades, leer planos

En un primer momento el ojo capitula ante la gran ciudad. Demasiado grande, no se abarca. Al momento se presenta una serie de metáforas naturales: «mar de casas», montaña, «jungla», o aun «la Gran Pradera»: así Benjamin sobre Moscú, «gran pradera de la Arquitectura»[330]. Casi siempre, vocabulario de lo sublime que expresa distancia, del hechizar y el cautivar. Mirar al mar de edificios de Manhattan, asomarse a las gargantas de las calles parece ser la forma en que se las arreglan los humanos con la magnitud de una impresión arrolladora. La literatura está llena de metáforas naturales al describir la ciudad. Una de las más hermosas es la de Alfred Döblin en *Berlin Alexanderplatz*, «bancos de coral»: «Las ciudades son hábitat y territorio principal de la especie humana. Son corales del ser colectivo hombre. ¿Tiene algún sentido contraponer ciudad y campo? Puede encontrársele a las ciudades algo de peligroso y débil, puede tomarse partido en el conflicto de impulsos que en ellas operan. Pero no se puede rechazar o valorar siquiera a la ciudad misma, foco del impulso social»[331]. La ciudad, banco coralino o arrecife que crece o mengua, que obedece a leyes y períodos de crecimiento distintos de los que se negocian y establecen en luchas de partidos. La imagen del banco de coral engloba ambas cosas: crecimiento celular, molecular, y petrificación, sedimentación, transformación de «sociedad» en «naturaleza».

Encontrarse con una ciudad cualquiera es siempre como leer hacia atrás formas petrificadas. Sabemos que es un banco de coral, que tiene una historia, que ahora parece paralizado, petrificado, que se hubiera borrado de él la vida, pero en el que incluso así se echa de ver aún su función. De ahí que junto a metáforas naturales y la retórica de lo sublime haya otra del todo distinta que apunta precisamente a la racionalidad de esas formaciones y se pone a leerla en ellas. Wilhelm Heinrich Riehl, pongamos por caso, mira «el plano de la ciudad como esquema fundamental de la sociedad», ante todo con el ejemplo de Augsburgo. En la apariencia externa de la ciudad se hace patente su articulación social crecida históricamente.

Adopta el aspecto de una concordancia de figuras, la socialgeográfica y la topográfico-paisajística. La ciudad es entonces «reflejo de su armazón social»[332]. Esa secreta racionalidad del paisaje urbano, a la que puede dar voz cualquiera que se acerque a ella con medianos conocimientos, reaparece en mil variaciones a través de las épocas desde Tales de Mileto a Max Weber, desde Aristóteles a Lewis Mumford. Ahí se expresa un conocimiento profundo, que no deja de ser verdadero porque pueda trivializarse como cualquier otra cosa. La ciudad es justamente «la» *social fabric*; o por hablar como Hegel, «riqueza y variedad de intereses, situaciones, caracteres, situaciones vitales, amplio telón de fondo de un mundo total»[333].

De los muchos intentos por fijar ese conjunto, conjurarlo y traerlo a la palabra, el más plausible y popular junto a la descripción es el mapa. Ahí aparecen consignadas sus relaciones topográficas, posición, altura, montaña y valle, río, nombres de calles y plazas, los edificios más importantes. Uno puede hacerse una imagen de dónde están los principales monumentos, dónde centro y periferia, por dónde discurre el tráfico. Mirado con más detenimiento se muestra mucho relacionado con la división del trabajo: la esfera de producción separada de la esfera de reproducción y esparcimiento, los ámbitos educativos y formativos apartados de los lugares de administración y finanzas. Nos figuramos unas formas fundamentales: plaza del mercado, calle mayor, ciudadela antigua, templo o iglesia, la estación, puerta al mundo exterior, un palacio hace mucho museo, una sala de conciertos, edificios escolares, tribunal y cárcel. Poco a poco se compone cuanto constituye a la ciudad en «organismo social» o «cristalización de la civilización» (N. Anziferov)[334].

Pero eso es un conocimiento muy general, demasiado tosco, podría decirse incluso de libro escolar. Quien se procura un plano ya constata enseguida que hay tantas ciudades como planos, es decir, como perspectivas de la ciudad. Esto vale de cualquier ciudad europea «normal», de la que una guía de restaurantes dibuja un mapa totalmente distinto que la de museos, y las páginas amarillas, aun otra diferente; pero sobre todo rige plenamente para esas metrópolis mezcladas de Europa que constituyeran su riqueza antaño y en parte hasta hoy. De las metrópolis multiétnicas de los imperios multiétnicos hay tantos planos como pueblos, comunidades religiosas o lingüísticas haya habido o haya en ellos. Para empezar, idéntico lugar circula bajo distintas denominaciones: Vilna en Lituania es a la vez Wilna, Wilno, Vilne. Lemberg es a la vez Leopolis, Lwów, Lviv; Tallin es

Reval, y Oradea, Grosswardein o Nagyavarad[335]. Y no se trata sólo de un embrollo nominalista. Cada nombre figura un segmento diferente, otra cultura, otra lengua, otra tradición, y de todos juntos y un poco más resulta la ciudad de que se habla. Con ellos se designan diferentes cursos vitales, diferentes procedencias, diferentes calles y zonas de residencia, escuelas y «lugares de culto». Familiarizarse con esa pluralidad de estratos, con esa multiplicidad de perspectivas, ejercitarse en ellas, se cuenta entre los mayores alicientes de los preparativos de un viaje. Cuantos más mapas, mejor. Y de cuantas más épocas, también, más exacta será la imagen que nos hagamos. En una ciudad tan relativamente homogénea como el Estocolmo del *Fin de siècle* ha mostrado Allan Pred la imposibilidad de una narrativa unitaria. «No puede darse la gran historia única, la gran geografía humana única de cuyo relato resulte la apropiada metanarrativa. Por medio de la participación en una multiplicidad de prácticas y relaciones de poder a ellas asociadas, por medio de su participación en una multiplicidad de procesos de estructuración, los seres humanos hacen una multiplicidad de historias y construyen una pluralidad de geografías humanas»[336].

Saber de las ciudades no significa meramente informarse, sino producir complejidad en la cabeza, generar conocimiento acerca de intermedios, *training* de los sentidos para lo indirecto e implícito, para aquello que lo consabido deja en la sombra. Todos los libros del mundo no bastan para exponer lo implícito. De ahí que los verdaderos planos de ciudad sean aquellos provistos de un sinfín de rótulos y notas al pie. Tales acotaciones surgen de lecturas mucho antes de que vayamos allí: relaciones de viajeros, ni que decir tiene, memorias de todos los colores, informes de deportación, actas judiciales, fotos descoloridas, anotaciones de agendas, anuncios por palabras de periódicos hace mucho desaparecidos, acaso también relatos de supervivientes. Y literatura, gran literatura, pequeña literatura, la novela social y urbana de los siglos XIX y XX sin la que no entenderíamos nada, así tuviéramos la colección de planos más extensa y mejor del mundo[337].

Lo más importante es empezar por encontrar un punto desde el que podamos seguir el rastro. Luego lo uno lleva a lo otro. Cualquiera que se tome en serio un rastro acaba alcanzando su meta. Y a menudo el extravío, el rodeo, es el camino más fructífero[338]. Tan pronto hemos llegado, es la ciudad quien coge las riendas, sólo con que estemos suficientemente atentos. La cosa no va por orden, y no digamos ya por épocas y siglos. La ciu-

dad, precisamente, no es sucesión ordenada sino enmarañada yuxtaposición de los tiempos. De ahí surge la tensión de cuya disolución se sigue el camino. Uno de los autores que Benjamin sacara a la luz en su escombrera lo vio con la mayor finura y precisión: «De modo que los elementos de época más heterogéneos se encuentran adyacentes en la ciudad. Cuando sale de una casa del siglo XVIII para entrar en otra del XVI uno se lanza por una pendiente temporal; justo al lado hay una iglesia gótica, cae en las profundidades; a dos pasos de allí hay una calle de los tiempos de la unificación [guillermina]... uno sube por la montaña de los tiempos. Quien se anda una ciudad se siente como en el tejido de un sueño, donde también se agrega a un suceso de hoy mismo lo más remoto. Una casa junto a otra, da igual de qué estrato temporal daten, y surge una calle. Y aunque sea de la época de Goethe, al desembocar en otra, aunque sea de la guillermina, surge la manzana... el punto culminante de la ciudad son sus plazas, donde no sólo desembocan radialmente muchas calles sino también corrientes históricas. Y apenas desembocadas quedan comprendidas, entre riberas que son los bordes de la plaza, de suerte que ya su forma externa da parte de la historia que en ella se desarrolla... en las ciudades se despliega mucho que se expresa poco o nada en los acontecimientos políticos, con todo su peso de piedra son instrumentos afinadísimos, sensibles como arpa de Eolo a las vibraciones vivas en los aires de la historia»[339]. ¡La ciudad de piedra es aquí el testimonio más vivo de toda «vibración histórica»!

Imagen diferente es la ciudad vista en planta. Donde toda vida histórica aparece condensada, objetivada, petrificada en documento fehaciente: la antigua disposición del burgo, su transformación en palacio barroco tardío, la ciudad vieja, en absoluto dispuesta «orgánicamente» sino «planeada» de punta a cabo sobre el patrón de un tablero de ajedrez, plaza mayor, plaza del mercado con edificios principales, ayuntamiento, hermandad, casa de los gremios, botica, báscula, pañería y demás; en ciudades portuarias, aduana, almacén, faro, lonja, y demás; incluso los cortafuegos que abrió la guerra, los descampados que ha dejado tras de sí la modernidad de posguerra con sus furores demoledores, las remodelaciones en urbanizaciones pensadas y accesibles para coches por todas partes y a toda hora: no hay documento más preciso que un plano con sólo esforzarse en leerlo. Y en particular en Alemania, donde guerra y posguerra arrasaron tan de plano, la planta de la ciudad se ha convertido casi en un *mene-tekel* grabado en la tierra, en bíblica admonición por la pérdida de memoria y exhortación a recuperarla; que mirado con más detenimiento es una exageración, naturalmente, pues no es la planta del lugar sino memorias humanas lo que ha de ser recordado. Y aun así, algo hay en ese énfasis con que se habla de los «planos negros» de Berlín, tras tanta destrucción y autodestrucción. «La planta de la ciudad es su memoria. De todos modos, para hacer visible su fisonomía se precisa un análisis específico y un particular método de dibujo, el llamado "plano negro". Que sólo conoce dos categorías de superficies, construida o no construida, señala en negro las construidas y deja las otras en blanco, sin atender a más diferencias arquitectónicas ni tipográficas. Esos planos se dibujaron por vez primera para el centro histórico de Berlín... así como las letras forman palabras y frases, de los edificios sueltos surge la textura de la ciudad. En el Berlín de postguerra está sobreescrita muchas veces, en particular en el centro. Cambios sociales y nuevos objetivos políticos no se dieron por contentos con corregir el texto preexistente, exigieron algo radicalmente diferente, una ruptura con la historia. El proceso de extinción y transformación de una ciudad crecida históricamente y los cambios de su fisonomía se documentaron en cinco cortes temporales, Berlín en torno a 1940, 1953, 1989 y 2000; el plano de 2010 anticipa cómo podría cambiar la estructura de la ciudad en los próximos años. Mediante los planos negros alzados del centro de Berlín en conjunto puede leerse mejor que nunca la historia de la arquitectura y la construcción berlinesas, y con ello un fragmento importante de la historia alemana.

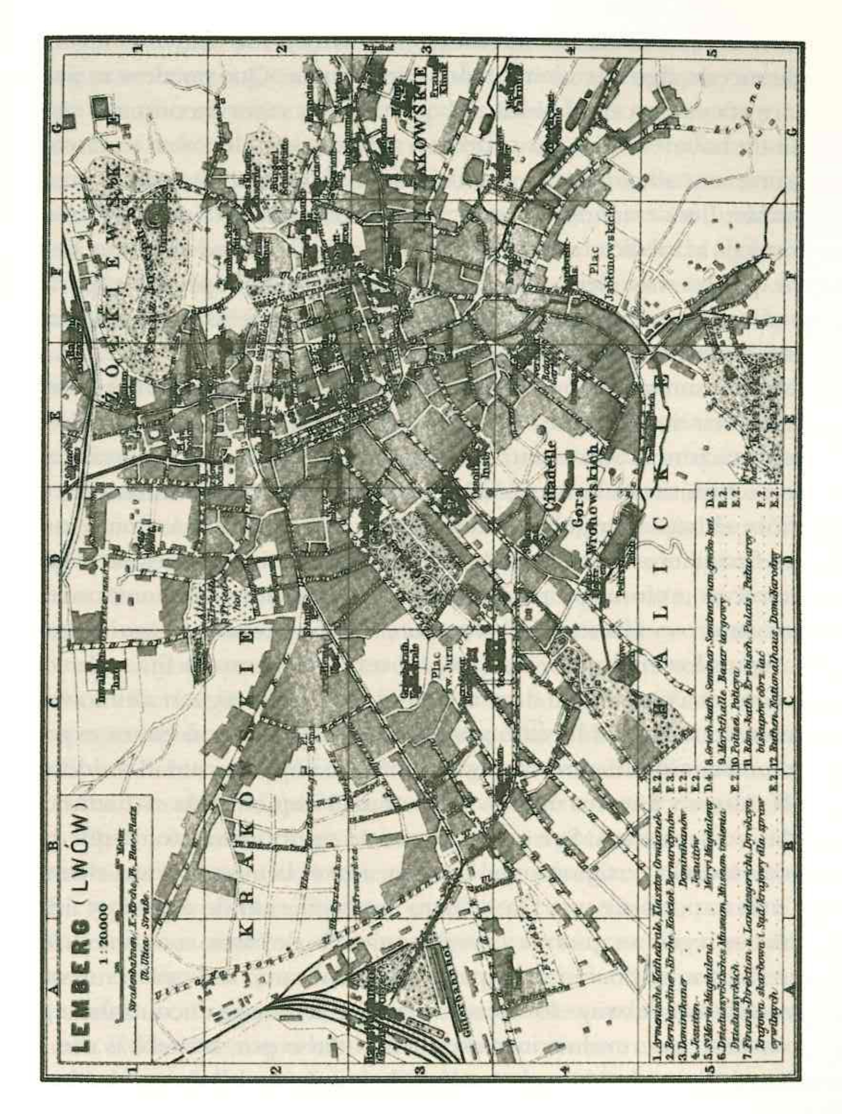
»La textura de una ciudad refleja una suma de lugares complementarios que se yuxtaponen, superponen o encadenan. Cada lugar tiene su característica propia, sin pretensión alguna de inmutabilidad. De ahí que pueda leerse la ciudad como *collage* en que las formas de construcción ponen de manifiesto posturas urbanísticas, crítica social y modos de trato con la historia»[340].

Otra imagen aún es «el rostro de la ciudad», que conlleva la entrada en escena de la fisionomía. Por problemático que sea trasponer caracteres individuales a una gran colectividad, está claro qué se quiere decir al hablar del «rostro de la ciudad»: en lenguaje moderno diríamos hoy «iconografía» o «código cultural». Hermann Aubin trató de ilustrarlo tomando como ejemplo la ciudad de Breslau: «No sólo los seres humanos, también las ciudades tienen un rostro que refleja su modo de ser, su individualidad. Y como la ascendencia en los humanos, la situación natural configura en las

ciudades el carácter fundamental de sus rostros. Como a ellos cuanto viven y pasan, a éstas su historia les marca rasgos nuevos y peculiares en sus rostros. Hay tipos fisionómicos marcados por el oficio en los humanos, y también formas básicas de ciudad troqueladas por su oficio histórico. Sin salir de Alemania, tales son la ciudad romana que prolonga a una predecesora más antigua; la ciudad episcopal, cuyo núcleo inicial lo constituye una congregación de vida espiritual que modela luego el modo de ser de la población; la corte principesca, que a menudo ha evolucionado hasta convertirse en gran centro administrativo, o la ciudad expresamente industrial y empresarial que contrasta con la preponderantemente comercial, a su vez de traza diferente según se encuentre junto al mar, a una vía navegable, o simplemente en el interior»[341].

Si se mira bien, hablar de leer ciudades es metáfora ciertamente hermosa pero poco atinada: las ciudades son documentos *sui generis*, no textos. Eso lo nota cualquiera que se ponga con uno de tales documentos. Uno no lee ciudades, no son libros que tenga delante, que pueda hojear y mirar por encima. Leer ciudades tiene más bien algo de medir fuerzas, de duelo. ¿Satisfará uno sus demandas? ¿Aguantará firme? ¿Quién dejará rendido al otro? Se acaba por agotamiento: a ver quién aguanta más. No sin argucias, las ciudades pueden engañarle a uno a primera vista, y aun a segunda. Leer ciudades: peripecias, incursiones de reconocimiento sin garantía. Después uno está reventado, y vivo como tras un gran descubrimiento liberador, sin consignar en parte alguna e inadvertido hasta entonces. La clásica situación de descubrimiento. En cada situación ve uno algo distinto. Agotamiento y resignación son una buena situación para descubrir. En cualquier caso leer ciudades no es leer libros, ni dar vueltas por ellas.

Uno puede llevarse sorpresas. Las fachadas ya son de suyo sumamente reveladoras, tienen su propia profundidad. Pero qué no podrá ocurrir si pasamos a los patios, al segundo plano. Las ciudades tienen profundidad. Como no se corra el riesgo de perderse en ellas no se alcanza a ver nada. Aquí la cosa no gira en torno al antiguo juego de ser y parecer, sino a la hondura del ser, a penetrar en la ciudad que empieza en la fachada, ésa a la que llevan las escaleras, la de los patios y no sólo traseros, la de rótulos y placas, instituciones y relaciones humanas, la que es forma en disolución, la de los tranvías que no llevan a ningún lugar ilustre, sólo a la ciudad viva, en variedad infinita e inconcebible. De ahí que sea regla importante dejarse estar, esperar a que algo pase, a que se abra algún abismo de des-



Mapa de Lemberg, 1898.

«Leer ciudades va contra toda economía del tiempo. Uno debería conocer la medida: cuando se está demasiado cansado hay que dejarlo.»

cubrimiento, estallen los contrastes, se borren los rastros o terminen, donde suceda algo que ni en sueños pensábamos. Que puede ser: una villa modernista en una zona industrial que debe su supervivencia a la circunstancia de haber sido reconvertida en subestación eléctrica; un ascensor, una cervecera abandonada, una colonia de hotelitos. Todo costoso, nada calculable. Leer ciudades va contra toda economía del tiempo. Uno debería conocer la medida: cuando se está demasiado cansado hay que dejarlo. El ojo que ha visto demasiado está cansado. Resbala por las superficies, pues sólo una mirada animada, fresca y penetrante es fuerte. Es preciso sentir la resistencia de las superficies.

Cuando uno superpone varios planos de la misma ciudad tiene delante por así decir sus diferentes estratos temporales, o por ser preciso, sus representaciones. Son como abreviaturas espaciales y cartográficas del «proceso histórico». Todo está ahí: las largas fases de acumulación y construcción; el barrio surgido en la fiebre de la especulación, donde no hay límites financieros o estéticos de ningún tipo; las largas fases de decadencia, retroceso, reformas y reconstrucciones, y los breves momentos en que barrios enteros y fábricas de las mayores proporciones se convirtieron en unos segundos en gigantescas escombreras. El plano lo fija todo: cómo era, cómo es, cómo habrá de ser. Consigna ejes que siguen siendo visibles aun cuando la ciudad ha sido gravemente herida. Como en un expositor aparecen reunidos lugares y monumentos con que la ciudad se identifica ante sí misma y ante los demás. Son como el esqueleto, la estructura ósea que define la estatura. Son como signos de reconocimiento de que la ciudad, con todo lo vertiginoso del cambio, aún es la misma, acaso el «marcador» más importante que fija nuestro conocimiento de espacio y tiempo. Los planos registran guerras y revoluciones. Se derriban monumentos y se erigen nuevos, se borran inscripciones y se labran o se funden nuevas. La nueva sociedad destruye los espacios en que la vieja se encontraba a gusto o en su sitio. Las revoluciones no pueden darse por satisfechas con reinterpretaciones y reconversiones, con hacer de una Bolsa un salón para bodas y banquetes o de un palacio nobiliario un instituto para el desarrollo de nuevas variedades de cereales; necesitan espacios nuevos, adecuados a ella, a su medida, en que sea ella la que se encuentre a sus anchas. Plazas en que el pueblo pueda congregarse o desfilar. Las ciudades nuevas no se contentan por lo general con mantener en funcionamiento a las antiguas, son intervenciones en el organismo total. Se trata de reevaluar los lugares,

de centro y margen, de derribar jerarquías y establecerlas nuevas. Los nuevos tiempos entran con exceso de símbolos. No tienen tiempo y son impacientes. Lo quieren todo a la vez, aunque haya de ser en cartón y no en bronce ni en mármol, con tal que no quede vacío el puesto vacante en el pedestal. No hay poder tan riguroso redefiniendo como la revolución. No hay esquina o plazuela que se le escape. Y no hay época más fundamentalista a la hora de eliminar huellas que la siguiente a la caída de algún imperio de mil años. Hacer limpieza se convierte por un momento en acción capital y de Estado. Ejércitos enteros de barrenderos y fregonas se ponen en marcha para arrancar ornamentos y derribar águilas de alas desplegadas de los frontones de edificios gigantescos. En el comercio de objetos de devoción no tardan en subir los precios de algunos que hace nada aún había para dar y regalar. Derrumbamientos y revoluciones dejan tras de sí montañas de escombro y basura, pues hay que vaciar una época entera: placas con nombres de calle que ya no son oportunos, mapas de ciudades o países con fronteras en adelante erróneas, montañas de libros con los nombres de autores retirados de la circulación que ya no son un buen partido. Derrumbamiento histórico y basura, revolucionarios y anticuarios: sería un gran tema para entender la apropiación de la historia, la formación de tradición, cómo se funda y protege la continuidad. Y no sería menos espectacular que todas las acciones visibles: la voladura de edificios simbólicos y dominantes allí donde se llega a un cambio de poder, la Bastilla en París, la catedral de Cristo Redentor en Moscú, el Palacio de Berlín y otros. Operaciones quirúrgicas, intervenciones precisas contra instituciones centrales de una autocomprensión cultural forman parte desde siempre del repertorio de la aniquilación: bibliotecas, archivos, palacios, universidades. Así quedan luego en los mapas los contornos de algo que una vez fuera. De algunas épocas sólo han quedado ciudades espectrales, sombras, contornos, fragmentos a los que uno ha de añadir mentalmente el conjunto. Todos los mapas lo son del desvanecimiento, al menos todos los de territorios de desolación y aniquilación en la región histórica centroeuropea y europea oriental. Eso rige en general, es obvio; pero sólo allí donde los cambios se han sucedido en segundos históricos, a ritmo de guerra relámpago, donde regiones enteras pudieron clasificarse como «tierra quemada», sólo allí se dejan ver como violenta cesura, corte, canto, herida, *void* a que ninguna explicación alcanza. Así se cartografían zonas catastróficas.

Los planos urbanos que conservan espacios borrados y épocas caídas

del tiempo, esos mapas de escenarios de la catástrofe europea se vuelven en manos de la posteridad medios de evocación. Son recursos con que nos ayudamos para situarnos en un mundo que fue arrancado de sus goznes y en que apenas ha quedado piedra sobre piedra. Se convierten en boletos de entrada a espacios virtuales extintos, a libretas de notas de una búsqueda de pistas en que todo se ha perdido y no obstante algo ha quedado. Nos conducen a las ciudades imaginarias, invisibles. El trabajo de la historia lleva a cabo en ellas un trabajo de evocación. Al prestar su voz a los muertos, que ya no pueden hablar, los despierta a la vida por un instante, por un instante hace de ciudades muertas escenarios históricos, lugares de historia viva.

Edificios, plantas: «Hotel Lux», la «Casa junto al Moscova» y otros

«Casa» es unidad cumplidamente pequeña. Se halla en algún punto entre los grandes espacios, calle, barrio, ciudad, paisaje, y las unidades menores, piso, habitación, rincones, interiores. En torno a la casa crece en círculos culturales toda una filosofía del habitar, del tener o no tener casa, del ser con techo o sin techo. La casa es nuestro lugar, nuestra patria chica metafísica. La casa, el *oikós*, es algo así como un centro en el círculo vital de un ser humano. En él se refleja la mayor parte de nuestra vida, da igual que seamos partidarios de hacer gran historia, política y de Estados, o pequeña historia de lo cotidiano, o que por casa entendamos un hogar fijo, una fortaleza, una celda o un hotel. Con certeza es el círculo más firme, cercano y denso de los que rodean nuestra vida. El mayor número de dramas y los que más hondo nos tocan, los que son nuestros, propios, personales, no se desarrollan en espacios públicos ni en la arena de la lucha política, sino en el mundo que por lo general circunscriben cuatro paredes. No hace falta una fantasía demasiado grande para hacer de la casa *el* escenario en que se anuda todo cuanto es esencial a una vida. Constantin Paustovski ha señalado a nuestra atención esa circunstancia que a menudo se pasa por alto. En sus memorias escribe: «Muchas veces, la historia de las casas es más interesante que la vida de un ser humano. Las casas les sobreviven y a menudo son testigos de varias generaciones. Salvo unos pocos que se ocupan específicamente de historia local, nadie se toma el esfuerzo de husmear el pasado de una casa vieja, y a menudo se les mira despectivamente y se les tiene por pobres excéntricos, aunque al obrar así reúnen los minúsculos vestigios de nuestra historia, nuestra tradición, y despiertan en nosotros el amor por nuestra tierra. Estoy convencido de que si alguien contara la historia de una casa cualquiera, siguiera la vida de sus habitantes, indagara en sus caracteres y describiera los acontecimientos desarrollados en la casa, surgiría una novela social acaso más importante que las novelas de Balzac»[342].

Y hay tales casas, o configuraciones de casas. De algunas conocemos la historia con precisión, mucha precisión: hasta los rincones más sucios de

las escaleras, el estado de los sanitarios o del recubrimiento del tejado. Algunas se encuentran muy arriba en las listas de edificios a proteger y salvar para el recuerdo. Su historia está por contar. Estamos hablando sólo de edificios profanos que merced a un encadenamiento de circunstancias han desempeñado algún papel notable, no de aquellos que ya lo fueron por su función y en torno a los cuales giraba la atención de sus contemporáneos. Por lo general éstos son edificios de socialización y reclusión, de martirio y disciplina, que impusieron a sus moradores temporales, caso de sobrevivir, la obligación de dar noticia de ellos: precisa, con todos sus detalles, irrefutable. Tales son cárceles, celdas, calabozos de tortura, refugios antiaéreos, barracones de campos, escondrijos. Pero también lugares donde pasarse metido toda la vida: una fábrica, una oficina. Ellos son la materia de que ha tejido trasfondos y ambientes la literatura de los siglos XIX y XX. A diferencia de la literatura, los historiadores han aprovechado poco la casa en cuanto célula primigenia de la historiografía. Hay historias de notables casas solariegas, estaciones de ferrocarril, bancos o palacios. Pero a menudo son historias arquitectónicas, análisis de historia del arte, y rara vez es hilo conductor la compleja historia del lugar[343]. Ello no radica tanto en enojosos problemas de fuentes documentales como en el hecho de que la casa rinde muy poco a la hora de hacer gran historia, y la historia de lo cotidiano por su parte, con su culto a la gente corriente, se cierra en banda a toda intromisión de la «gran política», privándose así de la dimensión épica de esos escenarios minúsculos. Cuando es patente sin embargo que «historias de casas» pueden llegar a ser puntos de partida de una historia universal microscópicamente densa. A título de ejemplo pueden servir el «Hotel Lux» y la «casa junto al Moscova», ambos en Moscú.

Su biógrafa Ruth Mayenburg describe así al Hotel Lux: «El edificio, grande, imponente, estatal, se halla en la calle Gorki de Moscú, y lleva el número 10. Se extiende seis plantas a lo alto y catorce pasos a lo largo en la fachada, que doblando la esquina son trece en una calle lateral, la *úlitsa Nemirovitscha-Dantschenko.* En el plano de Moscú figura como hotel. Quien tire desde la Plaza Roja a mano derecha hacia la plaza Puschkin no puede dejar de verlo. Hay dos columnas grises macizas firmes ante el portal techado al que llevan tres peldaños bajos. En la esquina sigue estando el restaurante, y dentro, justo junto a la entrada, la gran panadería que abre hasta bien entrada la noche sigue atrayendo clientela»[344]. De entonces a esta parte ha cambiado algo: la modernización ha transformado el edificio

hasta lo irreconocible, y uno tiene que ir a otros sitios a leer todo lo que pasó con esa casa: primero «Hotel Franziya» de Filippov, luego «Hotel Lux», y más tarde aún «Hotel Zentralnaya». Aquí nos importa que el «Hotel Lux» fue entre diez y veinte años alojamiento principal en Moscú de la Internacional Comunista. Todo cuanto tuviera algún nombre y rango en el comunismo internacional paró aquí en algún momento. Su libro de huéspedes es una especie de «Quién es quién» del movimiento comunista mundial: Ernst Fischer, Ruth Fischer, Klement Gottwald, Edwin Hörnle, Ho Chi Min, Stanislav Hubermann, Béla Kun, Arthur London, Karl Maron, Imre Nagy, Anna Pauker, Karl Radek, Matyas Rákosi, Ernst Thälmann, Josip Broz Tito, Palmiro Togliatti, Chu En Lai, Herbert Wehner y muchos otros. ¿Tiene algún alcance para la historia y la historiografía del comunismo mundial el hecho de una tal concentración espacial de la dirección del comunismo mundial en un mismo edificio? De no ser así, podría uno apuntarlo simplemente como peripecia argumental que no debemos agradecer a guionista alguno sino a la historia misma. Las relaciones espaciales se corresponden exactamente con las relaciones vitales de la comunidad del Komintern. El «Lux» daba cuerpo a la dirección del Komintern en el extranjero. Quien quiera hacerse una imagen de la misma tiene que seguirla hasta el «Lux»: allí pasó todo en el más limitado espacio, un microcosmos del comunismo mundial: esa mezcla de privilegio y arresto domiciliario, conjura y comunidad forzosa, intimidad de camaradas y olor de cocina, amoríos e intrigas, la atmósfera de sospecha general y antiguas rencillas de facción, de dependencia y miedo, y la angustia imposible de desarraigar, la combinación de comunidad de lucha y denuncia. No es lo mismo que unos cuadros dirigentes que a poco serán denunciados se reúnan en un espacio pequeño o que estén ampliamente esparcidos por la ciudad o el país. Los candidatos a la muerte vivían en un mismo pasillo de hotel pintado de verde. Cada habitación, por ejemplo la 271 de Ernst Fischer y Ruth Mayenburg, estaba reservada a una sección del Komintern. «Puede que hoy estén los polacos, mañana, los alemanes.» Desde detrás de las puertas es fácil oír lo que hablan las gentes del Komintern. Los reproches que se les hagan se comentarán por la noche junto al hornillo del fondo del pasillo o en reuniones en común. Nada más llegar al Lux, Ruth Mayenburg pregunta: «"¿Escuchan por las paredes?" "No, sólo desde el pasillo". Yo me propuse poner una cortina para aislar más la habitación del vestíbulo. Y de hecho lo hice más adelante: era una tela

pesada, turcomana, que protegía de oidores en la puerta y a la vez el sueño ligero de Ernst [Fischer-K. S.]. El trabajo clandestino en territorio enemigo me había traído la costumbre de ésas y otras medidas de precaución. Cada vez que llegaba a un sitio nuevo, que ocupaba una habitación extraña, lo primero que hacía era inspeccionar los alrededores como hacen los gatos, y luego empezar a hacer rondas cada vez más amplias por el futuro territorio en que había de vivir»[345]. A uno le preparan una habitación: eso puede querer decir encarcelamiento, ser enviado para saltar en paracaídas tras las líneas enemigas, o entrar en la clandestinidad en alguna parte del mundo. Es posible saludarse por los pasillos sin que nadie sepa el nombre real de su interlocutor. Relaciones de vecindad un poco más cordiales entre habitaciones pueden dar pie ahora a toda clase de sospechas. La depuración del comunismo internacional va puerta por puerta. Por los pasillos del «Lux» marchan a su final las biografías de los revolucionarios. En la guardería del «Lux» crece el número de huérfanos. En los años noventa el Lux-Zentralnaya acabó haciéndose accesible a huéspedes corrientes. Se montó un buffet corriente en el primer piso, pero desde allí se podía echar un vistazo a los pasillos que se extendían por las dos alas. Estaban en marcha trabajos de reforma. Las puertas de las habitaciones, abiertas, y por las ventanas, el ruido de la Zverskaya. El restaurante de la planta baja estaba cerrado, asimismo «*na remont*» [por reformas]. Cuando se abrió de nuevo, ya nada recordaba al Lux.

Otra casa en que la historia se ha condensado es la «Casa del Gobierno», más conocida por su figuración literaria en la novela de Yuri Trifonov *La casa junto al Moscova*[346]. Una construcción imponente de cubos apilados junto al Moscova. Época de construcción, años veinte; arquitecto, Boris Iofan. Si rodea el edificio puede uno estudiar las placas colocadas junto a las puertas que recuerdan a las celebridades que allí vivieron: funcionarios del partido comunista de la URSS como Nicolai Bujarin y Alexei Tomski, generales como Mijail Tujachevski, comunistas internacionalmente conocidos como Georgi Dimitroff y Maurice Thorez. Por los recuerdos y el pequeño museo, organizado por antiguos ocupantes del edificio, puede uno descubrir fácilmente que se trataba del edificio más moderno y cómodo del Moscú de la época, una casa sin historia previa que trataba de emular a las *gated communities* estadounidenses, «con todas las comodidades», un biotopo de la *high-society* comunista. La «Casa del Gobierno» era un puro anuncio de futuro, una muestra del nuevo Moscú. Enseguida le

crecería justo enfrente, entre otros edificios altos, el Palacio de los Sóviets (hasta los 470 metros). Los primeros ocupantes se mudaron en 1932. Se tenía a la casa por encarnación del «americanismo soviético» de comienzos de los años treinta. Las historias de sus inquilinos concordaban con una cierta historia de la moderna Unión Soviética: una que hablaba de ascenso de la aldea a la ciudad, del banco de trabajo a las alturas del mando, de economía planificada y política, de fantásticas carreras y de caídas y ruinas inimaginables. Desde aquí se podía echar un vistazo al nuevo Moscú en crecimiento, el Palacio de los Sóviets, el cine Udarnik, la cercana torre de la radio de Schabolovka, la torre de la biblioteca Lenin, el pórtico de la primera estación de metro, «Palacio de los Sóviets». Desde aquí se veían los fuegos y salvas del primero de mayo y el 7 de noviembre, y sobre todo se vieron los de aquel 9 de mayo de 1945 al finalizar la Gran Guerra Patriótica. La «Casa del Gobierno» es en el fondo una ciudad dentro de la ciudad, provista autárquicamente, con premios Nobel, sistema propio de pases y vigilancia. Quien había obtenido una plaza aquí lo había hecho en una ciudad sobrada en que nada era difícil de encontrar salvo una vivienda o una plaza en una vivienda. Había zapatero, *frisseur*, *chauffeur*, lavandería, en pocas palabras, todo lo necesario para que una clase de seres humanos escogida para mandar se desprendiera de todo cuidado cotidiano. La «Casa del Gobierno» se convirtió en «corredor del horror» en los años de la *Yechovchina*, cuando se descabezó a la cúpula militar y se asesinó por decenas de miles a miembros del partido y del gobierno. La élite habitaba y vivía aquí puerta con puerta, se encontraba por los pasillos, en la piscina o en la sala de deportes, en la tienda de *delicatessen* o a la hora del té. De la desaparición de otros inquilinos se enteraba uno, cabe conjeturar, por la prensa, cuando se había desenmascarado y señalado a un nuevo enemigo, un nuevo «nido de la contrarrevolución». La autodestrucción de la clase política cristalizó en la interrupción del trato con los cercanos, la disposición a creer a los denunciantes más que al propio juicio, en una cobardía y un miedo sin nombre. Una vez más, el «gran terror» de puerta en puerta, de piso en piso, de pasillo en pasillo. Nos podemos figurar fácilmente al vecindario de la «casa junto al Moscova» y reconstruir la topografía interna de la «Casa del Gobierno». Es el núcleo interno de la clase política junto con sus apéndices familiares. El cambio de inquilinos que se cumple en los años treinta puede calificarse de cambio de élites en miniatura e *in situ*. A finales de los treinta la composición específica de la «casa junto al Mos-



Entrada a una vivienda de Budapest.

«Las casas son lo más personal que cabe pensar, lo íntimo. A ellas se adhiere el recuerdo. A ellas, "la propiedad".»

cova» es diferente. Bajas y nuevos ingresos en el vecindario representan los procesos selectivos, politocráticos y socioculturales, característicos de la época de Stalin: y en el corazón de la vida, con sus interiores y su piano recién comprado, sus testimonios de la vanguardia del proletariado, el gramófono Pathé, la bicicleta en el balcón, estanterías con libros, cortinas, tapetitos bordados en las cómodas, su parquet inmaculado, y cuanto quiera que fuese riqueza en la *high-society* estaliniana. La «Casa del Gobierno» fue al principio una especie de Isla de los Bienaventurados. Pero aun así llegó 1937. Y puede reconstruirse, piso por piso, pasillo por pasillo, casa por casa[347]. Podría señalarse en ella incluso el destino de quienes hicieron carrera sin que nunca se les llamara a rendir cuentas. Muchos de ellos llegaron a vivir los últimos tiempos de la Unión Soviética, algunos incluso su caída. Ahora ven desde sus balcones carteles que anuncian *Terminator II* o *Independence Day*. En el antiguo anfiteatro en el centro del complejo dan el musical *Chicago*. En el tejado gira la estrella de Mercedes. En la estela de la privatización y comercialización, las viviendas de la antigua «Casa del Gobierno» se han puesto a la venta. Así puede pasar que el biógrafo de Nicolai Bujarin pare ahora muy cerca del lugar en que su héroe entraba y salía. La casa modelo del comunismo ya es historia.

Algo semejante ocurre dondequiera que el comunismo ha salido de escena. Y por doquier, en Budapest, en Bucarest, en Berlín, entra en ella una arqueología que estudia la planta de una antigua vida civil en ruinas. Se puede ver en las recientes apariciones de ediciones ilustradas dedicadas a las villas de Budapest o Bucarest antes de la guerra[348]. Bucarest es una ciudad traumatizada: en tiempos de paz se le amputó gran parte de su masa corporal arquitectónica. Una operación a lo vivo, bajo uno de los regímenes más odiosos de Europa que hizo de un antiguo y hermoso país una zona arrasada. El «París del Este» está en ruinas. Sus puntales principales eran las casas, las villas en que se desarrollaba una vida muy distante de la del pueblo, una isla en la isla de la ciudad en atropellado crecimiento. Enclaves de burguesía, Proust en bruto, Proust en el mirador desde el que podía abarcarse el mundo anterior. Incrustaciones cristalinas, boyardas y sobre todo judías. Ahora ese mundo vuelve a ser recordado. Describir con exactitud es condición para recordar. Se alza y se dibuja la planta. Número de habitaciones, situación de salón y cuarto de baño, orientación del mirador, todo es significativo. Fatigosamente se reconstruyen interiores.

Las casas son lo más personal que cabe pensar, lo íntimo. A ellas se adhiere el recuerdo. A ellas, «la propiedad». Es la relación más firme e íntima que pueda darse. Una que en el siglo XX ha sido truncada por situaciones de violencia más de una vez. Las casas están marcadas por la ausencia de quienes las habitaron. Asesinados, expulsados, otros se mudaron a ellas. En esas casas se entrecruzan relaciones jurídicas, historias de sentimientos y pasiones, de crianzas y educaciones, biografías, historia construida de lugares, historia de violencia. Son el telón de fondo de las fotos de familia que reproducen el sillón en que arrellanado pensó uno el mundo.

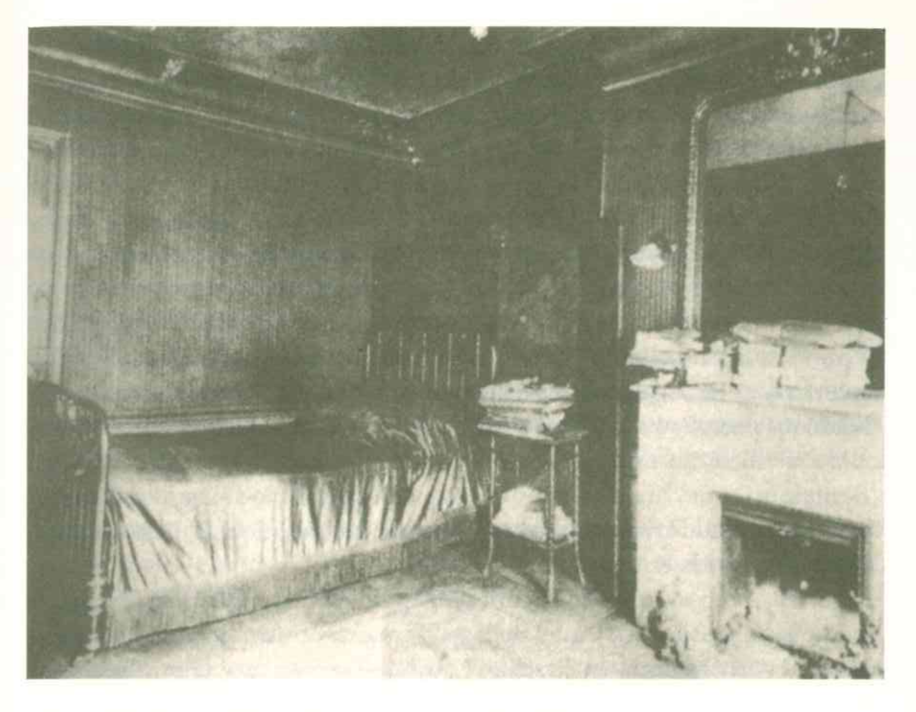
Proust, interiores

Habitualmente los historiadores están familiarizados con los interiores de la época de que traten. Conocer la circunstancia en que los seres humanos se han instalado es parte de los cánones de la hermenéutica histórica. Con la evocación y análisis de interiores pasa como con aquello que Walter Benjamin explicaba de la moda: «El interés más candente de la moda radica para el filósofo en sus extraordinarias anticipaciones. Es sabido que a menudo el arte anticipa por algunos años la realidad perceptible, por ejemplo en pintura. Se pudieron ver calles y salas radiantes de luces de colores mucho antes de que la técnica las presentara bajo esa luz con anuncios de neón y otros artilugios. También la sensibilidad del artista para lo venidero va mucho más lejos que la de las señoras elegantes, eso es seguro. Y sin embargo la moda está en contacto mucho más constante y preciso con las cosas por venir, en virtud del incomparable olfato que el género femenino tiene para lo que el futuro esconda. Cada *saison* trae consigo en sus creaciones más recientes alguna señal secreta de lo que se avecina. Quien supiera leerlas sabría por adelantado no sólo de las nuevas corrientes del arte sino de los nuevos códigos legales, de guerras y revoluciones. Ahí radica sin duda el mayor aliciente de la moda, pero también la dificultad de hacerlo fructífero»[349].

Desde que existen interiores, y es importante entender que no ha sido así desde siempre, son algo así como la moda del revés, vuelta hacia dentro del envoltorio que los seres humanos se han creado. Donde puede leerse casi todo aquello de que cabe tener experiencia cuando se trata de seres humanos en el espacio de su época: *standards* técnicos y artesanales, comodidad, estilo, posición social, relaciones entre mundo interno y externo, relación consigo mismos. Quien supiera interpretar suficientemente interiores sabría cómo informarnos de incubación y desarrollo de situaciones sociales y guerras civiles. Con qué densidad podrían describirse tales envoltorios de época se muestra en un resumen del interior historicista de la época de la unificación guillermina: aun con la generalidad de todo resu-

men resuena en éste de Jost Hermand algo de la pujante proliferación contenida en ese interior: «De ahí que la cultura de la época de la unificación, si es que se puede hablar de cultura, sea mera fachada, remiendo de retales, lecturas sin criterio, exotismo de Makart. En tanto las antiguas clases explotadoras aún tenían un estilo determinado y trataban de señalarse con distinción y distanciamiento, la gran burguesía de la unificación es absolutamente hortera. En su arte se expresa una mentalidad de advenedizos ávidos de rango que se sobra queriendo darse aires y llamar la atención. Por eso las habitaciones o recibidores de las villas de la época guillermina tienen carácter de puros escaparates en que no se vivía, se enseñaban exclusivamente a título de buenas habitaciones. Como tiendas de anticuario estaban la mayoría repletas de toda clase de cosas, lo que causaba impresión de museo o de lujo caro únicamente: bargueños a la antigua, muebles Boulle, escabeles góticos, sillones Luis XV, pajareras exóticas, armaduras, adornos con plumas de pavo real, flores artificiales, hojas de palmera, pájaros disecados, trofeos de caza, tapices orientales, porcelanas de Sajonia, jarros de cinc, figuritas por las vitrinas, espejos rococó y ediciones clásicas encuadernadas en cuero. En esas habitaciones lo decisivo no era lo lujoso de cada objeto sino la impresión decorativa de conjunto. Hasta los materiales escogidos dan la impresión de absoluta falta de escrúpulos. Así, junto a materiales auténticos se empleaba a menudo mucha imitación y mucho chapado: latón por oro, cartón por piel, escayola por mármol y papel maché por palo de rosa. Lo principal era que todo pareciera resplandeciente, marmóreo, satinado o veteado, que impresionara»[350].

También la reacción contra lo pomposo de la época guillermina, el afán de una nueva sencillez se pueden señalar en los interiores del estilo modernista que despuntaba. Toda forma había de desarrollarse a partir del material, los objetos de uso, de su función. «En concreto eso quiere decir que una silla debía volver a ser una cuestión de sitio donde sentarse, una lámpara, un objeto luminoso, y un jarrón, un recipiente para flores, en lugar de objetos enajenados en ornamento por motivos renacentistas pintados, clavados o pegados. De ahí que el lema de ese movimiento fuera por mucho tiempo el concepto "forma propia", contrapuesto como consigna de lo moderno a todo lo imitado, adherido, sobrecargado, decorado, y así, sin sentido a juicio del modernismo. Precisamente las cosas de uso cotidiano debían volver a ser lo que en efecto son, cosas de uso cotidiano y no alardes de *grandeur, highlife* y vanidad de nuevo rico. Así, lo positivo del



La habitación de Marcel Proust en la rue Hamelin.

«Desde que existen interiores [...], son algo así como la moda del revés, vuelta hacia dentro del envoltorio que los seres humanos se han creado.»

modernismo empieza con su lucha contra el historicismo guillermino, contra la jactancia y la falta de gusto del advenedizo»[351].

No es difícil reconocer a partir de qué fuentes se ha compuesto esta panorámica: fotografías, exposiciones y sobre todo literatura, que se ha tomado su tiempo en su «busca del tiempo perdido». Toda literatura tiene tales espacios interiores. Vive de ellos casi tanto como de las vidas que alienta. Cojamos a quien cojamos, Dickens, las grandes haciendas y residencias nobiliarias en Iván Turgeniev o León Tolstoi, los sótanos y cuchitriles alrededor del mercado de San Petersburgo en Dostoievski, la casa de la calle Sperling en Raabe[352], la literatura produce la circunstancia junto con las *dramatis personae*. «Los interiores en cuanto objeto de exposición literaria se desarrollan a partir del espacio burgués de la época Biedermeier, a fuer de lugar de intimidad privada (que no obstante se sigue refiriendo en perspectiva a un exterior), para convertirse luego en lugar autónomo de artificio enajenado del mundo. En cuanto "refugio del arte" (Benjamin) y del artista se convierten en lugar de la imaginación y por último en metafórico cobijo anímico de la "conciencia infortunada" (Hegel) atrapada en la autorreflexión»[353].

Ninguna reconstrucción histórica de época elude los interiores en que se viviera la subjetividad de aquel tiempo. Tomemos como ejemplo la descripción de la casa paterna en Kaschau-Kassa-Kosice que hace el novelista húngaro Sándor Márai. Todo es imprescindible en ella: el mobiliario de caoba, las broncíneas náyades que antorcha en mano entre las olas forman un cenicero, la figura en bronce de un perro pachón, los «ingeniosos entreveros de caoba y nácar, los sillones, las patas de silla adornadas como columnas dóricas y jónicas», el despacho con las tres vitrinas y la biblioteca, amor e intriga, entregas mensuales de Velhagen & Klasing, todos los detalles son esenciales para captar el «espíritu» que anima a ese interior. Márai se convierte así en etnólogo y sociólogo, en analista de clases, como todo gran escritor[354].

1942, de visita en la ciudad y en busca de las huellas de la niñez, quiere decir en Márai: «Domingo por la tarde en Kaschau, por primera vez desde hace veinticinco años. Con el pesado olor del dolor denso en el aire, dolor de niñez. Esa tristeza y esa desesperanza, los nervios del niño los domingos, la penumbra del café entre carteles con vistas, la de entonces en el cuarto del niño lleno de sol, cuando se han ido los mayores y nos quedamos solos con la sierra de marquetería, los libros de Julio Verne y la caja de construcciones»[355].

También aquí Walter Benjamin abrió la puerta de par en par hace mucho, cuando escribió de los interiores como «vestuario de ambientes», y de «mobiliario que pretende coleccionar y archivar las huellas de estilo de todos los siglos», y de «coartada en el tiempo»[356]. Para él la cuestión nunca estuvo en hacer una historia detallada del mobiliario o el diseño de lámparas, sino en la firma de la época, como recalca también Norberto Grammaccini, para quien «ahí los interiores se entienden clave de la existencia objetiva en pasado y presente. El fin de la investigación es una historia cultural de los interiores que aúne según lo requiera el caso las posiciones de sociólogo, entendido y científico objetivo. De ahí que no aguarde al lector una historia del mobiliario, ni un texto que se limite a arquitectura o decoración de interiores, o a terrenos específicos como las casas de muñecas por ejemplo, ni tampoco una sociología o una filosofía de la vida en interiores. El primer plano lo ocupa el cambio en la historia. Como ningún otro tema, los interiores contemplados en el espejo del arte enseñan que las cosas no se quedaron en absoluto en lo antiguo»[357].

Benjamin ya había señalado las dos vertientes de tal investigación, la antropológica y la histórica. «Lo difícil al considerar la vivienda está en que es preciso descubrir en ella lo primigenio, quizás eterno, la réplica de la estancia del ser humano en el seno materno, mientras por otro lado, desatendiendo a ese motivo primordial, hay que captar en ella en su forma extrema una situación existencial del siglo XIX. La forma primordial de todo habitar no es existir dentro de una casa, sino de un cascarón. Éste lleva la impronta de su ocupante. Y en el caso extremo, la casa se convierte en cascarón. El siglo XIX sufría de adicción a la casa como ningún otro. Concebía la vivienda recipiente del ser humano, y tan hondamente le encajaba ahí con todas sus pertenencias que uno podría figurarse en el interior de una caja de compases, donde el instrumento con todos sus accesorios está empotrado en el fondo de cuevas de terciopelo, casi siempre violáceas. Y a qué no le encontraría envoltorio el siglo XIX: relojes de bolsillo, pantuflas, hueveras, termómetros, barajas... y a falta de recipiente, embellecedores, manteles, tapetes, fundas o cubiertas. El siglo XX, con su transparencia y permeabilidad, diáfano y aireado, ha acabado con la vivienda en su antiguo sentido. Frente al cuarto de muñecos en la casa del arquitecto Solness entran en escena "hogares para seres humanos". El modernismo sacudió el cascarón hasta lo más hondo. Hoy está muerto y la vivienda ha encogido: por obra de la habitación de hotel, para los vivos, del crematorio, para los muertos»[358].

El siglo XX se sacudió esa supremacía del pasado y el historicismo (la «morralla» de cortinas de terciopelo, alpacas, hojas de palma y demás) y creó interiores nuevos, incluso hasta disolver «lo interior». Le Corbusier escribe: «Veíamos a esos mismos industriales, banqueros y hombres de negocios lejos de sus quehaceres, en sus casas, donde todo parece contradecir a su modo de ser; una sofocante angostura de las paredes, una colección de objetos superfluos e incongruentes, un ambiente que pone malo, cargado con ese sinfín de estilos de todo tipo y ningún gusto y todas esas ridículas naderías. Ahí nos parecían avergonzados, contrahechos como tigres enjaulados, se les notaba que se sentían sustancialmente mejor en su fábrica o su banco. En nombre del barco a vapor, el avión y el automóvil, nosotros hemos alzado la voz en pro de salud, lógica, valentía, armonía y perfección»[359].

Tampoco iba a parar ahí la cosa. A finales del siglo XX sobreviene un nuevo retraimiento del mundanal ruido y del entorno contaminado con sus inabarcables peligros. «Ha vuelto a crecer el carácter de fortificación de la vivienda, fomentado por sistemas perfeccionados de alarma y vigilancia. Cuadra con tal época el renacer del estuche de compases con su forro violeta, sólo que ahora irónicamente desgarrado y ya sin ilusión»[360].

Pero también hay otros caminos que sacan del presunto manguito del eclecticismo e historicismo. Entonces los interiores se convierten en campo de batalla de las grandes confrontaciones. También aquí es Walter Benjamin analista certero de observaciones propias. Así, sobre los interiores moscovitas de los años veinte escribe frases que contienen todo un programa de investigación, formuladas en el primer decenio de poder soviético, en los días de su visita a Moscú. Los miles de bibliotecas escritas hasta hoy sobre la «naturaleza del comunismo soviético» no han añadido ni una pizca a la comprensión formulada en esas pocas frases, si es que llegan siquiera a percatarse del asunto. Benjamin dice así: «Por la mañana nos levantamos tarde y fuimos a la habitación de Reich. Es parte de una casa pequeñoburguesa como no puede soñarse más horrible. Ante la visión de cientos de mantelitos, consolas, muebles con fundas y visillos casi se queda uno sin aliento de puro agobio; ese aire tiene que estar cargado de polvo. En el rincón de una de las ventanas había un árbol de Navidad muy alto, hasta eso era espantoso con sus ramas secas y un muñeco de nieve amorfo de remate. El viaje agotador en el tranvía y el espanto de tal habitacion me hicieron perder la perspectiva y me precipité un poco al asentir a la propuesta de Reich, ocupar ese apartamento con él a partir de enero. Esas habitaciones pequeñoburguesas son campos de batalla arrasados por las huestes triunfantes del capitalismo mercantil, donde ya nada humano puede crecer. Pero a lo mejor, con mi afición a las cavernas, puede que no despache mal mi trabajo en semejante sitio»[361]. Ni se podía figurar Benjamin en ese momento que aun esa caverna, que a pesar de todo le había ofrecido amparo y posibilidad de recogerse, había de desaparecer totalmente, para una sociedad entera y durante generaciones. La historia de la disolución y destrucción de ese espacio de la privacidad está aún por contar.

Los interiores son mundos en miniatura, universos, espacios vitales, estuches del hombre privado, de la mujer privada. Son incluso sucedáneos del mundo. Se puede emprender en ellos viajes alrededor del mundo y al pasado sin moverse del sitio, lugar ideal para la «búsqueda del tiempo perdido». Qué mantiene a uno ligado al mundo sólo se llega a barruntar cuando ese espacio interior está amenazado, a libre disposición.

Directorios de Berlín

Los directorios son réplicas de paisajes humanos, pero por lo general sólo se les requiere para conseguir información sobre domicilio y paradero de personas determinadas. Son piedra de toque cuando no se fía uno de indicaciones autobiográficas. Con ellos se cotejan datos biográficos cuando no queda otra manera. Acaso también se les requiera en procedimientos en que hay mucho en juego, títulos jurídicos, acreditaciones de propiedad, pérdida y restitución. Como otras obras de consulta, se aprovechan a título de recursos auxiliares, y se los coloca en la sección de ciencias auxiliares. Cuando son mucho más.

Son un género peculiar de documento en que grupos sociales, ciudades o lugares almacenan y organizan conocimiento de sí mismos. Tienen una historia que empezó en algún momento, cuando las relaciones urbanas se habían vuelto inabarcables, y que ahora, es patente, llega a su fin en la época de la recogida y manejo digital de datos. En lugar del directorio a disposición de unos pocos, de autoridades e instituciones, apareció el directorio de miles de páginas en varios volúmenes, y en cierto modo también el listín telefónico y las páginas amarillas. Nunca se dio semejante derroche de transparencia y democracia. Cada año se recogen en contenedores millones de ejemplares, sustituidos enseguida por reediciones actualizadas que se proporcionan gratis. Que se trata de derroche, lo advertimos sólo cuando paramos en lugares del mundo en que no existen directorios ni listines telefónicos, o han sido retirados de la circulación[362].

Documentos de simultaneidad. Si uno no mira a los directorios sólo como recursos auxiliares subordinados y los lee a título de documentos históricos ganan de repente una sorprendente fuerza expresiva. Son abreviaturas en que unas sociedades organizan conocimiento sobre sí del modo más racional concebible. Su mera existencia es indicio del promedio de civilización alcanzado; eso se advierte cuando faltan. Son claves que abren ciudades y usamos a diario. Con directorios reconstruimos ciudades que ya no

existen. Los necesitamos cuando queremos hacernos presentes ciudades perecidas o reencontrar el rastro de seres humanos que perdimos en el tumulto de la historia y la magnitud de las ciudades. Los directorios muestran la composición étnica específica de cada ciudad: el listín de Nueva York es el del *melting pot*; el de Moscú, el del Imperio multinacional; el de Berlín hacia 1900, el de la absorción de inmigrantes de Posen y Silesia. Los listines son libros de contabilidad donde se sienta el proceso de *mixing* y *unmixing*: germanización, polonización o chequización. Vale de los directorios lo mismo que de cualquier obra historiográfica. Nos cuestionamos su objetividad y fiabilidad. Por muy objetivos que hayan querido ser, son parciales y partidistas. Sólo el alfabeto tiene fuerza suficiente para colocar artes y oficios, escuelas de, junto a albergues municipales para gente sin techo con los que sólo tienen en común el emplazamiento. Los directorios toman por punto de partida y principio organizador el lugar. Documentan simultaneidades, y sólo por eso ya se les hacen secundarios a cronistas e historiadores que no sabrían contar sus historias sino consecutivamente.

El orden alfabético garantiza el ordenamiento democrático, pero en estados de excepción históricos queda sin vigor hasta el alfabeto. Obligados a informar, y habiendo hecho de ello oficio y función exclusiva, los directorios también pueden silenciar. Ya la cuestion de quién figure es importante. Los directorios dan fe de significación e insignificancia. Ya en su mera materialidad son unas formaciones impresionantes, macizas, en varios volúmenes, a tomarse con reservas si son de fecha atrasada. Pero su orden no es prescripción divina sino obra humana. Cuantos datos aparecen en ellos recogidos, ordenados, jerarquizados y disciplinados testimonian así no sólo el mundo en que vivimos sino también cómo lo ven sus editores. Los directorios son documentos históricos *par excellence*. Desaparecen en períodos de excepción. Las revoluciones revuelven el orden de los directorios. Éstos señalan continuidades donde todos ven ruptura sólo. Iluminan los grandes «cambios de decorado», de localización de la escena y de personajes históricos. Por otro lado, uno puede seguir el rastro de alguien hasta el fondo de los directorios para verificar de dónde viene, en caso de haber tenido alguna dirección real y no sólo de tapadera. Los directorios no traen sección de seudónimos, de eso se ocupan ediciones críticas más tarde. En tiempos de guerra y revolución las ediciones son casi siempre más delgadas, si es que aparecen, en peor papel, inválidas y para manejar con toda precaución; hoy, ya sólo en microficha. Prósperos tiem-



Spandauer- Brücke.

Haggen, Witt. Kriegesräthin.	1	13 14	
		Eingang der Seiden - Mühle.	
Haggen. dito.	2	12	*Schöning*, Witt. geh. Rath.
Haggen. dito.	3	11	*Wandsleben*, Schneider.
Süßmilch. Destillateur.	4	10	*Flackel*, Witt. Hof-Inspect.
Alberti, Materialist.	5		*Commendanten - Straße.*
Schröder, Wittwe.	6		
Rosenthaler - Straße.		0	*Koch*, Sattler.
Ventzki, Materialist.	0	9	*Koch*, dito.
Riebes, Gürtlerwittwe.	7	0	*Koch*, dito.
Krüger, Sattler.	8		*Große Präsidenten - Straße.*

Der Haackesche Markt.

O r a n i e n b u r g e r - S t r a ß e.

***Neue Anschauliche Tabellen von der gesammten Residenzstadt Berlin*, Berlín 1801.**

«Quien frecuenta la lectura de directorios puede moverse por ellos como por espacios imaginarios, espacios urbanos, viarios, domiciliarios.»

pos de paz traen volúmenes rollizos y ufanos que se van anunciando a sí mismos por todas partes; los tiempos de crisis los traen llenos de rotos y agujeros, los de guerra los abandonan, los de revolución los dejan sin vigor. En sociedades abiertas los directorios son imprescindibles para funcionar, en cerradas, se limita el acceso a ellos si es que no se retiran de la circulación. En la censura de directorios puede verse que tampoco es un medio tan inocuo. En los directorios se encuentra almacenado casi todo lo que permite sacar conclusiones sobre concentración de poder, bienestar o mentalidad. Contienen topografías enteras y dan claves respecto a conexiones, sedes, condensación, dispersión y propagación. Claves que pueden ser las más detalladas y duraderas en lo referente a conmociones sociales si se las estudia a lo largo de una época entera, así para la *histoire événementielle* como de *longue durée*. Son documentos de asentamiento y de movilidad, de mudanzas voluntarias y forzadas. Conservan estados de agregación social. Sus columnas de apellidos documentan la estabilidad de una comunidad, y su inestabilidad. Quien frecuenta la lectura de directorios puede moverse por ellos como por espacios imaginarios, espacios urbanos, viarios, domiciliarios. Los directorios son libretas y mapas, devuelven a la historia la dimensión espacial, como corresponde a lo que son, recurso informativo que usamos día tras día como cosa obvia. Uno puede darse una vuelta por ellos y vivir de todo: arrollado por la densidad del material, darse a seguir rastros, llevarse sorpresas y perderse. Quien se les acerca demasiado pierde la perspectiva. Quien se da a ellos en exceso se pierde en ellos. Uno puede aproximarse hasta muy cerca, casi hasta la persona de los reseñados, entonces aún sin proteger por ninguna instancia encargada de la confidencialidad de los datos. Pues en el directorio de 1932, por ejemplo, se informa en cada edificio de propietario, administrador, números de teléfono, cuenta bancaria, pertenencia a algún gremio, bajos, planta baja, entresuelo, sótano y distrito postal. Las cifras romanas indican el piso; el nombre entre paréntesis, ciudad o país en que vive el propietario. Ni siquiera falta una breve aclaración onomástica del nombre de la calle o plaza.

Directorio de Berlín, 1932. De los viejos directorios berlineses del siglo XVIII y comienzos del XIX traslucen con toda claridad idea fundamental, origen y evolución de este género. Básicamente abarcan sólo la ciudad regia, la arquitectónica, la de cantería. Es un área fácil de abarcar, y se aprecia que el directorio ha surgido del mapa. En un principio aparece el

trazado de las calles con indicación de fincas y apellidos de propietario e inquilinos (cabezas de familia)[363]. Comparar sus orígenes con los de directorios de Londres o París por ejemplo mostraría con toda certeza que Berlín era un auténtico *latecomer*. Es patente que el directorio debe su existencia al deseo del soberano y su corte de supervisar una ciudad en crecimiento. El directorio se compuso con ojos de rey. No obstante, el género se emancipó rápidamente. La expansión de la ciudad, la multiplicación de empresas, profesiones, negocios, servicios y ámbitos de actividad impulsaron la diferenciación del género[364]. Por un lado, se ve el esfuerzo por mantener el paso con el crecimiento de la ciudad, del que se hacen cargo grandes editoriales que sacan cada año nuevas ediciones corregidas y aumentadas: mediado el siglo XX aún seguirán los directorios fieles a la idea de replicar la direcciones, es decir, cartografiarlas, si bien en forma sumamente estilizada y abstracta; pero de todos modos sigue siendo reconocible y evocable la disposición espacial, la situación de las casas en la calle o plaza de que se trate. Por otro lado, se toma buena nota de la creciente multiplicidad y diversidad, que se distribuye en distintos directorios temáticos. Los criterios de distribución más importantes son, de una parte, ordenar los datos espacialmente, por distritos, barrios o calles, y de otra, por orden alfábetico de apellidos, junto con la escisión de unas páginas amarillas que hasta hoy se han mantenido organizadas por ramas de actividad, y a las que es propio desde siempre la mezcla de información y anuncio.

El directorio, que al cabo de cien años había alcanzado un punto culminante en su desarrollo, es testimonio de la madurez y riqueza de la ciudad que contiene y replica. Podríamos subirnos a cualquier edición como a un tranvía y se nos irían los ojos a todas partes, lo mismo que en el retrato del vientre de París o de los panoramas que hacen Émile Zola, Charles Dickens u Honoré de Balzac. Afrontar exceso y profusión es sin embargo condición esencial en todo aprendizaje de urbanidad. Así, en las 700 páginas del tomo mercantil, profesional e industrial del directorio de Berlín de 1932, con una tirada acreditada de 30.000 ejemplares gracias a lo cual aún hay alguna oportunidad de que aparezca aquí o allá en algún anticuario, se encuentra uno ante un pandemónium de abundancias[365]: la entera variedad de producción, comercios y negocios. Ahí se alcanza un atisbo de la riqueza de la ciudad y el grado de división del trabajo ya alcanzado. Vemos al repertorio permanecer inmutable a través de las catástrofes:

desde *Abanicos* a *Zurdos (artículos para)*, como sigue anunciándose hasta hoy en los carteles del metro. Pero se ve también cómo entretanto muchos oficios y profesiones antes corrientes se han caído de sus páginas. Nos hallamos en un museo de profesiones extintas. Vemos cuántos materiales y artículos de primera necesidad han quedado entretanto obsoletos, y por cuáles se sigue preguntando hoy. Encontramos consignadas instancias fundamentales para la supervivencia, hospitales y farmacias, junto a las grandes profesiones y las más exóticas. Podemos vagabundear por páginas infinitamente menudas y apretadas, viendo pasar panaderías, bancos, cervecerías, sólo con la diferencia de que muchas variedades de cerveza ya no se toman: cerveza de color, *grätze*, de caramelo, *lager*, malteada, *porter*, inglesa, blanca. Siguen columnas con direcciones de tallistas y combustibles (al detall y mayoristas). Todo cuanto tenga que ver con la producción de libros: encuadernadores, impresores, librerías. La importante fracción de los carniceros reclama mucho espacio, como peluqueros y hosteleros, ni que decir tiene, que imperan entre las secciones 201 a 228: las célebres tascas de las esquinas berlinesas, vaya. Vienen luego representantes de comercio, representantes del arte de la quiromancia, callistas y todas las ramas caninas, con fabricantes de comida para perros y peluqueros incluidos. Y una sección sin desperdicio, auténtico caviar de Astracán, la de coloniales, surtida en abundancia como tienda de ultramarinos. Asombrosamente, aún hay numerosas vaquerías en el casco urbano. Siguen luego, en la P, papel y papelería, artículos de escritorio y complementos con sus complementarios fabricantes –el corrector de un computador actual rehúsa aceptar muchos de los conceptos, pues han desaparecido o casi de los diccionarios–, reparaciones de porcelanas, preparados de radio, asesores publicitarios, la sección devoción, con las prestigiosas firmas Reinhold Pätzold y Julius Grieneisen. Es abrumadora la sección de sastres de señora y de caballero, como la de zapateros y ebanistas. Los tiempos andan revueltos, los seguros tienen mucha salida, así que el ramo está nutridamente representado. Los hay contra accidentes de coche y contra estragos por disturbios. Impresionante presencia la del sector del tabaco, estancos y artículos de fumador.

Todo eso figura el cosmos descomunal de objetos materiales que día tras día se produce, distribuye, consume y evacúa. El mundo como acopio desmedido, acumulación, que lo llamaba Marx en su crítica del fetichismo de la mercancía. Aunque también hubo época en que tal profusión

mermó. Y a no tardar, los directorios del Berlín de la posguerra reflejan cuánto tardó en alcanzarse de nuevo el grado habitual de civilización de la preguerra.

Riqueza de la ciudad. Acumulación descomunal de riqueza que fácilmente podría hacerse inabarcable, la sociedad, sin embargo, está domesticada, ordenada, disciplinada. También ese orden es «histórico», distinto en 1932 que en 1941. Y el de 1947 se diferencia del de 1953. Los directorios tienen autores, aunque trabajen colectivamente y queden anónimos. Trabajan estrictamente «empleando fuentes oficiales». Ellos y la editorial son guardianes del orden, a ellos debemos agradecer esas obras que con sus prietas columnas y su letra menuda recuerdan a ediciones de clásicos y biblias en papel fino, estas obras maestras *sui generis* del arte de la imprenta.

El directorio de Berlín de 1932 ocupa tres tomos, el primero tiene 2.360 páginas, el segundo abarca 3.800 páginas, 700 de ellas, la sección profesional y mercantil. El tercer tomo tiene 2.340 páginas. La editorial, August Scherl Adressbuch-Gesellschaft m.b.H., Berlín SW 19, Krausenstrasse 38/39, produjo también directorios de otras ciudades decaídas como Breslau o Königsberg. Se divide en cuatro partes. La primera contiene particulares y empresas por orden alfabético de la A a la Z. La segunda parte contiene el índice de actividades económicas. La tercera parte abarca autoridades, iglesias, escuelas, instituciones públicas, asociaciones, sociedades, publicaciones periódicas y expertos en toda clase de terrenos. La cuarta parte contiene particulares y empresas por calles, desde la calle de Aachen a Zwischen den Giebeln, en la ciudad jardín de Staaken, pasando sucesivamente en orden por los 20 distritos. No menos reveladoras son las entradas que dicen algo sobre el folclore intelectual del momento, por ejemplo las novelas futuristas e industriales de Hans Dominik y Hans Richter.

El tercer tomo corresponde al Berlín de las autoridades, iglesias, escuelas, instituciones públicas, asociaciones, sociedades y prensa. Aquí, en una trinidad perfectamente elaborada, Berlín es primeramente capital del Imperio, luego sede del gobierno del Estado libre de Prusia, y por último, sólo en la tercera parte dedicada a autoridades imperiales, estatales, provinciales y locales radicadas en Berlín y la provincia de Brandemburgo aparece también el gobierno municipal. El directorio se convierte en un indicador de ruta a través de las instituciones –en inglés también se le llama significativamente *directory*–, en sociograma y organigrama del aparato

político e ideológico: presidente, dieta y gobierno imperiales, departamento de asuntos extranjeros, ministerios imperiales, secretarios de Estado, directores de departamentos ministeriales, administraciones y secciones, todos aparecen con nombre, rango y posición, con exacta indicación de sede y número telefónico. Sigue uno el directorio y se le aparecen relaciones que ofrecen otras claves distintas que la pertenencia a un partido político o una fracción social. Entonces nos topamos una Dieta Imperial [*Reichstag*] en que se cruzan por los pasillos los diputados Remmele y Heinz Neumann, Theodor Heuss y Dr. Andreas Hermes, Dahlem, Wilhelm Hoegner, Edwin Hoernle, Heinrich Himmler, Ernst Lemmer, Ernst Thälmann y Clara Zetkin. La unidad de lugar ha dejado todo en su compleja indistinción antes de que el analista lo separe con rigor y lo haga manejable. Encontramos ahí juntos los nombres de quienes muy pronto dirigirían el terrorismo de Estado y los de quienes desparecerían en los sótanos de las SA y en los campos de concentración. Aún hay muchos partidos, y sobre ellos, instituciones estatales. Poco más tarde se permutarían posiciones, y el Movimiento figuraría por delante del Estado. Ese Estado con todas sus complicadas y sutiles divisiones como sólo las puede reproducir un directorio que no tiene interés científico ni interesa analizar por tanto: oficinas de correos, comisarías de policía, tribunales, instituciones penitenciarias, cárceles, tribunales de primera instancia, tribunales de apelación. Tenemos ante nosotros el macizo cuerpo de la cosa pública y sus formas institucionales. De haberlo tenido delante, Karl Marx habría disfrutado más de una vez con su planteamiento de unas «relaciones variables entre base y superstructura»; Max Weber tiene que haber tenido esos volúmenes ante los ojos al concebir su idea de racionalización del poder y burocracia; y Antonio Gramsci habría podido hacer explícita *materialiter* su teoría de la «hegemonía cultural». Quien penetre en ella y se empape a fondo ya puede hacer lo que quiera, casi todo. El Estado como obra de arte conjunta, el vaivén entre Estado y sociedad como armonía preestablecida, concierto bien dispuesto y ordenado en esferas. Tales miembros y esferas son: administración central, magistratura y representantes de la ciudad, administraciones de distrito, instituciones eclesiásticas articuladas en toda su rica variedad, instituciones de ciencia, instrucción y formación con unos directores que son celebridades y bastan para proclamar a Berlín capital de ciencia y conocimiento; y por último bibliotecas y auditorios, una topografía única, de capital lectora y leída, nutrida por bibliotecas aún

sin depurar; instituciones que cuidan del bienestar general, asilos, hogares, el ejército de salvación, comedores públicos, fundaciones benéficas, el socorro de mutilados de guerra, instituciones deportivas, y por último representantes del mundo económico y profesional.

El catálogo alfabético de instituciones habla el lenguaje de la burocracia: empezando por Asociación... Boletín... Colegio oficial... Federación... hasta Mutua... Sociedad... Unión... Ello demuestra el alto grado de organización de la sociedad alemana, en que cualquier interés, por parcial y particular que pueda ser, ha encontrado su forma institucional y gremial: toda profesión cuenta con una asociación a propósito, hasta para el cuidado de un jardín vecinal. De ahí que la sección XIV, asociaciones, sea particularmente abundante. Ahí encontramos de todo, desde Antialcohólica, Liga, hasta Sociedades científicas, de Antirruido, Asociación, a Zuros, Criadores de. Uniones de enterradores, coros y danzas de Schöneberg, la orden de los druidas alemanes, sociedades radiofónicas, asociaciones políticas, deportivas o científicas, a su vez subdivididas en un sinfín, astrología, ocultismo, sociedad tipográfica, entomológica, sociedad alemana para viajes de estudios médicos. Y aun hay más: de natación, de remo, de criadores de animales de piel, declarada de utilidad pública. En la sección XV, periódicos y revistas, se expone el panorama de la prensa berlinesa antes de 1933, dividida por período de aparición, diaria, semanal, mensual, pero también por difusión, local, regional, nacional, extranjero. Cada rama tiene su órgano, cualquier interés puede articularse. Otra sección contiene un índice de especialistas en cualquier cosa, desde ábacos y aduanas hasta zurcidos y zootecnia, pasando por escabeches.

Esta enumeración parece agotadora. Así debe ser, pues la sociedad es inabarcable, extenuante, casi enloquecedora, y transparente sólo en los manuales donde se la «lleva a conceptos». Y esta enumeración tiene un sentido. Presenta la entera riqueza y complejidad en el punto de su máxima densidad: Berlín. El directorio de Berlín en 1932 pone ante nuestros ojos la maravilla de la socialización humana, poco antes de que la ciudad explotara. Aquí capta uno qué significa, qué fuerzas son necesarias para trastornar o aun destruir un cuerpo tan macizo entregado a su propia inercia.

Directorio judío 1931. Muy metido había que estar en esa primigenia fe en sí misma de la sociedad civil para publicar en 1931 un «Directorio judío del Gran Berlín». Era la segunda edición, la primera había aparecido en

1929-1930. Ya el prólogo la emprende con aquellas voces escépticas «a quienes parece poco oportuna la idea de editar un directorio judío precisamente en los tiempos que vivimos»[366]. No pocos habían rehusado ser incluidos por cuestión de principios. Los editores veían en él un instrumento para fortalecer el espíritu de solidaridad entre judíos, pero también para dejar claro que no todos quienes llevaban apellidos presuntamente judíos lo eran. Los editores hablan de los difíciles tiempos que ha de afrontar el judaísmo alemán, de preocupaciones políticas y económicas en el horizonte. Y no obstante, «en tiempos así, ¿hemos de esconder, cobardes, la cabeza, renegar de nuestra forma de ser y nuestra estirpe? Aun si lo hiciéramos, de nada serviría, pues nuestros adversarios seguirían señalándonos con el dedo. Pero además, no podemos hacerlo si queremos hacer justicia a nuestra tradición milenaria y la significada importancia de nuestra historia. Sabemos que somos judíos, y queremos declararnos miembros de nuestra comunidad, como cualquier ser humano ha de honrar a la estirpe de que procede. Pero así como somos buenos judíos somos igualmente buenos alemanes... Los judíos no sólo vivimos en Alemania, somos alemanes, porque nuestros antecesores lo fueron, hemos nacido en lugares alemanes, y estamos arraigados con todas nuestras fuerzas y todo nuestro sentir en el cuerpo del pueblo alemán. Por más que nuestros enemigos quieran negar nuestra germaneidad, está ahí, la vivimos cada día, y no hay poder en el mundo que pueda romper nuestros íntimos lazos con el pueblo alemán, ni discutirnos nuestra pertenencia a ese pueblo. En muchos círculos judíos se ha planteado con particular intensidad si fundar asociaciones y organizaciones judías, cada vez más numerosas, no traerá consigo un aislamiento entonces sí verdadero, en unos tiempos en que la tendencia tendría que ser justamente la contraria, difundir el conocimiento del modo de ser judío mediante amplios contactos con nuestros conciudadanos que no lo son»[367]. ¿Y no se aplican esas ideas al mismo «Directorio judío del Gran Berlín»?: «Podría argumentarse que al reunir apellidos judíos esta obra crea una nueva isla al margen del entorno en que viven». Los editores, queriendo recalcar el valor de la parte judía en la cultura de Berlín, todavía escriben en junio de 1931: «No nos parece que tales reproches sean acertados. Nuestra obra nada tiene que ver con consideraciones de política general o religiosa de ningún tipo. Queremos hacer una obra práctica, destinada a facilitar a quienes tengan que ver con asuntos judíos la tarea de comprobar quién es judío y quién no»[368].

La lista de destacadas personalidades judías que se presenta como modelo en la parte escrita por la editorial sería dos años más tarde una lista de proscritos. «El Berlín judío», una lista de perseguidos, desterrados, asesinados: rabino Dr. Leo Baeck, Prof. Georg Bernhard, Kurt Blumenfeld, Dr. Oscar Cohn, abogado, Ernst Deutsch, Prof. Dr. Simon Dubnow, Prof. Dr. Albert Einstein, S. Fischer, Dr. Lion Feuchtwanger, Prof. Max Reinhardt, Alexander Granach, Fritz Kortner, rabino Dr. Freimann, Prof. Max Liebermann, Erich Mendelsohn, Prof. Dr. Franz Oppenheimer, Dr. Franz Osborn, Salman Schocken, Dr. Teital, diputado regional, Georg Tietz, Martin Tietz, Lesser Ury, rabino Dr. M. Warschauer, Prof. Dr. Otto Warburg, Arnold Zweig. Aún tienen dirección en Berlín el Dr. Walter Benjamin, en el 23 de la calle Delbrück, en Grunewald; el profesor Einstein en el 5 de la calle Haberland; Erich Mendelsohn en el 21-22 de la calle Hufeland; Simon Dubnow en el 3 de la calle Charlottenbrunner, en Schmargendorf; el Dr. Ernst Bloch, en el 10-10 A de la calle Niebuhr, en Charlottenburg. Aún existe la red impresionantemente tupida de instituciones, asociaciones y organizaciones judías. De los 160.000 judíos en números redondos que vivían en Berlín en 1933, unos 90.000 emigraron, 55.000 fueron asesinados, 7.000 se suicidaron, y unos 8.000 sobrevivieron, la mayoría cónyuges en matrimonios mixtos, una pequeña parte en la clandestinidad.

En medio queda el proceso de discriminación, la pérdida de trabajo y posición social, la destrucción de los fundamentos materiales de la existencia, la emigración, el cambio obligado de vivienda, la concentración en casas judías o las deportaciones. En la edición oficial del directorio de Berlín del año 1941 los judíos aparecen consignados con los apodos «Israel» y «Sara». Los ciudadanos honorarios que aún incluía la edición de 1932 –entre otros, por ejemplo, el Dr. Liebermann, Max, Prof., plaza de París 7–, están tachados y sustituidos por los ciudadanos honorarios A. Hitler, Hermann Göring, Dr. Joseph Goebbels, Dr. Wilhelm Frick o Paul Linke, profesor y compositor.

En el «*Gedenkbuch der jüdischen Opfer des Nationalsozialismus* [recordatorio de las víctimas judías del nacionalsocialismo]» se sigue en lo posible el rastro de los judíos del Schöneberg, de los que 6.078 fueron deportados. La lista ofrece lugar y fecha de nacimiento, domicilio y lugar de deportación. Desde Aal, Jutta, de soltera Mohr, nacida el 16.11.60 en Gochsheim, Baviera; Schöneberg, calle Meraner 44, traslado de ancianos de 14.08.42, Theresienstadt; muerte: Theresienstadt, 1.09.42, hasta Zyzman, Leo, nac.

20.05.26 en Berlín; 10.° traslado desde Drancy, 24.07.42, Auschwitz; muerte: Auschwitz, desaparecido. Los caminos llevan de la calle de Merano, de la plaza de Baviera, de la calle Príncipe Regente a Piaski, junto a Lublin, a Litzmannstadt, Nisko del San, Riga, Majdanek y Auschwitz. Se sabía qué había sido de la gente de la casa en que uno vivía, de Hirsch, Leo, escritor, de Lewin, Joseph, director, de Popper, Rose, sus labores, y de Stern, Anna, sus labores.

Berlín en esqueleto. En 1943 aparece el directorio por última vez[369]. El Berlín judío ya no existe o sólo en la clandestinidad. Las instituciones y el directorio viven merced a su propia inercia, aunque la ciudad, donde viven en 1943 unos 4,4 millones de seres humanos, ya se derrumba en escombros y ceniza. El número de representaciones diplomáticas ha disminuido drásticamente, la normalización lingüística se ha impuesto –los hoteles se han convertido en *Fremdeheime* [hogares del forastero], los restaurantes, en *Gaststätten* [lit. casas de huéspedes, de comidas], según avanza la guerra contra el mundo la comunidad del pueblo engendra cientos de asociaciones y ligas nuevas. La esfera pública ha muerto. Guerra, evacuación, destrucciones, deportaciones, los planes de Speer para el centro del Berlín de posguerra, todo ha traído consigo un desplazamiento en el interior de la ciudad del que ya no da ninguna clave el directorio. A 15 de mayo de 1939 se censaban 4.321.521 habitantes en el gran Berlín, a 12 de agosto de 1945 eran 2.807.405. En medio queda una historia de despoblación. La historia trabaja más aprisa que la imprenta. Mientras prosigue la rutina que produce directorios, hace mucho que la ciudad ha perdido el paso, ya no existe. Al final, hasta el directorio mismo tendría que pasarlo para creerlo. El directorio sólo informa de la destrucción de Berlín *post festum.*

El segundo volumen de *Berlin in der Tasche* aparecido en 1947 se llama *¿Quién es quién en Berlín? Directorio de la vida pública,* y de él trasluce qué ha sido de Berlín. En lugar del aparato de la capital del Imperio se encuentran las autoridades de las potencias ocupantes. Emergen instituciones y conceptos –de nuevo por orden alfabético– que eran nuevas en Berlín, con las que sin embargo habría de vivir al menos dos decenios. En la B se encuentra Bombardeos, asociación de perjudicados por, y Bombas, instalación y reparación; en la C, Comité de ayuda danés y China, legación; en la D, Desescombro, Despiojamiento, centros de, y Desplazadas, personas. Es la abreviatura de la destrucción, la derrota y la reconstrucción: Fugiti-

vos, campos de; Guerra, daños de (oficina central); Guerra, enterramientos; Guerra, prisioneros de (centros); Guerra, prisioneros de (correo); Guerra, víctimas; Hebrea, Inmigración (HIAS); Judía, emigración; Judía, Agencia; Judía, Sociedad de ayuda; Judío, tránsito; Militares, legaciones, la hueste de agregadurías militares establecidas en Berlín; «Mitropa»-Lankwitz, búnker-hotel; Perros, racionamiento; Remolacha azucarera, trueque; Repatriación, campos de; Repatriación, fondos de; Soviético, consulado (Administración militar); Tifus, hospitales; UNRRA; Zonas, comercio entre. Berlín lleva al día la cuenta de su puesto en la *Europe on the Move* (Yevghenii Kulischer). Guerra y destrucción moldean también anuncios por palabras y publicidad. Empresas de desescombro, demolición y apuntalamiento, excavaciones. Por todas partes, los anuncios lo indican, reconversión y arreglos. «Se saca abrigo y pantalón de un cobertor.» «Berlín aprende inglés: *School for Languages* en la calle Lepsius 98, Steglitz.» Se entera uno de parte de la topografía de los cráteres en la ciudad bombardeada: las indicaciones de puentes llevan JV, es decir, abierto al tráfico, FR, para bicicletas, o Z, destruido o intransitable. NS significa ahora acceso de emergencia. Lo que primero se restablece es el tráfico fluvial. Una vez más, Berlín aprende a la mayor brevedad la nueva normalización lingüística: de la Agencia centroeuropea de viajes se ha hecho la Agencia alemana de viajes. En tanto el Berlín nacionalsocialista simplemente desaparece, se ponen en marcha otra vez las instituciones de la infraestructura urbana. Ya no hay oficinas de organizaciones del NSDAP, aunque siguen firmes en su puesto las de ciegos y sordomudos; la *longue durée* triunfa sobre el episodio catastrófico.

No se refleja con menos precisión lo que vino luego en los directorios de la reconstrucción, del período de ocupación o de la división de la ciudad durante la Guerra Fría, hasta el presente, cuando la reunificación al final cristaliza también en la reaparición de un directorio y un listín únicos para todo Berlín, o en la introducción de un nuevo sistema de códigos postales concebido para toda Alemania.

En octubre de 1949 aparecía la última edición del «Directorio de la ciudad de Berlín». Las «dificultades técnicas con las divisas», así dice, impedían una edición conjunta para el «gran Berlín»; sólo incluye el «sector democrático». Pero el anuncio aún está pensado para Alemania en general, la asociación berlinesa de víctimas del régimen nazi aún tiene filiales en todos los sectores. En el directorio de 1952 ya emergen las instituciones

de la Guerra Fría: consejo de control de sevicios fronterizos interzonas, centros asistenciales para tuberculosos, pasos fronterizos entre zonas. Encabezan la jerarquía ahora las autoridades aliadas y los servicios federales radicados en la ciudad. En cada distrito se indican sectores y pasos entre sectores. El directorio de 1962 se presenta como «herramienta obvia en una metrópolis cosmopolita», ya chispea en los anuncios el milagro económico que algo más tarde jarreará sobre Berlín Oeste como sobre otras ciudades. Se abren centros comerciales a lo grande en la calle Rhin, en la Karl Marx de Neukölln, en el Tempelhofer Damm, en la calle Müller de Wedding.

Y como es natural cambian nombres de calles, Berlín oscila de emperadores y generales a alcaldes y reformadores, de aliados nazis a aliados de una Alemania nueva y mejor. La política de redenominación se presenta como política de reconciliación, ilustrada, civil, occidental.

La división de la ciudad alumbró sus propias paradojas[370]. Cortó calles en dos de suerte que la numeración de los edificios se interrumpía, como en la Köpenick o la Sonnenallee. Y podía pasar que la acera izquierda correspondiera a una mitad de la ciudad pero la derecha a la otra. Los habitantes de Berlín ya no sabían cómo moverse en su propia ciudad, o al cabo de un tiempo, sólo mediante procedimientos francamente complicados. El puro azar decidió a qué lado pertenecería uno. El domicilio pudo volverse destino, determinando el entero horizonte de una vida, qué estudiaría, qué sería de uno y qué no.

La construcción del mundo. Agendas privadas: Paul Hindemith, Marlene Dietrich. Ahora bien, hay un tipo de directorio enteramente distinto. Todo el mundo lo conoce, pues todo el mundo lleva una agenda. Son en cierto modo directorios «desde abajo». En ellos almacena cada quien las direcciones que le son más queridas. Su núcleo y su criterio organizador somos nosotros, no un colectivo de autores ni una editorial. No tenemos por qué dar ni tener ninguna visión de conjunto de lo que nos rodea y nuestros lazos con ello. Nuestras agendas dicen algo de nosotros en la medida en que dan claves acerca de los seres humanos con quienes tratamos. No son documentos de valor eterno, sino en constante movimiento. En ellos quedan consignados acercamientos y distanciamientos, amistades y frialdades, hasta enemistades. Hay la anotación instantánea metida ahí por azar, y hay direcciones que siguen siendo importantes durante toda una vida, la *lon-*

Doble página de la agenda privada de Marlene Dietrich.

«En nuestras agendas se registran nuestras relaciones exteriores aún sin cribar: el número de teléfono del amigo junto al de la administración de Hacienda que nos toca y el del médico que hay que tener siempre a mano.»

gue durée individual. En nuestras agendas se registran nuestras relaciones exteriores aún sin cribar: el número de teléfono del amigo junto al de la administración de Hacienda que nos toca y el del médico que hay que tener siempre a mano.

Sólo tomadas en conjunto se llega a desprender de ellas la complejidad de nuestras vidas, que sólo otros dividirán luego en esferas distintas, acaso intelectual, privada, pública o familiar. Un ejemplar de tales agendas privadas ha llegado a editarse, la de Paul Hindemith entre los años 1927 y 1938; otra, la de Marlene Dietrich, se conoce en extractos[371]. La de Hindemith ofrece un panorama de su circunstancia durante más de diez años, de sus lazos íntimos y sus relaciones lejanas. Las añadiduras son tan significativas como tachaduras o borraduras de antiguas relaciones; a veces, con comentarios que propiamente corresponden más a un diario que a una agenda. Se encuentran agendas así prácticamente en cualquier legado de cierto alcance. No todas tendrían por qué editarse, pues no todo es de interés. Para la investigación y comprensión de un ser humano y su «obra» son sin embargo irrenunciables e imprescindibles. Son «actas» de relaciones de larga duración y de encuentros breves. Se esbozan en ellas las redes creativas, las relaciones, la circunstancia, el *milieu*, el campo en que alguien ha trabajado, pensado, vivido. No lo dicen todo, ni dan una «clave» que sólo puede encontrar uno en la «obra». Y aun así, aquí está la matriz, aquí consignada la huella del propio quehacer. Una clave del mundo de quien la dejó marcada. Los biógrafos no pueden apañarse sin ese material. Y si es así con cualquiera, con más razón en las agendas de los grandes. Todas juntas, son el índice de la historia social, cuadernos de campo a través de la red de relaciones individuales, instrumentos de navegación para explorar *milieus* y campos socioculturales.

Excursus: directorios y policía secreta. El destino de los directorios en la Revolución rusa merecería capítulo aparte. Ahí sí que se demostraría auténtica erudición, pues los de San Petersburgo-Petrogrado-Leningrado, de Moscú y de las mayores ciudades del Imperio aparecieron sólo a lo largo de treinta años o algo más, pero eso sí, en extensión asombrosa. Entre 1870 y 1930, el arte de la imprenta y la edición no le iban en zaga al occidental en ningún aspecto. Un país capaz de ordenar racionalmente sus relaciones no se apañaba sin guías de sus capitales. *Viés Petersburg* («Todo Petersburgo») y *Vsiá Moskvá* («Toda Moscú») son ejemplares de

lujo del género directorio: copiosos, fiables, bien impresos. La Primera Guerra Mundial hizo mermar la calidad de papel e impresión; la civil, el hambre y las epidemias acabaron por suspender su aparición. Hasta el retorno de la paz y la readmisión de mercado y competencia en 1921 no empezaron a reaparecer. *Viés Petrograd* y *Vsiá Moskvá* reanudaron la vieja tradición y se acreditaron imprescindibles obras de consulta para un circulo de usuarios, eso es verdad, extraordinariamente reducido para entonces. En la tradición posrevolucionaria es mucho lo que prolonga antiguas directrices imperiales: en San Petersburgo, en lugar de la corte imperial nos las habemos ahora con las altas esferas del comité central, y en lugar de ministerios, con comisariados del pueblo. La estructura jerárquica de las entradas, el tono pedagógico de todo el directorio, que no sirve sólo de información sino también de breve instrucción, tienen que ver con la reinstauración de relaciones de autoridad y subordinación en la Rusia posrevolucionaria. Y pese a todo, hacía su servicio. Era útil, necesario. Un público mayor podía acceder a las informaciones contenidas. Las instituciones, instancias e institutos dirigentes del nuevo Estado aún eran accesibles. Direcciones, números de teléfono de los miembros de la dirección política, los dirigentes mismos eran accesibles, aún no retirados tras un velo de secreto que empezó a extenderse en los años treinta. Justificado o no, miedo al terrorismo y una cultura de sospecha general y espiomanía que culminan en las aterradoras depuraciones de 1937 y 1938, hicieron de un directorio objeto obsoleto y aun sospechoso. Eso era algo de tiempos enteramente preestalinistas. Cabe conjeturar que compiladores y editores del directorio también se vieran desbordados. Se había hecho imposible mantenerse al día con una rueda de depuraciones que giraba vertiginosa. Se había hecho imposible estar al tanto de los descabezamientos en las cúspides de partido, empresas, ejército, academias e institutos. La idea misma de directorio se había vuelto insensata en un momento en que todo conocimiento sobre la sociedad se concentraba en un punto: los «órganos» de la policía secreta. Como tantas otras decisiones de 1937, la desaparición de *Viés Petrograd* y *Vsiá Moskvá* es así parte de la liquidación forzosa de todo vestigio de opinión pública y transparencia. La desaparición de directorios es un dato simbólicamente muy preciso. Privada de todo conocimiento sobre la sociedad, ésta queda abandonada a sí misma y a la manipulación del partido y la policía secreta. *Directories* ya sólo hay en manos de la nomenclatura, o en los círculos, aun más restringidos, de la Cheka. El

único lugar en que se acopia, analiza, valora y elabora conocimiento es un lugar secreto. La ilustración se ha convertido en instrumento en manos de los instrumentos de la represión. La «espada de la revolución», como la policía secreta se denomina a sí misma, sólo es aguda si la cabeza que la maneja es ilustrada. Así una sociedad anduvo a tientas en lo oscuro durante decenios, remitida a *sprawki* (averiguaciones) sobre cualquiera de aquellas cosas de las que en «circunstancias normales» se entera uno en cualquier país por obras de consulta y directorios. El precio de monopolizar así el conocimiento del funcionamiento social es inconmensurable: enlentecimiento general de la vida por parálisis del flujo informativo; pérdida de conciencia de sí y del adversario, a quien sólo cabe barruntar de alguna manera en alguna parte. Y como secuelas, miedo a la información y a la realidad.

De ahí que fuera inevitable y sintomático el retorno del directorio en la estela de la crisis y renovación de la sociedad rusa con Gorbáchov. Volvía así un instrumento elemental-banal del autoconocimiento social organizado. A la vista del inconmensurable daño que conllevó el estragulamiento de ese saber durante decenios, casi se pondría uno patético y celebraría como triunfo de la razón y la ilustración el retorno del directorio en 1987, el primero, las *Moscow Yellow Pages*. A quien no haya tenido que renunciar nunca a los miles de páginas del listín telefónico de Nueva York le parecerá una exageración. Pero es fácil echar cuentas de qué significaría para Estados Unidos que por un día siquiera se estrangulara el libre flujo de información en que descansa su funcionamiento.

No necesitamos ninguna teoría más amplia ni exagerada del directorio. Cualquiera que sea la forma superior en que vayan a parar, digital, en computadores de bolsillo, o recuperables en cualquier momento en *handy*, sabemos por ellos que los seres humanos no sólo viven en el tiempo, sino en lugares. En ellos quedan documentadas las «ciudades invisibles» a las que Italo Calvino dedicara su novela.

El conocimiento del lugar, subversivo

Kraevedenie, en alemán *Landeskunde* y *Ortskunde*, y *gradovedenie*, en alemán *Stadtkunde*, que en inglés se diría *urban studies*, se tuvieron por amenazas a la seguridad del Estado en la Rusia soviética a partir de un determinado momento. Aquello que en otros campos no se desplegaría hasta el infausto año de 1937, cuando las élites políticas, artísticas y militares fueron diezmadas por los golpes del «Gran Terror», le sobrevino ya a la corografía soviética entre 1929 y 1930. En esas fechas la dirección estalinista proclamó en vigor el sistema mixto en lo económico, el compromiso en lo político y la táctica en lo ideológico, medidas que anunciaban una «gran ruptura» y dieron paso al Gran Terror al que sucumbirían, ante todo, la aldea rusa, pero también los restos de la cultura intelectual y académica rusa. En 1929 historiadores señeros como Serguei Platónov y Yevguenii Tarlé, lo más selecto de la joven escuela rusa de geografía e historia del país, fueron detenidos, llevados ante un tribunal en el llamado «caso de la Academia», y sentenciados a largas penas de cárcel[372]. Como es sabido de este proceso pero sobre todo de los que le seguirían en los años treinta, en la acusación no hubo cargo que no valiera usar, por monstruoso y absurdo que fuera, para disciplinar y aniquilar a intelectuales y eruditos potencialmente disidentes: agentes de servicios secretos varios, conspiración monárquica, derribar al régimen, establecer un gobierno contrarrevolucionario... y con todo, hay en ello el rastro de algo que sí atañe a la cosa misma, la corografía histórica, algo que debe señalarse aquí. En general se tenía a la corografía por un modo de aquiescencia a lo dado, por supuesto reaccionario; en Alemania en particular, la corografía histórica ha de cuidarse aún hoy de las sombras que arrojara sobre ella el período previo al nacionalsocialismo y el «tercer Imperio». En el contexto alemán la corografía se halla siempre bajo sospecha de cooperar a la afirmación de lo existente, del poder establecido, si es que no de un mítico espíritu de «sangre y suelo». Frente a lo cual la tradición rusa muestra algo enteramente distinto: el conocimiento del lugar como saber crítico, subversivo, ligado por su

objeto mismo al afán de justicia y reconocimiento del pueblo y enfrentado a la opresión. La historia de esa lucha y de esa tradición está por escribir, y una vez más las observaciones que siguen sólo pueden insistir en lo absolutamente apremiante de hacerlo, si queremos enterarnos de qué pasó en el ámbito intelectual de aquella Unión Soviética en trance de aparición[373].

Los años que siguieron a la revolución de Octubre fueron «la década dorada» de la corografía soviética[374]. De un movimiento pequeño de miembros de la inteligencia comprometidos, que asociaban a ella la meta de la formación del pueblo, se había hecho un movimiento extenso y aun de masas. El número de asociaciones, círculos de trabajo o grupos formados en torno a un museo se había decuplicado. Había un abanico rico y variopinto de boletines informativos, circulares y revistas científicas o divulgativas. Los corógrafos tenían organización propia, un congreso panruso, un órgano central con investigadores muy significados a la cabeza, y simpatizantes muy significados entre escritores y estudiosos de primera fila en el nuevo Estado. La multitud de actividades es inabarcable, y tan variopinta como el gran país trastornado de arriba abajo por la revolución; mucho antes de que en Occidente se pusiera de moda la *oral history*, la hubo en la Rusia soviética, y con las mayores pretensiones metódicas y sistemáticas. Los activistas del movimiento sabían en dónde estaba su oportunidad y su privilegio: los mundos vitales de un antiguo Imperio se derrumbaban a su alrededor, clases e individuos tenían que disponer sus vidas de nuevos modos lo quisieran o no. Era un país en plena conmoción en que podía verse sólo con mirar cómo desaparecía un mundo y emergía otro nuevo entre violentas rupturas. Situación ideal para hombres con presencia de espíritu y sensibilidad para la *History in the Making*. Había que retener cuanto amenazaba esfumarse para siempre: la gran hacienda y «casa solariega», la iglesia extorsionada por incendiarios y expoliada, el vestuario de principios del XIX del noble rural, los interiores de casas de comerciantes principales del lugar. Por lo general, en la revolución no se gastaban juicios muy largos, y hacía falta no poco valor para salirles al paso y desviar por otro camino a los incendiarios apelando a «los logros del pueblo» que iban a destruir. La revolución derribó postigos y tiró por la ventana, a la calle, al primer saqueador que pasara, muchos tesoros insospechados. Se trataba de preservar esos legados «para generaciones venideras»: haciendas rurales, iglesias, diarios, archivos familiares, anotaciones, colecciones, mobiliario, cartas, leyendas, chistes, anécdotas, fotografías, instrumentos

musicales, en pocas palabras, el descomunal acopio de objetos de una cultura sentenciada a muerte. Pero no se trataba sólo de salvar, también de documentar, de fijar un presente en trance de perecer; así, la terrible hambruna en el Volga dio tema para un museo. Con la nacionalización de consorcios, fábricas y empresas se abría un campo gigantesco en que hacer propia y dar forma elaborada a la lucha impresionante del proletariado ruso. En parte alguna se documentó, expuso y analizó tan temprana y sistemáticamente la forma de vida de la clase trabajadora como en la URSS durante su primer decenio de existencia. Apenas hubo aspecto que no interesara a la temprana corografía soviética, desde la elaboración de cuestionarios para entrevistas hasta la formulación de un gran programa de investigación de los llamados «solares culturales», pasando por la confección de historias locales mediante el llamado «método local»; con consecuencias añadidas y enteramente intencionadas en otras disciplinas, por ejemplo en las ciencias literarias. El gran caudal de actividades corográficas era síntoma irrefutable de un proceso de apropiación de la propia historia en el plano objetivo[375].

Los años 1929 y 1930 acabaron con todo ello. La corografía pasó a tenerse por la puerta de entrada *par excellence* de influencias burguesas. Disipaba energías, se dijo, en tareas equivocadas, conservar frescos y mobiliarios o archivar legados documentales mientras el país necesitaba algo totalmente diferente: «especialistas en el estudio de las fuerzas productivas y riquezas naturales del país», en prospecciones para descubrir nuevos yacimientos y recursos del suelo. En lugar de excursiones a antiguas ciudades y escenarios de la revolución, ahora se trataba de enviar expertos a sondear y sacar a la luz recursos del suelo, a cartografiar territorios que a continuación inundaría un proyecto de canal o presa. Las exposiciones no debían mostrar el país como una vez fuera, sino como debía llegar a ser. La dirección ya no estaba en manos de antiguos intelectuales, amantes de expediciones etnográficas o excursiones para ilustrar la historia del arte, o coleccionistas de antiguos patrimonios folclóricos, sino de ingenieros, geólogos o agrónomos. Lo que surgió a partir de 1931 fue un nuevo movimiento de masas, pero ahora encaminado de manera totalmente diferente y con carácter totalmente diferente. Es claro que no se trataba de una simple reorientación, de pasar de una dirección histórico-cultural a una productiva o económica. Algo de más peso había de ser, cuando se investigó en los despachos de los corógrafos, se denunció a los representantes más

señeros de la especialidad y se les envió a campos de reclusión, y se retiraron de la circulación sus escritos, que desaparecieron durante decenios en las estanterías peligrosas reservadas a «literatura especial». Saber del lugar es saber de continuidad. En una sociedad revolucionaria que sólo debe mirar hacia delante, en que el desarraigo es presupuesto de la fuga hacia delante, borrar las huellas es fundamental para el poder. El conocimiento de lugares históricos es peligroso, en particular mientras circule libremente. Un decenio es corto espacio de tiempo para una ciudad venida a ser escenario de vuelcos históricos de las mayores proporciones. Saber del pasado se convierte en reproche viviente a la nueva clase dominante. En los años de la colectivización en masa y el hambre aún no se ha olvidado que una vez hubo pan para todos y de cien tipos distintos. En tiempos de implantación de un nuevo marco de relaciones laborales que califica de delito el absentismo aún no está olvidado que una vez hubo una constitución, derecho de huelga y patronales. Los lugares de las grandes confrontaciones están aún presentes en cabezas y corazones: los grandes astilleros, las fábricas, las plazas y calles a que ya nadie se atreve a salir. Rara identidad de lugares: ¡cuántos desaparecieron de nuevo en cárceles en que ya estuvieran, de las que fueron sacados en «el corto verano de la anarquía»! Kresty, Spalernaia, Lubianka, Butirky, Lefortovo... algunas nuevas se han añadido, cierto. Aún están en pie los pedestales de los que se derribaron las estatuas de los antiguos señores, a que aspiran los nuevos. El «pueblo» que se acababa de hacer un cuadro de su ciudad, de sus alrededores que son mucho más que fábricas, lo tenía claro, y tanto más esa inteligencia que antes de 1917 había luchado toda una vida para estar a la altura de su misión. Todo debía estar abierto a todos: la historia, el espacio de la historia. Lo pagó caro. Muchos siguieron desarrollando sus conocimientos metódicos en campos en el Norte, muchos pusieron sus conocimientos de historia local y corografía a disposición de las prospecciones del subsuelo y la erección de nuevas ciudades. Es característico que en el primer campo de concentración de la URSS, en el archipiélago de las Solovetski, hubiera también una «Sociedad corográfica», y que los adelantados de los *urban studies* en Petrogrado prosiguieran sus estudios precisamente allí. Así se llega a ver a estudiosos que tienen en la cabeza la entera topografía de la Edad de Plata sentados en algún campo de internamiento junto al Círculo Polar, desaprovechados, inútiles, sentenciados a muerte. Dibujando mapas nuevos, de obras del siglo XX, de la nueva era, de grandiosas construccio-

nes de canales que al parecer van a cambiar la faz de la tierra. Así se sienta Nicolai Anziferov, autor del legendario libro *El alma de Petersburgo*, en un barracón junto al canal Mar Blanco-Mar Báltico, y colecciona minerales, y organiza un museo corográfico en la capital del complejo, Medveshegorsk.

La revolución de Stalin tenía que ahogar el conocimiento del mundo ruso anterior y a los portadores de ese saber, la antigua inteligencia rusa. Sólo una sociedad desarraigada en todos los aspectos y una cultura que haya perdido su compostura podrían seguir a un Stalin. Si es que lo nuevo había de imponerse, las huellas tenían que ser borradas, y hacerse inofensivos a todos aquellos que supieran leerlas y seguirlas. Ésta es una versión de «sangre y suelo» totalmente distinta. El suelo empapado de sangre de mártires. Ésta es una versión completamente distinta de «el lugar»: el lugar como resistencia frente a transformaciones por la violencia, como última instancia ante la extinción del recuerdo. El lugar como último asidero en una época de desarraigo y aceleración vertiginosa en que todos, como atacados de vértigo, parecían haber perdido la conciencia.

Itinerarios: actas de civilización

«No leas odas, hijo mío, lee itinerarios. Son más precisos. Desenrolla de nuevo las cartas marinas antes de que sea tarde. Estate alerta, no cantes.» Del consejo de Enzensberger puede que haya sacado algún provecho la literatura, quién sabe; la ciencia histórica, ninguno. Los itinerarios no aparecen en el currículum de los historiadores en ciernes. Al parecer general son cosa para viajeros; aprovechables acaso aquí o allá como obras de consulta. El público lo entiende de otra manera. Se interesa vivamente por ellos, de anticuario o reimpresos. Las ediciones de ciertos años son especialmente buscadas: 1913, último año de paz en la antigua Europa; 1939, último año de paz antes de la catástrofe; 1946, cuando los seres humanos salieron a rastras de entre las ruinas y los trenes volvieron a circular; quizás 1961, cuando la división de Alemania alcanzó a la red ferroviaria; puede que también 1990, cuando apareció la primera edición en común del *Deutscher Bundesbahn* y el *Reichsbahn*. En este género hay *rara*, y hay *rarissima*: los de Estados Unidos, o de las diversas líneas del Imperio ruso. Todo el mundo tiene entre sus conocidos alguna clase de *freak* de esas guías que no sólo puja en subastas, compra y colecciona, sino que piensa en itinerarios, los tiene enteros en la cabeza, y puede decir si se le pregunta el itinerario más corto y el de mayor rodeo entre Berlín y Bad Gastein en el verano de 1914, o los transbordos entre la estación de Berlín-Schlesich y la estación central de Breslau en septiembre de 1939. El conocimiento íntimo admite crecer *ad infinitum*: hasta los tipos de locomotora que circulaban en algún ramal secundario, o qué papel cubría las paredes del vagón de respeto del sultán. En pocas palabras: no son sólo un mundo en sí mismos, sino un «gran tesoro cultural», como una vez se llamara a la Gran Guía Imperial de Itinerarios [*Grosse Reichskursbuch*][376].

Los itinerarios aparecen cada año, en Alemania coincidiendo con el cambio del plan de circulación en invierno. Aparecen en un papel reciclado fino como de biblia, y con seguridad alcanzan en conjunto tiradas iguales a los libros fundamentales de las grandes culturas del mundo. Los

itinerarios son algo así como el libro fundacional del funcionamiento de nuestra cultura. No son simplemente tablas e índices, sino coreografías de infinitos movimientos acordados; actas de un movimiento sin el que se detendría a la mayor brevedad la rutina obvia de nuestra entera civilización. No son sólo planes de circulación, antes bien crónicas de la dominación del espacio, actas de los avances en acortar distancias y condensar espacio. Que no se publiquen es indicio importante de alguna perturbación fundamental, incluso derrumbamiento. Su ausencia es la mejor señal de tiempos caóticos en que no rige el itinerario sino la improvisación.

Es un peculiar género literario con su propio lenguaje, su propio sistema de signos y significados. Una peculiaridad de la que apenas refleja algo la definición completamente formal del Brockhaus de 1894, que reza así: «Itinerario, libro que contiene los enlaces postales, por tren o vapor de un determinado grupo de países o partes del mismo. De ordinario trae adjunto un plano general de ferrocarriles. Aparece varias veces al año conforme a los cambios en los planes de circulación. Los más conocidos en Alemania son la "Guía imperial de itinerarios" y el "Telégrafo de Hendschel" ["*Reichskursbuch*", "*Hendschels Telegraph*"]».

También aquí hay de qué empaparse. Gordos como biblias, su factura sin embargo es totalmente otra. Casi recuerda un poco a diagramas de circuitos o a los *chips* de nuestro ordenador. Es un lenguaje sumamente racional y ahorrativo. Hizo falta tiempo para que se desarrollara hasta ese punto. Su patrón fundamental se ve en los paneles de «llegadas» y «salidas» de las estaciones, que entretanto han sido sustituidos por computadores en los que basta meter el destino para que aparezcan combinaciones posibles y precios. El placer combinatorio que tenía en suspenso a anteriores lectores de itinerarios se pierde cada vez más. Las guías de itinerarios no son sólo resumen de planes de circulación sino resultado de un largo proceso de acuerdos, poco menos que emanación de la razón colectiva en la organización de movimientos sociales. Establecen la más estrecha conexión concebible entre lugar y tiempo, la unidad espaciotemporal. Las distancias se indican medidas en tiempo y espacio. Los itinerarios traen mapas adjuntos. En el aspecto técnico son auténticos modelos cartográficos de cómo exponer en conjunto el curso de complicados movimientos. Se calcula con exactitud hasta el minuto y el kilómetro. Hay diferentes planos espaciotemporales: cercanías, largas distancias, nacionales, internacionales o regionales. Puede moverse uno a diferentes cotas de tiempo y cele-

A 2 Wien Westbf.—Linz—(Praha)—(Beograd)—Salzburg—(Paris)—Innsbruck—Zürich—Basel—Paris

D 213	D 123	D 225	D 235	L 111			L 110	D 232	D 224	D 122	D 212
a	d	b	×	c			c		b	d	a
655	805	1530	.	2330	ab Wien Westbf. .	an	730	.	1640	2230	2120
über Selzthal	1240	2021	.	505	an Linz Hbf.	ab	220	.	1210	1831	über Selzthal
	1320	2038	.	555	ab Linz Hbf.	an	144	.	1154	1811	
	1548	2305	.	820	an Salzburg Hbf.	ab	2325	.	935	1550	
	1615	.	.		ab *Salzburg Hbf.* .	an		.	.	1524	
	1848	.	.		an *München Hbf.* .	ab		.	.	1310	
D 313	2304	.	.		an *Strasbourg* . .	ab		.	.	215	D 312
	1150	.	.		an *Paris Est* . . .	ab		.	.	1850	
1500	1625	2335	.	845	ab Salzburg Hbf. .	an	2300	.	905	1417	1350
1651	1823	047	.	955	an Schwarzach-St.V.	ab	2150	.	752	1214	1153
.	.	.	.	900	ab *Beograd* . . .	an	2100	.	.	.	↑
.	.	.	.	1740	*Zagreb*	↑	1130	.	.	.	
.		.	.	010	*Ljubljana* . . .		650	.	.	⊙	
1335		.	.	650	*Villach*		130	.	1120		
1823	D 233	.	.	938	an *Schwarzach-St.V.*	ab	2210	.	755	D 234	
1700	f	052		1010	ab Schwarzach-St.V.	an	2135		737	.	1145
2115	Y	455	Y	1415	an Innsbruck Hbf.	ab	1800	f	350	←	800
.	2215	542	1000	1500	ab Innsbruck Hbf. .	an	1726	1135	307	2110	.
.	138	901	1322	1808	an Feldkirch . . .	ab	1422	823	2355	1744	←
.	143	911	1327	1850	ab *Feldkirch* . . .	an	1326	818	2338	1739	
.	221	948	1405	2000	an *Bregenz*	ab	1215	740	2300	1859	
.	255	1036	1432	2046	an *Lindau* . . .	ab	1120	702	2225	1820	
.	.	1045	2306	.	an *Strasbourg* . .	ab	.	.	2035	635	
.	.	1823	715	.	an *Paris Est.* . . .	ab	.	.	1230	2150	
.	540	916	1348	1813	ab Feldkirch . . .	an	1417	702	2343	.	1732
.	606	936	1420	1830	an Buchs-(MESZ) .	ab	1400	635	2325	.	1705
.	.	921	.	1836	ab St.-G. (MEZ)	an	1159	.	2136	.	.
.	.	1119	.	§ 2019	an Zürich (§ Enge) .	ab	§ 1010	.	1935	.	.
.	.	1259	.	2147	an Basel	ab	844	.	1744	.	.
.	.	2255	.	720	an Paris Est . . .	ab	2320	.	800	.	.

Itinerario A2 Viena-Zurich-París, 1947.

«Es un peculiar género literario con su propio lenguaje, su propio sistema de signos y significados.»

ridad: expreso, rápido, correo, que una vez indicaran diferentes velocidades. Entre puntos centrales discurren por lo general vías de alta velocidad, en las periferias el movimiento se enlentece. En medio quedan esos nudos ferroviarios a los que se conoce sólo porque «la historia» los escogió para serlo; quizás una constelación de azares, que una vez fuera aparcadero, que pararan ahí los trenes a cargar carbón y agua, que tuvieran sede las compañías ferroviarias, o cosas por el estilo. En ellos nadie se apea, sólo se sube. Vincu de Cos, Orsa, Bebra, Konin, Bohumin, lugares de que nada sabríamos de no haber figurado en negrita desde hace tanto en los itinerarios. Lugares que forman parte de los *mental maps* de nuestra infancia.

Viajes imaginarios por la realidad. La lectura de itinerarios es tan ilimitada e inagotable como su objeto. Son el mundo en un libro, el mundo de bolsillo, en formato manejable. Quien lo tiene delante puede darse a viajar. Son libros de fantasía aún más que un atlas. Dan ocasión a viajes pero no por un espacio vacío, sino comprobable, mensurable en kilómetros, horas y minutos. Cuanto contienen es «intersubjetivamente comprobable». Nada de novela, sino texto en que manda el más riguroso de los amos, el tiempo. Los itinerarios tienen algo que ofrecer a cada quién: matemático, físico o novelista, historiador de lo cotidiano o de la aceleración y el retardo de los tiempos. Podemos partir de la certeza de que concuerda con la realidad cuanto en ellos ponga. De que el 1 de agosto de 1912 a las 20:23 el expreso del Norte salía de la *Gare du Nord* y tras una viaje de 46 horas entraba en agujas en la estación del Báltico de San Petersburgo, como siempre hizo mientras existió. Es la magia de una evocación que no está remitida a hacer presente algo impreciso ni a un mero fantaseo, sino a un hecho, resultante de una rutina, de una que determina la realidad vital de muchos seres humanos, de una generación entera[377]. Ese conocimiento del lugar exacto, del momento exacto, es condición esencial de la imaginación y evocación histórica, a diferencia de la artístico-literaria. Las indicaciones de lugar y hora son exactas, a menos que algo especial se haya interpuesto. No es mucho para empezar, y aun así, es una experiencia básica, condición fundamental para la comunicación a través de las generaciones: que eso es la historia en lo fundamental, nada más y nada menos. La fascinación de tales lecturas está precisamente en que nos conducen a la realidad, no a un cielo en que todo es posible. La fascinación radica en la evocación, en el movimiento empíricamente respaldado y controlable

de una evocación que nos permite entrar en relación virtual con muertos como con vivos. Podemos dialogar y entendernos si entendemos en espacios. Sabemos movernos. Tenemos algo más que desvaídos vestigios del mundo de que hablamos. En pocas palabras: entendemos de nosotros. La lectura de itinerarios hace de nosotros entendidos en un sentido muy elemental, que algunos acaso encuentren ridículo. Pero una cosa sigue siendo cierta, quien no entiende ni se entiende en espacios no puede dialogar. Así pues, no es muy exacto hablar de «viajes imaginarios» por los itinerarios. Justamente eso es lo inimaginario imaginario, que nos movamos por el suelo firme de los hechos, que llamemos a las puertas de una red que ha existido realmente y sin cuyo conocimiento propiamente no entendemos nada: del tono interior de las civilizaciones, de *tempi*, de densidades, de lejanías y cercanías, de concentraciones y difusiones. Pues la historia es en buena medida estudio de densidades culturales.

Así es que los lectores de itinerarios no somos tanto amantes del libre fantaseo como aventureros que quieren seguir el rastro de la realidad. La guía de itinerarios de 1913 es una poderosa herramienta para viajar por la realidad, hasta los límites de la realidad, la que se puede captar y experimentar históricamente. Sólo allí donde alcanzó el tiempo de los itinerarios hubo tiempo histórico. Aquello que no llegó a figurar en ningún itinerario fue en cierto sentido inexistente. El mundo de que cabe tener experiencia se constituye sobre itinerarios: eso basta para ver que se trata de una fuente documental de tipo y cualidad muy especiales. Una en que no sólo puede consultarse algo, el enlace más corto entre A y B en el año XY, sino que dice algo de la constitución y construcción del mundo, cambiante de generación a generación.

Textos históricos. En una antigua edición de la guía de Storm se dice acerca del empleo del libro: «Entender itinerarios correctamente, es decir, saber leerlos correctamente, no es fácil. Requiere un estudio a fondo y cierta práctica interpretar cada indicación de las que aparecen en el plan de circulación, el índice de estaciones o los mapas». Pero se trata de algo más. Para empezar, ahí está su propia historia, la historia del género: testimonio documental de la ampliación y unificación de redes de ferrocarriles, autobuses postales, líneas de vapores, de la producción de un espacio de tráfico y comunicación. Pasó tiempo hasta que de las muchas compañías se hizo una sola, y de los muchos itinerarios la «Guía imperial de iti-

nerarios». Se podría revivir en una biblioteca europea de itinerarios ese proceso de unión, homogeneización y acuerdo de movimientos de tráfico, la formación de un código único, de ámbito imperial primero y supraimperial luego, pues así lo requerían las líneas internacionales: Orient Express, el expreso del Norte, o el de los Alpes, etc. Se llegó a la conformación de un tiempo único, y de ahí en adelante los itinerarios pueden leerse como documentos en que una historia europea consignó su derrota, sus cortes, sus cicatrices.

En el principio fue el itinerario editado por el servicio de Correos, mapas y horarios de rutas postales que aparecieron ya desde 1608. El «Telégrafo de Hendschel» enlazaba con esa antigua tradición proveniente de tiempos anteriores al ferrocarril. Más adelante fue la citada guía imperial de itinerarios de Storm, «*Storms Kursbuch fürs Reich*». En 1863 el consorcio de compañías ferroviarias editó el «*Officielle Cours-Buch Nr. 1*». Por largo tiempo aún coexistieron diferentes itinerarios: *Hendschels Telegraph, Storms Kursbuch, Siesta Kursbuch,* la edición de bolsillo de Kassel, *Kasseler Taschenkursbuch,* o la *Mitropa* con sus emblemas y leyendas impresos en negro y oro. Como sucesor del «Itinerario oficial n.° 1» aparece desde 1881 la Guía imperial de itinerarios, con varias ediciones al año y verdaderamente internacional: itinerarios en Egipto, Estados Unidos y hasta Vladivostok, aparte de una sección de anuncios reveladoramente cosmopolita con lista de hoteles de Budapest, Estocolmo, San Petersburgo, Berna, Roma, La Haya, Niza o St. Moritz. Se introduce al usuario en el paisaje de la hostelería europea: el Imperial de Londres, el Palace de Milán, el Nacional de Moscú, el Metropol de París, el Polonia Palace en Varsovia. Con esa guía imperial de itinerarios no sólo se unificaba el tiempo de referencia, también se acordaban entre sí los itinerarios regionales; hasta entonces, 1880, un mismo tren podía viajar primero con hora de Munich y luego de Baden. Pues no había sólo diferentes horarios regionales, sino locales. Sólo en el interior del Imperio alemán había diferentes sistemas horarios, por no hablar de Europa y el resto del mundo. En una conferencia que haría época en la historia de las comunicaciones y del tiempo, celebrada en Washington DC en 1889, se llegó a la unificación del sistema horario, a establecer un tiempo unitario, contra las pretensiones de Francia. En 1893 el Imperio alemán y los Estados vecinos acordaron la «hora centroeuropea». La introducción de una escala temporal de 24 horas aún se hizo esperar: no sobrevino hasta 1927. Con ella vino el acuerdo de unificación

de tipos de trenes. Desaparecieron «correos» y «trenes postales», se introdujo la figura del «tren de tránsito», el D-Zug. [*Durchgangszug,* directo o rápido]. A lo que vinieron a añadirse mejoras como la indicación de los itinerarios más rápidos desde Berlín a otras capitales europeas, o los expresos internacionales de compañías de coches-cama. Berlín creció hasta convertirse en la araña de la red europea de ferrocarriles. Ese espacio ferroviario cada vez más amplio y tupido se reflejó también, y no poco, en el volumen de las guías: la imperial de itinerarios para 1914 era tres veces más voluminosa que en 1880. Aun mirándolo desde finales del siglo XX, es algo insuperado en muchos aspectos y que se le antoja a uno directamente utópico. «En la guía de itinerarios de 1914 no parece haber fronteras. Como en la mayoría de los casos los controles aduaneros del equipaje se efectuaban en los mismos trenes, muchas veces la parada en las estaciones fronterizas no duraba más de lo necesario para el cambio de locomotora, y en la medida en que éste se fue haciendo innecesario, no más de unos minutos». En 1936 se hizo «superflua» la guía imperial y apareció en adelante como guía alemana de itinerarios, «*Deutsches Kursbuch*»[378].

Aprendemos a distinguir los itinerarios de tiempos de paz y de guerra. Aquéllos conducen a civiles, éstos, a personal militar sobre todo. Aquéllos, sobre todo a otras ciudades, capitales de preferencia; éstos, al frente ante todo, y a ciudades de retaguardia en que hayan establecido sus cuarteles generales mandos de divisiones. En aquéllos se puede viajar sin ninguna restricción; en éstos, sólo de permiso o con pases, pues se trata de zonas fronterizas y frentes en que extraños y civiles llaman la atención y a nada les cae encima la sospecha de espionaje; son nombres de lugares en que los pasajeros han de pasar desinfecciones y desparasitaciones, es decir, por donde discurre la frontera entre civilizado e incivilizado. El alcance de los itinerarios cambia con los azares de la guerra y los trazados de los frentes. Así puede ocurrir que Vilna, Riga, Schaulen, Lodz o Lemberg reaparezcan de golpe en la guía imperial por más que se encuentren lejos al Este, en territorio ruso-polaco. El imperialismo deja constancia en la guía imperial de itinerarios de su expansión y su derrumbamiento en 1918. En esos años pierde el paso también la edición de itinerarios, su aparición se vuelve imprevisible, y la calidad del papel se hace tan mala que hoy amenaza desmigajarse entre los dedos. Los itinerarios se pliegan a las nuevas fronteras de Versalles, que chocan por nuevas e inhabituales. Así surgen de repente nuevos lugares fronterizos y de tránsito que parecen retirados muy adentro

del territorio imperial: Eydtkuhnen, Schneidemühl, Ratibor, Eger, Eupen, Estrasburgo-Kehl. Cierto que luego, a partir de 1940, tras la «recuperación» de territorios un día amputados, hubo que cambiar de nuevo el esquema de numeración; Alsacia-Lorena aparece entonces en la rúbrica 300.ª.

Tras el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y el sometimiento de Europa se produjo una vez más una ampliación, ahora descomunal, de los itinerarios de los ferrocarriles imperiales: a saber, allende toda frontera geográfica y moral de antaño. Ahora sienta en sus cuentas billetes con destino a Kantemirovka, Ivan-Frankovsk, Orscha o Minsk. Ahora son destinos en los itinerarios del Imperio ciudades como Odesa, Rostov del Don, Kiev-Central y Kiev-Sur. De la frecuencia de circulación puede deducirse cuánta importancia tengan uno y otro destino en el transporte de hombres y material. Lo que fuera un día medio de transporte civil se convierte en vehículo principal del transporte de guerra, con todo lo que conlleva. Poco a poco se ven mezcladas las líneas civiles y los itinerarios se van quedando en los huesos.

La guía muestra qué estables son las rutinas, pues los trenes no se detienen cuando arde el Parlamento en 1933 y se llama a la revolución nacional. Cuando el riesgo no es muy alto, fugitivos y emigrantes abandonan el país en trenes que salen puntuales desde la estación de Berlín-Anhalt. Los años que van de 1934 a 1939 trajeron consigo aceleración, expansión, viajes de la organización «A la fuerza por la alegría», y cada nueva edición de los itinerarios tenía algo nuevo que ofrecer. Los tiempos de viaje se acortan, los trenes hacen frente a la competencia nueva de las autopistas. Novedad sensacional es la guía imperial de itinerarios para mercancías, *Reichsgüterkursbuch.* El punto culminante de la modernización del ferrocarril cae en el último año antes de la guerra. Aunque de todos modos será durante ella cuando se llegue, como dijo un alto cargo de los ferrocarriles imperiales, a una «auténtica explosión de rendimiento».

Los planes de circulación por vías secundarias que transportan a los judíos de Europa a las cámaras de gas son casi una segunda parte de la guía, la no oficial, conforme a la cual se transporta y deporta en Europa. No hay ninguna «rueda del terror», sino de trenes que funcionan. No hay abismo de horror, sino un plan minucioso conforme al cual se «evacúa» y deporta. Hay secuencia de convoyes y capacidades de carga calculadas con precisión. El rendimiento es cosa que se puede calcular. De ello se ocupa toda una armada de funcionarios y empleados especializados y motivados,

a juicio de Lenin, la quintaesencia de la eficiencia. En su punto culminante la aniquilación se caracteriza por su eficacia y lo previsor de sus cálculos. Podría hablarse de una dirección escénica del movimiento de depuración, de una coreografía de movimientos coordinados para la liquidación de seres humanos. Esos planes de circulación secundaria de los ferrocarriles imperiales son exacto diagrama de flujo del desplazamiento de pueblos enteros, de distribución de corriente de la aniquilación judía[379].

En algún momento deja de haber itinerarios de unas «arterias» desgarradas por las bombas y los frentes. La guerra alcanzó a los centros nerviosos, el escenario se le fue de las manos a la dirección. Un pueblo hecho añicos en una Europa en añicos se apañaba sin itinerarios. Por un tiempo la cuestión no giraba en torno a dar la vuelta al mundo, sino por los alrededores como una rata. La reaparición de itinerarios en Alemania indica que la red está reparada y se ha reanudado el movimiento. Enseguida habrá no una guía de itinerarios, sino dos, la federal y la democrática, del *Deutsche Bundesbahn* y del *Deutsche Reichsbahn.* Aún se remitirán una a otra durante bastante tiempo, pero se van volviendo cada vez más documento de división, de rumbos divergentes. Se vuelven importantes ahora estaciones fronterizas situadas en el interior de Alemania: las de Helmstedt-Marienborn las reconoce toda una generación como símbolo de la división de Alemania, y de tiempo de vida perdido en inacabables formalidades. A partir de 1989 los itinerarios atestiguan el proceso en curso de reanudación de la red y reconstrucción de un espacio único de circulación que, en muchos lugares, tenía que reenganchar con la técnica de 1939.

Actas de constitución de espacio. Los viajes que emprendemos por itinerarios impresos, *ad libitum y post festum,* son en verdad viajes a la producción de espacio. Nos convertimos en testigos del acortamiento de distancias por obra del tendido de tramos y la aceleración. Disfrutamos de la libertad de quien puede escoger entre distintos caminos, conexiones y grados de comodidad. Volvemos a recorrer el registro entero de posibilidades de enlace que no existen hace mucho, o llegamos con otra conciencia temporal a lugares que conocemos de sobra. Nos quedamos asombrados ante lo artístico del sistema que ha hecho posible tal aceleración. Pero también nos conmueve darnos cuenta de lo frágil que es. En un segundo puede quedar interrumpido un tramo en cuya construcción se trabajara casi diez años; comprobamos que el conjunto de movimientos concertados puede des-

quiciarse, que retraso y deceleración desembocan en detención total. Suspensiones de servicio, detenciones en plena vía y supresiones de transbordos informan de que la civilización se sale de quicio.

En las diferentes ediciones de la guía imperial de itinerarios, en particular en la «sección internacional», podemos estudiar la producción de un espacio nuevo de densidad hasta entonces inaudita. Leemos en ella el surgimiento de la Europa de la modernidad, donde en adelante se establece simultaneidad. Nada sucede en parte alguna sin tener consecuencias en otra. La guía de itinerarios levanta acta de nuestra nueva dependencia y cercanía. El espacio que describe se ha superpuesto a la red de enlaces postales. Surge un mundo nuevo: con otras vistas sobre el mundo, con otra visión retrospectiva y nuevas perspectivas. Los itinerarios llevan a la nueva época en que todo va más rápido y fiable sin que ni siquiera tengamos que enterarnos. Sencillamente contamos con ello. Nos confiamos a ello. Los itinerarios son documentos de relaciones que ahí siguen, intactas, pase lo que pase alrededor. Hasta que de repente desaparecen.

Movimientos que se anuncian ya no se ejecutan. Los trenes ya no salen, ya no llegan. No es el fin del mundo, pero sí de una época. Se ha descompuesto ese espacio de cuya construcción tan osada y sin embargo tan fiable son actas los itinerarios. Y se recompone, como pasa en tiempos en que al menos se dispone del *know-how* aunque todo lo demás esté en ruinas.

Simplificando, en la Europa de posguerra surgen dos espacios. Espacios de tiempo diferentes y diferentes medidas del tiempo, espacios de *tempo* diferente, espacios de diferente densidad y cohesión. Mientras las relaciones que constituyeran el antiguo espacio se hacen cada vez más esporádicas y tenues, otras se hacen más vivas y traen consigo reorientaciones. Lo que fuera una vez estación de paso es ahora término. Surgen así sendos espacios específicos de tráfico en ambos hemisferios, el Este y el Oeste.

Los viejos itinerarios, los de un espacio europeo de antaño, se tranforman en documentos utópicos. Pero sobre todo, nada de que «todo tiempo pasado fue mejor»: sobre todo fue más rápido, fiable, ágil y cercano. Los itinerarios como utopía, documentos de una situación aún insuperada. Sólo entonces cobran una fuerza verdaderamente fascinante. Sólo ahora se convierten en matriz de las posibilidades de Europa. Son testimonios de una utopía que ya fuera una vez realidad: de Berlín a Königsberg en 6 horas, de Berlín a Breslau, en 3. Hoy se necesita el doble. Tras la guerra se

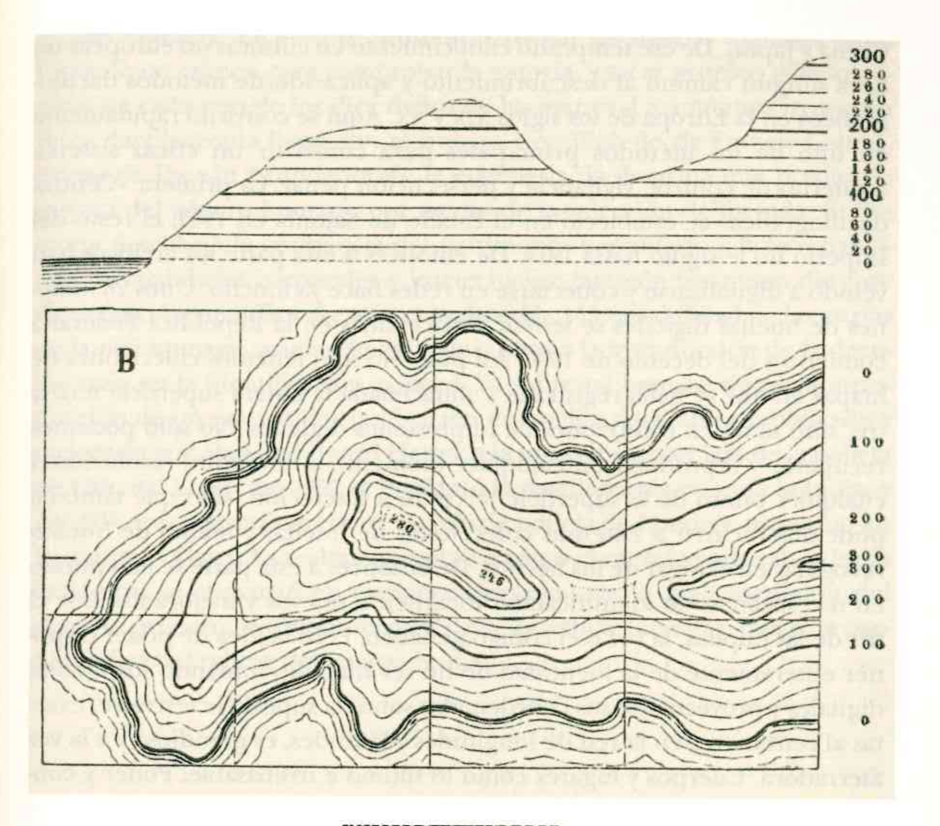
desmontaron tramos. La frontera del Oder-Neisse corta en dos conexiones ferroviarias antiguamente de intenso tráfico. Como secuela de la guerra y la subsiguiente división se vino a una regresión en toda regla: en el año 1993 el *Intercity* de Leipzig a Magdeburgo necesitaba dos minutos más que el rápido diario del año 1939. Los itinerarios de anteguerra nos dicen cuán lejos llegamos una vez, y que Europa había alcanzado una densidad y cohesión de que aún distamos mucho, aun con tanto progreso general. Son precisamente medios y herramientas de profanos los que nos aclaran el estado de las cosas. Al comenzar un siglo que se declaraba a tal punto bajo el signo del ferrocarril y la aceleración, a nadie le habría cabido en la cabeza soñar siquiera que al llegar a su término pudiera ser como es: el itinerario como texto utópico que ya fuera realidad un día.

Huella dactilar, relieve del cuerpo

Hay una llamativa semejanza entre huellas digitales y mapas orográficos. A primera vista no se distinguen. El relieve de la piel semeja un paisaje montañoso, la imagen de la yema de un dedo, la de una elevación del terreno. Las estrías de la piel semejan líneas de nivel en un plano topográfico. Hasta en los términos se muestra un parentesco entre procedimientos geométricos y biométricos: relieve, huella, *minutiae*, descripción de marcas anatómicas en las estrías como «picos», «horquillas», «puntos» «islas», «meandros» y otras. Probablemente los representantes de topografía y dactilografía habrían tenido mucho que decirse.

En la entrada «dactiloscopia» –del griego *dáctilos*, dedo, y *escopein*, mirar, «mirar dedos», por tanto– encontramos lo siguiente: «Dactiloscopia, ciencia del relieve de la piel en los dedos (estrías). En tareas policiales de investigación representa el medio más importante para identificar a un ser humano, empleado sobre todo en el esclarecimiento de crímenes. Las estrías de los dedos así como de las palmas de manos y pies son inalterables en todos sus detalles a lo largo de la vida entera. Rasgos más bastos en la figura de las estrías, como tipo, tamaño y forma de sus patrones o trazado de las circunvoluciones por la palma de la mano o el pie son de origen hereditario; los detalles del curso de las estrías (*minutiae*), sin embargo, son aleatorios, e incluso en zonas pequeñas muestran ya tan gran diversidad en sus variaciones y combinaciones que la repetición de idéntica imagen en dos seres humanos se da por excluida a efectos prácticos»[380].

Cartografiar la superficie de la piel proporciona claridad. La impresión digital es lo indudable e inequívoco, irrepetible e individual. Hasta los tiempos más recientes ése era el procedimiento más fiable para identificar a un individuo. Aun gemelos monocigóticos con idéntica herencia genética tienen patrones diferentes de estrías dérmicas. Que la huella de un dedo es inconfudible ya era conocimiento corriente en la Antigüedad. Mucho antes de la era cristiana ya se tomaban huellas digitales para despachar asuntos civiles entre asirios, babilonios y egipcios, pero también en





Curvas de nivel empleadas para representar conjuntamente formas del terreno relacionadas (tomado de Viktor von Reitzner, *Die Terrainlehre*). Abajo, impresión digital del tipo remolino.

«El relieve de la piel semeja un paisaje montañoso, la imagen de la yema de un dedo, la de una elevación del terreno.»

China y Japón. De ese temprano conocimiento en culturas no europeas no lleva ningún camino al descubrimiento y aplicación de métodos dactilográficos en la Europa de los siglos XIX y XX. Aquí se convirtió rápidamente en uno de los métodos principales para construir un eficaz sistema moderno de control, vigilancia y persecución penal. La primera «Central dactilográfica» se estableció en el Estado de Sajonia en 1903, el resto del Imperio no le siguió hasta 1914. De entonces a esta parte los archivos han venido a digitalizarse y conectarse en redes hace ya mucho. Unos 26 millones de huellas digitales se tenían almacenadas en la República Federal a comienzos del decenio de 1990. Así pues, no sólo tenemos colecciones de mapas en que se halla registrada y almacenada la entera superficie terrestre, sino también colecciones de impresiones digitales. No sólo podemos recuperar y reproducir en cualquier momento a diferentes resoluciones cualquier punto de la superficie terrestre a discreción, sino que también podemos recurrir a extensas colecciones de huellas y mapas de huellas recogidas en el lugar de los hechos. De entonces a esta parte se han puesto en uso sistemas de identificación totalmente nuevos y mejorados, por el iris de las pupilas, la voz o el código genético. Pero la idea de poder disponer enteramente de la identidad de un ser humano tomando sus huellas digitales y proyectando sus coordenadas sobre la superficie terrestre, exactas al centímetro en la red de longitudes y latitudes, es grandiosa y a la vez aterradora. Cuerpos y lugares como lo último e irrebasable. Poder y control en cuanto tales lo son siempre de cuerpos. Y de ahí que tampoco haya ninguna liberación auténtica en que no se trate en último término de liberación del cuerpo: otra cosa más que señala la estrecha dependencia entre procedimientos geométricos y biométricos, entre control de cuerpos y de territorios. Y tampoco puede ser de otro modo. Pues libertad siempre es a la vez libertad de movimiento, y libertad de movimiento es libertad de los cuerpos para moverse en el espacio.

La moderna dactiloscopia europea se retrotrae a experiencias y prácticas del Imperio colonial británico en la India[381]. El primer europeo que trató de poner las impresiones digitales al servicio de fines policiales fue en 1877 William Herschel, quien había estado en Calcuta al servicio de la administración central de la India. La cosa le vino de tener que confirmar la identidad de personas en el pago de salarios y nóminas. Más o menos a la vez e independientemente llegaba a iguales descubrimientos otro inglés residente en Japón, Henry Faulds, tras investigar a fondo en las estrías de

la piel humana. En 1880 propuso aprovechar las huellas digitales en el lugar de un crimen para comprobar la autoría, y sacar pruebas dactiloscópicas de cada uno de los diez dedos de las manos. La auténtica irrupción de la dactiloscopia llegó con el trabajo científico de sir Francis Galton, primo de Darwin y fundador de la eugenesia, la doctrina que predica la mejora del género humano por medio de la selección deliberada. Él fue quien descubrió la constancia del patrimonio hereditario y la heredabilidad de cualidades corporales e intelectuales; también fue quien dio fundamentación científica al carácter inalterable y la variabilidad de las estrías de la piel humana, ayudando así a abrir paso a la introducción de la dactiloscopia en la identificación policial. Ya sobre tal base, se siguió la introducción de un sistema de clasificación de huellas dactilares simplificado y mejorado por obra de Edward Henry, a la sazón inspector jefe de la policía de Calcuta. En el año 1897 se implantó la dactiloscopia en toda la India, y en 1901, tras convertirse Henry en jefe de policía de Londres, asimismo en Inglaterra y Gales. Es realmente notable cómo el mundo colonial, la India británica, se convirtió en campo de pruebas de la gran medición del mundo: primero, la trigonométrica de la superficie terrestre, luego, la dactilográfica del relieve del cuerpo humano.

Biografía, *curriculum vitae*

Walter Benjamin: «Hace tiempo, en realidad a lo largo de muchos años, acariciaba la idea de articular gráficamente en un mapa el espacio de la vida –bios–. Al principio tenía en mente la carta náutica de una costa con sus faros, hoy me inclinaría más por un mapa de Estado Mayor, si los hubiera del interior de ciudades. Pero no los hay, seguramente por desconocimiento de los teatros de operaciones del futuro. Concebí para ese mapa todo un sistema de signos, y si se consignaran en él claras y distintas tantas cosas, las casas de mis amigos y amigas, los lugares de reunión de colectivos varios, desde los "locutorios" del movimiento juvenil hasta los de las juventudes comunistas, el hotel de putas y la habitación que conocí por una noche, los decisivos bancos de la Casa de Fieras, el camino del colegio y las tumbas que he visto llenar, los lugares donde aún centellean cafés desaparecidos de nombres que ya nadie conoce y a nosotros se nos vienen a los labios cada día, las pistas de tenis que hoy son bloques de pisos, las salas de baile adornadas con dorados y estucos que el horror de las horas de baile hacía semejantes a gimnasios o poco menos, todo quedaría muy colorido sobre el fondo gris de esos mapas»[382]. Sólo París colmó por primera vez ese sueño suyo, «cuyas huellas primeras fueran los laberintos dibujados en las hojas de mis cuadernos escolares». Benjamin habla reiteradamente de esas «ensoñaciones gráficas»[383], de dibujar un «diagrama» de su vida. Y también ha jalonado con lugares de su niñez el recuerdo de su infancia: el monumento a Federico Guillermo y la reina Luisa en el Tiergarten, el puente Bendler, el Landwehrkanal, las villas del barrio del Tiergarten, el panorama imperial, la columna de la victoria, el parque de Brauhausberg, donde estuvo una residencia de verano de su familia, Steglitzer esquina Genthiner, la despensa, la calle Kupplerische junto a la sinagoga, el mercado de la plaza Magdeburgo, la Casa de Fieras, Blumeshof 12, la biblioteca del colegio, la casa de verano en Babelsberg, la puerta de Halle, el laberinto, palcos, la piscina de la calle Krummen, la isla de los pavos y Glienicke. Lugares todos ligados a

vivencias fundamentales: enfermedad, descubrimiento del sexo, visita a sus tías, muerte de su tío.

Las descripciones de vidas son historias de movimiento. Sus mojones están en nacimiento y muerte, discurren entre el lugar de nacimiento y el de fallecimiento. Enciclopedias y lápidas se concentran en esos datos elementales. Es fácil que con ello no se diga lo esencial, pero sí lo más seguro: un currículum vitae es abreviatura, párrafos de vida extractados, vida en *staccato*, asomos de algo que sólo con la mayor dificultad se deja poner conceptos. Los lugares no son «ruido y humo» [*Fausto*], dicen algo de procedencia, formación, carrera y destino. Flanquean a cada vida, marcan caminos vitales. Son los escenarios en que todo transcurre. En ellos sobrevienen encuentros de los que depende luego todo lo venidero. En ellos se cruzan caminos de los que surge algo nuevo o por los que algo desaparece. En ellos imperan atmósferas y ambientes que dejan que algo se prepare o lo hacen imposible.

La vida entera consiste en movimientos en el espacio: de casa de los padres al colegio, del colegio al cuartel, del cuartel a la universidad o la fábrica. Uno «entra» en un nuevo capítulo de su vida. El movimiento es expresión de libertad. Movilidad es movimiento en sentido literal. Preguntado por un trabajo, uno «está en ello», hay que «estar encima» o se va de cabeza al hoyo. Cada quien sigue un «camino» en la vida: puente de plata o camino de espinas, todo le viene rodado o cuesta arriba, hace la carrera habitual o se pasa a otra. Uno busca por ahí hasta que en alguna parte funciona. Hay quien lo tiene más planeado y va mirando a una meta, y quien más bien a tientas, dando rodeos, tanteando. Uno «se abre camino» a través de dificultades y resistencias. Corre a puertas que se le abren. Hasta los hay que son exploradores. Por más rodeos que demos, no podemos esquivar ese hecho al hablar.

En las biografías se viene a juntar todo, lo individual con lo general, el hombre con la «máscara caracterial», espíritu de la época con temperamento individual, inclinaciones con azar: o no. La vida sucede en el espacio y el tiempo. Su unidad está confinada en el lenguaje. Una mirada a la sección correspondiente en el *Deutsches Wörterbuch* de Jacob y Wilhelm Grimm le pone a uno ante los ojos esa vinculación obvia e indisoluble. Vivir es como viajar. Pasa por alturas y depresiones. *Per aspera ad astra.* Uno arrastra algo toda la vida, tiene ya mucho a la espalda o aún todo por delante. Uno mira al futuro como a un amplio panorama que se extiende

ante él. Uno supera obstáculos, se sobrepone a situaciones aplastantes o se impone en situaciones peligrosas. Uno va tirando a través de los obstáculos. La vida da muchas vueltas, tiene altibajos, y cuando no, vivir lisa y llanamente agota. En la vida hay encrucijadas. Caminos que se separan. Puntos de partida. Épocas de paso. Campos de prueba. Áreas de trabajo. En palabras se alza y alcanza a la palabra la dinámica de la vida. Lanzarse a algo. Desprenderse. Largarse. Imponerse, afirmarse, dejarse desatarse, contenerse, juntarse, retirarse, adelantar, apartar. Orden temporal es también orden espacial: a lo largo de la vida, *vita brevis*, camino de la vida, escaparse la vida, etapas de la vida, laberinto de la vida, metas en la vida, el río de la vida, la vida pasa volando.

El lenguaje tampoco puede hacer otra cosa. El ser humano se pasa decenios enteros de camino a alguna parte. Por lo general su horizonte vital se extiende desde su casa a su puesto de trabajo. Diez mil, cien mil veces los mismos movimientos: en el metro, en el tren, en los corredores de alta velocidad, en los *lobbys* de los aeropuertos, en los movimientos siempre iguales de subir y bajar escaleras. Lo más firme de la vida son las secuencias de movimiento que se han vuelto rutinas. La socialización humana discurre en movimientos de acercamiento y alejamiento. «Habitualmente» la vida transcurre por los «cauces habituales». En momentos excepcionales se sale de madre, en épocas de catástrofe se va al garete. Las rupturas tienen dimensión espacial. Los seres humanos son arrojados a miles de kilómetros, desplazados, deportados. Fuga, emigración, expulsión, son formas de movimiento y cambio de lugar aceleradas con violencia. En las biografías del siglo XX están inscritas las rupturas del siglo: en convulsos movimientos adelante, cambios de lugar violentos y por la violencia, arriesgando la vida en traspasar fronteras. Sólo la más lejana tierra de asilo podía ofecer seguridad en la época de la segunda de las guerras mundiales. Cuanto más lejos del foco de la crisis, mejor. A quien le cogiera a medio camino podía darse por perdido. En esa época de guerras y revoluciones mundiales las biografías abarcan el mundo entero, y lo recorren. Discurren entre Berlín y Shanghai, entre Praga y Nueva York, entre Vilna y Chicago, entre Petersburgo y París. O conducen a la otra cara de la vida, la clandestinidad, los bosques de los partisanos y la jungla de la gran ciudad. Las biografías se pueden convertir en espejos de derrumbamientos. Quien hubiera vivido en zonas tormentosas de la historia mundial y sobrevivido tenía buenas perspectivas de llegar a ser testigo ocular de toda clase de

derrumbamientos a su alrededor. Sin tener que dejar siquiera su trozo de tierra los habitantes de Galitzia en el siglo XX pudieron cambiar varias veces de identidad política en el curso de su vida. En una generación pudieron ser súbditos de la k.u.k. [imperial y real] monarquía danubiana, la república de los consejos de Ucrania occidental, la segunda república polaca, la Unión Soviética, el Imperio pangermánico y otra vez de la Unión Soviética. Algo semejante pudo sobrevenirle a los habitantes de todas aquellas regiones por las que discurrían fronteras retrazadas una y otra vez: Alta Silesia, Prusia Oriental, el Báltico, Besarabia y Dobrudja, Bucovina y Macedonia, Eslovenia y Burgenland, Eslovaquia o las zonas fronterizas de Bohemia, Alsacia o todas las comarcas fronterizas del Imperio ruso-soviético. Lo que quedaba, en tiempos de fronteras errantes e imperios descompuestos, eran lugares. Podían cambiar sus nombres, pero no su situación en la red de meridianos y paralelos, junto al río o en el llano.

Los lugares son testigos de fiar. Los recuerdos son elásticos. A tal punto que uno puede componer e inventar pasados: las biografías como construcciones *ad libitum.* Los lugares no cooperan en eso: siempre han estado ahí, y ahí siguen cuando hace mucho que se ha ido quien los recuerda. Tienen una especie de derecho de veto. Son las montañas que aún hay cuando la fe que las moviera se disipó hace mucho. Son las vegas que quedan cuando la labor se acaba. Las superficies en que aún son visibles las huellas que dejaron generaciones hace mucho extintas.

Manual para viajeros de Karl Baedeker, o la construcción de Centroeuropa

Centroeuropa, para muchos mera idea o ideología de que puede discutirse largo y tendido cuanto se quiera, es ante todo un contexto de experiencia al que puede seguirse el rastro con los medios de la ciencia, observación y análisis. Esto rige en particular allá donde Centroeuropa alcanza su máxima densidad, en el territorio de la antigua monarquía danubiana. A lo largo de generaciones y de siglos se conformó bajo la égida de los Habsburgo un singular complejo imperial con todas las trazas de un conglomerado heterogéneo y aun así mantenido por una asombrosa cohesión y capacidad de integración. Más de dos docenas de pueblos y poblaciones vivieron largo tiempo bajo el mismo techo. La capital imperial, Viena, era una metrópolis multiétnica, como lo eran las ciudades principales de las tierras de la corona, multiconfesionales y políglotas. La monarquía danubiana no resistió la movilización general de la Gran Guerra como los otros imperios, y se descompuso en luchas de clases y pueblos. La monarquía danubiana desapareció hace mucho y sin embargo ha dejado huellas visibles hasta hoy. De camino por Centroeuropa se topa uno a cada paso con la herencia de la cultura kakana. No es difícil hacerse idea del ámbito de vigencia de la antigua monarquía. Las fronteras han sido alteradas hace mucho por los Estados nacionales erigidos sobre sus ruinas, y aun así todavía hoy, tras las desolaciones de la guerra y de la reconstrucción, puede uno hacerse idea sin dificultad de las fronteras del antiguo mundo kakano. No son fronteras nítidas, más bien transiciones. Pueden leerse en vistas de ciudades, siluetas, fachadas, sedimentos arquitectónicos, gestos y costumbres. Aquello que lo señala no es un privilegio, ventaja ni cosa semejante, sino una morfología específica y una «composición orgánica específica» (Karl Marx). Tiene que ver con la mezcla y amalgama étnica, religiosa, cultural y lingüística que eran horror y enigma irresoluble para todo partidario del Estado nacional «puro». Por algo fueron precisas las más sobrecogedoras fuerzas destructivas, incluidos genocidio y expulsión en masa, para hacer surgir de la mezclada Centroeuropa Estados nacionales homogéneos en el ordenamiento de la posguerra mundial. Los perfiles del antiguo Imperio atraviesan por medio de las formaciones del mundo postimperial nacionalista y hoy son para nosotros indicadores de otro mundo, *El mundo de ayer* de Stefan Zweig.

En ese «mundo de ayer» hay mucho guía: la literatura de Joseph Roth e Italo Svevo, los edificios de la Sezession, las fotos de la exposición del milenario en 1896, estadísticas y gráficos que dan fe de los progresos en higiene y educación popular. Y el Baedeker, el «Manual para viajeros»[384]. El dedicado a Austria, o el de Austria-Hungría, reaparecidos en muchas ediciones y reimpresiones, tiene muchas ventajas de las que suelen hallarse en guías y obras de consulta. Se encuentra en ellos informaciones, en este caso sobre monumentos y lugares de interés, planos, mapas, indicaciones de comunicaciones postales y ferroviarias, precios de habitaciones en hoteles del lugar. Pero esa abundancia de información y la palmaria utilidad del libro hacen fácil pasar por alto lo esencial. El Baedeker es un documento *sui generis*. Reproduce espacios culturales y aun coopera en la producción y constitución de espacios culturales. Las guías de Baedeker documentan densidades. Fijan relaciones. Replican *mental maps*. El Baedeker es un *Organon* de la producción de espacios culturales homogéneos. Le guía a uno hasta Kakania en tanto mundo vital, no a la Kakania de la literatura. Todo en él apunta a la utilidad, forma externa, manejabilidad, visibilidad de conjunto, concisión en las informaciones, aprovechamiento aun del último hueco disponible. Es un breviario. El viajero debe poder situarse instantáneamente con un mínimo esfuerzo. La monarquía danubiana es tan variopinta y llena de recovecos como los paisajes que en ella se reúnen, pero el libro hace resaltar lo esencial y crea el panorama. De un extremo al otro hay mucho trecho, pero el Baedeker señala el camino. Quien lo hojea se entera de inmediato de qué distancia hay de Viena a Chernovitz o de Budapest a Abazzia, de Pilsen a Cracovia, y cuánto tarda el rápido en hacer el trayecto. El Baedeker dibuja la red en que uno puede moverse sin esfuerzo y con agilidad. El Imperio habla muchas lenguas, pero el Baedeker habla en la *lingua franca* que por doquier se entiende. En él se encuentran inagotables informaciones: sobre las cualidades del clima, las mejores temporadas para viajar, el aspecto de montañas y llanuras, la composición de la población en las tierras de la corona y en las ciudades más importantes, la situación confesional... Surge así un cuadro de la multiplicidad de la monarquía. Pero a la vez, cuando se invita a visitar monumentos y curiosi-

dades se va siempre a lo esencial. Todo tiene su orden. Pese a sus muchos pueblos, lenguas y confesiones, el Imperio es transparente, abarcable de una mirada. El Baedeker establece ejes visuales y trayectos, tensa la red de coordenadas en que puede moverse sin esfuerzo aun el principiante. En ese espacio no se necesita siquiera pasaporte. «En Austria no hay necesidad de pasaporte», reza la introducción. En cuanto al idioma, tampoco se ve uno perdido en ninguna parte: «En las zonas eslavas e italianas de la monarquía el conocimiento de la lengua alemana es de difusión casi general entre los instruidos. Por lo general funcionarios de ferrocarril y aduanas, gendarmes y guardas, personal de hoteles y cocheros se saben manejar en esa lengua». En todos los lugares se encuentra una estructura más o menos idéntica. «En las ciudades grandes, así como en balnearios importantes y recientemente también en algunos lugares de vacaciones del Tirol, los hoteles de primera clase ofrecen las comodidades internacionalmente habituales. Aparte de ascensor, luz eléctrica, calefaccón central y baño, se encuentra a veces ese dispositivo francamente de agradecer, la doble puerta que amortigua el ruido tanto entre habitaciones como entre éstas y el pasillo.» En Abbazia o en Carlsbad, en Fiume o en Graz, en Lemberg o en Klausenburg, los hoteles tienen siempre los nombres corrientes en el mundo entero: Hotel Águila Dorada, Hotel Central, Hotel Europa, Hotel Ciudad de Trieste, Hotel Bellavista. Está en marcha un gran proceso de unificación: en tarifas de balnearios, precios de coches de punto, propinas de camareros y porteros. Al ámbito entero de la monarquía se extiende también el proceso de equiparación gastronómica: «Las casas de comidas tienen igual disposición en toda la monarquía. La cocina, particularmente en las grandes ciudades, es buena casi sin excepción, a destacar casi siempre sopas y repostería. En todas partes, aun en los restaurantes más distinguidos, se obtiene a precios moderados vino y cerveza de barril para acompañar». Siguen indicaciones sobre el trato con el servicio, cómo leer las cartas de menú, cómo tomar vino o cerveza. «En Viena y las grandes ciudades son incontables los cafés, pero también pueden encontrarse casi por todas partes en balnearios y pequeñas ciudades... hay en cualquier parte un amplio surtido de periódicos, en particular vieneses, y junto a ellos se encuentran también parisinos o del Imperio alemán.» Los cafés raramente cierran antes de las dos o las tres de la madrugada. El Baedeker describe las costumbres al tomar café: «Café, casi siempre excelente, en vaso o taza (que aquí llaman "cuenco" [*Schale*]), de 12 a 20 coronas (con

crema, *Melange*, con más leche que café, "más blanco" [*mehr weiss*]; más café que leche, *Kaputziner*). En cada mesa hay bollería tierna para servirse a discreción (2 kr. la pieza). No se acostumbra pedir "café" [*Portion-Kafee*]; de hacerlo, se le sirve al cliente una taza, y el café y la leche por separado, pero se paga por taza y media el precio de dos. Se encuentran helados ("congelados" [*Gefrornes*]) en cualquier parte, entre 20 y 30 kr.). Al "contador" [*Zahlmarqueur*] que echa la cuenta se le da una única propina de 2 a 3 kr., así como al camarero». Y de las pastelerías se dice: «Junto a buenos bombones y tartas (célebres en Viena son las *Linzer*, *Sacher* y *Pischinger*), las pastelerías ("panaderías de dulces" [*Zuckerbäcker*]) ofrecen gran surtido de helados: en Viena, "uvaespina" [*Ribisel*] es grosella, "berberís" [*Weinscharl*] es agracejo, "corneja" [*Dierndln*] es cereza silvestre, "alberge" [*Marillen*] es albaricoque y ""crema batida" [*Schmankerl*], vainilla»[385].

Todas estas observaciones se encuentran en la introducción, donde se anticipa lo esencial para el viaje, esto es, todo lo relacionado con pasaporte, aduana, lengua, dinero, viajes, hoteles y correo. Aquí es donde se habla de rutinas sobre cuyo tácito funcionamiento descansa cualquier orden, también el de la monarquía danubiana. Es ahí donde se exponen los supuestos corrientes, los que rigen en todo el Imperio. Donde entran categorías de hoteles y restaurantes, expectativas de funcionamiento de servicios, cocheros, autobuses, mozos o correo. Aquí tienen su sitio la unificación de determinadas prácticas, los horarios de apertura de museos o consideraciones sobre costumbres locales o regionales. Indicaciones de lugar y tiempo, indicaciones de distancia, temporada, precio y duración tienen que ser fiables y presuponen a su vez un sistema de tráfico y comunicaciones más o menos fiable y fluido. La monarquía se hace abarcable de una mirada no sólo desde la capital o desde Schönbrunn, sino también para súbditos y ciudadanos que en número creciente se pueden permitir moverse en el ámbito de la monarquía, y más allá. La monarquía, en sus comienzos acaso un surtido de diversos territorios compuesto mediante una política de poder, prudencia y matrimonios dinásticos, se convierte cada vez más en territorio, en un espacio. Abazzia se acerca a los funcionarios pudientes del Mährisch-Ostrau que quieren pasar el verano en la costa dálmata; Cracovia está tan cerca que los representantes polacos en el consejo imperial pueden estar en casa en una noche. Trieste se convierte en puerta del mundo para todos cuantos no ven ningún futuro para sí en Galitzia o Bucovina y se han decidido a emigrar. Y para todos cuantos quieren echar un vistazo a la sede del

emperador está Viena igual de lejos. Kakania crece a ritmo de kilómetros de vía tendidos en la monarquía danubiana. La monarquía crece con ellos. También exteriormente. Viena se rodea de una corona de ciudades con aspecto de «pequeñas Vienas»: Lemberg, Cracovia, Chernovitz. Una red de comunicaciones ágiles por ferrocarriles estatales o privados se tiende sobre el tapete de retales, por las tierras de la corona y de la dinastía. Con cada puente construido y cada túnel abierto se encogen las distancias y se acelera el *tempo* del desarrollo. La monarquía danubiana es un espacio civilizatorio, no mera alianza dinástica o de poder[386]. No es azar que la cohesión imperial de la monarquía danubiana sea legible hasta hoy en las estaciones erigidas por ella y en su época; ora en estilo *Beaux-Arts*, ora modernista, en todo caso nunca en el ostentoso neoclásico del Imperio alemán o neorruso del Imperio ruso. Estaciones, nudos ferroviarios, enlaces, enclavamientos, oficinas de la administración ferroviaria se convierten en relés del tendido de un Imperio que se moderniza. Allí se ejercitaba uno en nuevas formas de movimiento y nuevos *tempi*, en nuevos criterios de disciplina y eficacia. Un ejército de obreros, empleados, ingenieros y funcionarios no menos importante que el militar estaba listo para mantener en marcha la máquina del movimiento del Imperio, no menos importante que la militar. En torno a las catedrales del siglo XIX crecían nuevas ciudades[387]. Sobre ellas se establecía un tiempo unificado conforme al cual latía el Imperio. Lo que escribiera en 1841 el visionario Friedrich List sobre el sistema de ferrocarriles alemanes vale también para la monarquía danubiana: «El sistema alemán de ferrocarriles sin embargo no sólo fomenta los intereses materiales de la nación, sino que también sirve eficazmente...

–como instrumento de defensa nacional...

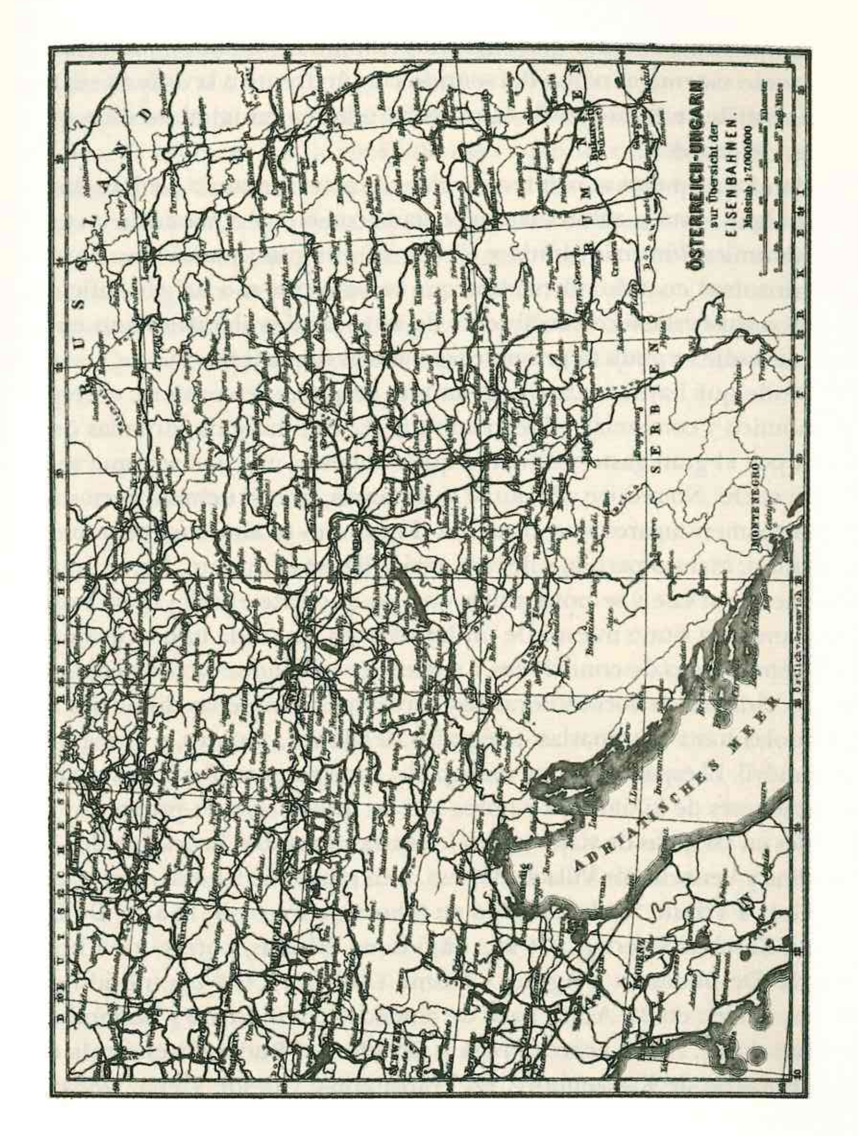
–como medio de fomento de cultura, pues acelera y facilita la distribución de todo producto literario y toda producción de artes y ciencias, pone en contacto e influencia mutua talentos, conocimientos y destrezas de todo tipo; acrecienta los medios de formación e instrucción de todos los individuos de cualquier clase y edad;

–como institución de previsión frente a carestía y hambre...

–como institución sanitaria (transporte sanitario);

–como mediador en el trato entre mentalidades y talantes, pues une a amigo y enemigo, y entre sí a los afines;

–como medio vigorizador del espíritu nacional, pues acaba con ese mal que es la estrechez de miras, el provincianismo y sus prejuicios;



Red ferroviaria de Austria-Hungría, 1898.

«Desde que hay ferrocarril, un ámbito de poder se convierte en espacio económico y comercial, y luego cultural.»

–como firme ceñidor que enfaja los riñones de la nación alemana...

–como sistema nervioso del sentido común frente a la ordenanza legal; pues distribuye la fuerza de la opinión pública en igual medida que el poder del Estado...

»Sin foco en que se condensen ciencia, arte, literatura y educación, en parte alguna está la cultura tan necesitada como en Alemania de un medio de comunicación más rápido y fácil... así, ninguno podrá sino convenir con nosotros cuando afirmamos que ya sólo por eso habría suficientes motivos para establecer un sistema de ferrocarriles alemanes aun en caso de que nadie se pudiera prometer ganancias financieras»[388].

Desde que hay ferrocarril, un ámbito de poder se convierte en espacio económico y comercial, y luego cultural. El tren hace de jornadas descartadas por el gran gasto y esfuerzo que conllevan una jornada que se pasa en un vuelo. No reduce a la mitad la distancia, sino el tiempo. Permite que se aproximen lugares muy distantes. El camino es ahora mensurable con precisión, incluso partida y llegada están fijados al minuto. De un Imperio en que el sol sale y se pone surge uno en que bate el reloj de la estación marcando un ritmo nuevo. De un Imperio en que cada uno vivía a su propio tiempo, uno de conexiones y enlaces coordinados: un espacio-tiempo único. Además de locomotoras hay otros que tiran de las distancias reduciéndolas hasta eliminarlas: telégrafos, teléfonos, vapores, y enseguida el automóvil. El espacio se hace manejable, transparente. Por todas partes las indicaciones de kilómetros y horas son las informaciones primeras y principales en las guías de viajes y para los extranjeros. Del Bruck [an der Mur] a Udine y Venecia por Villach, 337 km, tren rápido en 9 horas, correo en 13. De Graz a Trieste 368 km, rápido en 8 horas, correo, de 12 a 13. De Budapest a Kaschau-Eperies, 274 km, rápido en 6 horas, correo en 7 horas y media. De Budapest a Agram y Fiume (Abbazia), 608 km, rápido en 15 horas, correo en 23. Así se hace de ciudades como Viena y Budapest una ciudad doble. Así se acerca Praga a Dresde. Así Budapest está más cerca que Bucarest de Klausenburg, en Transilvania; y desde Viena, ambas ciudades son sendas estaciones en la línea del gran Oriente Exprés que circula puntualmente entre París y Constantinopla. Por primera vez se aúnan todos en un sólo tiempo, el del ferrocarril. El ferrocarril trueca centros del interior en litorales, casi como Heinrich Heine describiera París en 1843: «¡Qué no ocurriría si se prolongaran las líneas hasta Alemania y Bélgica y se enlazaran con las de allí! Se me antoja que bosques y montañas se acercan a París. Ya huelo el aroma del tilo alemán; rompe ante mi puerta el Mar del Norte»[389].

El espacio de la monarquía danubiana se rompió con los disparos de Sarajevo. El instrumento de movilidad se convirtió en vehículo de movilización general. Los nudos que mantenían trabado el Imperio quedaron del otro lado o en la periferia. La red imperial se desgarró y nacionalizó. Era una red fuerte. Aún es visible en fragmentos: en una cantina de estación, en una garita de señales con un depósito de agua, en la casa del jefe de estación de Bohumin-Oderberg, en la calle de la estación que lleva al centro. Quizás también en el adorno de los suelos que ya casi nadie sabe descifrar.

American Space
La poesía del *highway*

El *highway* es el signo más visible del siglo XX estadounidense. Se extiende por decenas de miles de millas de un extremo del continente al otro. Quizás el *highway* o la red entera de *freeways, expressways, turnpikes* y *parkways* sea el jeroglífico más significativo inscrito en el planeta por mano de hombre. Junto a la muralla china, el *higway* es la única obra que se percibiría sin esfuerzo desde el espacio exterior. El *highway* ha hecho por primera vez del continente Norteamérica, los Estados Unidos de Norteamérica[390]. Esto lo vio con toda precisión Dwight D. Eisenhower, el general y luego presidente de Estados Unidos tan fascinado por el sistema de las autopistas alemanas que diera luego su nombre al *interstate-system.* Con ocasión de acordarse el *masterplan* del *interstate highway system* afirmaba en 1955: «Juntas, las fuerzas unidas de nuestro sistema de comunicación y transporte son elementos dinámicos totalmente conforme al sentido del nombre que llevamos, Estados Unidos. Sin ellas seríamos un mero manojo de muchas partes diferentes».

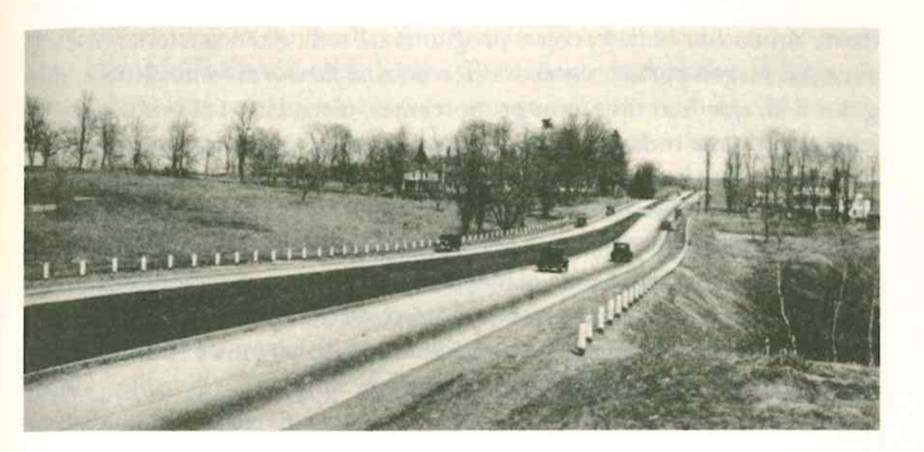
Sólo la red de *highways* hace por primera vez del espacio territorio. El *highway* es el camino que lleva a Estados Unidos y al mundo que ha venido a ser como Estados Unidos. No es una mera forma de movimiento, sino «forma de tráfico» en el sentido de Marx. Figura un comportamiento social, o dicho a la estadounidense, un *way of life.* Eso es más que una figura retórica fácil en una sociedad motorizada en más del 90 por ciento y en que nada es posible sin coche. En el *highway* está en marcha «Estados Unidos como nación sobre ruedas», ahí se muestra el ser humano como «animal territorial» de cabo a rabo (John Brinckerhoff Jackson). El *interstate system,* que en sus 50.000 millas ciertamente sólo abarca el 1 por ciento del total del sistema viario, es un sistema de *superhighways,* de *highways* superlativas: sólo por el *interstates* circula un cuarto del tráfico de viajeros, y casi la mitad del tráfico de mercancías. Su perímetro es diez veces mayor que en la antigua Alemania Occidental, o treinta que en el Reino Unido. Sobre el movimiento del *highway* se funda el mercado al igual que el movimiento

entre *downtown* y *suburbia.* La red de *highways* produce el espacio estadounidense así como la malla *–irongrid–* que hace del espacio norteamericano por vez primera el territorio de Estados Unidos.

La producción del espacio estadounidense. Todo el mundo lo sabe: uno aún no ha llegado a Estados Unidos cuando ha aterrizado en JFK y llegado hasta Manhattan. Estados Unidos empieza en alguna otra parte. Quizás en los *rites de passage* a despachar en los *rentals,* en Budget, Hertz o Gold Dollar, donde le proporcionan a uno la llave del coche de alquiler. Desde ahí ya no hay obstáculo, restricción ni traba. A partir de entonces el continente entero está ahí, abierto. Allí empieza el Estados Unidos de la «absoluta libertad del *freeway*»[391]. Allí empieza una manera específica de moverse. Tenemos la libertad de ir donde queramos. Nadie nos detiene con que cumplamos un mínimo de reglas y vayamos financieramente provistos como para poder mantenernos donde nos apetezca y salirnos de la ruta principal cuando se nos antoje. El *highway* funciona conforme a leyes unitarias, establecidas en la «Federal Aid Highway Act» de 1956. Rige dondequiera que lo abordemos y dondequiera que lo dejemos. Rige en el poblado Este como en los desiertos que hay que atravesar. Se extiende sobre relieves que pueden ser diferentes. En cualquier punto consta al menos de dos carriles en cada dirección, cada uno de 12 pies exactos de anchura, y cada uno con un arcén de 10 pies de ancho a su vez. Las anchuras están calculadas de manera que uno tiene que estar un poco desquiciado para tener un choque. Está preparado para una velocidad entre 50 y 70 millas por hora. Su finalidad es un movimiento sin problemas. Que nadie tenga que atravesar un cruce ni parar en uno. Los peajes siempre están señalizados con luces. Los trazados consisten en franjas de hormigón blancas y paralelas, inscritas por mano del hombre en la superficie de la Tierra siguiendo el relieve. Discurren interminables hasta desparecer en el hozionte. Desaparecen en un túnel o llevan a una red de la que sobresalen hacia lo alto las torres del centro de una ciudad. Conducen por valles y llanuras, se encorvan por el lomo de montañas o cortan por *canyons* artificiales zonas demasiado escabrosas[392]. Son la caligrafía de Estados Unidos en el jardín del Edén, trazada con fuerza y a lo grande. Así va miles de millas, pasando por decenas de miles de puentes, y a tramos, principalmente en áreas urbanas, sobre kilómetros de pilones, arcos peraltados y pasos elevados. Es el jeroglífico monumental que vemos desde el avión. Es la vista

conocida por el helicóptero de la policía e incontables películas sobre una corriente de tráfico constante, ininterrumpida: por miles de millas, uniforme y sin saltarse la norma prescrita y establecida desde hace decenios. El descomunal movimiento de la cantidad descomunal produce una forma peculiar, uniformidad, una leve monotonía. John Brinckerhoff Jackson: «La autopista parece no acabar nunca. Pasa por un área para camiones brillantemente iluminada de largo ante las luces de una ciudad. Columnas de camiones paran al caer la noche en los aparcamientos y poco a poco surge del viaje solitario un sentimiento de introspección. Ese viaje a solas por el paisaje nocturno es una de las situaciones preferidas en relatos, películas y programas televisivos en el corazón de Estados Unidos: ocasión para evocar recuerdos de otros tiempos. Vuelve uno a pensar en su pasado, su trabajo, en su suerte y en quienes deja atrás. El cuadro de mandos indica qué hora es, a qué velocidad se viaja y cuánto queda aún de viaje. Lo idéntico (*sameness*) del paisaje estadounidense impone, y libera de cualquier sentimiento definido de lugar. Su familiaridad hace que uno se sienta en casa en cualquier parte. El desvanecimiento del sentido del tiempo lleva a ir aumentando gradualmente la velocidad. Esa uniformidad que todo lo impregna es en conjunto resultado de la malla, no simplemente la de las calles en toda ciudad al oeste del Mississippi, sino esa descomunal que cubre dos tercios del territorio nacional, desde Mississippi y Ohio hasta el Pacífico, de Río Grande a la frontera canadiense, desde donde prosigue ligeramente modificada hasta el bosque subpolar del Norte. Esa red territorial, no el águila ni las barras y estrellas, es nuestro verdadero emblema nacional. Creo que se le debe grabar a cada niño estadounidense en el instante de su concepción, de modo que a lo largo de toda su vida se figure el modo en que hay que proceder no sólo con el espacio sino con el movimiento»[393].

No hay estrechamientos ni giros ni escollos imprevistos de ningún tipo. Uno no se doblega ante la naturaleza, se pliega a ella. Todo es previsible, a todo puede acomodarse uno sin tener que pararse. El éxito de la señalización de rutas se demuestra al viajar. El código tiene que ser fácilmente comprensible, reducido al más elemental de los mensajes: números, letras, cifras. El sistema es simple: las rutas principales tienen uno o dos números. Las cifras impares figuran la dirección Norte-Sur, las pares, Este-Oeste. Para las primeras, la numeración comienza por el Oeste, para las segundas, por el Sur. Así es posible del modo más simple navegar [por esa parte] del continente norteamericano.



***Highway* en Massachussetts.**

«Los trazados consisten en franjas de hormigón blancas y paralelas, inscritas por mano del hombre en la superficie de la Tierra siguiendo el relieve.»

Todo tiene que estar claro y ser reconocible a primera vista. Quien quiera o lo que quiera ser visto tiene que hacerse visible y reconocible desde un coche. *Visibility* como programa de toda estética a lo largo de la ruta. Así surgen paisajes enteros orientados al *flâneur* automovilístico, dirigidos a él, que han dispuesto proporciones, distancias, colores y luces de cara al que pasa rodando por delante. Así surgen ciudades enteras pensadas a partir del *strip* y orientadas a él. Las Vegas fue una vez prototipo de esas ciudades, luego –*Learning from Las Vegas*– ha hecho escuela a lo largo y ancho del mundo[394]. El *highway* ha producido el paisaje estadounidense, la conexión de ciudad y país, el movimiento desde centros de civilización a parques nacionales en que puede admirarse el trabajo volcánico de los géiseres, los círculos de las águilas sobre los *canyons*, la fauna y la flora prehistóricas. Desde el *highway* se hace visible un universo entero. Imposible pasar por alto sus símbolos. Leemos al pasar el texto que representa a Estados Unidos: ESSO, Shell, Aramco, Texaco, Goodyear, Firestone, Kentucky Fried Chicken, Burger King, McDonald's, Lucky Strike, Holiday Inn, Howard Johnson's Motor Lodge, Wal Mart's, Coca-Cola, Marlboro. Es el código de la propaganda y la persuasión. Qué no habrá para seres humanos de camino: moteles, garajes, coches de segunda mano, gasolineras, *truck cities, heated pools, breakfast, coffe shops, family accomodations*, banderas en épocas patrióticas, *parking lots, rest areas*, restaurantes, cafés, *amusement parks, drive-ins*, cines al aire libre, casinos, tiendas de *souvenirs*. Aquí puede practicarse lo que Venturi llama «*comparative analysis of billboards*».

Quien se confía al *highway* está en buenas manos. Uno se mueve con inaudita ligereza. El *highway* hace del país algo disponible. Cada punto del territorio puede alcanzarse sin gran esfuerzo y es accesible en cualquier momento. Se aprende de lejanía, y de humildad a su medida, pero también confianza en que todo es hacedero. Uno puede estar a la hora convenida aun en el paraje más salvaje y apartado. Con distancias tales nadie se las mide, y aun así se las mide sin esfuerzo al recorrerlas. Son escuela de soledad. Jean Baudrillard hablaba del prodigio «de la total disponibilidad y transparencia de toda función en el espacio, que aun así no puede asirse y sólo conjurarse con velocidad», de cómo «van parejas prodigiosa ligereza y desolación inexorable»[395]. Se puede medir toda distancia, calcular todo movimiento. Los *highways* estadounidenses son huella de un movimiento hacia delante, no de alarde, compulsión de progreso o larvada guerra civil. El movimiento por un *highway* tiene su ritmo. Sabe de mil matices

entre el tráfico fluido y el atasco que avanza a tirones. La corriente ininterrumpida por las cintas de hormigón se ha convertido en parte de la segunda naturaleza de Estados Unidos, imagen de su sublimidad tanto como los desfiladeros de Manhattan. El catálogo de formas a lo largo de decenios, el espectro de colores *out* o *en vogue*, el ritmo con que se encienden y apagan las luces traseras, el zumbido del aire sobre las corrientes del tráfico, las secuencias de *billboards* que llevan hasta el horizonte, la retórica de los indicadores, todo forma parte de nuestra imagen de Estados Unidos antes de haber estado allí. El *highway* tiene sus ambientes: la disciplina forzosa cuando se va por la mañana temprano en dirección al *downtown*, el agotamiento que se nota cuando se deja atrás idéntico camino en sentido contrario por las tardes. Un abanico de ambientes y estados de ánimo entre el alba y el ocaso, entre *downtown* y *suburbia*. El *highway* es lugar destacado en la literatura desde John Steinbeck a Jack Kerouac, el lugar de la melancolía estadounidense. Quizás el *highway* sea *genius loci* de Estados Unidos. El movimiento lo es todo, los caminos que llevan a la meta son tan importantes como la meta misma. Quizás no se comparta ya un mismo lugar, pero sí el movimiento entre lugares. El *highway* se convierte en *common place*, lugar común. «Son cada vez más el lugar de trabajo y esparcimiento, de trato social y entretenimiento. De hecho han venido a ser para muchos la última huida que les queda a alguna privacidad y soledad, y al encuentro con la naturaleza. Los caminos ya no llevan a un lugar, lo son. Y como siempre tienen dos funciones importantes. Sirven de motores de crecimiento y expansión, y de imanes en torno a los cuales se organizan nuevos desarrollos. En el paisaje moderno, nunca otro espacio fue a tal punto elástico y móvil»[396].

Pero a la vez es el lugar de las *shared routines*, de ejercitarse en el trato humano con todo lo que conlleva: disciplina, consideración, mantener distancias. «La cuestión que exige respuesta es de qué tipo de comunidad pequeña, o local, cabe tener la esperanza. De lo que sí podemos partir con bastante certeza es de que no estará fundada en la territorialidad. Lo que nos llevará juntos al futuro no será tanto participación en un espacio común en el sentido tradicional como algún sentimiento de pertenencia común ("*sodality*") fundado en el aprovechamiento común de carreteras y calles, en rutinas compartidas por todos»[397].

En la autopista se forjan las virtudes del buen conductor, a quien tanto le da mantener distancias cortas a un ritmo vivo o avanzar al paso durante horas, que no llega a tener un *crash*. El *highway* es un sistema de dominio

del espacio y reducción de las distancias. Del *highway* estadounidense forma parte el cielo sobre el *highway*. «En Europa las nubes nos echan a perder el cielo. Comparados con los cielos infinitos de Norteamérica y sus cúmulos, nuestros pequeños cielos y nubes aborregadas son contrafiguras de nuestros pensamientos aborregados, nuestros pensamientos que nunca se toman espacio... Eso se ve en el cielo. Europa nunca ha sido un continente. Tan pronto pone uno pie en Norteamérica siente la presencia de un continente entero: el espacio es allí el pensamiento mismo»[398].

El modo de movimiento adecuado al *highway* es el viaje en coche. Pero por el *highway* no se viaja, se desliza uno. «Nostalgia que sobreviene en lo inabarcable de las colinas tejanas y las *sierras* de Nuevo México: autopistas que se desploman a pico y *superhits* que salen de la estereofonía del Chrysler y las oleadas de calor: la instantánea no basta, se necesita la película entera en tiempo real, el del transcurso del viaje, incluidos el calor insoportable y la música, y volver a pasársela uno sin cortes de cuarto oscuro. Recuperar la magia de la carretera comarcal y la distancia, del alcohol congelado en mitad del desierto y de la velocidad, revivir la inmanencia de todo eso en tiempo real en la pantalla del vídeo de su casa: no sólo por el aliciente del recuerdo, sino porque la fascinación de la repetición ya estaba en el viaje mismo, en el carácter abstracto de ese viaje. El desierto que pasa rodando está infinitamente cerca de la eternidad de la película»[399]. Del *highway* forma parte también un *sound* específico. En los años sesenta del siglo XX, tal eran Jimmy Hendrix, Frank Zappa, los Beach Boys, los Rolling Stones.

El ojo del escritor. Vladimir Nabokov, el escritor y exilado ruso, llegó en mayo de 1940 a Estados Unidos. Desde la costa Este donde enseñaba (en el Wellesley College y la Cornell University), viajó mucho por todo Estados Unidos: conferencias y viajes docentes le llevaron a más de treinta *colleges* y universidades entre Florida, Illinois y Palo Alto; pero sobre todo, expediciones en busca de mariposas que le llevaron a Telluride (Colorado), Afton (Wyoming), Porta (Arizona) y Ashland (Oregón). Nabokov y su esposa Vera «meandreaban» por el país. Cuando dejaron Estados Unidos en 1958 habían visto el país entero desde el coche. En 1940 tenían un Plymouth, en 1946 un Oldsmobile, en 1954 un Buick de cuatro puertas, al que Nabokov llamaba «*buika*» o «*lyaguchka*». En su asiento trasero trabajaba en *Lolita*. Que no es sólo un libro sobre la pasión de Humbert Humbert, sino sobre Estados Unidos visto por Nabokov *on the road*[400].

Estados Unidos comienza con la decepción habitual en el europeo[401]. «Recuerdo que cuando era niño y vivía en Europa me pasaba las horas muertas contemplando un mapa de Norteamérica en el que los Montes Apalaches corrían en letras negras muy grandes desde Alabama hasta Nueva Brunswick, de modo que toda la región que atravesaban –Tennessee, Virginia y Virginia Occidental, Pensilvania, Nueva York, Vermont, Nueva Hampshire y Maine– era vista por mi imaginación como una Suiza enorme, o incluso un Tíbet; allí todo eran montañas, una sucesión de picos gloriosamente facetados igual que diamantes, coníferas gigantes, *le montagnard emigré* vestido con una magnífica piel de oso, *Felis tigri goldsmithi* y pieles rojas bajo las catalpas. Que todo ello se redujera a una incesante sucesión de deprimentes zonas residenciales suburbanas con jardines llenos de césped y alguna que otra humeante planta incineradora de basuras resultaba desolador ¡Adiós, Apalaches!» (págs. 258-259). El paisaje norteamericano es lo otro, lo enteramente distinto, no europeo: «Esos espacios son hermosos, de una hermosura que cautiva el corazón, que tiene un toque de inocente entrega, de sorprendida y emocionada entrega, algo que ya no poseen mis lacados pueblos suizos, brillantes como juguetes, ni los tan exhaustivamente cantados Alpes. Innumerables parejas de enamorados han retozado y se han besado en el pulido césped de las aldeas del Viejo Mundo, en el musgo aterciopelado que crece alrededor de las fuentes, junto a higiénicos arroyos siempre a mano, sobre rústicos bancos debajo de robles llenos de iniciales, y en tantísimas *cabanes* en tantísimos bosques de hayas. Pero el amante de las coyundas al aire libre debe tener presente, en cambio, que la naturaleza de los grandes espacios abiertos norteamericanos no es propicia para que se entregue al más antiguo de los delitos y los pasatiempos. Plantas ponzoñosas escaldan las nalgas de su amada mientras infinitos insectos pican las suyas; ásperas muestras de la flora local aguijonean las rodillas del amante y los insectos se ensañan con las de la amada [...]» (págs. 206-207). Uno puede estar de camino sin enterarse realmente de nada del paisaje. Norteamérica como *mental map*. «Habíamos estado en todas partes. Pero en realidad no habíamos visto nada. Y ahora no puedo menos que pensar que nuestro largo viaje no hizo más que ensuciar con un sinuoso reguero de fango el encantador, confiado, soñador, enorme país que entonces, cuando lo miro retrospectivamente, no era para nosotros más que una colección de mapas de puntas dobladas, guías turísticas ajadas, neumáticos gastados y sollozos nocturnos. Porque cada noche –todas y

cada una de las noches– Lolita se echaba a llorar no bien me fingía dormido» (págs. 216-217). Nabokov lleva un libro de viajes por el país. «Durante el desaforado año que va de agosto de 1947 a agosto de 1948 gastamos en alojamiento y alimentación cinco mil quinientos dólares, más o menos; los gastos en gasolina, aceite y reparaciones ascendieron a mil doscientos treinta y cuatro dólares, y casi esta misma suma nos costaron diversos extras; así pues, durante unos ciento cicuenta días de viaje real (¡durante los cuales recorrimos más de cincuenta mil kilómetros, como ya he dicho en otro lugar!), a los que hay que añadir otros doscientos de paradas intermedias, este modesto rentier gastó alrededor de ocho mil dólares, aunque lo más probable es que, en realidad, pasaran de los diez mil, pues, como soy tan desinteresado, seguro que me olvidé de anotar infinidad de pequeños gastos» (pág. 216). El capítulo más importante y caro es el alojamiento. «Entonces empezaron nuestros prolongados viajes a lo largo y ancho de Estados Unidos. No tardé en preferir a cualquier otro tipo de alojamiento para turistas los que proporcionaban los funcionales moteles: sus cabañas eran escondrijos limpios, agradables, seguros; lugares ideales para el sueño, la discusión, la reconciliación, el amor ilícito e insaciable» (pág. 177). Los hoteles aparecen naturalmente como *places of desir.* «Pues a lo largo de nuestro camino infinitos hoteles proclamaban su disponibilidad con luces de neón, prontos a alojar vendedores, presidiarios fugitivos, impotentes y familias enteras, así como a las más corrompidas y vigorosas parejas. ¡Ah, gentiles conductores que os deslizáis a través de la negrura de las noches estivales, qué escenas, qué paroxismos de lujuria, podríais ver desde vuestras insuperables carreteras si las paredes de las confortables cabañas de los moteles perdieran sus pigmentos y se volvieran tan transparentes como cajas de cristal!» (pág. 144). Pero sobre todo, como lugares de esa comodidad *standard* tan apreciada por la «*architecture of persuasion*» (Robert Venturi). «De nuevo desangelados moteles nos recibieron con carteles semejantes a éste: «“Deseamos que se sienta como en casa durante su estancia entre nosotros. *Todos* los objetos que contiene esta cabaña fueron cuidadosamente inventariados antes de su llegada. Hemos anotado la matrícula de su coche. Utilice el agua caliente con moderación. Nos reservamos el derecho de expulsar sin previo aviso a cualquier persona indeseable. No tire desperdicios de *ninguna clase* en la taza del retrete. Muchas gracias. Vuelva a visitarnos. La Dirección. P.D.: Consideramos a nuestros clientes las Mejores Personas del Mundo”» (págs. 259-260). El mobiliario

standard de los moteles, que una y otra vez produce el mismo efecto de reconocimiento, aparece así en Nabokov: «Había una cama de matrimonio, un espejo, una cama de matrimonio en el espejo, una puerta de ropero con espejo, una puerta de cuarto de baño ídem, una ventana azul oscuro, una cama reflejada en ella, la misma en el espejo del ropero, dos sillas, una mesa con tapa de cristal, dos mesitas de noche, una cama de matrimonio: una gran cama de madera, para ser exacto, con un cubrecama de felpilla de color rosa, y dos lámparas de noche de pantallas rosas y rizadas, a derecha e izquierda» (págs. 146-147). Se dan las situaciones típicas de hotel: «El comedor nos recibió con un olor a tocino frito y una sonrisa pálida. Era un lugar casto y presuntuoso, con murales cursis que representaban cazadores encantados en posturas y estados de encantamiento diversos, en medio de una mezcolanza de animales, dríadas y árboles descoloridos. Unas cuantas ancianas, dos clérigos y un hombre que llevaba una chillona chaqueta deportiva a cuadros terminaban de cenar en silencio. El comedor se cerraba a las nueve, y las muchachas vestidas de verde encargadas de servirnos mostraron, por suerte, una prisa desesperada por librarse de nosotros» (págs. 149-150). Más concisos son inventario y mobiliario de la carretera: «En la alegre ciudad de Lepingville le compré cuatro revistas de historietas, una caja de bombones, un paquete de compresas, dos cocacolas, un juego de manicura, un despertador de viaje con esfera luminosa, un anillo con un topacio auténtico, una raqueta de tenis, unos patines con botines incorporados, unos prismáticos, una radio portátil, chicle, un impermeable transparente, unas gafas de sol y algo más de ropa: pantalones cortos, varios vestidos [...]» (pág. 173). En las gasolineras se reconoce sin dificultad los emblemas de las grandes compañías petroleras. «Habíamos parado en una estación de servicio bajo el signo de Pegaso [...] mi automóvil estaba listo, y lo retiré de los surtidores para que atendieran a una camioneta de reparto; fue entonces cuando el volumen cada vez más grande de su ausencia empezó a pesar sobre mí en aquella inmensa extensión grisácea azotada por el viento. No era la primera vez, ni sería la última, en que contemplaba con los alicaídos ojos de la mente aquellas inmóviles trivialidades que parecían casi sorprendidas, igual que rústicos que se sintieran desconcertados por el hecho de encontrarse en el campo de visión del viajero inmovilizado a su pesar: el gran cubo de basura verde, los negrísimos neumáticos, con una blanquísima franja que reseguía el lateral, expuestos para su venta, las brillantes latas de aceite para motor, la roja

nevera, con su surtido de bebidas, las cuatro o cinco –o seis o siete– botellas vacías colocadas al azar en las casillas de una caja de madera, de tal modo que le daban la apariencia de un crucigrama, el insecto que subía pacientemente por el interior del cristal de la ventana de la oficina. Por la abierta puerta de ésta salía música, procedente de una radio, y, como su ritmo no armonizaba con la ondulación, el estremecimiento y otros gestos de las plantas agitadas por el viento, uno tenía la impresión de presenciar una vieja escena cinematográfica [...]» (págs. 260-261). En una ocasión Lolita va «a la señal de la Concha» (pág. 262). El aparcamiento parece «una fila de coches aparcados semejantes a cerdos en un comedero» (pág. 144). Humbert Humbert, que atiende a quienes le siguen en el cabriolé cereza, tiene que tener un ojo certero con tipos y colores de coche. «Verdadero Proteo de la carretera, cambiaba de vehículo con asombrosa facilidad [...]. Al principio parecía inclinado al Chevrolet: empezó con un descapotable verde campus, pasó luego a un pequeño sedán azul horizonte y se desvaneció en un gris oleaje y un gris madera arrojada a la playa por el mar. Después pasó a otras marcas y recorrió un pálido arco iris de matices, y un buen día me sorprendí tratando de discernir la sutil diferencia entre nuestro Melmoth azul sueño y el Oldsmobile azul celeste que había alquilado. Pero los grises eran su criptocromatismo preferido, y en pesadillas de agonía procuré en vano reconocer fantasmas como Chrysler gris concha, Chevrolet gris cardo, Dodge gris francés» (págs. 280-281). Humbert Humbert se ve forzado a «un estudio profundo de todos los automóviles de la carretera (los que teníamos delante, los que nos seguían, los que nos adelantaban, los que iban, los que venían, cada vehículo que pasaba bajo el sol): el automóvil del tranquilo turista de vacaciones, con su caja de pañuelos de papel en la ventanilla trasera; el cacharro a velocidad temeraria, lleno de niños pálidos, con un perro lanudo que asoma la cabeza y un guardabarros abollado; el coquetón sedán del soltero, atestado de trajes en perchas; la inmensa caravana que avanza con lentitud, inmunea la hirviente furia que la sigue en fila india; el automóvil con la joven pasajera elegantemente reclinada en medio del asiento delantero para estar más cerca del joven conductor; el automóvil que lleva en el techo un bote rojo invertido [...]» (pág. 281). El viaje también pasa ineludiblemente por la *Main street*, centro de la ciudad estadounidense. «La nueva y hermosa oficina de Correos de donde acababa de salir se alzaba entre un cinematógrafo dormido y un jardincillo en que había un grupo de álamos. La hora era las nueve de la mañana. El

lugar, la calle Mayor. Caminé por la acera todavía azul observando la opuesta: le daba un encanto que hacía que casi pareciera hermosa una de esas frágiles mañanas de principios de verano que hacen brillar el cristal de una ventana aquí y allá, y que parecen traer consigo un aire general de desaliento, que te hace desfallecer, ante la perspectiva de un intolerablemente tórrido mediodía. Crucé la calle y recorrí despacio la larga acera de la manazana opuesta, hojeándola, por así decirlo: Farmacia, Inmobiliaria, Modas, Recambios para Coches, Café, Artículos Deportivos, Inmobiliaria, Muebles, Electrodomésticos, Oficina de Telégrafos, Tintorería, Colmado» (págs. 276-277). Cómo transforma la noche el paisaje estadounidense se muestra en imágenes que podrían proceder de Edward Hooper: «La puerta del iluminado cuarto de baño estaba entreabierta; además, un esqueleto de luz llegaba de las lámparas exteriores, más allá de las persianas. Esos rayos entrecruzados mitigaban la oscuridad del dormitorio y revelaban esta situación» (pág. 157). Por obra de la noche «una digna y limpia avenida eminentemente residencial, bordeada de árboles inmensos, degeneró en despreciable vía de paso de gigantescos camiones que rugían en la noche ventosa y húmeda» (pág. 160). Tampoco falta la pantalla del cine *drive-in*: «Mientras buscaba alojamiento para aquella noche, pasé ante un autocine. En medio de un resplandor selénico, verdaderamente místico, por el contraste que ofrecía con la negra noche sin luna, en una gigantesca pantalla, dispuesta en sentido oblicuo respecto a la carretera por donde yo circulaba, en medio de campos oscuros y soñolientos, un delgado fantasma levantó una pistola; tanto él como su arma fueron quedando reducidos a agua temblorosa de fregar platos por el ángulo oblicuo de aquel mundo que se alejaba de mí, y, al instante siguiente, una hilera de árboles ocultó aquella gesticulación» (pág. 360). Nabokov descifra de viaje por los Apalaches los mensajes de focos y neones. «Era una noche negra y tibia, en algún punto de los Apalaches. De cuando en cuando, pasaba un coche junto al mío; veía alejarse las luces rojas y acercarse las blancas. Pero la ciudad permanecía muerta. Nadie paseaba o reía en las calles como hacen los burgueses en la dulce, madura, podrida Europa. Yo era el único que disfrutaba de la noche inocente y de mis terribles pensamientos. Un receptáculo de alambre, sobre la acera, era muy exigente en cuanto a lo que se podía tirar en él: PAPEL SÍ. BASURAS NO. Rojas letras de luz anunciaban un comercio de fotografía. Un gran termómetro con el nombre de un laxante se exhibía tranquilamente en la fachada de una farmacia. La joyería Rubinov ofrecía

diamantes artificiales reflejados en un espejo rojo. Un luminoso reloj verde flotaba en las profundidades de la lavandería de Jiffy Jeff, atestada de ropa. Al otro lado de la calle, un garaje decía en sueños GENUFLEXIÓN LÚBRICA, pero se corrigió, y pasó a decir LUBRICANTES GULFLEX. Un aeroplano, también enjoyado por Rubinov, pasó rugiendo por los cielos aterciopelados. ¡Cuántas ciudades dormidas había visto! Y aquélla no sería la última (...). Un poco más allá, en la misma calle, unas luces de neón titilaban dos veces más despacio que mi corazón: la silueta del anuncio de un restaurante, una gran cafetera, se animaba a cada segundo con una vida esmeralda y, cada vez que desaparecía, letras rosadas que decían BUENA COMIDA la reemplazaban. Pero la cafetería aún podía distinguirse como una sombra latente que los ojos discernían antes de su inmediata resurrección esmeralda» (págs. 346-347). No se le escapan al ojo de Nabokov ni siquiera los reflectores en los postes a lo largo del camino. «Para entonces la noche había eliminado ya casi todo el paisaje, y mientras seguía la estrecha y tortuosa carretera una serie de postes bajos, espectralmente blancos, con reflectores, pedían prestada la luz de mis faros para indicarme las curvas que se sucedían sin cesar» (pág. 359).

Arqueología de Estados Unidos. El *highway* no es sólo el medio intemporal de comunicación transcontinental, no sólo la transmisión que mantiene en marcha «*the Machine in the Garden*» (Leo Marx)[402]. El *highway* tiene una historia y una genealogía. La calzada por la que hoy conducimos suele ser ya obra de segunda, tercera o cuarta generación. Debajo se hallan en numerosos estratos las sendas indias o de tramperos, los caminos hacia la frontera y la tierra prometida donde manan leche y miel, la National Road de 1811, que discurría desde Cumberland en Maryland a Vandalia en Illinois. Debajo se halla el *Highway* 66, cuya construcción comenzó en 1926 y llevó desde Chicago por el Suroeste hasta Los Ángeles, junto al Pacífico. Un fragmento del *Sturm und Drang* del automovilismo y el fordismo, pero también la «*Mother Road*» de *Las uvas de la ira* de John Steinbeck, por la que cientos de miles se mudaron al Oeste en la época de la depresión. Ese tramo es hoy itinerario de peregrinación y museo de un Estados Unidos que ya no existe. Imágenes de Mother Road, con *lodges, inns,* moteles, gasolineras en Amarillo y Alburquerque, piezas de museo de la época de la depresión. La gran época de la construcción de *highways* no vino sin embargo hasta después de la Segunda Guerra Mundial, que había dejado

en suspenso los grandes proyectos del New Deal, y fue en tiempos de la Guerra Fría. No es azar que generales como Dwight D. Eisenhower y Lucius D. Clay, al mando del puente aéreo de Berlín, intervinieran decisivamente en la realización del programa *Interstates* de 1956. El *highway*, como todos los grandes proyectos de carreteras de la historia, tenía no sólo importancia civil sino también estratégica y militar. Funcionaba como sistema de deslocalización rápida. Así se hizo de un sistema al servicio de la movilidad social instrumento de movilización. El *highway* como línea de avituallamiento de los puertos del Atlántico y del Pacífico o de aeropuertos militares. Comenzado en la Segunda Guerra Mundial pero desarrollado con fuerza en los años de la Guerra Fría, el sistema de *highways* hizo posible trasladar la industria estadounidense del Noroeste al Oeste y Sudoeste. El *highway* fue para el siglo XX lo que la Union Pacific para el XIX. El programa *interstate* representa la nueva vigencia mundial de la pujante superpotencia lo mismo que la *Panamerican* o la comodidad del Hotel Hilton. En el principio no fue sólo el programa de empleo del New Deal, también una utopía. En la exposición mundial de 1939 en Nueva York se presentaron proyectos de *highways* con 6 carriles, y el diseñador Norman Bel Geddes había proyectado en el futurama *superhighways* de 14 por las que debería ser posible atravesar el continente a velocidades que alcanzaran los 160 km/h. Se suponía al tráfico llevado a distintas alturas a través de las ciudades, y su puesta en servicio, para 1960. Enseguida la realidad superó a esas visiones. Acaso el punto culminante de desarrollo de los *highways* coincidió con el año de la crisis del petróleo en 1972. Entonces, cuando las calzadas de hormigón densamente pobladas se quedaron solitarias, pudo alcanzarse un barrunto de lo que podría ser el mundo tras la *automobile age.* Pero nosotros en verdad no podemos imaginarlo: un Estados Unidos sin el movimiento de las *highways,* con *truck cities* en que las luces se hayan apagado. Sería un país distinto. Pero no hay que especular. Si queremos saber qué cariz toman las cosas en Estados Unidos, hay que ir allí donde mejor se toma su pulso, al *highway*, la *main street* de Estados Unidos. *Stop-and-go* y tráfico fluido significan prosperidad. El jeroglífico nos dirá cómo están las cosas para Estados Unidos. Si el *highway* aparece descuidado o el hormigón de las calzadas muestra grietas por donde brota hierba, la época estadounidense habrá llegado a su fin.

Espacio ruso:
ensayo de una hermenéutica

Tras el final de la Unión Soviética no se tenía inicialmente otro nombre para lo que ocupó su puesto que el de «espacio postsoviético». Espacio es difuso, vago. Por contra, territorio es conciso, preciso, definido. Territorio es algo con fronteras, y pasos. Naturalmente, se habrían podido enumerar los Estados que pasaron a ocupar su puesto, que surgieron de esa ruptura. Pero eso no habría dilucidado el dilema que así se había hecho patente. Un Estado que había sido «un sexto de la Tierra», que se había grabado en las imaginaciones como territorio de semejante superpotencia, había dejado de existir. Era difícil acostumbrarse, grabarse los contornos de la nueva Rusia, la Federación Rusa. Toda la fábrica de teorías de transformación social fundada entre los ecos del derrumbamiento del socialismo real no ha logrado desarrollar ningún lenguaje adecuado a lo que estaba pasando. Siempre se hablaba de transición, mucha transición: de propiedad estatal a privada, de centralismo a descentralización, de Estado unitario a federalismo, de socialismo a capitalismo, de dictadura a democracia. Sólo de una cosa no se hablaba, o apenas: lo más visible, la transformación de superficie, la alteración del espacio soviético que sucedía ante nuestros ojos hasta su final disolución. Una «hermenéutica del espacio soviético y postsoviético» (Vladimir Kaganski) está aún en sus comienzos[403].

Final de la URSS, ruptura del espacio soviético. Las situaciones de ruptura son siempre momentos estelares para observadores y analistas. Una ruptura deja ver. Se separan los elementos vivos de los muertos. Cohesión o desintegración de un sistema no necesitan aún afirmarse teóricamente, se hacen patentes ante los ojos de todos. Analizar significa entonces en sentido amplio dar voz a lo separado. Así también con la URSS. Los elementos de que se compusiera se destacan y separan. Lo obsoleto y quebradizo se desploma sobre sí mismo, lo vivo o capaz de desarrollo se afirma. La ruptura de la URSS deja ver su genésis. Tales situaciones nostálgicas contienen siempre, al menos como oportunidad, un componente de perspicacia analítica. La ligereza con que la URSS se ha disuelto y ha sido desmantelada parece confirmar el parecer de todos aquellos que desde siempre habían visto en la Unión Soviética una mera «construcción» externa, artificiosa y precisamente por eso violenta: sólo algo construido de esa manera se deja «deconstruir» así sin esfuerzo alguno. Todo aquello por lo que estuvo compuesta durante decenios, según esa lectura, en realidad nunca fue componente, sino compuesto desde fuera. Las repúblicas siguieron su camino hacia la soberanía como si todo fuera comprensible sin más y preparado de largo tiempo: estructura, fronteras, capitales, personal nacional, Academias nacionales. El único dolor parece haber sido el del fantasma. Cierto es que en algunos lugares del antiguo Imperio, sobre todo en Chechenia, el proceso de separación se quedó clavado y se ha devorado a sí mismo en una espiral de violencia. Pero en general sigue dando la impresión de que separación y disolución de la URSS se hayan llevado a cabo con la mayor facilidad. ¿Significa eso que la fuerza que forjara el territorio y mantuviera junto el espacio había sido siempre débil, casi impotente frente al espacio? ¿No puede permitirse uno interpretar el final de la URSS también como naufragio del sistema ante el espacio? El comunismo soviético nunca tuvo fuerza para producir un espacio soberano estable, que viviera por sí. Desde el principio fue esencialmente espacio de poder. El final de la Unión Soviética es capitulación del poder ante el espacio, fracaso soviético ante la superpotencia del espacio. Al final del sistema sigue el retorno del espacio. Rusia vuelve a ser lo que fuera: espacio ruso menos poder soviético.

«Espacio ruso», fantasma y ser real. De espacio ruso no se habla, o al menos no a gusto. El término está sobrecargado, contaminado. De «espacio ruso» hablaban los nacionalsocialistas, y con ello querían significar el Imperio colonial que pensaban erigir, no en la India, sino en Europa continental. «Espacio ruso» era interminables trigales, «el granero de Ucrania», recursos del subsuelo de todo tipo, incluido el petróleo del Cáucaso y el Caspio, espacio de fantasía donde los ingenieros de la «Organización Todt» construían autopistas y superferrocarriles de vía ancha que transportaran carbón y mineral a las «forjas del Imperio», y a los alemanes, de vacaciones a Crimea. Espacio ruso era «espacio vital» para los territorios de Occidente que se pretendía superpoblados, espacio para «la renovación de la vitalidad biológica y racial». Las Fuerzas de Defensa alemanas hicie-

ron de ese «espacio vital» en perspectiva tierra quemada de Stalingrado, Novorossisk, los altos de Pulkovo y Minsk, un continente, una tierra en ruinas.

Las fantasías alemanas en torno al «espacio ruso» contenían un programa completo: evocación de lo originario y puro, regreso a las fuentes, lo arcaico y bárbaro en calidad de aquello que a la vez salva, aquello superior de que el desarrollado cree tener que protegerse. «Espacio ruso» contiene todo un programa del miedo. Que incluye también la imagen de la infinita plasticidad de tierra y paisaje con lo que todo es hacedero. Es el principal plano de proyección de un orientalismo específicamente alemán[404].

Pero con independencia de ese fantasma, hay algo: el espacio ruso. Que no depende de proyecciones o construcciones de teóricos de la raza o geopolíticos. Sobre el espacio ruso, sobre el espacio de la historia rusa y la formación del Estado ruso hay una literatura vasta y brillante, como manda el objeto. El espacio ruso está en los cuadros de los pintores Iván I. Chichkin e Isaac I. Levitan, en los horizontes de Constantin F. Yuon. Los seres humanos se han ocupado de él desde que hay memoria: a título de bendición o de fatalidad, condición fundamental en todo caso de la existencia rusa. Los escritores han descrito el espacio ruso, los lugares de la cultura rusa y el paisaje ruso, y cooperado a constituir el espacio de la cultura rusa. El espacio ruso tiene un *sound*: el rítmico traqueteo de vagones de ferrocarril, sirenas o altavoces que en los muelles de atraque anuncian barcos que parten por el Volga o el Yenisei. El espacio fue siempre maldición de Rusia –así, en el fundador de la reflexión sobre el ser de Rusia, Piotr Chadáiev–, el espacio ha dado cobijo a Rusia, amparo en trances de vida o muerte, ha llevado al enemigo a extraviarse y correr a su perdición[405].

Requiere no tanto fantasía como un poco de experiencia añadida aprender que los espacios no son constructos arbitrarios y precisamente por eso no son «hacederos» sin más. Maestros en enseñarlo pueden ser periferias interiores del país, como Siberia por ejemplo con sus 30 o 40 grados bajo cero, o playas subtropicales con blancos sanatorios entre las palmeras, o el espacio de la radiante noche polar en verano y de su oscuro invierno. Tales espacios tienen algo que ver con anchas corrientes que desembocan en un mar de hielo, con velocidades de licuefacción, con la ausencia de caminos en la época del deshielo, con miríadas de mosquitos o los barrancos abiertos en el loess del Don. Tales espacios quedan cuando los sistemas son pasado hace ya mucho. Dan cuerpo a otro estrato distinto

del tiempo (Reinhart Koselleck). Las construcciones, también la de un cierto socialismo, pertenecen a los menos duraderos, y medidas con esos espacios son apenas un instante[406].

El Imperio en ruinas: huellas del espacio soviético. Si nos movemos hoy por la Rusia Central, su Extremo Oriente o el Turquestán, es fácil reconocer el espacio postsoviético. Aún sigue marcado por los emblemas del socialismo soviético. En más de un sitio se han blanqueado o desmontado por completo. En otros, en el Hotel Hyatt de Bakú, o en el de Moscú, o en el de Tashkent, ese mundo postsoviético presenta un aspecto tan hermético como si nunca hubiera habido uno soviético. Aun así, a grandes rasgos se puede percibir a simple vista las huellas del espacio soviético, no hay que ser arqueólogo para verlas. El mundo soviético era sólido, no sólo superficie, fachada y ornamento. Lo soviético está presente en monumentos conmemorativos y mausoleos que recuerdan su época *sturm-und-drang* de heroísmo y triunfo en la gran guerra patriótica, de logros brillantes y dirigentes del Estado y del partido hoy antiguos. El espacio postsoviético está jalonado por pedestales de los que se han retirado figuras dirigentes, quizás hace mucho, por desmesurados lienzos de muros en que alguna vez se vieron lemas del partido y del Estado. Por todas partes restos de la puesta en escena del poder: plazas monumentales reservadas al desfile del 1 de mayo o del 7 de noviembre; comités del partido municipales, de distrito o de barrio, con sus específicos gestos de presentarse e imponer; cuadros de honor a la puerta de fábricas y complejos industriales integrados, en donde alguna vez se colgaran fotos de los mejores trabajadores y trabajadoras; clubs e instalaciones deportivas, parques de educación y descanso, los grandes almacenes Univermag, los complejos universitarios u hospitalarios a las afueras de la ciudad. El diseño del *lobby* del hotel, al que ahora se ha dado otro nombre naturalmente, o la araña de cristal que cuelga en el *foyer* de la ópera de la capital de la flamante república independiente, en Vilna, en Bichkek o en Tiflis. Todo un estrato acumulado en varios decenios no desaparece simplemente, al revés: es fundamento sobre el que hoy se despliega cuanto le sigue. Hay mucho repintado, mucho readaptado. Donde una vez tuviera sede el partido reside el banco nacional; donde estuviera la casa de oficiales está hoy el *night club*; del museo de ilustración y ateísmo se ha vuelto a hacer iglesia; de los parques de educación y descanso, centros de *fitness* y *wellness*[407].

Pero lo de más peso, lo que no se deja repintar o readaptar, queda: las dimensiones de las calles, las proporciones, la escala grandiosa, la distancia entre edificios, la amplitud pensada para disuadir a los peatones y cansarles enseguida, la lejanía entre vivienda y puesto de trabajo, lo monumental de los edificios del poder en los antiguos centros de la vida urbana, los bloques prefabricados de pisos en los suburbios que recuerdan macizos montañosos. Esos signos están marcados en ciudades desde Brest a Vladivostok (quizás también desde Berlín Este a Pyongyang). Dondequiera le lanzaran a uno en paracaídas, podría reconocer la pertenencia de un asentamiento urbano al hemisferio de influencia soviética por tales signos, en Irkusk, Yereván o Kiev. Lo soviético era una marca, y sobre todo, homogeneización del espacio con marcas; un estilo definido, un gusto específico, una ornamentación específica. Lo soviético era mucho más que un mero «sistema político», fue una vez un mundo vital, un *way of life*. La visión de ese campo de ruinas con sus rotondas en que hacía su entrada la banda militar, los carruseles en que los niños daban vueltas, los clubs donde había horas de baile o donde incluso, cuánto hace de eso, cantaron sus airadas canciones los cantautores de los años sesenta y setenta[408].

Homogeneidad: ruptura del espacio único, ruptura del tiempo único. Sólo ahora, cuando el país se cae a trozos, se advierte qué homogéneo era todo en la época soviética. La Rusia postsoviética vive en épocas diferentes. Moscú es otro Estado, se encuentra en otro planeta. Moscú es hoy Babilonia. Allí domina el tiempo de la CNN, Internet, *handy* y *e-mail*. Moscú está en el corredor global, donde significan algo cotizaciones, acciones, acuerdos de empresas o tonos del ambiente en el parqué de la Bolsa. En Moscú zumban los discos magnéticos y las *money machines*. Sobre cada metro cuadrado de terreno pesan mil atmósferas de presión. Se levantan rascacielos a uno por semestre. Por las noches la ciudad está iluminada como Las Vegas, mientras afuera se extiende sumida en la oscuridad hasta la lejanía la vasta tierra donde el manto de nubes no refleja ningún mar de luces. Allí dejan de funcionar los móviles. Los caminos son transitables según el clima o la estación. Las oscilaciones de las divisas nada significan, pues allí fuera en los pueblos la economía financiera está retrocediendo y la de trueque vuelve a ponerse en marcha. Los ciudadanos se han convertido en usuarios de dachas, y sus ocupantes de siempre, en plantadores de patatas o tomates. Rusia se ha hecho pedazos en un *clash of civilizations* que no

podía ni sospechar Samuel Huntington. Aquí la cosa no gira en torno a «fracturas entre ortodoxia y latinidad» sino al *clash* entre épocas y tiempos diferentes, entre el tiempo «atropellado» y el retorno a la medida del tiempo del siglo XIX, o XVIII. Ahora, cuando una Rusia corre azuzada por el *metropolitan corridor* y la otra ya no sigue el paso y empieza a atrincherarse, ahora es cuando empieza a resaltar debidamente la simultaneidad y la uniformidad imperantes en la época soviética, la ausencia de agudos antagonismos. Dejando aparte el rojo sangre de banderas y pancartas, el tono predominante en la época soviética era el gris, gris en gamas infinitas. Lo gris era el precio por la ausencia de extremos, exaltaciones y extremismos. Destacar era arriesgado, no descollar, una de las primeras virtudes en la lucha por la superviviencia. Una fenomenología de la sociedad soviética tendría que adiestrar su capacidad de discriminación probando a ver cuántos grises es capaz de distinguir, y su capacidad de juicio leyendo lo diferente en la uniformidad. El mundo soviético conocía la pobreza, pero no la auténtica miseria; las viviendas humildes, pero no las chabolas; no había lugar público para la ostentación del lujo; la riqueza permanecía oculta; el capital se invertía más en relaciones personales que en valores abstractos; el rasgo social característico no era segregación, dicho en términos espaciales, barrios de lujo aquí y de miseria allá, sino nivelación de extremos. Todo igualmente bueno, o aproximadamente igual de malo, según.

Dondequiera se llegara, el universo soviético ya estaba esperando: en la configuración de las plazas, en el esquema de las instalaciones de los barrios nuevos, en los interiores de comedor de hotel, en la disposición de las baldosas se ponía en marcha un efecto de reconocimiento que por lo demás sólo se conoce de las cadenas internacionales de hoteles, cuya receta para triunfar consiste justamente en eso, ser lugares reconocibles de ubicuas costumbres sin lugar. El espacio soviético se caracterizaba por lo reconocible de sus lugares. «Nuestra dirección no es casa ni calle. Nuestra dirección es la Unión Soviética» (*Nash adress nie dom i nie úlitsa. Nash adress: Sovietskii Sayús*). «El lugar de uno» estaba dondequiera hubiera tierra soviética, con sus plazas, rituales, certezas y modos de hablar. Vista así, hacer la historia de la Unión Soviética sería contar la producción de ese espacio: el soviético[409].

El símbolo de la URSS como espacio homogéneo es el mapa que muestra «una sexta parte de la Tierra». Casi un emblema de Estado, con marca-

dos contornos hacia fuera, uniformemente rojo hacia dentro, sin matices ni diferencias internas, homogéneo, y en cierto sentido también una superficie vacía.

Asolado por la indiferencia. Un país sin dueños. Los paisajes tras la batalla ya están descritos: las grandes construcciones del socialismo, los campos de batalla en que se puso en escena la guerra contra la Naturaleza, las zonas mortíferas de trabajos forzados y reclusión, las minas expoliadas con un derroche criminal, las bahías y cauces de ríos contaminados por accidentes atómicos. Sólo lo vasto del país permite a la vista pasar de largo sobre tales territorios desolados; siempre quedan áreas inimaginablemente grandes de naturaleza intacta[410]. Más difícil resulta adiestrar la mirada en los campos de otra destrucción habitual y nada espectacular: el espacio de todos, y así, de nadie, el que utilizan todos pero del que nadie es responsable; el que se saquea mientras dure pero se abandona a su suerte cuando ya no rinde. Quienquiera que haya mirado a su alrededor conoce tales espacios. Pueden ser zonas intermedias que nadie siente responsabilidad ni atribución suya: la escalera en un edificio, un tramo de calle sin salida, un edificio viejo, una iglesia huérfana y abandonada. La imagen no es tan diferente de barrios sacrificados en las ciudades occidentales. Por todas partes se despliega la misma escenografía. Por doquier idéntico escenario: descuido, basura, abandono. Los espacios clásicos de la incompetencia, la anomia luego, al cabo el miedo. Ningún cuidado público, ningún interés privado tan fuertes que lograran hurtar el espacio a la común indiferencia que domina siempre donde no haya un fuerte interés individual. Zonas asoladas por la indiferencia, espacios de los que se ha desvanecido todo sujeto, donde faltan esos individuos competentes y responsables manifiestamente imposibles de reemplazar por poder alguno con su intervención. Liquidar la propiedad privada a base de nacionalizar y comunalizar apartó a los «dueños y señores» y con ellos todo interés y capacidad, arrasó superficies, borró toda resistencia y toda particularidad, y preparó el terreno para el Imperio de la anomia. Así sucumbieron zonas enteras dejadas a la indiferencia, las más, centros históricos, mientras atención y medios financieros se iban a levantar barrios nuevos. Irresponsabilidad económica trae abandono por lógica secuela. No se echa de ver en tanto haya una maquinaria estatal fuerte, o al menos intacta, que mantenga un régimen estricto en el espacio público con disciplina o aun coerción; pero salta a la vista tan pronto expira aquélla. Las dictaduras tienen calles limpias, las democracias no suelen.

Resultado de los más visibles del final del comunismo, aunque nada sorprendente, desde luego, fue la reaparición de sujetos, intereses, particularismos, resistencia y renuencia de lo fragamentario. Privatizar, crear propiedad, es la más enérgica réplica al mal común, lo que nada tiene que ver con el *bonum comune.* Sólo en ciudades con dueños y propietarios pueden los vecinos hacerlas apropiadamente suyas. Sólo con dueño llega un país a hacerse paisaje. Poder soviético sin embargo quiere decir sistema, aparato, no paisaje. Cuando no mera extinción, su final es el comienzo de la autoorganización de sujetos y espacios. El paisaje ha traslucido siempre en las estructuras y redes del poder, en el final del socialismo sale a relucir: en figura de región consciente de sí, de relieve y perfil distintos y distinguibles, de «personalidad».

Centro y provincia «despowerizada»[411]. La vieja Rusia era la Rusia de la aldea; la soviética, la de las ciudades. Todo lo vivo, cuanto tuviera fuerza y pudiera trabajar, se barrió del campo inmenso hacia las fábricas, las construcciones, las ciudades. En el curso de la industrialización y la colectivización forzada antiguas ciudades fueron arrolladas por la marea de inmigrantes campesinos, Moscú se convirtió en «*Peasant Metropolis*» (David Hofmann), la ciudad como amontonamiento de aldeas. Sus habitantes, campesinos que ya no lo eran, proletarios aún no obreros. Entretanto, existencia anfibia. Ciudades como figuras movedizas de «sociedades dunas» (Moshe Lewin), paraderos provisionales de una sociedad desarraigada, salida de quicio, en lucha por alcanzar una forma organizada apta para sobrevivir. Fábricas y ciudades han absorbido millones tras millones, generación tras generación de desarraigados para convertirlos en obreros, en ciudadanos. El país quedó despojado, vaciado, hasta consumirse, y perecer. Colectivización, industrialización, movilización en la guerra, tierra quemada, todo el descomunal tributo de sangre pagado por Rusia en el siglo XX se nota con la máxima claridad en el campo. Mientras la ciudad ha absorbido todas las energías vitales y al menos se ha convertido en un asentamiento urbano, el campo está «despowerizado», zona para viejas y cuantos no han sabido llegar más lejos. El campo ruso está marcado por el asalto de la violencia. En el paisaje se echa de ver que hace mucho depuso toda resistencia. Desconsoladoras zonas de rendidos sin esperanza, ni un punto en que se acumulen fuerzas, del que cupiera

esperar salvación como erróneamente creen los «*pochvenikii*» («autóctonos»). También hoy el esplendor de la Babilonia de Moscú se funda en la expropiación y «despowerización» sin contemplaciones del campo, que no empezó con los *robber barons* postsoviéticos sino mucho antes: con la guerra de Stalin para someter a la aldea rusa.

Espacio de poder soviético: fenomenología del estajanovismo. Analizar el espacio soviético tendría que empezar por la forma más antigua de descripción: la del lugar. Expulsada por métodos sedicentemente más avanzados, pasada de moda, no es de extrañar que no tengamos la escuela ni el lenguaje necesarios. Pero de intentarla, ¿qué se toparía un observador atento?

En todo huellas de sobreesfuerzo. Rara vez se encuentra la soltura de lo que se da por supuesto y viene casi sin esfuerzo. Todo es conquistado, ganado. No da la pauta el trabajo corriente, sino el de choque. En parte alguna se ha hecho tanto alarde del funcionamiento habitual, precisamente porque no se daba por sentado. Una casa nueva no es simplemente una vivienda, sino anticipo de la fortuna que aún ha de tocar a otros. Ni un centro cultural un nudo más en la red de asistencia cultural o pedagógica a la población, sino expresión de una misión, ilustrar o aun mejorar al ser humano. Ofrecer mero entretenimiento sería cosa demasiado simple, banal; tiene que tratarse por lo menos de acrecentar el sentimiento de sí del hombre nuevo, de la mejora cultural del ser humano corriente. Nada se entiende de suyo, todo parece hallazgo o resultado de un esfuerzo sobrehumano. La cuestión casi nunca está en proseguir algo, sino en mostrar algo enteramente nuevo que supere a lo conocido. Vivir es siempre supervivir. A casi todo se adhiere un rasgo pedagógico, siempre hay alguien que adoctrina a alguien. Lo que significa que hay arriba y abajo, educador y educado, dirigentes y a dirigir. Una imagen pública siempre tiene alguna finalidad, sirve para advertir o corregir. Esa propaganda con profusión de rojo surge de una cultura de índice levantado, de un impulso didáctico imposible de apaciguar. Que por otra parte ha puesto en marcha no poco: la alfabetización de una población hasta entonces ampliamente iletrada, la selección de genios y niños prodigio en la masa de una juventud pujante, la conquista del espacio y todas las demás «conquistas del socialismo». El ser humano autónomo se formaba siempre en otra parte, casi siempre en la «universidad de la vida»: en la lucha cotidiana por sobrevivir, en la guerra, en montarse una vida medianamente buena.

El sobreesfuerzo, lo deliberadamente demostrativo, tiene muchas caras y formas. Apenas hay algo que no sirva a un fin más alto fijado en algún plan. Los planes no son meras disposiciones técnicas, sino «algo más», señales que indican una dirección, demostraciones. El espacio público soviético nunca es disposición que resulta por sí sola, conjunto crecido, sino configuración implantada desde fuera, de intento, que incluye cuando es necesario «liquidar» y echar a un lado: voladuras, remodelaciones, operaciones quirúrgicas. Los espacios públicos son en su mayoría de una pieza, resultado de algún *grand design*. Lo singular se subordina a una perspectiva y un cuadro de conjunto; conjuntar que remite siempre a un todo y no sólo supone sino que impone una versión determinada de belleza, estilo, entorno. Ese «gran todo» del conjunto tiene una debilidad fundamental. Ocupa el puesto de la totalidad arrebatada a una representación autónoma. Por eso el *grand design* carga con todos los rasgos de lo ficticio, del sucedáneo, del gesto vano y apocado. No puede sustituir a la multiplicidad, la fuerza, el genio que hay en los muchos. El plan surgido sólo de la cabeza del poder es casi siempre una organización mezquina y mísera. La fantasía social y el trabajo del genio de los muchos ofrece más. Aparte de que así todo depende del poder, de que se mantenga íntegro e intacto. Él soporta y mantiene unido todo. Cae, y todo cae en pedazos. La hora del agotamiento del poder lo es del abandono de los espacios públicos. En adelante ni siquiera hay medios ni fuerza para mantener los sitios en orden y subvenir a la renovación de la decoración. La vida irrumpe en espacios casi sagrados casi como si los reconquistara. Profana la deslumbrante desnudez de las plazas de los desfiles con su basura provisional esparcida con descuido. Nada conmueve tanto el carácter casi sagrado de tales lugares como la irrupción de la banalidad. El agotamiento del Estado y del poder que definen el espacio, que le han dado forma y porte, lleva inicialmente a abandono y desolación, pero eso sólo es el primer paso para reconquistar y recivilizar el espacio del poder, que entonces puede volver a ser espacio que el público llene y sustente. El hundimiento del espacio apoyado únicamente en el poder es el más visible indicio de que éste no ha logrado crear un espacio homogéneo duradero. La cuestión es si el mundo postsoviético puede hacer suyos y redefinir los espacios públicos, o si éstos son radicalmente inapropiados por su forma misma, en razón de su monumentalidad, amplitud e inaccesibilidad. También aquí se ha vivido eso tras el final de la

Unión Soviética: el surgimiento de lugares para seres humanos que antes sirvieran sólo de escenarios para desfiles de masas[412].

Poder impotente: orden y caos. Las imágenes de una sociedad soviética-estalinista bien ordenada y controlada hasta el extremo son cuentos de viejas académicos[413]. Ya en los ostentosos gestos del poder se insinúa algo enteramente distinto. Un poder soberano y seguro de sí no precisa demostraciones unánimes. Toda la retórica amedrentadora, lo imponente del espacio público estaliniano es ademán de un Estado impotente metido en una situación sin visos de salida alguna. Así como el terror nunca es signo de plenitud de poder, sino de impotencia y lucha por afirmarse, así también los gestos manifiestos en construcciones son intento desesperado de no soltar de la mano el monopolio del espacio. A cualquier precio. Algo semejante vale del culto excesivo al plan y la organización en la época de Stalin. El fetichismo en torno a ellos, la hipertrofia de plan y autoridad apuntan a que las cosas no rodaban especialmente bien en cuestión de plan, orden y autoridad. De ahí que una observación más detenida de ese fetichismo en la Unión Soviética de Stalin, una observación que no se crea al pie de la letra sus declaraciones, nos lleve a la otra cara del mundo de orden y plan: a la cara de la vida y de un irremediable caos que hay que domar, disciplinar y doblegar. No hay plan económico sin estraperlo, sin la preocupación de andar buscando provisiones, trabajo en lo que salga e ir tirando. No hay «plan general» de urbanización de ciudades socialistas sin la improvisación espontánea de los poblados de chabolas que fue la que supo cómo albergar al torrente de campesinos que llegaba a la ciudad. Ni anuncios de una fantástica abundancia de avituallamientos en los años treinta al que no acompañe el descubrimiento del hambre que se pasaba ahí fuera en el inmenso campo ruso. Las dos cosas van siempre juntas. Los imponentes edificios del nuevo Moscú de los años treinta y cuarenta son también fortificaciones donde hacerse fuerte frente a la corriente que afluye a la *peasant metropolis.* La arquitectura del poder en los grandes edificios ministeriales y bloques de pisos es a la vez arquitectura de emergencia, arquitectura de un poder de débil legitimidad. Y si por doquier las capitales de las repúblicas soviéticas construyen centros a semejanza de Moscú; si en las capitales administrativas surgen por doquier centros que no reparan en gastos para emular al «Kreml»; si toda la Unión Soviética queda marcada por una arquitectura uniforme del poder, entonces ésta es también arquitectura de

la autoafirmación en una *Russia in Flux,* en una sociedad en que no ha quedado piedra sobre piedra, en un *empire walking* (Peter Gatrell) que nunca ha llegado a estar en paz desde las conmociones de la Primera Guerra Mundial[414]. La arquitectura del poder es una demostración de autoafirmación en un país que una vez salido de madre amenaza quedar fuera de control. Y aun podría decirse que espacio público y edificios, sinónimos de la historia como construcción, figuran un poder menos pleno que amedrentado de su propio señorío: la «fortificación sitiada», esa figura en que no sin razón se había entendido siempre a la URSS. A su exacerbada monumentalidad se le ve de sobra que sabía cuán provisoria e inestable era en realidad. Una arquitectura fortificada nunca fue signo de fortaleza.

«Asalto al Palacio de Invierno», «conquista de las alturas del mando», mastering Russian space. La historia rusa en el siglo XX admite contarse como historia de conquista y afirmación del poder sobre Rusia, que significa sobre el espacio ruso: y como fracaso luego de su transformación duradera en espacio soviético. Los bolcheviques estaban tan desesperados y fueron tan osados como para recoger «el poder que estaba en la calle», y si querían sobrevivir estaban sentenciados a no dejarlo ir de las manos. Así, desde la toma del Palacio de Invierno hasta el desmantelamiento de la Unión Soviética se extiende el rastro de un poder cuya *raison d'être* consistió en mantener el poder, y que generó más bien accesoriamente las condiciones que a la larga habían de dejarle obsoleto. Esa historia del naufragio de la transformación del espacio ruso en soviético aún está por escribir. Sería una historia de movimiento, de lugares, de espacios, de fronteras simbólicas o reales. Con la toma del Palacio de Invierno, la pequeña minoría radical se sentenció al poder y a la afirmación del poder. Se encastilló en las ciudades, estableció contacto con otros centros urbanos. Algo así no puede funcionar sin las arterias del ferrocarril; la Revolución rusa no sale adelante sin locomotoras[415]. La revolución campesina no necesita a los bolcheviques, que además se limitan a sancionar lo que ocurre sin su voluntad y a menudo contra ella. Las ciudades son las «ciudadelas» del proletariado y ante todo de los bolcheviques. Es una revolución que se ha quedado clavada, restringida a un país, encerrada en un territorio, grande pero aun así isla en un mundo que pertenece a la economía de mercado. Aun sin declaración de guerra la Rusia soviética es tierra sitiada. También desde las ciudades se desplegó de nuevo en 1929 la guerra civil hasta los pueblos, pues sin los recursos que

sólo de ellos pueden venir, sin «acumulación originaria», está perdida la Rusia industrial, moderna, la Rusia bolchevique. La Rusia campesina es descuartizada, rota su espina dorsal no desaparece, sólo pierde su forma y su figura, se difumina. Sobre esa Rusia campesina atomizada se extiende otro estrato, otra red, otro aparato: las ciudades, las instalaciones industriales, los nuevos complejos integrados de producción, las nuevas vías de comunicación, la infraestructura, el sistema educativo y formativo, el ejército, pero sobre todo el aparato de poder: el Partido Comunista con todas sus filiales. El régimen coopta desde la base y recluta sobre el terreno, tan pronto es populista como terrorista dictatorial, empuja o busca evasivas en un *big deal* que en conjunto sin embargo viene siempre desde fuera, desde un centro, y desde él se pone en marcha o al menos se fomenta. La URSS es la nueva estructura, el nuevo sistema, la nueva red que se ha tendido sobre la antigua Rusia, sobre el mundo fragmentado de la Rusia campesina atomizada. En muchos lugares los comunistas entran como misioneros, como señores coloniales. Hacen inquisición por los contornos en busca de reclutas, compradores y colaboradores, se van haciendo un poco a la situación local y con el tiempo se familiarizan –«análisis concreto de la situación concreta»–. Y siempre la cosa gira en torno a modernizar, combatir lo antiguo, acomodarse a las nuevas situaciones, al modelo propagado desde el centro. Es esa red transnacional, imperial, burocrática, lo que mantiene unido al gran país con sus formaciones diversas y diferentes a resultas de siglos y civilizaciones. Radicalmente alterada por las turbulencias de la revolución, la única e indivisible Rusia resurge bajo bandera roja. Por más consecuencias afortunadas que pueda haber traído, empero, el poder no ha producido ninguna forma de vida autonóma de cierta duración, impotente para socializar eficazmente y producir un espacio soviético resistente y duradero. El espacio soviético llevó hasta el final la marca de lo externo y del poder, cumplía la función de un «andamiaje» (Vladimir Kaganski). El poder soviético se había afirmado y dejado huella: desde Brest hasta Irkusk, desde desde Vorkuta y Murmansk hasta Kichinyov y Bakú. Pero se quedó en «régimen politocrático» (Helmut Fleischer), débil su potencia desde el principio para producir un espacio social civilizatorio que se sostuviera por sí, que se las pudiera medir de igual a igual con la socialización por vía de capital y mercado. Razón también de que luego pudiera desmantelarse casi sin esfuerzo. Parecía que no había sino que quitar el andamiaje, la superestructura URSS, cuyas partes ya no se adecuaban.



La jefe de brigada Larissa Vlianinskaya informa al jefe de obra Georgi Pachkievich de los progresos de un proyecto de construcción de carretera.

«La Rusia campesina es descuartizada, rota su espina dorsal no desaparece, sólo pierde su forma y su figura, se difumina.»

Tras la Unión Soviética: el paisaje vuelto a escena. El espacio soviético estaba centrado en el poder, organizado en vertical más que en horizontal, con una marcada contraposición entre arriba y abajo, centro y periferia provincial. Una vez «despachado el paquete complicado» (Vladimir Kaganski), las líneas discurren de otro modo. Hay un centro, Moscú, pero tal carácter se funda menos en su posición de poder que en su atractivo como *global city* en potencia, es decir, su posición de centro económico y acceso a mercados y desarrollos globales. Hay sujetos: los territorios, o por mejor decir, regiones. Tienen algo que ofrecer, y pretensiones: recursos naturales, *man-power*, capital cultural e identidad histórica. De la antigua estructura administrativa, debilitada, trasluce el paisaje histórico configurado a través de siglos. Las regiones establecen relaciones directamente, ya no necesitan la mediación de un centro que había hecho de ella monopolio y rentable privilegio. Se desarrolla una economía nueva con otra racionalidad: lo cercano vuelve a estar cerca y a serlo; los cercanos se juntan; han quedado sin vigor todas las artificiosas divisiones del trabajo caviladas en los Estados Mayores de la planificación central. Se establece una nueva economía de competencia y eficacia por el camino más corto, bien que en un proceso espontáneo y caótico con altos costes asociados. Es fácil que la regionalización sea el paso más firme hacia la apropiación y privatización de la vida económica[416]. Surgen relaciones nuevas que no lo son tanto: espacios económicos, culturales, fronterizos. Está el Gran Volga y el Noroeste ruso, el Gran Novgorod y la región de Smolensko, el territorio cosaco, los países siberianos y el Extremo Oriente. Se ha puesto en marcha un nuevo impulso centrífugo. Se vuelve difuso el contorno antaño nítido entre dentro y fuera. Ya no hay una puerta al mundo, Moscú, sino muchas. Se han puesto en marcha migraciones, flujos, difusiones, mezclas. Zonas monoétnicas experimentan mezclas o se reconfiguran. Las grandes ciudades se convierten en meta de nuevas migraciones. Las zonas fronterizas se desplazan. Rusia se reconfigura con nuevos centros, corredores, caminos, provincias y periferias. De repente existen otra vez las rutas de la seda. Hasta «la ruta de los varegos hacia Grecia» resurge en itinerarios del *shopping tourism* y la emigración laboral. Rusia aprende a relacionarse consigo sin pasar por centros de poder: a través de bazares, rutas de comercio, productos seductores y exóticos. Rusia se socializa de nuevo. Crece una nueva Rusia. El mercado de Nichniy era más fuerte que el Gosplan.

IV
Europa diáfana

El rastro de Diaghilev en Europa

Serguei Paulovich Diaghilev, conocido por su nombre francés como Serge (de) Diaghilev, fue una *star* mundial. Y a *stars* de ese calibre las miran muchos, incensante, intensamente. La historiografía sólo tiene una ventaja: está informada de casi todos los detalles de la vida de un personaje tan significado. De ahí que no falten biografías ni estudios de su obra, en particular del período de las *Saisons Russes* organizadas desde 1909 hasta 1929[417]. No sólo sabemos cuándo y dónde nació, el 19 de marzo de 1872 en el departamento de Novgorod, y cuándo y dónde murió, el 19 de agosto de 1929 en Venecia, cuándo entró en la escuela y salió de la universidad, cuándo emprendió su primer viaje al extranjero y cuándo sucedieron sus encuentros con Picasso o Stravinski, de tan felices consecuencias. Diaghilev estuvo a tal punto en el centro del interés general y de una atención creciente que podemos reconstruir su vida con precisión, casi semana por semana, día por día, y casi hora por hora. Sabemos cuándo dejó Berlín y cuándo llegó a Dresde, cuánto necesitó el Expreso del Norte para ir de París a San Petersburgo, cómo se sintió en la travesía del canal de la Mancha o en el barco de Cádiz a Buenos Aires. Sabemos todos los hoteles en que paró, todo sobre sus predilecciones, su manera de vestir, sus fobias y sus manías, sus ataques de desesperación y gestos suyos que muestran una grandeza infinita. La *superstar* Diaghilev dejó un intenso rastro en la conciencia de sus contemporáneos, amigos como enemigos. Seguirlo es condición primera para entendernos. ¿Cómo vamos a hablar de modernidad, corrientes estéticas, posiciones y luchas, sin indicar dónde y cuándo tuvieron lugar? Comprobaremos rápidamente que esas indicaciones de lugar son solamente condición previa y presupuesto de cuanto sigue, pero que sin ellas no se avanza. Las tomaremos como punto de apoyo desde el que reconstruir el espacio cultural en que Diaghilev trabajó y en cuya constitución puso su parte, o por ser más precisos, esa Europa en cuya constitución fue parte junto a otros y cuya ruina sin embargo estaba en situación de resistir tan poco como otros. Europa como espacio cultural, por tanto.



A. M. Cassandre, *Nord-Express*, cartel, 1927.

«Sabemos cuándo dejó Berlín y cuándo llegó a Dresde, cuánto necesitó el Expreso del Norte para ir de París a San Petersburgo.»

Pero entonces surgen al punto otras cuestiones: ¿qué fuerzas fueron precisas para formar tal espacio, de dónde vinieron, de qué se nutrieron? Así, en un tercer paso por tanto, hemos de volver nuestra atención al motor, al generador, a la central eléctrica que impulsara al fenómeno Diaghilev. Y finalmente, en un último paso, retrazar los perfiles de su triunfo y derrota, indagar qué aspecto ofrecía Europa tras Diaghilev y cómo vino a ser lo que hoy es. Donde sale a relucir qué les debe Europa a él y a la ciudad que le alumbró, San Petersburgo: el más significado europeo que Rusia haya producido en el siglo XX.

La leyenda de Diaghilev ya le trajo aún en vida público y resonancia grandes, mucho más allá del restringido público especializado; una leyenda que es inseparable de los grandes escándalos en torno al estreno del *Sacre* de Stravinski en 1913, o de la entrada de Nijinski en el papel de fauno en *L'après-midi d'un faune.* Su círculo de colaboradores fue grande y extraordinariamente fecundo. Disponemos así de recuerdos, diarios, noticias de prensa y crónicas de primera mano: de Sergei Lifar, Leonid Massine, Boris Kochno, del mismo Vatzlav Nijinski, de mecenas suyos como Misia Sert y compañeros de viaje y de época como Fernand Léger, Pablo Picasso o Igor Stravinsky. En todos Diaghilev aparece en lugar central, como corresponde: y aun así, o quizás por ello precisamente, Diaghilev quedó como figura de interés en el ballet o el arte, nunca, y aun menos principal, en la historia social y cultural. Rara vez se ha roto ese tabú; por ejemplo, en el importante trabajo de Modris Ekstein, historiador canadiense de origen letón que le asigna un papel central en su historia de la época de la Guerra Mundial titulada *Rites of Spring. The Great War and the Birth of the Modern Age*[418]. Por lo demás, eso no se aplica sólo al caso de Diaghilev, podría aducirse otros casos significativos, pongamos el de Harry Graf Kessler en Alemania. Una historia cultural y social deficiente por sistema y desinteresada por constitución no tiene mucho que hacer con alguien como Diaghilev. De todos modos el «proyecto Diaghilev» de que se habla a continuación contempla a éste en calidad de caso ejemplar de una historia social europea, para el estudio de la formación y decadencia de la sociedad europea, primero como *high society* y luego en sentido más general. Es de saludar que en los últimos tiempos haya crecido fuertemente el interés por Diaghilev, ante todo en Rusia. Tampoco tiene nada de extraño, pues la historia de la modernidad rusa no puede ni con su mejor voluntad pasar de largo ante este adelantado o *spiritus rector.* Editar

sus escritos, organizar conferencias científicas o sobre todo la gran exposición «Diaghilev y su época» en San Petersburgo tiene mérito extraordinario, pero aun así es sólo un comienzo[419].

La Europa de Diaghilev en tanto espacio cultural: reconstrucción. Si Diaghilev fue figura tan central en la cultura europea tiene que haber dejado huella y herencia, se conserve bien o sólo en fragmentos. Los pintores dejan cuadros, los escultores, esculturas y relieves, los compositores, partituras, textos los escritores, y coreografías los directores de ballet. Diaghilev no fue nada de eso, por lo que sería insensato indagar en busca de tales reliquias. Podríamos preguntarnos entonces dónde está aún vivo algún recuerdo, y cabe conjeturar que nos reuniéramos con alguna bailarina o maniático del ballet que pudieran contarnos algo de primera mano: cómo fue aquello, cómo era él. Uno podría ponerse a buscar y admirar restos sobrevividos de la escuela y los profesionales que él formó: lo que montaron Margot Fonteyn y John Cranko en el teatro municipal de Stuttgart; el estilo del Ballet de Nueva York a que dieron forma Georges Balanchine y así, indirectamente, Diaghilev. O irse a galerías de París, Barcelona o Londres a contemplar cuadros y decorados de sus geniales compañeros de trabajo Léger, Picasso, Juan Gris, Miró, Rouault, Bakst, Alexander Benois y otros. Y hasta es probable que pudiera buscar lugares de su vida en que hasta hay placas conmemorativas, al menos en los menos: Galernaia 12, Fontanka 11 o la Avenida Liteyni, donde residió en San Petersburgo; el teatro del Châtelet y el de los Campos Elíseos de París, donde celebró sus triunfos con sus *Ballets Russes* y *Saisons Russes*, el casino de Montecarlo, el Covent Garden de Londres, el Westen de Berlín, el Colón de Buenos Aires o la Escala de Milán. Con más precisión aún podríamos ir de hotel en hotel siguiendo sus pasos, y sacaríamos no pocas conclusiones: el Polonia y el Bristol en Varsovia, el Grand Hôtel des Bains de Mer en el Lido de Venecia, el Adlon en Berlín, Ritz o Continental en París, Cavour en Milán, el Wagram en Londres, el L'Europe en Petersburgo, la pensión Schöffler en Karlsbad, el Stephanie en Baden-Baden, al que consideraba el más bonito. Casi a cada hotel, a cada lugar, va ligado algo: la luna de miel con Vatzlav Nijinski, un viaje de formación con su nueva *star* y amante Leonid Massine, el *brainstorming* con Igor Markevich y Paul Hindemith en torno a un ballet nuevo, y siempre, una y otra vez, conversaciones, comidas o cenas para encontrar nuevos patrocinadores y mecenas. Diaghilev fue el inventor del moderno

fundraising. Podemos repetir sus trayectos: de San Petersburgo a Berlín, Dresde y Bayreuth. De París a Montecarlo, Niza y Turín. De París a Londres y Cherburgo, y de allí en barco a Nueva York. Una y otra vez escapadas a Munich, Viena, Budapest, Biarritz, Ostende. Una y otra vez fugas a playas lejanas y azules: Grecia, la Côte d'Azur. Sus biógrafos saben aun más, Richard Buckle por ejemplo: cuándo comió en un restaurante y con quién, cuándo estuvo en un hotel por cuántas noches o desapareció sumido en la *gay scene*; cuando se fue de compras a los anticuarios de Berlín y Varsovia. Aquí no se puede volver a contar todo eso, pero está claro que se puede fijar sin más averiguaciones un *curriculum vitae* de gran densidad, casi un itinerario por la vida de Diaghilev. La cuestión está en entender qué nos pueden «reportar» tales indicaciones: «densidad», es decir, reconstrucción de un horizonte y el espacio que éste encierra, sin los cuales no tendría ningún sentido sacar a escena a Diaghilev, ni a nadie. Incluso puede decirse que sólo la existencia de ese espacio llega a hacer posible esa historia de que Diaghilev es emblema.

Seguir su rastro significa pues reconstruir un espacio en que todo ocurre: *history takes place*. Uno que aquí sólo cabe insinuar. Diaghilev se mueve entre lugares que constituyen los centros culturales de Europa entre 1900 y 1930. «*Culture is things in the move*». Es de destacada importancia averiguar si esos centros estaban en conexión, y de ser así, cómo; cómo discurrían los intercambios, si al azar y muy espaciados o, por el contrario, vueltos rutina y hábito, algo obvio. De ahí que investigar sus itinerarios y trayectos no tenga otro sentido que establecer y sentar acta de sus movimientos, contactos y traslados. Estudiar sus actividades quiere decir seguir el proceso de producción de un espacio cultural. Donde desempeña un papel central la frecuencia de los trenes, su fiabilidad, su comodidad o lujo. El ritmo y la actividad de Diaghilev, sobre todo para establecer y mantener contactos siempre esenciales para la cooperación artística y la inspiración mutua, presuponen un medio de circulación y transporte. Quien lea qué pone en marcha Diaghilev en una semana comprende al punto que no hay una época Diaghilev sin la infraestructura moderna. Antes de 1914, de la Gran Guerra, de las nuevas fronteras y regímenes de visado, Europa era extraordinariamente rápida y «pequeña». Aun mirándolas desde comienzos del siglo XXI son más que pasmosas las realizaciones de Diaghilev. Con alguna siempre en vías, sin desviarse un momento, entre Petersburgo y París, entre París y Londres y Montecarlo, entre Viena, Munich, Venecia y Flo-

rencia, y es patente que en condiciones tan cómodas que le dejaban suficiente tiempo de ocio. El viaje nocturno en coche cama casi es parte ya de mantenerse en forma, en un cierto tono. En torno al expreso, al coche cama, se condensa todo un mundo cultural: un vestuario determinado, el Baedeker, la necesaria literatura de viaje, el compañero de viaje, determinado estilo de conversación, un tiempo y un ritmo, un sistema de servicio en llegadas y salidas. No se trata aquí de las particulares predilecciones o caprichos de Diaghilev; antes bien, el sistema de movimiento era presupuesto de movilidad en general e intercambio cultural en particular. Obra invitada y gira, transporte de instrumentos y decorados –los cientos de baúles para las *Saisons Russes* en París–, llegada puntual de la *star*, la gran estación central y la alfombra roja, y sobre todo, unos viajes sin trabas burocráticas antes de 1914, reuniones ágiles acordadas por telegrama, cooperación transnacional europea, todo eso es enteramente impensable sin los presupuestos técnicos y civilizatorios esbozados. No hay cultura europea *fin de siècle* sin los logros del ferrocarril europeo[420]. Que los hoteles desempeñen tan gran papel en su biografía no es sólo emblema del inquieto, cosmopolita y apátrida Diaghilev: sino todo un *way of life*, un hábito, un estilo, un hecho cultural, y sin ese sobreentenderlo y darlo por supuesto no tendríamos por qué gastar una sola palabra en la modernidad europea.

Síntesis. La obra de Diaghilev. Que tantos hayan girado en torno a Diaghilev tiene su razón. No era artista, ni pintor, ni compositor, ni músico, ni cantante, ni escultor, pero tenía un poco de todo. En la casa paterna había compuesto música a un nivel francamente alto, en la casa Permer de la calle Sibírskaya se tocaban cuartetos de cuerda de Schumann, Diaghilev tenía buena voz, tocaba destacadamente el piano, por ejemplo el *Crepúsculo de los dioses* en arreglo para este instrumento. Pero lo dejó cuando vio claro con Rimski-Korsakov que nunca produciría composiciones con un sello propio. No era escritor, pero en muchos aspectos fue uno de los fundadores de la moderna crítica de arte en Rusia, como muestran sus cuatro grandes ensayos sobre las tareas de la crítica de arte en el primer cuaderno de la revista *Mir Iskusstva* en 1898. Tampoco era artista gráfico o pintor, pero apenas había quien se pudiera medir con él en conocimiento y comprensión digamos del retrato ruso. De todos ellos tenía algo, sin serlo. A cambio, disponía de algo de que carecían sus geniales amigos y colaboradores:

un olfato infalible para el conjunto, para el íntimo acuerdo de una forma artísica compleja. Sentimiento o aptitud para «el conjunto» que justamente no era promedio ideal de lo heterogéneo y múltiple, sino don sumamente específico. Por así decir, Diaghilev ocupaba el lugar vacante surgido en el mundo de la división del trabajo, llenaba ese vacío creciente a ojos vistas con su personalidad entera, en cuerpo y alma. Pocos juicios sobre uno mismo habrá tan agudos y atinados como los del joven Diaghilev en carta a su madre adoptiva: «En primer lugar soy un gran charlatán, aunque *con brio*; en segundo, un gran *charmeur*, tercero, me sobra chispa y descaro, y cuarto, soy hombre de acusada lógica, al que le faltan los fundamentos, eso es verdad; quinto, no tengo verdaderas dotes de ninguna clase. Pese a todo eso, creo haber encontrado mi verdadera vocación, que consiste en llevar la vida de un mecenas. Dispongo de todo lo necesario, excepto dinero; *mais ça viendra*»[421]. Nunca fue Diaghilev de quienes armonizan en un término medio, su trabajo de síntesis tenía siempre un corte, línea, forma, buscaba algo, agudizar antes que nivelar y hacer inocuo. Mantuvo siempre la última decisión en sus manos allá donde se tratara de definir el tono: al escoger los cuadros de sus grandes exposiciones en el círculo de la revista *Mir Iskustva*, o en ocurrencias coreográficas, o en decisiones financieras arriesgadas en que podía estrellarse. No era tanto cabeza o portavoz de un colectivo o *team* como autoridad, dictador a quien se sufría a gusto. Su amigo Alexander Benois le llamaba «*Duce*», y su biógrafo Buckle, «condotiero del arte».

Cercano como muchos de su época y generación a las ideas de Wagner sobre la obra de arte conjunta y la reconciliación de vida y arte, su ambición se dirigió casi por sí sola a aquella de las artes que en torno a 1900 encarnaba de una manera nueva la totalidad [*Totalität*], la totalización de las artes: la danza, el ballet. Música, escenografía, escultura, movimiento, canto y pantomima en uno, era el arte ideal para el gran experimento de un arte integral que se impusiera a las artes particulares, egoístas y segmentadas. Por lo resueltamente que trabajó en la realización de la obra de arte completa, con toda la pasión necesaria para ello, Diaghilev fue un revolucionario. Así, en una entrevista para el *New York Times* en 1916, opinaba que «todos nosotros éramos revolucionarios... en tanto luchábamos por el arte ruso, y sólo se debe a un ridículo azar que por un pelo no me convirtiera en revolucionario en otros terrenos que la música y los colores»[422]. No fue Diaghilev el primero ni el último en dar expresión a la nece-

sidad de completud y unidad. Esa necesidad es típica del *fin de siécle*, complementaria de la veloz disgregación de mundos tradicionales de experiencia a finales del siglo XIX. Y con certeza había en su personalidad una fuerza, un hechizo, una *charme*, un «algo» que le permitió desempeñar el papel de genial fundador, catalizador, sintetizador a quien además le fue dado mantener unida la formación una y otra vez amenazada de dispersión y derrota. Por fuerza tiene que haber intervenido ahí un rasgo congénito de carácter que le capacitara para reunir a seres humanos, un eros sobremanera intenso que también vino a sustentar su homosexualidad declarada en que acaso pueda verse el núcleo más interno de un ansia, una codicia, un impulso a tener relaciones. Como se sabe la sexualidad era tema mayor de la era tardoburguesa. Quien lo tocara podía contar con levantar polvareda en todo el cuerpo social. Los grandes nombres de Europa en torno a 1900 están asociados a la empresa de convertir en tema lo sexual y sus violentos abismos: Klimt, Wedekind, Wilde, Schnitzler, Otto Weininger, Vasili Rosanov, Thomas Mann, Sigmund Freud. Todo un mundo gira en torno a las figuras de Salomé, la muerte en Venecia, el despertar de la primavera, el *Ver Sacrum*, la primavera sagrada. *The Keys to Happiness*[423] introducían de una manera muy determinada en una homosexualidad hasta entonces tabú. Y se podría señalar como núcleo interno de la constitución de una sociedad europea a esas sacudidas eróticas que Diaghilev propinó a la Europa de su tiempo. La europea «comunidad Diaghilev» es como una primera toma de contacto entre lo disperso, una forma sutil y específica de transnacionalidad; quizás incluso el lugar de máxima resistencia de un cierto cosmopolitismo en tiempos de hostilidades y delirios nacionalistas. De querer analizar a fondo con el rigor necesario a la sociedad europea del «*Mundo de ayer*» de Stefan Zweig se penetraría más hondo en las sutiles relaciones y conexiones transversales de erótica y sexo, en las hermandades de ideas y las *communities* religiosas, étnicas y culturales que con el tosco análisis social y de clases. No se habría dado el fenómeno Diaghilev sin ese espacio de resonancia homoerótica, sin el *flair* erótico-sexual de su *high society* esparcida por toda Europa. Diaghilev fue su faro, desde el que emanaban señales que hallaban respuesta: pongamos en el círculo de Bloomsbury, donde Lytton Strachey soñaba con Vatzlav Nijinski, y John Maynard Keynes, como muchos otros, estaba completamente encandilado por Diaghilev, hasta el punto de casarse con una de sus bailarinas, Lidia Lopuchova. Harry Graf Kessler, uno de los liberales más

sensibles, independientes y valerosos de Alemania, es parte sin duda de esa *society* homoerótica europea. Las representaciones de los *Ballets Russes* en París fueron, ni que decir tiene, punto de encuentro de ese *milieu*, desde Marcel Proust a Jean Cocteau. Y lo mismo vale decir de «el otro Petersburgo» que tantos talentos arrebatadores regaló al mundo: Michail Fokin, Serguei Lifar, Leonid Massine, Vaclav Nijinski o Boris Kochno[424]. El culto a la belleza que Diaghilev rendía públicamente lo era ante todo al bailarín, naturalmente, no a la bailarina; al *ballerino*, no a la *ballerina*, por más que también en eso Petersburgo proporcionó al mundo ejemplares escogidos de belleza y elegancia: desde Tamara Karsavina a Ana Paulova y de Ida Rubinstein a Lidia Lopuchova. La influencia de esas «bellezas exiladas» en el ideal de belleza y la moda de Europa en los años veinte y treinta es capítulo ampliamente descuidado hasta hoy de una historia cultural europea decidida y no titubeante[425].

La escuela de Petersburgo, o de cómo se hizo un Diaghilev. Aquí se hace ya claro que la cuestión no gira en torno a peculiaridades o rasgos caracteriales del ser humano Diaghilev, sino en torno a la figura cultural Diaghilev, producto de la cultura de Petersburgo y de Europa. De ahí que sea obligado inspeccionar el laboratorio que la puso a punto, donde cristalizó, de donde partió hecho casi seña cultural, como embajada al mundo. Diaghilev se cuenta entre lo más significativo que la ciudad y la cultura rusa hayan regalado a Europa, y es fácil que sea incluso su regalo primero y principal: una cultura moderna venida a ser independiente, segura de sí, ya no necesitada de copiar, replicar e imitar a Europa. La cultura rusa había hecho entrada en la escena europea con toda soberanía, con plena convicción y de pleno derecho, y Diaghilev era su primer portavoz, su heraldo, su representante.

Mucho es lo que ha de haber convergido para hacer de un ser humano dotado por encima de la masa un favorito de los dioses, figura cultural y hasta de culto acaso. Al llegar a Petersburgo en 1890, quienes serían amigos suyos posteriormente no vieron de entrada sino al provinciano un poco torpe de mejillas rubicundas y dentadura resplandeciente expuesto a preguntas críticas y miradas evaluadoras. De Perm, donde creciera en una familia pudiente extraordinariamente cultivada –capítulo este asismimo sin escribir ni en esbozo, el papel desempeñado en el desarrollo de la modernidad rusa por esos centros culturales de provincias a menudo con-

sistentes sólo en una casa o una familia–, Diaghilev había ido a dar en la gran capital, y en sus círculos mejores.

Era aquél un círculo de amistades como sólo hubiera podido hallarse en una ciudad como San Petersburgo. Gentes como Alexander Benois, retoño de una familia con raíces alemanas, francesas y venecianas que había producido muchos eminentes arquitectos de Petersburgo, conocedor de la historia del arte, amante del Petersburgo de Pedro el Grande y Catalina, y sobre todo ello, artista dotado que más adelante montaría muchas producciones de Diaghilev[426]. Luego, Constantin Smov, descendiente de una antigua y rica familia al igual que la prima de Diaghilev, Dima Filosofov, y espléndido pintor, sobre todo retratista; Walter Nouvel, espléndido pianista y lector de intereses ilimitados; y por último, Leon Rosenberg, que habría de hacerse famoso en calidad de diseñador escénico de Diaghilev con el nombre de Leon Bakst. Un círculo de jóvenes altamente cultivados, precoces, ligerament neurasténicos y altaneros que ya llevaban a la espalda sus modas wagnerianas y nietzscheanas, que en general habían salido al extranjero, hablaban varias lenguas y amaban a su ciudad y su país. Diaghilev cayó allí por vía de relaciones familiares pero ante todo a través del famoso colegio privado May. Bien que de patrimonios familiares distintos, había algo así como un trasfondo común de experiencia: lecturas, el conservatorio, estrenos en el teatro Mariinski, impresiones de viajes al extranjero, veranos en fincas familiares en el campo, contactos con contemporáneos famosos –Rubinstein, Chaikovski, Rimski-Korsakov–, incluso contactos con la alta sociedad o aun miembros de la vasta familia imperial, que en sus zonas periféricas se cruzaba con el mundo de los estrenos y los maníacos del ballet. Todo ello constituía un adiestramiento en desenvoltura mundana, disciplina, seguridad en el trato social, dominio de sí, conciencia de las formas, estilo. San Petersburgo era escuela del estilo petersburgués; esto es una banalidad, pero preñada de consecuencias.

Un segundo estrato, con toda certeza, lo forma la viva actividad de ese círculo de amistades en la sociedad fundada por Diaghilev en torno a la revista *Mir Iskusstva*, que existió entre 1898 y 1904[427]. Una revista que ha hecho historia en el arte y en la que eran los jóvenes agrupados en torno a Diaghilev quienes daban el tono, en crítica literaria, en recensiones, en la renovación de la historia del arte o en diseño y gráfica. El «mundo del arte» organizó exposiciones que hicieron época, surgidas de una reinterpretación y reapropiación de la entera tradición artística rusa. Lo que impresiona aún hoy es la seguridad del tono, la seguridad estilística, lo consecuente del programa artístico y de crítica de arte, y también la impavidez con que los jóvenes habían sacado de sus goznes al «viejo mundo», como si el éxito estuviese garantizado de antemano. La gran exposición de retratistas rusos en el Palacio de Tauris en 1905, una auténtica galería de historia y rostros de Rusia magistralmente confeccionada, presentaba en cierto modo el resumen de ese trabajo de organización de exposiciones; muchos de los retratos habían de desaparecer en disturbios posteriores: antes de «la época de confusión» Rusia había podido mirarse aún al espejo. No es azar que de ese período proceda uno de los textos de Diaghilev más melancólicos, rayano en fatalismo. De regreso de un viaje veraniego por un campo ruso arrasado por los levantamientos campesinos, Diaghilev consideró llegado el tiempo de hacer balance. «Están desiertos los mayorazgos, espantan en su pompa muerta los palacios que rara vez vuelven a habitar estas gentes de hoy, pequeñas y mediocres, incapaces de soportar la carga de los ejemplos de antaño... Y desde este punto y hora estoy convencido de que vivimos un aterrador tiempo de rupturas; estamos sentenciados a morir para ayudar a despuntar a una nueva cultura que tomará de nosotros cuanto quede de nuestra fatigada sabiduría... y por eso alzo sin miedo ni duda mi copa por los muros destruidos de los hermosos palacios como por los nuevos mandamientos de una estética nueva. Y el único deseo que expresaría, sensualista irredento, rezaría así: que la lucha que está en puertas no vulnere la estética de la vida, que la muerte sea tan hermosa y radiante como la resurrección»[428]. Como tampoco es azar que Diaghilev se sintiera en la cumbre de sus fuerzas, las que en el año revolucionario de 1905 le habían llevado a proponer la creación de un Ministerio de las Artes con él a la cabeza como titular ideal.

Diaghilev era un hombre cabal, pasado por una sobresaliente escuela selecta, crecido en una ciudad que criaba para las formas y la conciencia de las formas, rodeado por un círculo de personas afines y grandemente dotadas a quienes parecía obvio reinventar el mundo. Estaban listos y preparados para mostrar a Europa imágenes nunca vistas de Rusia y desde Rusia. Fue una constelación afortunada, una casualidad, cierto que casi conjurada por el *genius loci* de la ciudad de Petersburgo que había hecho posible tal combinación de fuerzas. Diaghilev se encontraba en una intersección y una cesura, y supo hacer de ellas algo: les dio forma, la del arte

ruso moderno. El círculo crecido en torno a *Mir Iskusstva* que allí había probado sus fuerzas se convirtió por así decir en modelo de todas las producciones futuras. Diaghilev tuvo la suerte del principiante. No había gastado tiempo en fracasos. En su trayecto vital por Petersburgo se pone de manifiesto desde luego la tragedia del país en conjunto: que en el momento de mayor despliegue de fuerzas no hubiera sitio para su genio y talento. El resto de Europa sacó provecho de ellos.

Entrada en la escena europea. Diaghilev abandonó la dirección del teatro imperial de Petersburgo tras su conflicto con las autoridades. Fue a París, como ya hiciera anteriormente con regularidad: a Venecia, a Bayreuth, a Florencia. Pero esta vez era un viaje sin retorno. En el *ancien régime* no había sitio para él, pero tampoco en el soviético en ciernes.

Mirando hoy hacia atrás, los veinte años de *Saisons Russes* parecen la materialización de un gran proyecto: lo que hubo en realidad fue un comienzo del que luego resultó paulatinamente, año a año, una secuencia, un programa siempre renovado de extraordinaria densidad, y aun «crudeza»; parecía no dejarse nada al azar, aun cuando nunca discurrió sin riesgos, con la amenaza de quiebra e insolvencia siempre en ciernes. Con las *Saisons Russes* llegó algo enteramente nuevo, un nuevo tono a un París que para Diaghilev era la capital indiscutible de una Europa protegida como por ensalmo frente a la barbarie[429]. Tras la temporada inaugural de 1909 escribe Alexander Benois: «Les hemos enseñado a los parisinos qué significa teatro... Este viaje fue indiscutiblemente fruto de una necesidad histórica. En la civilización contemporánea nosotros somos aquella parte sin la cual quedaría abandonada a su decadencia»[430]. Suena a misión cultural, pero en realidad Benois nada tenía de misionero. Por parte rusa, de Diaghilev, Bakst, Benois o Stravinski, había una profunda convicción y certeza de que tenían algo que decir, algo que sólo ellos estaban en situación de decir. Lo grandioso y para muchos perturbador de la aparición de esos rusos en París era que ahí hubiera quienes sin forzarse ni agotarse presentaban algo que cortaba el aliento. Precisamente no era misión ni embajada, sino mera presencia, crasa evidencia de plenitud, magia de la belleza. En las *Saisons Russes* alcanzó París y con ello el mundo un atisbo de que en Rusia había acaecido algo para lo que nadie estaba preparado: una cultura que siempre se había mirado y preguntado en el espejo de Europa había llegado a su ser, había dejado de tantearse buscándose defectos y atrasos,

simplemente era ella misma. Algo había pasado, y de golpe la cultura rusa se había vuelto además espejo en que Europa reconociera sus sueños y pesadillas. En las *Saisons Russes* Europa se había reconocido.

Rusia había estado trabajando doscientos años esa entrada, Diaghilev sólo es el actor que la lleva a escena. La joven Rusia había encontrado el lenguaje que se entendía y hablaba en todo el mundo. Aquello era mucho más que exótico que «alma rusa» y «temperamento ruso», era justamente dejar de formar parte de la reserva de proyecciones que siempre son ajenas.

Con la aparición de los rusos en París la hizo Rusia misma en toda su fuerza y señorío. En las recensiones de la época se encuentran todos los elementos decisivos. La combinación de disciplina y espontaneidad en la suma perfección de esos bailarines y bailarinas de Petersburgo. Tras esa ligereza y facilidad hay cien años de trabajo en el ballet, la cría y adiestramiento de varias generaciones de maestros y maestras de baile, y su sucesiva superación: la eliminación del menor rastro de adiestramiento y escuela en un dominio consumado de técnica y formas. No es azar que fuera en el ballet donde viera Diaghilev el arte de las artes de su tiempo, en ese arte surgido del teatro de corte y del absoluto avasallamiento del cuerpo propio. El ballet renovado que había dejado atrás la tradición académica del teatro Mariinski debía convertirse en medio plástico con que Diaghilev pudo hacer cuanto se proponía. «Meta de su gran ballet era crear una síntesis», escribe Modris Eksteins, «síntesis de todas las artes pero también de herencia histórica y visión del futuro, de Oriente y Occidente, modernidad y feudalismo, aristócratas y campesinos, decadencia y barbarie, hombre y mujer, y muchas más»[431]. Es la combinación de lo arcaico y primitivo con el refinamiento extremo. Rusia no conocía Tahití ninguno, ningún paraíso con nativos en mares del sur, pero sí, a cambio, provincias profundas y remotas periferias. Rusia tenía su Norte, su *Côte d'Azur* en Crimea, su Oriente y su Extremo Oriente. En torno a 1900 la capital imperial es una gran exposición imperial donde se alzan templos budistas, lamasterios y mezquitas tártaras, donde hay una docena de confesiones pero todas puestas en cuestión y reflejadas como problemas. La mezquita de los arquitectos Vasiliev, Krischinski y Von Gogen es tan azul como la de Samarcanda, pero se construyó en 1910 en estilo modernista. La riqueza del Imperio, todos sus estratos temporales se funden en los cuadros luminosos de Bakst y Bilibin. En torno a 1900 Rusia vivía en diferentes épocas a la vez, y el arte de Petersburgo de esa época habla de tensiones y

explosiones que ahí se preparan. Hay una Rusia primitiva, pero en la capital, naturalmente, sólo una primitivista; hay, ni qué decir tiene, la Rusia arcaica, pero en la capital desde luego sólo en figura del arca-ísmo. Lo arcaico a comienzos del siglo XX ya sólo se puede tener como reflejo, pues a esas alturas es algo que en la capital uno sólo puede llegar a advertir «con ojos modernos», como dijera una vez Diaghilev[432]. Y hay algo que desempeña un gran papel aunque no siempre explícito en esa entrada de los rusos en París: riqueza, lujo sin límite, una dimensión de la riqueza que se había vuelto inconcebible en la Europa burguesa y pequeñoburguesa. La riqueza de Rusia tiene una forma diferente, no es tanto burguesa como aristocrática. Ello se expresa así en las formas artísticas preferidas como en el oficio y los materiales. La riqueza rusa es insensata, no tiene sentido ni meta que sólo podría ser delimitada, nada tiene que ver con valor de uso y de cambio ni con el beneficio. Es, o no es. El lujo en escenas de Versalles, de los jardines y la corte, la configuración que dan a los interiores por ejemplo Benois, Borisov-Mussatov o Bakst, no es gesto de protesta contra el realismo social ni denuncia de la escuela pictórica de los «vagabundos», sino fin en sí mismo, juego y gozo que podría llamarse incluso irresponsable hasta olvidarse de sí mismo, hasta la generosidad. Todo se convierte en juego, en mascarada, uno de los tópicos más frecuentes de los años diez antes del «ensayo con trajes» llamado revolución. Signo de riqueza es también que los artistas puedan permitirse todo, recorrer con virtuosismo el repertorio entero: de épocas artísticas, de parajes del mundo, ora Cervantes, ora Maeterlinck, tan pronto el mundo de las máquinas como el de los clásicos (Leon Bakst en su ominoso *Terror Antiquus* de 1909). Rusia vivía en diferentes épocas, y eso vale también de su arte y su cultura: cargada de tensiones que sólo aguardaban a descargar. Petersburgo era el generador que de esa fuerza indómita dio forma a corrientes de energía, y Diaghilev, uno de los grandes maestros en ese arte; otro fue Lenin. Diaghilev trabajaba en un momento en que las fuerzas aún no se habían desencadenado. Pero él y quienes con él congeniaban las sabían rondando a su alrededor. No era gratuita la opinión de un crítico sagaz según el cual Stravinski había presentado con su *Sacre* una partitura «para la que no estaremos maduros hasta 1940». En noviembre de 1913, cuando se estrenó, sólo hubo conmoción, sobresalto, presentimiento. Jacques Rivière escribía en la *Nouvelle Revue Française* acerca de los 34 minutos de obra de Stravinski, con coreografía de Vatzlav Nijinski: «Esto es un ballet biológico. No sólo danza

de hombres primitivos, sino anterior al hombre... Stravinski nos dice que quería pintar el estallido de la primavera. Pero no la que acostumbran cantarnos los poetas, con sus tiernas brisas, su gorjeo de pájaros, su radiante azul y sus tiernos verdes. Aquí no es sino implacable lucha por crecer, horror pánico ante los jugos que pujan, angustioso reagrupamiento de células. Primavera vista desde dentro, con toda su pujanza, en espasmos y desgarros. Como si observarámos un drama por el microscopio». Y Valentine Gross: «El teatro parecía azotado por un terremoto. Parecía estremecerse. La gente gritaba insultos, abucheaba y silbaba, acallaba la música. Hubo puñetazos y hasta combates de boxeo. Las palabras no alcanzan a describir tal escena»[433]. Una amiga de Diaghilev, su musa Misia Sert-Natanson, tenía razón a su manera cuando en 1917 señalaba que toda la Revolución rusa era un gran ballet.

Diaghilev se hallaba en París cuando empezó la Revolución rusa en febrero de 1917. Destacados artistas e intelectuales querían que regresara y dirigiera el nuevo Ministerio de las Artes. Al final no hubo caso. El gobierno provisional, algunos de cuyos miembros tenían lazos lejanos con el círculo de Diaghilev –Alexander Guschkov con Leon Bakst, el presidente de la Duma Mijail Rodchenko con Diaghilev– fue derrocado. Como ya ocurriera en 1905, en 1917 Rusia no tenía sitio para Diaghilev.

El desgarro de Europa. Muerte en Venecia, 1914-1917-1929. Diaghilev había irrumpido en París como una fuerza de la naturaleza, fuerza de síntesis *par excellence.* El público parisino estaba hechizado precisamente porque lo juntaba todo. Gravedad rusa y grácil ligereza, liturgia del canto ortodoxo y vendimia de la Rusia pagana, pasión sexual y un trabajo formal cultivado por encima de la medida, maneras populares y refinado juego con el repertorio de las formas. El ballet de Diaghilev no sólo presentaba una Rusia diseñada para el público europeo –«*du vrai Russe*»–, era sin duda algo así como un «ballet de identidad» que tenía por tema Rusia, Europa, Eurasia. Todo encuentra en él concordancia y acuerdo. Pero luego llegó 1914, y después 1917. Años, casi un decenio de carnicerías, de horizonte europeo en tinieblas. Hasta la muerte en Venecia en 1929 falta aún más de un decenio. La guerra cerró las fronteras. Las rutas de giras y obras invitadas por toda Europa, que se habían desarrollado con fuerza desde 1890 y en cuyo centro se hallaba Diaghilev, su empresario *par excellence,* quedaron cortadas. Las compañías de teatro o ballet fueron retenidas en las fronte-

ras, y en muchos casos internadas por largo tiempo como «extranjeros hostiles» (¡de ahí saldría toda una historia del estallido de la guerra!). El nacionalismo levantó marejadas que salpicaban incluso a los asuntos artísticos. El arte ruso, lo ruso, acabó apareciendo en Europa como alternativa a la hegemonía musical de los alemanes: ¡Chaikovski y Mussorgski contra Beethoven y Wagner! Richard Strauss quedaba *out*. Las líneas estaban cortadas. Ya no se iba sencillamente desde la colonia de artistas de Worpswede a Talachkino, o de la colonia de Mathildenhöhe en Darmstadt a Abramzevo. La guerra fue el comienzo de la descomposición de la sociedad europea, que puede reconstruirse punto por punto. La circulación de cuadros, bailarines, directores o ideas se había interrumpido en Europa.

Eso rige aún más en el caso ruso. El contacto de Diaghilev con sus amigos más cercanos como Alexander Benois quedó cortado. Visados y billetes sólo se conseguían con mucha dificultad. La corriente de publicaciones, libros y cuadros se había agotado. Ya no había reservas de bailarines y bailarinas. Pero sobre todo, las artes seguían caminos distintos en Moscú-Petrogrado y en Europa. En ese momento de explosión y hostilidad Diaghilev sigue firmemente adherido al carácter integral de la cultura europea; no por razones morales o políticas sino estéticas, como siempre en su caso. Está demasiado interesado por los fundamentos de la vida, de la belleza, para que le pueda resultar indiferente lo que sucede allende las fronteras, en Rusia, en su país. Iba despuntando en él la idea de que la fuerza de los modernos se había extinguido y bien pudiera haberse resuelto en otra, la vanguardia soviética: esto es, en lugar de Benois y Bakst, Malevich y Puni. Había recibido pruebas de la otra Rusia moderna en forma de «vanguardia soviética» que iba y venía por París y sobre todo por Berlín. Claro que algunos de ellos eran ya conocidos suyos, o aun cercanos: miembros de su *Mir Iskusstva* habían evolucionado hacia el ala radical, y eran ahora vanguardistas, constructivistas, futuristas. Son muchos los caminos que llevan del modernismo ruso de 1900 al siglo XX. Diaghilev estaba ansioso por saber qué pasaba en la otra parte. Entró en contacto con Vladimir Maiakovski, quien a su vez intervino cerca del comisario del pueblo para asuntos culturales, Anatoli Lunacharski, para contratar a Diaghilev. «Conoces a Serguei Paulovich Diaghilev por lo menos tan bien como yo... No obstante escribo estas líneas para que lo de S. P. pueda pasar rápidamente al secretariado. Antiguos rusos que ahora son parisinos han intentado como es obvio meterle a S. P. miedo con Moscú. Pero su deseo

se ha demostrado más fuerte, sobre todo cuando le aseguré que superamos a los franceses en sensibilidad y generosidad y somos mejores "empresarios" que los norteamericanos... tampoco traería ningún perjuicio hablar de nuestro pabellón en la Exposición de París»[434]. Diaghilev había conseguido un visado para entrar y salir del país. Si a pesar de todo no llegó a viajar a la Unión Soviética fue porque el gobierno soviético no quiso dar garantía alguna de que nada le ocurriría ni a él ni a su secretario y amante Boris Kochno. Diaghilev se ganó a Naum Gabo, que había ido a Berlín y luego a París, para montar el ballet «cubista» titulado *Jeux*, en que todo giraba en torno al deporte, la geometría de los cuerpos y el tenis. Quería un libreto de Ilia Ehrenburg. Hizo mucho por ganarse al compositor Serguei Prokofiev, que se había quedado en el extranjero pero regresó luego a la Unión Soviética. Él le proporcionó la música para el ballet *Le pas d'acier*, cuyo resumen de contenido, tratándose de Diaghilev, suena casi a soviético: «Nos presentamos en escena hombres con martillos y azuelas; volantes girando, correas de transmisión restallantes, señales luminosas centelleando... la primera parte del ballet debería mostrar el derrumbamiento del dominio zarista: asambleas obreras, discursos de comisarios, trenes de mercancías para el mercado negro, un antiguo príncipe trueca su hacienda por comida, un marinero revolucionario y un niño sin hogar. La segunda debería tener por contenido la reconstrucción socialista, la construcción de nuevas fábricas y obras, al marinero de ayer obrero de hoy, y así sucesivamente»[435].

En uno y otro bando los protagonistas de la lucha de partidos miraron con recelo o condenaron esas tentativas de Diaghilev, un hombre de centro, de integración, un «talante abierto» de los pies a la cabeza. Hubo una granizada de protestas de la emigración rusa en París cuando la compañía de Diaghilev sacó a escena *Le pas d'acier*. Hasta sus amigos más cercanos, Walter Nouvel y Koribut-Kubitovich, protestaron contra sus planes de organizar con Meyerhold un festival conjunto, con su compañía y representantes del teatro moscovita. La curiosidad estética de Diaghilev era más fuerte, sin embargo, y en asuntos estéticos estaba más seguro que en los sociales o políticos de que nada entendía. El fundamento de la «cultura europea», esa red firmemente tramada de relaciones y lugares, aún no estaba del todo en ruinas. Existía aún, en fragmentos, en añicos. Aún había gente que hablaba un mismo lenguaje, aunque viviera en «sistemas» diferentes. Sólo hay que ver sus cuadros para saber que gente como Dia-

ghilev, Elsa Triolet, Lilia Brik o Georgi Chitcherin tenían más que decirse de lo que jefes de partidos y policías secretas podían encontrar políticamente correcto.

Aún había otro poder que en 1917 había entrado en la escena europea, incluida la cultural: Estados Unidos. Las miras de Diaghilev en esa dirección parecen a primera vista las habituales, las europeas ordinarias, marcadas por la oscuridad del viejo mundo frente a la civilización de los advenedizos. Diaghilev, que pese a la guerra había cruzado el Atlántico con su compañía en 1915-1916 para su presentación en Estados Unidos, que había visto atacadas sus coreografías por Estados Unidos puritano, tachadas de incitación al «infamante mestizaje», había probado más que de sobra su «antiamericanismo». Pero en verdad comprendía a Estados Unidos mejor que la mayoría de estadounidenses, que en esa época pugnaban como posesos por imitar celosamente al poder aún vigente en asuntos culturales, Europa. A ese Estados Unidos dirigió Diaghilev su llamamiento, el mismo que dirigiera hacia 1900 a su patria, Rusia: dejad de imitar a Europa, sed vosotros mismos, reconoced vuestro mundo, propio y grandioso. «Por ejemplo, yo había estado por la noche en Broadway, admirado por la vida, la energía, la infinita variedad de belleza que allí se ve, y se me reían: pensaban que estaba de guasa. Pero no, no era broma. Ya va siendo hora de que el pueblo estadounidense lo reconozca por sí solo. Broadway es auténtico, sin duda la influencia más importante para el arte estadounidense. Pero en los salones se considera adecuado condenar todo eso. Se quiere copiar a Europa, justo como en Rusia nos empeñábamos hace muchos años en copiarla»[436]. Diaghilev estaba fascinado por Estados Unidos, y seguro que allí habría llegado muy lejos, siendo como era en realidad la figura del empresario estadounidense *par excellence*. Y también allí dejó huellas. No sólo en la figura de Adolf Bolm, alumno del teatro Mariinski y miembro de la compañía de las *Saisons Russes*, sino en un sentido mucho más fundamental: en el movimiento cultural que sin hacerse fuerza logra lo que la cultura estadounidense logra desde que existe como tal, reunir alta cultura y cultura de masas. Diaghilev tuvo señorío suficiente para hablar en pie de igualdad con Eurasia y con Norteamérica: un europeo que aún se daba crédito, sin complejos ni resentimientos, un europeo justo al borde del abismo al que Europa se lanzaba.

Diaghilev murió en Venecia y allí está enterrado, como Igor Stravinski o Ezra Pound. Diabético, a él le tocó en 1929, pero aún antes del «Viernes

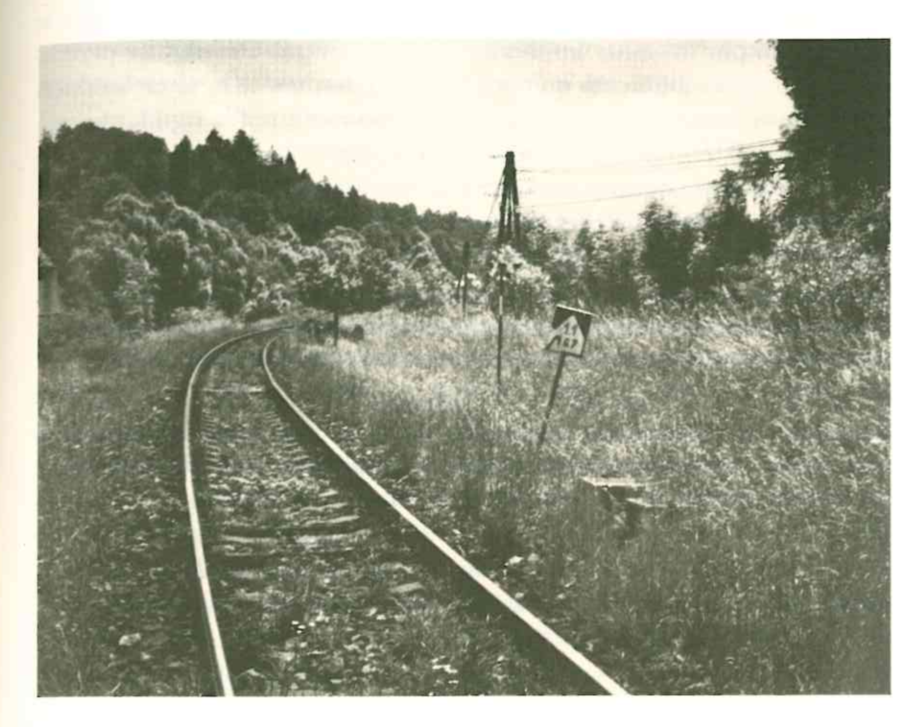
negro», la conmoción global que empujó a Europa al abismo. La muerte en Venecia fue generosa, pues en la Europa posterior a 1929-1933 no había sitio para Diaghilev y sus semejantes. Aunque su amigo Alexander Benois le llamara «*duce*», su persona y su vida enteras se habrían convertido en blanco de un odio mortífero. El dandy, el esteta, el marica, el amigo de ricos y judeomasones, el cosmopolita patriota ruso, habría sufrido mil muertes, como ya se preparaban cientos de miles para él y sus semejantes.

Así como puede describirse a Diaghilev como centro de la formación de una sociedad europea, así su final es también una clave para describir el de ésta. Todos los ejes, las redes de relaciones, los salones, el entero sistema de filiaciones que la Europa burguesa había puesto en marcha se rompió y se convirtió en fermento de nuevos estados de agregación: se rompió el mundo de Harry Graf Kessler, de Hugo von Hofmannstahl y la sociedad de Bloomsbury Square. El lugar de personalidades como Diaghilev pasó a ser ocupado por el aparato de producción y gestión cultural. Nada funcionaba como no fuera sancionado y bendito por comisiones, gremios y consejos asesores. Hubieron de pasar decenios enteros hasta que volvieron a ser posibles unos primeros pasos más allá de ese abismo: las visitas de Stravinski, Serguei Lifar y George Balanchine a su patria en los años sesenta. Y pasarán generaciones hasta que se restablezcan contextos y rutinas que ya una vez se dieran. En la salida del siglo XX ya hemos vivido cosas tan prodigiosas que no está excluido que aún vengan más. *Fin de siècle, Fin de millénnaire*, época Diaghilev.

Topografía del terror

El mapa de Europa está tachonado de lugares de dolor. Ahí es donde mejor se muestra lo irremediable sin esperanza del lenguaje cartográfico y geográfico frente a la realidad del vivir y morir. Hay atlas de ese tipo, pongamos el atlas del Holocausto o el manual del Gulag, que también contienen mapas[437]. Aun cuando son correctos, que no siempre puede decirse de ellos, algo callan: despliegan ante nosotros un paisaje de nombres y lugares en que por lo general hemos vivido. Forman parte del patrimonio educativo del europeo medio: Dachau, Bergen-Belsen, Madjanek, Workuta, Lubianka, Magadan. En ellos encuentra uno líneas y flechas que simbolizan el movimiento de seres humanos en grandes cantidades: deportaciones de Düsseldorf a Riga o de Berlín a los Urales, de Ucrania a los centros de trabajos forzados en el interior del Imperio, caminos del éxodo de fugitivos y expulsados. Europa está cubierta de vectores y flechas en intrincada maraña. Pero están vacíos, nada dicen, sólo cobran sentido adentrándose en los mapas. La línea de Hanau a Lodz, de Berlín a Lublin, la fecha que lleva añadida, figura un desplazamiento, aparecen consignadas fechas de partida y llegada. Pero en verdad el desplazamiento figura un descenso a los infiernos.

De eso no nos enteramos por mapas, sino por relatos de quienes fueron forzados a tal viaje y sobrevivieron, quizás por un prodigioso encadenamiento de circunstancias. No hay un guía mejor en la topografía del terror que informes y recuerdos de supervivientes. Podemos fiarnos de ellos. Nos dejamos coger de la mano y llevar allí donde ya no tenemos acceso, a lo que nos ha sido ahorrado. Ha surgido un género propio. La anotación inmediatamente posterior, sustentada en la voluntad y el sufrimiento de quien lo ha pasado y decide retener cada detalle antes de que tiempo o distancia lo hagan palidecer y difuminarse. Hay que transmitirlo al mundo circundante y a la posteridad, que de otro modo no nos creería. Hay tales informes del tiempo inmediatamente siguiente, impresos aún en papel basto de posguerra, que desde entonces se han convertido en clási-



Tramo de vía única desde Zilina a Auschwitz por el que fueron transportados al campo de exterminio los judíos de Theresienstadt, pero también los de Eslovaquia, Hungría, Italia, Grecia y Yugoslavia.

«Entre Berlín y Lodz hay sólo unos 400 kilómetros, pero el convoy atravesaba en realidad una frontera de la civilización.»

cos, como los recuerdos de Buchenwald de Eugen Kogon. Hay memorias escritas a más distancia y con mayor distanciamiento, no por dejadez u olvido, sino por necesitar un tiempo hasta encontrar un lenguaje para lo vivido. En algún momento quienes nacieron después se mueven también por los rastros de la *Shoá*, por senderos, estaciones y raíles, capillas hundidas, viviendas corrientes donde todo empezó[438]. La literatura que nos introduce a la topografía del terror es casi inabarcable. De ella forman parte actas judiciales, informes de policías secretas, cartas desde el frente, fotos de soldados rasos y policías corrientes, informes de investigación de acádemicos ávidos de medro; diarios, apenas: uno no lleva diario en el frente, ante el paredón, en el tumulto de la lucha o en la fuga. Y sin embargo sabemos demasiado poco para poder comprender.

La literatura europea posterior a la catástrofe rebosa de relatos de subidas y bajadas a trenes, de vagones, de viajes de cuyo destino sólo se sabe que queda «al Este». Donde cada detalle es decisivo. Seres humanos que en la vida corriente habían tenido que orientarse a lo sumo en el barullo del tráfico, los transbordos del metro y los enlaces de tren, tenían que situarse ahora en comarcas de las que ni siquiera habían oído hablar. No sabían adónde llevaba el viaje, así que tenían que orientarse por el cielo. Había que averiguar por qué lugares y estaciones pasaba el tren. Había que hacerse una composición de lugar a partir del paisaje que cambiaba lentamente. A veces era útil saber algo de naturaleza y frutas silvestres, porque de ello podía depender la ración de supervivencia. El conocimiento del lugar podía ayudar a alargar la vida. Cada kilómetro dejado atrás era un paso que alejaba del mundo habitual, habitado. Cada metro era significativo. Entre Berlín y Lodz hay sólo unos 400 kilómetros, pero el convoy atravesaba en realidad una frontera de la civilización. Entre Leningrado y las islas Solovetski en el Mar Blanco sólo hay una noche de viaje, pero éste lo es a las lejanías del archipiélago Gulag[439]. Como mejor se describe el camino que queda atrás no es con indicaciones de distancia, sino con etapas: policía, prisión, transporte. Los nombres figuran un mundo entero: Moabit, Plötzensee, Ruzyne, Lefortovo, Andrassy út 60. Como mejor se sigue el rastro no es dando nombres de lugares, sino describiéndolos. Así tomamos conocimiento de entornos característicos del siglo XX: las autoridades, el campo de concentración, el de tránsito, el vagón de ganado, el convoy, las instalaciones de desparasitación, el campo de internamiento, la rampa, el barracón, el campo de trabajo, el de enfermos, el lazareto, las

letrinas, el crematorio, la cocina, el cementerio, la torre de vigilancia, la zona de alambradas electrificadas. El ojo de quien está acosado y amenazado es agudo. No se le escapa ningún detalle, pues quizás dependa la vida de un detalle, un azar, un vuelco repentino que traiga salvación en el momento justo. El primer deber de quien lee tales informes es hacerlo con tanta precisión como lo observara el ojo del amenazado. Deber de exactitud que salva la vida, el adecuado al caso de extrema necesidad. Los detalles no son bisutería, colorido local, elementos para recrear o «atrapar» un ambiente, relleno con que el escritor redondea y al lector se le hace más corto el tiempo: el detalle que salva la vida o la aniquila. En el largo camino entre ser arrancado de la vida cotidiana y de la normalidad civilizada y la llegada a los pórticos de la muerte, entre la puerta de entrada y la puerta en que todo terminaba, cada matiz era de importancia vital. De ahí que tengamos que conocer todo detalle del camino de la muerte: cuántos seres humanos había encerrados y cuántos metros cuadrados les tocaban a cada uno; la planta de los barracones, la anchura en centímetros de los camastros; el paso a que giraban los cuerpos apiñados en formación; la distancia entre el patio de llamada y la cantera; la temperatura en cada estación. Los presos contaban los escalones de las escaleras por las que se les llevaba, y así se cercioraban de dónde estaban. El orden del terror se les había grabado en el cerebro.

Mucho ha desaparecido, arrancado y quemado por sus autores, reaprovechado y readaptado, reconstruido o sobreconstruido. Pero quien se confía a tales guías, a recuerdos y relatos, encontrará algo donde ya no hay nada. Quien quiera orientarse en las topografías del terror tiene que instruirse y entender la jerga que sólo comprenden los iniciados. Tiene que ocuparse de las poblaciones que se apiñaban en los campos, en esas metrópolis europeas del margen, en esos centros industriales de esclavitud y trabajo forzado, en esas infraestructuras y redes de la muerte. Hay que entender todos los idiomas de Europa para familiarizarse con los recuerdos de los internos llevados hasta allí. Los campos fueron en Europa campo de muchos pueblos. Los campos fueron puntos de concentración de la Europa escogida, los lugares europeos *par excellence*.

Los cementerios de Europa son su réplica, su negativo[440]. Europa tiene parcelas de muerte para todas sus etapas: los cementerios del siglo XIX con su extensión sólida, visible aún pese a la urbanización atropellada, con sus sólidas fábricas de cantería, honra del oficio y de concejales y ministros cuyos títulos figuran grabados en las lápidas sin que nadie sintiera vergüenza ajena. Con 1914 la muerte ya se buscó otro escenario nuevo, a la altura de la muerte moderna. Tuvieron que ser ya tumbas interminables, a contar por cientos de miles, para hecatombes, o por ser más precisos, para ejércitos y generaciones enteras de hombres armados. Verdún con sus decenas de miles de tumbas en formación trajo consigo una nueva estética de lo póstumo que nunca desaparecerá. Un icono del siglo XX irrumpió en los campos de batalla de Occidente. Pero muerte y enterramiento apresurados, por cientos de miles, aún conservan los ragos de orden, atesoramiento, clasificación, memoria, como si hubiera aún visión de conjunto y asistencia suficiente aun para el último caído desconocido; un vestigio del siglo XIX yace escondido en esos campos de tumbas de Douaumont y Verdún. Un fondo imponente para gestos históricos de reconciliación. Tienen algo de caballeresco, eso pasado de moda que se sigue asociando a morir entre «tempestades de acero». La guerra de posiciones aún dejaba tiempo.

La Segunda Guerra Mundial, pese a las imágenes de Monte Cassino y Tobruk, no produjo esa forma de enterramiento. En todo caso son otras imágenes las que se asocian a sus muertes en masa. Es la muerte al borde del camino, en batallas de blindados, hundidos sin nombre y sin salida en el fondo de ciudades en llamas. Son prisioneros de guerra rusos de quienes ningún enterrador se ocupaba, ni alemán ni soviético. Y más tarde también soldados alemanes en cautiverio de guerra, de los que se había vuelto imposible llevar la cuenta. Como a los restantes habitantes del Gulag, se les apilaba en un lindero del campo cuando el frío volvía la tierra piedra, hasta que llegaran la primavera y el deshielo y fuera posible entregar los muertos a la tierra. Aún hoy pueden encontrarse restos de cruces y enterramientos en los bosques del gran norte. No, otras son las tumbas características de la muerte en masa del siglo XX: las fosas comunes. Toda la Europa oriental está saturada de lugares de enterramiento, lugares de muerte en masa, masacres, ejecuciones en masa, asesinatos en masa. En las dunas de Mitau, en los fosos de Kaunas, en los bosques de Ponary, en los campos de Transnistria, en el centro de Minsk y de Varsovia[441]. Pero la verdadera tumba del siglo XX es aérea. Así dice un poema de Paul Celan: «...Subid pues humo en el aire, tened pues tumba en las nubes, allí no hay estrecheces». Con sólo mirar bien se ve el cielo sobre la Europa oriental entera entenebrecido por las cenizas de las chimeneas de los crematorios de Birkenau, Treblinka y Madyanek.

Vivos y muertos. Los cementerios son más difíciles de describir que las ciudades. No es sólo que la población de las necrópolis sea mayor que la de las mayores metrópolis. En esos campos de la muerte se han reunido las poblaciones de ciudades enteras durante varios siglos, sin contar anónimos y soterrados sin ceremonias. Las ciudades de los vivos han crecido de las de los muertos o pasándoles por encima. Muchos cementerios que antaño estuvieran a las puertas de la ciudad están ahora cercados y encerrados por ella. Hay estipuladas formas de organización, ceremonias y rituales para el trato seguro con las «postrimerías». Hay ordenanzas de cementerios, se ha regulado la duración del derecho de uso, el derecho de herencia rige sobre las plazas. Quien se acerca a sus puertas puede observar que se ha montado allí todo un área de servicios, lapidarios, transporte de muertos, tiendas de flores y coronas, y puestos donde tomar algún refrigerio, tan necesario para recuperarse tras la ceremonia. Hasta el procedimiento de inhumación se despacha discretamente; o eso pregonan las empresas del ramo. Aunque con eso no se libre uno de lo suyo. Puede que ya no bajemos la voz, pero cuando hablamos de «la paz de los muertos» o «el camposanto» empleamos un vocabulario de piedad que por lo demás rara vez usamos en la vida cotidiana. Un vocabulario que proclama que aún hay cosas que no son como todo lo demás.

Michel Foucault ha descrito los cementerios al modo de otros lugares que también estuvieron en el foco de su atención, cárceles, instituciones psiquiátricas, lugares de destierro o colonias: como lugares de exclusión. Pero lo cierto es que los cementerios son antes lugares de cohabitación de

vivos y muertos, lugares de recogimiento que de antiguo han tenido también derecho de asilo. Ya lo señalan esas instalaciones en nuestra vecindad, en torno a la iglesia, que visitamos con regularidad, sea como antes por asistir a los servicios divinos, sea porque hoy muchos visitamos los cementerios convertidos en parques, en «pulmones verdes». Inevitablemente nos topamos con las tumbas más importantes, pues a menudo se encuentran en el centro de la ciudad, muchas veces surgida en torno a tumbas de santos: así San Pedro en Roma, la tumba de Santiago de Compostela o el mausoleo de Lenin en la Plaza Roja. Los judíos llaman a sus cementerios *beth hachaim*, casa de la vida. Así, los cementerios son sólo lugares donde prosigue la vida con otro nombre. Una imagen perfecta de la coexistencia entre vivos y muertos. El intercambio entre ciudades de muertos y de vivos es bastante estrecho. Se vive al alcance de la vista y de la voz. Se disfruta del aire limpio. Se sigue el espectáculo de la naturaleza que todo parque ofrece año tras año con el cambio de las estaciones[442]. A veces esa relación es literalmente de supervivencia: los cementerios de la Varsovia ocupada por los alemanes se convirtieron en lugares de asilo para cientos de personas, como en Vilna o en Lemberg. La tumba como lugar de supervivencia, de salvación, el cementerio como lugar de la vida mientras las ciudades perecen entre llamas y humo. En los países marcados por la iglesia ortodoxa, a su vez, es diferente: allí los banquitos colocados ante la tumba vallada señalan que la comunicación con los muertos no se ha interrumpido, y el vodka, las flores de plástico de colores y los huevos duros que se colocan en las tumbas por Pascua atestiguan que los vivos no quisieran verse privados de la comunidad de los parientes muertos. La juventud del suburbio da vueltas por cementerios abandonados a su suerte que degeneran en vertederos de basura y lugares para jugar a aventuras. Los cementerios ofrecen techo a humillados y ofendidos. ¡En cuántos lugares se habrán podido ver las huellas de alojamientos nocturnos!: panteones y criptas allanados que, expoliados ya hace mucho, sirvieron de albergue en adelante. Por los cementerios se desfogan los gamberros de la posteridad; en los judíos de Kischinov y Chernovitz pueden verse muchos de los retratos colocados en plaquitas de porcelana con los ojos vaciados o las huellas de ejercicios de tiro. Con los cementerios se puede hacer negocio; en el antiguo cementerio del Rossgärtner en Kaliningrado-Königsberg se violan tumbas en la esperanza de encontrar algo. Se saquea así a los muertos por tercera vez; la primera, inmediatamente después de 1945, y luego a finales

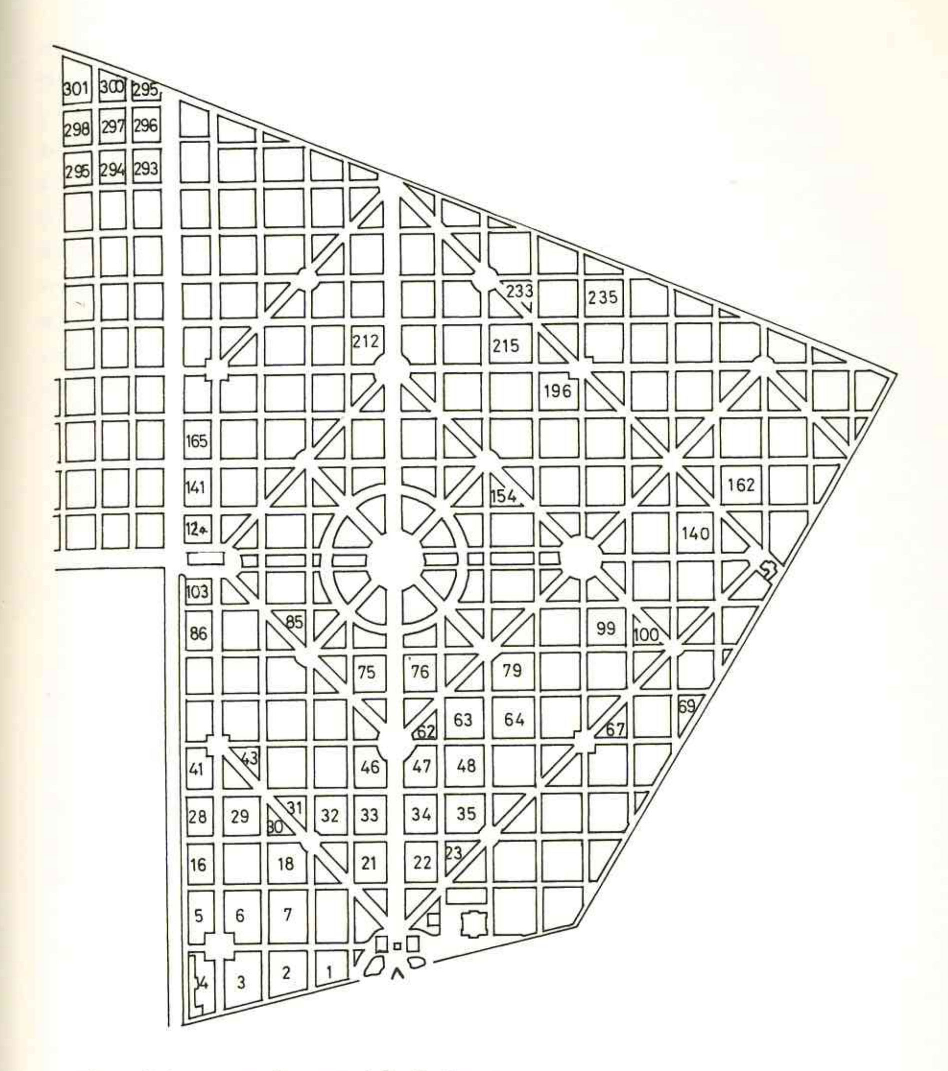
de los años ochenta. El negocio de las tumbas no atiende a fronteras: tanto da que sean rusos, lituanos o polacos. Hay un mercado de aficionados a hermosas lápidas y devocionarios de la época alemana.

A los que mejor les ha ido es a aquellos cementerios que han caído en el olvido, de los que se ha ocupado en el mejor de los casos la Naturaleza. El caso ideal era la zona militar vedada, por ejemplo la que el ejército soviético tenía en Paldiski, en Estonia, ciudad de soldados, el puerto báltico de Pedro el Grande. Al amparo del secreto militar, en esa lengua de tierra en el golfo de Finlandia se ha conservado un cementerio con lápidas en ruso, estonio y alemán (la de la familia Reichart, como muchas otras, señala que el hijo desapareció en el norte de los Urales). Aún existen todas las cruces de hierro forjado. La zona vedada ha salvado al cementerio. En otros lugares están expoliados, desguazados. Se usaron las losas para dachas y las cruces forjadas para decorar un jardín o un bar. En el comportamiento, en el trato con los muertos y los lugares en que están inhumados es donde mejor se muestra cómo están las cosas en una cultura. Los muertos están indefensos. Puede hacerse con ellos lo que se quiera. Están a merced de lo que disponga la violencia de la posteridad. En el trato con los muertos se muestra qué actitud se tiene ante el pasado. Puede que no haya mejor indicador del trato de los europeos con su pasado, cómo tratan a sus muertos.

Los cementerios en las transiciones. Todo modo de conducta concebible admite estudiarse. Hay cementerios que se apisonan y entierran bajo nuevas vías de tránsito, circunvalaciones y autovías. Los hay que en periferias urbanas se mezclan con difusas tierras de nadie, aparcamientos, gasolineras y centros comerciales. Y los hay que se borran del mapa. Particular saña en esto la del socialismo, que en nombre de los vivos y un futuro mejor barrió los restos de los muertos donde parecieran estorbarle. Así se transformaron célebres necrópolis en parques. Así el antiguo cementerio de Odesa, donde yacían celebridades de la ciudad como la actriz cinematográfica rusa Vera Cholodnaya, el Gran Cementerio donde hoy puede visitarse un parque y los mausoleos conservados «en razón de su valor artístico». También el del Rossgärtner de Kalinigrado-Königsberg es un trozo de bosque apenas distinguible para quien no lo conozca, cubierto por los helechos entre guarderías, gasolineras y dachas. Muchos cementerios fueron desmantelados, aprovechados como cantera y autoservicio donde uno

se abastecía de losas cuidadosamente talladas y costosas verjas. De ese modo han desaparecido cementerios enteros, ortodoxos rusos, luteranos, israelitas o musulmanes, según. Losa por losa. Sirvieron para pavimentar caminos particulares o públicos, arreglar pajares y modernizar pocilgas, ampliar estadios y adornar parroquias. Innumerables cementerios en juderías de antaño se vieron sometidos a tan notable transustanciación. Así se encuentran losas con relieves de palomas, manos tendidas y palmeras boca abajo sirviendo de pavimento al tráfico de los vivos. Miles de cementerios, da igual de qué confesión, han desaparecido de esta manera. En muchos casos la desaparición de su comunidad religiosa o de creencia coincide con la de grupos étnicos, culturales y lingüísticos: los polacos en Ucrania y la Rusia blanca, los alemanes del Báltico y Polonia, los judíos por doquier en la Europa oriental. Cementerios como lugares de venganza y depuracion étnica póstuma. Allí donde aún existen, su estado de conservación o abandono dice cómo se comportan los vivos con los muertos. Que los caminos estén cuidados, que alguien se ocupe de las tumbas, que se recoloquen las lápidas caídas o no son otros tantos signos inequívocos.

Capitales de muertos. Pero antes, antes de la guerra que entenebreció el cielo, hubo un mundo en que aún se moría como es debido, en que morir tenía su orden y hasta era parte del arte de vivir. La Europa optimista de preguerra daba algún valor a morir como es debido, en orden, con formalidad y hasta con pompa. La cosa tenía sus propias escenografías y ostentaciones. Si era preciso, morir era parte de la vida pública, de la lucha por alcanzar reconocimiento en la arena de la vida[443]. Imperios enteros podían verse sacudidos por un cortejo fúnebre: al morir León Tolstoi en 1910, la presencia de todo cuanto significaba algo en Rusia marchando tras el féretro fue una contundente manifestación en contra del *ancien régime* ruso. Cuando se llevó a su tumba al emperador Francisco José en 1916 fue también el último adiós a una época. Más tarde ha vuelto a haber entierros así una y otra vez: grandes puestas en escena de la muerte de Estado. Como los «guías del proletariado mundial» a quienes se sepultaba en el muro del Kremlin, o los panteones del movimiento obrero y el comunismo existentes por todo el bloque del Este. Se mezclaban ahí formas tradicionales de los comienzos heroicos del movimiento obrero, como los cantos conmovedores de las barricadas de Varsovia, con la pompa de un ceremonial de Estado modelado a semejanza de las cortes de Viena o Tsárskoie Sieló.



Plano del cementerio central de Budapest –Rákoskeresztúrer.

«La regularidad de las instalaciones, las avenidas rectas, los setos y las verjas, todo genera una matriz de igualdad en la muerte, declara ni más ni menos que todos somos iguales en la muerte.»

Esas escenas de 1924, el desfile de «obreros, campesinos e intelectuales» venidos de todo el país por el pórtico del edificio de Sindicatos, los acompañantes del féretro de Lenin, que acabarían todos asesinados más tarde, la histeria colectiva del pueblo torturado por Stalin en los días de la muerte del «padre del pueblo», en marzo de 1953, la tenebrosa pompa en los entierros de todos los dirigentes soviéticos de la segunda generación, todo eso marcó el horizonte de las jóvenes generaciones soviéticas. Tales rituales giran ante todo en torno a la reafirmación de poder; las manifestaciones simbólicas de solidaridad *post mortem* declaran que la lucha por los asuntos del muerto continúa. Pero también la oposición social se ha servido de los rituales de la muerte pública, desde el entierro de Boris Pasternak a la muerte del cardenal Mindzenty, del entierro de Nadiechna Mandelstam, viuda del escritor, hasta el cortejo fúnebre de Popieluszko, el sacerdote polaco liquidado por agentes de la policía secreta en tiempos del movimiento de *Solidaridad*. A veces fueron manifestaciones de un poderoso impulso que señalaron conmovedoras cesuras históricas; así, la rehabilitación póstuma y el traslado de los restos de los ejecutados en el entorno de Imre Nagy tras aplastarse el levantamiento húngaro de 1956, que se llevaron a cabo inmediatamente después del cambio político, o el traslado de París a Moscú del sarcófago del gran cantante ruso Fiódor Chaliapin.

En el curso de los siglos ha habido en Europa formas de y rituales de enterramiento elaborados y acreditados. Europa construyó ciudadelas de muertos, obras de arte de gran belleza, museos de las más delicadas tallas, como sólo se encargan en presencia de la muerte y el mayor de los dolores. Los grandes cementerios de Europa son tan célebres como sus monumentos más célebres, y en ellos se puede leer tanto como en la torre Eiffel, el Palais Garnier o la Stephansdom. El Père-Lachaise de París, Necropolis en Glasgow, Staglieno en Génova[444], San Michele en Venecia, el Zentralfriedhof de Viena, el cementerio judío de Berlín-Weissensee o el de Lodz, los cementerios de San Petersburgo o Moscú son monumentos históricos *sui generis*[445]. Las grandes ciudades tienen un paisaje de cementerios crecidos durante siglos, multiformes y estratificados. Kiev cuenta con 28 cementerios, y la guía de cementerios de Viena enumera 58[446]. Quien quiera comprender el mundo de los cementerios tiene que familiarizarse con ellos, leer, estudiar, visitar los institutos pertinentes, hablar con el personal, con restauradores e historiadores del arte y de la sociedad[447].

Las necrópolis como las metrópolis son «obras de arte conjuntas», y en eso una historia social aislada sirve de orientación tan escasamente como una historia del arte por sí sola. Defecto este común a todos los estudios de cementerios: cada quien mira desde su punto de vista, nítido pero unilateral, allí donde sólo sería adecuado uno integral que reuniera metafísica del camposanto, historia de las imaginaciones del más allá, demografía urbana e investigación epidemiológica, artesanía y sociología urbana, historia bélica y del arte. Aspectos todos que puede captar a primera vista quienquiera que se dé una vuelta por un cementerio mirando con atención. Hay que hacer estudios de campo, de esos campos de muerte y muertos, estudios de camposanto. Europa tiene que ocuparse de las capitales de sus muertos.

Vida en la muerte. En cada cementerio de cierta envergadura hay un guía. En las puertas de entrada suele haber un plano esquemático en que figuran las tumbas más importantes y los mausoleos más destacados. La regularidad de las instalaciones, las avenidas rectas, los setos y las verjas, todo genera una matriz de igualdad en la muerte, declara ni más ni menos que todos somos iguales en la muerte. Donde más claro aparece es en aquellos donde reaparece una vez más el ejército: ejército de los muertos en formación. Pero ya el panteón, en tanto forma principal de preeminencia póstuma de estadistas, generales, escritores, actrices, poetas, directores o cantantes, muestra que aun tras la muerte prosigue la lucha por el mejor puesto, tan sólo un poco atenuada por consideraciones de piedad en presencia de la muerte. El cementerio tiene su centro y su periferia, los que están en el centro y los que caen más al borde y a un lado. Todos conocemos los pomposos epitafios y las tumbas de gente de buena cuna, por una parte, y las del rincón apartado para suicidas, excomulgados, muertos en duelo, pecadores y pecadoras públicas, niños sin bautizar y ateos, para quienes no debería haber siquiera sitio en el cementerio. Aún recuerdo el cementerio de un pueblo en que los párrocos ocupaban las tumbas más visibles al entrar hacia la iglesia, y en un rincón se hallaban los de fuera, los retornados, fugitivos llegados tras la guerra. También recuerdo la tumba de un bebé sin bautizar y la de un criado que se había ahorcado, apartadas y casi como si debieran pasar inadvertidas. Los monumentos son memorias vueltas piedra, y eso vale particularmente de los cementerios. Son bajorrelieves de una sociedad de clases y estamentos, incrustaciones de la

destreza del tallista y el cantero, repertorios biográficos de consulta transitables a pie. Se advierte fácilmente quién fue importante y aun muerto se pudo permitir marcar diferencias con sus vecinos. Se advierte fácilmente a quién otorgó su mundo honores y respeto aun después de muerto, y de quién fue la memoria a dar en olvido y polvo. Los cementerios son escenarios en que se representan con precisión insuperable familias, estirpes y personas, pero también donde renegar y avergonzarse de cuanto se fuera en vida. Se dan ahí todos los caracteres, aderezados *post mortem*: el egocéntrico que deja en la sombra a cuanto le rodea; el circunspecto que se contenta con una escueta inscripción; el que prorrumpe en expresiones escultóricas de dolor arrebatado por la pérdida de lo más querido. Por los cementerios desfilan una última vez los gustos de época, adoptan sus ademanes una vez más. Son auténticas ferias de las vanidades. La competencia prosigue tras la muerte. En parte alguna se echa de ver como en el cementerio de Lodz, donde las familias de industriales más señaladas de la ciudad, los Poznanski, Scheibler, Geyer y Grohmann aún ofrecen el espectáculo de una impresionante competencia *post mortem*. No sólo por el mausoleo mayor y más alto, a la vez también lucha de estilos y símbolos religiosos. La sociedad burguesa de clases ha dejado tras de sí los más impresionantes cementerios de Europa. Se pueden estudiar esos panteones familiares en que tantos cuidados se pusieran exactamente igual que los interiores burgueses.

En las tumbas de celebridades puede leerse la historia entera. En los de San Petersburgo, la del Imperio ruso y su capital; en el del Claustro de las Vírgenes de Moscú, la de la Unión Soviética entera; en el Père-Lachaise, la de las élites culturales de París, es decir, Francia; en el Kerepesi de Budapest, la de la lucha por la independencia y la democracia en las tumbas de István Deak, Lajos Kossuth y Sándor Petöfi. Auténticos panteones. En el Central de Viena se saca una imagen de qué era Europa antes de la catástrofe, y en sus restos puede leerse que aún no se ha perdido del todo. Todos eran cementerios multiétnicos, «fatigas de olvidados pueblos», como reza un poema de Hugo de Hofmannstahl. En los grandes cementerios de la monarquía danubiana descansa cada quien bajo su correspondiente cruz, estrella o media luna: serbios, bosnios, croatas, húngaros, rutenos, checos, eslovacos, judíos. A su vez, los de Berlín muestran otra cosa, cabe conjeturar el breve florecer de una historia de capital demasiado corta[448].

Los epitafios figuran su época. Cada sociedad da valor a algo distinto. La estamental, a título y abolengo, la burguesa, a profesión y carrera, la posburguesa se contenta con la indicación desnuda de fechas de nacimiento y muerte. Las lápidas muestran el curso del tiempo tal como ha quedado literalmente cincelado en la vida de los humanos. Las épocas de guerra son las más claras. En Alemania es patente el cúmulo de fechas de fallecimiento entre 1914 y 1918, 1939 y 1945. En toda Europa se ha desarrollado un tipo peculiar de recuerdo de la muerte patriótica en masa: el monumento conmemorativo con las inevitables cifras 1914, 1918, 1939, 1941, 1944, etc. Y los lugares igualmente inevitables: El Alamein, Narvik, Verdún, Orscha, Kursk, Stalingrado, «en Rusia», «en el Cáucaso». También se acumulan epitafios sin fecha ni lugar. Las indicaciones de lugar dicen mucho: dicen algo de tranquilidad o inquietud en el continente, o que éste se ha convertido en campo de batalla, de movimientos humanos a gran escala. Así, en cementerios lituanos, letones o estonios se ven a menudo indicaciones de muertes de familiares en Kazastán o el Yenisei. Y lo mismo en Polonia. En la Unión Soviética se diría que los seres humanos habían dejado de dar indicaciones de lugar. Demasiado grande su número y extenso el territorio en que un ser humano podía desaparecer: en el archipiélago Solovietski, en los campos de Dalstroi, en las fosas comunes de Butovo al sur de Moscú. Las lápidas no darían abasto para consignar nombres de lugares donde se asesinó en masa. Así, a veces sólo duran en el recuerdo. En el siglo XX los seres humanos apenas tuvieron oportunidad de morir donde nacieran. Los cementerios europeos figuran con suma exactitud las turbulencias históricas en que se disolvieron ciudades, clases y familias enteras.

El mundo de los cementerios europeos es el de sus religiones. Sus cementerios eran ortodoxos rusos, armenios, judíos, protestantes, católicos romanos, musulmanes tártaros. En los epitafios se pueden leer fantásticas aleaciones de lo religioso, étnico, social y cultural. En cementerios protestantes del Este se encuentra una mayoría de miembros de comunidades alemanas, en los resplandecientes panteones dorados de la zona judía del cementerio Kerepesi de Budapest, a los representantes de la gran burguesía de la ciudad. Los cementerios dan informaciones sobre desplazamientos de fronteras y dislocaciones territoriales. Sólo tenemos que andar un poco por los cementerios de Wroclaw-Breslau o Vilnius-Wilnos: allí las piedras hablan alemán o polaco[449]. El lenguaje de los cementerios es

más viejo que el de los Estados nacionales. Por todas partes se topa uno enclaves de culturas decaídas. Inscripciones en alemán en el cementerio judío de Chernovitz, inscripciones polacas en cementerios de Vilna o Lviv, inscripciones rusas en los de Tashkent o Tiflis. Pero mientras leemos las huellas de la Europa desvanecida ya crece en los cementerios la huella de tumbas recientes que empieza a dejar tras de sí la gran emigración de nuevo en marcha: en el cementerio de la comunidad rusa en Berlín-Tegel, o en los musulmanes de Marsella y Londres. Morir en el extranjero o en la nueva patria, según, pone de nuevo en movimiento cementerios que ya casi se visitaban como curiosidades de anticuario.

La Europa nueva. Puede reconocerse a la Europa nueva en que haya dado fin o no al abandono en que se había instalado por tanto tiempo. El *comeback* de las ciudades desde una época plomiza y sin historia se muestra en su nueva forma de trato con los cementerios. La Europa nueva cuida sus tumbas, y permite la entrada a quienes tanto tiempo se vieron privados de visitar las tumbas de sus antecesores y familiares por absurdos trazados de fronteras. Así se da un ir y venir nuevo a través de fronteras. Vienen polacos a cuidar las tumbas del cementerio de Litchakov en Lemberg o del Rossa en Vilna. Se ven inscripciones reparadas en el de Chernovitz-Rosch. La fundación Lauder de Nueva York, con ayuda de voluntarios, erige de nuevo las tumbas del cementerio de Lodz. Están en marcha trabajos científicos, de documentación, publicaciones. Entre Estados un día enemigos se ha llegado a un acuerdo para cuidar y arreglar las tumbas de guerra, más de cincuenta años después de su final[450]. Por otra parte, en las zonas de combate del odio étnico, como en Srebrenica, se han vuelto a abrir fosas comunes, y otra vez los cementerios se han convertido en campos de batalla. Ocultos en el antiguo cementerio judío sobre Sarajevo, tiradores de precisión serbios disparaban a la ciudad. Están frescas aún las filas de tumbas de Timisoar, Klausenburg y Bucarest, donde yacen las víctimas de la *Securitate.* En los cementerios moscovitas la emprenden a tiros bandas rivales o vuelan por los aires a cortejos fúnebres enteros. Como todo lo demás, también muerte y enterramiento son absorbidos por las turbulencias de la transición al capitalismo y la economía de mercado. Para muchos un entierro como es debido se ha vuelto un lujo, pero no es de esperar protesta alguna de viejos, enfermos, y no digamos de los muertos. Los más indefensos de los indefensos.

La Europa nueva postsocialista abre cementerios nuevos. Donde manda otra jerarquía. Puede suceder que un bandido enriquecido muerto en un tiroteo obtenga una plaza en el centro que en realidad estaba reservada a otro, en Odesa por ejemplo al famoso narrador Mendele Soifer Chorin. Las *stars* del cine son ahora tan importantes como generales y veteranos de la gran guerra patriótica. Gentes que durante decenios fueron nadies tienen por fin nombre y tumba. La «revolución de algodón» es generosa, no se venga. Deja traer a los muertos por fin del exilio a casa. Por fin brinda a los restos mortales de la familia Romanov un puesto en el panteón de la familia imperial. Medita cómo hacer para que un Lenin embalsamado pueda morir por fin como los mortales corrientes. Cuida de los mausoleos soviéticos erigidos en medio de ciudades alemanas orientales. Como señala Helmut Fleischer, la historia es una forma de comunicación transtemporal, diálogo entre generaciones, conversación de vivos y muertos. Para la que no hay lugar mejor que el silencio y la penumbra de los cementerios.

La puerta de Birkenau

Todos conocemos la puerta de Birkenau con los raíles que aquí convergen. Aquí, en Auschwitz-Birkenau, pasó. Aquí pasó, en Auschwitz-Birkenau. Descrito con tanta precisión como apenas algún otro lugar. En memorias de supervivientes, en los escasos testimonios de personal ferroviario o de guardianes, en la documentación de las comisiones encargadas de la construcción del campo. Hay fotografías aéreas de la *US Air Force* que reproducen exactamente su perfil. Podemos cruzar la puerta que llevaba a la rampa y las cámaras de gas. Pero aun en este lugar es infranqueable el abismo que separa a quienes nacieron después del genocidio de los judíos, de los asesinatos por centenares de miles de prisioneros soviéticos de guerra, de sintis y gitanos. Por esa razón los autores del proyecto premiado en un concurso del año 1959 para la erección de un monumento conmemorativo, los arquitectos polacos Oskar y Zofia Hansen, propusieron condenar la puerta por donde entraran los trenes con las víctimas hasta las rampas de la entresaca. «Su proyecto no dejaba espacio alguno para que otros hicieran suyas las ruinas del campo. No daba por supuesto que los vivos pudieran seguir los pasos de las víctimas, comprender sus experiencias o compartir su memoria... Nadie debía volver a cruzar jamás esa puerta... su meta era que los vivos arrostraran el olvido, ponerles ante la verdad esencial de ese lugar: que al cabo no hay recuerdo que alcance al pasado de Birkenau. Su proyecto forzaba al visitante al triste reconocimiento de que sólo rozaba de paso el suceso que tenía la esperanza de comprender. Los artistas proponían desplazar unos metros la alambrada, al norte de la entrada principal, y crear con ello la ilusión de que los visitantes se colaban por un hueco casual. Pero no debían hollar aquel suelo. Una aislada rampa de granito de 60 metros de ancho y 1.000 de largo cruzaría en diagonal la retícula del campo hasta las ruinas del crematorio... la propuesta no aceptaba compromisos. Negaba toda ilusión de recuerdo. Ni piedra que pudiera tocarse, ni núcleo que hubiera resistido la destrucción del tiempo, ni dignidad o majestad ninguna, ninguna aureola inquietante

pero hermosa. Ni una inscripción que recordara a los seis millones. Sólo silencio y una singular rampa de granito debían plantear a las generaciones venideras la pregunta: ¿qué pasó aquí?»[451].

En su negativa a admitir la ilusión del recuerdo Oskar y Zofia Hansen tenían tanta razón como aquellos que habían trabajado en el esclarecimiento de lo sucedido. De lo que forma parte describir los procedimientos, secuencias, mecanismos, rutinas, personal, técnica y logística. En la puerta de Auschwitz-Birkenau convergían vías de mando y decisión, redes de desalojo, expulsión y marginación, la entera «política de depuración de poblaciones». La historia del asesinato de los judíos europeos, en tanto historia de deportaciones, lo es también del transporte, del tráfico y la logística. Donde desempeñan papel destacado estaciones, vías de maniobras, enlaces ferroviarios, planes de circulación por vías secundarias, horarios, rotulación de vagones, tarifas de carga y capacidades de transporte. De esa historia forman parte a igual título que la llegada a la rampa de Birkenau imágenes de la Gare d'Austerlitz, Hanau, la calle Warschau-Stawki, los andenes de Zyrardov y Pabianice con paquetes de maletas, montañas de maletas. El lenguaje del genocidio se presenta eufemísticamente como lenguaje de especialistas del transporte: «transporte húngaro», «transporte rumano», «transporte griego». Raul Hilberg se dedicó a estudiar esas cuestiones técnicas y organizativas elementales, alcanzando así en la investigación como en la exposición de resultados un grado de concreción que sólo se lograría más tarde con la exigencia de «*spacing the Holocaust*», esto es, de una representación espacial concreta del asesinato de los judíos[452]. «Para llevar a cabo un transporte se necesitaba antes de nada una locomotora y vagones. ¿De qué manera se distribuían? Es sabido que desde 1941 los vagones de pasajeros estaban reservados al personal de vigilancia; vagones de mercancías con puerta eran suficientemente buenos para los deportados. A mediados de 1942 los Ferrocarriles Imperiales [*Reichsbahn*] contaban con unos 850.000 vagones de carga de todo tipo, y disponían a diario de un promedio de 130.000 vagones vacíos.» Con un tráfico diario de más de 20.000 trenes, un déficit del 10 por ciento no era tan sensible. «Transportaban tropas y productos industriales, soldados de permiso y viajeros de vacaciones, trabajadores extranjeros y judíos. A veces las Fuerzas de Defensa o algún otro "contratista" reservaban por anticipado el transporte disponible, pero el de judíos se efectuaba siempre que se ofrecía la posibilidad de componer un convoy donde fuera y cuando fuera. También

eran asunto urgente.» Para acordar la entrada en servicio de los trenes especiales se celebraron reuniones a fin de confeccionar «planes de desviación de tráfico» en que se enumeraron todos los trenes por clase, número, estación de salida y de destino[453]. Los ferroviarios estaban informados de cuándo, hacia dónde y desde dónde estaba circulando cada «convoy excepcional». En ocasiones se vieron en un brete, sobre todo cuando se requirió el «material rodante» para la campaña contra la URSS. La falta de personal se hacía notar. A fin de ahorrar locomotoras y reducir el número total de transportes se alargaban los trenes y se agotaba la capacidad de carga de los vagones. Esas medidas de ahorro significaban en el caso de los trenes especiales de judíos que la norma de 1.000 deportados por tren podía forzarse hasta 2.000, y hasta 5.000 en trayectos cortos (en el interior de Polonia). Se puede conjeturar que tocaba más o menos a cuarto de metro cuadrado por persona. «Debido al mucho peso disminuía la velocidad. La velocidad punta de mercancías estaba en unos 65 km/h, la de los trenes de judíos en unos 50. Además estaban los desvíos para evitar embotellamientos. Naturalmente no había necesidad de transportar a los judíos a toda prisa a su destino, puesto que no iban a incorporarse a nada sino a morir. El itinerario nos indica el tiempo empleado para salvar la distancia entre Byalystok y Auschwitz: ¡23 horas!»[454]. Un tren de Düsseldorf a Riga necesitaba hasta tres días. Y los transportes de tropas tenían preferencia, lo que aún alargaba el tiempo de viaje de los judíos. En los vagones sellados las conducciones de agua no eran suficientes a menudo para tan largos trayectos, y ninguna imagen ha quedado grabada en testigos alemanes tan imborrablemente como la de las madres que en las paradas alzaban a sus hijos marcados ya por la sed. Los judíos estaban sometidos en verano a un hedor asfixiante, en invierno a temperaturas gélidas»[455]. Congestión en las vías principales y bloqueo de algunos tramos eran problemas permanentes. Los «trenes especiales» formaban parte de la vida cotidiana de los Ferrocarriles Imperiales. Los transportes de judíos no estaban sometidos a ningún secreto especial, figuraban con la anotación «sólo para uso del servicio». Los campos de exterminio quedaban «en el Este», cierto, pero no tan lejos como a menudo se sugiere. Diariamente recorrían el trayecto de Varsovia a Malkinia-Treblinka entre 40 y 48 trenes. Soldados cuyos trenes hacían parada, por ejemplo, en Sieldce, pudieron sacar fotos de transportes de judíos[456]. Otro tanto vale de Auschwitz. «Auschwitz se encontraba en una arteria de transporte principal. El tendido en la estación de Auschwitz contaba 44 raíles en 3,2 kilómetros de longitud aproximadamente. Cualquiera que hubiera de pasar por allí, incluidos los deportados, podía leer el gran cartel de la estación: Auschwitz. A unos dos kilómetros y medio se hallaba la cochera de Birkenau, la estación final. Un ferroviario (de nombre Hilse) que había sido trasladado a esa estación reconocía que su puesto de trabajo estaba "allí en medio", en el centro del campo. A ambos lados de los raíles se habían levantado alambradas y torres de vigilancia. Desde el tren en marcha se podían ver las chimeneas, de noche se distinguían desde unos veinte kilómetros escasos. Barthelmäss, otro ferroviario, declaraba que eso era señal de la quema "pública" de los cuerpos. Vivía en la comarca y afirmaba que sus ventanas estaban cubiertas de una película azulada y llena su casa de un olor dulzón. Tras descargar deportados los trenes volvían de nuevo a la estación para desinfección»[457].

La estación término de todos los trenes de Europa con destino a Auschwitz está recogida con toda precisión en las imágenes aéreas tomadas por aviones aliados. «El 4 de abril de 1940 Auschwitz fue fotografiado por vez primera por un avión aliado. Siguieron otras fotografías en junio, julio, agosto y septiembre. La imagen tomada el 25 de agosto de 1944 desde 9.100 metros de altitud (tabla 60.ª de vuelos de reconocimiento, vuelo en territorio enemigo nr. 694, imagen 3.185; National Archives, Washington, Record Group 373), muestra arriba a la derecha el campo de Birkenau. En la esquina superior se aprecian dos cámaras de gas fronteras. Entre ellas terminan unos raíles, y directamente debajo, en el centro del campo, se encuentra en la perpendicular un tren especial recién llegado...»[458]. En uno de esos trenes había llegado a Auschwitz-Birkenau Primo Levi, detenido el 13 de diciembre de 1943 por la milicia fascista. Describe su viaje por Centroeuropa que comienza en el Capri italiano y termina en la muerte, en Birkenau: «Eran doce vagones, y nosotros seiscientos cincuenta; mi vagón no cogía más que cuarenta y cinco, pero era de los pequeños. Así es que ahora teníamos ante nuestros ojos y bajo nuestros pies uno de esos malfamados transportes alemanes que no regresaban y de los que tan a menudo habíamos oído hablar, asustados y siempre un poco incrédulos. Todo coincidía hasta en los menores detalles: vagones de mercancías cerrados por fuera, y dentro hombres, mujeres y niños, apretujados sin piedad como género barato, de viaje a la nada, de descenso a las profundidades. Esta vez dentro estamos nosotros... El tren iba despacio, y había

paradas largas y agotadoras. Por las rendijas vimos los despeñaderos altos y pálidos del Adigio, y fugaces los últimos nombres italianos de ciudades al pasar. A las doce del segundo día pasamos el Brenero, y todos se levantaron, pero nadie dijo nada. Por los tragaluces pasaron nombres conocidos y desconocidos de ciudades austríacas, Salzburgo, y Viena, luego nombres checos, finalmente polacos. Por la tarde del cuarto día empezó a notarse el frío. El tren viajaba a través de oscuros bosques interminables de abetos, se notaba que subíamos. Había nieve alta. Tenía que ser una vía secundaria, pues las estaciones eran pequeñas y casi abandonadas. Durante las paradas ya nadie intentaba comunicarse con el mundo exterior: nos sentíamos "del otro lado". Hubo una larga parada en campo abierto, luego seguimos con extrema lentitud, y por fin el transporte se paró definitivamente en lo profundo de la noche, en medio de un llano oscuro y silencioso. A ambos lados del tendido se alcanzaba a ver luces blancas y rojas en fila; pero no se percibía nada del inconfundible rumor permanente que anuncia desde lejos ciudades habitadas. Entonces, cuando se habían apagado el traqueteo de las ruedas y todo sonido humano, esperamos que pasara algo al mísero resplandor de la última vela. A mi lado, apretujada como yo entre cuerpo y cuerpo, había estado todo el viaje una mujer. Nos conocíamos desde hacía muchos años, y la desdicha nos había alcanzado a la vez, pero sabíamos poco uno de otro. Entonces, en las horas decisivas, nos dijimos cosas que los vivos no se dicen. Nos despedimos, fue muy breve; cada uno nos despedíamos en el otro de la vida. Ya no teníamos miedo.

»De golpe todo se desató. Arrastraron las puertas con un chirrido, la oscuridad retumbaba otra vez de órdenes extrañas, ese bárbaro ladrido de alemanes mandando que parece descargar un rencor de siglos. Ante nosotros reconocimos un andén iluminado por reflectores. A poca distancia una fila de camiones. Luego otra vez silencio: hubo que bajar con los paquetes y dejarlos a lo largo del tren. En un instante la estación se llenó de sombras trajinando de acá para allá. Aun así teníamos miedo de romper ese silencio; todos hacían que se ocupaban del equipaje, se buscaban, se llamaban, pero sólo susurrando y a media voz... en menos de diez minutos todos los varones aptos para trabajar estábamos juntos en un grupo. De qué pasó con los demás, mujeres, niños, viejos, ni entonces ni luego pudimos enterarnos: la noche se los tragó, así de simple. Pero hoy sabemos que en aquella selección rápida y sumaria se juzgó a cada uno de nosotros según fuera apto o no para trabajar en provecho del Imperio; sabemos que

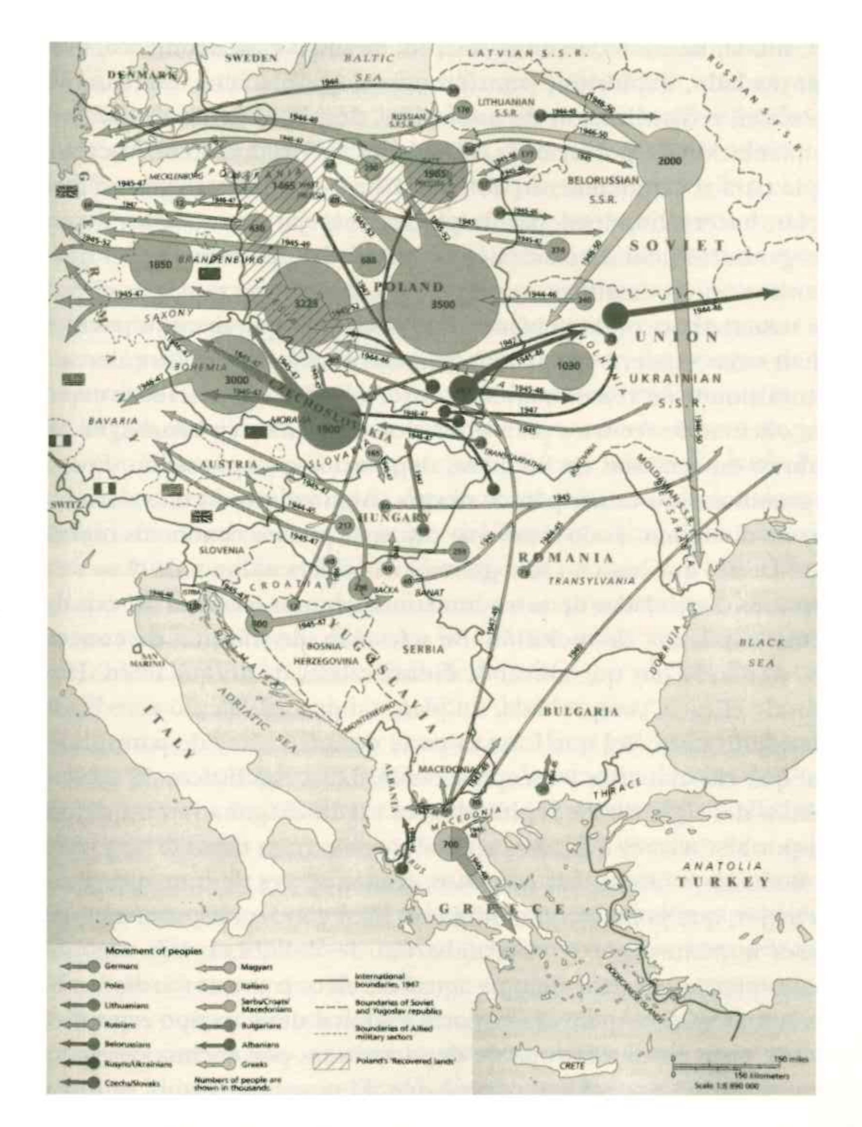
sólo se suministró a los campos de Monovitz-Buna y Birkenau 96 varones y 29 mujeres de nuestro transporte, y que de los demás, que pasaban de quinientos, no quedaba ninguno con vida dos días después. También sabemos que esa distinción superficial entre aptos e inútiles no siempre seguía el procedimiento, y que más adelante se aplicaba a menudo el sistema más simple, abrir sin previo aviso ni indicación alguna a los recién llegados las puertas del vagón por ambos lados. Al campo iban aquellos a quienes el azar hacía bajar por uno de los lados; los otros, al gas»[459]. Cuarenta años después, el topógrafo visual de la «*Shoá*», Claude Lanzmann, entrevistaba a otro superviviente de Auschwitz que había trabajado en la rampa. «La rampa era la estación término de los trenes que llegaban a Auschwitz. Llegaban día y noche, a veces uno en todo el día, a veces cinco desde todos los puntos cardinales. Yo trabajé allí desde el 18 de agosto de 1942 al 7 de julio de 1943. Los trenes se sucedían unos a otros interminablemente. Desde mi puesto en la rampa habré visto doscientos seguro. Al final se convertía en rutina. Interminablemente llegaba la gente de todas partes al mismo lugar, y todos sin conocer el destino del transporte anterior...»[460]. Los lugares tienen un derecho de veto. No todo puede ser dicho, ni aun callado. Auschwitz no es metáfora, ni siquiera símbolo de algo. La puerta de Birkenau es el lugar en que ocurrió lo inconcebible, en mitad de Europa.

Flechas: cambio de lugar, imagen de movimiento

La imagen cartográfica de la época de la Guerra Mundial, en particular de los flujos de población por ella desatados, es siempre la misma, pues se trata de movimiento, movimiento forzado. Predominan las flechas intrincadas con puntos de partida en regiones de procedencia y puntas dirigidas a países de destino y asilo[461]. Recuerdan mucho a mapas militares en que asimismo todo es dinámico y a gran escala. Esa afinidad externa no es azar. Luchar y huir son la forma más dramática y dinámica de movimiento acelerado. Los mapas que figuran los antiguos imperios son inmóviles, estáticos, descansan en sí mismos, como orgullosos de exponer a todo el mundo lo conseguido. Las imágenes cartográficas de la época de la guerra son dinámicas. Aquéllas figuran lo inamovible y estatuario de las dinastías; éstas, el triunfo de la aceleración. Aquéllas aún se dan tiempo, éstas se han dibujado ya entre las sombras de la guerra relámpago.

Se ha llamado «siglo de los fugitivos» al siglo XX. En su primera mitad fueron entre 60 y 80 millones de seres humanos, sólo en Europa, los que tuvieron que dejar su lugar de forma pasajera o para siempre. La mayoría, entre 1938 y 1948, y en aquella parte de Europa que había estado en el ojo del huracán durante la época de guerra: Europa central y oriental. Eugene M. Kulischer llamó a esos procesos un continente en movimiento, *Europe on the Move*, en su libro sobre movimientos de población[462]. Ochenta millones: eso significa que apenas hubo familia en esa generación y esa región que se librara de pasar por el desarraigo violento o de que le tocara siquiera indirectamente. De pasar por algo que casi siempre giraba en torno a escapar y sobrevivir, millones de veces repetido, y cada vez nuevo, y de manera nueva. Millones y millones de vidas rotas, y reanudadas en el mejor de los casos.

En el centro del recuerdo de esos sucesos se alza el cambio de lugar por la fuerza. Para el que siempre ha habido muchos nombres, aunque el siglo XX fuera particularmente rico en variaciones e ingenioso al desarrollar nuevos procedimientos. Cambio de lugar por la fuerza puede ser emigra-



Flujos de fugitivos en Europa entre 1944 y 1948.

«En su primera mitad [siglo XX] fueron entre 60 y 80 millones de seres humanos, sólo en Europa, los que tuvieron que dejar su lugar de forma pasajera o para siempre.»

ción, huida, destierro, reasentamiento, desalojo y asentamiento, evacuación, traslado, expulsión, transferencia de población, intercambio de población, redistribución de población, desplazamiento de población, reimplantación de poblaciones. El siglo XX ha producido un vocabulario propio para el extrañamiento violento. Una y otra vez todo gira en torno a apartar, hacer sitio, desalojar, desplazar, despejar, transportar, deportar. La organización del desplazamiento forzado ha producido en el siglo XX organizaciones e instituciones especializadas que se reparten el trabajo para materializar con la máxima eficacia algo en que tiempos pasados no podían soñar siquiera: trasplantar grupos humanos y pueblos enteros. Hay así comisiones de reasentamiento, informes de repatriación y expatriación, oficinas de recursos para población alemana y circulante. En pocas palabras: especialistas en limpieza, depuración y deportación. En tareas tan grandiosas no caben pánico ni caos. Algo así sólo es hacedero con la máxima disciplina. Todo tiene que discurrir por los conductos reglamentarios. De ahí que haya no sólo gremios de expertos sino toda clase de conducciones controladas de seres humanos: campos, campos de expulsión, de internamiento, de reclusión, de selección, de tránsito, de concentración, y cuando hay que cerrar la última salida, de aniquilación. Hay un guión de eficacia comprobada, un plan, un procedimiento acreditado en millones de casos: del que forman parte desinfección y desparasitación al igual que cuestionarios y recopilación de datos estadísticos. El verdadero símbolo del siglo de los fugitivos es el vagón de ganado en que puede transportarse a seres humanos apiñados como reses durante largos trayectos. Robustos e insensibles *containers*, contenedores de humanos, cuantos más mejor, que ya no son sino número. Ellos contienen y sostienen juntos a seres humanos que se derrumbarían de debilidad. Los vagones de ganado prestan servicio siempre igual de bien, con calor ardiente o frío siberiano. Cada compañía ferroviaria nacional tiene su tipo específico en servicio, pero en una Europa de deportaciones por encima de cualquier frontera eso no es problema destacable. El material rodante se integra a escala europea y se coordina en planes continentales de circulación secundaria. El vagón de ganado es el vehículo paradigmático de la era de las deportaciones en masa, y con todo, sólo un tipo entre muchos. El camino de la emigración puede empezar en un exprés totalmente corriente desde la estación de Berlín-Anhalt. Muchos judíos holandeses viajaron «hacia el Este» en vagones *pullman*. También eran trenes completamente normales

aquellos en que la población de las provincias alemanas orientales huía hacia el Oeste ante la llegada del Ejército Rojo, hasta que en algún momento ya no seguía porque los raíles habían sido bombardeados, los puentes volados y las estaciones destruidas. Entonces se seguía adelante en la plataforma de un camión, de un carro o a pie, con la carretilla o el carretón. En épocas de guerra técnica total vuelve por sus fueros un tópico ancestral de arcaicas épocas heroicas: el éxodo. Paradigmáticas son asimismo las imágenes de barcos que parten por última vez. Novorossisk y Odesa en 1920, cuando los rusos blancos derrotados en la guerra civil huyen a Constantinopla[463]; Esmirna en 1922, cuando los griegos de Asia Menor tratan de salvarse en los barcos de la ciudad en llamas y la inminente llegada del ejército turco; a partir de 1933, cuando barcos de perseguidos por Hitler aún podían zarpar desde Trieste y Marsella hacia Palestina y Suez, o desde Lisboa hacia América; en 1939, cuando los alemanes del Báltico fueron devueltos «al hogar del Imperio», como una vez más, la última, en 1945: cuando el *Wilhelm Gustloff* zarpó de noche desde Gdingen con casi 6.000 fugitivos a bordo, o el *Ancona*, con prisioneros de los campos de concentración a bordo. Siempre las mismas imágenes: barcos que se hunden hasta por encima de la línea de flotación por el peso de su cargamento humano, pesados y casi imposibles de maniobrar.

Todo transporte comienza y acaba a pie. Esos judíos berlineses que escoltados por masas mironas desfilan hacia la estación de tren de Grunewald; esas masas en fuga hacia el Oeste desde el Este alemán, arrolladas por tanques y acribilladas por cazas en vuelo rasante; las interminables columnas de prisioneros de guerra soviéticos sentenciados a morir de hambre, y esa línea negra que los miembros del VII Ejército, que había capitulado en Stalingrado, dibujan en la nieve camino del cautiverio; los cortejos de millones de *displaced persons* que liberados de campos alemanes regresan a sus lugares a pie, en tren o en cualquier otro vehículo. En la época de la guerra Europa está en el camino, de camino, en movimiento. Todo un continente emigrante. El cambio como estado. Corrientes humanas en formación armada o de paisano, un decenio entero en movimiento[464].

Europa ha almacenado, elaborado y expuesto su conocimiento al respecto de muchas maneras. En el relato familiar que pasa a la siguiente generación, en diarios, narraciones, literatura, archivos y estudios históricos. Esa experiencia ha cuajado en ciudades y paisajes marcados por ella. Hay conocimiento y conciencia histórica de ella. Y hay mapas.

Como toda imagen cartográfica, las de fugas y expulsiones son abstracciones, estilizaciones que tienen que dejar mucho de lado a sabiendas para poder ser suficientemente expresivos. Pero precisamente esa abstracción de lo sucedido, irremediable y fundamentalmente inabarcable de una mirada, es la más adecuada al drama, la que se encarga de que nos refugiemos en mapas cuando nos asomamos a lo ocurrido en ese decenio. También aquí vale que una imagen dice más que mil palabras. Un escenario de simultaneidad o al menos de una vertiginosa sucesión. Donde avances de unos condicionan huidas de otros. Los frentes empujan ante sí fugitivos como oleadas. El vocabulario naturalista, marea, oleada, conmoción, no surge porque sí; quiere transmitir algo de esas sacudidas tectónicas. Todo un continente se comporta conforme a la ley de los vasos comunicantes. Una región es vaciada, y otra se llena hasta los bordes. Así sucede que en plena guerra surjan poblaciones millonarias donde sólo había hasta entonces ciudades grandes: auténticas metrópolis de fugitivos. Así sucede que ciudades ayer aún repletas de vida se vuelvan de la noche a la mañana ciudades muertas, de muertos. Que estaciones de provincias se conviertan en puntos de enlace para poblaciones de regiones enteras. En pleno campo, a lo largo del tendido ferroviario, se forman vivacs, *camps*, ciudades de tiendas de campaña y carros, *instant cities* de la época de la Guerra Mundial.

Cuando masas tan descomunales de seres humanos se desplazan en una fracción de segundo histórico tienen que haber intervenido fuerzas descomunales. Las flechas son símbolo del *displacement*. En ellas se esconde algo de la rabia necesaria para desplazar grupos humanos. Se precisa una descomunal violencia para vencer la inercia de la vida, sacudir las rutinas y poner en movimiento a seres humanos. De ahí que desde siempre sea decisiva la conmoción, la situación repentina que aprovecha el momento de sorpresa. Largas explicaciones sólo sirven para complicar las cosas y echarlas a perder. No se puede dejar a las víctimas más de media hora como máximo para ser deportados, de lo contrario dan en pensar qué hacer para oponerse; no debe concedérseles más de veinte minutos para empaquetar cuatro cosas y un recuerdo. La acción relámpago, la puerta abajo, el proyector cegador y el ladrido agresivo son condiciones ideales de irrupción para vencer el componente de inercia. Quien ha creado una situación de terror, de pánico, de sálvese quien pueda, ya tiene todo medio ganado. De ahí que sea tan decisiva la ostentosa intervención violenta para

mostrar que el poder no retrocede ante nada. La crueldad, algún acto inimaginable de violencia y crueldad, es fundamental para poner en escena el poder de expulsar y desplazar. Es parte del método que garantiza el éxito. Sin el terror que corre por la médula nadie abandona voluntariamente su mundo de siempre[465]. Los especialistas en desalojos siempre han de serlo a la vez en desarraigos. Quien no entienda de esto no hará carrera en esa importante especialidad profesional del siglo XX.

Pero eso no es todo. Un desplazamiento violento de grandes grupos humanos presupone muchos requisitos cumplidos, y sus consecuencias han de estar previstas. Es probable que los únicos que alcanzan a ver el conjunto y tenerlo «bien cogido» sean quienes lo ejecutan. Los deportados sólo alcanzan a ver el entorno inmediato, y a veces ni eso, si se es miope o se usan gafas: la casa de la que se les saca, la ciudad de la que se les expulsa, el campo helado en el que pasan días depositados en el vagón, los paisajes y el clima que van cambiando con el viaje y permiten inferir dónde se encuentra uno. La visión de conjunto de lo que sucede la tienen los que deportan, los expertos en población y despoblación, los especialistas en reasentamientos, los logísticos de la expulsión. Ellos son quienes organizan intelectualmente la disolución de la antigua situación y la instauración de la nueva, y cada movimiento que lleva de aquélla a ésta. Quien quiera entender el movimiento, la energía y la rabia que simbolizan las flechas tiene que colocarse por un instante en la posición del agente, la única que hace posible una visión de conjunto.

El camino lleva desde el espacio que los grandes imperios dejaron tras de sí al espacio de la posguerra, depurado por guerra, genocidio, reasentamientos y expulsiones. Aquél es heterogéneo, fragmentario, multicolor y moteado como piel de tigre, éste alineado, racionalizado, homogéneo, monocromo, en el mejor de los casos blanco y negro. Las flechas que simbolizan el movimiento del gran desarraigo llevan de un espacio al otro. Quien quiera entender qué ha sucedido tiene que leer miles de biografías y yuxtaponer o superponer mapas, los que figuran uno y otro espacio. Las flechas figuran la disolución de la vieja Europa y la formación de la nueva. Tras cada una hay un mundo de angustia, odio y envidia, hostilidad y disposición a la violencia.

Los especialistas en tal «concentración parcelaria» de Europa estaban al tanto de la estratificación étnica, cultural, lingüística y confesional extraordinariamente compleja y complicada de Europa. El tapete de retales con

que los antiguos imperios se apañaban de alguna manera era para ellos una espina clavada. Donde los antiguos imperios no hacían diferencias por cuestión de pertenencia a uno u otro pueblo, porque aun así se trataba por igual de súbditos del emperador, rey o sultán, los etnonacionalistas empezaron a clasificar de nueva manera a los seres humanos, y a discernir líneas étnicas a lo largo y ancho del Imperio. Desde una determinada perspectiva se volvió importante de golpe, hasta ser cuestión de vida o muerte, qué creencia se profesaba, qué lengua se hablaba y a qué pueblo se pertenecía[466]. Los mapas de pueblos, lenguas y confesiones del Imperio ruso, la monarquía danubiana y el Imperio otomano, tan multicolores como los desfiles de estamentos y pueblos en el centenario de la casa imperial o el cumpleaños de la emperatriz, se les hacían provocación y rareza irritante; y una oportunidad de fomentar la correspondiente cuestión nacional pendiente. Sólo se precisaba el momento propicio y la ocasión acertada. La Gran Guerra de 1914 a 1918 se convirtió en catalizador de la descomposición del tapiz entero. Más de treinta años fueron necesarios para llevar a cabo el trabajo de la «nueva ordenación» de Europa. De la Gran Guerra había surgido un panorama en el que más de una docena de pueblos habían conseguido finalmente Estado propio, pero otros tantos se encontraban ahora allende las fronteras de su Estado y excluidos de él. Una Europa de minorías, de expectativas y pretensiones incumplidas, de tensiones irresueltas, agravios añadidos y cuentas por saldar, irredentismos y revanchismos. Maravilloso campo de maniobras para cuantos se proponían atizar conflictos porque el conflicto daba impulso a su movimiento y se había convertido así en su más importante fuerza impulsora y la más importante fuente de su propia importancia y significación. Quien entendía algo de minorías, pueblos y conflictos y sabía cómo aprovecharlo podía tener en vilo al entero escenario europeo, quizás hasta trastornarlo por entero. Los Estados surgidos de imperios multinacionales son nominalmente nacionales, en la práctica sociedades mezcladas de muchos pueblos en el trazado de cuyas fronteras rara vez y sólo en parte coinciden etnia, lengua y nación titular. Ése es el campo de operaciones para ideas de reajustes, correcciones, depuraciones y concentraciones a lo grande, primero en la fantasía y luego en la práctica. Por doquier un hervidero de luchas y choques étnicos. Por doquier «operaciones quirúrgicas» e intervenciones resueltas que deben atacar el mal «de raíz». Así, mucho antes de que fuera caso real y no ensayo ya se establecen estadísticas precisas y se cartografían

las poblaciones. Se sabe dónde viven polacos, judíos, armenios, gitanos y alemanes, y en qué proporciones específicas. Están en ello comisiones de expertos de todo tipo, sobre todo científicos de la naturaleza de la propagación de la especie, jóvenes y entusiastas de la nueva era: investigadores de poblaciones y de islas lingüísticas, historiadores, antropólogos, estadísticos, economistas y expertos en demografía. Todos trabajan en el mapa de Europa justo en el momento en que está a punto de desaparecer. Acotan los campos mezclados y dan porcentajes. Perfilan la «fragmentación de poblaciones», las zonas de «población pura y extranjerizada». En manos de los especialistas en reasentamientos se convertirán en armas mortíferas. Dibujan Europa con toda su riqueza poco antes de su caída. Ahí figuran ciudades en que las poblaciones consisten casi exclusivamente en minorías y la simple idea de mayoría de un solo grupo sería absurda. No pasará un decenio y una tras otra serán «apartadas», «alejadas», «desplazadas», «segregadas», «extirpadas del cuerpo de la ciudad». Ser políglota es en ese mapa de la vieja Europa condición de supervivencia, no menos para el ama de casa que para el empleado de banca. Pero un decenio después apenas queda nada de todo eso, y de las metrópolis políglotas de la Centroeuropa oriental habrán desaparecido lenguajes que se habían oído y hablado allí durante generaciones. Hasta entonces cada quien había vivido en su mundo, sabedor sin embargo de que había otro totalmente distinto quizás a una calle de allí. También eso tocará a su fin poco más tarde, cuando las sinagogas sean entregadas a las llamas o reutilizadas como almacenes. Hasta entonces cada quien había alabado a su dios, sabedor sin embargo de que podía honrarse también a otro. Antes de ser borrada por los radicalismos, Europa había vivido perfectamente con un relativismo que no era credo teórico sino hábito de vida.

Eso cambia en un tiempo brevísimo. Cada nuevo conflicto, cada nuevo trazado de fronteras, cada nueva transferencia de población es un tirón a la piel de leopardo, le arranca un trozo, se lleva una hebra y un color. El tapete se deshace, la trama insuperablemente tupida se aclara. A expertos en población, historiadores, lingüistas y cartógrafos les siguen los ejecutivos que toman en sus manos desenredar la maraña, enérgicos gerentes, resueltos hombres prácticos y agentes convencidos de lo que hacen, capaces de mover montañas. Entran en acción inmediatamente tras la línea del frente y despejan el campo en la retaguardia, están sobre el terreno cuando hay que emprender «evacuaciones» a lo grande. Operan a escala

europea, tienen sus sedes en Berlín, Tiergartenstrasse 4 o Prinz-Albrecht-Palais, en la central de emigración de Viena o en la oficina de poblaciones en Posen y Litzmannstadt, o en una villa junto al Wannsee. Entran y salen en las oficinas centrales de los ferrocarriles imperiales y la banca imperial. Coordinan los movimientos en una Europa sin fronteras porque todo está sometido hasta el Volga[467]. Más tarde, cuando el mundo entero reconoce al reasentamiento de poblaciones como panacea universal de los males de la vieja Europa, es decir, en la conferencia de Postdam, serán otros quienes se encarguen del negocio de la concentración parcelaria etnográfica: cada quien aprovecha la ocasión para dar solución «final» a complejas y complicadas relaciones. En un mundo fuera de quicio se liquidan restos y se llevan a cabo inevitables reajustes para tener tranquilidad de una vez por todas. Tal sucede en casi todas las ciudades y entre todas las ciudades, cada una se desprende de grupos y se los pasa a otro. Ello sucede a través de miles de movimientos pendulares, conforme a itinerarios exactos, con capcidades y contingentes calculados con exactitud, hasta que el último ha sido despachado. Así se trasladan y recomponen paisajes humanos enteros. De la piel de leopardo y el *patchwork* de los antiguos imperios ha surgido «el mundo de después», con la Guerra Mundial por catalizador.

Pero no hay desenredo que no traiga enredos nuevos. *Unmixing Europe* es siempre a la vez *remixing Europe*. Así surgen por doquier Estados nuevos, territorios fronterizos nuevos, sociedades y comunidades nuevas y en su mayoría de composición completamente distinta a la que había «antes». Se puede llamar a eso socialización de los desarraigados, o en todo caso nacimiento del orden de posguerra de la mezcla de locales y extranjeros. Aquí se reúnen pérdida y ganancia de hogar, local y extranjero, y establecen nuevos lazos. En algún momento el movimiento se detiene, sigue un período de consolidación y asentamiento en el nuevo suelo. Es la paz que ha seguido a la guerra, la estabilidad surgida del movimiento de flujo, el lugar fundado en el desarraigo. Hay momentos en que Europa se da cuenta de eso.

Europa medida de nuevo

Muchos creen que Europa sigue un plan de realización, un plan estratégico de unificación que finalmente podrá cumplirse. Nada de eso, o poco. La Unión Europea es algo que sobrevino a los europeos en 1989. Algo que resultó inesperado. Ni siquiera estaba prevista, aunque siempre solemnemente proclamada. Le sobrevino a Europa como los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, a cuya sombra vivimos en adelante. Puede que algunos se figuren controlar el procedimiento llamado «ampliación oriental de la UE»: cómoda y tranquilizadora ilusión, y autoengaño. Como en todo gran proceso y suceso histórico se trata de procesos casi naturales, salvajes, a semejanza de procesos tectónicos, en que los presuntos actores son antes movidos que motores, antes improvisadores que estrategas. Donde nada ayuda la historia, por mucho que queramos apelar a sus «enseñanzas» de algún tipo. Éstas no son sino semejanzas, analogías que pueden invocarse con toda comodidad pero que en verdad sólo inducen a error. Europa no es un proyecto pedagógico, ni de reeducación, donde una parte ha de mostrar a la otra qué tiene pendiente y aún por aprender. En este caso no hay maestro ni alumno. Nadie necesita ni asignaturas ni revoluciones pendientes, cada quien tiene sus propios problemas y su revolución propia. Sería buen consejo oírlo una vez y luego seguir mirando por otros lados.

Corrientes de fuga. La Europa nueva es un nuevo contexto de vida y experiencia. Proclamar teorías y programas es cosa de un momento, las experiencias llevan tiempo, su tiempo. La nueva formación de Europa no se hace de un plumazo, ni a la de tres. No admite decretarse. La Europa nueva crece, o no, según. También puede descomponerse de nuevo. No sería la primera vez.

Es cosa notable qué despacio se propaga la imagen de que todo ha cambiado, de que Europa se ha convertido en algo totalmente distinto. Aún no se ha corrido la voz de que Berlín está a una hora escasa en tren de

la frontera polaca. Entretanto, el número de quienes han estado en Praga, Varsovia o Cracovia ha aumentado, pero aún se sigue oyendo una nota de asombro en exclamaciones como «Cracovia es una ciudad completamente europea» o «No me podía imaginar qué bonito es Praga, o Budapest». La vecindad inmediata sigue estando más lejos que España o Grecia, o que las playas de Djerba, y en lo remoto está uno más en casa que en unas cercanías digamos de Karlsbad o Breslau, que se han hecho tan ajenas. El radio de las exploraciones se amplía, pero los procesos de 1989 no han tenido ningún «tirón» en la Europa occidental.

En la oriental fue muy distinto. Poblaciones enteras se echaron al mundo. Junto a periódicos, libros y automóviles, las oficinas de viajes se convirtieron en el negocio más floreciente, y millones, muchos millones se tomaron la libertad de salir a echar un vistazo por el mundo, como *shopping-tourists*, turistas culturales o en busca de trabajo. Más que cualquier lectura o estudio, la visión directa ha ampliado el campo de visión a empujones, a saltos. La europeización del horizonte ha tenido lugar de una manera completamente elemental y banal. Parece como si sociedades enteras en quiebra se hubiesen echado al mundo como todo el mundo por los caminos más ingeniosos. Para volver luego a casa ricas en muchos aspectos, pero pobres en ilusiones, esto es, escarmentadas. Nada comparable se dio en la Europa occidental, que siguió como solía circulando por sus caminos trillados. No hubo ningún *go East* occidental comparable al *go West* oriental. La Europa del Oeste se quedó sentada, en su sitio, en casa. La Europa del Este, es obvio, tenía mejores razones para echarse al camino y mirar alrededor. Así, la ampliación del Este hacia el Oeste tuvo lugar inmediatamente después de 1989, incluso antes en algunos casos, como el de los *globetrotter* polacos de los años setenta y ochenta. Las rutas del comercio al por menor por las que se movieron como hormigas generaciones enteras de hombres y sobre todo mujeres son los rastros por donde avanzó y se puso en movimiento la Europa nueva. El tren del contrabando entre Varsovia y Berlín, los vuelos desde ciudades de la antigua Unión Soviética a Estambul o Abu Dabi, la tupida red de autobuses que une con Centroeuropa y Europa oriental a casi todas las ciudades de Europa occidental, Escandinavia y las Islas Británicas, el tráfico pendular entre metrópolis y provincias europeas de las que vienen las fuerzas de trabajo –de los Cárpatos de Ucrania y Galitzia a Praga o Brünn o Varsovia, de la Rusia Blanca a Moscú, Varsovia o Vilna, de Riga, Posen o Kaliningrado a Berlín y Copenhague, de Moldavia a Zurich y Munich– significan que en diez años se ha formado una tupida y sólida red de emigración europea, un vaivén y unas nuevas *communities* étnicas de considerable fuerza. Las economías de la mayoría de ciudades grandes no funcionarían hace mucho sin esa emigración. El *boom* de la construcción y la rápida transformación de los centros urbanos de la Europa oriental y Centroeuropa oriental no habrían sido posibles sin ese aflujo de *man-power*, de fuerza de trabajo barata y cualificada[468].

La producción del espacio europeo nuevo, espacio de emigración, mercado de trabajo, tráfico, comercio, comunicación y transferencia de ideas, había arrancado nada más caer el muro y sin esperar a las resoluciones de Bruselas acerca de «la ampliación oriental». Es probable que lo fuera en uno y otro sentido, hacia el Este y hacia el Oeste. Hay muchos indicios en que puede leerse la virulencia del proceso: flujos de tráfico, paso de fronteras, turismo, motorización, estructura y número de bazares entre Maijampolé y Chernovitz, entre Odesa y el mercado chino de Josefstadt en Budapest, puesta en servicio de carreteras viejas y apertura de nuevas, crecimiento de las *communities* rusas, resurgimiento de comunidades judías merced al aflujo procedente del mundo postsoviético.

En lo fundamental, ese trabajo de titanes discurre oculto, en procesos moleculares, difuso, en largas oleadas de acumulación. En lo fundamental, no se ve hasta que «ha pasado». Eso es la Europa de las corrientes de fuga, que nunca se perciben hasta que saltan chispas, hasta que la corriente se ha hecho tan intensa que descarga en chispazos, hasta que se ha alcanzado una masa crítica. Hay tales corrientes en todos los planos: en el desplazamiento de fuerzas de trabajo, en el aumento de fletes y expediciones de mercancías, en la frecuencia y volumen de bazares en las regiones fronterizas, en la transformación de visitantes en vecinos con permiso de trabajo y residencia, en la trata de blancas y el contrabando de negros, en los intercambios de estudiantes entre universidades y escuelas técnicas a uno y otro lado del que fuera telón de acero, en las empresas culturales y científicas, en la circulación internacional de congresos, en el *brain drain* de artistas, cantantes y científicos. Tan pronto se mira a esos planos se aprende que Europa está ya mucho más lejos de lo que quiere ver la Europa oficial. Hoy, ramas enteras de las economías nacionales de muchos Estados de la UE ya no funcionarían sin el aflujo procedente de los países del Este. Algo similar puede decirse del trabajo pionero de empresas occidentales, agencias de

transporte o *non-government-organisations*, que entre tanto se han establecido no sólo en metrópolis y centros urbanos sino también en regiones rurales orientales y hecho irreversible el vínculo con los movimientos del mercado mundial. El *sales manager* para el departamento de Europa oriental que aparece en los anuncios de suplementos dominicales es el prototipo occidental de pionero en Oriente, pragmático y no utópico. Nada que ver con la antigua ideología del «*ex Oriente lux*». Conversar con él enseña más que estudiar libros anticuados que reflejan una región que ya no existe, o manuales a los que la realidad no se atiene. Le cuenta a uno cosas que por lo regular ni se imaginan los etnólogos, pero tampoco escritores que se hacen demasiadas figuraciones[469]. 1989 fue un segundo nada más, lo que siguió fueron esfuerzos del pueblo llano, la hora de héroes y heroínas invisibles. 1989 trajo visiones, el tiempo que siguió, una nueva remodelación de la vida, el trabajo de poner a punto un nuevo horizonte vital en que la generación joven de hoy ha empezado a vivir, mientras las generaciones ya formadas en 1989 van a todas partes con el mundo de «antes» a cuestas: con sus fronteras, con sus palabras, con sus reflejos, con sus connotaciones, que es como se sabe en lo que consiste el tono que define a la música[470].

Eso es algo que se puede observar perfectamente. De entonces a esta parte hay ya chicos jóvenes que han cumplido su servicio civil en Gdansk-Danzig o en Nichni Novgorod o en Klaipeda-Memel. Se lo conocen mejor que la mayoría de los especialistas, conocen casi siempre la lengua sin haberla aprendido en un instituto universitario. Han pasado un año o un semestre en sintonía con un mundo que a los miembros de la generación anterior era inaccesible y por eso, a menudo, un libro cerrado con siete sellos. De entonces a esta parte han aparecido estudiantes que van y vienen sin esfuerzo por las fronteras, para quienes lo decisivo es conseguir una beca, tanto da si vienen de Breslau-Wroclaw como si de Berlín o de Lwiw-Lvov-Lemberg. Hay un nuevo vagabundeo que no lleva a Estambul o Goa o Kabul como en las generaciones anteriores, sino a Lodz, Odesa o Petersburgo. El campo visual se ha redondeado como por sí solo. Andan por Maramur y Transilvania o trabajan un par de semanas en el *Prague Post*, el *Budapest Sun* o el *Moscow Times*. No hay que infravalorar a la descendencia perfectamente bilingüe de inmigrantes de lo que fuera la Unión Soviética, que ahora suma ya cientos de miles. Aun en la más apartada estación de tren en alguna parte del Bodensee puede comprarse una docena de periódicos rusos en el quiosco. No es mero exotismo folclórico, sino consecuencia cultural madurada. En pocas palabras: la reorganización de horizontes vitales tiene su propio tiempo. Necesita más de un segundo histórico, y más que aquel célebre momento histórico. Pero sólo en ellos se derrumban los espacios en que estábamos forzados a vivir y surgen los nuevos en que viviremos en adelante.

El relieve de la Europa nueva. Metropolitan corridors[471]. El último decenio fue el de una gran transformación y desplazamiento de coordenadas y relaciones entre centro y periferia. Las regiones fronterizas de la época de la Guerra Fría se disuelven, se forman nuevas, a menudo se reactivan y revitalizan regiones históricamente fronterizas. Entre las experiencias sorprendentes de los años posteriores a 1989 está que se reanudaran de golpe y como lo más natural del mundo relaciones que existían antes de la gran partición de Europa; toda una economía peculiar del camino más corto y la búsqueda ingeniosa se puso en marcha allí donde no se podía volver a las antiguas situaciones porque habían sido liquidadas en la época de la Guerra Mundial y la larga posguerra. Es patente que el Báltico se ha vuelto de nuevo un gran mar interior que reúne a los mundos báltico, ruso, polaco y escandinavo, y alguna vez Petersburgo volverá a ser una gran metrópolis báltica. Casi sin esfuerzo se han reemprendido las relaciones entre Helsinki y Tallin, Estocolmo y Petersburgo, Copenhague y Riga, Rostock y Malmö, se ha puesto en marcha una viva cultura del vis a vis y el vaivén. Algo similar, aunque infinitamente más complejo y difícil, sucede en torno al Mar Negro. Si pasa la crisis económica y se acaba la guerra en el Cáucaso, volverán a ser ciudades vecinas Odesa, Novorossisk, Sotchi, Trabzon, Varna y Estambul, puertos cuyas irradiaciones alcanzan muy lejos tierra adentro. Hoy ya se pueden estudiar las consecuencias del restablecimiento de antiguas líneas –con Estambul, Alejandría, El Pireo, Nápoles, Marsella–. La Turquía moderna desempeña un papel en el Sudeste de Europa y sobre todo en los países situados en la antigua ruta de la seda hacia Oriente. Sólo hay que moverse por las líneas de autobuses o los aeropuertos de Anatolia para verlo. ¿Y Centroeuropa? Centroeuropa fue centro inspirador del *comeback* de Europa a comienzos de los ochenta. Se ha demostrado completamente cierto que la cohesión entre centro y provincias de la antigua monarquía seguía siendo fuerte y no sólo reliquia nostálgica y sin fuerza. Y a la inversa: las subsecuentes guerras yugoslavas han arrancado del desarrollo general europeo a todo el Sudeste y la cuenca

danubiana, y les han devuelto muchos años atrás. Se regeneran centros de energía antiguos y nuevos como el triángulo Viena-Bratislava-Budapest. Se han revitalizado los enlaces con la Italia del Norte a través de Eslovenia, Dalmacia y Trieste. Otro tanto puede decirse de ciudades como Munich, Praga, Pilsen y Dresde. Es totalmente claro el tirón que tiene Polonia en la Centroeuropa oriental, esto es, en el territorio de la antigua Rzeczspospolita. Cabe conjeturar que el milagro económico polaco de los años noventa no hubiera sido posible sin su enorme trabajo de tránsito y transferencia en Ucrania, a Bielorrusia, Lituania y el *oblast* de la *Kalinigradskaya* [la región de Kaliningrado]. Es intenso el tráfico de mercancías y personas entre el área de Berlín y la Polonia Occidental, para beneficio mutuo. Se puede conjeturar que desempeña un papel especial el área de Moscú con esa descomunal concentración de personas y capitales que vuelve a ser como para asustar, con su *boom* constructivo que deja sin aliento, posible tan sólo gracias a una enorme inmigración de regiones y países vecinos, incluida China. En ese flotar de regiones en la corriente se constituye el relieve de la Europa nueva con nuevos centros, nuevas poblaciones y franjas fonterizas, nuevas zonas de seguridad y focos de conflicto, pero sobre todo, con sus corredores de una aceleración y acumulación de riqueza vertiginosas y sobrecogedoras, por una parte, y sus áreas de estancamiento, empobrecimiento y «despowerización» por otra. Sobre la Europa Este-Oeste se despliega la topografía de la globalización con sus islas, corredores y enclaves: los *metropolitan corridors* donde rigen el tiempo de la CNN, *laptops, credit cards,* Internet, teléfonos móviles, comunicación por satélite y *communities* transnacionales, pero también esas extensas zonas que ya no siguen el paso, retroceden, recaen, decaen. La nueva Europa oriental se caracteriza por una crasa yuxtaposición, por una «sincronía de lo asincrónico» verdaderamente de lámina: el siglo XXI junto al XVIII. Ésas son las zonas de conflicto del futuro, donde se acumula odio y se descarga por lo militar, mucho más allá de ese *clash of civilizations* que se quiere surgido de diferencias culturales y confesionales. No deberíamos trastrocar los escenarios del Imperio nuevo con los de imperios perecidos, y sí capacitarnos para el presente. Europa está en transición, pero no de A a B como creen saber muchas gentes sesudas, sino de una situación antigua que todos conocemos a otra que no conocemos, ni en el Este ni en el Oeste.

Desde 1989 está *en vogue* una frase hecha: regreso a Europa. Ése es lema del autoengaño y retórica de la jactancia. Los países del bloque del Este

siempre estuvieron en Europa, nunca se fueron, no tienen que volver. Ahí se echa de ver una definición voluntarista e idealista de Europa: según la cual Europa es todo aquello que esté obligado a los universales democráticos. En esa definición, la No-Europa es todo cuanto se aparte de ellos o los tenga escasamente. Sin embargo Europa es primero y principalmente el espacio en que han cristalizado esa historia y esa cultura peculiares. Europa no está dondequiera que se defiendan los valores de la cultura helénico-judeocristiana. Europa es ante todo el escenario de historias europeas, la península, el cabo del continente eurasiático. Europa es el escenario de las historias europeas. Hitler es un problema europeo tanto como Platón, Erasmo o Walter Benjamin, y el bolchevismo estalinista no es «asiático» sino incubado en la Europa de los siglos XIX y XX. Que tiene su importancia aquí, en la medida en que la entera retórica del «regreso a Europa» mete en danza mucho más que ese mero voluntarismo de proponer «qué sea Europa». Ahí se mete en el mismo saco el monopolio de definir Europa, una escala de europeidad: europeos de toda la vida y otros que tienen que llegar a serlo, europeos adelantados que señalan a los atrasados por dónde se va a Europa.

Por contra hay que recordar que la Unión Europea es una parte, no el todo. No representa a todos, sino a sí misma: el resultado más significativo y enorgullecedor de la organización política de Europa, un modelo, un polo de atracción y cohesión que no puede excluirse del juego. Se define como alianza política y de valores, pero debería dejar de excluir de Europa a todo aquello que no es miembro suyo, o no todavía. Compete a Bruselas decidir quién forma parte del club, pero no dictaminar si Cracovia, Petersburgo, Bucarest o Kiev son ciudades europeas. Cumple a Europa occidental (hasta la fecha) y a la UE una cultura de relativización de sí misma, la conciencia de que Europa es más larga y ancha y compleja que la UE o la Europa de Maastricht, Amsterdam o Copenhague. Una UE que se tenga por Europa es provinciana. Una UE que se haga medida de lo europeo sin más es limitada y antieuropea. «El Oeste» mismo tiene que capacitarse y acreditarse como europeo. También la Europa del Oeste ha estado separada por largo tiempo de la historia europea, del contexto de vida y experiencia llamado Europa. También para la «Europa de la UE» hay una especie de «regreso a Europa».

Las múltiples Europas de las generaciones. Junto a las consecuencias inmediatas de la partición de Europa –restricción de la libertad de movimien-

tos, desgarro de familias, lugares y regiones– hay consecuencias a largo plazo que a menudo se pasan por alto y se dejan medir más difícilmente: desaparición de imágenes, experiencias y contextos. Imágenes de ciudades y paisajes que antaño estuvieran presentes como cosa obvia pero ahora se han vuelto extrañas, exóticas hasta lo irreconocible. Tanto más vale eso por cuanto Europa-Oeste y Europa-Este crecieron en diferentes mundos vitales con sus correspondientes mundos peculiares de valores y conceptos y aun con sus respectivos sistemas particulares de signos. Las palabras ya no significaban lo mismo que antes de partirse el mundo. Para mí fueron siempre el mejor ejemplo esos diálogos de sordos entre europeos del Sesenta y Ocho cuando disidentes de Varsovia o Praga hablaban con rebeldes de París o Berlín. De palabra se aliaban mundos de experiencia diferentes. Pero más importante era la accesibilidad, directamente imposible, las trabas burocráticas al pasar fronteras, el retardo del tiempo que parecía detenido y sofocante. A esa generación crecida con la Europa de la lentitud burocrática, donde cada paso de frontera requería nervios bien templados, la llamo yo la generación de Marienborn. La otra mitad de Europa simplemente se desvaneció tras el muro, se hizo inaccesible, encerrada, retraída. Paulatinamente las imágenes del cuadro perdieron los colores, se fueron apagando, perdieron su sentido, cubiertas por otras más vivas e intensas. Así se llegó a que nosotros estuviéramos más cerca de París que de Praga, de Nueva York que de Budapest. La estrecha vecindad que aún había funcionado antes de la guerra se rompió, y los vecinos se nos hicieron lejanos y ajenos como antípodas. La contraposición Este-Oeste había producido su ideología, su metafísica, su mentalidad propias, su propia lógica de disyunción exclusiva, o lo uno o lo otro, una situación en que había que recelar que la otra parte se aprovechara de uno y le instrumentalizara. Se había implantado una cultura de la sospecha y el miedo, miedo a verse apoyado por la parte equivocada, una específica falta de libertad incluso en el mundo libre.

Con el tiempo creció una generación que ya no sabía nada de la otra parte o nunca lo supo. Demasiado joven para tener recuerdo alguno «del Este», y demasiado vieja para volver a zambullirse con soltura en la Europa sin fronteras en 1989. Era occidental aunque profiriera consignas antiestadounidenses. Fue la primera generación totalmente desconectada de contextos en que la generación de sus padres se había visto envuelta al menos en sentido negativo: por el poder nazi que en el Este de Europa, una vez

más, fue diferente que en el Oeste; por la guerra en el Este, que también fue otra guerra, y por la experiencia de cárcel y destierro. La generación intermedia europea, la del Sesenta y Ocho, había crecido completamente a un lado o al otro de los frentes de la Guerra Fría y el telón de acero. Creció de una manera casi orgánica de Centroeuropa, de la fuga hacia el Oeste o la adhesión al bloque del Este. Durante toda su vida anduvo a vueltas con fantasmas de los que se defendía sin poder exorcizarlos, porque para eso habría tenido que hablar de ellos. No quería ni oír hablar de Centroeuropa, porque era sospechosa del «anticuado término medio». Del Este tampoco quería saber nada, porque era un espacio arrasado por los alemanes, tierra quemada y pantalla de proyección para las maquinaciones de «los nostálgicos de siempre». Y como no quería tener nada que ver con las asociaciones reaccionarias de desterrados, tampoco quería saber nada del asunto en sí ni del mundo perdido del Este alemán. Pero tampoco con los disidentes del Este, porque acaso se viera uno aplaudido por la parte equivocada –los halcones de la Guerra Fría–. Entonces sobrevino 1989 y descuadró todo un mundo bien cuadrado sin preguntar siquiera.

Es fácil entender cómo y por qué la generación de la guerra fue «en el Este» una generación perdida. Para muchos fue la gran aventura de su juventud, para muchos más, sin embargo, el traumático paisaje de la guerra, la tierra quemada, el asesinato en masa que con todo no se dejaban silenciar. El Este era el «espacio del Este», el frente del Este, la guerra, el cautiverio de guerra, «el Iván», «el retornado», la pérdida de su lugar. Visto desde después resulta casi un prodigio que en la Alemania de posguerra no se llegara a una revuelta abierta contra las fronteras de posguerra. Cierto que todas las existencias disponibles de resentimiento, odio, energía política se desviaron a la lucha contra el comunismo y la defensa del mundo libre. No es azar que tantos especialistas y conocedores de asuntos del Este encontraran un viejo campo nuevo de actividad en la Guerra Fría. Visto desde después, el revanchismo no es invención de la izquierda sino realidad política, un factor importante que sólo paulatinamente fue perdiendo fuerza y mordiente. Pero sigue siendo cierto que en la generación de la guerra y el destierro aún había un atisbo al menos del referente cuando se hablaba del Este, de la Prusia Oriental o de Silesia, algo que ya no cabía esperar en absoluto de quienes les seguían. La enajenación fundamental de la Europa dividida pesaba tanto como la hostilidad de la Guerra Fría escenificada políticamente. Formaba parte tanto

como los silos de cohetes de los condicionantes de esa Europa que se desgarraba.

Para quienes crecieron en la situación de 1989, y ésa es ya la tercera generación, de nuevo las cosas eran distintas. Quizás esa generación sepa menos, pero tiene menos ataduras y acaso más frescura y curiosidad, no tiene ilusiones que perder. Se va al Este si hay allí algún trabajo pasable.

Hace mucho parecía que durante el dominio nazi los alemanes hubiesen cortado tras de sí todos los puentes en la Europa oriental para siempre, y se hubiera dicho cosa convenida que en adelante nunca se hablaría de lo otro que también había habido: cinco, seis, siete siglos de entrega, trabajo sacrificado y grandes logros de los alemanes de la Europa oriental. Hay una historia de los alemanes en Centroeuropa oriental que no desemboca en los años de Hitler. Hay una historia antes que es grandiosa y fascinante, y resulta totalmente actual enlazar con ella y recordarla. Que sólo suceda con vacilaciones tiene que ver con una «anatomía de la contención» que afecta a todo lo que tenga que ver con alemanes en el último siglo. Las razones son conocidas. No hay apenas lugar ni franja de tierra en la Europa central y oriental que no estuviera codificada en dos registros: a la huella del trabajo constructivo se superpone casi siempre la de las escuadras de la muerte. Dondequiera lleguen hoy alemanes en la Europa del Este ya habían estado antes: como colonos y como ocupantes, como arquitectos y como artificieros, como ingenieros de caminos y como profesionales del transporte de deportados, como fabricantes y como asesinos de despacho, como trabajadores y como amos: en casi todas partes, en casi toda región, en casi todo lugar. Allí ya no hay lugares inocentes. Encontrar un lenguaje en que se diga lo uno sin callar lo otro se ha logrado poco. Eso vale aun para el caso en que los alemanes mismos fueron las víctimas, a saber, en las mayores acciones de destierro de la historia moderna. Por todas esas razones la Europa del Este no es una zona como cualquier otra, ni lo será en mucho tiempo. Los ecos resonarán todavía aun cuando se trate simplemente de la construcción de un supermercado.

Relatos europeos. La Europa central y oriental fue en el siglo XX escenario principal de las mayores operaciones militares, y «estación de maniobras» de desplazamiento de poblaciones. Era centro del judaísmo y fue escenario de su aniquilación por obra de alemanes. La Europa central y oriental ha sido escenario de una dictadura duplicada y una amenaza repetida. La

Europa central y oriental era un continente entre frentes del que a menudo, a diferencia de otros sitios, no había por dónde escapar. Aquí está el escenario principal de la paradoja europea. Aquí uno podía salvarse por ser deportado a Kazajstán o ser aniquilado por huir de la Polonia ocupada por los rusos a la ocupada por alemanes. El punto más oscuro y sin salida, el polo de la desesperanza de Europa se halla en su zona central y oriental. Aquí no hay lugar que no haya sido ocupado y reconquistado, despoblado y repoblado varias veces. Por ella pasó el huracán de la violencia en que rugían tanto el radicalismo social como el nacional. Quien se cruzó en su camino quedó aplastado. La historia de esta zona dista mucho de estar contada. Aquí no se trata de limitaciones de escritores o historiadores, o de la disposición de sociedades o grupos a hacer examen de conciencia y arrepentirse, sino de una constelación de la Europa de posguerra. Dejando aparte el breve y excitante período de 1945 a 1948, sólo se hicieron y se admitieron preguntas y verdades a medias, aquellas que fueran utilizables en la lucha ideológica con el nuevo enemigo. Así se vino a que en lo fundamental sólo el final de la antigua constelación entera en 1989 permitiera contarlo todo, sin cálculos, sin querer llevar la razón. Desmantelar esa necesidad de llevarla siempre es de tan señalada importancia como el libre acceso a los archivos y la abolición de la censura. Por fin es posible tratar fenómenos europeos en tanto europeos, sin restringirse a contemplarlos en marcos nacionales o grupales. Fenómenos europeos que desbordan los marcos de las historiografías nacionales sólo pueden trabajarse en el contexto europeo y por encima de fronteras[472]. Esto atañe a los aspectos más dramáticos y trágicos de la historia europea en el siglo XX, y así es desde luego en la más complicada de sus regiones históricas. La cuestión gira en torno a fascismos y nacionalismos europeos. En torno a la época de la Guerra Mundial y el curso de la guerra civil europea. En torno al antisemitismo y el colaboracionismo en Europa, y por último en torno al gigantesco complejo que constituyen depuración y expulsión. Nadie tiene que temer ya estar escamoteándose «en nombre de Europa» su propia historia y sus responsabilidades.

Belleza de Europa. Europa no sólo fue la zona de tierra quemada y el asesinato de los judíos, sino el continente de una variedad nunca vista y una riqueza inabarcable. No cabe alcanzar una viva inspiración para la Europa nueva sin dejarse inspirar por su riqueza y belleza. No crece Europa en

primer término del miedo o la defensa ante una amenaza, sino por ser algo, y figurarlo. No es sólo su políglota literatura, sus lenguas y su arte, sino en particular su paisaje y las ciudades que se alzan en él. A esos paisajes se les sigue notando hasta hoy que lo han sido de más de un pueblo a la vez, y a veces aún lo son en vestigios que son resultado de complicadas mezclas y aluviones sólo aquí sucedidos, que representan microcosmos culturales cuya policromía sólo puede encontrarse por lo demás en las ciudades del Nuevo mundo. Es difícil hablar sin extenderse de Viena y de Trieste, del Bucarest de la arquitectura modernista, de la Praga de Carlos IV, del Moscú de Fiodor Schechtel, del Petersburgo de Serguei Diaghilev y la Cracovia de la «edad dorada», sin deslizarse hasta caer en nostalgia y cursilería. Pero aun sin caer en transfiguraciones románticas es preciso insistir en cuán rica ha sido Europa antes de su violenta depuración y cribado para conseguir así un punto de partida hacia lo que Europa puede llevar a cabo. Esto no sólo atañe a las grandes metrópolis cosmopolitas sino también a los centros urbanos de las provincias europeas. ¿Cómo se puede ser europeo sin haber estado en Riga? ¿Cómo se puede hablar de la riqueza de Europa sin pensar en Odesa? ¿No es forzoso al menos haber oído hablar alguna vez de Oradea o leído algo sobre Tesalónica? Sólo se puede tener buena conciencia y plena convicción de Europa cuando se sabe algo de su riqueza y belleza.

Herodoto en Moscú, Benjamin en Los Ángeles

Herodoto y Benjamin, el *polimatés* viajero y el «fisónomo materialista», rara vez si alguna aparecen mencionados a renglón seguido[473]. Y el caso es que habría razones suficientes para hacerlo. Una, la ilimitada riqueza de su percepción histórica, otra, su abrumador repertorio de medios expositivos. Ante lo desmedido de su «campo de trabajo», ante las competencias que se arrogan y la libertad que se toman, la ciencia histórica en cuanto institución suele callar, muchas veces con reverente respeto, pero no pocas mirando por encima del hombro. Herodoto es el Viejo, al que hay que repasar por encima y pasar por alto algunas cosas; a Benjamin, ni así se le reclama miembro del oficio. De hacerlo podría resultar rápidamente que ni el Viejo era tan ingenuo como generosamente se dedican a probar los comienzos de la Edad Moderna, ni Benjamin se interesaba por cuanto se dio de hecho en la historia únicamente a título de ilustraciones de una tesis de filosofía de la historia. La posteridad parece haber llegado mucho más lejos en casi todo, en reflexión sobre los condicionantes del conocimiento histórico, en manejo comprobable y científico de fuentes y en repertorio de posibilidades expositivas; cuando en realidad siguen retrasados respecto a esos maestros insuperados. Que si nos siguen fascinando hasta hoy no es a fuer de antigüedades, «primeros padres» o «visionarios» de un canon, sino por encarnar una enérgica relación con el mundo. Como decía Fichte de la Filosofía: «Qué clase de filosofía escoja uno depende por tanto de qué hombre sea: pues un sistema filosófico no es un ajuar de muertos enseres que pudieran cogerse o dejarse como se antojara, está animado por el alma del ser humano que lo sostiene. Un carácter adormecido de natural, o abotargado y deformado por el vasallaje intelectual y las pompas vanas de la erudición jamás se alzará hasta las alturas sublimes del idealismo»[474]; o como Helmuth Fleischer de la Historia: «Cómo perciba alguien un acontecer histórico, cómo lo sitúe y se sitúe respecto a él, depende de "qué hombre sea", cómo participe su vida en formaciones históricas de su mundo social, qué clase de contemporáneo de

su presente sea, cómo se haya socializado en cuanto agente y en cuanto paciente»[475].

¿Qué historia contarían ellos del siglo XX? ¿Qué pasaría si uno se diera una vuelta por las ciudades del siglo XX y del XXI «como Herodoto» o «como Benjamin»? ¿Qué historia producirían ellos trasladados a los escenarios dramáticos de esa época? ¿Qué sucede si las historias no se desarrollan sólo en el tiempo sino también sobre el terreno, si pensar el espacio histórico conlleva siempre el lugar de la acción, el lugar de los hechos? Como todos sabemos, al final sólo da respuesta a esa pregunta una historia apegada a lo material, como quiera se haga y se logre esto. De ahí que cuanto sigue no sea tanto un juego de «qué pasaría si» cuanto reflexiones previas a trabajos venideros que muestren qué hay de importante en una historia interesada en lo espacial.

Qué tiene Herodoto. Recobrar el relato tras el fin de los grandes relatos. Herodoto es un nombre para algo, el logro de un maestro y adelantado de la historiografía. Invocarle no significa empero apelar a él como a Padre de la Iglesia o autoridad que dispense de argumentar. Referirse a comienzos del siglo XXI a Herodoto, nacido en el 484 a. C. en Halicarnaso, en Asia Menor, y muerto probablemente en el 425 en Atenas o Turio, podría entenderse fácilmente anacronismo o pura pose. Pero la cosa es muy simple, para muchos quizás demasiado: él es el fundador, el «*pater historiae*» como le llamara Cicerón, y en el presente caso, donde no se trata de la Antigüedad sino del siglo XX, emblema de una escritura histórica en que se aunaron sin esforzarse ni forzarlas exploración del mundo y escritura de historia, relato histórico y exploración del terreno. Cuanto se haya hecho alguna vez al escribir historia gira en torno a la cuestión de dominar tal unidad. Muchas respuestas diferentes se han dado a la cuestión de cómo llegar a eso, pero el patrón viene dado por Herodoto. Al releer textos como los de Herodoto al cabo de los años tiene uno la pasmosa experiencia de hallarse ante un autor (o colectivo de autores) fresco y original con el que no han podido todas las esforzadas y artificiosas construcciones y deconstrucciones montadas y desmontadas a su alrededor. Herodoto es una curiosidad irrefrenable. Está volcado entero y cabal al mundo, sale al mundo, usa todos sus sentidos. La tarea que despacha en la asignatura «experiencia del mundo» es increíble, y es a su osadía, su arriesgado valor, su perseverancia y su buena salud a lo que debemos agradecer hoy nuestro conocimiento del mundo

antiguo. Él ha proporcionado el material en que trabajamos sin tregua ni desvío de generación en generación. Es el maestro de géneros y papeles: viajero y cronista, comerciante y consejero, turista y arqueólogo en los templos, etnólogo e historiador de la técnica. Por todo se interesa: la constitución del terreno, el curso de los ríos y su desembocadura en el mar, usos y costumbres de los pueblos, tipos de aves y de nidificación, origen del calendario y cultos mistéricos, por el arte médica, las propiedades del arbusto de Biblos, las patologías sexuales y los métodos de momificación. Por múltiples y dispares que sean sus temas, ha creado una obra que, aun desmembrados luego sus *logoi*, tiene un hilo, una narración principal con muchas ramificaciones. Su relato tiene algo de épico, y sin embargo no es un mero escritor. Sabe bien discernir entre *facts and fictions*. Es más crudo, rico y moderno que muchos que le tienen por superado, anticuado y precrítico. Dispone ya de todo el registro sin el que no funciona escribir historia: el golpe de vista, el testimonio ocular, la certeza de la visión directa, la plenitud y multiplicidad de la percepción y descripción, y un pasmoso conocimiento de fuentes. Hay en él lo mismo mundos vitales que acciones principales y de estado, medidas exactas y razonamiento sin trabas, comparación metódica junto a ponderación crítica. Sabe algo de la diferencia específica del mito, la leyenda y el relato histórico. Una y otra vez se detiene para señalar que «cuanto hasta aquí he contado se funda en lo que he visto, juzgado o averiguado por mí mismo»[476]; o tras contar de la pirámide de Kefrén: «esto lo he comprobado midiéndolo yo mismo»[477]. Sus conceptos nucleares rezan una y otra vez: *istorie*, es decir, averiguación propia; *autopsía*, inspección ocular propia; *idein*, mirar. Y yo añadiría aún *theoria*, visión, que etimológicamente procede de *theorein*, mirar. Herodoto representa una relación con la historia que no es la del anticuario, una riqueza perceptiva sin parangón y un gran registro expositivo que es siempre cosa esencial y no mera cuestión de «estilo» como se da por sentado en el gremio historiador no rara vez. Estilo tiene que ver con veracidad, no con colorido. Herodoto aúna sin esfuerzo ni coerción narrativa espacial y temporal. Espacio y tiempo son siempre presencia que se entiende de suyo. Hoy, cuando unas disciplinas de que sólo entienden los suyos se resienten cada vez con más claridad de su mutua independencia, cuando la pérdida de unidad «espacio-temporal» se vuelve tema nuevamente, Herodoto no es anacronismo sino alguien que escribe historias, que tiene algo que decirnos. Hay relatos tras el fin de los grandes relatos.

El espacio está entre líneas. Contra un pensamiento espacial específico. El espacio está hoy en una coyuntura favorable, señalaba hace poco no sin satisfacción Edward Soja, autor de una obra que abre camino, *Postmodern Geographies.* El espacio se ha escabullido del rincón en que estuviera desterrado largo tiempo. Circula la frase de Foucault, pues entonces no era más que eso, de que el siglo XIX estuvo fascinado por el tiempo y al XX le corresponde el espacio; de que hay que dejar de cultivar la oposición entre tiempo dinámico, dialéctico, fructífero, y espacio estacionario, inmóvil y muerto. Podría desarrollarse toda una sintomatología del retorno del espacio. De alguna manera se ha terminado la historia de su destierro. Desde las márgenes disciplinares el espacio entra en la historiografía, se va infiltrando, comete sus desafueros. Como casi siempre, adelantados fueron no los historiadores de oficio, sino *urban studies* e historiadores locales, ex marxistas en busca de un nuevo lenguaje para lo que todavía era plausible y palpable aun tras el fin del marxismo: la producción del espacio social; historiadores del arte y semióticos de la cultura, en particular de la geografía cultural que habían empezado a leer y descifrar a modo de texto, palimpsesto, sistema de signos; estudiosos de la literatura llegados a la conclusión de que análisis intertextuales y deconstructivos no podían ser conclusión última de la sabiduría. A hurtadillas, en el país de Haushofer se volvió incluso a reintroducir en los presupuestos del lenguaje a la Geopolítica. Desde muchos costados se trabaja en un lenguaje nuevo. En algún momento se apuntan a ello incluso historiadores en sentido estricto, y eso que originariamente fueron ellos quienes dieron la consigna y origen a una fuerte tradición en ese sentido: Carl Ritter y Alexander von Humboldt, que trabajaron en una nueva amalgama de disciplinas; Friedrich Ratzel y Karl Lamprecht, que impulsaron la integración de ciencias espaciales e históricas en Geografía humana e Historias del país y ayudaron a dotarlas de gran fuerza de irradiación internacional; sus diversas ramificaciones, Frederick Jackson Turner en Estados Unidos, Piotr Semionov-Tian-Chansky en Rusia, pero sobre todo Francia, donde creció ese pujante vástago que fueron los *Annales*[478]. Discusiones precisas han resultado en una remodelación de disciplinas. No existe ya aquel antiguo geografismo esquemático y muerto, y hoy una historia que alardee de su ignorancia en materia cartográfica o geográfica se pone en vergüenza rápidamente. Pero desde el tradicional esquematismo de la historiografía, ese que por así decir destierra a las «condiciones geográficas» de la historia al ostracismo

del prólogo, queda largo trecho hasta una historiografía que piense también en términos espaciales. Cabe conjeturar que se haya despachado también a los antiguos discursos alemanes sobre geopolítica desde que hay una Geopolítica que reflexiona sobre política y relaciones espaciales libremente y más alla del discurso nazi. Por último, las revoluciones espaciales de 1989 y de 2001 han llevado a la rehabilitación del «conocimiento de la tierra» [*Erdkunde*]. De todos modos, la *geographical imagination* no es algo que haya que proclamar o decretar pomposamente; se produce, se tiene, se despliega y se frecuenta, o no[479]. La espacialización forzada de la historia sólo sería nuevo sistematismo cuando el viejo apenas acaba de abandonar el campo. La cuestión no gira en torno a un nuevo Eje, a un nuevo punto arquimédico, sino a la agudizada conciencia de la dimensión espacial, a la acrecentada sensibilidad a contextos históricos. Espacialización no es un proyecto aparte, es algo entre líneas[480]. Está o no está, ahí es donde se puede reconocer dignidad, tacto y estilo de un historiador. Pueden confeccionarse historias sin lugar, omnipresentes, abtractas y universales en sentido peyorativo, mientras hay historias que se nota fundadas en conocimiento del lugar y olfato para lo contingente.

Conocimiento del país en lugar de sistema. Comeback de los «area studies». De alguna manera el discurso del sistema se ha perdido. Durante decenios ha funcionado como punto de referencia que no precisaba explicación. Uno sabía dónde estaba. El sistema lo aclaraba todo, casi todo. Había arriba y abajo, un mecanismo de legitimación y deslegitimación, de consenso, de conflicto, de reproducción de élites, sistemas y subsistemas. Uno podía hacer responsable al sistema. El sistema era actor y agente. El mundo estaba dominado por sistemas en conflicto. En algún momento, ese sólido discurso del sistema se licuó. Volvió a hablarse de Estados, países, tierras, pueblos o sociedades en particular. Todos los casos volvieron a ser particulares. Todo concreto, singular, diferencial, complicado y complejo. Predominan las metáforas del *patchwork* y el *puzzle*, el tono del *muddling trough.* Conceptos en que recayera una función de ordenación pasan a usarse más bien de forma tentativa, relativa, entre comillas; se recalca más su carácter de hipótesis y recurso auxiliar, y menos su rigor y el carácter vinculante presuntamente derivado de él. En lo que atañe a la Unión Soviética, la mayoría prefiere hablar de «espacio postsoviético». Eso tiene muchas ventajas. Ante todo la apertura a la realidad, más compleja que cuanto alcance

cualquier sistema, y cuya descripción, sobre todo, no los necesita. El sistema se descompone, se convierte en espacio. Practicamos menos una teoría de sistemas que cuanto es preciso para explorar el espacio: conocimiento de tierras, países, pueblos, instituciones, economía, psicología, historia de la civilización, geopolítica. Sólo en el peor de los casos se trata de un retorno a ese «conocimiento del país» que además fue casi siempre mejor que su reputación, y cuyos conocimientos no estaría mal que cataran de vez en cuando quienes hoy se burlan. «Conocer el país» sonaba anticuado; en círculos ilustrados científico-socialmente, histórico-socialmente, y desde luego comparativamente, era algo que sólo se tocaba con pinzas. Y el caso es que se trata sólo de un nombre antiguo para el estudio concreto de contextos complejos. El nombre moderno es «*area studies*», campo clásico desde siempre de una investigación integrada y adelantada en cuanto a su método. A quienes veían llegado el final de los *area studies* en la era de la globalización podría haberles explicado alguien que justamente acababan de empezar su segunda vida. La carencia de *area studies* es *eclátant*, por todas partes falta gente que sepa arreglárselas con el mundo de hoy, que no es idéntico al que se encuentra día tras día por los pasillos de los *international airports*.

Es llamativo que el arranque del nuevo pensamiento en categorías espaciales coincida con la agonía o derrumbamiento de sistemas y construcciones sistemáticas. En el Oeste, el nuevo discurso espacial comenzó en el decenio de 1960 con Henri Lefèbvre, en el Este, en la última época del socialismo real y en plena disolución del Imperio soviético, con la conjunción de unos saberes históricos eurasiáticos cargados de espacialidad y otras corrientes ideológicas. Naturalmente, entre saber cultural y personalidad de un Lefebvre y de los rusos euroasiáticos hay un abismo, o más de uno. Pero también hay algo que les une: superar y criticar un mismo punto de partida, el sistema ideológico o político que por así decir alumbra el mundo de sí mismo. *Production d'espace social* en Lefebvre y conceptos espaciales de los historiósofos postsoviéticos son por igual ejercicios de seducción intelectual, ejercicios de lenguaje para hacer posible uno nuevo. Pero no son ese discurso mismo. Lefebvre lleva más lejos su discurso marxista, en adelante ya no referido a una «lógica del capital» sino a la producción del espacio social; los rusos, en lugar del exangüe materialismo dialéctico reaniman sus neoantiguas existencias ideológicas de procedencia euroasiática o del nacionalbolchevismo. Retroceden asustados ante el último

paso, el que lleva a una exploración y una historia del país de corte moderno: *area studies*.

El caso soviético. Violencia y «dominio del espacio». «Un sexto de la Tierra», como se llamó la Unión Soviética en su época de auge, era algo impresionante: hacia fuera, pero también para sus ciudadanos. Esa superficie roja en el atlas representaba un gran país; *straná maiá schirókaia*, dice una canción popular soviética, ancha es mi tierra. Un mundo homogéneo con nítidos límites exteriores. Parecía que el poder se hubiera dedicado desde el principio a hacer del conglomerado del antiguo Imperio ruso un país moderno que latiera al compás de un tiempo unitario, el futuro, que no supiera de fronteras, ni verticales ni horizontales. Parecía que el poder tuviera la potencia precisa para dibujar de nuevo ese país gigantesco como en un escritorio, como una gigantesca hoja en blanco, de modelar su relieve como se le antojara. Podría describirse la historia soviética como historia de la producción de un nuevo espacio soviético. Donde no desempeñaran ya papel alguno las antiguas fronteras étnicas del Imperio multinacional, pues todos sus pueblos se reunían en la *koiné* de lo soviético a título de «pueblo soviético»: idéntico patrón de cultura, lengua y organización política. El espacio soviético se mantiene unido por grandes proyectos que transforman la naturaleza siguiendo pautas de utilidad científica y política. Se proyectan canales y vías férreas, *pipelines* y enlaces ferroviarios. Se desvían corrientes y se unen mares, se riegan desiertos y se desecan pantanos. Se remodelan ciudades y se les añaden nuevas. Se declara la guerra a una naturaleza hostil al género humano y se la doblega hasta ponerla de rodillas. No hay polo del frío ni del calor para los héroes. El mundo soviético es construido, en caso de resistencia, se vence o se desgasta. El mundo soviético tiene rasgos tecnoides. El espacio soviético es homogéneo. Naturalmente esto es exageración, pues ni las más virulentas y violentas trasformaciones, instalaciones y establecimiento de ejes pueden hacer que se desvanezcan la diferencia horaria o la tectónica cultural del gran país. La verdad es que aun en los tiempos del máximo esfuerzo y clausura del sistema seguía habiendo un Imperio gigantesco, con fisuras temporales, culturales y de civilización, que le venía grande al poder. «*Mastering the space*» (Sheila Fitzpatrick), «dominar el espacio», era cuestión de vida o muerte. La impotencia del poder lo fue siempre ante el espacio que nunca logró tener en su mano, y todas sus fantasías de omnipotencia no son al cabo

sino fantasías de impotencia, pánico a sucumbir, a desvanecerse en ese espacio. No se entiende la Revolución rusa sin arterias y conexiones del ferrocarril ruso que hizo por primera vez de espacio amorfo territorio, que lo puso literalmente en movimiento, y nada se entiende de la violencia estalinista contra el país campesino, inmenso y en verdad ingobernable, como no se vea el pánico y la desesperación de los detentadores del poder encastillados en las ciudades, desde donde dominan el país como colonia. Allí como por doquier, poder es poder sobre el espacio; pero si en alguna parte rige esto de verdad es en Rusia. Reverso de lo cual es la impotencia como carencia de poder sobre ese espacio, una homogeneización meramente superficial de un espacio profundamente agrietado en realidad. Durante largas fases de su existencia la historiografía soviética oficial describe el camino ya recorrido por el poder en esa homogeneización, mientras la historia sobre el terreno quedó condenada al destierro y la amnesia durante decenios. Conocimiento del país y del lugar, geografía descriptiva y corografía, historia sobre el terreno, eso era subversivo. Al conocimiento del lugar y sobre el terreno se le mantuvo apartado, se sumió en la clandestinidad. Su cristalización en una nueva historia integral sólo podría empezar una vez desmontada la «estructura» llamada Unión Soviética[481].

Espacio histórico, lugar histórico: la *komunalka*. La investigación de la historia de la Unión Soviética tiene sus adelantados, sus obras maestras, pero también sus derrotas y escándalos. A quien anduviera por la Rusia del siglo XX con los ojos de Herodoto le saltaría a la vista de inmediato. Hay bibliotecas enteras acerca de la URSS. ¡Qué no estará totalmente documentado, investigado, analizado! Decisiones políticas, sesiones del Politburó y el Comité central, desarrollo y acuerdos de los congresos del Partido, resoluciones de las comisiones del Plan, resultados de planes quinquenales, desproporción entre planes y resultados reales. Generaciones enteras de científicos, filósofos e historiadores estuvieron ocupadas en captar, describir, analizar «el sistema» y conceptualizarlo. Miles y miles de libros se han escrito sobre todo aspecto concebible de la formación de cuadros, su patrón curricular o el estancamiento económico.

Pero a lo largo de los ochenta años de existencia del régimen, del «sistema» soviético como se le llamaba, no aparece en esa enorme marea impresa un solo estudio de cierta talla acerca de la *komunalka*, la vivienda compartida, el núcleo interno de la forma de vida soviética, lugar de con-

vivencia forzada y de supervivencia de varias generaciones, lugar de nacimiento y socialización del *homo sovieticus*, ese lugar en que se trataba de lo íntimo en público. Hay que imaginárselo: ni un solo estudio del lugar central de la vida de millones y millones de seres humanos y de una generación tras otra. Su lugar de vida, el centro de su mundo vital, el lugar de su supervivencia. Y eso que no eran secretos, sino de todos conocidos. Pero los especialistas preferían ocuparse de decisiones e intrigas en comités centrales a los que no tenían acceso. Quienes han informado de lugares y mundos vitales han sido en todo caso periodistas. Si es que hubo quien documentara la realidad de la vida, serían ellos.

La *komunalka* es sólo un caso, bien que flagrante. Algo similar podría decirse de hacer cola, que ha absorbido tiempo de vida de millones de personas; o de ese mercado donde cada quien se mercaba como podía lo necesario para la vida; o de los contactos sin los que era imposible vivir. Aquí no se trata de llamar la atención sobre «un campo descuidado por la investigación», de algún desiderátum o una «laguna en la investigación», naturalmente siempre para lamentarla, sino de hacerse idea cabal de ese auténtico escándalo: que para los historiadores la solidez de la realidad simplemente no fuera pertinente. No era competencia suya. Algo así se quedaba para periodistas, o para un historiador viajero llamado Herodoto: al ojo de Herodoto no se le habría escapado ese mundo, pese a las restricciones de movimiento y los filtros que había en tiempos soviéticos. Y no se le habría escapado porque él era un viajero del mundo que se interesaba por todo, no sólo por lo que el oficio científico considerara a propósito y políticamente correcto. Herodoto se hubiera recorrido el mapa de la Unión Soviética y practicado estudios fenomenológicos, se habría llevado de vuelta a casa material en que trabajara luego la reflexión científica. «El ojo de Herodoto» significa aquí volver a colocarse en una perspectiva, en una percepción sin restricciones, totalmente abierta hasta donde sea posible.

Herodoto y Moscú 1937. Es fácil que Herodoto nos pudiera ayudar a controlar ese auténtico caso de emergencia en la historiografía que se llama «Moscú 1937». El enigmático año del «gran terror» en la enigmática historia de Rusia en el siglo XX. La cuestión se situaría entonces en comprender de alguna manera cómo se vino a ese incremento inconcebible de violencia y autodestrucción asociado a la fecha 1937, lo que acaso diera alguna respuesta a la pregunta más planteada en ese año: ¿por qué todo esto, por

qué me toca precisamente a mí? Conceptos como destino, azar, fortuna o infortunio son algo que desprecian los historiadores esclarecidos. Pero aun así, mientras siga sin esclarecerse el caso Moscú, esa inconcebible y fantástica arbitrariedad con que se convirtió en enemigos y se liquidó a seres humanos por cientos de miles, en tanto eso siga sin esclarecerse vale hablar de «destino» o «fortuna» que alcanza a unos y a otros respeta. Todo sucedió en el más exiguo espacio, con vertiginosa celeridad, en inmediata sucesión, en estrecha vecindad. ¿Cómo escribir historia tal, o mejor, cooperar, ir escribiéndola, ya que tiene ocupadas sin descanso a varias generaciones de historiadores? Yo empezaría por hacer como Herodoto y Benjamin. Buscar el escenario, inspeccionar el lugar de los hechos, sacar relaciones a la luz, establecer rastros, interrogar a testigos.

Todo empieza por describir el lugar. Sólo descripciones de lugar son precisas; «el» socialismo o «el» estalinismo son fantasmas, no un lugar histórico. Conseguir una visión de conjunto de Moscú en 1937 es más que difícil, casi imposible. Una ciudad en erupción, un gigantesco solar en construcción. Como estaba previsto en el plan de 1935, el antiguo y atrasado Moscú se borra para hacer sitio al nuevo. El antiguo Moscú se desvanece o se reduce hasta lo irreconocible, crece una ciudad de otro corte y otras dimensiones. Para entender esto hay que haber visto obras como las de la plaza de Potsdam o mejor «Shanghai» en el año 2000. Se deseca el río y se conecta con los «cinco mares» a través del canal Moscú-Volga. Se reconstruyen muelles y puentes, se amplían las calles a anchuras de grandes vías. Las nuevas plazas insinúan ya la nueva dimensión del espacio público. El complejo de la «Casa del Gobierno» apunta ya adónde se va, y la obra del «Palacio de los Sóviets» ya dibuja en el cielo la silueta del nuevo Moscú. La antigua, la de las cuarenta veces cuarenta torres e iglesias, ya ha sido borrada. Del Moscú de iglesias y palacios surge el de los soviets, los palacios de la cultura, las fábricas, los estadios y los parques de educación y descanso. Quien llega a Moscú después de 1937 tiene delante otra ciudad.

Pero no es sólo una ciudad de nueva planta, sino demolición de un espacio urbano y producción de otro. El nuevo Moscú es *Peasant Metropolis* (David Hofmann), una ciudad que duplica su población en menos de diez años, la ciudad de la inmigración campesina, del ex campesino preproletario, de esa existencia anfibia de campesinos desarraigados y proletarizados expulsados de las aldeas o escapados a la ciudad donde hallar trabajo o desaparecer. *Peasant Metropolis* ha absorbido y arrollado al viejo Moscú.

Peasant Metropolis está en estaciones, albergues nocturnos, cabañas de adobe, barracones, alojamientos de fábricas, y si la cosa va bien, en habitaciones varias veces superpobladas de viviendas comunales, vivienda privilegiada de los recién llegados. En *Peasant Metropolis* no hay conducciones de agua, ni alcantarillado; como mejor se entiende es viendo *slums* y favelas. En Rusia, a eso se le llamaba en su día «Shanghai». En las ciudades en plena explosión de hiperurbanización hay shanghais por doquier, espacios a los que ningún tranvía lleva, donde el campesinado se aferra a jirones de sus tradiciones y baila los fines de semana, pero sobre todo, en cuanto puede, emprende la huida, adelante, fuera, lejos del atraso, a las cumbres de la cultura y un bienestar siquiera escaso. Nada entiende quien no se haya paseado por sus shanghais, ni se haya echado a la espalda las dos horas andando de madrugada hasta la fábrica, e igual camino a pie de vuelta a casa por la noche. El metro recién introducido es lujo de privilegiados, de gentes cultivadas que se lo pueden permitir. En el metro y en las escaleras mecánicas aprende Moscú a ser civilizado, *kulturno*: a estar derecho, ir por su izquierda, no escupir en el suelo. Aprende a bajarse del tranvía en marcha sin caer bajo las ruedas. Ejercicios en técnicas de civilización urbana, condensados en una fracción de segundo histórico como ya pasara antes en otras grandes ciudades. Moscú es la ciudad de la hiperurbanización, desbordada y arrollada, y el nuevo Moscú de piedra, un dique ante la marea, el gesto al cielo que proclama «resistiremos». Y sobre todo: estamos construyendo una ciudad nueva, una ciudad inmaculada en la tierra, no en el más allá. El Moscú nuevo no es utopía sino realidad, porvenir vuelto presente: y ver para creer, no hay que morir para verlo, está a mano, existe. El nuevo Moscú se quita al viejo de en medio de un empujón, se libra de él: de sus calles enrevesadas, de sus patios traseros, de sus pequeñas iglesias con muros tiznados por las lamparillas. Se vuelve luminoso, eléctrico, se quita la barba ortodoxa, se afeita, se pone camisa blanca, y hasta corbata domingos y festivos. Quiere salir del atraso, sobre todo los jóvenes. Quieren perder de vista de una vez al viejo Adán, no quieren ser campesinos sino tractoristas, obreros, paracaidistas, ingenieros, pilotos. Con el sufrimiento que llevan detrás, auténticas pasiones, se corresponde el desenfrenado apasionamiento con que quieren seguir adelante. Su ansia de saber es insaciable, ilimitada su entrega, su optimismo, a prueba de casi todo. El Moscú de esos seres humanos es revuelto y afanoso como hormiguero, cada quien busca un sitio para sí. La única estrategia que

cuenta es la supervivencia. Moscú es el lugar en que uno puede desaparecer y empezar de nuevo. Aquí viven miles y miles que se atribuyen nueva identidad, fugitivos del campo, *kulaks* desaparecidos e hijos que se avergüenzan de sus padres. Ciudad de *outcasts* que quieren ser ciudadanos normales y que les dejen vivir tranquilos de una vez, la ciudad de incontables seres humanos con pasado y vida doble. Llegado el caso, el poder estatal seguirá su rastro, los descubrirá, arrancará sus máscaras y los aniquilará. Moscú en 1937 está lleno de existencias clandestinas en busca de un nuevo comienzo.

Herodoto y Benjamin podrían haber notado algo de eso, sólo habrían necesitado leer el periódico. Qué no habrá en un periódico de 1937: crucigramas junto a artículos de fondo como «¡Acribilla a la banda de espías troskofascistas!», información de la ejecución de penas de muerte y anuncios de una nueva película musical. Anuncios que anuncian conservas de primera, anuncios que conminan a hacer las compras para estas fiestas, noticias de brutales asesinatos de un asesino en serie en los suburbios y del éxito alcanzado en el concurso internacional de violín de Bruselas, en que David Oistrach ha conseguido el primer puesto. Leemos de la ejecución del generalato y de las conmemoraciones del centenario de Puchkin. Vemos los zepelines en el cielo, el paracaidismo como deporte para el tiempo libre de la juventud inquieta. En la calle Gorki se abren restaurantes automáticos a la moda de Nueva York, y el aeroplano Máximo Gorki gira majestuoso sobre la nueva ciudad. Se suceden las marcas mundiales en cadena: se sobrevuela el Polo, se vuela a América, se corre un rally hasta Vladivostok, se asciende el primer seismil. Noticias del tiempo junto a las de ejecuciones entusiásticamente celebradas. Moscú está al corriente de la marcha de la Guerra Civil española. El 8 de junio de 1937, informa *Pravda*, hubo eclipse total de luna. Moscú se moderniza. Los anuncios elogian las virtudes del *Eau de Cologne*, las *frankfurter Würstchen*, el *champagne* y las *delicatessen* de Yeliseyev. Y de noche, locales a troche y moche: en el Hotel Metropol, jazz y foxtrot a cargo de Utjozov, en el Praga, un célebre conjunto de zíngaros.

Todo en el espacio más estrecho, entre las arcadias del Parque de educación y descanso Máximo Gorki y las celdas de ejecución en la plaza Lubianka, entre el cuento de hadas del *art déco* de Echtuchev en el Hotel Moscova y las cuevas en los alrededores de la factoría automovilística SIL. Casi al alcance de la vista de su puesto de trabajo se le rompen metódicamente los dedos a Vsevolod Meyerhold. Colas por todas partes: ante las tiendas de alimentación y ante la entrada del NKWD, donde las mujeres tratan de averiguar el paradero de sus maridos. Uno se pone en la cola y oye algo de lo que han escrito en sus *swodki* y transmitido a la posteridad los confidentes y fabricantes de noticias del NKWD. Que los fascistas estaban tomando el poder, que los judíos tienen la culpa de todo, que se llegará a la hora de la venganza, a una carnicería espantosa, a una noche de San Bartolomé, puede que también algo de la esperanza de una guerra en que por fin se dé a conocer el enemigo real, no uno imaginario.

Herodoto y Benjamin entrarían en contacto con los más diferentes ámbitos y personas, harían «interviús», oficiosas a la manera de Leon Feuchtwanger pero también en el *underground*, conspirativas y arriesgadas. Se encontrarían con un sinnúmero de personas, en su mayoría víctimas y verdugos, verdugos y víctimas a una. Callejearían por la ciudad y se toparían objetos y signos del mundo nuevo y su nuevo bienestar, y los anotarían en sus cuadernos: bicicleta, gramófono, teléfono, estanterías, máquina de coser o las obras escogidas de Gorki. Andando así por la ciudad sacarían una impresión de las presiones, de *tempi* y de pulsos, del ritmo de la época, de la descomunal transformación de la ciudad. Es fácil que alcanzaran a barruntar qué pasa cuando se desata la desesperación, cuando en un sentimiento general de no haber salida resuena pronunciado el nombre de un culpable y se ofrece un chivo expiatorio. Una ciudad dispuesta en cualquier momento al *progrom* y la guerra civil. Vagarían por una ciudad de la evanescencia, de la transformación de eminencias de ayer en menos que personas, y del ascenso estremecedor de miles de don nadies a las plazas así vacantes arriba, muy arriba. Terror y depuración, Moscú, hogar de la batalla en figura de *boomtown*, lugar donde se hacen carreras vertiginosas que dejan sin respiración, lugar de fortuna y miedo. Moscú, utópico punto de fuga de la provincia –«¡A Moscú, a Moscú!», y primer punto de partida en el viaje al archipiélago Gulag.

Quien se mueve por Moscú en 1937 se encuentra en el más exiguo espacio todo elemento, forma, motivo, medida de tiempo e ingrediente del nacimiento de la civilización soviética. Sólo hay que estar interesado en ella y presentarse. Aún no está separada en regla, por capas sociales o culturales, mentalidades o semióticas, economía o *gender*. Entrar en ella es bastante difícil, uno se ve arrollado, desbordado por exigencias excesivas, como la vida misma. Puede que se llame historicista a esa actitud. Pero sólo

quien se haya tomado la molestia de penetrar en ese horizonte temporal tiene derecho a seguir hablando en él. «Estar por encima», eso que se proclama como ideal, abre otras posibilidades de conocimiento, pero no esas de las que aquí se habla. Dar vueltas por el escenario, pasarse de las rayas trazadas entre campos de trabajo y disciplinas, la experiencia de la simultaneidad de las cosas que siempre lo es también de lo inabarcable de las cosas, eso es una forma de exploración y conocimiento históricos. A menudo y en gran medida la historia está *out of control*, y vivir es a menudo y en gran medida *struggle of the fittest for survival*. Escribir historia sin darse ocasión para un atisbo siquiera de todo eso no encontrará lenguaje para las historias que se ha propuesto contar.

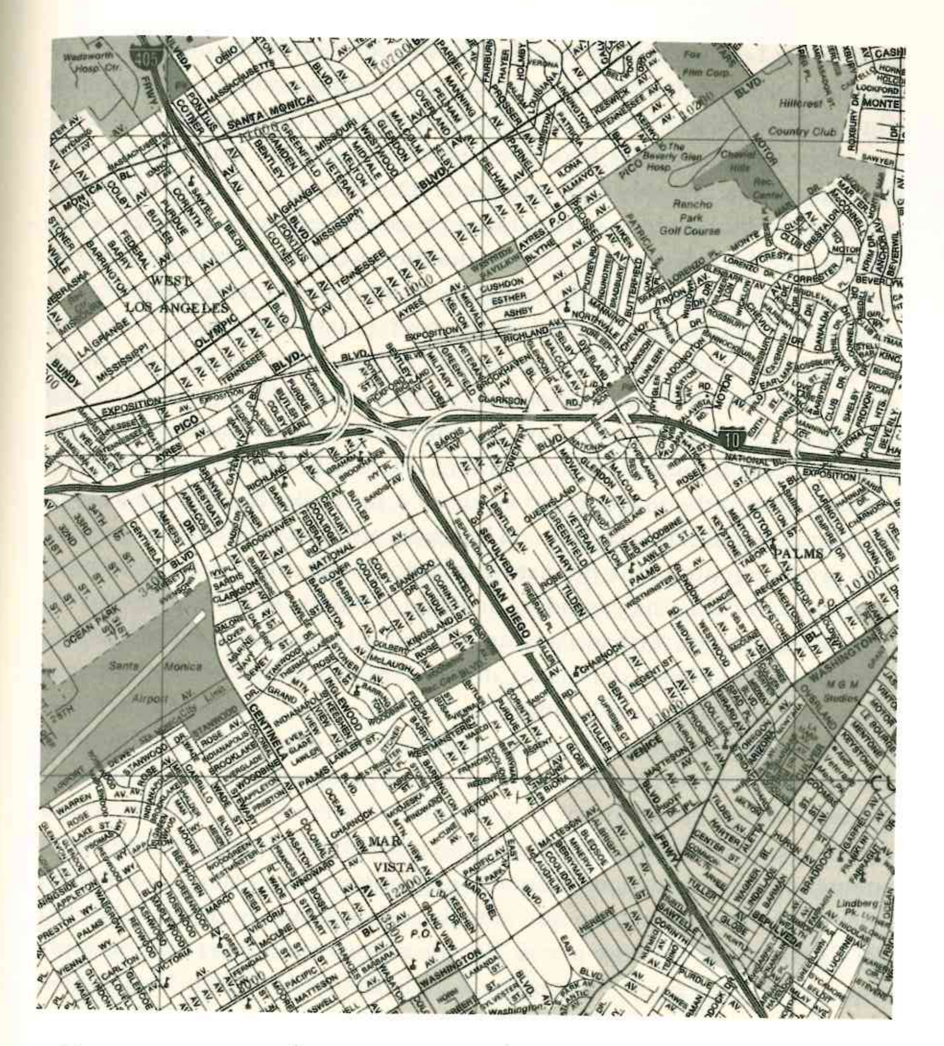
La «Dialéctica de la Ilustración» y su lugar: Los Ángeles. El autodiagnóstico probablemente más tenebroso que la cultura occidental haya hecho de sí misma, la *«Dialéctica de la Ilustración»*, se estableció en Los Ángeles[482]. Lo redactaron allí Theodor W.Adorno y Max Horkheimer entre 1941 y 1945. Eso no es azar. Durante un lustro Los Ángeles se convirtió en un «exilio en el paraíso», punto de apoyo y reunión de emigrantes alemanes en fuga de Hitler. Cuantos eran alguien en la cultura de la Alemania de Weimar se fueron encontrando poco a poco en la ciudad del Pacífico en rápido crecimiento: Thomas y Heinrich Mann, Arnold Schönberg y Leon Feuchtwanger, Alfred Döblin y Bertold Brecht, Bruno Franck y Ludwig Marcuse, Max Reinhardt y Ernst Lubitsch, Fritz Lang y Billy Wilder, Marlene Dietrich y Joseph von Sternberg. De la noche a la mañana la ciudad del Pacífico se convirtió en centro de la diáspora centroeuropea. Y de la noche a la mañana el paisaje urbano comprendido entre San Remo Drive y el Paseo Miramar en Pacific Palisades, entre la Calle 26 y el bulevar de San Vicente en Santa Mónica, se convirtió en puesto de observación y punto de reflexión acerca de la situación de la civilización occidental. De Los Ángeles proceden no sólo la *«Dialéctica de la Ilustración»*, sino también el *Doktor Faustus* de Thomas Mann, *Survivor of Warsaw* de Arnold Schönberg, y también *Minima Moralia. Reflexionen aus dem beschädigten Leben*, fragmentos de los *Prismen* y otros textos de Adorno. Huidos de Europa éste y Horkheimer, venidos a dar en medio de un entorno completamente ajeno y mirándolo con ojos de forastero, por así decir en un aislamiento por duplicado, reaccionaron vivamente al nuevo entorno, se dejaron provocar e inspirar por él, lo «elaboraron». En la *«Dialéctica de la Ilustración»* abordan la ruptura de

Europa que dejaban atrás. «Nos habíamos propuesto nada menos que descubrir por qué la humanidad se hundía en una nueva especie de barbarie en lugar de entrar en una fase de verdadera humanidad»[483]. Querían sacar a la luz cómo se llegó a que «la tierra completamente esclarecida por las Luces irradie signos de una triunfal desgracia»[484]. Como recalcan de muchas maneras, el punto de vista de Los Ángeles es privilegiado, totalmente por encima de la época. Los *Minima moralia* están impregnados de la experiencia estadounidense hasta en los giros de lenguaje, en el juego con modismos estadounidenses como *regular guy, popular girl, wishful thinking* o *date*; esa experiencia está inscrita en objetos y temas elegidos, como «violencia de película», guionista, *callgirls, whisky-sodas* o *bungalow*. El pesimismo de la *«Dialéctica de la Ilustración»* no sería tan completo y excluyente de toda esperanza si hubiera tenido por referente fascismo y bolchevismo europeos. Pero en esas conclusiones de Adorno y de Horkheimer era esencial la experiencia estadounidense que cristaliza especialmente en el capítulo «Industria cultural. La Ilustración como engaño de masas»: «Conforme a su tema, nuestro libro muestra las tendencias que transforman el progreso cultural en su contrario. Eso es lo que tratamos de exponer mediante fenómenos sociales de los años treinta y cuarenta en Estados Unidos»[485]. Puede que hayan cooperado a agudizar su juicio el doble aislamiento del intelectual y exilado en Los Ángeles-Hollywood. «Todo intelectual de la emigración sin excepción está tocado, y hará bien en reconocerlo si es que no quiere aprenderlo cruelmente a puerta cerrada con su autodesprecio. Vive en un entorno que por fuerza ha de seguir resultándole incomprensible, por bien que se sepa manejar en las organizaciones empresariales o las complicaciones del tráfico; de todas formas andará perdido. Reina una ruptura irreconciliable entre trabajo profesional-responsable y reproducción de la vida propia bajo el monopolio de la cultura de masas. Él está desposeído de su lengua, y desviado por otros cauces el caudal de la experiencia histórica de que bebía su conocimiento»[486]. Puede que sea a resultas de ese aislamiento completo, hermético, por lo que se desvanece toda *differentia especifica* entre capitalismo y dominio total en un contexto de sincronización y deslumbramiento en que destrucción de ciudades europeas, géneros prefabricados de usar y tirar y campos de trabajar y exterminar género humano sólo suenan como variaciones de un mismo tema[487]. Esa reacción de Adorno al nuevo entorno permite sin dificultad reconocer su modelo en Benjamin, por ejemplo en sus observaciones

como miniaturas sobre el paisaje estadounidense en *Minima moralia*: «*Paysage*. La carencia del paisaje estadounidense no está principalmente en la ausencia de memoria histórica, como quería la ilusión romántica, sino en la falta de toda huella de la mano del hombre. Esto se refiere no sólo a la ausencia de terrenos de labor o al monte bajo sin roturar y a menudo auténtico matorral, sino ante todo a los caminos. Éstos siempre se han abierto paso directamente en el paisaje con voladuras, y cuanto más anchos y llanos se han logrado tanto más inconexo y violento resulta su reluciente trazado frente a un entorno demasiado salvaje. No tienen expresión. Como no conocen pasos ni rodadas, ni suaves senderos a lo largo de sus márgenes a modo de transición a la vegetación, ni senderos laterales que bajen al valle, prescinden de lo suave, lo que suaviza, lo amable y sin aristas de las cosas en que han intervenido las manos o sus herramientas inmediatas. Es como si nadie le hubiera pasado nunca un cepillo, ni una mano amable siquiera por el pelo. Desconsolado e irremediablemente desconsolador. A ello corresponde cómo se lo percibe. Pues el ojo apresurado no puede retener lo que ha visto aprisa desde el coche, y se hunde sin dejar huellas, como a él se le escapan»[488].

Walter Benjamin en Los Ángeles. «Qué habría significado para el Instituto y aun para la cultura estadounidense la emigración de Walter Benjamin a Nueva York es cosa que no cabe decir, naturalmente. Cómo habría aunado sus aptitudes con las de otros miembros del Instituto, sólo cabe conjeturarlo». Walter Benjamin no se contó entre los salvados. Él, el «fugitivo titubeante» (Martin Jay), había dicho a sus amigos del Instituto de Investigación Social que hacía mucho le venían instando a abandonar Europa: «En Europa hay posiciones que defender»[489]. Cuando aun así partió, era ya tarde. Qué se habría puesto a hacer el autor de los *Pasajes* con Los Ángeles, la metrópolis en auge del área del Pacífico, no lo sabemos.

Se puede conjeturar que en Estados Unidos Benjamin habría seguido su camino, el del *flâneur*, ciertamente en condiciones modificadas. Y Los Ángeles habría encontrado en él al «fisónomo materialista» que probara sus métodos en objeto nuevo. A la sazón, finales de los años treinta y comienzos de los cuarenta, ya se atisbaba algo de la futura posición, del hechizo de la metrópolis del Pacífico. Lo atestigua la industria cinematográfica, lo atestigua la literatura, pero sobre todo lo atestigua el *boom* de la ciudad fundada en la lucha por el agua y el petróleo. Aunque la transfor-



Plano general de Los Ángeles.

«Y Los Ángeles habría encontrado en él al "fisónomo materialista" que probara sus métodos en objeto nuevo.»

mación de Los Ángeles en una de las mayores metrópolis industriales de Estados Unidos y del mundo no se produjo sino a resultas de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, ligada al traslado de industrias y alta tecnología a la costa del Pacífico, ya en los años treinta era visible que en Los Ángeles estaba pasando algo completamente nuevo. Allí se había consumado definitivamente la separación de la ciudad europea cuya figura aún se habían esforzado por imitar celosamente las ciudades de la Costa oriental estadounidense. Allí había surgido un tipo nuevo de asentamiento y convivencia humanos que desde entonces ha marcado la imagen de Estados Unidos y ocupado sin descanso a cuantos la han estudiado, desde Anton Wagner en *Werden, Leben und Gestalt der Zweimillionenstadt in Südkalifornien* (Kiel 1935), hasta Edward Soja, Mike Davis o Dolores Hayden[490]. Sin hablar de esa industria cinematográfica que desde Hollywood abastece al mundo entero de imágenes de ensueño o pesadilla. El lugar de asilo de Benjamin se habría convertido en lugar del adiós a la ciudad europea que tan profusamente había descrito y tratado de entender. La negación de todo lo conocido, una verdadera arribada al Nuevo Mundo. El teórico de la ciudad europea arribado a la anticiudad. El especialista en ruinas convertido en arqueólogo del futuro, de quien Mike Davis había de retomar el rastro una generación más tarde.

Puede descifrarse al «fisónomo materialista» que era Benjamin en esa forma nueva, la de algo que desde Europa parecía puro «amorfismo», el paisaje urbano cubierto por el *smog* que se extiende 150 kilómetros a lo largo de la costa del Pacífico. Donde las perspectivas del europeo se siguen ateniendo a un centro, el fisónomo persigue por vez primera lo policéntrico. A él no le interesa lo que falta, la carencia, sino lo que ha llegado a ser figura que se sostiene por sí. No quiere una visión externa, sino inmanente. El Walter Benjamin que hubiera llegado a L. A. habría sido autor de *estampas urbanas*. A él, que había descifrado los pasajes de París, Los Ángeles le habría planteado nuevos enigmas: *highways*, una ciudad sin centro, culto al cuerpo en las *beaches* de Venice y Santa Mónica, la modernidad española. Habría proseguido por el Broadway del *downtown* o en el Bulevar Sunset los viajes del reconocimiento que comenzara un día con paseos por el Tiergarten berlinés. Quizás habría sido su mayor reto, pues «Los Ángeles parece infringir todas las reglas de legibilidad y regularidad de lo urbano, desafiando a todo modelo tradicional de qué vale como urbano y qué no»[491]. Habría tenido quehacer con una ciudad sin límites visibles, con

más de 120 municipios incorporados, una *metropolitan area* en que viven 15 millones de seres humanos, y con un producto bruto que la coloca en los primeros puestos entre las naciones industriales. Un área urbana en que las categorías de centro y periferia no tienen mucho sentido pero que guarda la clave para entender las formas de vida a finales del siglo XX. No es sencillo. «Las visiones unitarias son seductoras, pero nunca abarcan todas las condiciones y sentido de lo urbano que se captan cuando uno lee críticamente el paisaje y lo visualiza enteramente como texto geográfico. Entonces resulta que además hay que identificar a demasiados autores, la literalidad (¿materialidad?) del entorno producido tiene demasiados estratos para poder hablar por sí misma, metáforas y metonimias que a menudo chocan como símbolos disonantes se desvalorizan mutuamente y hacen que se desvanezcan los temas de fondo. Hablando aún con más rigor: sabemos demasiado poco sobre gramática descriptiva y sintaxis de geografías humanas, sobre fonemas y episteme en la interpretación del espacio. Estamos sometidos mucho más de lo que creemos a restricciones de lenguaje, como concede con razón Borges: cuanto vemos en Los Ángeles y en la espacialidad de la vida social es innegablemente simultáneo, pero lo que escribimos, sucesivo, precisamente porque el lenguaje es sucesivo. De ahí que la tarea de describir una región globalmente y como totalidad sea probablemente tan imposible como construir un materialismo histórico-geográfico general»[492].

Flâneur/Street people. Flanerie/Cruising. En «El retorno del *flâneur*» ya se describió al *flaneur* como persona que despierta recelos, y cómo llama la atención y despierta recelo cuando sigue a su paso y a su mirada entre la corriente de viandantes. Cuánto más no valdrá esto de bulevares, *drives* y *freeways* de Los Ángeles. A pie no se ve nada de Los Ángeles. Los peatones están perdidos, no salen adelante. La ciudad no tiene límite. La perspectiva del *flâneur* falla. Un tercio de la superficie del *downtown* está reservada a los coches: calles, aparcamientos o garajes. El *flâneur* estaría más solo que la una. Se convierte así en *street person*. El espacio público muere. Los bancos están construidos intencionadamente de manera que nadie pueda quedarse recostado mucho tiempo. Retretes públicos no hay. Los espacios públicos no son alivio sino problema, zonas de *dealers* de la droga. No se cruza por un parque si se puede evitar. Donde quedan espacios públicos o restos, están ocupados por cámaras y vigilados por vídeo. El *flâneur* es sos-

pechoso *per se*, las lentes de las cámaras lo acercan a primer plano. La ciudad se ha retraído al interior de centros comerciales, *malls* herederos de los pasajes. Mike Davis lo formula casi como Adorno cuando dice: «En último término los intereses de arquitectura actual y policía coinciden con la mayor claridad allí donde se trata de controlar multitudes humanas. Como hemos visto, los planificadores de centros comerciales y espacios pseudopúblicos abordan la cuestión de las multitudes homogeneizándolas. Construyen corraleras arquitectónicas y semióticas para filtrar «personas no deseadas». A los demás se les arrea adentro y se dirigen sus movimientos con brutalidad conductista. Les seducen con toda clase de señuelos visuales, les arrullan con musicajos y les perfuman con aromatizadores imperceptibles. Cuando esa partitura esquineriana está bien dirigida surge una sinfonía de la compra en toda regla con mónadas bulliciosas y consumidoras que se mueven de caja en caja»[493]. Cada vez se hacen más raros los puntos «donde pueda florecer la heteroglosia, es decir, mezclarse y tener trato, al menos relativo, *punkies* de Chinatown, *skinheads* de Glendale, *lowriders* de Boyle Hights, chicas del Valley, parejas de diseño de las Marinas, *rapper* de la Slauson Avenue, sin techo del Skid Row y mirones ociosos del *Middlewest*»[494]. Sólo en unos pocos puntos aparece aún multitud, pueblo sin separar.

Se plantea entonces una cuestión nueva, desde dónde cabría aún, si es que cabe, ver, percibir, experimentar entera la ciudad, desde donde se nos franquea. Unos fantasean con la sobrecogedora visión de la ciudad desde el avión que desciende hacia el LAX, Los Ángeles International Airport: luces de ciudad que se extienden grandiosas hasta el horizonte. «Sólo los infiernos de El Bosco transmiten semejante impresión de reverbero de ardores soterrados. Una velada fluorescencia de todas las diagonales, Wilshire, Lincoln, Sunset, Santa Mónica»[495]. Otros descubren Los Ángeles desde el *freeway* de San Diego, extendiéndose sin fin entre el Pacífico y las montañas de San Gabriel que se alzan abruptas a lo lejos. Los hay como Edward Soja que prefieren subirse a la azotea del Hotel Bonaventure en el *downtown* y mirar la trama movediza de la ciudad: «Con fina ironía, hoy más que nunca Los Ángeles se aplica a ser una gigantesca aglomeración de parques temáticos, espacio vital compuesto por puros mundos de Disney. Sirve de marco a escaparates de culturas de la *global village* y puestas en escena de paisajes estadounidenses, *shopping malls* en que hay de todo y *main streets* artificiales, maravillas patrocinadas por marcas, prototipos

experimentales de comunidad futura apoyados por la *hightech*, lugares de descanso y esparcimiento con primorosos envoltorios que esconden con suma inteligencia los ruidosos procesos y puestos de trabajo que los mantienen en marcha. Como otros «paraísos en la tierra» de antaño, esos espacios sutilmente cerrados y aun así abiertos a la visión de una fantástica libertad de escoger están firmemente en manos de controladores invisibles. Vivir aquí puede ser experiencia extraordinariamente estimulante, fantástica, sobre todo para quienes puedan permitirse prolongarla lo suficiente para establecer una manera propia de estar y de moverse. Al final todo se funda en un suelo y una tierra relativamente baratos en origen, se desarrolla con la ayuda de un ejército de mano de obra de importación baratísima y constantemente renovada, y funciona a base de herramientas *high-tech* por todas partes, sigue unos criterios altísimos de seguridad y vigilancia, y se gestiona con una agresividad atenuada del más eficaz sistema de gestión, en situación de proporcionar en cualquier momento lo que se necesite, conforme a los anuncios, *just in time*»[496].

Pero la auténtica forma sucesora de la *flânerie* de Benjamin es el *cruising*, el *low riding*, el patrullar sin rumbo pero alerta, ese dejarse llevar en el asiento del fondo que una vez fuera emblema del *American way of life* y hoy se ha vuelto a desarrollar como ritual de ocio de los jóvenes. A su ritmo aparece la ciudad como construcción, sus distancias, la altura de los edificios, el horizonte, las fachadas. Uno se desliza por el tobogán hasta el fondo y asciende hasta el cielo, se desliza por el paisaje urbano. Con ese movimiento se corresponde «cómo se lo percibe. Pues el ojo apresurado no puede retener lo que ha visto aprisa desde el coche, y se hunde sin dejar huellas, como a él se le escapan»[497]. El *freeway* que pasa por Los Ángeles franquea la visión de Los Ángeles. El ojo del *flâneur*, demasiado cercano, sería ciego.

Blade Runner. Factoría de imágenes. Hay muchas imágenes de la ciudad. Cada época tiene la suya. Cada generación, su mitografía. Hay imágenes de Los Ángeles en Raymond Chandler y Upton Sinclair, Dashiell Hammett y Dorothy Parker. La ciudad ha brindado los escenarios de *Chinatown* y *Blade Runner*. Una ciudad de aluvión, sedimentada capa por capa. La ciudad de los anglosajones y su espíritu puritano. La de la misión española donde hoy se alzan el Civic Center y Union Station. La ciudad de la lucha por el agua y las torres de los pozos petrolíferos. La de los palacios del

cinema modernistas de los años veinte y del New Deal. También la de europeos del Este, la de chinos y japoneses inmigrados y la de la lucha de clases. La ciudad balneario de amplias playas blancas y paseos festoneados de palmeras, una especie de fuente de la juventud en el Pacífico para Estados Unidos protestante y blanco que se ha hecho viejo. La ciudad factoría onírica que abastece de imágenes al mundo entero. La ciudad de la más alta concentración de científicos de la naturaleza y cerebros de la *high tech*, la de los *riots* de Watts en 1965 y South Central en 1992. La ciudad *world city* y metrópolis del Pacífico. El lugar donde desenterrar imágenes no es una Bibliothèque Nationale, sino la filmoteca. Y puede que también el helicóptero de la policía cuyo proyector va cacheando uno a uno con su haz los bloques de la ciudad.

Ciudad policéntrica, ciudad fragmentada. En alguna parte hay un centro, *downtown, financial district.* Donde logotipos y emblemas de bancos, aseguradoras y hoteles se adensan en grupos de rascacielos, en «centro ceremonial»: Convention Center, Civic Center, Biltmore Hotel, Los Angeles Times, Security Pacific, First Interstate, Bank of America, Crocker, Union, Wells Fargo, Citicorp, Manulife, Transamerica, Prudential, IBM, Pacific Stock Exchange. Pero es sólo uno de los muchos centros en el «archipiélago policéntrico de L.A.» (Edward Soja). El área metropolitana semeja antes una galaxia urbana, una confederación de ciudades. Es característica la aglomeración en horizontal, por adición de barrios, no en vertical. La ciudad como *patchwork, collage.* L.A. no es una ciudad partida, digamos en blanco y negro, sino agrietada, fragmentada, unos Balcanes *en miniature.* L.A. tiene sitio para mundos que pueden coexistir sin tratarse. En ella se solapan territorios y culturas pertenecientes a épocas distintas. Ni que decir tiene que L.A. es la ciudad multiétnica, multiconfesional, multicultural, pero eso no da en el quid: es el lugar paradigmático de la sincronía de asincrónicos, de simultaneidad y discontinuidad. En 1990 había un 40 por ciento de hispanos, 37 por ciento de blancos, 13 por ciento de negros, un 10 por ciento escaso de asiáticos o de islas del Pacífico y un 0,5 por ciento de indios. Más del 35 por ciento, nacidos fuera de los Estados Unidos. Muy pronto los latinos representarán la mayoría de la población de Los Ángeles. L.A. es por tamaño la segunda ciudad mejicana, armenia, filipina, salvadoreña y guatemalteca, la tercera canadiense, y alberga a las mayores comunidades en Estados Unidos de japoneses, iraníes, camboyanos y gitanos. En las escuelas se hablan 96 lenguas maternas diferentes, y sin salir de Hollywood, 35: armenio, rumano, farsi, tagalo, jmer, laosiano, samoano, vietnamita, tai, afgano, drai, urdú, cantonés, portugués, ruso, hebreo, francés, bengalí, coreano, húngaro, árabe, hindi, visaya, taiwanés, gujarati, mandarín, griego, mandinga, sueco, polaco, tahitiano, inglés y español[498]. Donde las combinaciones son infinitas crecen culturas de inabarcable multiplicidad. En ese paisaje uno puede llevar su propia vida sin tener que entrar en círculos ajenos. Se puede ir cambiando de épocas y cultura. A menudo basta pasar de bloque, cruzar una calle, cambiar de barrio, para encontrarse ya en otra época. Se oscila de la *high tech* del XXI al *sweat shop* del XIX. Fábricas de inteligencia del futuro junto a barrios del tercer mundo. Industrias entregadas al *rust belt* junto a paraísos artificiales de extensos *malls.* El mundo de latinos cargados de niños junto a despoblados barrios de villas de los anglos que envejecen en sus *gated communities.* La ciudad es en verdad una confederación de muchas, ciudad de muchas zonas, de blancos, latinos, negros, asiáticos, nativos e inmigrantes. El Downtown anglo junto al Future latino (Mike Davis). Con cada tirón demográfico de desplazan zonas y fronteras. Lo que ayer era ciudad real puede ser mañana ciudad fantasma, y una que ya había expirado volver a entrar en el circuito. Se recobran, se reconquistan zonas perdidas. Zonas insostenibles se desalojan y se abandonan a la próxima oleada de inmigrantes. Hay que mantenerse al corriente o enseguida no reconoce uno la ciudad. Los territorios se desplazan incansables. Los Ángeles es un gran escenario para el prodigio de la convivencia humana y también un gran palenque. Donde hay fortificaciones y fosos y murallas que separan y dividen en partes la ciudad, como Harbour Freeway y Hill Street. Hay zonas idílicas encastilladas con sus piscinas y sus azules lagunas, con enormes despliegues de jardineros, *security personal* y chóferes, y justo al lado *no-go-areas* de *low-intensity urban warfare.* Los *street gangs* marcan sus zonas y sus áreas reservadas. Los *graffiti* son menos ornamento que marca de poder con que no se juega. Los idílicos jardines aromáticos están vigilados por cámaras. Reservas de lujo en estrecha vecindad de hábitats de los sin techo. El lenguaje en que se describe la situación recuerda en muchos aspectos a lo militar. Se habla de vivac, cuarentena, *war on drugs, No-go-area, warlords, street gangs, containment.* La arquitectura tiene algo de fortificación. Beverly Hills y Bel-Air semejan burgos *hich-tech.* Los arquitectos toman prestados secretos de edificios diplomáticos y bases militares[499]. La

Biblioteca Goldwin, obra de Frank Gehry, es «una especie de emplazamiento de baterías arquitectónico, una cabeza de puente de la gentrificación. Su interior cercado por barricadas, luminoso y aéreo, dice tanto como una biblioteca entera de cómo se está torciendo literalmente la arquitectura pública en Estados Unidos en aras de la "seguridad" y el beneficio»[500]. Los espacios públicos se privatizan y muchas calles sólo son accesibles previo control. «*Residents only*». Se despeja el terreno para la *war on drugs*. Hay toda una heráldica de la intimidación y el amedrentamiento. El «centro comercial panóptico» trabaja con rejas de seguridad, cámaras de vídeo, aparcamientos crudamente iluminados, muros de hormigón, radioteléfonos, barreras de infrarrojos, y alarmas. Las colonias de viviendas sociales se convierten en aldea estratégica. Todo muestra los rasgos de «una carrera de armamentos entre zonas que se ha pasado ya de revoluciones» Propietarios de viviendas exigen que se les ponga un «checkpoint Charlie». Los tejados de las casas se señalan con números «de manera que la imagen de la ciudad desde el aire se convierte en la cuadrícula de un localizador policial gigantesco»[501]. Se está pensando en la vigilancia por satélite. «Toda esa vigilancia y cuadriculado aéreo, la interminable recogida de datos por la policía y la centralización de las comunicaciones significan una "hausmanización" invisible de Los Ángeles. No hace falta despejar zonas de tiro para cañones si se controla el cielo»[502]. Se lucha por territorios, ya en sordina, ya estrepitosamente, ora a escondidas, ora abiertamente. Intercambios entre anglosajones protestantes y latinos católicos, *boatchildren* camboyanos y *satanas* filipinos. Llevan *noms de guerre* y se denominan *panthers, pigs, warriors, slausons, gladiators, farmers, parks, outlaws, watts, reberl rousers* o *twenties*[503]. Revisan palmo a palmo las fronteras entre sus dominios y a veces, como en los disturbios de 1965 y 1992, se llega al gran *clash*. Entonces hay estado de excepción, *curfew*, cargas de la *Nationalgarde*, e imágenes del East de Los Ángeles que conocemos de Belfast y Beirut. Los Ángeles no es sólo una ciudad, sino un estado de complejidad sin precedentes. Para medirlo adecuadamente hay que volver primero a la escuela con los maestros en la descripción de lugar, Herodoto y Benjamin.

Excavating the future. Esa fórmula de Mike Davis le habría gustado con certeza a Walter Benjamin, el arqueólogo de la capital del siglo XIX. En Los Ángeles se junta todo: los anuncios luminosos del *Banco Agrícola de El Salvador* y los de *Korea Airlines*, la industria turística que vive del trabajo de inmigrantes con salario mínimo y la industria aérea y aeroespacial que garantiza la superioridad de Estados Unidos en el siglo XXI, las rutas del tráfico de drogas, la ilimitada fuerza de trabajo de Centroamérica y la energía empresarial del Este asiático. Ese «Los Ángeles postanglo poliétnico» es esencialmente católico[504]. En L.A. se junta todo: la América anglosajona y la América latina, la protestante y la católica, la judía, la negra, la asiática y muchas otras aún. L.A. es una ciudad en Estados Unidos, pero propiamente un lugar de producción sin nacionalidad definida –un tercio de las empresas del Orange County son internacionales–, una confederación de ciudades en relación directa con el mundo, un ejemplo de la desterritorialización de Estados Unidos mismo (Robert Kaplan)[505]. México llega hasta *East Los Angeles*, y Asia, hasta el *Monterey Park*. La geografía de zonas urbanas de Los Ángeles remodela el mapa del mundo, «de manera que El Salvador linda con Corea, Armenia con Tailandia, Samoa con Belice y Luisiana con Jalisco. Puede albergarse tanto un potencial interculturalismo como nunca se pudo esperar como tendencias a una brutal microbalcanización»[506].

Quien viaje por el área metropolitana de Los Ángeles lo hace por el mapa del mundo del siglo XXI. No sabemos qué habría escrito Walter Benjamin sobre Los Ángeles. Pero si miramos con atención la lista de tópicos centrales de los *Pasajes*, puede que no fuera difícil adivinarlo. Aparecerían ahí con certeza los *freeways* y los cuerpos de los que corren por la playa de Santa Mónica, las torres petrolíferas y los cines modernistas de Broadway. Habría una colección de secuencias en planos aéreos desde el helicóptero de la policía y un estudio sobre el *cruising* y el *low riding*. Visitaríamos un fragmento de la vieja Europa, la villa pompeyana que Getty reconstruyó en Malibú, alzada sobre el Pacífico, y los muelles de carga en la terminal de *containers* de Long Beach, desde donde el Pacífico se convierte en Mediterráneo del otro hemisferio. Habría una mirada melancólica a Union Station, la que fuera terminal de los ferrocarriles transcontinentales, y una visita a Los Angeles International Airport, a la puerta del mundo. Habría un catálogo con reproducciones de los murales de los tiempos heroicos de la clase obrera en Estados Unidos, y una colección de imágenes de Nuestra Señora de Guadalupe que anuncian la reconversión al catolicismo del Los Ángeles protestante junto con postales de palmeras en el Wilshire Boulevard. Pero con todo su entusiasmo hay algo que Benjamin no habría olvidado incorporar: los rollos de papel en que las agujas de los sismógrafos

registran las sacudidas con que todo el mundo se ha acostumbrado a vivir en la falla de San Andrés.

Restauración y renovación de la tradición. Corren buenos tiempos para lo que podría llamarse *spatial turn.* Si prefiero pese a ello no hablar de *spatial turn* es por razones ya conocidas: la historia-guión, una espacio-historia aparte, lleva a callejones sin salida. Propiamente se trata «sólo» de intensificar la atención, de refinar y agudizar la percepción y afinar el registro de la escritura histórica. Los *turns* son modas y cosa de epígonos. Se puede tomar parte en uno sólo cuando ya se ha cumplido. Las condiciones son hoy buenas para el específico adiestramiento de los sentidos que requiere. Ante nuestros ojos se han roto espacios. Hemos tenido con qué ejercitarnos en la observación de desmantelamiento, ruptura y producción de espacios. Hemos visto desplegarse ante nosotros el entero registro de disolución y remodelación, disolverse formas y formarse nuevas, transformarse códigos espaciales, caducar y dibujarse mapas nuevos. Hemos participado en la conmoción producida al desplomarse espacios de la noche a la mañana, en la caída del muro en 1989 y el *Ground Zero* en 2001. Está hecha la experiencia de que hay otros mundos más allá de las autorreferencias, mundos aún por descubrir o redescubrir. En cuanto a existencias teóricas hay un surtido impresionante: Herodoto, Carl Ritter, Alexander von Humboldt, Friedrich Ratzel, y... Walter Benjamin. Sí, es aquí donde encaja Walter Benjamin, aunque resulte inhabitual. Pero los estadounidenses que le han leído lo han hecho en el contexto de *urban studies,* esto es, en el de Ratztel y Lamprecht, de quienes la mayoría, por desgracia, nada saben. En el caso de Benjamin la cuestión no gira principalmente en torno a la herencia filosófica de los *Pasajes* (y cuanto tipológicamente se corresponde con ellos), sino a su proceder como historiador, a sus métodos y resultados, a lo que describiera en una grandiosa frase: «Escribir historia significa dar a unas fechas su fisonomía»[507].

La monopolización de Benjamin por las ciencias del texto es nociva. Como Anziferov, Lefèbvre o Soja, Benjamin sabe lo que el texto tiene de coro, y así, es de los que rompen el hechizo de la lectura y la fijación con el texto. Callejear como *flâneur* es una forma de conocimiento, un modo específico de moverse y descubrir. Hace mucho que los historiadores han expulsado a la posibilidad cognoscitiva del movimiento, del viaje, al terreno de lo privado, turístico, banal, sacrificándolo en cuanto forma

avanzada de familiarizarse con el mundo, del mirar que indaga y el indagar que mira. En el oficio docente e investigador han rebajado la excursión a experimento de dinámica de grupos junto a la hoguera. Para la mayoría de quienes tan alto tienen a Franz Hessel o Walter Benjamin, el vagabundeo es sólo metáfora. Que «leer ciudades» sea algo así como «leer textos» es malentendido fatal, aunque ciertamente cómodo. Leer ciudades exige esfuerzos muy otros, ante todo una operación intelectual: salir, ponerse en marcha y descender del alto sitial de la lectura. Correr el riesgo de perder la visión de conjunto. El *flaneur* sigue a la ciudad, ella sabe y puede más. No se puede hacer con ciudades y lugares lo que uno quiera. Ciudades y lugares son duros. Allí se entera uno de algo acerca del poder, pero sobre todo, de los límites de toda construcción conceptual. Benjamin nos dejó los *Pasajes.* Es el ensayo de mayor significación acerca de la simultaneidad. No alcanzo a imaginarme nada que pudiera ir más lejos al escribir historia. Su logro capital es la reproducción o reconstrucción del espacio llamado «época burguesa» en su escenario principal, y de su decadencia. Es una narrativa en que lugar y época discurren juntos como no cabe más. París como «totalidad concreta».

Formas expositivas tras la posmodernidad. El tema capital, en torno al que todo gira aquí, es la posibilidad de una gran narración tras el final de la gran narrativa. Estoy convencido de que la hay, porque narrar es la forma en que seres humanos se representan e interpretan el mundo. Las formas expositivas de la historiografía, excepciones a un lado, se han quedado rezagadas respecto a la época. Son decimonónicas cuando ya vivimos en el XXI. Quizás esto sea injusto. Pero me parece que sencillamente no podemos exponer lo que queremos exponer si nos atenemos a una narrativa de tiempos del evolucionismo y del llamado «siglo XIX prolongado». Tenemos que probar narrativas nuevas que tengan en cuenta rupturas, catástrofes, cataratas y cataclismos. La escritura de historia que se refiera al siglo XX tiene que tomar nota del choque, de la yuxtaposición de tiempos más cruda que cabe concebir, de la sincronía de lo asincrónico. Se trata de rupturas, cesuras, choques, discontinuidades, cortes. Es la narrativa de la simultaneidad. Los medios expositivos hallados en literatura, cine, pintura y arte llegan mucho más lejos que los de los historiadores. En muchos de sus trechos el siglo de los asesinatos en masa, los genocidios, las expulsiones y huidas en masa, se trata como corresponde en el lenguaje de las víc-

timas o también de los verdugos, los criminales de despacho y los contables de la muerte, pero a menudo también en el lenguaje contemplativo de un victorianismo que aún no podía ni figurarse los horrores del siglo XX. No se pueden construir o cavilar los métodos de esa narrativa, se desprenden del trabajo sobre el terreno, de darse una vuelta por el escenario y mirar campos de ruinas y de batallas. Qué resultará de los vagabundeos por el Moscú de 1937, si la forma de moverse del *flâneur* tiene que adaptarse o no al *freeway* de Santa Mónica para alcanzar nuevas visiones, ya se verá. Sólo una cosa es segura: que es preciso entrar de una vez en el lugar en que todo pasa. Entonces se encuentran caminos y rodeos como por sí solos.

Notas

[1] Da una idea notablemente buena de la magnitud de la «empresa de Alexander von Humboldt» la exposición «*Alexander von Humboldt – Netzwerke des Wissens*», celebrada en la Casa de las culturas del mundo de Berlín entre el 6 de junio y el 15 de agosto de 1999; véase el catálogo de igual título, Berlín y Munich 1999. Comp. también Otto Krätz, *Alexander von Humboldt. Wissenschaftler- Weltbürger – Revolutionär*, Munich 2000.

[2] Alexander von Humboldt, *Briefe aus Amerika 1799-1804*, ed. de Ulrike Moheit, Berlín 1993; Alexander von Humboldt, *Südamerikanische Reise. Ideen über Ansichten der Natur*, Berlín 1943; Alexander von Humboldt, *Ansichten der Natur*, ed. de Adolf Meyer-Abich, Stuttgart 1969.

[3] Sobre registro de géneros y modos de trabajo comp. las numerosas biografías, entre otras Adolf Meyer-Abich, *Alexander von Humboldt in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbeck 1967; *Alexander von Humboldt, Über die Freiheit des Menschen. Auf der Suche nach Wahrheit*, ed. de Manfred Osten, Frankfurt a. M. y Leipzig 1999; *Alexander von Humboldt, Werk und Weltgeltung*, ed. de Heinrich Pfeiffer para la Fundación Alexander von Humboldt, Munich 1969; Herbert Scurla, *Alexander von Humboldt. Sein Leben und Wirken*, Berlín 1959; *Alexander von Humboldts Reise durchs Baltikum nach Russland und Sibirien 1829*, ed. y com. de Hanno Beck, Stuttgart 1983; *Alexander von Humboldt, Ansichten der Natur. Ein Blick in Humboldts Lebenswerk*, selec. e intr. de Herbert Scurla, Berlín 1959; Kurt R. Biermann, «Die Gebrüder Humboldt auf der Universität Frankfurt (Oder)», en *Die Oder-Universität Frankfurt. Beiträge zur ihrer Geschichte*, Weimar 1983, págs. 267-273; Halina Nelken, *Alexander von Humboldt. Bildnisse und Künstler. Eine dokumentierte Ikonographie*, Berlín 1980; Alexander von Humboldt, *Werke, Briefe, Selbstzeugnisse*, Hamburgo 1959.

[4] Sobre metamorfosis y transformación del espacio centroeuropeo oriental comp. ensayos en Karl Schlögel, *Promenade in Jalta und andere Städtebilder*, Munich 2001, así como del mismo *Die Mitte liegt ostwärts. Europa im Übergang*, Munich 2002; comp. tb. reportajes y análisis de Timothy Garton Ash, *Ein Jahrhundert wird abgewählt*, Munich 1990, así como del mismo *Zeit der Freiheit. Aus den Zentren von Mitteleuropa*, Munich 1999.

[5] Una excelente representación cartográfica de Manhattan en Paul E. Cohen y Robert T. Augustyn, eds., *Manhattan in Maps 1527-1995*, Nueva York 1997.

[6] Cit. por Derek Gregory, *Geographical Imaginations*, Cambridge, Oxford 1994, pág. 159.

[7] Exposición sumamente pertinente también en cuestión de métodos historiográficos es *11. September 2001. Geschichte eines Terrorangriffs*, ed. de Stefan Aust y Cordt Schnibben, Stuttgart 2002.

[8] De los numerosos análisis nuevos comp. Walter Laqueur, *Krieg dem Westen. Terrorismus im 21.Jahrhundert*, Berlín 2003.

[9] Para una historia impresionante de la comunicación global comp. Peter J. Hugill, *Global Communication Since 1844, Geopolitics and Technology*, Baltimore y Londres 1999.

[10] A. Gillespie y H. Williams, «Telecommunications and the Reconstruction od Regional Comparative Advantage» en *Environment and Planning* A 20, 1317.

[11] Martin Dodge y Rob Kitchin, *Mapping Cyberspace*, Londres y Nueva York 2001, 14.

[12] *Ibid.* pág. 15.

[13] Reinhart Koselleck, *Zeitschichten. Studien zur Historik. Mit einem Beitrag von Hans-Georg Gadamer*, Frankfurt a. M. 2000, 81.

[14] Edward W. Soja, *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres 1989, 1, 2.

[15] Nicolaus Sombart, «Nachrichten aus Ascona. Auf dem Wege zu einer kulturwissenschaftlichen Hermeneutik» en Walter Prigge (ed.), *Städtische Intellektuelle. Urbane Milieus im 20.Jahrhundert*, Frankfurt a. M. 1992, 107-119, aquí 107-108.

[16] *Ibid.*, pág. 108.

[17] Reinhart Koselleck, *Zeitschichten*, 79.

[18] Comp. Derek Gregory, *Geographical Imagination*, 271.

[19] Reinhart Koselleck, *Zeitschichten*, 80.

[20] *Ibid.*

[21] Carl Ritter, «Über das historische Element ind der geographischen Wissenschaft», en *Einleitung zur allgemeinen vergleichendes Geographie und Abhandlungen zur Begründung einer mehr wissenschaftlichen Behandlung der Erdkunde*, Berlín 1852, págs. 152-181, aquí pág. 153.

[22] Carl Ritter, «Über das historische Element in der geographischen Wissenschaft», pág. 181.

[23] Carl Ritter, «Über das historische Element», pág. 153.

[24] Carl Ritter, «Über das historische Element», pág. 165.

[25] Carl Ritter, «Über das historische Element», págs. 168, 171.

[26] Carl Ritter, «Über das historische Element», pág. 176.

[27] Carl Ritter, «Über das historische Element», págs. 188, 189.

[28] Edward Soja, *Postmodern Geographies*, pág. 15.

[29] Anthony Giddens, cit. por Allan Pred, «Context and Bodies in Flux: Some Comments on Space and Time in the Writings of Anthony Giddens», en Anthony Giddens, *Consensus and Controversy*, ed. de Jon Clark et al., Londres 1990, pág. 117.

[30] Anthony Giddens, cit. por Allan Pred, *ibid.*, pág. 117.

[31] Edward Soja, *Postmodern Geographies*, pág. 2.

[32] Edward Soja, *Postmodern Geographies*, pág. 22.

[33] Mechthild Rössler, Sabine Schleiermacher, «Der 'Generalplan Ost' und die 'Modernität' der Grossraumordnung. Eine Einführung», en *Der «Generalplan Ost». Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs- und Vernichtungspolitik*, ed. de Mechthild Rössler y Sabine Scheliermacher con la colaboración de Cordula Tollmien, Berlín 1993, 7. Sobresaliente por su exposición de la representación cartográfica de la remodelación étnica y racial del espacio bajo el dominio nazi en Europa es *Under the Map of Germany. Nationalism and Propaganda* 1918-1945, de Guntram Henrik Herb, Londres y Nueva York 1997.

[34] Respecto a la historia de la disciplina y la reelaboración del papel de la Geopolítica ha aparecido entretanto una amplia literatura. Comp. Peter Schöller, «Wege und Irrwege der Politischen Geographie und Geopolitik (1957)», en *Politische, Geographie*, ed. de Josef Matznatter, Darmstadt 1977, págs. 249-302; Mechthild Rössler, «*Wissenschaft und Lebensraum*». *Geographische Ostforschung im Nationalsozialismus. Ein Beitrag zur Disziplingeschichte der Geographie*, Berlín y Hamburgo 1990; Frank Ebeling, *Geopolitik. Karl Haushofer und seine Raumwissenschaft 1919-1945*, Berlín 1992.

[35] Götz Aly y Susanne Heim, *Vordenker der Vernichtung. Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung*, Hamburgo 1991.

[36] Karl-Georg Faber, «Zur Vorgeschichte der Geopolitik. Staat, Nation und Lebensraum im Denken deutscher Geographen vor 1914», en *Weltpolitik. Europagedanke. Regionalismus. Festschrift für Heinz Gollwitzer zum 60. Geburtstag*, ed. de H. Dollinger *et al.*, Münster 1982, págs. 389-406.

[37] Sobre la ruptura entre la antigua Geopolítica de la época de Weimar y la del nacionalsocialismo, comp. Michael Fahlbusch, «*Wo der Deutsche...ist, ist Deutschland*». *Die Stiftung für deutsche Volks- und Kulturbodenforschung im Leipzig 1920-1933*, Bochum 1994. Respecto a Ratzel, Günther Buttmann, *Friedrich Ratzel, Leben und Werk eines deutschen Geographen*, Stuttgart 1977.

[38] Götz Aly, «*Endlösung*». *Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Frankfurt a. M. 1995.

[39] Sobre el auge de la Geografía en la época de colonialismo e imperialismo, comp. Felix Driver, *Geography Militant. Cultures of Exploration and Empire*, Oxford 2001.

[40] Un bonito ejemplo en que puede ilustrarse continuidad y discontinuidad del dominio alemán en el Este en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial respectivamente es *Das Land Ober Ost. Deutsche Arbeit in der Verwaltungsgebieten Kurland, Litauen und Byalistok-Grodno*, ed. de encargo del Alto Mando del Este, Stuttgart y Berlín, 1917.

[41] Yi-Fu Tuan, *Topohilia. A Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*, Nueva York 1974; del mismo, *Space and Place. The Perspective of Experience*, Mineápolis y Londres 1977; del mismo, *Segmented Worlds and Self*, Mineápolis 1982; del mismo, *Who Am I?* Madison-Wisconsin y Londres 1999; Otto Friedrich Bollnow, *Mensch und Raum*, Stuttgart *et al.*, 8.ª ed., 1997, pág. 27.

[42] Henri Lefebvre, *The Production of Space*, Oxford y Cambridge 1991; Gaston Bachelard, *Poetik des Raumes*, Munich 1960; *La Révolution urbaine*, París 1970.

[43] Aquí, ante todo Marshall Berman, *All That is Solid Melts Into Air: The Experience of Modernity*, Londres 1982; David Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry Into The Origins of Cultural Change*, Cambridge-Mass. 1989; del mismo, «Between Space and Time: Reflections on the Geographical Imagination», en *Annals of the Association of American Geographers*, 80 (1990), págs. 418-434; del mismo *Spaces of Hope*, Berkeley, Los Ángeles 2000; Allan Pred, *Place, Practice and Structure, Social and Spatial Transformation in Southern Sweden: 1750-1850*, Cambridge y Oxford 1986; del mismo, *Lost Words and Lost Worlds: Modernity and the Language of Everyday Life in Late Nineteenth-Century Stockholm*, Cambridge 1990; del mismo, *Making Histories and Constructing Human Geographies*, Boulder 1990; Derek Gregory, *Geographical Imaginations*, Cambridge y Oxford 1994; del mismo *et. al.*, eds., *Human Geography, Society, Space, and Social Science*, Mineápolis 1994; Edward W. Soja, *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres 1989; del mismo, *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Cambridge-Mass. 1996.

[44] Como *urban studies* sólo se destacará aquí: el trabajo fundamental de Jane Jacobs, *The Death and Life of Great American Cities*, Nueva York 1961; Christine Boyer, *The City of Collective*

Memory, Cambridge-Mass. 1996; Dolores Heyden, *The Power of Place: Urban Landscapes as Public History*, Cambridge-Mass. y Londres 1995; Robert Venturi *et al.* (eds.), *Learning from Las Vegas*, Cambridge-Mass. y Londres, 2.ª ed., 2001; Mike Davis, *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*, Nueva York 1990.

[45] Referido sólo al espacio urbano, D. Bell y G. Valentine (eds.), *Mapping Desire. Geographies of Sexualities*, Londres 1995.

[46] Comp. Marc Augé, *Orte und Nicht-Orte. Vorüberlegungen zu einer Ethnologie der Einsamkeit*, Frankfurt a. M. 1994; James Clifford, *Routes. Travel and Translation in the Late Twentieth Century*, Cambridge-Mass. 1997; James S. Duncan, *The City as Text: The Politics of Landscape Interpretation in the Kandyan Kingdom*, Cambridge 1990; Peter J. Taylor y Colin Flint, *Political Geography: World-Economy, Nation-State, and Locality*, Harlow 1996.

[47] Respecto a semiótica y ciencias del arte, Sigfried Giedion, *Space, Time and Architecture*, Cambridge-Mass. 1967; Stephen Kern, *The Culture of Time and Space, 1880-1918*, Cambridge-Mass. 1983; Yuri Lotman, *Universe of the Mind: A Semiotic Theory of Culture*, Londres y Nueva York 1990; Martin Warnke, *Politische Landschaft, Zur Kunstgeschichte der Natur*, Munich y Viena 1992.

[48] En representación de muchos otros, comp. Leonard Lutwack, *The Role of Place in Literature*, Syracuse, Nueva York, 1984; Franco Moretti, *Atlas des europäischen Romans. Wo die Literatur spielte*, Colonia 1999; Vasili Ščukin, *Mif dvorjanskogo gnezda, Geokul'turologičeskoe issledovanie po russkoj klassičeskoj literature*, Cracovia 1997.

[49] Comp. Jürgen Osterhammel, «Die Wiederkehr des Raums: Geographie, Geohistorie und historische Geographie» en *Neue politische Literatur* 43 (1998), págs. 374-395; del mismo, «Raumerfassung und Universalgeschichte im 20.Jahrhundert», en Hübinger, Gangolf *et al.*, eds., *Universalgeschichte und Nationalgeschichten*, Friburgo 1994, págs. 51-70; Charles S. Maier, «Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era», en *American Historical Review*, junio del 2000, págs. 807-831.

[50] Sobre la relación entre ciencias sociales y del espacio, comp. Robin A. Butlin, *Historical Geography: Through the Gates of Space and Time*, Londres 1993; Denis Cosgrove y Stephen Daniels, eds., *The Iconography of Lanscape: Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*, Cambridge 1988; Robert A. Dodgshon, *Society in Time and Space. A Geographical Perspective on Change*, Cambridge 1998; Felix Driver, *Geography Militant, Cultures of Exploration and Empire*, Oxford, Malden-Mass. 2001; Robert Sack, *Conceptions of Space in Social Thought: A Geographic Perspective*, Mineápolis 1980; a destacar, Matthew H. Edney, *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843*, Chicago 1990. En representación de la evolución en la Cartografía, Anne Marie Claire Godlewska, «The Language of Representation», en *Mercator's World*, noviembre-diciembre de 1999, págs. 30-35; J. B. Harley, *The New Nature of Maps, Essays in the History of Cartography*, ed. de Paul Laxton, Baltimore, Londres 2001; Mark Monmonier, *Eins zu einer Million. Die Tricks und Lügen der Kartographen*, Basilea *et al.* 1996; Norman J. W. Thrower, *Maps and Civilization. Cartography in Culture and Society*, Chicago y Londres, 2.ª ed., 1999.

[51] Edward Soja, *Postmodern Geographies*, pág. 4.

[52] *Idem*, pág. 46.

[53] *Idem*, cit. en pág. 43.

[54] *Idem*, pág. 51.

[55] Derek Gregory, *Ideology, Science and Human Geography*, Londres 1978, pág. 57.

[56] Soja, *loc. cit.*, pág. 115.

[57] David Harvey, «The Urban Process under Capitalism», en *International Journal of Urban and Regional Research* 1978, 2, pág. 102.

[58] Soja, *loc. cit.*, pág. 102.

[59] Gaston Bachelard, *Poetik des Raumes*, Munich 1960.

[60] Marc Augé, *Orte und Nicht-Orte. Vorüberlegungen zu einer Ethnologie der Einsamkeit*, Frankfurt a. M. 1994, pág. 46.

[61] Anthony Giddens, *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Cambridge 1984; Pierre Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge 1877.

[62] Augé, *loc. cit.*, pág. 40.

[63] Soja, *loc. cit.*, pág. 102.

[64] Geraóid Ó Tuathail y Simon Dalby (eds.), *Rethinking Geopolitics. Towards a critical geopolitics*, Londres y Nueva York 1998, I; comp. también Geraóid Ó Tuathail, *Critical Geopolitics. The Politics of Writing Global Space*, Mineápolis 1996; Geoffrey Parker, *Geopolitics. Past, Present and Future*, Londres y Washington 1998; Michael Peter Smith, *Transnational Urbanism, Locating Globalization*, Malden, Oxford 2001.

[65] Geraóid Ó Tuathail y Simon Dalby (eds.), *Rethinking Geopolitics*, pág. 2.

[66] Geraóid Ó Tuathail y Simon Dalby (eds.), *Rethinking Geopolitics*, pág. 7.

[67] Cit. en Geraóid Ó Tuathail, *Postmodern Geopolitics*, pág. 25.

[68] Geraóid Ó Tuathail, «Postmodern Geopolitics? The modern geopolitical imagination and beyond», en Geraóid Ó Tuathail y Simon Dalby (eds.), *Rethinking Geopolitics*, pág. 25.

[69] Cit. en Geraóid Ó Tuathail, *Postmodern Geopolitics*, pág. 25.

[70] Timothy W. Luke, «Running Flat», en *Postmodern Geopolitics*, pág. 277

[71] *Ibid.*, pág. 289.

[72] *Ibid.*, págs. 289, 290.

[73] Comp. Geraóid Ó Tuathail, *Postmodern Geopolitics*, pág. 33.

[74] Michel Foucault, «Of Other Spaces», en *Diacritics*, 16 (1986), págs. 22-27.

[75] Homo K. Bhaba, *The Location of Culture*, Londres 1994.

[76] Charles S. Maier, «Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era», en *American Historical Review*, junio de 2000, págs. 807-831, aquí pág. 828.

[77] Norman W. Thrower, *Maps and Civilization. Cartography in Culture and Society*, Chicago y Londres, 2.ª ed. 1999, pág. 67; Vitalis Pantenburg, *Das Porträt der Erde. Geschichte der Kartographie*, Stuttgart 1970. Respecto al desarrollo de los globos terráqueos, comp. Alois Fauser, *Kulturgeschichte des Globus*, Munich 1973; E. P. Karpeev, *Der grosse Gottorfer Globus, Bolschoi gottorpski globus*, San Petersburgo 2000; Lothar Zögner, ed., *Die Welt in Händen, Globus und Karte als Modell von Erde und Raum*, Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Cat. exp. 37, Berlín 1989; Oswald Muris y Gert Saarman, *Der Globus im Wandel der Zeiten. Eine Geschichte der Globen*, Berlín y Beutelsbach bei Stuttgart 1961.

[78] Sigue siendo muy representativo el compendio de Leo Bagrow y R. A. Skelton *Meister der Kartohraphie*, Berlín, 6.ª 1994; John Goss, *Kartenkunst. Die Geschichte der Kartographie*, Braunschweig 1994.

[79] El trabajo clásico sobre la medición de la *Terra Australis* es de Paul Carter, *The Road to Botany Bay: An Essay in Spatial History*, Londres 1987.

[80] Thrower, pág. 85.

[81] Comp. Carter.

[82] Peter Whitefield, *Mapping the World: A History of Exploration*, Londres 2000.

[83] Armin Wolf, «What Can the History of Historical Atlases Teach? Some Lessons from a Century of Putzger's *Historischer Schulatlas*», en *Cartographia* 28 (1991), 2, págs. 21-37.

[84] Mark Monmonier, *Eins zu einer Million. Die Tricks und Lügen der Kartographen*, Basilea *et al.*, 1996, pág. 82; del mismo, «Telegraph, Iconography and the Weather Map: Cartographic Weather Reports by the United States Weather Bureau 1870-1935», en *Imago Mundi: The International Journal for the History of Cartography*, 40 (1988), págs. 15-31.

[85] Jeremy Black, *Maps and History. Constructing Images of the Past*, New Haven y Londres 1997.

[86] Por ser multitud la literatura referente a mapas y atlas, remito a la bibliografía al final del libro.

[87] Derek Gregory, *Geographical Imagination*, Cambridge y Oxford 1994, pág. 54.

[88] Carl Ritter, *Über das historische Element in der geographischen Wissenschaft*, pág. 181.

[89] Heinrich Laube, *Reisenovelle 1834-1837*, cit. por Lothar Zögner, ed., *Carl Ritter in seiner Zeit*, Staatsblibliothek Preussischer Kulturbesitz, Cat. exp. 11, Berlín 1979, pág. 53.

[90] Ed. alemana, Mark Monmonier, *Eins zu einer Million. Die Tricks und Lügen der Kartographen*, Basilea *et al.* 1996, pág. 242. Respecto a la deconstrucción de mapas, comp. la recopilación de artículos de J. B. Harley *The New Nature of Maps, Essays in the History of Cartography*, ed. de Paul Laxton, Baltimore y Londres 2001, en particular «Silences and Secrecy. The Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe», *ibid.*, págs. 84-107.

[91] Comp. Anne Marie Claire Godlewska, «The Language of Representation» en *Mercator's World*, noviembre-diciembre de 1999, págs. 30-35.

[92] Denis Wood, *The Power of Maps*, Nueva York y Londres 1992, pág. 132.

[93] Monmonier, *op. cit.*

[94] Jeremy Black, *Maps and Politics*, más indicaciones en pág. 29.

[95] Monmonier, *op. cit.*, pág. 22.

[96] Monmonier, *op. cit.*, págs. 27 y 29.

[97] Monmonier, *op. cit.*, pág. 33.

[98] Black, *op. cit.*, pág. 29.

[99] Monmonier, *op. cit.*, pág. 31.

[100] Monmonier, *op. cit.*, págs. 37 y 39.

[101] Historias de la cartografía: Thrower, Wood, Black *et. al.*

[102] Black, *op. cit.*, pág. 11.

[103] Monmonier, *op. cit.*, pág. 45.

[104] Monmonier, *op. cit.*, pág. 45.

[105] Black, *op. cit.*, pág. 104.

[106] Monmonier, *op. cit.*, pág. 56.

[107] Monmonier, *op. cit.*, pág. 58.

[108] Monmonier, *op. cit.*, pág. 64.

[109] Para una crítica de las «fronteras naturales» como ideología, Hans Dietrich Schulz, «Deutschlands 'natürliche' Grenzen. 'Mittellage' und 'Mitteleuropa' in der Diskussion der Geographen seit dem Beginn des 19.Jahrhunderts», en *Geschichte und Gesellschaft* 15 (1989), págs. 248-281.

[110] Tomado de *Skizzen aus Litauen, Weissrussland und Kurland.* De Hermann Struck y Herbert Eulenberg. Con 60 litografías. En la imprenta del Alto Mando del Este, ed. de Georg Stilke, Librería de S. R. e I. M. el príncipe heredero, Berlín NW.7, 1916.

[111] Mapa de Sarajevo: Sudada Kapich, Ozren Pavlovich, Drago Resner, Nihad Kresevliacovich, Emir Kasumagich, Sarajevo 1996.

[112] *Terrainlehre*, pág. 1.

[113] Max Eckert-Greifendorff, *Kartographie. Ihre Aufgaben und Bedeutung für die Kultur der Gegenwart*, Berlín 1939, pág. 335.

[114] Yves Lacoste, *Geographie und politisches Handeln. Perspektiven einer neuen Geopolitik*, Berlín 1990.

[115] Comp. Susan Ludman-Bliebe, «Room-Service! The Map Division at 42nd Street and Fifth Avenue Serves New York's Throngs», en *Mercator's World*, septiembre y octubre de 1999.

[116] Respecto a Moltke, comp. también Lothar Zögner, ed., *Carl Ritter in seiner Zeit*, Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Cat. exp. 11, Berlín 1979.

[117] Eckert-Greifendorff, *loc. cit.*, pág. 327.

[118] Conversación con el profesor Dr. István Klinghammer, Budapest, enero de 2001.

[119] Eckert-Greifendorff, *loc. cit.*, pág. 327.

[120] Hechos y citas tomados de *Hidden History of the Kovno Guetto*, publicado por el United States Holocaust Memorial Museum con ocasión de la exposición del mismo título por él organizada en Washington DC, del 21 de noviembre de 1997 al 3 de octubre de1999. Los mapas citados y descritos en el texto se encuentran en las págs. 14, 59, 86, 94, 131, 151-154, 198 y 226.

[121] Abraham Tory, *Surviving the Holocaust: The Kovno Ghetto Diary*, trad. del hebreo por Jerzy Michalowicz, Cambridge-Mass. 1990.

[122] Accesible en reimpresión de la edición de 1938, con prólogo de Susanne Urban-Fahr, Bodenheim bei Mainz, o.J.

[123] Nadie lo ha expuesto más convincentemente que Susan Buck-Morss en su gran estudio *The Dialectics of Seeing. Walter Benjamin and the Arcade Project*, Cambridge-Mass., 1991. En lo que se refiere al puesto cultural y arquitectónico de los *Pasajes*, sigue insuperado J. F. Geist, *Passagen. Ein Bautyp des 19.Jahrhunderts*, Munich 1979.

[124] Carta de 26 de enero de 1936, cit. de Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften*, vol. V, 2, *Das Passagen-Werk*, ed. de Rolf Tiedemann, Frankfurt a. M. 1982, pág. 1151.

[125] Más detalles sobre la historia de su salvación en la nota editorial de Rolf Tiedemann a los Pasajes, *loc. cit.*, V, 2, pág. 1007 y ss.

[126] Datos biográficos tomados de Willen van Reijen y Herman van Doorn, *Aufenthalte und Passagen. Leben und Werk Walter Benjamins. Eine Chronik*, Frankfurt a. M. 2001.

[127] Rolf Tiedemann, *loc. cit.*, pág. 31.

[128] *Cit. ibid.*

[129] *Ibid.*, pág. 31.

[130] Benjamin, *Passagen-Werk*, pág. 595.

[131] *Ibid.*, pág. 1045.

[132] *Ibid.*, pág. 1099.

[133] *Ibid.*, pág. 1098.

[134] *Ibid.*, pág. 1100.

[135] *Ibid.*, pág. 1102.

[136] *Ibid.*, pág. 1126.

[137] *Ibid.*, pág. 1152.

[138] *Ibid.*, pág. 1153.

[139] *Ibid.*, págs. 1058-1059.

[140] *Ibid.*, pág. 580.

[141] *Ibid.*, pág. 1142.

[142] *Ibid.*, pág. 574.

[143] *Ibid.*, pág. 1083.

[144] *Ibid.*, pág. 1090, carta a Scholem de 15 de marzo de 1929.

[145] Walter Benjamin, *Berliner Kindheit um Neunzehnhundert*, pág. 131

[146] Walter Benjamin, *Einbahnstrasse*, Frankfurt a. M. 1988, págs. 16 y 17.

[147] Benjamin, *Berliner Kindheit*, págs. 9 y 10.

[148] Walter Benjamin, «Die Wiederkehr des Flaneurs», en Franz Hessel, *Ein Flaneur in Berlin*, Berlín 1984, págs. 277-281, aquí pág. 278.

[149] Walter Benjamin, *Moskauer Tagebuch*, Frankfurt a. M. 1980, págs. 36 y 37.

[150] Sobre formación de fronteras y representaciones de la frontera en la Edad Media comp. Guy P. Marchal, ed., *Grenzen und Raumvorstellungen* (11.-20.Jh.), Zurich 1996.

[151] Georg Simmel, «Soziologie des Raumes», en *Schriften zur Soziologie*, Frankfurt a. M. 1983, págs. 221-242.

[152] Alexander Kulischer, *Kriegs- und Wanderungszüge. Weltgeschichte als Völkerbewegung*, Berlín y Leipzig 1932.

[153] Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History*, Nueva York 1996, comp. también Martin Ridge, *Atlas of American Frontiers*, Chiacago *et al.*, 1993.

[154] Michel Foucher, *Front et frontières. Un tour du monde géopolitique*, París 1998.

[155] Turner, *loc. cit.*, págs. 3 y 4.

[156] *Ibid.*, pág. 52.

[157] Reinhart Koselleck, *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Frankfurt a. M. 2000, pág. 82.

[158] Anatol Johansen, «Mutter Erde, hautnah. Die Raumfähre 'Endeavour' soll die Erde mit bisher unerreichter Präzision vermessen», en *Die Zeit*, 5 de enero de 2000, pág. 24.

[159] Sobre historia de la cartografía, Denis Cosgrove, *Mappings*, Londres 1999, bibliografía en págs. 301-303; Catherin Delano Smitz, «The Emergence of 'Maps' in European Rock Art: a Prehistoric Preoccupation With Place», en *Imago Mundi: The International Journal for History of Cartography*, 34 (1982), págs. 9-25; John Goss, *Kartenkunst. Die Geschichte der Kartographie*, Braunschweig 1994; Vitalis Pantenburg, *Das Porträt der Erde. Geschichte der Kartographie*, Stuttgart 1970; David Turnbull, «Cartography and Science in Early Modern Europe: Mapping the Construction of Knowledge Spaces», en *Imago Mundi: The International Journal for History of Cartography*, 48 (1996), págs. 5-24; Lothar Zögner, ed., *Von Ptolemaeus bis Humboldt, Kartenschätz der Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Ausstellung zum 125jährigen Jubiläum der Kartenabteilung*, Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Cat. exp. 24, Berlín 1985; del mismo, ed., *Die Welt in Händen, Globus und Karte als Modell von Erde und Raum*, Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Cat. exp. 37, Berlín 1989.

[160] Mi exposición sigue a Norman J. W. Thrower, *Maps and Civilization. Cartography in Culture and Society*, Chicago y Londres 2.ª ed. 1999, aquí págs. 3 y 14.

[161] Thrower, *loc. cit.* pág. 47; comp. también Jeremy Black, *Maps and History. Constructing Images of the Past*, New Haven y Londres 1997.

[162] Charles H. Hapgood, *Die Weltkarten der alten Seefahrer*, Frankfurt a. M. 2002; Kenneth Nebenzahl, *Atlas of Columbus and the Great Discoveries*, Chicago *et al.* 1990.

[163] Sobre poder y cartografía, Denis Wood, *The Power of Maps*, Nueva York y Londres 1992; D. Buisseret, ed., *Monarchs, Ministers and Maps: The Emergence of Cartography as a Tool of Government in Early Modern Europe*, Chicago 1992; Jeremy Black, *Maps and Politics*, Londres 1997.

[164] Sigo en todo a Norman J. W. Thrower, *Maps and Civilization. Cartography in Culture and Society*, Chicago y Londres, 2.ª ed. 1999, aquí págs. 19 y 20; comp. las secciones pertinentes en John Noble Wilford, *The Mapmakers, The Story of the Great Pioneers in Cartography – From Antiquity to the Space Age*, Nueva York 2000; asimismo las colaboraciones pertinentes en Denis Cosgrove, *Mappings*, Londres 1999, sobre todo Christian Jacob, «Mapping in the Mind: The Earth fron Ancient Alexandria», págs. 24-49; Alessandro Scafi, «Mapping Eden: Cartographies of the Earthly Paradise», págs. 50-70; Jerry Brotton, «Terrestrial Globalism: Mapping the Globe in Early Modern Europe», págs. 71-89.

[165] Thrower, *op. cit.*, pág. 20.

[166] Thrower, *op. cit.*, pág. 23.

[167] Thrower, *op. cit.*, pág. 24.

[168] Thrower, *op. cit.*, pág. 26.

[169] Cit. por John Goss, *Kartenkunst. Die Geschichte der Kartographie*, Braunschweig 1994, pág. 34.

[170] Thrower, *op. cit.*, pág. 20.

[171] Goss, *op. cit.*, pág. 126.

[172] Norman J. W. Thrower, *Maps and Civilization. Cartography in Culture and Society*, Chicago y Londres, 2.ª ed. 1999, pág. 56.

[173] John Goss, *Kartenkunst. Die Geschichte der Kartographie*, Braunschweig 1994, pág. 40.

[174] *Ibid.*, pág. 41.

[175] Thrower, *loc. cit.*, pág. 64.

[176] *Ibid.*, págs. 67 y 69.

[177] Cit. *ibid.*, pág. 77.

[178] *Ibid.*, pág. 90.

[179] Cit. por Norman J. W. Thrower, *op. cit.*, pág. 110. «*So Geographers, in Africa-maps, / With savage-pictures fill their gaps, / And other unhabitable downs / Place elephants for want of towns*».

[180] Vitalis Pantenburg, *op. cit.*, pág. 843.

[181] John Goss, *op. cit.*, pág. 172.

[182] Tomado de Louis Marin, «Les vois de la carte», en *Cartes et Figure de la Terre*, Centre Georges Pompidou. Centre de Création Industrielle, Catalogue 1980, págs. 47-54, aquí pág. 52.

[183] Goss, *loc. cit.*, pág. 191.

[184] *Ibid.*, pág. 194.
[185] Cit. *ibid.*, pág. 199.
[186] *Ibid.*, págs. 186 y 187.
[187] *Ibid.*, págs. 191 y 193.
[188] *Ibid.*
[189] *Ibid.*, págs. 180-182.
[190] *Ibid.*, págs. 184 y 185.
[191] Louis Marin, *loc. cit.*, pág. 50.
[192] J. B. Jackson, *A Sense of Place, a Sense of Time*, New Haven y Londres 1994, pág. 153.
[193] D. W. Meining, *The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History*, vol. 1, New Haven y Londres 1986, pág. 407.
[194] Cit. en Meining, *op. cit.*, vol. 2, América continental, 1800-1867, pág. 219.
[195] *Ibid.*, pág. 431.
[196] *Ibid.*, pág. 389.
[197] *Idem, op. cit.* vol. 1, págs. 391 y 392.
[198] Robert David Sack, *Human Territoriality, Its Theory and History*, Cambridge 1986, pág. 131.
[199] *Ibid.*, pág. 132.
[200] *Ibid.*, pág. 130.
[201] *Ibid.*, pág. 131.
[202] Meinig, *op. cit.*, 1, pág. 393.
[203] Sack, *loc. cit.*, pág. 150.
[204] Meinig, *op. cit.*, 2, pág. 433.
[205] *Ibid.*, pág. 443.
[206] *Ibid.*, pág. 445.
[207] *Idem, op. cit.*, 1, pág. 385.
[208] *Ibid.*, pág. 409.
[209] *Ibid.*, pág. 412.
[210] *Ibid.*, pág. 413.
[211] Matthew H. Edney, *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843*, Chicago 1990, pág. 340; comp. también una exposición divulgativa de la medición de la India en John Keay, *The Great Arc. The Dramatic Tale of How India Was Mapped and Everest Was Named*, Londres 2000.
[212] Junto al trabajo de Edney, el de Paul Carter *The Road of Botany Bay: An Essay in Spatial History*, Londres 1987.
[213] Edney, *op. cit.*, pág. 2.
[214] *Ibid.*, pág. 325.
[215] *Ibid.*, pág. 9.
[216] *Ibid.*, págs. 15 y 16.
[217] *Ibid.*, pág. 197.
[218] *Ibid.*, pág. 37.
[219] *Ibid.*, pág. 331.
[220] *Ibid.*, págs. 319 y 320. Una extensa bibliografía que incluye cartografía poscolonial en Felix Driver, *Geography Militant. Cultures of Exploration and Empire*, Oxford 2001, págs. 223-248.

[221] Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalismus*, Londres 1983.
[222] Armin Wolf, «What Can the History of Historical Atlases Teach? Some Lessons from a Century of Putzger's Historischer Schulatlas», en *Cartographia*, 28 (1991), 2, págs. 21-37; Jeremy Black, *Maps and Politics*, Londres 1997; Jeremy Black, *Maps and History. Constructing Images og the Past*, New Haven y Londres 1997. Respecto a las diversas ediciones de atlas históricos de Putzger, Alfred Baldamus *et al.*, eds., F. W. Putzgers, *Historischer Schul-Atlas zur alten, mittleren und neuen Geschichte*, Bielefeld y Leipzig, 36.ª ed., Leipzig 1913; del mismo, F. W. Putzgers, *Historischer Schul-Atlas, Mittlere Ausgabe mit besondere Berücksichtigung der Geopolitik, Wirtschafts- und Kulturgeschichte*, Bielefeld y Leipzig, 3.ª ed., 1930; F. W. Putzgers, *Historischer Welatlas*, Berlín 102.ª ed., 1995.
[223] Sería interesante sostener alguna vez frente a esa conjunción la trinidad nación-territorio-Estado como hace Hanna Arendt; comp. Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*, Munich 1986, pág. 366, en particular págs. 373 y ss.
[224] Franz Braun y A. Hillen Ziegfeld, *Geopolitischer Geschichtsatlas*, Dresde 1934, Introducción.
[225] Guntram Henrik Herb, *Under the Map of Germany, Nationalism und Propaganda 1918-1945*, Londres y Nueva York 1997, pág. 134.
[226] Por ejemplo, *Europa und der Osten*, ed. de los directores generales Hans Hagemeyer y Dr. Georg Leibbrandt, Munich 1943.
[227] Herb, *op. cit.*, pág. 145.
[228] Comp. Wolf, *loc. cit.*, págs. 32 y 33.
[229] Karl Marx y Friedrich Engels, *Ausgewählte Schriften in zwei Bänden*, Berlín 1968, vol. 1, págs. 29- 31; comp. además David Harvey, «The geography of the Manifesto», en David Harvey, *Spaces of Hope*, Berkeley-Los Ángeles 2000, págs. 21-40.
[230] Carl Ritter, «Über das historische Element ind der geographischen Wissenschaft», en *Einleitung zur allgemeinen vergleichendes Geographie und Abhandlungen zur Begründung einer mehr wissenschaftlichen Behandlung der Erdkunde*, Berlín 1852, págs. 152-181, aquí pág. 168 [véase «Atrofia espacial», ns. 13 y ss.]
[231] *Ibid.*, págs. 168, 173 y 176.
[232] *Ibid.*, pág. 177.
[233] Historias destacadas de la socialización global son las de Peter J. Hugill, *World Trade Since 1431: Geography, Technology and Capitalism*, Baltimore 1993; sobre todo, del mismo, *Global Communications Since 1844, Geopolitics and Techology*, Baltimore y Londres 1999; comp. también Wolfgang Zorn, «Verdichtung und Beschleunigung des Verkehrs als Beitrag zur Entwicklung der 'modernen Welt'», en Reinhart Koselleck, ed., *Studien zum Beginn der modernen Welt*, Stuttgart 1977, págs. 115-134.
[234] Max Eckert-Greifendorff, *Kartographie. Ihre Aufgaben und Bedeutung für die Kultur der Gegenwart*, Berlín 1939, pág. 299.
[235] *Ibid.*, pág. 299.
[236] Herman Haack, ed., *Haack Atlas Weltmeere*, Gotha 1989, pág. 36 y ss.
[237] Un ambicioso intento de cartografía de la globalización en *Le Monde diplomatique. Atlas der Globalisierung*, Berlín 2003.

[130] Benjamin, *Passagen-Werk*, pág. 595.

[131] *Ibid.*, pág. 1045.

[132] *Ibid.*, pág. 1099.

[133] *Ibid.*, pág. 1098.

[134] *Ibid.*, pág. 1100.

[135] *Ibid.*, pág. 1102.

[136] *Ibid.*, pág. 1126.

[137] *Ibid.*, pág. 1152.

[138] *Ibid.*, pág. 1153.

[139] *Ibid.*, págs. 1058-1059.

[140] *Ibid.*, pág. 580.

[141] *Ibid.*, pág. 1142.

[142] *Ibid.*, pág. 574.

[143] *Ibid.*, pág. 1083.

[144] *Ibid.*, pág. 1090, carta a Scholem de 15 de marzo de 1929.

[145] Walter Benjamin, *Berliner Kindheit um Neunzehnhundert*, pág. 131

[146] Walter Benjamin, *Einbahnstrasse*, Frankfurt a. M. 1988, págs. 16 y 17.

[147] Benjamin, *Berliner Kindheit*, págs. 9 y 10.

[148] Walter Benjamin, «Die Wiederkehr des Flaneurs», en Franz Hessel, *Ein Flaneur in Berlin*, Berlín 1984, págs. 277-281, aquí pág. 278.

[149] Walter Benjamin, *Moskauer Tagebuch*, Frankfurt a. M. 1980, págs. 36 y 37.

[150] Sobre formación de fronteras y representaciones de la frontera en la Edad Media comp. Guy P. Marchal, ed., *Grenzen und Raumvorstellungen* (11.-20.Jh.), Zurich 1996.

[151] Georg Simmel, «Soziologie des Raumes», en *Schriften zur Soziologie*, Frankfurt a. M. 1983, págs. 221-242.

[152] Alexander Kulischer, *Kriegs- und Wanderungszüge. Weltgeschichte als Völkerbewegung*, Berlín y Leipzig 1932.

[153] Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History*, Nueva York 1996, comp. también Martin Ridge, *Atlas of American Frontiers*, Chiacago *et al.*, 1993.

[154] Michel Foucher, *Front et frontières. Un tour du monde géopolitique*, París 1998.

[155] Turner, *loc. cit.*, págs. 3 y 4.

[156] *Ibid.*, pág. 52.

[157] Reinhart Koselleck, *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Frankfurt a. M. 2000, pág. 82.

[158] Anatol Johansen, «Mutter Erde, hautnah. Die Raumfähre 'Endeavour' soll die Erde mit bisher unerreichter Präzision vermessen», en *Die Zeit*, 5 de enero de 2000, pág. 24.

[159] Sobre historia de la cartografía, Denis Cosgrove, *Mappings*, Londres 1999, bibliografía en págs. 301-303; Catherin Delano Smitz, «The Emergence of 'Maps' in European Rock Art: a Prehistoric Preoccupation With Place», en *Imago Mundi: The International Journal for History of Cartography*, 34 (1982), págs. 9-25; John Goss, *Kartenkunst. Die Geschichte der Kartographie*, Braunschweig 1994; Vitalis Pantenburg, *Das Porträt der Erde. Geschichte der Kartographie*, Stuttgart 1970; David Turnbull, «Cartography and Science in Early Modern Europe: Mapping the Construction of Knowledge Spaces», en *Imago Mundi: The International Journal for History of Cartography*, 48 (1996), págs. 5-24; Lothar Zögner, ed., *Von Ptolemaeus bis Humboldt, Kartenschätz der Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Ausstellung zum 125jährigen Jubiläum der Kartenabteilung*, Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Cat. exp. 24, Berlín 1985; del mismo, ed., *Die Welt in Händen, Globus und Karte als Modell von Erde und Raum*, Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Cat. exp. 37, Berlín 1989.

[160] Mi exposición sigue a Norman J. W. Thrower, *Maps and Civilization. Cartography in Culture and Society*, Chicago y Londres 2.ª ed. 1999, aquí págs. 3 y 14.

[161] Thrower, *loc. cit.* pág. 47; comp. también Jeremy Black, *Maps and History. Constructing Images of the Past*, New Haven y Londres 1997.

[162] Charles H. Hapgood, *Die Weltkarten der alten Seefahrer*, Frankfurt a. M. 2002; Kenneth Nebenzahl, *Atlas of Columbus and the Great Discoveries*, Chicago *et al.* 1990.

[163] Sobre poder y cartografía, Denis Wood, *The Power of Maps*, Nueva York y Londres 1992; D. Buisseret, ed., *Monarchs, Ministers and Maps: The Emergence of Cartography as a Tool of Government in Early Modern Europe*, Chicago 1992; Jeremy Black, *Maps and Politics*, Londres 1997.

[164] Sigo en todo a Norman J. W. Thrower, *Maps and Civilization. Cartography in Culture and Society*, Chicago y Londres, 2.ª ed. 1999, aquí págs. 19 y 20; comp. las secciones pertinentes en John Noble Wilford, *The Mapmakers, The Story of the Great Pioneers in Cartography – From Antiquity to the Space Age*, Nueva York 2000; asimismo las colaboraciones pertinentes en Denis Cosgrove, *Mappings*, Londres 1999, sobre todo Christian Jacob, «Mapping in the Mind: The Earth fron Ancient Alexandria», págs. 24-49; Alessandro Scafi, «Mapping Eden: Cartographies of the Earthly Paradise», págs. 50-70; Jerry Brotton, «Terrestrial Globalism: Mapping the Globe in Early Modern Europe», págs. 71-89.

[165] Thrower, *op. cit.*, pág. 20.

[166] Thrower, *op. cit.*, pág. 23.

[167] Thrower, *op. cit.*, pág. 24.

[168] Thrower, *op. cit.*, pág. 26.

[169] Cit. por John Goss, *Kartenkunst. Die Geschichte der Kartographie*, Braunschweig 1994, pág. 34.

[170] Thrower, *op. cit.*, pág. 20.

[171] Goss, *op. cit.*, pág. 126.

[172] Norman J. W. Thrower, *Maps and Civilization. Cartography in Culture and Society*, Chicago y Londres, 2.ª ed. 1999, pág. 56.

[173] John Goss, *Kartenkunst. Die Geschichte der Kartographie*, Braunschweig 1994, pág. 40.

[174] *Ibid.*, pág. 41.

[175] Thrower, *loc. cit.*, pág. 64.

[176] *Ibid.*, págs. 67 y 69.

[177] Cit. *ibid.*, pág. 77.

[178] *Ibid.*, pág. 90.

[179] Cit. por Norman J. W. Thrower, *op. cit.*, pág. 110. «*So Geographers, in Africa-maps, / With savage-pictures fill their gaps, / And other unhabitable downs / Place elephants for want of towns*».

[180] Vitalis Pantenburg, *op. cit.*, pág. 843.

[181] John Goss, *op. cit.*, pág. 172.

[182] Tomado de Louis Marin, «Les vois de la carte», en *Cartes et Figure de la Terre*, Centre Georges Pompidou. Centre de Création Industrielle, Catalogue 1980, págs. 47-54, aquí pág. 52.

[183] Goss, *loc. cit.*, pág. 191.

[184] *Ibid.*, pág. 194.
[185] Cit. *ibid.*, pág. 199.
[186] *Ibid.*, págs. 186 y 187.
[187] *Ibid.*, págs. 191 y 193.
[188] *Ibid.*
[189] *Ibid.*, págs. 180-182.
[190] *Ibid.*, págs. 184 y 185.
[191] Louis Marin, *loc. cit.*, pág. 50.
[192] J. B. Jackson, *A Sense of Place, a Sense of Time*, New Haven y Londres 1994, pág. 153.
[193] D. W. Meining, *The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History*, vol. 1, New Haven y Londres 1986, pág. 407.
[194] Cit. en Meining, *op. cit.*, vol. 2, América continental, 1800-1867, pág. 219.
[195] *Ibid.*, pág. 431.
[196] *Ibid.*, pág. 389.
[197] *Idem, op. cit.* vol. 1, págs. 391 y 392.
[198] Robert David Sack, *Human Territoriality, Its Theory and History*, Cambridge 1986, pág. 131.
[199] *Ibid.*, pág. 132.
[200] *Ibid.*, pág. 130.
[201] *Ibid.*, pág. 131.
[202] Meinig, *op. cit.*, 1, pág. 393.
[203] Sack, *loc. cit.*, pág. 150.
[204] Meinig, *op. cit.*, 2, pág. 433.
[205] *Ibid.*, pág. 443.
[206] *Ibid.*, pág. 445.
[207] *Idem, op. cit.*, 1, pág. 385.
[208] *Ibid.*, pág. 409.
[209] *Ibid.*, pág. 412.
[210] *Ibid.*, pág. 413.
[211] Matthew H. Edney, *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843*, Chicago 1990, pág. 340; comp. también una exposición divulgativa de la medición de la India en John Keay, *The Great Arc. The Dramatic Tale of How India Was Mapped and Everest Was Named*, Londres 2000.
[212] Junto al trabajo de Edney, el de Paul Carter *The Road of Botany Bay: An Essay in Spatial History*, Londres 1987.
[213] Edney, *op. cit.*, pág. 2.
[214] *Ibid.*, pág. 325.
[215] *Ibid.*, pág. 9.
[216] *Ibid.*, págs. 15 y 16.
[217] *Ibid.*, pág. 197.
[218] *Ibid.*, pág. 37.
[219] *Ibid.*, pág. 331.
[220] *Ibid.*, págs. 319 y 320. Una extensa bibliografía que incluye cartografía poscolonial en Felix Driver, *Geography Militant. Cultures of Exploration and Empire*, Oxford 2001, págs. 223-248.

[221] Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalismus*, Londres 1983.
[222] Armin Wolf, «What Can the History of Historical Atlases Teach? Some Lessons from a Century of Putzger's Historischer Schulatlas», en *Cartographia*, 28 (1991), 2, págs. 21-37; Jeremy Black, *Maps and Politics*, Londres 1997; Jeremy Black, *Maps and History. Constructing Images og the Past*, New Haven y Londres 1997. Respecto a las diversas ediciones de atlas históricos de Putzger, Alfred Baldamus *et al.*, eds., F. W. Putzgers, *Historischer Schul-Atlas zur alten, mittleren und neuen Geschichte*, Bielefeld y Leipzig, 36.ª ed., Leipzig 1913; del mismo, F. W. Putzgers, *Historischer Schul-Atlas, Mittlere Ausgabe mit besondere Berücksichtigung der Geopolitik, Wirtschafts- und Kulturgeschichte*, Bielefeld y Leipzig, 3.ª ed., 1930; F. W. Putzgers, *Historischer Welatlas*, Berlín 102.ª ed., 1995.
[223] Sería interesante sostener alguna vez frente a esa conjunción la trinidad nación-territorio-Estado como hace Hanna Arendt; comp. Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*, Munich 1986, pág. 366, en particular págs. 373 y ss.
[224] Franz Braun y A. Hillen Ziegfeld, *Geopolitischer Geschichtsatlas*, Dresde 1934, Introducción.
[225] Guntram Henrik Herb, *Under the Map of Germany, Nationalism und Propaganda 1918-1945*, Londres y Nueva York 1997, pág. 134.
[226] Por ejemplo, *Europa und der Osten*, ed. de los directores generales Hans Hagemeyer y Dr. Georg Leibbrandt, Munich 1943.
[227] Herb, *op. cit.*, pág. 145.
[228] Comp. Wolf, *loc. cit.*, págs. 32 y 33.
[229] Karl Marx y Friedrich Engels, *Ausgewählte Schriften in zwei Bänden*, Berlín 1968, vol. 1, págs. 29- 31; comp. además David Harvey, «The geography of the Manifesto», en David Harvey, *Spaces of Hope*, Berkeley-Los Ángeles 2000, págs. 21-40.
[230] Carl Ritter, «Über das historische Element ind der geographischen Wissenschaft», en *Einleitung zur allgemeinen vergleichendes Geographie und Abhandlungen zur Begründung einer mehr wissenschaftlichen Behandlung der Erdkunde*, Berlín 1852, págs. 152-181, aquí pág. 168 [véase «Atrofia espacial», ns. 13 y ss.]
[231] *Ibid.*, págs. 168, 173 y 176.
[232] *Ibid.*, pág. 177.
[233] Historias destacadas de la socialización global son las de Peter J. Hugill, *World Trade Since 1431: Geography, Technology and Capitalism*, Baltimore 1993; sobre todo, del mismo, *Global Communications Since 1844, Geopolitics and Techology*, Baltimore y Londres 1999; comp. también Wolfgang Zorn, «Verdichtung und Beschleunigung des Verkehrs als Beitrag zur Entwicklung der 'modernen Welt'», en Reinhart Koselleck, ed., *Studien zum Beginn der modernen Welt*, Stuttgart 1977, págs. 115-134.
[234] Max Eckert-Greifendorff, *Kartographie. Ihre Aufgaben und Bedeutung für die Kultur der Gegenwart*, Berlín 1939, pág. 299.
[235] *Ibid.*, pág. 299.
[236] Herman Haack, ed., *Haack Atlas Weltmeere*, Gotha 1989, pág. 36 y ss.
[237] Un ambicioso intento de cartografía de la globalización en *Le Monde diplomatique. Atlas der Globalisierung*, Berlín 2003.

[238] John Goss, *Kartenkunst. Die Geschichte der Kartographie*, Braunschweig 1994, pág. 225.

[239] *Ibid.*, págs. 225 y 227.

[240] Max Eckert-Greifendorff, *Kartographie. Ihre Aufgaben und Bedeutung für die Kultur der Gegenwart*, Berlín 1939, pág. 28.

[241] Lothar Zögner, ed., *Carl Ritter in seiner Zeit*, Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Cat. exp. II, Berlín 1979, pág. 32.

[242] Goss, *loc. cit.*, pág. 344.

[243] Eckert-Greifendorff, *loc. cit.*, pág. 30.

[244] Cit. en Svetlana Alpers, *Kunst als Beschreibung. Holländische Malerei des 17.Jahrhunderts*, *Kartographie und Malerei in Holland*, Colonia 1985, pág. 273.

[245] Paul Carter, *The Road of Botany Bay: An Essay in Spatial History*, Londres 1987, aquí tomado de Peter Jackson, *Maps of Meaning*, 168 y 169; un estudio más reciente en Paul Carter, «Dark with Excess of Bright: Mapping the Coastlines of Knowledge», en Denis Cosgrove, ed., *Mappings*, Londres 1999, págs. 125-147.

[246] Sándor Radó, *Dora meldet*, Berlín 1974, pág. 152.

[247] *Ibid.*, pág. 155.

[248] *Ibid.*, pág. 422.

[249] Hay recuerdos de discípulos y colegas reunidos en *Földrajzi Közlemények, Societas Geographica Hungarica*, ed., CXII/XLVI (1998), nrs.3-4. Mi agradecimiento por su ayuda en la traducción a Anna Gara-Bak, Berlín.

[250] Conversación con el profesor Dr. István Klinghammer, Budapest, enero de 2001.

[251] Radó, *loc. cit.*, pág. 326.

[252] *Ibid.*, pág. 164.

[253] *Ibid.*, pág. 347.

[254] *Ibid.*, pág. 353.

[255] *Ibid.*, pág. 22.

[256] *Führer durch die Sowjetunion. Gesamtausgabe. Bearbeitet von A.Radó. Hg. von der Gesellschaft für Kulturverbindung der Sowjetunion mit dem Auslande*, Berlín 1928.

[257] Max Eckert-Greifendorff, *Kartographie. Ihre Aufgaben und Bedeutung für die Kultur der Gegenwart*, Berlín 1939, pág. 340.

[258] Alexander Radó, *Atlas für Politik, Witrschaft, Arbeiterbewegung, I. Der Imperialismus. Vorwort von Th.Rothstein*, Viena y Berlín 1930.

[259] *The Atlas of To-Day and To-Morrow*, Londres 1938.

[260] Radó, *loc. cit.*, pág. 87. Hay una interesante experiencia análoga de vuelo a Moscú en las memorias del traductor de Ribbentrop, Paul Schmidt. Voló el 22 de agosto en un Cóndor 200 de cuatro motores desde Berlín por Königsberg a Moscú. También ahí aparecen la lectura cartográfica desde el aire y la iconografía del paisaje, el paso de lo alemán a lo ruso:

«Tras una noche en vela, a la mañana siguiente a las 7 seguimos viaje hacia Moscú, volando sobre las interminables llanuras rusas con sus bosques gigantescos, las aldeas dispersas a grandes distancias y alguna que otra alquería, en cuyos oscuros tejados de paja se podía reconocer apenas sobrevolada la frontera que aquello ya no era Alemania, donde las tejas rojas resaltaban sobre campos verdes bien cuidados. También las líneas férreas, el medio de orientación de los pasajeros con mapa, aparecen desde arriba distintas en Rusia y

en Alemania. A causa de la diferente cimentación se dibujan en el paisaje como rayas blancas en vez de negras». Paul Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne, 1923-1945*, Bonn 1949, págs. 449 y 450.

[261] Allí encontró a otro geógrafo de orientación marxista, Karl August Wittfogel, «Geopolitik, geographischer Materialismus und Marxismus», en *Unter der Banner des Marxismus* 3 (1929), págs. 17-51, 485-522, 698-735. Otros trabajos geopolíticos conocidos de la izquierda son Georg E. Graf, *Die Landkarte Europas gestern und heute*, Berlín 1919; del mismo, *Geographie und materialistische Geschichtsauffassung. Der lebendige Marxismus*, Jena 1924; James F. Horrabin, *Grundriß der Wirtschaftsgeographie*, Viena y Berlín 1926.

[262] Radó, *loc. cit.*, pág. 97.

[263] *Welthandbuch (...) bearbeitet von Sándor Radó*, Budapest 1962.

[264] Sobre la Internacional geopolítica, comp. la sección pertinente en «Raum als Schicksal. Die Internationale der Geopolitik», en Karl Schlögel, *Berlin Ostbanhof Europas. Russen und Deutsche in ihrem Jahrhundert*, Berlín 1998, págs. 255-272.

[265] Al respecto, Peter Jackson, *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*, Londres 1989; Peter Jackson y Jan Penrose, eds., *Constructions of Race, Place and Nation*, Londres 1993; sobre *mental maps* en general, comp. Christoph Conrad, ed., «Mental Maps» (= *Geschichte und Gesellschaft*, 28, 2002, 3).

[266] Sobre espacios de memoria, Aleida Assmann, *Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*, Munich 1999.

[267] D. Bell y G. Valentine, eds., *Mapping Desire. Geographies of Sexualities*, Londres 1995; S. Adler y S. J. Brenner, «Gender ans Space: Lesbians and Gay Men in the City», en *International Journal or Urban and Regional Research*, 16 (1992), págs. 24-34; David M. Smith, *Moral Geographies. Thics in a World od Difference*, Edimburgo 2000.

[268] Matti Bunzl, «The Prague Experience: Gay Male Sex Tourism and the Neocolonial Invention of an Embodied Border», en Daphne Berdahl *et al.*, eds., *Altering States, Etnographies of Transition in Eastern Europe and the Former Soviet Union*, Ann Arbor 2000, págs. 70-95.

[269] Para ver ejemplos típicos de representación del Este en el nacionalsocialismo, comp. el catálogo *Europa und der Osten*, ed. de los directores generales Hans Hagemeyer y Dr. Georg Leibbrandt, Munich 1939. No hay hasta la fecha sobre el «orientalismo alemán» un estudio comparable al de Edward Said, *Orientalism, Western Conceptions of the Orient*, Londres 1995.

[270] Cit. por Guntram Henrik Herb, *Under the Map of Germany. Nationalism and Propaganda* 1918-1945, Londres y Nueva York 1997, pág. 17.

[271] *Ibid.*, pág. 16.

[272] *Ibid.*, pág. 18.

[273] Paul Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne, 1923-1945*, Bonn 1949, págs. 429 y 430.

[274] *Ibid.*, pág. 454.

[275] Hans von Herwarth, *Zwischen Hitler und Stalin. Erlebte Zeitgeschichte 1931-1945*, Frankfurt y Berlín 1982, pág. 187.

[276] Gustav Hilger, *Wir und der Kreml. Deutsch- sowjetische Beziehungen 1918-1941*, Frankfurt a. M. 1956, pág. 296.

[277] *Ibid.*, pág. 296.

[278] *Ibid.*, pág. 297.

[279] *General Ernst Köstring. Der militärische Mittler zwischen dem Deutsche Reich und der Sowjetunion. 1921-1941*, ed. de Hermann Teske, Frankfurt a. M. 1966, pág. 176.

[280] Cit. de Oswald Dreyer-Eimbcke, «Stalin's Signing of the Map That Divided Poland», en *Mercator's World*, julio-agosto de 1998, pág. 61.

[281] *Ibid.*, págs. 59-61.

[282] Schmidt, *loc. cit.*, págs. 449-450 y 477.

[283] Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945*, Stuttgart 2000, págs. 882 y 884.

[284] Schmidt, *loc. cit.*, págs. 593 y 594.

[285] W. H. Riehl, *Vom Wandern*, Munich 1922, pág. 5. Agradezco esta indicación a Arno Widmann, de Berlín.

[286] Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften*, vol. V, 1, *Das Passagen-Werk*, ed. de Rolf Tiedemann, Frankfurt a. M. 1982, I, pág. 527.

[287] Walter Benjamin, «Die Wiederkehr des Flaneurs», en Franz Hessel, *Ein Flaneur in Berlin*, Berlín 1984, págs. 277-281, aquí pág. 277.

[288] Benjamin, *Passagenwerk*, pág. 525.

[289] Hessel, *loc. cit.*, págs. 7 y 9.

[290] *Ibid.*, pág. 12.

[291] *Ibid.*, pág. 145.

[292] *Ibid.*, pág. 273.

[293] Benjamin, *Passagenwerk*, pág. 538.

[294] Junto a los títulos arriba indicados, W. H. Riehl, *Das deutsche Wanderbuch. Wanderfahrten von Goethe bis zur Gegenwart*, ed. del Kunstwart, a cargo de J. Hofmiller, Munich 1931; del mismo, *Wanderbuch als zweiter Theil zu «Land und Leute»*, Stuttgart 1869.

[295] Comp. Karl Schlögel, «*Die Seele Petersburg* von Nikolai P. Anziferow. Ein legendäres Buch und sein unbekannter Autor», en Nikolai Anziferow, *Die Seele Petersburgs*, Munich 2003, págs. 7-46.

[296] Immanuel Kant, *Kritik der reinen Vernunft*, Introducción a la parte segunda, «Lógica trascendental», *Werkausgabe* vol. III, ed. de Wilhelm Weischedel, Frankfurt a. M. 1968, págs. 97 y 98 (A51/B 75).

[297] Comp. el estudio de Karl Markus Michel «Genius loci. Versuch einer Anatomie», en Walter Prigge, ed., *Städtische Intellektuelle. Urbane Milieu im 20.Jahrhundert*, Frankfurt a. M. 1992, págs. 78-106.

[298] La literatura al respecto se ha hecho entretanto muy extensa. Comp. Marita Sturken y Lisa Cartwright, *Practices of Looking. An Introduction to Visual Culture*, Oxford 2001.

[299] Konstantin Paustowski, *Unruhige Jugend. Erzählungen vom Leben*, Frankfurt a. M. 1983, págs. 285 y 289.

[300] Konstantin Paustowski, *Beginn eines verschwundenen Zeitalters*, Frankfurt a. M. 1983, págs. 231 y 232.

[301] Un estudio del pavimento de Moscú en G. M. Scerbo, *Moskovskie mostovye za 900 let*, Moscú 1996. Sobre el de París, Johann Friedrich Geist, *Passagen. Ein Bautyp des 19.Jahrhunderts*, Munich 1979, «Excursus: el pavimento», págs. 90-92.

[302] Ulrich Eckhardt, «Berliner Bodenkunde», en las *Berliner Seiten* del *Frankfurter Allgemeinen Zeitung* en los años 2000 y 2001, así como Jörg Niendorf, «Das Pflaster ist ein Klassiker, der

fortwährend mit Fussen getreten wird», en *Berliner Seiten, Beilage der Frankfurter Allgemeinen Zeitung*, 5 de diciembre de 2000, BS 2.

[303] Carl Ritter, *Einleitung zur allgemeinen vergleichendes Geographie und Abhandlungen zur Begründung einer mehr wissenschaftlichen Behandlung der Erdkunde*, Berlín 1852, pág. 6.

[304] Visualizado de Harrison Ford en la película *Blade Runner. The Director's Cut*, 1982, Video Burbank C.A. 1999.

[305] Véase la entrada «Paisaje» [*Landschaft*] en *Deutsches Wörterbuch* de Jacob y Wilhelm Grimm, 6 vols. Leipzig 1885 (reimp. Munich 1999), 132, 131.

[306] Lawrence Durrell, cit. por Christopher L. Salter, «Cultural Geography as Discovery», en Kenneth Foote *et al.*, eds., *Re-Reading Cultural Geography*, Austin 1994, pág. 436.

[307] La literatura sobre paisaje cultural en las áreas de semiótica, geografía e historia culturales es sobremanera extensa: Hugo Hassinger, *Geographische Grundlagen der Geschichte*, Friburgo de Brisgovia 1931; Hermann Overbeck, «Die Entwicklung der Anthropogeographie (insbesondere in Deutschland) seit der Jahrhubdertwende und ihre Bedeutung für die geschichtliche Landesforschung», en Pankraz Fried, ed., *Probleme und Methoden der Landesgeschichte*, Darmstadt 1978, págs. 190-271; D. W. Meinig, «Reading the Landscape», en *The Interpretation of Ordinary Landscape: Geographical Essays*, editada por él mismo, Nueva York y Oxford 1979, págs. 195-244; Carl Ortwin Sauer, *Land and Life. A Selection From The Writings of C.O.Sauer*, Berkeley *et al.* 1963; C. O. Sauer, «The Morphology of Landscape», en Agnew, John *et al.*, eds., Human Geography, *An Essential Anthology*, Oxford, 3.ª ed., 1999, págs. 296-315; Denis Cosgrove y Stephen Daniels, eds., *The Iconography of Landscape: Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*, Cambridge 1988; Mike Crang, *Cultural Geography*, Londres y Nueva York 1998; Don Mitchell, *Cultural Geography, A Critical Introduction*, Oxford 2000; Hansjörg Küster, *Geschichte der Landschaft in Mitteleuropa. Von der Eiszeit bis zur Gegenwart*, Munich 1999; Jonathan M. Smith, «Ramifications of Region and Senses of Place», en Carville Earle *et al.*, eds., *Concepts in Human Geography*, Lanham- Maryland 1996, págs. 189-211.

[308] Cit. por Hermann Overbeck, «Kulturlandschaftsforschung und Landeskunde», en Gottfried Pfeifer y Hans Graul, *Heidelberger geographische Arbeiten*, 14 (1965), págs. 9-357, aquí pág. 206; Hugo Hassinger, *Geographische Grundlagen der Geschichte*, Freiburg i. Breisgau 1931.

[309] James Duncan, *The City as Text: The Politics of Landscape Interpretation in the Kandyan Kingdom*, Cambridge 1990, pág. 145.

[310] Christopher S. Salter, *Cultural Geography as Discovery*, págs. 429 y 430.

[311] A título de trabajo ejemplar, James Duncan, *op. cit.*

[312] Acercamientos arqueológicos al paisaje en Victor Buchli y Gavin Lucas, eds., *Archeologies of the Contemporary Past*, Londres y Nueva York 2001; Julian Thomas, ed., *Interpretive Archaeology: A Reader*, Londres y Nueva York 2000.

[313] Hermann Aubin, «Kräfte aus der geschichtlichen Entwicklung Deutschlands als raumbildende Faktoren», en Hermann Aubin, *Grundlagen und Perspektiven geschichtlicher Kulturraumforschung und Kulturmorphologie. Aufsätze zur vergleichenden Landes- und Volkgeschichte aus viereinhalb Jahrzehnten anlässlich der vollendung des 80.Lebensjahres des Verfassers in Verbindung mit Ludwig Petry (Mainz)*, ed. de Franz Petri, Bonn 1965, págs. 89-99, aquí pág. 91.

[314] Hermann Aubin, «Geschichtliche Landeskunde und Universalgeschichte», Hamburgo 1950, pág. 22.

[315] Hermann Aubin, *Geschichtliche Landeskunde der Rheinlande*, Bonn 1925, pág. 38.

[316] Hermann Aubin, *Methodische Probleme historischer Kartographie*, Neue Jahrbücher für Wissenschaft und Jugendbildung 5, Leipzig 1929, pág. 39.

[317] Son de esperar nuevos hallazgos relativos a la vida y obra de Hermann Aubin en la biografía que prepara Eduard Mühle, de Marburgo.

[318] Cit. por Mechthild Rössler y Sabine Scheliermacher, eds., *«Der «Generalplan Ost». Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs- und Vernichtungspolitik*, Berlín 1993, págs. 133 y 134.

[319] Hermann Aubin, «Mass und Bedeutung der römisch-germanischen Kulturzusammenhänge im Rheinland», pág. 195, en Hermann Aubin, *Grundlagen und Perspektiven geschichtlicher Kulturraumforschung und Kulturmorphologie*, págs. 195-222, aquí pág. 195.

[320] Hermann Aubin, «Die Rheinbrücken im Altertum und Mittelalter. Eine kriegs- und wirtschaftsgeschichtliche Studie», *ibid.*, pág. 498.

[321] Friedrich Ratzel cit. por Hermann Overbeck, «Die Entwicklung der Anthropogeographie (insbesondere in Deutschland) seit der Jahrhubdertwende und ihre Bedeutung für die geschichtliche Landesforschung», en Pankraz Fried, ed., *Probleme und Methoden der Landesgeschichte*, Darmstadt 1978, págs. 190-271, aquí pág. 220.

[322] Marc Augé, *Orte und Nicht-Orte. Vorüberlegungen zu einer Ethnologie der Einsamkeit*, Frankfurt a. M. 1994.

[323] Cit. por Robert A. Dodgshon, *Society in Time and Space. A Geographical Perspective on Change*, Cambridge 1998, pág. 123.

[324] *Ibid.*, pág. 160.

[325] *(N. del T.: «Bei Wilden heißt...» Entiendo que Wilden es apellido; la otra posibilidad sería «Entre salvajes se dice que...».)*

[326] *Cit. ibid.*, pág. 162 *(traduzco la traducción del autor, «eher eine Selbstbeschreibung ist». [N. del T.])*

[327] «Die Grossstädte und das Geistesleben», en G. Simmel, *Das Individuum und die Freiheit*, Berlín 1984, págs. 192-204; ensayos sobre cultura intelectual, vigilancia urbana, etc.

[328] Jane Jacobs, *Tod und Leben grosser amerikanischer Städte*, Berlín, Frankfurt a. M. y Viena 1963.

[329] Cit. por Dodgshon, *loc. cit.*, pág. 162.

[330] Walter Benjamin, *Moskauer Tagebuch*, Frankfurt a. M. 1980, pág. 72.

[331] Cit. por Volker Klotz, *Die erzählte Stadt. Ein Sujet als Herausforderung des Romans von Lesage bis Döblin*, Munich 1969, pág. 372.

[332] Wilhelm Heinrich Riehl, cit. por Overbeck, *Festschrift*, pág. 94.

[333] Cit. por Klotz, *loc. cit.*, pág. 436.

[334] Respecto a teoría y método de Nicolai P. Anziferov, comp. K. Schlögel, «*Die Seele Petersburgs* von Nikolai P. Antziferow. Ein legendäres Buch und sein unbekannter Autor», en Nikolai P. Antziferov, *Die Seele Petersburgs*, Munich 2003, págs. 7-46.

[335] Como intentos de lectura de ciudades, Karl Schlögel, *Moskau lesen*, Berlín 1984; del mismo, *Promenade in Jalta und andere Städtebilder*, Munich 2001.

[336] Allan Pred, «Making Histories and Constructing Human Geographies», en *Making Histories and Constructing Human Geographies*, Boulder 1990, pág. 14.

[337] Respecto a evocar y hacerse presente, véase una novela sobremanera estimulante en lo metódológico, *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino, Siruela, Madrid 1998.

[338] Sobre hallar un punto de partida, Anziferov y Benjamin.

[339] Ferdinand Lion, *Geschichte biologisch gesehen*, Zúrich y Leipzig 1935, cit. por W. Benjamin, *Gesammelte Schriften*, vol. V, 1, *Das Passagen-Werk*, ed. de Rolf Tiedemann, Frankfurt a. M. 1982, pág. 546.

[340] Hans Stimmann, «Die Textur der Stadt», en *Foyer, Journal für Stadtentwicklung* 3, junio de 2000, págs. 22 y 23, 74. Versión extensa en Hans Stimmann, ed., *Die gezeichnete Stadt. Die Physiognomie der Berliner Innenstadt in Schwarz- und Parzellenplänen 1940-2010*, Berlín 2002; veáse en esa misma obra la colaboración de Klaus Hartung, «Das verborgene Ganze», págs. 27-48.

[341] Hermann Aubin, *Antlitz und geschichtliche Individualität Breslaus*, Hamburgo 1967, págs. 747 y ss.

[342] Konstantin Paustowski, *Beginn eines verschwundenen Zeitalters*, Frankfurt a. M. 1983, pág. 90.

[343] Sobre la casa solariega rusa como topos histórico, Vasili Ščukin, *Mif dvorjanskogo gnezda, Geokul'turologičeskoe issledovanie po russkoj klassičeskoj literature*, Cracovia 1997.

[344] Ruth von Mayenburg, *Hotel Lux*, Frankfurt a. M. 1981, pág. 15.

[345] *Ibid.*, págs. 31 y 32.

[346] Jurij Trifonow, *Das Haus an der Moskwa*, Frankfurt a. M. 1990; hay un trabajo filosófico específico de Trifonov sobre el problema de espaco y tiempo, *Zeit und Ort*, Frankfurt a. M. 1985; sobre «Dom pravitel' stva», véase Karl Schlögel, «Der Mercedes Stern auf dem 'Haus an der Moskwa'. Vom Kommunehaus zur bewachten Wohneinheit: Der Komplex, den Stalin für seine Parteielite errichten liess, hat heute Bewohner gefunden, von denen der einstige Bauherr nicht zu träumen gewagt hätte», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 25 de enero de 2003, pág. 41.

[347] Una historia detallada del edificio en Mijail Kursunov y Victoria Terechova, *Taina tain moskovskich*, Moscú 1995.

[348] Comp. Peter Hanák, ed., *Bürgerliche Wohnkultur des Fin de Siècle in Ungarn*, Viena, Colonia y Weimar 1994.

[349] Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften*, vol. V, 1, *Das Passagen-Werk*, ed. de Rolf Tiedemann, Frankfurt a. M. 1982, pág. 112.

[350] Jost Hermand en *Darmstadt 1901-1976. Ein Dokument deutscher Kunst.* Cat. exp. 5 vols. Matildenhöhe, Hessisches Landesmuseum, Kunsthalle, 22 de octubre de 1976-30 de enero de 1977, Darmstadt 1976, vol. 1, pág. 13.

[351] *Ibid.*, vol. 1, pág. 18.

[352] Comp. Leonard Lutwack, *The Role of Place in Literature*, Syracuse, Nueva York, 1984; Gaston Bachelard, *Poetik des Raumes*, Frankfurt a. M. 1992; Vasili Ščukin, *Mif dvorjanskogo gnezda, Geokul'turologi českoe issledovanie po russkoj klassi českoj literature*, Cracovia 1997.

[353] Claudia Becker, «Innenwelten – Das Interieur der Dichter», en *Innenleben. Die Kunst des Interieurs. Vermeer bis Kabakov*, ed. de Sabine Schulze, Cat. exp., Ostfildern-Ruit 1998, pág. 170; también ahí, referencia la habitación de Proust en la calle Hamelin.

[354] Sándor Márai, *Himmel und Erde*, Betrachtungen, Munich y Zurich 2001, pág. 51.

[355] *Ibid.*, pág. 51.

[356] Benjamin, *loc. cit.*, págs. 288 y 289.

[357] Norberto Grammaccini, «Die Freuden des privaten Lebens», en *Innenleben*, págs. 90 y ss.

[358] Walter Benjamin, *op. cit.*, vol. II, pág. 292.

[359] Grammaccini, *loc. cit.*, pág. 105.

[360] *Ibid.*

[361] Walter Benjamin, *Moskauer Tagebuch*, Frankfurt a. M. 1980, pág. 71.

[362] Sobre directorios de Moscú y Pertersburgo, Karl Schlögel, *Moskau lesen*, Berlín 1984, págs. 101-112; J. Arch Getty, «Soviet City Directories», en *A Researcher's Guide to Sources on Soviet Social History in the 1930s*, ed. de Sheila Fitzpatrick y Lynne Viola, Armonk, Nueva York y Londres 1990, págs. 202-214.

[363] *Neue Anschauliche Tabellen von der gesammten Residenz-Stadt Berlin oder Nachweisung aller Eigenthümer, mit ihrem Namen und Geschäfte, wo sie wohnen, die Nummer der Häuser, Strassen und Plätze, wie auch die Wohnungen aller Herren Officiere hiesiger Garnison, zum zweitenmale dargestellt von Neander v.Petersheiden, Königl, Presss, Premier-Lieutenant im Artillerie-Corps*, Berlín 1801. *Allgemeiner Strassen- und Wohnungs-Anzeiger für die Residenzstadt Berlin. Herausgegeben von S.Sachs, Königlichem Bau-Inspector. Mit einem Grundriss von Berlin*, Berlín 1812 (reimp. Berlín 1990).

[364] Sobre la historia de los directorios de Berlín, *Berliner Adrssbücher und Adressenverzeichnisse 1704-1945. Eine annotierte Bibliographie mit Standortnachweis für die «ungeteilt» Stadt*, por Werner Heegewaldt y Peter P. Rohrlach, Berlín 1990; Peter von Bebhardt, *Die Anfänge des Berliner Adreßbuches. Ein bibliographischer Versuch*, Berlín 1930.

[365] *Berliner Adressbuch 1932. Unter Benutzung amtlicher Quellen*, 3 vols., Berlín 1932.

[366] *Jüdisches Adressbuch für Gross-Berlin, Ausgabe 1931. Gültig bis Mitte 1932. Mit einem Vorwort von Hermann Simon* (reimpr. Berlín 1994, prólogo).

[367] *Ibid.*

[368] *Ibid.*

[369] Un análisis del último listín telefónico de Berlín de 1941 en Hartmut Jäckel, *Menschen in Berlin. Das letzten Telefonbuch der alten Reichshauptstadt* 1941, Stuttgart y Munich 2000.

[370] Quien quiera familiarizarse con el escenario de Berlín Occidental más adelante ha de recurrir sin duda a *WestBerliner Stattbuch 1, Berlín, Juni 1978.*

[371] *Berliner ABC. Das private Adressbuch von Paul Hindemith 1927 bis 1938. Hg.von Christine Fischer-Defoy und Susanne Schaal mit einem Vorwort von Walter Jens*, Berlín 1999. Las páginas berlinesas de Marlene Dietrich, publicadas por vez primera en «Das Adressbuch einer Weltbürgerin», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung. Berliner Seiten* de 24 de diciembre de 2001, BS1-BS5.

[372] Comp. *Akademičeskoe delo 1929-1931 gg. Dokumenty i materialy sledstvennogo dela, sfabrikovannogo OGPU*, San Petersburgo 1993.

[373] Para autobiografías, *N. P. Anciferov, Iz dum o bylom. Vospominanija*, Moscú 1992; respecto al desarrollo de la corografía y la posición de Anziferov, véase S. B. Filimonov, «N. P. Anciferov – uˇcastnik kraevedčeskogo dvižanija 1920-ch godov», en *Anciferovskiečtenija*, Leningrado 1989, págs. 24-27.

[374] Más extensamente al respecto, K. Schlögel, «*Die Seele Petersburgs* von Nikolai P. Antziferow. Ein legendäres Buch und sein unbekannter Autor», en Nikolai P. Antziferow, *Die Seele Petersburgs*, Munich 2003, págs. 7-46.

[375] N. P. Anciferov, *O metodach i tipach istoriko-kul'turnych ekskursij*, Petrogrado 1923; del mismo, *Puti izučenija gorola kak social'nogo organizma. Opyt kompleksnogo podchoda*, Leningrado 1926. De Anciferov hay una serie de estudios empíricos y reflexiones teóricas sobre todo el complejo de la cultura de propetarios, cfr. por ejemplo su comentario a la novela de Turguéniev *Das Adelsnest* [*Nido de nobles*], en Turguéniev, I. S., *Dvorjanskoe gnezdo*, Moscú 1944, págs. 3-

20. Sobre la resurrección postsoviética de análisis interesados en cuestiones topográficas, Vasili Ščukin, *Mif dvorjanskogo gnezda, Geokul'turologičeskoe issledovanie po russkoj klassičeskoj literature*, Cracovia 1997.

[376] Max Eckert-Greifendorff, *Kartographie. Ihre Aufgaben und Bedeutung für die Kultur der Gegenwart*, Berlín 1939, pág. 246.

[377] Historia general del viaje por ferrocarril en Wolfgang Schivelbusch, *Geschichte der Eisenbahnreise*, Munich 1977. Comp. también «Eisenbahnkapitel», «Asien beginnt am Schlesischen Banhof» y «Eydtkuhnen oder die Genese des Eisernen Vorhangs», en Karl Schlögel, *Berlin Ostbahnhof Europas*, Berlín 1998. También ahí indicaciones bibliográficas sobre itinerarios imperiales.

[378] Sobre historia de los itinerarios, Hans Joachim Ritzau y Franz Garrecht, *Kursbücher – Spiegel der Zeit, Leben mitder Bahn. Zur Mythologie der Eisenbahngeschichte*, Pürgen 1994.

[379] Raul Hilberg, *Sonderzüge nach Auschwitz*, Frankfurt a. M. y Berlín 1978.

[380] *Brockhaus Enzyklopädie*, Wiesbaden 1968, vol. IV, pág. 259.

[381] Sobre dactiloscopia, véase http://www.polizei.niedersachsen.de/dst/lka/ktu/daktyloskopie/daktyloskopie.html; http://www.polizei.thueringen.de/lka/wissenschaft/daktyloskopie_d.html.

[382] Walter Benjamin, *Berliner Chronik*, Frankfurt a. M. 1970, 12/13.

[383] *Ibid.*, pág. 20.

[384] El texto se apoya sobre todo en *Österreich (ohne Dalmatien, Ungarn und Bosnien). Handbuch für Reisende von K. Baedeker*, 25.ª ed., Leipzig 1898, y *Neuer Mitteleuropäischer Fremdenführer 1900. Handbuch für Reisende durch Deutschland, Oesterreich-Ungarn, Ober-Italien, incl. Rom und Neapel, die Riviera (mit Ausflug nach Paris), Belgien und Holland*, ed. de Rudolf E. Kostelezky, Budapest.

[385] Todas las citas de la edición del Baedeker de 1898.

[386] Sobre la «producción» del espacio de la monarquía danubiana véase sobre todo las numerosas exposiciones y presentaciones fotográficas, por ejemplo *Il secolo asburgico 1848-1916. Fotografie di un imperio*, Florencia 2000. Sobre el espacio centroeuropeo en conjunto visto en la arquitectura, Akos Moravanszky, *Competing Visions. Aesthetic Invention and Social Imagination in Central European Architecture 1867-1918*, Cambridge-Mass. y Londres 1998; *Mythos Großstadt. Architektur und Stadtbaukunst in Zentraleuropa 1890-1937*, ed. de Eve Blau y Monika Platzer, Munich, Londres y Nueva York 1999.

[387] Véase sobre todo la colaboración de Friedrich Achleitner en *Mythos Großstadt.*

[388] Wolfgang Zorn, «Verdichtung und Beschleunigung des Verkehrs als Beitrag zur Entwicklung der 'modernen Welt'», en Reinhart Koselleck, ed., *Studien zum Beginn der modernen Welt*, Stuttgart 1977, págs. 115-134, aquí pág. 134.

[389] *Ibid.*, pág. 126.

[390] El texto sigue a Bruce E. Seely, *Building the American Highway System. Engineers as Policy Makers*, Filadelfia 1987, así como a James J. Flink, *The Automobile Age*, Cambridge. Mass. 1988. En general, Maxwell G. Lay, *Die Geschichte der Strasse. Von Trampelpfad zur Autobahn*, Frankfurt a. M. y Nueva York 1994.

[391] Jean Baudrillard, *Amerika*, Munich 1995, pág. 14; muy destacable también James Howard Kunstler, *The Geography of Nowhere. The Rise and Decline of America's Man-Made Landscape*, Nueva York *et al.* 1993. Comp. también mi ensayo de 1990, en el que se toca la producción

del espacio estadounidense, Karl Schlögel, «Glückliches Amerika, armes Russland», en *Die Mitte liegt ostwärts. Europa im Übergang*, Munich y Viena 2002, págs. 168-185.

[392] Comp. también Laurence Isley Hewes, *American Highway Practice*, I, Nueva York 1942.

[393] John Brinckerhoff Jackson, *A Sense of Place, a Sense of Time*, New Haven y Londres 1994, págs. 152 y 153; del mismo, *Discovering the Vernacular Landscape*, New Haven y Londres 1984.

[394] Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour, *Learning from Las Vegas*, ed. rev. Cambridge-Mass. 2001.

[395] Baudrillard, *loc. cit.*, 18/19.

[396] John Brinckerhoff Jackson, *Landscape in Sight. Looking at America*, ed. de Helen Lefkowitz Horowitz, New Haven y Londres 1997, pág. 251.

[397] Brinckerhoff, *A Sense of Place*, pág. 10.

[398] Baudrillard, *loc. cit.*, 28/29.

[399] *Ibid.*, 9.

[400] Sobre Vladimir Nabokov en Estados Unidos, Andrew Field, *The Life and Art of Vladimir Nabokov*, Londres 1987; Brian Boyd, *The American Years*, Princeton 1991; asimismo el comentario de Dieter E. Zimmer a *Lolita* en V. Nabokov, *Gesammelte Werke*, ed. de D. E. Zimmer, vol. VIII, Reinbek bei Hamburg, 1989, aquí págs. 342 y 343.

[401] Referencias de páginas a *Lolita*, traducción de Francesc Roca, Anagrama 2002 (6.ª ed., 2006).

[402] Un estudio sobre técnica y naturaleza en Estados Unidos que sigue siendo fuente de inspiración es Leo Marx, *The Machine in the Garden. Technology and the Pastoral Ideal in America*, Nueva York 1964.

[403] Respecto a «hermenéutica del espacio», Karl Schlögel, *Das Wunder von Nishnij oder die Rückkehr der Städte. Berichte und Essays*, Frankfurt a. M. 1991, secc. «Moskauer Zeit», págs. 147 y ss.; Vladimir Kaganski, *Kul'turniy landsaft i sovetskoe obitaemoe prostranstvo*, Moscú 2001; sobre reconceptualización, algunas de las colaboraciones en Klaus Segbers y Stephan De Spiegeleire, eds., *Post-Soviet Puzzles. Mapping the Political Economy of the Former Soviet Union*, 4 vols. Baden-Baden 1995.

[404] Lugar central en cuanto se trate de la producción de representaciones espaciales alemanas debiera ocupar Edwin Erich Dwinger, de quien sigue sin haber una biografía o análisis de su obra suficientemente extensos.

[405] Comp. Mark Bassin, «Imperialer Raum/Nationaler Raum. Sibirien auf der kognitiven Landkarte Russlands im 19. Jahrhundert» en *Geschichte und Gesellschaft*, 28, 2002, 3, *Mental Maps*, ed. de Cristoph Conrad, págs. 378-403; Mark Bassin, «Geographical Determinism in Fin-de-Siècle Marxism: Georgii Plejanov and the Environmental Basis of Russian History», en *Annals of the Association of American Geographers* 82 (1), 1992, págs. 3-22; John P. Ledonne, *The Russian Empire and the World, 1700-1917. The Geopolitics of Expansion and Containment*, Nueva York y Oxford 1997.

[406] Como introducción geohistórica o geocultural a la historia rusa sigue siendo la más convincente W. Kliutchevski, *Geschichte Russlands*, ed. de F. Braun y R. von Walter, 4 vols., Leipzig y Berlín 1925-1926.

[407] He tratado de describir un poco la transformación de ciudades en *Promenade in Jalta und andere Städtebilder*, Munich 2001.

[408] Sobre problemas de escritura en historiografía desde una perspectiva de la historia de la civilización, Karl Schlögel, «Kommunalka – oder Kommunismus als Lebensform. Zu einer historische Topographie der Sowjetunion», en *Historische Anthropologie. Kultur, Gesellschaft, Alltag*, 6, 1998, 3, ed. de Alf Lüdtke y Hans Medick, págs. 329-346.

[409] Sobre la representación del espacio de vida soviético en una generación, Ilia Kabakov, *Album meiner Mutter*, París 1995.

[410] Sobre el medio natural, Douglas R. Weiner, *A Little Corner of Freedom: Russian Nature Protection from Stalin to Gorbachov*, Berkeley 1999; Murray Feshbach y Alfred Friendly Jr., *Ecocide in the USSR. Health and Natur Under Siege*, Nueva York 1992.

[411] *(N. del T.:* en el original *«ausgepowerte».)*

[412] La institución más destacada en el análisis de la transformación del espacio postsoviético es la revista ruso-holandesa *Project Russia/Proekt Rossija*, que aparece en Moscú desde 1995.

[413] Pero también tienen poco que ver con la realidad histórica deducciones a partir de un modelo teórico como las de Vladimir Paperniy, *Kul'tura Dva*, Ann Arbor 1985, y Boris Groys, *Gesamtkunstwerk Stalin*, Munich 1988.

[414] Historia de migraciones en Peter Gatrell, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I*, Bloomington 1999.

[415] Una de las escasas historias de los ferrocarriles rusos desde este punto de vista es la de Roger Pethybridge, *The Spread of the Russian Revolution. Essays on 1917*, Londres y Basingstoke 1972; comp. también Steven G. Marks, *Road to Power. The Trans-Siberian Railroad and the Colonization of Asian Russia, 1850-1917*, Ithaca, Nueva York 1991.

[416] Vladimir Kaganski, «Postsovetski landšaft?» y «Strana pobeždajuščego regionizma?»,en *Kul'turniy landšaft i sovetskoe obitaemoe prostranstvo. Sbornik statei*, Moscú 2001, págs. 257-267 y 282-294.

[417] Sigue insuperado Richard Buckle, *Diaghilev*, Herford 1984.

[418] En alemán publicado como *Tanz über Gräben. Die Geburt der Moderne und der Erste Weltkrieg*, Reinbek bei Hamburg 1990; comp. también el capítulo pertinente en Steven G. Marks, *How Russia Shaped the Modern World*, Princeton y Oxford 2002.

[419] Por desgracia la sobresaliente edición de sus escritos en dos volúmenes sigue inacabada, I. S. Zilberstein y V. A. Samkov, eds., Serge *Diaghilev i russkoe iskusstvo*, 2 vols., Moscú 1982. La exposición en el Museo Estatal Ruso de San Petersburgo está recogida en el volumen *Diaghilev i ego épocha*, San Petersburgo 2001.

[420] Como ejemplo de investigación en este campo, Michael Freman, *Railways and the Victorian Imagination*, New Haven y Londres 1999.

[421] Cit. por Buckle, *op. cit.*, pág. 43.

[422] Cit. *ibid.*, pág. 74.

[423] Así el libro de Laura Engelstein, *The Keys to Hapinness. Sex and the Search for Modernity in Fin-de-Siècle Russia*, Ithaca/Londres 1992.

[424] K. K. Rotikov, *Drugoi Petersburg*, San Petersburgo 1998.

[425] Aleksandr Vasil'ev, *Krasota v izgnanii*, Moscú 1998.

[426] Muy ilustrativo sobre ese círculo, Alexandre Benois, *Mémoirs*, Londres 1966.

[427] Sobre *Mir Iskusstva*, Vsevolod Petrov, *Art Nouveau in Russland. Die Künstlervereinigung «Welt der Kunst» um Sergei Djagilew*, Bournemouth 1997.

[428] En Karl Schlögel, *Moskau lesen*, Berlín 1984, pág. 38.

[429] Cit. por Buckle, *op. cit.*, pág. 82.

[430] De los muchos análisis de las *Saisons Russes* se mencionará aquí solamente: *The Ballets Russes and Its World*, ed. de Lynn Garaffola y Nancy Van Norman Baer, New Haven y Londres 1999; *Les Ballets russes de Serge de Diaghilev 1909-1929. Ville de Strasbourg. À l'Ancienne Douane 15 Mai-15 Septembre 1969* (Cat. exp.).

[431] Eksteins, *op. cit.*, pág. 61.

[432] Karl Schlögel, *Petersburg 1909-1921. Das Laboratorium der Moderne*, Munich 2002.

[433] Cit. por Buckle, *op. cit.*, págs. 255 y 256.

[434] *Ibid.*, pág.450.

[435] *Ibid.*, 461.

[436] *Ibid.*, 304.

[437] Martin Gilbert, *Endlösung. Die Vertreibung und Vernichtung der Juden. Ein Atlas*, Reinbek bei Hamburg 1982; sobre el Archipiélago Gulag, *Sistema ispravitel'no-trudovich lagerei u SSSR 1923-1960, Spravochnik;* no muy fiable, A. Shifrin, *UdSSR Reiseführer durch die Gefängnisse und Konzentrationslager der Sowjetunion*, Uhldingen 1980.

[438] Claude Lanzmann, *Shoah*, Grafenau 1999; Martin Gilbert, *Holocaust Journey: Travelling in Search of the Past*, Londres 1998; Ruth Ellen Gruber, *Jewish Heritage Travel. A Guide to East-Central Europe*, Nortwale, N. J. y Jerusalén 1999.

[439] Pavel Poljan, *Ne po svoej vole... Istoriya i geografiya prinuditel'nich migraciy v SSSR*, Moscú 2001.

[440] La literatura en este campo es inabarcable y sobremanera extensa. Sólo se indicarán aquí textos que hayan desempeñado cierto papel en este capítulo.

[441] *Cmentarze zydowskie*, Wroclaw 1995; *Marat Botvinnik, Pamyatniki genocida evreev Belarusi*, Minsk 2000.

[442] Barbara Bronnen, *Friedhöfe. Warum ich für mein Leben gern auf Friedhöfe gehe*, Munich 1997.

[443] *Kiste Kutsche Karavan. Auf dem Wege zur letzte Ruhe.* Exposición del Museum für Sepulchralkultur, Kassel, 18 de septiembre de 1999 a 30 de enero de 2000.

[444] De los muchos ejemplos se mencionará aquí solamente, sobre el Staglieno de Génova, Franco Sborgi, *Staglieno e la scultura funeraria ligure tra ottocento e novecento*, Turín 1997.

[445] James Stevens Curl, *A Celebration of Death. An Introduction to Some of the Buildings, Monuments and Settings of Funerary Architecture in the Western European Tradition*, Londres 1980. A quien se interese por cementerios de Europa central y oriental, remito entre otras obras a las guías de cementerios de Petersburgo y Moscú, S. Kipnis, *Zapiski nekropolista. Progulki po Novodevič'emu*, Moscú 2002; M. Artamonov, *Moskovskiy nekropol' Novodevič'ego*, Moscú 1997; *Istoričeskie kladbisca Peterburga. Spravocnik-putevoditel'*, San Petersburgo 1993.

[446] Sobre cementerios de Kiev, *Nekropoli Ukraini*, Kiev 1999; Ju. N. Kvitnickiy-Rykov, *Nekropoli Kieva*, Kiev 1993; sobre Viena, Werner Bauer, *Wiener Friedhofsführer. Genaue Beschreibung sämtlicher Begräbnisstätten nebst einer Geschichte des Wiener Bestattungswesens*, Viena 1997.

[447] Norbert Fischer, *Vom Gottesacker zum Krematorium. Eine Sozialgeschichte der Friedhöfe in Deutschland*, Colonia, Weimar y Viena 1966, con una extensa bibliografía en págs. 211-247.

[448] Laurenz Demps, *Zwischen Mars und Minerva. Wegweiser Invalidenfriedhof*, Berlín 1998; Birgit Jochens y Herbert May, *Die Friedhöfe in Berlin-Charlottenburg. Geschichte der Friedhofsanlagen und deren Grabmalkultur*, Berlín 1994.

[449] *Maly leksykon wilenskiej Rossy*, Vilna 1998; *Licakivs'kij cvintar, schema*, o. O. 1992.

[450] *Schiksal in Zahlen. Informationen über die Arbeit des Volksbundes Deutsche Kriegsgräberfürsorge*, Kassel 1997-1998.

[451] Jan van Pelt y Deborah Dwork, *Auschwitz von 1270 bis heute*, Zurich y Munich 2000, págs. 414 y 416.

[452] Una forma de evocación es la investigación sobre el lugar: Martín Gilbert, *Holocaust Journey: Travelling in Search of the Past*, Londres 1998; Ruth Ellen Gruber, *Jewish Heritage Travel. A Guide to East-Central Europe*, Nortwale, N. J., y Jerusalén 1999; comp. Marcus A. Doel y David B. Clarke, «Figuring the Holocaust», en Geraóid Ó Tuathail y Simon Dalby, eds., *Rethinking Geopolitics*, Londres y Nueva York 1998, págs. 39-61.

[453] Raul Hilberg, *Sonderzüge nach Auschwitz*, Frankfurt a. M. y Berlín 1987, págs. 61 y 63.

[454] *Ibid.*, pág. 81.

[455] *Ibid.*; comp. fotografías aéreas en Danuta Czech, *Kalendarium der Ereignisse im Konzentrationslager Auschwitz-Birkenau 1939-1945*, Reinbek bei Hamburg 1989.

[456] Hilberg, *loc. cit.*, pág. 95.

[457] *Ibid.*, pág. 89.

[458] *Ibid.*, pág. 72.

[459] Primo Levi, *Ist das ein Mensch? Die Atempause*, Munich 1988, págs. 25, 26 y 28.

[460] Claude Lanzmann, *Shoah*; prólogo de Simone de Beauvoir, Grafenau 1999.

[461] Sobre cartografiado de migraciones forzosas, Paul Robert Magocsi, *Historical Atlas of East Central Europe*, Seattle y Londres 1993; Robin Cohen, *Global Diasporas, An Introduction*, Londres y Seattle 1997; Gérard Chaliand y Jean Pierre Rageau, *The Penguin Atlas of Diasporas*, Nueva York 1997.

[462] Eugene M. Kulischer, *Europe on the Move. War and Population Changes, 1917-1947*, Nueva York 1948. Comp. también la visión de conjunto y compendio de Gotthold Rhode, *Völker auf dem Wege... Verschiebungen der Bevölkerung in Ostdeutschland und in Osteuropa seit 1917*, Kiel 1952. Un compendio de desplazamientos forzados de población por razones étnicas en la Rusia soviética en Nicolai Bougai, *The Deportation of Peoples in the Soviet Union*, Commack N.Y. 1996.

[463] Sobre la diáspora rusa, Karl Schlögel, ed., *Der Grosse Exodus. Die russische Emigration und ihre Zentren 1917-1941*, Munich 1994.

[464] Exposición sobresaliente y hasta hoy insuperada acerca de migraciones forzadas en el siglo XX es Joseph B. Schechtman, *European Population Transfers 1939-1945*, Nueva York 1946; del mismo, *Postwar Populations Transfers in Europe 1945-1955*, Filadelfia 1962; del mismo, *The Refugee in the World, Displacement and Integration*, Nueva York 1963.

[465] Fenomenología y motivos de depuraciones étnicas, Norman M. Naimark, *Fires of Hatred. Ethnic Cleansing in Twentieth Century Europe*, Cambridge-Mass. 2001.

[466] Sobre el triunfo del paradigma etnonacionalista en el pensamiento político, Hans Lemberg, «Ethnische Säuberung: Ein Mittel zur Lösung von Nationalitätenproblemen?», en *Aus Politik und Zeitgeschehen.* Supl. al semanario *Das Parlament*, B 42/92, págs. 27-38; asimismo Philipp Ther y Ana Siljak, eds., *Redrawing Nations. Ethnic Cleansing in East-Central Europe 1944-1948*, Lanham, Boulder etc. 2001.

[467] Sobre magnitud e interrelación de las operaciones, Götz Aly, *«Endlösung». Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Frankfurt a. M. 1995.

[468] Sobre bazares, nuevas rutas de comercio y migraciones, los ensayos pertinentes en Karl Schlögel, *Promenade in Jalta und andere Städtebilder*, Munich 2001.

[469] Una de las pocas excepciones es la obra editada a cargo de Daphne Berdahl, Matti Bunzl y Martha Lampland, *Altering States. Ethnographies of Transition in Eastern Europe and the Former Soviet Union*, Ann Arbor 2000.

[470] Nadie ha observado la transformación con más detalle que Timothy Garton Ash, *Zeit der Freiheit. Aus den Zentren von Mitteleuropa*, Munich 1999.

[471] El término «*metropolitan corridor*» procede del historiador norteamericano John R. Stillgoe, quien lo empleó en su análisis del paisaje cultural norteamericano. Yo lo empleo para describir los nuevos pasillos de globalización en Europa tras el fin de su división.

[472] Uno de los pocos intentos de concebir una historia europea transnacional realizados hasta la fecha es el de Wolfgang Schmale, *Geschichte Europas*, Viena, Colonia y Weimar 2000; véase asimismo Norman Davies, *Europe. A History*, Oxford y Nueva York 1996.

[473] Este texto se basa en mi conferencia «Herodot in Moskau. Überlegungen zu einer räumlich interessierten Historik», pronunciada el 20 de noviembre de 2002 en el Einstein-Forum de Potsdam.

[474] Johann Gottlieb Fichte, *Erste Einleitung in die Wissenschaftslehre* (1797), en *Fichtes Werke*, ed. de Immanuel Hermann Fichte, vol. I, *Zur theoretischen Philosophie* I, reimpresión fotomecánica por Walter de Gruyter, Berlín 1971.

[475] Helmut Fleischer, «Mir der Vergangenheit umgehen. Prolegomena einer Analytik des Geschichtsbewußtseins», en *Vergangenheitsbewältigung am Ende des 20.Jahrhunderts. Leviathan, Sonderheft* 18, 1998, pág. 420.

[476] Herodoto, *Historien, Bd. I und II*. Edición bilingüe [griego-alemán] de Josef Feix, 5.ª ed., Zurich 1995, aquí, I, pág. 281.

[477] *Ibid.*, I, pág. 311.

[478] Véanse explicaciones pertinentes en el capítulo «Spatial turn, al fin».

[479] Derek Gregory, *Geographical Imaginations*, Cambridge, Oxford 1994.

[480] Hay un intento de ontologización del espacio en Edward W. Soja, *Thirdspace. Journey to Los Angeles and Other Real-and-Imagines Places*, Malden 1996.

[481] Véase el cap. «Espacio ruso...».

[482] Mike Davis ha establecido por primera vez sistemáticamente el contexto de la «*Dialektik der Aufklärung*» en su grandioso libro *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*, Nueva York 1990. En lo que sigue, se cita por la edición alemana, *City of Quartz. Ausgrabungen der Zukunft in Los Angeles*, Berlín 1999, 3.ª ed.

[483] Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung*, en Max Horkheimer, *Gesammelte Schriften, Bd. 5, Dialektik der Aufklärung und Schriften 1940-1950*, Frankfurt a. M. 1987, pág. 16.

[484] *Ibid.*, pág. 25.

[485] *Ibid.*, pág. 15.

[486] Theodor W. Adorno, *Minima Moralia. Reflexionen aus dem beschädigten Leben. Gesammelte Schriften Bd. 4*, Frankfurt a. M. 1990, pág. 35.

[487] *Ibid.*, pág. 42. Asimismo la sección «Kulturindustrie» en la *Dialektik der Aufklärung*.

[488] *Ibid.*, 53/54.

[489] Martin Jay, *Dialektische Phantasie. Die Geschichte der Frankfurter Schule und des Instituts für Sozialforschung 1923-1950*, Frankfurt a. M. 1981, págs. 237 y 236.

[490] Anton Wagner, *Werden, Leben und Gestalt der Zweimillionenstadt in Südkalifornien*, Kiel 1935; Edward W. Soja, *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres 1989; Mike Davis, *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*, Nueva York 1992. En lo que sigue, se cita por la edición alemana, *City of Quartz. Ausgrabungen der Zukunft in Los Angeles*, Berlín 1999, 3.ª ed.; Dolores Hayden, *The Power of Place: Urban Landscapes as Public History*, Cambridge-Mass. y Londres 1995.

[491] Edward Soja, *Thirdspace*, pág. 298.

[492] Edward Soja, *Postmodern Geographies*, pág. 247.

[493] Davis, *op. cit.*, pág. 296.

[494] *Ibid.*, pág. 298.

[495] Jean Baudrillard, *Amerika*, Munich 1995, pág. 75.

[496] Edward Soja, *Postmodern Geographies*, págs. 246 y 247.

[497] Adorno, 53/54.

[498] Hayden, *loc. cit.*, págs. 83 y 93.

[499] Davis, *loc. cit.*, pág. 288.

[500] *Ibid.*, pág. 278.

[501] *Ibid.*, págs. 282, 286 y 290.

[502] *Ibid.*, pág. 293.

[503] *Ibid.*, pág. 336.

[504] *Ibid.*, pág. 374.

[505] Robert Kaplan, «Moloch aus tausend Dörfern», en Pete Mijnssen y Daniela Hemmi, *Los Angeles. San Diego selbst entdecken*, Zurich 2000, págs. 123-130.

[506] Davis, *loc. cit.*, pág. 475.

[507] Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften*, vol. V, *Das Passagen-Werk*, ed. de Rolf Tiedemann, Frankfurt a. M. 1982, v. 1, pág. 595.

Bibliografía

A diferencia de las notas a capítulos particulares, la presente bibliografía recoge sólo títulos significativos respecto al tema en conjunto.

Adorno, Theodor W.: *Minima Moralia. Reflexionen aus dem beschädigen Leben.* Gesammelte Schriften, vol. 4, Frankfurt a. M. 1990.

–*Prismen. Kulturkritik und Gesellschaft,* Frankfurt a. M. 1955.

–«Wissenschaftliche Erfahrungen in Amerika», en *Stichworte. Kritische Modelle,* 2, Frankfurt a. M. 1969, págs. 113-150.

Agnew, John A.: *Making Political Geography,* Londres 2002.

–y Duncan, J. S. (eds.): *The Power of Place: Bringing Together Geographical and Sociological Imaginations,* Boston 1989.

–*Geopolitics. Re-Visioning World Politics,* Londres y Nueva York 1998.

–*et al.* (eds.): *Human Geography. An Essential Anthology.* Oxford, 3.ª ed., 1999.

–y Duncan, J. S. (eds.): *Place and Politics. Mediation of State and Society,* Boston 1987.

Akerman, James R.: «The Structure in Political Territory in Early Printed Atlas», en *Imago Mundi. The International Journal for the History of Cartography,* 47 (1995), págs. 138-154.

–«Selling Maps, Selling Highways: Rand McNally's "Blazed" Trails Program», en *Imago Mundi. The International Journal for the History of Cartography,* 45 (1993), págs. 77-89.

Albert, Matthias, y Brock, Lothar: «Debordering the World of States: New Spaces in International Relations», en *New Political Science,* 35 (1996), págs. 69-106.

Alpers, Svetlana: *Kunst als Beschreibung. Holländische Malerei des 17. Jahrhunderts,* Colonia 1985.

Anciferov, Nikolai P.: *O metodach i tipach istoriko-kul'turnych ėkskursij,* Petrogrado 1923.

–*Puti izuˇcenija goroda kak social'nogo organizma. Opyt kompleksnogo podchoda,* Leningrado 1926.

–*Iz dum o bylom. Vospominanija*, Moscú 1992.

Anderson, Benedict: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres 1983.

Anderson, Ewan W.: «Geopolitics International Boundaries as Fighting Places», en *Journal of Strategic Studies*, 22 (1999).

Antropogeografija central'noj promy'slennoj oblasti, Leningrado 1924.

Appadurai, Arjun: *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis 1996.

–«Globale ethnische Raum. Bemerkungen und Fragen zur Entwicklung einer transnationalen Anthropologie», en Ulrich Beck (ed.): *Perspektiven der Weltgesellschaft*, Frankfurt a. M. 1998, págs. 13-40.

Ascherson, Neal: «Reflections on International space», en *London Review of Books*, 24 de mayo de 2001, págs. 7-11.

Assmann, Aleida: *Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*, Munich 1999.

Atlas für Motortouristik der Deutschen Demokratischen Republik, Berlín 1963.

Atlas of Chernobyl Exclusion Zone, Kiev 1996.

Atlas zur Erd- und Länderkunde, Berlín, 12.ª ed., 1957.

Aubin, Hermann: *Grundlagen und Perspektiven Kulturraumforschung und Kulturmorphologie. Aufsätze zur vergleichenden Landes- und Volksgeschichte aus viereinhalb Jahrzehnten anläßlich der Vollendung des 80. Lebensjahres des Verfassers in Verbindung mit Ludwig Petry (Mainz)*, ed. de Franz Petry, Bonn 1965.

Augé, Marc: *Orte und Nicht-Orte. Vorüberlegungen zu einer Ethnologie der Einsamkeit*, Frankfurt a. M. 1994.

«Aus dem Wörterbuch des Unmenschen: Raum», en *Die Wandlung*, 2 (1947), págs. 721-725.

Bachelard, Gaston: *Poetik des Raumes*, Frankfurt a. M. 1992.

Baedeker, Karl: *Österreich (ohne Dalmatien, Ungarn und Bosnien). Handbuch für Reisende*, Leipzig, 25.ª ed., 1898.

Bagrow, Leo: «At the Sources of the Cartography of Russia», en *Imago Mundi: A Review of Early Cartography*, 16 (1962), págs. 33-48.

–y Skelton, R. A.: *Meister der Kartographie*. Berlín, 6.ª ed., 1994.

Baker, Alan R. H., y Billinge, Mark (eds.): *Period and Place. Research Methods in Historical Geography*, Cambridge 1982.

Baldamus, Alfred, *et al.* (ed.): *F. W. Putzgers Historischer Schul-Atlas zur alten, mittleren und neuen Geschichte*, Bielefeld y Leipzig, 34.ª ed., 1910.

–(eds.): *F. W. Putzgers Historischer Schul-Atlas zur alten, mittleren und neuen Geschichte*, Bielefeld y Leipzig, 36.ª ed., 1913.

–(eds.): *F. W. Putzgers Historischer Schul-Atlas, Mittlere Ausgabe mit besonderer Berücksichtigung der Geopolitik, Wirtschafts- und Kulturgeschichte*, Bielefeld y Leipzig, 3.ª ed., 1930.

Barber, Benjamin: *Jihad vs. McWorld: How Globalism and Tribalism are Reshappimg the World*, Nueva York 1996.

Barnes, Trevor, y Duncan, James (eds.): *Writing Worlds: Discourse, Text and Metaphor in the Representation of Landscape*, Londres 1992.

Baskes, Roger S.: «The Bookbound World: Collecting Atlases», en *Mercator's World*, I (1996), 3, págs. 45-49.

Bassin, Mark: «Race Contra Space: The Conflict Between German Geopolitik and National Socialism», en *Political Geopgraphy Quarterly*, 6 (1987), págs. 115-134.

–«Geographical Determinism in Fin-de-siècle Marxism: Georgii Plekhanov and the Environmental Basis of Russian History», en *Annals of the Association of American Geographers* 82 (1992), I, págs. 3-22.

–«"I Object to Rain That is Cheerless": Landscape Art And the Stalinist Aesthetic Imagination», en *Ecomene*, 7 (2000), 3, págs. 313-336.

–«Imperialer Raum/Nationaler Raum. Sibirien auf der kognitiven Landkarte Rußlands im 19. Jahrhundert», en *Geschichte und Gesellschaft*, 3 (2002), págs. 378-403.

Baudrillard, Jean: *Amerika*, Munich 1995.

Becker, Werner: *Vom alten Bild der Welt. Alte Landkarten und Stadtansichten*, Leipzig, 2.ª ed., 1971.

Bell, D., y Valentine, G. (eds.): *Mapping Desire. Geographies of Sexualities*, Londres 1995.

Benjamin, Walter: *Berliner Kindheit um 1900*, Frankfurt a. M. 1983.

–*Berliner Chronik*, Frankfurt a. M. 1970.

–*Moskauer Tagebuch*, Frankfurt a. M. 1980.

–*Gesammelte Schriften*, vol. V, I/2: «Das Passagen-Werk», ed. por Rolf Tiedemann, Frankfurt a. M. 1982.

–«Die Widerkehr des Flaneurs», en Franz Hessel: *Ein Flaneur in Berlin*, Berlín 1984, págs. 277-281.

–*Einbahnstraße*, Frankfurt a. M. 1988.

Benko, Georges, y Strohmayer, Ulf: *Space and Social Theory: Interpreting Modernity and Postmodernity*, Oxford 1997.

Bense, Mark: *Raum und Ich. Eine Philosophie über den Raum*, Berlín 1934.

Berdahl, Daphne *et al.* (eds.): *Altering States: Ethnographies of Transition in Eastern Europe and the Former Soviet Union*, Ann Arbor 2000.

Berliner Adreßbuch 1932. Unter benutzung amtlicher Quellen, 3 vols., Berlín 1932.

Berman, Marshall: *All That is Solid Melts Into Air: The Experience of Modernity*, Londres 1982.

Bahbha, Homi K.: *The Location of Culture*, Londres 1994.

Billinge, Mark: «Reconstructing Societies in the Past: The Collective Biography of Local Communities», en Alan R. H. Baker y Mark Billinge (eds.): *Period and Place: Research Methods in Historical Geography*, Cambridge 1982, págs. 19-32.

Bithell, A.: «The Maps and Diagrams of J. F. Horrabin», en *Bulletin of the Society of University Cartographers*, 18 (1984), págs. 85-91.

Black, Jeremy: *Maps and Politics*, Londres 1997.

–*Maps and History. Constructing Images of the Past*, New Haven y Londres 1997.

–(ed.): *DuMont Atlas der Weltgeschichte*, Colonia 2000.

Blaschke, Karlheinz: «Wie liest man einen Stadtplan?», en Peter Johanek (ed.): *Stadtgrundriß und Stadtentwicklung. Forschungen zur Entstehung mitteleuropäischer Städte. Ausgewählte Aufsätze von Karlheinz Blaschke*, Colonia *et al.* 1997, págs. 193-204.

Blau, Eve, y Platzer, Monika: *Mythos Großstadt. Architektur und Stadtbaukunst in Zentraleuropa 1890-1937*, Munich *et al.* 1999.

Blumenberg, Hans: *Die Lesbarkeit der Welt*, Frankfurt a. M. 1986.

Bollnow, Otto Friedrich: *Mensch und Raum*, Stuttgart *et al.*, 8.ª ed., 1997.

Bönisch, Fritz *et al.* (ed.): *Kursächsische Kartographie bis zum Dreißigjährigen Krieg*, Berlín 1990.

Boon-Thong, Lee, y Shamsul Bahrin, Tengku (eds.): *Vanishing Borders: The New International Order of the 21st Century*, Aldershot 1998.

Boyer, Christine: *The City of Collective Memory*, Cambridge, Mass. 1966

Braudel, Fernand: «Géohistoire und geographischer Determinismus», en M. Middell y St. Sammler (eds.): *Alles Gewordene hat Geschichte. Dis Schule der Annales in ihren Texten*, Leipzig 1994.

–*Das Mittelmeer und die mediterrane Welt in der Epoche Philipps II*, vol. I, Frankfurt a. M. 1990.

Braun, Franz, y Hillen Ziegfeld, Arnold (eds.): *Geopolitischer Geshchichtsatlas*, Dresde 1930.

–(eds.): *Weltgeschichte im Aufriß auf geopolitischer Grundlage*, Dresde 1930.

–(eds.): *Geopolitischer Geschichtsatlas*, Dresde, 2.ª ed., 1934.

Brubaker, Roger: *Nationalism Reframed: Nationhood and the National Question in the New Europe*, Cambridge 1996.

Buchli, Victor, y Lucas, Gavin (eds.): *Archaeologies of the Contemporary Past*, Londres y Nueva York 2001.

Buisseret, D. (ed.): *Monarchs, Ministers and Maps. The emergence of Cartography as a Tool of Government in Early Modern Europe*, Chicago 1992.

Butlin, Robin A.: *Historical Geography: Through the Gates of Space and Time*, Londres 1993.

–(ed.): *An Historical Geography of Europe*, Oxford 1998.

Buttmann, Günther: *Friedrich Ratzel. Leben und Werk eines deutschen Geographen*, Stuttgart 1977.

Calvino, Italo: *Las ciudades invisibles*, Siruela, Madrid 1998.

Carter, Paul: The Road to Botany Bay: *An Essay in Spatial History*, Londres 1987.

–«Dark With Excess of Bright: Mapping the Coastlines of Knowledge», en Denis Cosgrove (ed.): *Mappings*, Londres 1999, págs. 125-147.

Casey, Edward S.: *The Fate of Place: A philosophical History*, Berkeley 1998.

Certeau, Michel de: *Die Kunst des Handelns*, Berlín 1988.

Chakrabarty, Dipesh: *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton y Oxford 2000.

Chaliand, Gérard, y Rageau, Jean-Pierre: *The Penguin Atlas of Diasporas*, Nueva York 1997.

Christaller, Walter: *Die zentralen Orte in Süddeutschland*, Jena 1931.

Cipolla, Carlo M.: *Gezählte Zeit. Wie die mechanische Uhr das Leben veränderte*, Berlín 1999.

Clifford, James: *Routes, Travel and Translation in the Late Twentieth Century*, Cambridge, Mass. 1997.

Cohen, Robin: *Global Diasporas. An Introduction*, Londres y Seattle 1997.

Conrad, Christoph (ed.): «Mental Maps», suplemento de *Geschichte und Gesellschaft*, 3 (2002).

Cosgrove, Denis, y Daniels, Stephen (eds.): *The Iconography of Lands-*

cape: Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments, Cambridge 1988.

Cosgrove, Denis E.: «Problems of Interpreting the Symbolism of Past Landscapes», en Alan R. H. Baker y Mark Billinge (eds.): *Period and Place: Resarch Methods in Historical Geography*, Cambridge 1982, págs. 220-230.

–*Mappings*, Londres 1999.

Crang, Mike: *Cultural Geography*, Londres y Nueva York 1998.

Crow, Dennis (ed.): *Geography and Identity: Living and Exploring Geopolitics of Identity*, Washington D.C. 1996.

Čto dolˇzen znat'každyj kraeved o geografii ˇceloveka, Leningrado 1927.

Davis, Kenneth C.: *Wieso fließt der Nil bergauf? Alles, was Sie über die Welt wissen sollten, aber nie gelernt haben*, Bergisch Gladbach, 3.ª ed., 2000.

Davis, Mike: *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, Nueva York 1992.

Debes, Ernst, y Schlee, Paul: *Berliner Schulatlas für die oberen Klassen der Volks- und Mittelschulen*, Leipzig, 8.ª ed., 1933.

Delano Smitz, Catherin: «The Emergence of "Maps" in European Rock Art: A Prehistoric Preoccupation With Place», en *Imago Mundi: The International Journal for the History of Cartography*, 34 (1982), págs. 9-25.

Demko, George J., y Wood, William B. (eds.): *Reordering the World: Geopolitical Perspectives on the 21st Century*, Boulder, Col., 1994.

Deutscher Planungsatlas, vol. IX: *Atlas von Berlin, hg. Von der Akademie für Landesforschung und Raumplanung*, Hannover 1962.

Dickmann, Irene *et al.* (eds.): *Geopolitik. Grenzgänge im Zeitgeist*, vols. I.1 y I.2, Potsdam 2000.

Diercke Schulatlas für höhere Lehranstalten, Braunschweig y Berlín, 78.ª ed. 1938.

Diercke Weltatlas, Braunschweig y Berlín, 93.ª ed. 1957.

Dijkink, Gertjan: *National Identity and Geopolitical Visions. Maps of Pride and Pain*, Londres y Nueva York 1996.

Diner, Dan: «"Grundbuch des Planeten". Zur Geopolitk Karl Haushofers», en *Vierteljahrshefte für Zeitgechichte*, 32 (1984), págs. 1-28.

Dodge, Martin, y Kitchin, Rob: *Mapping Cyberspace*, Londres y Nueva York 2001.

Dodgsohn, Robert A.: *Society in Time and Space. A Geographical Perspective on Change*, Cambridge 1998.

Doel, Marcus A., y Clarke, David B.: «Figuring the Holocaust», en Geraóid Ó Tuathail (ed.): *Rethinking Geopolitics*, Londres 1998, págs. 39-61.

Doel, Marcus: *The Diabolical Art of Spatial Science*, Edimburgo 1999.

Drabble, Margret: *A Writers Britain: Landscape in Literature*, Londres 1979.

Dreyer-Eimbcke, Oswald: *Kolumbus, Entdeckungen und Irrtümer in der deutschen Kartographie*, Frankfurt a. M. 1991.

–«S Marks the Spot: Stalin's Signing of the Map That Divided Poland», en *Mercator's World*, 3 (1998), págs. 59-61.

Driver, Felix: *Geography Militant, Cultures of Exploration and Empire*, Oxford y Malden, Mass., 2001.

Duchacheck, Ivo D.: *The Territorial Dimension of Politics: Within, Among and Across Nations*, Boulder, Col., 1986.

Dugin, Aleksandr: *Osnovy geopolitiki*, Moscú 1997.

Duncan, James S.: *The City as Text: The Politics of Landscape Interpretation in the Kandyan Kingdom*, Cambridge 1990.

Earle, Carville *et al.* (eds.): *Concepts in Human Geography*, Lanham 1996.

Ebeling, Frank: *Geopolitik. Karl Haushofer und seine Raumwissenschaft 1919-1945*, Berlín 1994.

Eckert-Greifendorff, Max: *Kartographie. Ihre Aufgaben und Bedeutung für die Kultur der Gegenwart*, Berlín 1939.

Edney, Matthew H.: *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843*, Chicago 1990.

–«Theory and the History of Cartography», en *Imago Mundi: The International Journal for the History of Cartography*, Londres, 48, págs. 185-205.

Europa und der Osten, hg. Von Reichsamtsleiter Hans Hagemeyer und Reichsamtsleiter Dr. Georg Leibbrandt, Munich 1943.

Faber, Karl-Georg: «Geschichtslandschaft – Région historique – Section in History. Ein Beitrag zur vergleichenden Wissenschaftsgeschichte», en *Saeculum*, 30 (1979), págs. 4-21.

–«Zur Vorgeschichte der Geopolitik. Staat, Nation und Lebensraum im Denken deutscher Geographen vor 1914», en Heinz Dollinger *et al.* (eds.): *Weltpolitik. Europagedanke. Regionalismus. Festschrift für Heinz Gollwitzer zum 65. Geburtstag am 30 Januar 1982*, Münster 1982, págs. 389-406.

Fahlbusch, Michael: *«Wo der deutsche... ist, ist Deutschland!» Die Stiftung*

für deutsche Volks- und Kulturbodenforschung in Leipzig 1920-1933, Bochum 1994.

Fauser, Alois: *Kulturgeschichte des Globus*, Munich 1973.

Febvre, Lucien: *A Geographical Introduction to History*, Londres 1966.

Filimonov, S. B.: «N. P. Anciferov – učastnik kraevedčeskogo dviženija 1920-ch godov», en *Anciferovskie čtenija*, Leningrado 1989, págs. 24-27.

Fischer, Norbert: *Vom Gottesacker zum Krematorium. Eine Sozialgeschchte der Friedhöfe in Deutschland*, Colonia *et al.* 1996.

Fischer-Defoy, Christine, y Schaal, Susanne (con prólogo de Walter Jens): *Berliner ABC. Das private Adreßbuch von Paul Hindemith 1927 bis 1938*, Berlín 1999.

Fleischer, Helmuth: *Ethik ohne Imperativ. Zur Kritik der moralischen Bewußtseins*, Frankfurt a. M. 1987.

–*Epochenphänomen Marxismus*, Hannover 1993.

–«Karl Marx und der Ausgang der proletarischen Revolution. Eine philosophische Geschichtsbetrachtung», en Klaus Schönhoven y Dietrich Staritz (eds.): *Sozialismus und Kommunismus im Wandel. Hermann Weber zum 65. Geburtstag*, Colonia 1993.

–«Paradigmen für eine Historik der Sowjetrevolution», en Brigitte Heuer y Milan Prucha (eds.): *Der Umbruch in Osteuropa als Herausforderung für die Philosophie*, Frankfurt a. M. *et al.* 1993, págs. 13-36.

–«Mit der Vergangenheit umgehen. Prolegomenon zu einer Analytik des Geschichtsbewußtseins», en Helmut König, Michael Kohlstrunk y Andreas Wohl (eds.): *Vergangenheitsbewältigung am Ende des zwanzigsten Jahrhunderts*, Opladen, Wiesbaden 1998, págs. 409-432.

Flink, James J.: *The Automobile Age*, Cambridge, Mass. 1988.

Flüsse im Herzen Europas. Rhein – Elbe – Donau. Kartographische Mosaiksteine einer europäischen Flußlandschaft, Kartenabteilung der Staatsbibliothek zu Berlin, Preußischer Kulturbesitz, Berlín 1993.

Foote, Kenneth E. *et al.* (eds.): *Re-Reading Cultural Geography*, Austin 1994.

Foucault, Michel: «Of Other Spaces», en *Diacritics*, 16 (1986), págs. 22-27.

Foucher, Michel: *Front et frontières. Un tour du monde géopolitique*, París 1988.

Frank, Susi K.: «Orte und Räume der russischen Kultur. Aus Anlaß einer geokulturologischen Untersuchung zur russischen usad'ba von Vasili ˇSčukin», en *Die Welt der Slaven*, 45 (2000).

Freeman, Michael: *Atlas of Nazi Germany: A Political, Economic and Social Anatomy of the Third Reich*, Nueva York, 2.ª ed., 1995.

–*Railways and the Victorian Imagination*, New Haven y Londres 1999.

Freytag, Berndt: *Taschen-Atlas*, Viena y Leipzig 1938.

Führer durch die Sowjetunion. Gesamtausgabe, revisado por A. Radó. Hg. von der Gesellschaft für Kulturverbindung der Sowjetunion mit dem Auslande, Berlín 1928.

F. W. Putzgers Historischer Schul-Atlas, Mittlere Ausgabe mit besonderer Berücksichtigung der Geopolitik, Wirtschafts- und Kulturgeschichte, Bielefeld y Leipzig, 3.ª ed., 1930.

F. W. Putzgers Historischer Weltatlas, Berlín, 102.ª ed., 1995.

Gebhardt, Peter von: *Die Anfänge des Berliner Adreßbuches. Ein bibliographischer Versuch*, Berlín 1930.

Geistbeck, Michael: *Weltverkehr. Die Entwicklung von Schiffahrt, Eisenbahn, Post und Telegraphie bis zum Ende des 19 Jahrhunderts*, Hildesheim 1986.

Giddens, Anthony: *The Consequences of Modernity*, Cambridge 1995.

Giedion, Sigfried: *Space, Time and Architecture: The Growth of a New Tradition*, Cambridge, Mass. 1967.

Gilbert, Martin: *Endlösung. Die Vertreibung und Vernichtung der Juden. Ein Atlas*, Reinbek 1982.

–*Holocaust Journey: Travelling in Search of the Past*, Londres 1998.

Godlewska, Anne Marie Claire: «The Language of Representation», en *Mercator's World*, 4 (1999), noviembre-diciembre, págs. 30-35.

Goss, John: *Kartenkunst. Die Geschichte der Kartographie*, Braunschweig 1994.

Gosztony, Alexander: *Der Raum. Geschichte seiner Probleme in Philosophie und Wissenschaften*, vol. 2, s. l. 1976.

Gottmann, Jean: *The Significance of Territory*, Charlottesville, VA 1973.

Gourou, Pierre: «Geschichte und Geographie», en Fernand Braudel (ed.): *Europa: Baisteine seiner Geschichte*, Frankfurt a. M. 1989, págs. 99-120.

Graf, Georg E.: *Die Landkarte Europas gestern und heute*, Berlín 1919.

–*Geographie und Materialistische Geschichtsauffassung. Der lebendige Marxismus*, Jena 1924.

Graham, Brian *et al.* (eds.): *A Geography of Heritage: Power, Culture and Economy*, Londres *et al.* 2000.

Gregory, Derek, y Urry, J. (eds.): *Social Relations and Spatial Structures*, Londres 1985.

Gregory, Derek: *Geographical Imaginations*, Cambridge y Oxford 1994.

–«Grand Maps of History: Structuration Theory and Social Change», en

Anthony Giddens, *Consensus and Controversy*, Londres 1990, págs. 217-233.
–*et al.* (eds.): *Human Geography, Society, Space and Social Science*, Minneapolis 1994.

Gritsai, O., y Kolossow: «Die Renaissance geopolitischen Denkens in Rußland», en *Geographische Zeitschrift* 6 (Jahr), págs. 256-265.

Großdeutschland in Bild und Karte, Leipzig 1939.

Gruber, Ruth Ellen: *Jewish Heritage Travel. A Guide to East-Central Europe*, Northwale 1999.

Gugerli, David, y Speich, Daniel: *Topografien der Nation. Politik, kartografische Ordnung und Landschaft im 19. Jahrhundert*, Zurich 2002.

Gusejnov, Gasan: *Karta našej rodiny: ideologema meždu slovom i telom*, Helsinki 2000.

Gussow, Alan: *A Sense of Place: The Artist and the American Land*, Nueva York, Seaburg 1974.

Haack, Hermann (ed.): *Haack Atlas Weltmeere*, Gotha 1989.

Hake, Günter, y Grünreich, Dietmar: *Kartographie*, Berlín, Nueva York, 7.ª ed., 1994.

Hall, Edward T.: *The Hidden Dimension*, Garden City, Nueva York 1966.

Hanák, Peter (ed.): *Bürgerliche Wohnkultur des Fin de siècle in Ungarn*, Viena *et al.* 1994.

Hapgood, Charles H.: *Die Weltkarten der alten Seefahrer*, Frankfurt a. M. 2002.

Hard, Gerhard: *Die «Lanschaft» der Sprache und die «Landschaft» der Geographen*, Bonn 1970.

Harley, J. B.: *The New Nature of Maps, Essays in the History of Cartography*, ed. por Paul Laxton, Baltimore y Londres 2001.

Hartshorne, Richard: *The Nature of Geography*, Lancaster, PA 1939.

Hartung, Klaus: «Das verborgene Ganze», en Hans Stimmann (ed.): *Die gezeichnete Stadt. Die Physiognomie der Berliner Innenstadt in Schwarz- und Parzellenplänen 1940-2010*, Berlín 2002, págs. 27-48.

Harvey, David: *The Condition of Postmodernity: An Enquiry Into The Origins of Cultural Change*, Cambridge, Mass., 1989.

–«Between Space and Time: Reflections on the Geographical Imagination», en *Annals of the Association of American Geographers*, 80 (1990), págs. 418-434.

–*Spaces of Hope*, Berkeley, Los Ángeles 2000.

–*The Urbanization of Capital. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*, Baltimore, Maryland 1985.

Harvey, Miles: *Gestohlene Welten. Eine Kriminalgeschichte der Kartographie*, Munich 2001.

Hassinger, Hugo: *Geographische Grundlagen der Geschichte*, Friburgo, Br., 1931.

Hauner, Milan: *What is Asia to us? Rusia's Asia Heartland Yesterday and Today*, London *et al.* 1992.

Haushofer, Karl: *Grenzen in ihrer geographischen und politischen Bedeutung*, Berlín-Grunewald 1927.

Hayden, Dolores: *The Power of Place: Urban Landscapes as Public History*, Cambridge, Mass., 1995.

Heegewaldt, Werner, y Rohrlach, Peter P.: *Berliner Adreßbücher und Adressenverzeichnisse 1704-1945. Eine annotierte Bibliographie mit Standortnachweis für die «ungeteilte» Stadt*, Berlín 1990.

Herb, Guntram H.: «Persuasive Cartography in Geopolitik and National Socialism», en *Political Geography Quarterly*, 8 (1989), págs. 289-303.

–*Under the map of Germany. Nationalism and Propaganda 1918-1945*, Londres y Nueva York 1997.

–«Before the Nazis. Maps as Weapons in German Nationalist Propaganda», en *Mercator's World*, mayo-junio de 1999, págs. 26-31.

Herodoto, *Historien*, vols. I y II, ed. bilingüe griego-alemán de Josef Feix, Zurich, 5.ª ed., 1995.

Hessel, Franz: *Ein Flaneur in Berlin*, Berlín 1984.

Hilberg, Raul: *Sonderzüge nach Auschwitz*, Frankfurt a. M. 1987.

Hodgkiss, Alan: *Discovering Antique Maps*, Princes Risborough 1996.

Hooson, David (ed.): *Geography and National Identity*, Oxford 1994.

Horkheimer, Max: *Gesammelte Schriften*, vol. 5, *Dialektik der Aufklärung und Schriften 1940-1950*, Frankfurt a. M. 1987.

Horrabin, James Francis: *Grundriß der Wirtschaftsgeographie*, Viena y Berlín 1926.

–*An Atlas of Empire*, Londres 1937.

Hottes, Karlheinz (ed.): *Industriegeographie*, Darmstadt 1976.

Huberman, Jack: «The Bronx is Up and the Battery's Down. Mapping New York History», en *Mercator's World*, 1996, n.° 2, págs. 18-23.

Hugill, Peter J.: *World Trade Since 1431: Geography, Technology and Capitalism*, Baltimore 1993.

–*Global Communications Since 1844. Geopolitics and Technology*, Baltimore y Londres 1999.

Ignatow, Assen: *Geopolitische Theorien in Rußland heute*, Colonia 1998.

Ivanov-Omskij, I. I.: *Istoričeskij materializm o roli geografičeskoj sredy v razvitii obščestva*, Moscú 1950.

Jäckel, Hartmut: *Menschen in Berlin. Telefonbuch der alten Reichshauptstadt 1941*, Stuttgart y Munich 2000.

Jackson, John B.: *Landscapes: Selected Writtings of J. B. Jackson*, Amherst 1970.

–*Vernacular Landscape*, New Haven y Londres 1984.

–*Discovering the Vernacular Landscape*, New Haven y Londres 1984.

–*A Sense of Place, a Sense of Time*, New Haven y Londres 1994.

–y Lefkowitz Horowitz, Helen (eds.): *Landscape in Sight, Looking at America*, New Haven y Londres 1997.

Jackson, Peter: *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*, Londres 1989.

–y Penrose, Jan (eds.): *Constructions of Race, Place and Nation*, Londres 1993.

Jackson Turner, Frederick: *The Frontier in American History*, Nueva York 1996.

Jacobs, Jane: *Tod und Leben großer amerikanischer Städte*, Berlín *et al.* 1963.

Jammer, Max: *Das Problem des Raumes. Die Entwicklung der Raumtheorien*, Darmstadt 1960.

Jarvis, Brian: *Postmodern Cartographies: The Geographical Imagination in Contemporary American Culture*, Londres 1998.

Jönsson, Christer *et al.*: *Organizing European Space*, Londres *et al.* 2000.

Johansen, Anatol: «Mutter Erde, hautnah. Die Raumfähre "Endeavour" soll die Erde mit bisher unerreichter Präzision vermessen», en *Die Zeit*, 5 de enero del 2000, pág. 24.

Jüdisches Adreßbuch für Groß-Berlin. Edición de 1931/1932. Prólogo de Hermann Simon, Rpt., Berlín 1994.

Kaganskij, Vladimir: *Kul'turnyj landšaft i sovetskoe obitaemoe prostranstvo*, Moscú 2001.

Kain, Roger J. P., y Baigent, Elizabeth: *The Cadastral Map in the Service of the State: A History of Property Mapping*, Chicago 1992.

Kant, Immanuel: «Entwurf und Ankündigung eines Collegii der physischen Geographie nebst dem Anhange einer kurzen Betrachtung über die Frage: Ob die Westwinde in unsern Gegenden darum feucht seien, weil sie über ein großes Meer streichen», en *Gesammelte Schriften*, vol. 2, ed. por la Königl. Preuß. Akademie der Wissenschaften, Berlín 1912.

–*Kritik der reinen Vernunft*. Introducción a la parte segunda («lógica trascendental»). *Werkausgabe* vol. 3, ed. Por Wilhelm Weischedel, Frankfurt a. M. 1968.

Karpeev, E. P.: *Der große Gottorfer Globus. Bol'soj gottorpskij globus*, San Petersburgo 2000.

Kasperson, Roger E., y Julian V. Minghi (eds.): *The Structure of Political Geography*, Londres 1970.

Kay, Jane Holtz: *Asphalt Nation. How the Automobile Took Over America, and How We Can Take It Back*, Berkeley *et al.* 1997.

Kazin, Alfred: *A Writters America. Landscape in Literature*, Nueva York 1988.

Keay, John: *The Great Arc, The Dramatic Tale of How India was Mapped and Everest was Named*, Londres, 2.ª ed., 2001.

Keegan, John (ed.): *«The Times» Atlas Zweiter Weltkrieg*, Augsburgo 1999.

Kern, Stephen: *The Culture of Time and Space, 1880-1918*, Cambridge, Mass., 1983.

Khodarkovsky, Michael: *Russia's Steppe Frontier. The Making of a Colonial Empire, 1500-1800*, Bloomington, Indianapolis 2002.

King, Anthony D.: *The Bungalow: The Production of a Global Culture*, Londres 1984.

Kipnis, S.: *Zapiski nekropolista. Progulki po Novodevič'emu*, Moscú 2002.

Kjellén, R.: «Geopolitische Betrachtungen Über Skandinavien», en *Geographische Zeitschrift*, 11 (1905), págs. 657-671.

Klare, Jean, y Swaaij, Louise van: *Atlas der Erlebniswelten*, Frankfurt a. M. 2000.

Kletzin, Birgit: «Europa aus Rasse und Raum. Die nationalistiche Idee der Neuen Ordnung», en Heinz Kleger (ed.): *Region-Nation-Europa*, vol. 2, Münster *et al.* 2002.

Klinghammer, István *et al.* (eds.): *Kartográfiatörténete*, Budapest 1995.

Klinghammer, István: *A föld és éggömbök története*, Budapest 1998.

Kljutschewski, Wassili: *Geschichte Rußlands*, ed. por F. Braun y R. von Walter, 4 vols., Leipzig y Berlín 1925-1926.

Klotz, Volker: *Die erzählte Stadt. Ein Sujet als Herausforderung des Romans von Lesage bis Döblin*, Munich 1969.

Koch, W., y Opitz, Carl: *Eisenbahn- und Verkehrs- Atlas von Europa*, Leipzig, 9.ª ed., 1910.

Koja, Stephan (ed.): *America. Die Neue Welt in Bildern des 19.Jahrhunderts*, Munich *et al.* 1999.

Konstam, Angus: *Atlas versunkener Schiffe: Schätze auf dem Meeresgrund*, Augsburgo 1999.

Korinman, Michel: *Quand l'Allemagne pensait le monde: grandeur et décadence d'une géopolitique*, París 1990.

Koselleck, Reinhart: *Zeitschichten. Studien zur Historik. Mit einem Beitrag von Hans-Georg Gadamer*, Frankfurt a. M. 2000.

Kostelezky, Rudolf E. (ed.): *Neuer Mitteleuropäischer Fremdenführer 1900. Handbuch für Reisende durch Deutschland, Oesterreich-Ungarn, Ober-Italien, incl. Rom und Neapel, die Riviera (mit Ausflug nach Paris), Belgien und Holland, Budapest o.J.*

Köster, W.: «Raum, politischer», en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. 8, Basilea 1992, págs. 122-131.

Kraus, Theodor *et al.* (ed.): *Atlas Östliches Mitteleuropa*, Bielefeld *et al.* 1959.

Kreft, Wolfgang: «Das östliche Mitteleuropa im historischen Luftbild. Bildflüge 1942-1945 über Brandenburg, Ostpreußen, Polen, Pommern und Schlesien», en *Sammlungen des Herder-Instituts zur Ostmitteleuropa-Forschung*, 8, Marburgo 2000.

Krüger, Herbert: «Erhard Etzlaub's Romweg Map and Its Dating in the Holy Year of 1500», en Leo Bagrow (ed.): *Imago Mundi: A review of Early Cartography*, 8 (1950), págs. 17-26.

Kulischer, Alexander: *Kriegs- und Wanderungszüge. Weltgeschichte als Völkerbewegung*, Berlín y Leipzig 1932.

Kulischer, Eugene M.: *Europe on the Move. War and Population Changes, 1917-1947*, Nueva York 1948.

Kunstler, James Howard: *Geography of Nowhere. The Rise and Decline of America's Man-made Landscape*, Nueva York *et al.* 1994.

Kupcík, Ivan: *Alte Landkarten. Von der Antike bis zum Ende des 19 Jahrhunderts*, Praga 1980.

Küster, Hansjörg: *Geschichte der Landschaft in Mitteleuropa. Von der Eiszeit bis zur Gegenwart*, Munich 1999.

Lacoste, Yves: *Geographie und politisches Handeln. Perspektiven einer neuen Geopolitik*, Berlín 1990.

Landes, D.: *Revolution in Time. Clocks and the Making of the Modern World*, Cambridge, Mass., 1983.

Lang, A., y Debus, J.: «Lebensraum», en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. 5, Basilea 1980, págs. 143-147.

Lanzmann, Claude: *Shoah*, Grafenau 1999.

Lay, Maxwell G.: *Die Geschichte der Straße. Von Trampelpfad zur Autobahn*, Frankfurt a. M. y Nueva York 1994.

Leach, Neil (ed.): *The Hieroglyphics of Space. Reading and Experiencing the Modern Metropolis*, Londres y Nueva York 2002.

Le Donne, John P.: *The Russian Empire and the World 1700-1917. The Geopolitics of Expansion and Containment*, Oxford 1997.

Lefebvre, Henri: *The Production of Space*, Oxford y Cambridge 1991.

Levine, Robert: *Eine Landkarte der Zeit. Wie Kulturen mit Zeit umgehen*, Munich, Zurich, 3.ª ed., 2000.

Lévy, Jacques: *Le tournant géographique. Penser l'espace pour lire le monde*, París 1999.

Lichačev, Dimitrij: *Poèzija sadov. K semantike sadovo-parkovych stilej. Sad kak tekst*, San Petersburgo 1991.

Lion, Ferdinand: *Geschichte biologisch gesehen*, Zurich y Leipzig 1935.

Livingstone, David: «Geography, Tradition and the Scientific Revolution. An Interpretative Essay», en *Transactions, Institute of British Geographers* 15 (1990), págs. 359-373.

Lobeck, Armin K.: *Things Maps Don't Tell Us. An Adventure into Map Interpretation*, Chicago y Londres 1993.

Lösch, August: *Die räumliche Ordnung der Wirtschaft*, Jena 1940.

Lotman, Yuri: *Universe of the Mind. A Semiotic Theory of Culture*, Londres y Nueva York 1990.

Lovell, Nadia (ed.): *Locality and Belonging*, Londres 1998.

Lowenthal, David: «Past Time, Present Place: Landscape and Memory», en *Geographical Review* 65 (1975), I, págs. 1-36.

Lutwack, Leonard: *The Role of Place in Literature*, Syracuse, Nueva York 1984.

Lynch, Kevin: *The Image of the City*, Cambridge, Mass. 1960.

Macho, Thomas: «Drinnen und draußen. Reflexionen zur Ordnung der Räume», en Bernhard Perchinig y Winfried Steiner (eds.): *Kaos Stadt. Möglichkeiten und Wirklichkeiten städtischen Kultur*, Viena 1991, págs. 109-123.

Mackinder, Halford John: «The Geographical Pivot of History», en *Geographical Journal*, 23 (1904), 421 y ss.

Magocsi, Paul Robert: *Historical Atlas of East Central Europe*, Seattle y Londres 1993.

Mahan, Alfred Thayer: *Der Einfluß der Seemacht auf die Geschichte*, ed. por Gustav-Adolf Wolter, Herford 1967.

Maier, Charles S.: «Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era», en *American Historical Review*, junio de 2000, págs. 807-831.

Malkina, Tat'jana (izd.): *Otečestvennye zapiski, žurnal dlja medlennogo čtenija*, 6 (2002).

Mallory, W. F., y Simpson-Housley, P. (eds.): *Geography and Literature: A Meeting of the Disciplines*, Syracuse, Nueva York 1987.

Malyj atlas Rossii, Moscú 1999.

Manhattan in Maps 1527-1995, Nueva York 1997.

Marchal, Guy P. (ed.): *Grenzen und Raumvorstellungen (11.-20.Jh.), Frontieres et conceptions de l'espace (11e-20e siècles)*, Zurich 1996.

Marin, Louis: «Les vois de la carte», en *Cartes et figure de la Terre*, Centre Georges Pompidou, Centre de Création Industrielle, Catálogo 1980.

–«Le lieu du pouvoir à Versailles», en *La production des lieux exemplaires. Les dossiers des séminaires TTS*, París 1991.

Marx, Leo: *The Machine in the Garden: Technology and the Pastoral Ideal in America*, Oxford 2000.

Matznetter, Josef (ed.): *Politische Geographie*, Darmstadt 1977.

Meinig, Donald W. (ed.): *The Interpretation of Ordinary Landscapes: Geographical Essays*, Nueva York y Oxford 1979.

–*The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History*, vols. 1-2, New Haven y Londres 1986-1993.

–«Geographical Analysis on Imperial Expansion», en Alan R. H. Baker y Mark Billinge (eds.): *Period and Place: Research Methods in Historical Geography*, Cambridge 1982.

Menzel, Ulrich: *Globalisierung versus Fragmentierung*, Frankfurt a. M. 1998.

Michel, Karl Markus: «Genius loci. Versuch einer Anatomie», en Walter Prigge (ed.): *Städtische Intellektuelle. Urbane Milieus im 20.Jahrhundert*, Frankfurt a. M. 1992, págs. 78-106.

Minca, Claudio (ed): *Postmodern Geography: Theory and Praxis*, Oxford *et al.* 2001.

Mitchell, Don: *Cultural Geography: A Critical Introduction*, Oxford *et al.* 2000.

Monmonier, Mark: *Eins zu einer Million. Die Tricks und Lügen der Kartographen*, Basilea *et al.* 1996.

–*Air Apparent. How Metereologists Learned to Map, Predict and Dramatize Weather*, Chicago y Londres 1999.

Moravanszky, Akos: *Competing Visions. Aesthetic Invention and Social Imagination in Central European Architecture 1867-1918*, Cambridge *et al.* 1998.

Moretti, Franco: *Atlas des europäischen Romans. Wo die Literatrur spielte*, Colonia 1999.

Müller, G. H.: «Zur Geschichte des Begriffs "Anthropogeographie"», en *Geographische Zeitschrift*, 80 (1992), págs. 184-190.

Muris, Oswald, y Saarmann, Gert: *Der Globus im Wandel der Zeiten. Eine Geschichte der Globen*, Berlín y Beutelsbach b. Stuttgart 1961.

Nebenzahl, Kenneth: *Atlas of Clumbus and the Great Discoveries*, Chicago *et al.* 1990.

Neumann, Dietrich (ed.): *Filmarchitektur. Von Metropolis bis Blade Runner*, Munich y Nueva York 1996.

Nora, Pierre: *Zwischen Geschichte und Gedächtnis*, Frankfurt a. M. 1998.

Ó Tuathail, Gearóid: *Critical Geopolitics*, Minneapolis 1996.

–y Dalby, Simon (eds.): *Rethinking Geopolitics*, Londres y Nueva York 1998.

Ormeling, F. J.: «Cartographic Consequences of a Planned Economy – 50 Years of Soviet Cartography», en *The American Cartographer*, 1 (1974), págs. 44-45.

Orte des Erinnerns, vol. 2, *Jüdisches Alltagleben im Bayerischen Viertel. Eine Dokumentation*, ed. por el Kunstamt Schöneberg, Schöneberg Museum, con cooperación de la Gedenkstätte Haus der Wannsee-Konferenz, Berlín 1995.

Osterhammel, Jürgen: «Raumerfassung und Universalgeschichte im 20. Jahrhundert», en Gangolf Hubinger *et al.* (eds.): *Universalgeschichte und Nationalgeschichten*, Freiburg, Br., 1994, págs. 51-70.

–«Kulturelle Grenzen in der Expansion Europas», en *Saeculum. Jahrbuch für Universalgeschichte*, 46 (1995), I, págs. 101-138.

–«Geschichte, Geographie, Geohistorie», en Wolfgang Küttler *et al.* (eds.): *Geschichtsdiskurs*, vol. 3, *Die Epoche der Historisierung*, Frankfurt a. M. 1997.

–«Die Widerkehr des Raums: Geographie, Geohistoire und historische Geographie», en *Neue politische Literatur*, 43 (1998), págs. 374-395.

Overbeck, Hermann: «Kulturlandschaftsforschung und Landeskunde», en Gottfried Pfeifer y Hans Graul: *Heidelberger geographische Arbeiten*, 14 (1965), págs. 9-357.

–«Die Entwicklung der Anthropogeographie (insbesondere in Deutschland) seit der Jahrhundertwende und ihre Bedeutung für die geschichtliche Landesforschung», en Pankraz Fried (ed.): *Probleme und Methoden der Landesgeschichte*, Darmstadt 1978, págs. 190-271.

Pahl, Walther: *Das politische Antlitz der Erde*, Leipzig, 6.ª ed., 1940.

Pantenburg, Vitalis: *Das Porträt der Erde. Geschichte der Kartographie*, Stuttgart 1970.

Paperny, Vladimir: *Kul'tura Dva*, Ann Arbor 1985.

Parker, Geoffrey (ed.): *Knaurs Neuer Historischer Weltatlas*, Munich, 5.ª ed., 1996.

–*Geopolitics. Past, Present and Future*, Londres y Washington 1998.

Paul, Günter: «Gottes Schnappschüsse. Außerirdische Blicke auf irdische Verhältnisse», en *Bilder und Zeiten, Tiefdruckbeilage der Frankfurter Allgemeinen Zeitung*, 22 de abril de 2000, pág. 6.

Paustowski, Konstantin: *Beginn eines unbekannten Zeitalters*, Frankfurt a. M. 1983.

Pehle, Max *et al.* (eds.): *F. W. Putzgers Historischer Weltatlas zur allgemeinen und österreichischen Geschichte*, Viena, 44.ª ed., 1972.

Pelt, Jan van, y Dwork, Debórah: *Auschwitz von 1270 bis heute*, Zurich y Munich 2000.

Peters Atlas. Alle Länder und Kontinente in ihrer wirkliche Größe, Frankfurt a. M. 2002.

Pethybridge, Roger: *The Spread of the Russian Revolution. Essays on 1917*, Londres, Basingstoke 1972.

Phillips, Richard: *Mapping Men and Empire*, Londres y Nueva York 1997.

Philo-Atlas. Handbuch für die jüdische Auswanderung, Berlín 1938.

Poljan, Pavel: *Ne po svoej vole... Istorija i geografija prinuditel'nych migracij v SSSR*, Moscú 2001.

Pred, Allan: *Place, Practice and Structure: Social and Spatial Transformation in Southern Sweden, 1750-1850*, Cambridge y Oxford 1986.

–*Making Histories and Constructing Human Geographies. The Local Transformations of Practice, Power Relations, and Consciousness*, Boulder 1990.

–*Lost Words and Lost Worlds: Modernity and the Language of Everyday Life in Late Nineteenth-Century Stockholm*, Cambridge 1990.

–*Recognizing European Modernities. A Montage of the Present*, Londres y Nueva York 1995.

Radó, Alexander: *Atlas für Politik Wirtschaft Arbeitersbewegung, I. Der Imperialismus*, Viena y Berlín 1930.

–*The Atlas of To-Day and To-Morrow*, Londres 1938.

Radó, Sándor: *Dora meldet*, Berlín 1974.

Raffestin, Claude *et al.*: *Géopolitique et histoire*, Lausana 1995.

Ratcel', Fridrich [Friedrich Ratzel]: *Narodovedenie*, San Petersburgo 1901-1902.

–*Zemlja i ˇzizn', Sravnitelnoe zemlevedenie*, t. 1-2, San Petersburgo 1906.

Ratzel, Friedrich: *Anthropogeographie*, t. 1: *Grundzüge der Anwendung der Erdkunde auf die Geschichte*, Stuttgart 1882.

–*Anthropogeographie*, t. 2, *Die geographische Verbreitung des Menschen*, Stuttgart 1891.

–*Politische Geographie*, Leipzig 1897.

–*Das Meer als Quelle der Völkergröße. Eine politisch-geographische Studie*, Munich y Leipzig 1900.

–*Politische Geographie oder die Geographie der Staaten, des Verkehrs und des Krieges*, Munich y Berlín 1903.

–*Über Naturschilderung*, Munich y Berlín 1923 (ant., 1904).

–*Deutschland. Einführung in die Heimatkunde*, Berlín y Leipzig 1932.

«"Raum". Aus dem Wörterbuch des Unmenschen», en *Die Wandlung* 1947, n. 7, págs. 721-725.

«Raum», en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Basilea 1992, vol. 8, págs. 67-111; historia psicológica del concepto, págs. 111-121; del concepto de espacio político, por W. Köster, págs. 122-131.

Reijen, Willem van, y Herman van Doorn: *Aufenthalte und Passagen. Leben und Werk Walter Benjamins. Eine Chronik*, Frankfurt a. M. 2001.

Reiseatlas DDR mit ČSSR, Polen, UdSSR, Ungarn, Rumänien, Bulgarien, Berlín y Leipzig, 10.ª ed. 1980.

Reitinger, Franz: «Discovering the Moral World: Early Forms of Map Allegory», en *Mercator's World*, 4 (1999), julio-agosto, págs. 24-31.

Reitzner, Viktor von: *Die Terrainlehre*, t. 1, Viena, 4.ª ed., 1882.

Relph, E.: *Place and Placelessness*, Londres 1976.

Rhode, Gotthold: *Völker auf dem Wege... Verschiebungen der Bevölkerung in Ostdeutschland und in Osteuropa seit 1917*, Kiel 1952.

Ridge, Martin: *Atlas of American Frontiers*, Chicago *et al.* 1993.

Riedel, Johannes (ed.): *Knaurs Weltatlas*, Berlín 1928.

Riehl, Wilhelm Heinrich: *Wanderbuch als zweiter Theil zu «Land und Leute»*, Stuttgart 1869.

–«Vom Wandern», en *Der Schatzgräber*, ed. por la Dürerbund, 62, Munich 1922.

–*Das deutsche Wanderbuch. Wanderfahrten von Goethe bis zur Gegenwart*, ed. por la Kunstwart a cargo de J. Hofmiller, Munich 1931.

–*Kulturstudien aus drei Jahrhunderten*, Stuttgart y Berlín 1903.

Rieß, Ludwig: *Historik. Ein Organon geschichtlichen Denkens und Forschens*, Berlín y Leipzig 1912.

Ritter, Carl: *Einleitung zur allgemeinen vergleichenden Geographie und Abhandlungen zur Begründung einer mehr wissenschaftlichen Behandlung der Erdkunde*, Berlín 1852, págs. 152-181.

Ritzau, Hans Joachim, y Franz Garrecht: *Kursbücher – Spiegel der Zeit, Leben mit der Bahn. Zur Mythologie der Eisenbahngeschichte*, Pürgen 1994.

Rónai, András: *Atlas of Central Europe*, Budapest 1993.

Roosevelt, Priscila R.: *Life on the Russian Country Estate: A Social and Cultural History*, New Haven y Londres 1995.

Ross, Kristin: *The Emergence of Social Space: Rimbaud and the Paris Commune*, Minneapolis 1988.

Rössler, Mechthild: *«Wissenschaft und Lebensraum». Geographische Ortforschung im Nationalsozialismus. Ein Baitrag zur Disziplingeschichte der Geographie*, Berlín y Hamburgo 1990.

–y Schleiermacher, Sabine (eds.): *Der «Generalplan Ost», Hauptlinien der nationalsozialistichen Planungs- und Vernichtungspolitik*, Berlín 1993.

Sachs, S. (ed.): *Allgemeiner Straßen- und Wohnungs- Anzeiger für die Residenzstadt Berlin. Mit einem Grundriß von Berlin*, Berlín 1812 (reimp. Berlín 1990).

Sack, Robert D.: *Conceptions of Space in Social Tought: A Geographic Perspective*, Minneapolis 1980.

–*Human Territoriality: Its Theory and History*, Cambridge 1986.

Said, Edward: *Orientalism: Western Conceptions of the Orient*, Londres 1995.

Sališčev, K. A.: *Kartografija*, Moscú 1971.

Sassen, Saskia: *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton 1991.

Sauer, Carl Ortwin: *Land and Life. A Selection from the Writings*, ed. por John Leighly, Berkeley *et al.* 1963.

–«The Morphology of Landscape», en John Agnew *et al.* (eds.): *Human Geography: An Essential anthology*, Oxford, 3.ª ed., 1999, págs. 296-315.

Schama, Simon: *Landscape and Memory*, Londres 1996.

Scharfe, Wolfgang, y Scheerschmidt, Holger (eds.): *Berlin-Brandenburg im Kartenbild- Wie haben uns die anderen gesehen? Wie haber wir uns selbst gesehen?* Staatsbibliothek Preußischer Kulturbesitz, Ausstellungskatalog, Neue Folge 42 [Cat. exp., Nueva serie 42], Berlín 2000.

Schechtman, Joseph B.: *European Population Transfer 1939-1945*, Nueva York 1946.

–*Postwar Population Transfers in Europea 1945-1955*, Filadelfia 1962.

–*The Refugee in the World. Displacement and Integration*, Nueva York 1963.

Scheer, A. *et al.*: *Stufenatlas für höhere Lehranstalten*, Bielefeld y Leipzig, 6.ª ed., 1930.

Scheuch, Manfred: *Historischer Atlas Deutschland. Vom Frankenreich bis zur Wiedervereinigung*, Augsburgo 2000.

Schillmann, R. (ed.): *Richard Andrees allgemeiner Schul-Atlas. Mit besonderer Berücksichtigung der physischen Verhältnisse*, Bielefeld y Leipzig, 42.ª ed., 1896.

Schivelbusch, Wolfgang: *Geschichte der Eisenbahnreise*, Munich 1977.

Schlögel, Karl: *Moskau lesen*, Berlín 1984.

–(ed.): *Der Große Exodus. Die russische Emigration und ihre Zentren 1917-1941*, Munich 1994.

–*Berlin Ostbanhof Europas. Russen und Deutsche in ihrem Jahrhundert*, Berlín 1998.

–«Kommunalka – oder Kommunismus als Lebensform. Zu einer historischen Topographie der Sowjetunion», en *Historische Anthropologie. Kultur. Gesellschaft, Alltag*, 6 (1998), págs. 329-346.

–*Promenade in Jalta und andere Städtebilder*, Munich 2001.

–*Petersburg 1909-1921. Das Laboratorium der Moderne*, Munich 2002.
–*Die Mitte liegt ostwärts. Europa im Übergang*, Munich 2002.
–«"Die Seele Petersburgs" von Nikolai P. Anziferow. Ein legendäres Buch und sein unbekannter Autor», en Nikolai Anziferow: *Die Seele Petersburgs*, Munich 2003, págs. 7-46.
Schmitt, Carl: *Land und Meer. Eine weltgeschichtliche Betrachtung*, Stuttgart 1954.
–*Staat, Großraum, Nomos. Arbeiten aus den Jahren 1916-1969*, Berlín 1995.
Schmitz, Hermann: «Der Gefühlsraum», en Hermann Schmitz: *System der Philosophie, Band 3: Der Raum, Teil 2*, Bonn 1969.
Schöller, Peter: «Wege und Irrwege der Politischen Geographie und Geopolitik», en Josef Matznetter (ed.): *Politische Geographie*, Darmstadt 1977, págs. 249-302.
Schulz, Hans Dietrich: «Deutschlands "natürliche" Grenzen. "Mittellage" und "Mitteleuropa" in der Diskussion der Geographen seit dem Beginn des 19.Jahrhunderts», en *Geschichte und Gesellschaft*, 15 (1989), págs. 248-281.
Schulze, Sabine (ed.): *Innenleben. Die Kunst des Interieurs. Vermeer bis Kabakov* [Cat. exp.], Ostfildern-Ruit 1998.
Ščukin, Vasilij: *Mif dvorjanskogo gnezda, Geokul'turologičeskoe issledovanie po russkoj klassičeskoj literature*, Cracovia 1997.
Seely, Bruce E.: *Building the American Highway System*, Filadelfia 1987.
Segbers, Klaus, y De Spiegeleire, Stephan (eds.): *Post-Soviet Puzzles. Mapping the Political Economy of the Former Soviet Union*, vols. 1-4, Baden-Baden 1995.
Semenov Tjan-Šanskij, V. P. (ed.): *Rossija. Polnoe geografičeskoe opisanie našego otečestva*, San Petersburgo 1904.
–*Gorod i derevnja*, San Petersburgo 1910.
–*O moguščestvennom territoral'nom vladenii primenitel'no k Rossii. Očerk po političeskoj geografii*, Petrogrado 1915.
Semjonow, Jurij: *Die Güter der Erde. Vom Haushalt der Menschheit. Eine Wirtschaftgeographie für Jedermann*, Berlín 1936.
Semjonow, Jurij N.: *Die faschistiche Geopolitik im Dienste des amerikanischen Imperialismus*, Berlín 1955.
Shifrin, Avraham: *UdSSR – Reiseführer durch die Gefängnisse und Konzentrationslager der Sowjetunion*, Uhldingen 1980.
Simmel, Georg: «Soziologie des Raumes», en G. Simmel: *Schriften zur Soziologie*, Frankfurt a. M. 1983, págs. 221-242.

–«Die Größstädte und das Geistesleben», en G. Simmel: *Das Individuum und die Freiheit. Essays*, Berlín 1984.
Sistema ispratiel'no-trudovych lagerej v SSSR 1923-1960. Spravočnik, Moscú 1998.
Sloan, Geoffrey: «Sir Halford J. Mackinder: The Heartland Theory then and Now», en *Journal of Strategic Studies*, 22 (junio-septiembre de 1999), págs. 15-38.
Smart, Ninian (ed.): *Atlas der Weltreligionen*, Colonia 2000.
Smith, David: *Moral Geographies: Ethics in a World of Difference*, Edimburgo 2000.
Smith, Roger: *Simple Map Reading*, Edimburgo 1997.
Sobel, Dava: *Längengrad. Die wahre Geschichte eines einsamen Genies, welches das größte wissenschaftliche Problem seiner Zeit löste*, Berlín 1996.
Soja, Edward W.: *The Political Organization of Space*, Washington 1971.
–*Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres 1989.
–*Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagines Places*, Cambridge, Mass., 1996.
Sombart, Nicolaus: «Nachrichten aus Ascona. Auf dem Wege zu einer kulturwissenschaftlichen Hermeneutik», en Walter Prigge (ed.): *Städtische Intellektuelle. Urbane Milieus im 20. Jahrhundert*, Frankfurt a. M. 1992, págs. 107-119.
Spengler, Oswald: *Der Untergang des Abendlandes. Umrisse einer Morphologie der Weltgeschichte*, Munich 1923.
Sprengel, Rainer: *Kritik der Geopolitik. Ein deutscher Diskurs 1914-1944*, Berlín 1996.
Stearns, Peter N.: *Cultures in Motion: Mapping Key Contacts and Their Imprints in World History*, New Haven y Londres 2001.
Steer, John, y White, Anthony: *Atlas of Western Art History: Artists, Sites and Movements fron Ancient Greece to the Modern Age*, Nueva York 1994.
Stephan, Heinrich: *Geschichte der preußischen Post von ihrem Ursprung bis auf die Gegenwart*, Berlín 1859 (reimpr. Glashütten im Taunus 1976).
Stilgoe, John R.: *Metropolitan Corridor, Railroads and the American Scene*, New Haven y Londres 1983.
Stimmann, Hans: «Die Textur der Stadt», en *Foyer. Journal für Stadtentwicklung*, 3/2000 (junio), págs. 22-23.
Stoddard, David R. (ed.): *Geography, Ideology and Social Concern*, Oxford 1981.

–*On Geography and its History*, Oxford 1986.

Ströker, Elisabeth: *Philosophische Untersuchungen zum Raum*, Frankfurt a. M. 1965.

Sturken, Marita, y Cartwright, Lisa (eds.): *Practices of Looking: An Introduction to Visual Culture*, Nueva York 2001.

Swift, Michael: *Historische Landkarten Europas*, Augsburgo 2000.

Taylor, Peter J.: *Political Geography. World-Economy, Nation-State and Locality*, Essex 1985.

–«The State as Container: Territoriality in the Modern World System», en *Progress in Human Geography*, 18 (1994), págs. 151-162.

–*Political Geography. World-Economy, Nation-State and Locality*, Harlow 1996.

Taylor, Robert R.: *The Word in Stone: The Role of Architecture in the National Socialist Ideology*, Berkeley 1974.

Thomas, Julian (ed.): *Interpretive Archaeology: A Reader*, Londres y Nueva York 2000.

Thrower, Norman J. W.: *Maps and Civilization. Cartography in Culture and Society*, Chicago, Londres, 2.ª ed., 1999.

Trifonow, Juri: *Zeit und Ort*, Frankfurt a. M. 1985.

Troll, Carl: «Die geographische Wissenschaft in Deutschland in den Jahren 1933 bis 1945. Eine Kritik und Rechtfertigung», en *Erdkunde*, 1 (1947), págs. 3-48.

Tuan, Yin-Fu: *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes, and Values*, Nueva York 1974.

–*Space and Place: The Perspective of Experience*, Minneapolis y Londres 1977.

–*Segmented Worlds and Self*, Minneapolis 1982.

–*Who Am I?*, Madison *et al.* 1999.

–*Escapism*, Baltimore y Londres 1998.

Turnbull, David: «Cartography and Science in Early Modern Europe: Mapping the Construction of Knowledge Spaces», en *Imago Mundi: The International Journal for the History of Cartography*, 48 (1996), págs. 5-24.

Turner, Frederick J.: *The Frontier in American History*, Nueva York 1996.

Unverhau, Dagmar (ed.): *Kartenverfälschung als folge übergroßer Geheimhaltung? Eine Annäherung an das Thema Einflußnahme der Staatssicharheit auf das Kartenwesen der DDR*, Münster 2002.

Venturi, Robert *et al.* (eds.): *Learning from Las Vegas*, Cambridge *et al.*, 2.ª ed., 2001.

Vernadsky, Vladimir: *The Biosphere*, Nueva York 1998.

Vidal de la Blache, P.: «Les conditions géographiques des faits sociaux», en *Annales de Geographie*, 11 (1902), págs. 13-23.

–«La géographie humaine, ses rapports avec la géographie de la vie», en *Revue de synthèse historique*, 7 (1903), págs. 219-240.

Virilio, Paul: «Im Würgegriff der Zeit», en *Die Zeit* del 11 de noviembre de 1994, pág. 63.

Waechter, Matthias: *Die Erfindung des amerikanischen Westens. Die Geschichte der Frontier-Debatte*, Freiburg, B., 1996.

Wajntraub, G. y E.: «An Illustrated History of the Holy-City», en *Mercator's World*, 1996, vol. 1, 4, págs. 24-32.

Wallerstein, Immanuel: *The Modern World-System*, Nueva York 1974.

–*Geopolitics and geoculture: Essays on the Changing World-Systems*, Cambridge 1991.

Walsh, Edmund A.: «Die Tragödie Karl Haushofers», en *Neue Auslese aus dem Schriftum der Gegenwart*, 2 (1947), marzo, págs. 19-29.

Ward, David: *Cities and Inmigrants*, Nueva York 1970.

Warnke, Martin: *Politische Landschaft. Zur Kunstgeschichte der Natur*, Munich y Viena 1992.

Webb, Michael: «Die glaubhafte Anti-Utopie von Blade-Runner», en Dietrich Neumann (ed.): *Filmarchitektur. Von Metropolis bis Blade Runner*, Munich y Nueva York 1996, págs. 44-49.

Weiner, Douglas R.: *A Little Corner of Freedom: Russian Nature Protection from Stalin to Gorbachev*, Berkeley 1999.

Weltatlas. Die Staaten der Erde und ihre Wirtschaft, VEB Bibliographisches Institut, Leipzig 1952.

Weltatlas. Die Staaten der Erde und ihre Wirtschaft, VEB Hermann Haack Geographisch- Kartographische Anstalt, Gotha, 5.ª ed., 1957.

Welthandbuch. Internationaler politischer und wirtschaftslicher Almanach, bearbeitet von Sándor Radó, Budapest 1962.

Wertheim, Hans: «Der erste Europäische Straßenatlas», en *Imago Mundi. Jahrbuch der alten Kartographie*, 1 (1935), págs. 41-43.

WestBerliner Stattbuch 1, Berlín, junio de 1978.

Whitefield, Peter: *Mapping the World: A History of Exploration*, Londres 2000.

Wilford, John Noble: *The Mapmakers. The Story of the Great Pioneers in Cartography. From Antiquity to the Space Age*, Nueva York 2000.

Williams, Colin, y Smith, Anthony: «The National Construction of Social Space», en *Progress in Human Geography*, 7 (1983), págs. 502-518.

Wilson, Alexander: *The Culture of Nature: North American Landscape from Disney to the Exxon Valdez*, Toronto 1991.

Winter, Heinrich: «Catalan Portolan Maps and their Place in the Total View of Cartographic Development», en *Imago Mundi: A review of Early Cartography*, 11 (1954), págs. 1-12.

Wittfogel, Karl-August: «Geopolitik, geographischer Materialismus und Marxismus», en *Unter dem Banner des Marxismus*, Viena 1929, págs. 17-51, 485-522 y 698-735.

Wolf, Armin: «What Can the History of Historical Atlas Teach? Some Lessons from a Century of Putzger's "Historischer Schulatlas"», en *Cartographia*, 28 (1991) 2, págs. 21-37.

Wolf, Eric: «A Bibliographic Excursion: A Cartographic Reference List for the Beginning Collector», en *Mercator's World*, 2 (1997), septiembre-octubre, págs. 48-53.

Wolff, Larry: *Inventing Eastern Europe. The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment*, Stanford 1994.

Wood, Denis: *The Power of Maps*, Nueva York y Londres 1992.

Woodward, David (ed.): *Art in Cartography*, Chicago 1987.

Woodward, W.: «Raum, Raumwahrnehmung, psychologischer Raum», en *Histörisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. 8, Basilea 1992, págs. 111-121.

Zamjatin, D. N.: «Vlast prostranstva: ot obrazov geografiˇceskogo prostranstva k geografičeskim obrazam», en *Voprosy filosofii*, 2001, 9, págs. 144-153.

Zekl, H. G. *et al.*: «Raum», en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. 8, Basilea 1992, págs. 67-111.

Zögner, Lothar (ed.): *Carl Ritter in seiner Zeit.* Staatsbibliothek Preußischer Kulturbesitz [Cat. exp.] 11, Berlín 1979.

–(ed.): *Von Ptolomaeus bis Humboldt. Kartenschätze der Staatsbibliothek Preußischer Kulturbesitz.* Exposición con ocasión del 125.° aniversario del Gabinete Cartográfico. Staatsbibliothek Preußischer Kulturbesitz [Cat. exp.] 24, Berlín 1985.

–(ed.): *Die Welt in Händen. Globus und Karten als Modell von Erde und Raum.* Staatsbibliothek Preußischer Kulturbesitz [Cat. exp.] 37, Berlín 1989.

–(ed.): *Antike Welten Neue Regionen. Heinrich Kiepert 1818-1899.* Staatsbibliothek Preußischer Kulturbesitz [Cat. exp., Nueva serie] 33, Berlín 1999.

–(ed.): *Kartenschätze. Aus den Sammlungen der Staatsbibliothek*, Braunschweig 2000.

Zorn, Wolfgang: «Verdichtung und Beschleunigung des Verkehrs als Beitrag zur Entwicklung der "modernen Welt"», en Reinhart Koselleck (ed.): *Studien zum Beginn der modernen Welt*, Stuttgart 1977, págs. 115-134.

Zukin, Sharon: *Landscapes of Power: From Detroit to Disneyworld*, Berkeley 1991.

Créditos de las ilustraciones

Cedidas desinteresadamente por la Bayerische Staatsbibliothek, Múnich: págs. 166, 233, 253
Berlín-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften (J. Graetz): 27
Bildarchiv Preußischer Kulturbesitz, Berlín: 293
© Clements Library, University of Michigan: 176
© Cornelsen Verlag, del *Historischer Weltatlas* de Putzger, 103, Berlín 2001, 134 I y 179 I: 199, 202
© Mike Davis, «City of Quartz», Londres y Nueva York 1990, 301: 97
© DAG Grafika, Liubliana & PP «Ideia», Sarajevo: 115
© Matthew Edney: 191
Filmmuseum Berlin – Marlene Dietrich Collection: 338
© Johann Friedrich Geist: 132
Geograph. Anstalt v./Instituto Geográfico Wagner & Debes, Leipzig: 305, 371
© Martin Gilbert: 425
A. Hillen, Ziegfeld-Berlín: 213
Jüdisches Museum, Viena: 349
© Lithuanian Central State Archives (LCSA), Vilna: 122
© 1993 Paul Robert Magocsi: 447
© Massachussetts Department of Public Works: 377
© 1975 North American Maps, P.O. Box 5850, San Francisco CA 94101 USA/EE UU: 483
© Willy Pragher, Friburgo: 243
© Brian Reid: 78
© REUTER/E-LANCE MEDIA: 37
© Frank Röth, Frankfurter Allgemeine Zeitung/Berliner Seiten, 5 de diciembre del 2000: 275
© Senatsverwaltung für Stadtentwicklung, Berlín, Architekturwerkstatt/Abt. II: 259
© Space Imaging: 112, 281
Staatliche Museen Preußischer Kulturbesitz/ Kunstbibliothek, Berlín: 406
© Transport for London:107
Archiv Dieter Weigert, Berlín: 326
© Gretel Wiesenthal: 128

En algunos casos no ha sido posible encontrar titulares de los derechos. Se da por sobrentendido que las reclamaciones legales se satisfarán en el marco de los acuerdos habituales.

Agradecimientos

Los agradecimientos se han convertido en un género específico. Donde se dejan y se borran rastros. Donde no se recogen las inspiraciones y estímulos más importantes: éstos se encuentran en los índices bibliográficos y de autores. Donde tampoco entran oposiciones y enemistades intelectuales con que forzosamente hay que batirse: hecho el trabajo, se olvidan y no merece la pena hablar de ellas. Queda entonces un círculo interno de aliciente, aliento y crítica. Los agradecimientos son como mapas del entorno amigable en que surge una obra. Aquí van unas cuantas de sus entradas.

Expuse por primera vez el plan del presente libro en el Wissenschaft-Kolleg de Berlín dirigido por el rector Wolf Lepenies en mayo de 1999, con ocasión de la concesión del premio Anna Krüger, bajo el título «La dignidad del lugar o el retorno del espacio». En la facultad de ciencias de la cultura de la Europa-Universität Viadrina pude exponer en distintas ocasiones mis reflexiones sobre el *spatial turn* y la significación de Alexander von Humboldt, Friedrich Ratzel y Walter Benjamin para una nueva configuración de disciplinas. El capítulo sobre ciudades invisibles en listines telefónicos se expuso en unas jornadas organizadas por el Zentrum für Literaturforschung de Berlín en 2002. Discutí «Herodoto en Moscú» con Ulrich Raulff en el Einstein Forum de Potsdam en el otoño de 2002. Debo agradecer a la redacción del *Merkur* dirigida por Kurt Scheel la publicación de mis reflexiones «*Kartenlesen. Raumdenken*», así como del estudio sobre densidad cultural, el capítulo sobre Diaguilev en el presente libro. Agradezco a Franz Brunner de la Fundación Vontobel de Zurich su generoso apoyo al trabajo y la impresión de estudios sueltos en la colección por él editada.

De la mayor importancia fueron dos largas estancias de investigación. En el curso 1999-2000 disfruté de la generosidad del Collegium Budapest dirigido por el rector Gabor Klaniczay; en el 2001-2002, de los encuentros que me ofreció el Center for European Studies del St. Antony's College de Oxford dirigido por Timothy Garton Ash. El director del Instituto carto-

gráfico y rector de la universidad Eötvös-Lorand de Budapest, István Klinghammer, me contó mucho de su profesor Sándor Radó. Anna Gara-Bak me hizo accesibles en Berlín muchos textos importantes en húngaro. Mi encuentro con Mark Bassin en Londres me mostró qué pequeño era el gran mundo internacional de la Geopolítica. El espacio, sobre todo el urbano, fué tema reiterativo en conversaciones con György Konrad en Berlín o Budapest. Este libro está ligado a Dieter Hofmann-Axthelm y Klaus Hartung por numerosas conversaciones pero también por paseos urbanos y visitas a lugares. A lo largo de los años he sido abundantemente provisto de indicaciones y regalos, entre ellos mapas raros y valiosos planos urbanos. He de señalar aquí mi agradecimiento a Claudia Schmölders, Aleida Assmann, Gerd Giesler y Gustav Seibt. Con seguridad se me habría escapado el sobresaliente catálogo de la exposición «Cartes et figures de la terre» del Centre Georges Pompidou, en 1980, de no haber sido por la generosa indicación de Hans Magnus Enszerberger. Durante nuestros encuentros, demasiado escasos, Wolfgang Schivelbusch me señaló algunos clásicos norteamericanos, por ejemplo Leo Marx. Debo asimismo algunas indicaciones a Arno Widmann, por ejemplo referentes a H. W. Riehl, pero sobre todo su crítica a partes del manuscrito, como siempre totalmente libre y sin compromisos. Agradezco a mi colega Michael Hagemeister que como siempre volviera a mirar cuidadosamente también este texto, y al lector de la Carl Hanser Verlag su trabajo tan estricto como amigable con el autor. No sólo agradecimiento sino admiración siento hacia Michael Krüger, que ha logrado ser autor y editor en uno.

Y por último, como siempre en los agradecimientos, la responsabilidad por defectos, descuidos e imprecisiones recae exclusivamente sobre el autor.

K. S.

Índice onomástico

Aal, Jutta, 334
Adams, John, 167
Adorno, Gretel, 133
Adorno, Theodor W., 133-135, 480, 481, 486
Agha Khan, 239
Agripa, 155
Alejandro III, 238
Amin, Samir, 70
Anaximandro de Mileto, 153
Anderson, Benedict, 197
Ansermet, Ernest, 238
Antonescu, Ion, 256
Anville, Jean Baptiste de, 189
Anziferov, Nikolai P., 262, 300, 346, 492
Apian, Philipp, 173
Aragon, Louis, 133, 238
Aristarco de Samos, 154
Aristóteles, 153, 154, 300
Arndt, Ernst Moritz, 204
Attlee, Clement, 188
Aubin, Hermann, 283-285, 303
Augé, Marc, 72, 287

Bachelard, Gaston, 66, 71
Baeck, Leo, 334
Bakst, Léon, 408, 414, 416-420
Balanchine, Georges, 408, 423
Balboa, Vasco Núñez de, 162
Balzac, Honoré de, 309, 328
Baudelaire, Charles, 130, 134
Baudrillard, Jean, 378
Becher, Johannes R., 239
Beck, Henry, 106
Beethoven, Ludwig van, 420
Behaim, Martin, 87, 161, 162
Bel Geddes, Norman, 387
Benjamin, Walter, 16, 18, 130-137, 261, 262, 268, 299, 302, 317, 320-323, 334, 362, 461, 467, 468, 476, 478, 479, 481, 482, 484, 487, 490-493
Benois, Alexander, 408, 411, 414, 416, 418, 420, 423
Bentham, Jeremy, 267
Berger, John, 54
Bernhard, Georg, 334
Bhabha, Homi, 80
Black, Jeremy, 105, 198
Blaeu, Jan, 87, 163, 164, 218, 222
Bloch, Ernst, 334
Blumenberg, Hans, 14, 29
Blumenfeld, Kurt, 334
Bollnow, Otto Friedrich, 13, 66
Bolm, Adolf, 422
Bonpland, Aimé, 25, 27, 28
Borges, Jorge Luis, 53, 485
Borisov-Musatov, Victor E., 418
Bourdieu, Pierre, 51, 71, 144
Bowman, Isaías, 248
Brahe, Tycho, 172, 173
Brauchitsch, Walther von, 254
Braudel, Fernand, 13, 55, 68
Braun, Franz, 206
Braun, Georg, 163
Brecht, Bertolt, 480
Brik, Lilia, 421
Brückner, Eduard, 232
Bujarin, Nicolai, 312, 315
Buckle, Richard, 409, 411
Buck-Morss, Susan, 137

Calvino, Juan, 159
Calvino, Italo, 341
Cantino, Alberto, 87, 162
Carlomagno, 156, 201, 203
Carlos IV, 466
Carter, Paul, 19, 188, 224
Cassini de Thury, César-François, 170, 171
Cassini, Familia, 17, 152, 166-171
Cassini, Giovanni Domenico, 167
Cassini, Jacques, 167, 170
Cassini, Jean-Baptiste, 170
Cassirer, Ernst, 19
Castells, Manuel, 70, 77
Catalina II, 247
Ceauchescu, Elena, 33
Ceauchescu, Nicolás, 33, 270
Celan, Paul, 429
Cervantes, Miguel de, 418
Chadaiev, Piotr, 49, 390
Chaicovski, Piotr, 414, 420
Chaliapin, Fiodor, 434
Chambers, Efraín, 174
Chandler, Raymond, 487
Chaplin, Charlie, 246
Chicherin, Georgi, 239, 421
Chichkin, Iván I., 390
Cholodnaya, Vera, 431
Chorin, Mendele Soifer, 439
Chu En-lai, 311
Ciano, Galeazzo, 249
Cicerón, 468
Clay, Lucius D., 387
Cocteau, Jean, 413
Cohn, Alfred, 130, 134
Cohn, Oscar, 334
Colbert, Jean-Baptist, 167, 168
Colebrooke, Robert, 194
Colón, Cristóbal, 87, 95, 150, 161, 162, 266, 267
Comte, August, 47
Conally, John, 271
Contarine, Giovanni, 162
Cook, James, 87, 163, 172, 224
Copérnico, Nicolás, 155, 172
Cortés, Hernán, 95, 150
Cosa, Juan de la, 87, 162
Cranko, John, 408
Crato de Melos, 154
Cresques, Abraham, 94, 160
Curzon, George N., 51

Dahlem, Franz, 331
Dalby, Simon, 75
Darwin, Charles, 59, 361
Davis, Mike, 484, 486, 489, 490
Deak, István, 436
Dee, John, 220
Demócrito, 153
Descartes, René, 167, 174
Deutsch, Ernst, 334
Dicearco, 46, 154
Dickens, Charles, 320, 328
Dietrich, Marlene, 337-339, 480
Dimitroff, Georgi, 312
Diaghilev, Sergei P., 18, 405, 407-423, 466
Dmovski, Roman, 248
Döblin, Alfred, 299, 480
Dodgshon, Robert A., 280
Dominik, Hans, 330
Dostoievski, Fiodor, 320
Drake, Francis, 163
Dubnow, Simon, 334
Duncan, James, 280
Durero, Alberto, 163, 219
Durkheim, Émile, 50

Eckert-Greifendorff, Max, 232
Eden, Anthony, 239
Edney, Matthew H., 19, 187, 188
Ehrenburg, Ilia, 421
Einstein, Albert, 334
Eisenhower, Dwight D., 374, 386
Eisenstein, Sergei, 232, 295
Eisler, Gerhart, 238
Eksteins, Modris, 407, 417
Elcano, Juan Sebastián de, 87, 162
Elkes, Eljanán, 121

Ender, Eduard, 27
Engels, Friedrich, 209, 211
Enrique, rey de Portugal, 161
Erasmo de Rotterdam, 461
Eratóstenes, 94, 154
Estrabón, 43, 46, 148, 155, 189
Etzlaub, Erhard, 164
Eudoxo de Cnido, 154
Eugenio, príncipe, 249
Everest, George, 190, 192, 194

Faulds, Henry, 360
Federico II de Prusia, 247
Feuchtwanger, Lion, 334, 479, 480
Filosofov, Dimitri, 414
Fischer, Ernst, 311, 312
Fischer, Ruth, 311
Fischer, S., 334
Fitzpatrick, Sheila, 473
Fleischer, Helmuth, 98, 400, 439, 467
Fokin, Mijail, 413
Fontenelles, Bernard de, 174
Fonteyn, Margot, 408
Foucault, Michel, 80, 429, 470
Fourier, Charles, 47, 68
Francisco José, emperador, 432
Frank, Andre Gunder, 70
Frank, Bruno, 480
Franklin, Benjamin, 172, 178
Freimann, Dr., 334
Freud, Sigmund, 412
Freyend, John von, 155
Frick, Wilhelm, 334
Friedrich, Caspar David, 201
Frisius, Gemma, 173
Fürst, Konrad, 164

Gabo, Naum, 421
Gadiel, Peter, 121
Galilei, Galileo, 172
Galton, Francis, 361
Gama, Vasco de, 161
Gatrell, Peter, 399
Gehry, Frank, 489
Gerber, Ilia, 122, 123
Gerö, Ernö, 238
Geyer, Ludwig, 296
Giddens, Anthony, 51, 71
Goebbels, Joseph, 334
Goethe, Johann Wolfgang von, 201, 302
Gogen, von, 417
Gollancz, Victor, 234
Gorbachov, Mijail, 33, 341
Göring, Hermann, 234, 334
Goss, John, 168, 169
Gottwald, Klement, 311
Grammaccini, Norberto, 321
Gramsci, Antonio, 331
Granach, Alexander, 334
Green, John, 165, 167
Gregory, Derek, 19, 67, 70, 100
Grews, Iván M., 262
Grieneisen, Julius, 329
Grimm, Jacob y Wilhelm, 363
Gris, Juan, 408
Groß, Valentine, 419
Guillermo II, 235
Güssefeld, 165
Guchkov, Alexander, 419

Habermas, Jürgen, 265
Hácha, 249
Halder, general, 254
Halle, Alberto de, 174
Halley, Edmond, 172
Hammett, Dashiell, 487
Hansen, Oskar, 440, 441
Hansen, Zofia, 440, 441
Harrison, John, 173, 193
Harvey, David, 19, 67, 69-71
Hassinger, Hugo, 280
Hastings, lord, 192
Haushofer, Karl, 51, 63, 76, 232, 470
Havel, Václav, 33
Hayden, Dolores, 484
Heartfield, John, 234, 238

Hecateo, 46, 153
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 48, 81, 265, 300, 320
Heine, Heinrich, 372
Hendrix, Jimmy, 380
Henke, Andor, 252
Henry, Edward, 361
Herb, Guntram, 207
Herder, Johann Gottfried von, 46
Hermand, Jost, 318
Hermes, Andreas, 331
Herodoto, 18, 43, 46, 153, 205, 467-469, 474-476, 478, 479, 490, 492
Herschel, William, 360
Hessel, Franz, 136, 260-262, 493
Heusinger, Adolf, 255
Heuss, Theodor, 331
Hilberg, Raul, 441
Hilger, Gustav, 251
Hille-Ziegfeld, A., 206
Himmler, Heinrich, 59, 331
Hindemith, Paul, 337, 339, 408
Hiparco de Nicea, 154
Hipócrates, 155
Hirsch, Leo, 335
Hitler, Adolf, 57-60, 62, 231, 238, 247, 250, 254-256, 334, 449, 461, 464, 480
Ho Chi Min, 311
Hoegner, Wilhelm, 331
Hoernle, Edwin, 331
Hofmann, David, 395, 476
Hofmannsthal, Hugo von, 423, 436
Hogenberg, Frans, 163
Holbein el Joven, Hans, 163, 219, 220
Holdich, Thomas H., 192
Hondius, 87, 163, 164
Hopper, Edward, 385
Horkheimer, Max, 135, 480, 481
Hörnle, Edwin, 311
Hubermann, Igor, 239
Hubermann, Stanislav, 311
Humboldt, Alexander von, 16, 25-28, 44, 470, 492
Humboldt, hermanos, 44
Huntington, Samuel, 393

Ibrahim de Murcia, 160, 161
Iofan, Boris, 312
Isidoro de Sevilla, 156, 161

Jackson, John Brinckerhoff, 374, 376
Jäger, Karl, 123
Janssonius, Joannes, 87, 163, 164
Jefferson, Thomas, 175-180, 184, 186
Jenofonte, 43
José II, emperador, 247
Juon, Konstantin F., 390

Kadisch, Georg, 121, 123
Kaganski, Vladimir, 388, 400, 402
Kant, Immanuel, 44, 265
Kanter, J., 247
Kaplan, Robert, 491
Karsavina, Tamara, 413
Keitel, Wilhelm, 254, 255
Kennedy, Jacqueline, 270, 271
Kepler, Johannes, 172
Kerouac, Jack, 379
Kershaw, Ian, 255
Kessler, Harry, 407, 412, 423
Keule, van, 164
Keynes, John Maynard, 412
Khenke, Andor, 252
Kjellén, Rudolf, 51
Klimt, Gustav, 412
Klinghammer, István, 228
Kochno, Boris, 407, 413, 421
Koestler, Arthur, 239
Kolzov, Mijail, 239
Konvitz, Josef W., 169
Koribut-Kubitovich, Sergei, 421
Korsch, Karl, 237
Kortner, Fritz, 334
Koselleck, Reinhart, 13, 41, 148, 391
Kossuth, Lajos, 436
Köstring, Ernst, 252

Krestinski, Nicolai, 239
Kritschinski, S. S., 417
Kriwitzki, Walter, 239
Kropotkin, Piotr, 49
Kulischer, Alexander, 146
Kulischer, Eugene M., 446
Kun, Béla, 311

L'Enfant, Pierre Charles, 183
Lacoste, Yves, 117
Lambton, William, 193, 194
Lamprecht, Karl, 44, 470, 492
Lang, Fritz, 480
Lanzmann, Claude, 445
Laqueur, Walter, 125
Latour, Bruno, 77
Laux, Helmut, 250
Lazerson, Tamara, 124
Le Corbusier, 322
Lefèbvre, Henri, 38, 47, 51, 66, 67, 69, 472, 492
Léger, Fernand, 407, 408
Leibniz, Gottfried Wilhelm, 46
Lemmer, Ernst, 331
Lenin, Vladimir I., 49, 239, 355, 418, 430, 434, 439
Leonardo da Vinci, 163, 219
Lessing, Gotthold Ephraim, 44
Lewin, Joseph, 335
Lewin, Moshe, 395
Lewitan, Isaak I., 390
Liebermann, Max, 334
Liebknecht, Wilhelm, 62
Lifar, Sergei, 407, 413, 423
Lifschitz, Jakob, 121
Linke, Paul, 334
Linné, Carl von, 174
List, Friedrich, 370
Litvinov, Maxim, 239
Loesch, Carl von, 252
London, Arthur, 311
Lopuchova, Lidia, 412, 413
Lubitsch, Ernst, 480
Luis XIV, 168, 222
Lunacharski, Anatoli, 420
Lurie, Esther, 121
Lutero, Martín, 201

Macaulay, Thomas B., 195
Mackenzie, Alexander, 194
Mackinder, Halford, 35, 51, 80
Madre Teresa (María Teresa Bojaxhiu), 96
Maeterlinck, Maurice, 418
Magallanes, Fernando de, 87, 162
Mahan, Alfred Thayer, 51
Maier, Charles M., 80
Malevich, Casimir, 420
Mandelstam, Nadeshda, 434
Mann, Heinrich, 480
Mann, Thomas, 412, 480
Márai, Sándor, 320
Marco Polo, 87, 109, 161
Marcuse, Ludwig, 480
Markevich, Igor, 408
Maron, Karl, 311
Marx, Karl, 47, 49, 69, 209, 211, 215, 265, 269, 329, 331, 366, 374
Marx, Leo, 386
Masaryk, Tomás G., 248
Massine, Leonid, 407, 408, 413
Mayakovski, Vladimir, 420
Mayenburg, Ruth von, 310, 311
Meck, Nahum, 123
Meinig, Donald; en el texto, D. en lugar de R. R., 179
Mendelsohn, Erich, 334
Mercator, Gerardus, 87, 94, 103, 163, 164, 234
Meryon, Charles, 134
Meyer, Konrad, 284
Milch, Erhard, 234
Mindszenty, Jószef, 434
Miró, Joan, 408
Moll, Hermann, 189
Molotov, Viatcheslav M., 250, 252, 254
Moltke, Helmuth von, 117
Monmonier, Mark, 90, 102, 104
Morell, Theo, 255

Morosov, Iván, 238
Müller, Johannes, 46
Mumford, Lewis, 300
Münnich, Ferenc, 238
Münster, Sebastian, 164, 173
Münzenberg, Willi, 234, 239
Mussolini, Benito, 231, 255, 256
Mussorgski, Modest, 420

Nabokov, Vladimir, 380-386
Nagy, Imre, 311, 434
Naumann, Friedrich, 204
Neumann, Heinz, 331
Newton, Isaac, 171, 172
Nietzsche, Friedrich, 59
Nijinski, Vaclav, 407, 408, 412, 413, 418
Nobile, Umberto, 238
Noden, John, 167
Nouvel, Walter, 414, 421

Ó Tuathail, Gearóid, 75
Oistrach, David, 478
Oppenheimer, Franz, 334
Orlando, 248
Ortelius, Abraham, 87, 159, 163, 164, 218
Osborn, Franz, 334
Oswald, Lee Harvey, 271

Panin, Nicolai, 247
Parker, Dorothy, 487
Partsch, Joseph, 204
Pasternak, Boris, 434
Pätzold, Reinhold, 329
Pauker, Ana, 311
Paustovski, Konstantin, 272, 309
Paulova, Ana, 413
Peters, Arno, 103
Petőfi, Sándor, 436
Peutinger, Konrad, 156
Picard, Jean, 168-171
Picasso, Pablo, 405, 407, 408
Platón, 153, 461
Platonov, Sergei, 342
Plutarco, 43
Popieluszko, Jerzy, 434
Pöppelmann, Matthäus Daniel, 201
Popper, Karl, 288
Popper, Rose, 335
Posidonio, 154
Pound, Ezra, 422
Pred, Allan, 19, 51, 67, 301
Prokofiev, Sergei, 421
Proudhon, Pierre Joseph, 68
Proust, Marcel, 74, 315, 317, 319, 413
Ptolomeo, Claudio, 94, 95, 109, 148, 150, 154, 155, 159, 160-162, 181, 189
Puni, Iván, 420
Pushkin, Alexander, 478

Raabe, Wilhelm, 320
Radek, Karl, 311
Radó, Sándor, 227-239
Rákosy, Matyas, 311
Raleigh, Walter, 182
Ramsden, Jese, 173
Ratzel, Friedrich, 14, 16, 44, 51, 59, 62, 76, 144, 145, 470, 492
Reclus, Elisée, 68
Reinhardt, Max, 334, 480
Reitzner, Viktor von, 359
Rembrandt, 30
Remmele, Hermann, 331
Rennell, James, 189, 190, 192, 193
Ribbentrop, Joachim von, 249, 254
Richter, Hans, 330
Riehl, Wilhelm Heinrich, 257, 261, 262, 299
Rimski-Korsakov, Nicolai, 410, 414
Ritter, Carl, 16, 44-48, 100, 117, 211, 220, 267, 274, 278, 470, 492
Rivière, Jacques, 418
Rodchenko, Mijail, 419
Rosanov, Vasili, 412
Rosenberg, Leon, 414
Rosselli, francesco, 162
Roth, Josephg, 367
Rouault, Georges, 408

Rubinstein, Arthur, 414
Rubinstein, Ida, 413
Ruby, Jack, 271
Rumsfeld, Donald, 80

Said, Edward, 192
Saint-Simon, Claude Henri de, 68
Salter, Christopher I., 280
Saxton, Christopher, 167
Schechtel, Fiodor, 466
Schedel, Hartmann, 159, 161
Schellenberg, Walter, 236
Scherchen, Hermann, 238
Schiller, Friedrich, 15
Schlegel, Friedrich, 220
Schmidt, Paul, 249, 250, 254, 255
Schmitt, Carl, 19
Schnitzler, Arthur, 412
Schocken, Salman, 334
Schönberg, Arnold, 480
Schulenburg, Friedrich Werner, conde de, 254
Schwarzenegger, Arnold, 76
Seghers, Anna, 239
Semionov-Tian-Chanski, Piotr, 51, 470
Sert-Natanson, Misia, 419
Servet, Miguel, 159
Seymour, Charles, 248
Shakespeare, William, 163
Simmel, Georg, 19, 50, 144, 145, 292
Sinclair, Upton, 487
Siusor, Pavel, 273
Smith, John, 172
Snell, Willbrord, 167
Soja, Edward, 19, 41, 42, 48-51, 53, 67, 68, 70, 470, 484, 486, 488, 492
Sombart, Nicolaus, 42, 94
Somov, Constantin, 414
Sorge, Richard, 227, 239
Speer, Albert, 335
Stahlecker, franz Walter, 123
Stalin, Josef, 118, 227, 237-239, 249, 250-254, 315, 346, 396, 434
Stauffenberg, Claus, conde de, 247, 255
Steinbeck, John, 379, 386
Stern, Anna, 335
Sternberg, Joseph von, 480
Strachey, Lytton, 412
Strauss, Richard, 420
Stravinski, Igor, 405, 416, 418, 422, 423
Svevo, Italo, 367
Swift, Jonathan, 165

Tácito, 43, 46,
Tales de Mileto, 153, 300
Tarlé, Eugeni, 342
Teitel, Dr., 334
Thälmann, Ernst, 311, 331
Thorez, Maurice, 312
Thrower, Norman, 87
Tiedemann, Rolf, 131
Tietz, Georg, 334
Tietz, Martin, 334
Tito, Josef Brosz, 311
Togliatti, Palmiro, 311
Toller, Ernst, 239
Tolstoi, León, 74, 320, 432
Tomski, Alexei, 312
Tory, Avraham, 121
Trechsel, Gaspar, 159
Trechsel, Melchor, 159
Trifonov, Yuri, 312
Triolet, Elsa, 238, 421
Tuan, Yi-Fu, 66, 67, 74
Tuchachevski, Mijail, 312
Tucídides, 43, 46
Turgeniev, Iván, 320
Turner, Frederick Jackson, 51, 146, 147, 470

Ury, Lesser, 334

Vasiliev, N. V., 417
Venturi, Robert, 378
Vermeer, Jan, 218, 221, 222
Verne, Julio, 320
Vespuccio, Américo, 87, 162

Vidal de la Blache, Paul, 51, 68
Vinton, Samuel, 178
Virilio, Paul, 40
Visscher, Nicolaas, 87, 163, 164

Wagner, Anton, 484
Wagner, Richard, 265, 411, 420
Waldseemüller, Martin, 87, 162, 164
Walesa, Lech, 33
Wallerstein, Immanuel, 70
Warburg, Aby, 19
Warburg, Otto, 334
Warschauer, M., 334
Washington, George, 172, 178, 223
Weber, Max, 50, 269, 300, 331
Wedekind, Frank, 412
Wehner, Herbert, 311
Weininger, Otto, 412
Westermann, 248
White, L. A., 298
Wiebe, Robert H., 178
Wilde, Oscar, 412
Wilder, Billy, 480
Wilson, Woodrow, 206, 247, 248
Wolf, Armin, 198

Zappa, Frank, 380
Zetkin, Clara, 331
Zola, Émile, 328
Zweig, Arnold, 334
Zweig, Stefan, 129, 367, 412
Zyzman, Leo, 334

ISBN: 978-84-9841-064-8
Depósito legal: M-7.637-2007
Impreso en Anzos, S. L.

En unas cuarenta espléndidas instantáneas desde el punto de vista narrativo, Karl Schlögel agudiza nuestra percepción del mundo. ¿Qué nos cuenta el plano de una ciudad estadounidense acerca del «sueño americano»? ¿Cómo se distinguen fronteras surgidas históricamente de las trazadas con tiralíneas sobre el mapa? Éstas son preguntas a las que los libros tradicionales de historia no suelen dar ninguna respuesta. Schlögel, en cambio, las encuentra. Mapas, planos, directorios, agendas, itinerarios nos hablan del espacio, del tiempo y de nuestra propia historia; por ejemplo, de los habitantes de una calle que fueron deportados, de viajes a través de Europa, de la acción recíproca entre centro y periferia. Despiertan a la vida detalles que el historiador pasa habitualmente por alto: *highways* y estaciones de metro, pavimentos de la calle y pasajes del *flâneur*. Y de pronto se hace claro que la historia no trata de estructuras abstractas, está siempre relacionada con lugares concretos que quieren ser buscados y vividos. Este libro nos enseña a descifrar el mundo de otro modo, liberando a la historia del gabinete erudito.

ISBN: 978-84-9841-064-8

